GUGLIELMO BIASUTTI

PADRE LUIGI SCROSOPPI

DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI
FUNDADOR DE LAS HERMANAS DE LA PROVIDENCIA

PREMISA

EDICIÓN ACTUALIZADA – APL

A partir del lejano año 1927, con el desembarco de las Hermanas de la Providencia en Brasil, el espíritu de caridad del Padre Luigi inició una lenta e imparable difusión global.

Hoy el mundo puede decir que ha conocido la obra del santo a través de las obras de sus "*hijas*". Pero los tiempos actuales exigen un paso más: la difusión del conocimiento profundo y capilar de las raíces culturales que generaron y nutrieron a este Santo.

Son raíces que se hunden claramente en el corazón palpitante del cristianismo, pero que extraen savia vital de la identidad del pueblo friulano, que proporcionó el aire, el suelo y los elementos necesarios para el extraordinario florecimiento de esta santidad.

Para ofrecer al mundo el acceso a esta herencia, hay una única vía maestra: la reconstruida por el biógrafo por excelencia, Monseñor Guglielmo Biasutti, quien con precisión y rigor sacó a la luz cada instante y cada contexto de la vida del Santo, desde las premisas históricas anteriores a su nacimiento.

Sin embargo, para permitir que este valioso trabajo viaje más allá de los confines del tiempo y del espacio, se hizo necesaria una intervención de transposición filológica y lingüística. El objetivo es tan ambicioso como obligatorio: respetar la integridad de la obra original, haciéndola accesible a culturas y sensibilidades distantes de las de la Italia del siglo XX, presentadas por Biasutti también con el estilo y la lengua de los tiempos del Padre Luigi.

La actualización puesta a punto en esta edición particular ha sido pensada para el lector moderno: para el lector italiano, pero sobre todo para el internacional, que ha conocido al Padre Luigi solo a través del testimonio concreto de sus Hermanas, pero que desea ahora remontarse a la "*fuente*" de su carisma.

A través de una sintaxis agilizada y una estructura narrativa más concisa, el trabajo de Biasutti es hoy "*liberado*" de los vínculos de un lenguaje de otros tiempos. Este proceso de modernización del italiano garantiza que las traducciones a las principales lenguas de los territorios en donde operan las Hermanas de la Providencia mantengan una coherencia absoluta con el texto y el espíritu original.

Si la acción caritativa de San Luigi, a través de sus "*hijas*", no ha conocido fronteras, su historia debe poder fluir fluida y potente en cada cultura: un relato que permanece fiel a sus propias raíces, pero se abre con fuerza al abrazo del mundo.

Los motivos de la intervención

El texto original presentaba barreras estructurales que obstaculizaban su disfrute moderno:

- La prosa arcaica y la fragmentación de los conceptos resulta a menudo desalentadora para el lector medio y, dada la necesidad de traducir la obra a diversas lenguas extranjeras, impenetrable para los modernos programas de traducción digital.
- El uso obsoleto de guiones y comillas (a menudo abiertas en cada párrafo pero nunca cerradas) genera hoy confusión entre el plano narrativo del autor y el de los testimonios históricos.
- En la edición original, la necesidad de imprimir las fotografías en papel estucado, de gramaje superior al papel común del texto, obligó a los tipógrafos a imprimir las imágenes en bloques separados. Esta exigencia técnica hace que las fotos queden desconectadas del desarrollo lineal y lógico del relato.

El método de actualización

La intervención de actualización se llevó a cabo respetando estos criterios:

- Conservar intactos el pensamiento y los conceptos originales del autor, simplificando la sintaxis y sustituyendo los términos obsoletos. Este proceso garantiza que las traducciones en las cinco lenguas del volumen (italiano, español, portugués, francés e inglés) resulten simétricas, coherentes y fieles al mensaje originario.
- Las versiones en los cuatro idiomas extranjeros se han realizado utilizando la IA Gemini que, entre todas las probadas, resultó ser la más adecuada y fiel a las características de esta hagiografía. Es inevitable que, a pesar del gran progreso de la inteligencia artificial y de los traductores modernos, el resultado —aun siendo perfectamente comprensible para el lector extranjero — no pueda considerarse exento de imperfecciones. Dado el continuo progreso tecnológico, contamos con realizar una revisión más precisa con las próximas versiones de los traductores, que serán aún más avanzadas.
- Se ha introducido un nuevo sistema de formato. Todos los testimonios históricos están encerrados en un único par de comillas «...», lo que los hace inmediatamente distinguibles del cuerpo del relato gracias al uso sistemático de la letra itálica.
- Los pasajes en lengua latina y friulana han sido puntualmente traducidos o comentados allí donde el original no lo hacía, para no interrumpir el flujo de la lectura.
- Gracias al uso de archivos digitales (.pdf) ha sido posible liberar las imágenes de los límites tipográficos de la época, reposicionándolas en correspondencia con los hechos narrados. El relato adquiere así una nueva fuerza visual y documental.
- Adición de algunas fotografías que completan los relatos y los personajes.
- Esta edición se abre con una imagen del Padre Luigi en la flor de la vida — diferente de la interpretada por la pintora Emma Galli — elaborada a partir de la única y más fiel reproducción pictórica original del Padre Luigi a los ochenta años, obra del pintor Antonio Milanopulo en 1885. Las pruebas de rejuvenecimiento (35-40 años)

se realizaron probando tres inteligencias artificiales diferentes y tres algoritmos de procesamiento distintos; aunque los resultados parecieron muy similares entre sí, la evaluación humana, realizada mediante la comparación directa entre los resultados de la IA y el cuadro de Milanopulo, llevó a preferir la imagen producida por la IA Gemini.

- Integraciones Documentales: Se han añadido dos subcapítulos inéditos para cubrir aspectos no profundizados por Biasutti:
  - Don Giovanni Battista y el testamento de 1873: para aclarar las raíces materiales y familiares de las obras del Padre Luigi.
  - La pedagogía del sacrificio: reflexión sobre las "*penitencias*" del Padre Luigi para comprender que no forman parte de una cultura del pasado, hoy superadas por carecer de fundamento teológico.

Un puente hacia el futuro

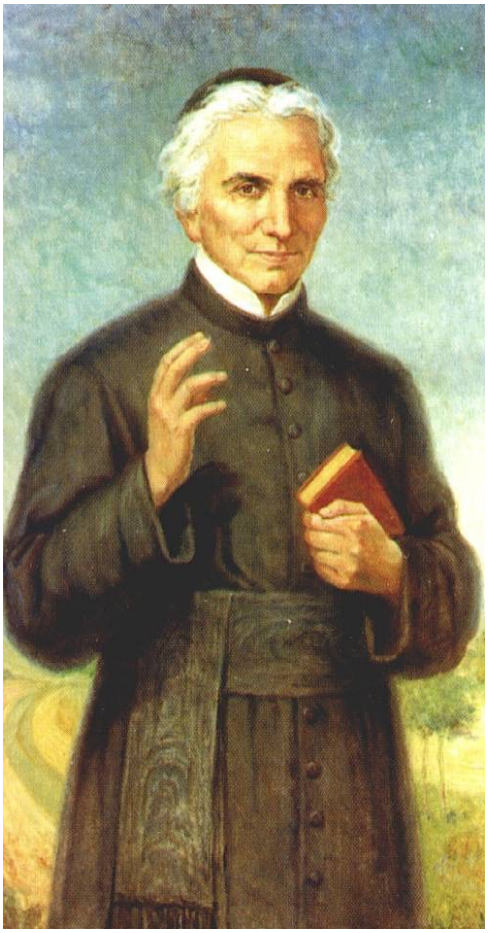
Este trabajo quiere ofrecer el Santo friulano a la contemporaneidad. No es una obra nueva, sino un "*puente*" que permite que la potente voz del Padre, fielmente "*registrada*" por el biógrafo Guglielmo Biasutti, llegue intacta a cualquiera que, hoy en el mundo, busque inspiración en la caridad laboriosa de este Santo Friulano.

La evolución de la imagen del P. Luigi: la contribución de Emma Galli

Si el retrato de Milanopulo de 1885 representa el testimonio visual más cercano al fallecimiento del Santo, la imagen que ha acompañado la devoción popular durante gran parte del siglo XX está ligada indisolublemente a la obra de la pintora goriziana Emma Galli (1893–1982).

Llamada a dar un rostro a la causa de beatificación, Galli realizó una significativa y refinada reelaboración artística. Partiendo precisamente de los rasgos somáticos de Milanopulo — quien había fijado la imagen del Padre octogenario basándose en la máscara mortuoria y en las minuciosas indicaciones de las hermanas que habían vivido y colaborado codo con codo con él — la pintora eligió devolver al Santo a su plena madurez apostólica.

Su célebre retrato al óleo de los años 60 no fue solo una obra de arte, sino una operación de « *humanización* » espiritual: San Luigi aparece allí con una mirada intensa, la mano derecha levantada en una bendición eterna y el breviario apretado contra el corazón.



Emma Galli completó esta misión iconográfica realizando un ciclo de lienzos que ilustran los episodios más significativos de la vida del fundador, creando un lenguaje visual que ha nutrido la fe de generaciones de Hermanas de la Providencia y de fieles en todo el mundo.

Hoy, esta edición actualizada da un paso más en esta dirección.

Allí donde Galli utilizó su sensibilidad artística y su pincel para interpretar el rostro del Santo, la tecnología contemporánea de la Inteligencia Artificial nos permite acercarnos con criterios científicos a la verdad anatómica original, reparametrizando los datos biométricos y ofreciéndonos así una visión del Padre que es, al mismo tiempo, antigua y moderna. El "*rostro de la caridad*" continúa así transformándose, permaneciendo fiel a su esencia, pero hablando cada vez el lenguaje de su propio tiempo.

La obra representa al Santo en el periodo crucial en el que asume la dirección de la Casa de las Desamparadas y sienta las bases de la futura Congregación de las Hermanas de la Providencia. El retrato es el resultado de un sofisticado proceso de computación digital que analiza, decodifica y reparametriza, en función de la edad establecida, los rasgos morfológicos presentes en el único óleo que retrata al Padre Luigi al final de su vida, realizado por Antonio Milanopulo en 1885. La IA ha operado una síntesis objetiva, devolviendo una fisionomía coherente y liberada de la interpretación subjetiva de un artista humano

SIGLAS Y ABREVIATURAS

A.C.A.U.	= Archivo de la Curia Arzobispal de Udine
A.C.U.	= Archivo del Cabildo de Udine
A.L.S.	= Archivo Luigi Scrosoppi
Arch. parr.	= Archivo parroquial
Bibl. Com.	= Biblioteca Municipal
C.r.	= folio recto
C.v.	= folio verso
doc.	= documento
fasc.	= fascículo
lett.	= carta
ms.	= manuscrito
par.	= párrafo
Summ.	= Summarium

PRESENTACIÓN

Del Padre Cornelio Fabro

Esta vida del Oratoriano friulano Padre Luigi Scrosoppi es la tercera en orden cronológico, tras la de Monseñor Tinti y la del Jesuita Padre Colombara: se apoya en un conocimiento de testimonios y documentos perseguido según la más exigente crítica histórica, de modo que sitúa al personaje dentro del torbellino de aquellos eventos religiosos y políticos del siglo XIX que cambiaron, con un salto de calidad, la nueva figura del mundo y del hombre.

Ahora que he terminado la lectura de esta vida monumental — que puede competir con las producciones más felices de la hagiografía contemporánea — si alguien me preguntara: ¿cuál es la característica de la personalidad de este sacerdote, la fuerza dominante de su alma, el secreto profundo de su espíritu que lo guio y sostuvo en las pruebas y angustias de las que estuvo sembrada su larga vida...? — la respuesta sería inmediata y de extrema sencillez: el Padre Luigi amó a su prójimo con el mismo amor de Cristo y, según el ejemplo de Cristo, mostró predilección por los pequeños, a los marginados, a los sufrientes de todos los dolores del alma y del cuerpo considerándose, literalmente, el « *siervo* » de todos. Es una personalidad de sacerdote que enseguida te atrae con una carga di simpatía cristiana indecible, con una ternura casi como si tú mismo, a distancia de casi un siglo de su partida, te sintieras alcanzado y beneficiado por el halo de su llamarada de amor.

No es un desperdicio de retórica si decimos que el humilde Oratoriano anticipó con hechos, en la línea del Evangelio y de los ejemplos de los santos de la caridad sus patrones (especialmente San Cayetano), el llamado a la conciencia eclesial del Vaticano II, de modo que cada cristiano, siguiendo el ejemplo de Cristo que vino no para ser servido sino para servir, debe realizarse con una « *vida de servicio* » para sus propios hermanos. Ya Santa Catalina de Siena, estimulando a sus discípulos a las obras de caridad, advertía que Dios no necesita nuestras cosas sino que quiere ser amado en nuestros hermanos.

Y más cerca de nosotros, más joven que muchos de nosotros, Benedetta Bianchi Porro — segada por una cruel enfermedad en 1964 a los veintiocho años y ya hoy en carrera por la gloria de los santos — había elegido como lema, en el terrible y casi completo aislamiento de su misión: « *habitar en los demás* ». Obrar por los demás, sufrir por los demás, vivir por los demás... es habitar en los demás como en el cáliz donde se recoge la suma de los dolores de Cristo que nos llama a la participación de su pasión, según una presencia renovada de amor que él espera de cada uno como respuesta al regalo de la gracia.

La respuesta del Padre Luigi está documentada por los hechos de su vida transcurrida primero a la sombra de su digno hermano Carlo y luego durante treinta años, hasta su muerte, llevada en la responsabilidad y sufrimiento cotidiano de sentirse inadecuado para una misión de caridad espiritual y corporal por la cual se estaba consumiendo por entero. Si hoy, dentro de la Iglesia y especialmente por el impulso del Vaticano II, el sentido de la « *diaconía* » es más solicitado en la vida de los cristianos, los Modelos para el servicio de los hermanos nos vienen de lejos en la historia de la Iglesia que ha suscitado en cada tiempo

instituciones oportunas encontrando almas de fuego para realizarlas y animarlas. Entre ellas tiene su digno lugar nuestro Padre Luigi junto a San Francisco — de quien era particularmente devoto y de quien quería ser hijo — que abraza al leproso, a San Jerónimo Emiliani, a San Vicente de Paúl, a San Juan de Dios, al Cottolengo su contemporáneo... Varios son los carismas en la Iglesia de Dios y todos brotan del idéntico Espíritu que « *obra todo en todos* », así la sabiduría, la ciencia, las realizaciones de obras y estructuras imponentes: sobre todas, sin embargo, avanzan las obras de misericordia que Cristo nos pidió para nuestros hermanos y que el Papa Juan evocó como el aroma del testimonio cristiano al mundo.

La respuesta del Padre Luigi al mensaje evangélico fue la consagración de su vida entera sobre todo a la obra de la Casa de las Desamparadas de Udine y a la formación espiritual de las Hermanas de la Providencia destinadas al cuidado de las internas: una pequeña semilla que ya ha crecido en un árbol floreciente en los cuatro puntos del horizonte. Como prolongación natural de su misión de servicio en la Iglesia, extendió la obra de sus hijas a la asistencia en los hospitales, donde su heroísmo brilló sobre todo con ocasión de los frecuentes eventos bélicos y de calamidades públicas (cólera, viruela...) hasta la inmolación de la vida. Signo de una formación y de una gracia singular que venía del ejemplo del Padre y de la impetración de sus oraciones: también él, como sus modelos en el servicio de la caridad, recordaba a las hermanas que debían considerar a las niñas y a los enfermos como sus amos, hasta lavar y besar sus pies. Él mismo dio el ejemplo en las visitas a los hospitales conmoviéndose de alegría: el relato de Biasutti es un florecer continuo de este amor humilde y laborioso del intrépido sacerdote a favor de quien ya no conocía calor de afecto ni luz de sonrisa en este mundo.

Habría que recoger las « *florecillas* » del Padre Luigi, sembradas en esta vida desde el inicio de su apostolado de caridad. Aquí está: contaba con apenas veinticuatro años y medio de edad y casi dos de misa — un jovencito — y se ofrece a su hermano Carlo para hacerse mendigo y aliviar a la piadosa Casa de las estrecheces en las que se hallaba. La filosofía del Padre Luigi y la solicitud impaciente de la compasión cristiana:

« *no es práctico estarse a esperar las ofrendas cuando vengan. Hace falta ir a buscarlas y él fuera, a llamar de puerta en puerta. Las niñas tienen hambre cada día. Ni debemos conformarnos, piensa, con darles un trozo de pan y un poco de sopa. Están desnutridas desde el nacimiento y atraviesan la edad delicada de la formación. Es necesario poner en la mesa un acompañamiento sustancioso: algunas lonchas de queso y, bastante a menudo, un poco de carne. Para esto hace falta un buscador que ponga toda su alma en la colecta y que llame sin temor a las puertas de los particulares, de las tiendas y de los campesinos en los caseríos suburbanos: Os ruego, Padre Carlo — así concluye el pequeño discurso imaginario, pero más real que cualquier apariencia contingente — dejadme ir a mí* ».

Y fue, sostenido por la presencia de Cristo en los pequeños y en los pobres:

« *...cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis* » (Mat. 25, 40).

Y he aquí que, a partir de marzo de 1829, apareció en la mesa lo que la mayor parte de aquellas criaturas nunca o demasiado raramente habían probado: huevos, queso y carne de ternera, de gallina e incluso de cabrito. Conmovedor es al respecto el testimonio de la hermana Angelica Faccini con la cual Biasutti perfuma su relato:

«*Yo recuerdo* — atestigua la hermana — *que las niñas de tres a cuatro años corrían a su encuentro, agarrándose a sus ropas como a las de su madre perdida, pidiéndole con inocente libertad:* "*Gigi, dami cicìn*" — es decir: Luigi, dame carne — *en la jerga infantil friulana*».

Un conmovedor testimonio de la inocencia que es confiada y segura de una protección válida. Una caridad y delicadeza similar trasparenta también en el folleto que los dos hermanos, Carlo y Luigi, difundieron en la ciudad de Udine para solicitar las ayudas para su obra. La petición se pone, en el título, en boca de las mismas internas: « *Palabras de las pobres niñas desamparadas a sus buenos conciudadanos y benefactores de Udine* ». En la humilde petición se leía, entre otras cosas:

« *Nosotros pedimos que cada uno de vosotros, que puede y siente compasión de nosotras, haga la caridad de encargarse de mantener por un solo día al mes, por el curso de un solo año, una sola de nosotras infelices. El gasto es tenue, de solo 50 céntimos al mes* ».

El adjetivo « *solo* » —comenta, atento, Biasutti— repetido tres veces en el periodo, mientras subraya la modestia de la demanda, muestra claramente la humildad de la súplica y deja traslucir el delicado temor de resultar importuno.

Aquel mismo nombre de « *pobres niñas desamparadas* » dice toda la tristeza desesperada de las internas que la caridad cristiana de los dos hermanos sacerdotes había recogido a la sombra de la confianza en la Providencia, como se lee todavía, no sin un vuelco de conmoción, por encima de la rueda del orfanato adornada con los putti de la Robbia en la *piazza dell'Annunziata* en Florencia: « *Pater et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me* » del Salmo 27, 10.

En los santos de la caridad, la pena del prójimo alimenta el amor y este florece en el heroísmo, para socorrer al hermano en cuyo rostro está el mismo *Christus patiens* que se presenta suplicante y necesitado: es de aquí, del Corazón de Jesús de quien el Padre Luigi celaba la devoción, de donde brota la abnegación de la caridad y la ternura de la compasión por quien sufre. Esta ternura era la flor de la santidad y cuando, por la presión profunda del amor de Cristo, iluminaba su figura grave y austera, debía de ser para aquellas afortunadas almas un espectáculo de Paraíso. Pero el Padre Luigi, para llevar adelante su obra de caridad, tuvo ayudas y apoyos generosos; los encontró más en los humildes que en los potentes, experimentando cuánto « *es espinosa la caridad de los ricos* » —salvo pocas excepciones.

Sintió y encontró, en cambio, contrastes, oposiciones y contestaciones de todo género: también él, como es propio del estilo de vida de los santos, y Biasutti tiene cuidado en señalarlo, gustó el cáliz amargo de la incomprensión y del desprecio, las mordidas de la envidia y de la celosía mezquina. Aunque ajeno a la política, fue acusado de ser « *pro-austriaco* »; aunque desapegado de todo y convertido para los pobres también él en un pobre de solemnidad, fue continuamente atosigado por el fisco, primero austriaco y luego italiano, hasta ser acusado —¡ya entonces!— de exportación de divisas. Después, y aún más dolorosa, la insidia de los mismos movimientos políticos en sus propias hijas espirituales:

« *Gracias a Dios, comenta Biasutti, no hubo caídas de fe o de costumbres, sino una sutil inquietud, un peligroso abatimiento, una melancólica niebla de cansancio — ¿como hoy, en esta niebla de compromisos con el mundo que nos asalta por todas partes?* »

Esta vida de abnegación total era ardor de caridad y no frenesí de acción, era ejercicio de amor al prójimo y no ambición de afirmación de personalidad para vencer el obstáculo, era simplemente la fidelidad a la misión que la Providencia le había confiado. Su ideal era el del apóstol: « *Caritas Christi urget nos* » (II Cor. 5, 14). Su aspiración no era, como él se esquivaba con ironía oratoriana, figurar entre los « *santos de altar* », sino realizar su lema, reproducido también en su retrato póstumo: « *hacer - padecer - callar* », que es la síntesis de vida activa y contemplativa en la que se realiza, según San Tomás de Aquino, la perfección cristiana.

En él era la contemplación la que fundaba la acción —a diferencia de cierta teología postconciliar que está a punto de pasar al compromiso con el activismo moderno e incluso con la sociología marxista. La vida férvida e insomne —también en el sentido literal de este último término— de este humilde sacerdote en socorro de sus propios hermanos es la contestación en acto de aquella locura que ya ha causado gravísimos daños a las almas marchitando las fuentes de la piedad y de la santidad.

El Padre Luigi había puesto a tiempo, como fundamento de su ministerio sacerdotal, el propósito de la perfección cristiana según los ejemplos de Cristo y de los santos. Se trata de propósitos que renovaba a menudo y sobre los cuales se examinaba especialmente en ocasión de retiros y de ejercicios espirituales, recogidos en folletos que escribía y guardaba para sí. Uno de estos escritos, recogidos ya por Tinti y retomado por Biasutti, lleva el título: "*Affetti e pratiche sante"* y refleja las preocupaciones del joven sacerdote por la salvación de su alma:

« *Como fuerte estímulo a la santa perseverancia diré a menudo: ¿De qué te servirá todo si te condenas y qué te dañará si te salvas?* »

Y suspira:

« *¡Ah! prometo, Señor, sufrir cualquier cosa y la muerte misma antes que ofenderos con culpa venial, siendo el pecado el verdadero monstruo de ingratitud hacia Dios, y verdugo y carnicero de las almas y de nuestros cuerpos* ».

Y tras un ferviente propósito de la práctica concreta de la humildad *(«es decir, describiéndose como un cúmulo de putrefacción y de miserias asquerosas en cuanto al alma»*), se las toma y se pone a contender con el diablo:

« *Quiero combatir al demonio, quitándole la presa a costa de cualquier esfuerzo mío, incomodidad y dificultad, y defender a las ovejitas de Jesucristo de los asaltos del demonio; previniéndolas de sus engaños, rompiendo los lazos, haciendo que resulten vanos sus golpes, reforzándolas en los asaltos y robándole la presa, y todo ello para gloria de mi capitán Jesucristo* ».

Tiene razón Biasutti al encontrar aquí el fervor santamente combativo de marca ignaciana unido al realismo dulce y vehemente de las "*Massime eterne"* de San Alfonso, también él en la constelación de los protectores celestiales del Padre Luigi.

Profunda es la consideración de su sacerdocio en la solidaridad con Cristo:

« *Quiero pensar a menudo que estoy con Jesucristo ofrecido al eterno Padre en sacrificio, y que por eso debo glorificarle con mi mezquina persona, considerándome como* "*víctima*" ».

Siguen los propósitos de tierna devoción a la Madre de Dios y a San José, al Ángel de la guarda, a sus santos patrones bajo el signo de su especial consagración al servicio de la Iglesia. Termina con un propósito de mortificación y sobre todo de fidelidad a la oración y a la unión con Dios:

« *Recitaré jaculatorias a lo largo del día y rezaré también caminando y en la cama, no pudiendo dormir, con el fin de no perder tiempo y mérito de gloria para el Paraíso* ».

Infierno y Paraíso, temas contrapuestos y frecuentes también en la predicación del Padre Luigi, es decir, lo que Biasutti llama felizmente « *cristianismo elemental* » y que podría decirse también simplemente cristianismo evangélico, cristianismo esencial, que es el cristianismo radical del « *quid prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?* » (Mat. 16, 26).

Es el cristianismo de los orígenes y de los santos de todos los tiempos que ha sido capaz de fascinar a los mismos enemigos de la Iglesia, desde Voltaire a Feuerbach, a Garaudy... Este temor al Infierno era un poco la « *obsesión* » del Padre Luigi, como también resulta de un folleto de propósitos hechos con ocasión de un curso de ejercicios espirituales por aquel tiempo (1829-1830):

« *De sufrir todo alegremente con aquella memoria (es decir, del Infierno), siendo todo una nada en comparación con aquello* ».

Esta es fe sólida, la « *fe del carbonero* » de Pascal: algo muy distinto, por tanto, de la « *desmitologización* », el « *giro antropológico* », la « *madurez del mundo* » y similares vueltas de espalda al Evangelio de tanta teología — ¡lamentablemente también en el área católica! — de nuestros días. Este ansia de perfección me parece la verdadera característica profunda de la vida del Padre Luigi que se intensifica con el pasar de los años. Demos un gran salto y situémonos en los propósitos de 1852, cuando está casi por cruzar el umbral de los 50 años y está por profesar en la Tercera Orden de San Francisco. Aquí los propósitos están dominados por un ardiente deseo de perfección, en todas las « *obras cotidianas* », empezando por las prácticas de piedad que están enumeradas con meticuloso escrúpulo.

El progreso espiritual de su alma es evidente: el estadio del temor al infierno ha sido superado y ha sobrevenido la sed de conformidad con Cristo, considerado todavía como su capitán. Los propósitos son seis en número, pero es el tercero el que constituye el centro y el núcleo, donde contenido y estilo se funden y vibran con una inspiración celestial. Su característica es todavía la pertenencia entre el ejercicio perfecto de la humildad (3er grado) y la imitación de Cristo por una parte, y por otra entre el ejercicio de la perfección personal y la dedicación incondicional a su misión de caridad y misericordia. Creemos no exagerar si consideramos este propósito la clave para la comprensión de la santidad y fisionomía espiritual de su gran alma y un documento de urgente actualidad también para la vida cristiana de nuestros días.

Leamos:

« *Propongo abrazar el tercer grado de humildad y querer seguir a Jesucristo en la pobreza, en la humildad y en la mortificación. Pensaré más a menudo que Jesús es mi capitán y yo su soldado, que quiero serle fiel, unido perfectamente a él en el camino del cielo, y llegar a ser una verdadera copia suya. Ah sí, Señor, a menudo os contemplaré en la Cruz, donde os encontraré como ejemplar del tercer grado de humildad. No debo, pues,*

solamente estimar y amar la pobreza, la humildad y el padecer; sino que habré de desear estas tres virtudes. Para practicar las cuales, y para desearlas como sumo bien y mi porción, me tendré como siervo en la congregación de mi padre San Felipe, y como siervo también en la Casa de la Providencia del santo padre San Cayetano. Visitaré a enfermos y pobres, teniéndome junto a ellos como siervo ».

Justamente Biasutti pone de relieve una vez más la « *excepcional importancia* » del documento que abre un resquicio sobre la obra de la gracia en el alma del humilde Oratoriano. Pero es el tema del apostolado como « *servicio en Cristo* » lo que nos lo hace sentir aún más vibrante de espíritu evangélico.

El servicio al prójimo, por tanto, en el Padre Luigi era como en Pablo:

« *...nos autem servos vestros per Jesum* » (II Cor. 4, 5) y quién sabe cuánto se habría alegrado su alma al leer las altas enseñanzas del Vaticano II sobre la « *teología del servicio* », especialmente en las constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*: solo en este clima sobrenatural se puede comprender y actuar lo que el Concilio llamó « *diálogo* » (*colloquium*) con el mundo moderno.

Ascética y mística, apostolado e inmolación se funden en la alma de Scrosoppi en una vocación de excepción. Biasutti la esboza con su habitual agudeza:

« *La ascética del Padre Luigi estuvo fuertemente centrada en Jesucristo. Pero también aquí él operó una elección. No sobre el Jesús de los milagros y del Tabor, no sobre el Jesús resucitado, no sobre el Jesús que se sienta a la derecha del Padre. Sino sobre el Jesús pobre sobre la paja de Belén, sobre el Jesús laborioso y oculto de la casa de Nazaret, sobre el Jesús sangrante del Vía Crucis, sobre el Jesús escondido en la Eucaristía. Y, precisamente por esto, sobre el Jesús vivo en los humildes, en los pobres y en los enfermos; sobre el Jesús vivo en la comunidad congregada en su amor y en su nombre. Una perspectiva permanentemente válida, y al mismo tiempo muy moderna, de la vida religiosa* ».

Y el comentario que sigue está a la altura del texto donde el ilustre autor parece identificarse con su humilde héroe. Este —nos dice— era el Jesús al que amar y servir; este era el Jesús esposo del alma, de cada alma cristiana, pero con mayor acento del alma religiosa. Solo una mezquina superficialidad o grotescos residuos de sentimentalismo pueden ignorar o desvirtuar la potente instancia de tal unión espiritual. A las bodas del Cordero se va para trabajar y morir con Él y como Él, víctima de caridad en beneficio de los hermanos. Y ya que estamos, reportemos también lo que el Autor observa sobre la devoción a los santos que en larga hilera poblaban el espacio del alma e iluminaban las mismas obras del Padre Luigi ya que « *aquellas dulces y queridas figuras, y otras más, llevaban todas a Jesús y hablaban de Jesús* ». No se podía decir mejor: pero de estas páginas, en la biografía de Biasutti, las hay a montones.

La vida del Padre Luigi Scrosoppi, a diferencia de la de otros santos y fundadores, no presenta espectaculares crisis de conversión: todo en su vida, incluso en los gestos más heroicos, fluye en sencillez y ocultamiento, aunque no faltan fenómenos singulares de la gracia. Para la vida del Padre Luigi Scrosoppi, hechas obviamente las debidas proporciones, pueden valer las palabras que Manzoni dedica a Federigo Borromeo. También él —aunque relegado a los confines de Italia y casi ignorado por la cultura y la

historia oficial— « *fue de los hombres raros en cualquier tiempo que han empleado un ingenio egregio, todos los medios de una gran opulencia, todas las ventajas de una condición privilegiada, un intento continuo, en la búsqueda y en el ejercicio de lo mejor* ». E incluso la vida del humilde Oratoriano friulano, aun con variantes exteriores debidas a la diversidad de los tiempos y del ambiente, ha sido « *como un arroyo que, nacido límpido de la roca, sin estancarse ni enturbiarse jamás, en un largo curso por diversos terrenos, va límpido a arrojarse al río* » (*I Promessi Sposi*, c. 22).

Debemos estar agradecidos al Autor por el estudio en profundidad que nos ha donado de este santo sacerdote, que se sitúa entre los testimonios de lo sobrenatural más luminosos del siglo XIX religioso italiano. Como Estigmatino he notado con viva satisfacción las antiguas y recientes relaciones de Scrosoppi y de su obra con mis hermanos: así en particular Monseñor L. Bragato, confesor y limosnero de la emperatriz María Ana de Austria, había sido el discípulo predilecto del beato Gaspare Bertoni, quien intervino varias veces ante la corte a favor de las obras del nuestro; así también el exgeneral de nuestra congregación, el padre G.B. Tommasi, quien impulsó hace medio siglo el inicio del proceso de su beatificación.

Roma, 3 de abril de 1979.

Padre Cornelio Fabro [1]

de los Estigmatinos

[1] Cornelio Fabro representa una de las cumbres más altas y rigurosas del estudio filosófico y teológico del siglo XX, distinguiéndose por un método de investigación que unía una precisión filológica impecable a una capacidad de síntesis especulativa fuera de lo común. Su actividad de estudioso estuvo marcada por una búsqueda incesante de la verdad que le llevó a operar una verdadera revolución en el campo del tomismo, donde supo aislar y devolver a la luz la noción originaria del acto de ser como fundamento dinámico de la realidad. Esta profundidad analítica no se limitó a la sola metafísica clásica, sino que se extendió con una audacia intelectual extraordinaria hacia el pensamiento moderno y contemporáneo. Su maestría lingüística le permitió abordar directamente los textos de Søren Kierkegaard, traduciéndolos del danés y ofreciendo al mundo académico una clave de lectura que integraba la angustia existencial con la solidez de la tradición cristiana. El rigor de Fabro se manifestaba también en su enfoque crítico hacia la modernidad, estudiada no por oposición preconcebida sino con la voluntad de comprender sus raíces más profundas, como demuestra su vasta producción sobre la historia del ateísmo y sobre las dinámicas de la libertad. Cada página suya exhala una erudición que nunca es un fin en sí misma, sino siempre puesta al servicio de una claridad conceptual capaz de orientar al lector en los laberintos del pensamiento complejo. Su obra permanece hoy como un punto de referencia ineludible para cualquiera que pretenda acercarse al estudio del alma y del intelecto humano con seriedad y absoluta dedicación que solo los grandes maestros saben encarnar.

N.B. — Para no cargar excesivamente y sin necesidad, daremos solamente las notas explicativas de algunos pasajes o noticias adicionales: no aquellas de referencia a citas hechas en el texto, excepto en casos particulares. Las citas, por lo demás, han sido tomadas o de la biografía de Tinti o de las cartas pastorales de los ordinarios de Udine o de los documentos conservados en el archivo « *P. Luigi Scrosoppi* » en el *Istituto della Provvidenza de Udine*, acompañados, estos, por un fichero preciso y completo, que facilita su localización; y no pocas de los "*Cenni biografici della vita edificante delle nostre amate consorelle"*, o de las "*Deposizioni*" de hermanas contemporáneas del Padre, conservadas en el mencionado archivo.

Guglielmo Biasutti

PARTE PRIMERA

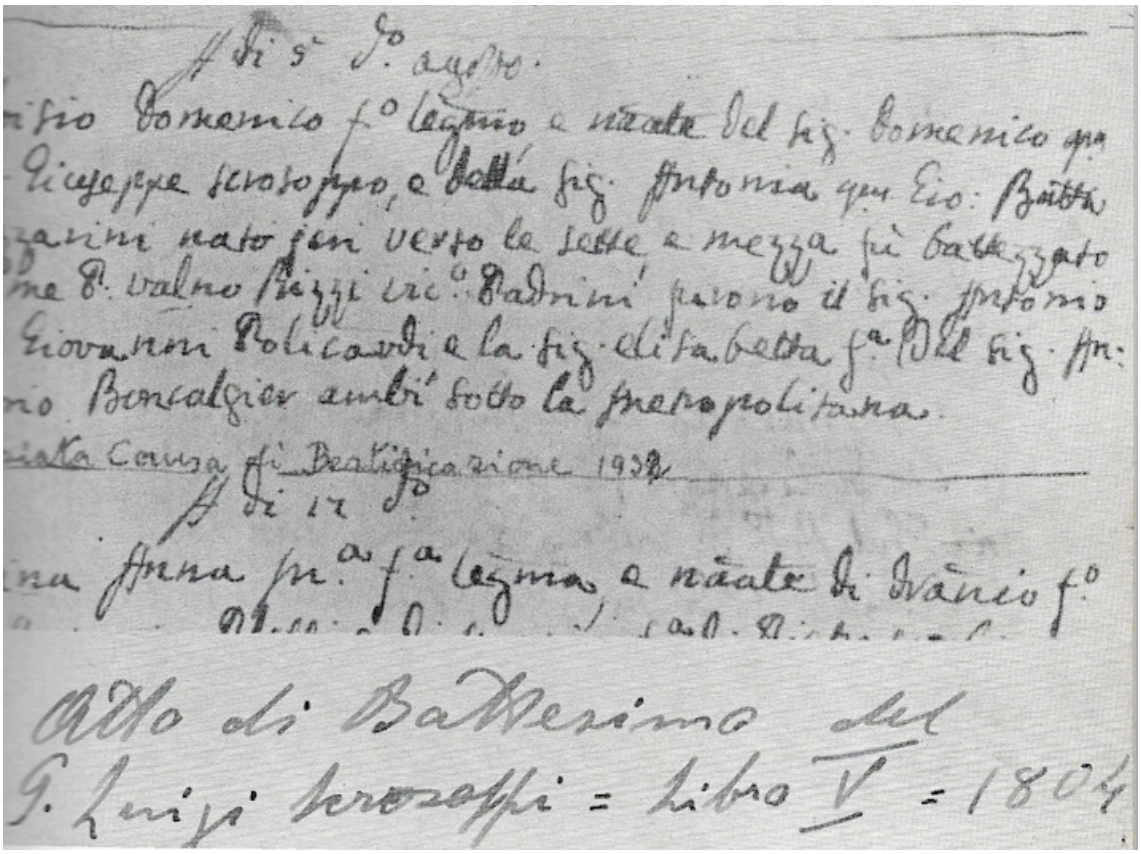
El Señor llama

Capítulo 1

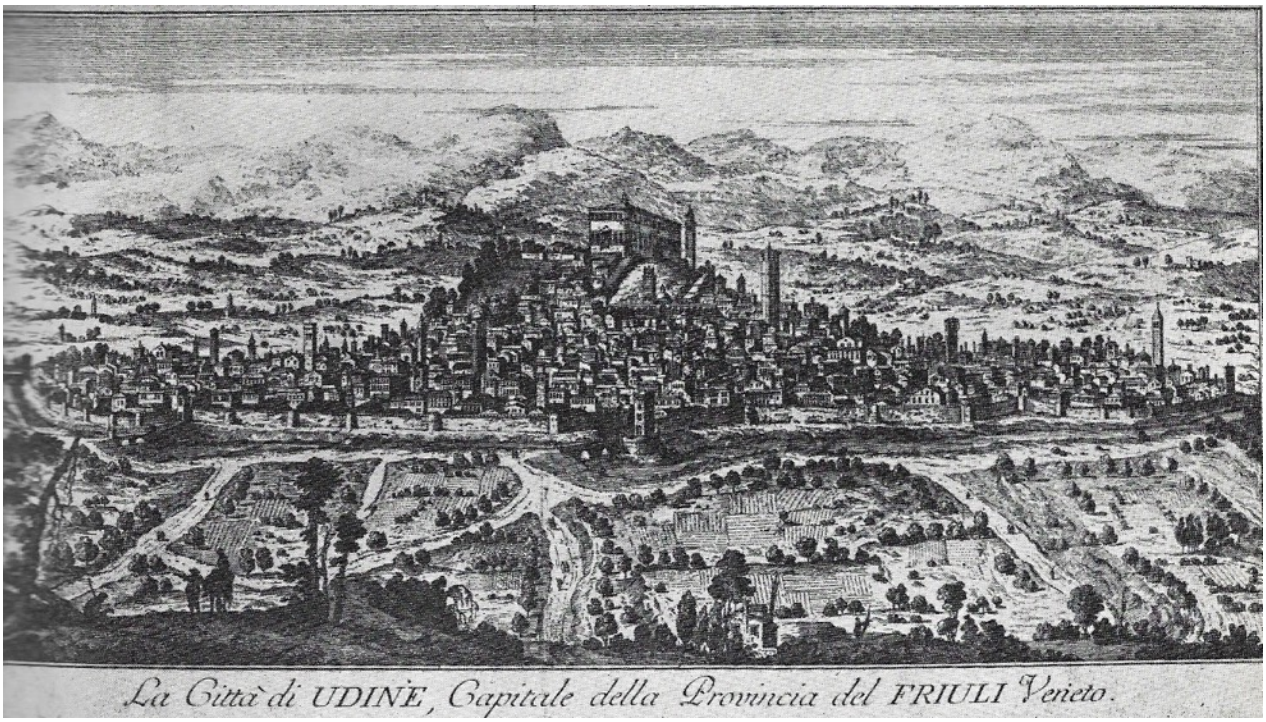
TERCERA FLOR (1786-1804)

Nacimiento del padre Luigi Scrosoppi

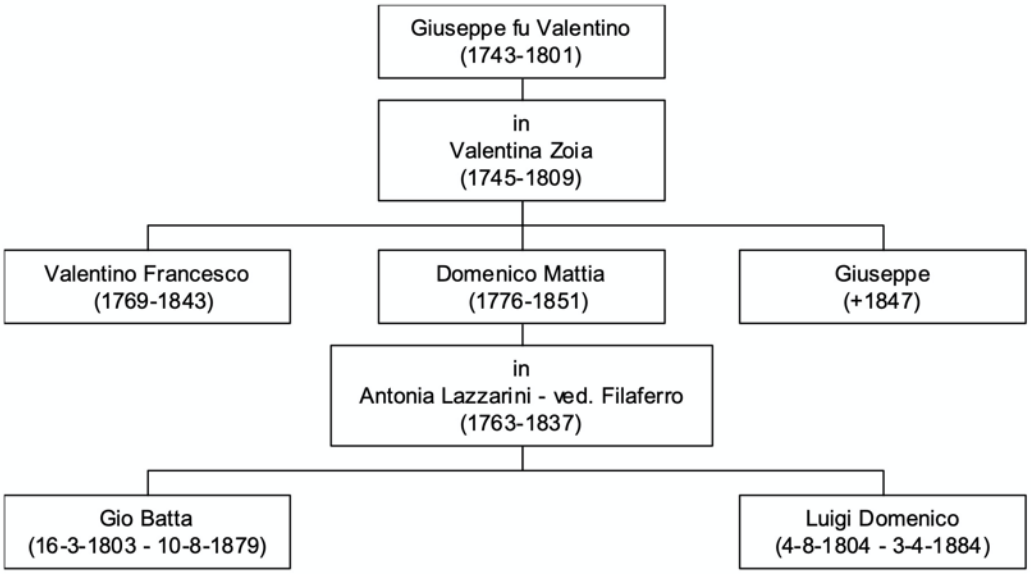
El padre Luigi Scrosoppi nació en Udine a las siete y media de la mañana del 4 de agosto de 1804 de Domenico Scrosoppi [1] y de Antonia Lazzarini; fue bautizado al día siguiente en la iglesia parroquial del Santísimo Redentor y se le impusieron los nombres de Luigi Domenico.


Acta de Bautismo de Luigi conservada en el archivo de la parroquia del Santísimo Redentor – Udine

[1] Los Scrosoppi (en los registros parroquiales se encuentra la forma « Scrosoppo ») procedían de Martignacco (Udine), donde estaban presentes desde 1500. Originalmente era gente modesta, artesanos y campesinos, como testimonia el mismo apellido (en la lengua friulana « scrosop » significa casucha o bien objeto tosco y mal combinado). En la primera mitad del siglo XVII, un tal Benedetto Scrosoppi vino a establecerse en Udine en la parroquia del Redentor y, a finales del siglo, se encontraban ya numerosas ramificaciones. La rama de la que procedió el padre Luigi dependía de Francesco, hijo de Valentino Scrosoppi, que tenía su morada en el número 1487 de via Pracchiuso.



Udine. – Panorama de la ciudad en un grabado del siglo XIX



[Los esposos: Giuseppe Scrosoppi y Valentina Zoia tienen tres hijos: Valentino, Domenico y Giuseppe.
Los esposos: Domenico Scrosoppi y Antonia Lazzarini tienen dos hijos: Giovanni Battista y Luigi]

Aloisio es la forma latinizada del nombre italiano Luigi. Sin embargo, dado que en la casa Scrosoppi se hablaba corrientemente el friulano, más tarde fue llamado Gigi y, durante la infancia, probablemente Gigiùt [2].

El primer nombre le vino con toda probabilidad de la madre, cuyo segundo nombre era precisamente Aloisia. El segundo nombre fue elegido en honor al padre Domenico; sin embargo, en este caso, se añadió la feliz coincidencia de que el 5 de agosto se celebraba

[2] « Gigiùt » en el habla friulana es el diminutivo de « Luigi ».

san Domenico de Guzmán, fundador de la orden dominicana. Quizás precisamente por este motivo el rito del bautismo fue pospuesto un día.

Se trató, pues, de una doble fiesta en la casa Scrosoppi: el bautismo del hijo y el onomástico del padre.

Es muy probable que la combinación de los nombres de los padres en el recién nacido haya sido intencionada, casi como para confirmar y coronar a través del niño el amor que los unía. Sin embargo, en las acciones humanas se ocultan no pocas veces misteriosos y proféticos presentimientos. Aquel último hijo se convertiría verdaderamente en la flor más preciosa de su matrimonio.

Mamá Antonia —llamada comúnmente « *siore Tunine* » en el habla de Udine— tenía entonces más de cuarenta y un años. Había nacido, de hecho, el 14 de enero de 1763 de Giovanni Battista Lazzarini y de Angela Dossi.

El padre procedía de la parte meridional del barrio Grazzano de Udine, apodado « *burgo de los comedores de ranas* », ya que en el lado oeste de la carretera corría un canal, tal vez poblado por estos anfibios. Pero ya el croar más audible era el de las mujeres de la vecindad que en aquel canal iban a lavar la ropa de casa... y a chismorrear sobre la del prójimo.

Aquel breve curso de agua accionaba, sin embargo, también alguna serrería y algunas industrias textiles. La familia Lazzarini gestionaba precisamente una tejeduría y una serrería, a la que se unía el comercio de madera y de hierro para las empresas de construcción. Hacia mediados del siglo XVIII, aun sin abandonar la casa familiar, la empresa fue trasladada unos cientos de metros más arriba a lo largo del mismo canal: precisamente en la esquina noroeste entre la antigua *via Poscolle* y la reciente *via Zanon*, llamada así porque en esos parajes el célebre Antonio Zanon [3] había implantado su hilandería. Más que por las ranas y las industrias, el burgo Grazzano estaba entonces orgulloso de la cofradía de la Inmaculada Concepción, nacida desde el siglo XV en la iglesia de san *Francesco della Vigna* de los frailes menores observantes. Giovanni Battista Lazzarini fue un miembro ferviente. Se inscribió cuando era todavía muy joven, permaneció fiel incluso después del traslado al burgo Poscolle y ocupó cargos directivos de 1764 a 1775. Es más, cuando murió el 12 de marzo de 1785 a la edad de setenta y un años, quiso ser enterrado en la tumba de los cofrades, a pesar de que pertenecía ya a la parroquia de la Catedral, donde también había hecho construir una tumba familiar.

Del abuelo, por tanto, a través de la madre, don Luigi heredó la profunda devoción mariana y franciscana [4].

El señor Lazzarini tuvo ocho hijos: un varón y siete hembras. La muerte —en aquellos tiempos de verdaderas masacres de niños— se llevó a cinco, recién nacidos o en tiernísima

---

[3] Nacido en Udine en 1696, allí mantuvo en actividad un establecimiento para la elaboración y producción de la seda y abrió uno en Venecia, donde se fue formando una escuela de diseño profesional y de mejora de la tintorería. Sostuvo la campaña para el renacimiento agrícola e industrial del Friuli; con otros fundó la Sociedad de Agricultura práctica y recibió la medalla de oro del gobierno de Venecia, donde murió en 1770. Trató los problemas económicos con un « tono casi apostólico » y vio en la riqueza solamente su función social. (Cfr. G. MARCHETTI, *Il Friuli - uomini e tempi*, Udine 1959, pp. 429-435).

[4] En la tumba del abuelo no pudo ir a rezar, porque la iglesia y el convento *de la Vigna* fueron ocupados una primera vez por las tropas francesas en 1797 y luego suprimidos por las leyes napoleónicas de 1807.

edad. Le quedaron solo tres niñas: Antonia, la futura madre de don Luigi; Francesca, nacida en 1769 y casada en 1790 con Pietro Bassi de Pordenone; y Rosa, nacida en 1772, casada en primeras nupcias con Francesco Simonetti en 1796 y más tarde, en 1818, con Gabriele Pecile.

Vistiendo pantalones cortos cerrados con un lazo bajo la rodilla, con los encajes que bajaban de las mangas de la chaqueta, adornos almidonados que destacaban sobre la camisola y una peluca empolvada en la cabeza, el señor Giovanni Battista Lazzarini atendía sus asuntos, tratando de ahorrar una buena dote para casar adecuadamente a aquellas tres queridas hijas. Se trataba de una dote decisivamente considerable: más de veintidós mil liras venecianas de la época.

Entre los proveedores del almacén de ferretería de los Lazzarini se encontraba Francesco Filaferro [5] de Malborghetto, propietario de minas de hierro (entonces en vía de agotamiento) y de talleres para la elaboración del metal.

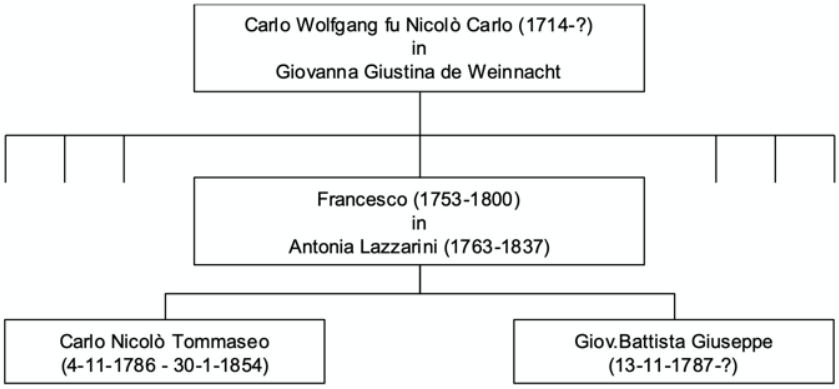
Él era hijo del « *muy ilustre y respetable* » — como se le define en los documentos de la época — Carlo Volfango, quien impuso el nombre de Maria a todos sus diez hijos y que tenía dos hermanos sacerdotes, don Giuseppe y don Leo. También la estirpe de los Filaferro estaba, pues, caracterizada por una fe vigorosa y por una profunda piedad mariana. El matrimonio entre Francesco Filaferro y Antonia Lazzarini fue celebrado el 18 de marzo de 1786 por don Giuseppe, tío del esposo. Así la señora Antonia dejó Udine para trasladarse a Malborghetto, en la Val Canale.

Allí pasó más de diez años, alegrada por el nacimiento de dos hijos: Carlo Nicolò Tommaso, el 14 de noviembre 1786, y Giovanni Battista Giuseppe, que murió de niño el 13 de noviembre 1787.

El 16 de marzo de 1797 Napoleón Bonaparte derrotaba en el Tagliamento a las tropas austriacas comandadas por el archiduque Carlos, y una semana después el general Massena entraba con fuerza en la Val Canale. La familia Filaferro se vio obligada a marcharse a toda prisa, huyendo como refugiada a Klagenfurt y perdiendo irremediablemente toda propiedad en Malborghetto. Allí arriba el señor Francesco tuvo que adaptarse a la venta de embutidos para mantener a sus familiares.

El año 1800 marcó un giro doloroso en la vida de mamá Antonia. El 3 de abril murió su madre Angela Dossi. El 16 del mismo mes la hermana Rosa perdió a su joven marido Francesco Simonetti, que le dejó un hijo pequeño, Luigi, de solo dos años.

[5] El apellido Filaferro se remonta al menos al siglo XV y tuvo su origen probablemente en Pontebba, pueblo fronterizo entre la República Veneciana y los Estados Austriacos: alude al oficio tradicional de la familia. Francesco Filaferro pertenecía a la rama de los Filaferro que había subido a Valcanale tal vez a principios del siglo XVII y se había establecido en Malborghetto, ejerciendo la industria metalúrgica.



Quizás Antonia bajó de Carintia a Udine para asistir a su madre moribunda y allí se quedó para consolar a su hermana en su luto. Se encontraba ciertamente en Udine cuando, el 1 de julio, se procedió a la división de la herencia paterna entre las tres hermanas Lazzarini, una de las cuales, Francesca, había muerto anteriormente. Quitadas las dotes y las deudas, quedaba solo una cuota de 8235 liras para cada una. A Rosa, sin embargo, le quedaban las empresas comerciales del padre y las casas en via Poscolle y en via Canciani. Antonia, cuya dote ya se había desvanecido entre las peripecias de su familia, pudo volver a Klagenfurt con una pequeña suma de dinero. Fue un alivio de corta duración, porque el 30 de octubre de 1800, con solo cuarenta y siete años, moría su marido Francesco Filaferro.

Antoni Lazzarini, madre del p. Luigi, en un retrato al óleo.

¡Y ahí está, la señora Antonia, con el único hijo que le quedaba, Carlo, celebrando una tristísima fiesta de Todos los Santos; ahí está, en el Día de los Difuntos, volviendo con ropas de luto a la tumba todavía fresca bajo la cual yacía el compañero de su vida! Más tarde, recogidas las pocas cosas más queridas y vendidas las otras, volvió con su hijo a Udine, donde su hermana Rosa los acogió con afecto en su propia casa.

El padre Domenico Scrosoppi

En aquella misma casa de via Paolo Canciani vivía entonces de alquiler el señor Giuseppe Scrosoppi con sus dos hijos, Domenico y Giuseppe, que gestionaban una joyería un poco más adelante en la misma calle, a la altura del antepenúltimo pórtico frente al mercadillo de *piazza San Giacomo* (actual *piazza Giacomo Matteotti*). Eran buenos artesanos y buenos cristianos.

Los tres estaban inscritos en la Compañía del Crucifijo, una de las cofradías ciudadanas más vitales, nacida a principios del siglo XVI frente a la iglesia de San Francesco de los frailes menores conventuales, que desde hacía algunas décadas se había convertido en la iglesia del hospital mayor *de Santa Maria della Misericordia* [6]. El objetivo principal de la compañía era el culto a Jesús crucificado: entre otras actividades, los cofrades solían organizar cada año una representación sagrada de los misterios de la Pasión, a veces en la cercana *piazza del Fisco*, hoy *piazza XX Septiembre*. También habían asumido la tarea de la asistencia a los condenados a muerte, sustituyendo en Udine a las famosas cofradías de la Misericordia.

[6] El hospital se levantaba, desde principios del siglo XIV hasta la segunda mitad del siglo XVIII, entre las actuales calles Monaldo Stringher e Beato Odorico da Pordenone, con la entrada por via Stringher, frente a la actual piazza XX Septembre. Posteriormente, con la ley veneciana de concentración de conventos de 1768, habiendo sido suprimido el convento de los carmelitas en via Aquileia, el arzobispo Gian Girolamo Gradenigo tuvo la idea de trasladar el hospital al convento de San Francesco de los frailes menores conventuales: esto habría ofrecido un sitio más elevado y saludable y mayores posibilidades de desarrollo al propio hospital. Obtuvo por tanto que los frailes menores se trasladaran al convento de los carmelitas de via Aquileia, liberando así el lugar. (Cfr. Archivo antiguo del Hospital Mayor de Udine, ahora conservado en el seminario arzobal).

Udine. Piazza San Giacomo en una miniatura del siglo XIX.
A esta plaza daba la joyería del señor Domenico Scrosoppi

Nos es grato pensar que el tiernísimo amor del padre Luigi Scrosoppi por la pasión del Señor y por la piadosa práctica del Vía Crucis le vino también de su padre. El buen vástago no miente al tronco (es decir, las calidades del hijo reflejan las de sus orígenes); y es una gran gracia nacer de buenos padres.

Pero, ¿cómo ocurrió, pues, que Domenico se enamoró de « *siore Tunine* » ?

Doña Antonia era trece años mayor que él, ya que Domenico había nacido el 26 de enero de 1776. Ella no era una belleza, aunque el retrato nos la sugiera vivaz, aguda y atrayente; y él no era un joven de carácter romántico, inclinado a pasiones desconsideradas, sino de temperamento notablemente concreto. Ni pudo influir ninguna razón de interés económico, ya que Antonia era una viuda casi pobre, con un hijo de catorce años a su cargo; un partido mejor habría sido ciertamente la señora Rosa, también viuda, pero económicamente sólida y casi de su misma edad.

Sin embargo, en el corazón de Domenico hicieron mella las dotes morales de « *siore Tunine* » .

Por algunos indicios resulta que ella tenía la noble costumbre de acudir presurosa al lecho de los enfermos y de consolar a cuantos, en la vecindad, necesitaran ayuda, sobre todo moral. Las muchas pruebas sufridas le habían enseñado a comprender y a paliar las del prójimo. La misma misericordia que obra en él brillará más tarde en sus hijos. Nos gusta, por ello, imaginarla mientras acude a menudo a visitar al padre de Scrosoppi, que en aquella misma casa se estaba encaminando a la muerte, ocurrida después el 7 de diciembre de 1801. Durante tales visitas el joven Domenico pudo admirar la bondad y la fortaleza de ánimo de la mujer.

Ella, además, era muy devota. Las tristes experiencias sufridas no la hacían ciertamente favorable al clima de agitación de aquel tiempo, difundido y agravado por la ocupación francesa de 1797: un fermento presente también entre las mujeres, varias de las cuales habían perdido la razón (a veces clínicamente) por seguir a los soldados de Napoleón.

Por tales cualidades y por la afinidad de sentimientos, Domenico pidió a Antonia en matrimonio. Y si ella se mostró inicialmente sorprendida y reacia, la necesidad de afecto y de apoyo, junto con el comprensible deseo de no seguir a cargo de su hermana, la llevaron a acceder.

Se casaron con sencillez el 20 de febrero de 1802.

Un detalle conmovedor nos muestra con qué espíritu contrajeron aquel matrimonio.

Entre los pocos objetos de familia que don Luigi conservó con celoso cuidado se encuentra un anillito de plata que — según un certificado oficial adjunto [7] — había sido puesto en contacto, un día de marzo de 1802, en la catedral de Perugia, con el anillo atribuido al desposorio entre María Santísima y san José.

Los tres hijos de doña Antonia

De aquel devoto matrimonio nació el 16 de marzo de 1803 un hijo, que fue bautizado el mismo día con los nombres de Giovanni Battista Angelo. Tuvo como padrino al señor Angelo Giupponi [8] y como madrina a su tía Rosa. El primer nombre hacía revivir el del abuelo Lazzarini, que ya había sido dado al segundo hijo de los Filaferro; el segundo retomaba en cambio el del padrino Giupponi, un culto y acaudalado señor que vivía en las cercanías, en el barrio de Santo Tomás, hoy via Cavour.

Poco después, la familia Scrosoppi dejó la casa de los Lazzarini y se trasladó a la parroquia del Redentor, donde nacería nuestro Luigi el 4 de agosto de 1804.

Probablemente la causa del traslado fue el matrimonio que Giuseppe — el hermano menor de Domenico — contrajo el 12 de junio de 1803 con Pasqua Morocutti. Los dos hermanos estaban muy unidos y querían seguir viviendo juntos; sin embargo, la casa de los Lazzarini no debía ser adecuada para acoger a un nuevo grupo familiar. Además, la muerte del padre debió pesar en su condición económica a causa de la división hereditaria con el hermano mayor Valentino, salido de la casa paterna ya desde 1797: tanto es así que, en el mismo período, trasladaron la joyería de via Canciani a un ambiente más modesto en el lado sur de *via del Monte di Pietà*.

No sabemos en qué vivienda de la parroquia del Redentor se establecieron los dos hermanos Scrosoppi y, por consiguiente, en qué casa nació nuestro padre Luigi. Hemos mencionado, sin embargo, intencionadamente al señor Angelo Giupponi que, por diversos elementos, aparece como una persona muy querida para ambos. Poseía una casa en el número 920 de *Borgo Santa Lucia*, correspondiente al número 14 de la actual *via Mazzini*,

---

[7] Se conserva en el Archivo Luigi Scrosoppi (A.L.S.).

[8] Udinense, nacido en 1747, encargado de la bodega (es decir, responsable de las provisiones) y luego de la administración (es decir, tesorero) en el hospital. Continuando el ascenso de grado en el cargo se podía adquirir el título de « noble ».

reconocible por cinco ventanas con arco de medio punto. No es improbable que allí haya dado hospitalidad a sus dos protegidos.

Allí permanecieron durante unos cuatro años, hasta que maduró la necesidad de separar las dos familias. Domenico se retiró con la suya a *la Riva del Giardino* — hoy via Liruti —, no lejos del santuario de las Gracias. Giuseppe, en cambio, se estableció cerca del viejo gimnasio [9].

Los dos hijos pequeños de Domenico y de Antonia, Battistin y Luigi, pasaron, pues, su infancia en la serenidad doméstica; no habrán salido sino para dirigirse con su devota madre a la cercana iglesia del Redentor y de San Cristóbal o para visitar a su tía Rosa.

Casa en la que nació Luigi: número 920 de Borgo Santa Lucia, correspondiente al número 14 de la actual via Mazzini

¿Y Carlo Filaferro?

Llegado de Klagenfurt a los catorce años, estaba ya en edad de elegir su propio camino. Parecía obvio que, para seguir los pasos de su padre según la costumbre de la época, se le iniciara en el comercio. Algunos parientes pensaron, de hecho, en colocarlo como aprendiz en alguna empresa en Trieste, tal vez también a causa del segundo matrimonio de su madre.

Él, en cambio, eligió decididamente la vida sacerdotal. Esto ocurrió con gran alegría de su madre, que secretamente había implorado esa gracia al Señor. Acudía, pues, a estudiar gramática (es decir, a estudiar sintaxis) — atravesando el centro de la ciudad — en el seminario arzobispal, situado en el actual palacio del tribunal en via Treppo.

En verdad, los locales del seminario habían sido ocupados casi totalmente por los franceses en 1797 y el gobierno austriaco no había querido devolverlos. Sin embargo, se habían podido conservar algunas estancias y otras habían sido puestas a disposición por el

[9] El gimnasio viejo se encontraba en ese tramo de calle, en ángulo recto, llamado hoy « Ginnasio Vecchio », que une actualmente piazza XX Settembre con via Beato Odorico da Pordenone.

arzobispo Monseñor Pier Antonio Zorzi [10] en su palacio cercano. En esa situación precaria, el seminario prosiguió como pudo de 1798 a 1808.

Carlo ya había asistido a escuelas en la ciudad carintia, pero en lengua alemana, que conocía muy bien. Ahora le tocaba ponerse al día con la lengua italiana. Lo logró pronto, ayudado por su gran ingenio. En 1803, superados con éxito los cursos de estudios clásicos (es decir, los cursos de humanidades y retórica), se inscribía en los de filosofía.

Del seminario regresaba cada día a la casa de su padrastro, quien siempre estuvo muy unido a él.

A una inteligencia sólida y aguda se unían en él una voluntad vigorosa y tenaz, un corazón sensible y generoso, y un carácter franco y al mismo tiempo equilibrado. Cualidades que orientaron su vida personal hacia resoluciones magnánimas y santas, y moldearon su espíritu haciéndolo capaz de guiar las almas.

Dio la primera prueba de ello en familia, pues condujo y casi atrajo a una común y total dedicación al Señor a sus dos hermanastros, de los cuales fue siempre el modelo, el ángel de la guarda y la guía.

Especialmente de Luigino.

La tercera flor de mamá Antonia.

[10] Nació en Novigrad, cerca de Zara, en 1743 de una noble familia veneciana. Hombre de vastísima cultura (es decir, muy erudito), perteneció a la congregación de los somascos, fue obispo de Ceneda y luego arzobispo de Udine. Pastor vigilante y celoso, cuidó en particular los conventos e institutos educativos, distinguiéndose por la práctica de la caridad hacia los pobres. Francisco II de Austria lo quiso como consejero de Estado, Pío VII lo creó cardenal en 1803 y en el mismo año murió. (Cfr. A. BELGRADO, Elogio fúnebre..., Udine 1804, pp. XXIV).

Capítulo 2

BAJO LAS GARRAS DEL ÁGUILA CORSA (1805-1813)

Pues bien, sí. Desearíamos detenernos con una sonrisa en algún episodio de la infancia y de la niñez de nuestro Luigino. Lo querrían sobre todo las gentiles y devotas lectoras.

No me refiero a los primeros dientecitos, a los primeros balbuceos, a los primeros pasos o, tal vez, a los primeros pequeños caprichos. Y ni siquiera, quizás, a aquellos episodios dulces y ejemplares — como también sucede en muchas biografías de santos — de los cuales traslucen destellos de predilección divina y presagios de futura santidad. Alguna pequeña noticia, sin embargo, la querríamos; algún detalle que nos permita vislumbrar el crecimiento de esta flor en el período del invernadero — es decir: los años protegidos y fecundos de la infancia —.

En cambio, nada.

No hubo nunca lugar, en la vida del Padre Luigi Scrosoppi, para las peripecias o los sentimientos de su pequeño ego. Ni él se abandonó, de viejo, a las habituales y nostálgicas evocaciones de sus seres queridos o de sus años juveniles.

Y hay que explicar el porqué.

No fue en absoluto por aridez de sentimiento. Al contrario, por temperamento fue inclinado a sentimientos tiernos y vigorosos.

Pueden haber influido ese recato y esa discreta timidez que aún envolvían y frenaban la vida individual; y contribuyó a ello, sin duda, una cierta franca reserva típica de la gente friulana. Pero la razón profunda es otra.

En el espíritu de Luigi tuvo pronto un decisivo predominio aquel tipo psicológico que se puede definir al mismo tiempo como metafísico y activo. Porque, para él, contaron siempre y solo los valores que amar y alcanzar: es decir, cuando emergió claramente la elección del sacerdocio y de la caridad, Dios y las almas. Porque, para él, contó siempre y solo lo que debía hacer y a lo que debía servir con dedicación total: Dios y las almas.

Un hombre, por tanto, contemplativo y al mismo tiempo laborioso. Proyectado hacia el exterior en las aspiraciones y en la actividad, hasta olvidar o sacrificar la propia dimensión personal.

Este retrato psicológico no está fuera de lugar: más bien, es un proyector, colocado en la perspectiva adecuada, que ilumina y aclara toda su vida.

Y aquí nos ha surgido espontáneamente, y un poquito también por comodidad, para excusarnos si no diremos nada de Luigino niño, sino que hablaremos solamente de... Napoleón y de Carlo Filaferro.

Carlo Filaferro se hace oratoriano

El 18 de mayo de 1804 — casi tres meses antes de que naciera Luigino — Napoleón Bonaparte había sido coronado emperador de los franceses en París por el papa Pío VII. Y el 19 de marzo de 1805, en Monza, con la asunción de la corona de hierro, se convirtió en rey de Italia.

Mucha agua había pasado rápidamente bajo los puentes del Sena. El guillotinado Luis XVI y el incorruptible Robespierre no habrían imaginado ciertamente que después de solo doce años Francia vería surgir un trono nuevo: tan efímero como se quiera, pero fascinante por sus hazañas deslumbrantes. Ni el París ilustrado y revolucionario, tras la muerte en prisión del papa Pío VI en 1799, habría previsto albergar, pocos años después, a otro papa, venido a coronar al Gran Cabo (el apodo de Napoleón).

¡Rápidos trazos de memoria!

Las dos coronas no servían sino para asegurar las espaldas para proyectos aún más audaces.

En el otoño de 1805 comenzó una nueva guerra. El 2 de diciembre tuvo lugar la deslumbrante victoria napoleónica en Austerlitz. Y precisamente el día de Navidad se firmaba el Tratado de Presburgo (la actual Bratislava), con el cual se ponía fin, incluso en el nombre, al Sacro Imperio Romano Germánico, la milenaria construcción política de Carlomagno y de Otón I, que había nacido precisamente en una Navidad.

Con aquel tratado se anexionaba al Reino Itálico todo el Véneto junto con el Friul, que en 1797, con el Tratado de Campoformio, Napoleón había dejado a Austria.

Esta segunda ocupación francesa, aunque muy diferente de la primera, despertó los tristes recuerdos de 1797 en el ánimo de Carlo Filaferro, quien por nacionalidad, por las desventuras pasadas y por los sentimientos personales no podía ser favorable a los franceses. Los bruscos cambios lo confirmaron en el deseo de sustraerse a la borrasca del siglo, para consagrarse enteramente al servicio del Señor. Al contrario, lo empujaron aún más: no solo se haría sacerdote, sino « *prete dell'Oratorio* ».

El Oratorio era una asociación religiosa especial de laicos y de sacerdotes, que se reunían para meditar juntos sobre las verdades de la fe y para realizar algunas prácticas de devoción particulares. Fundado en Roma por san Felipe Neri, se había difundido rápidamente por todo el mundo católico.

Surgió uno también en Udine en 1629; y luego otros dos en San Daniele del Friuli y en Tolmezzo.

El Oratorio de Udine mantuvo inicialmente sus reuniones en la iglesita de la *Compagnia del Crocifisso,* pero en 1643 obtuvo su propia sede en la antigua Iglesia de *Santa Maria Maddalena*, hoy desaparecida, cuya área está ocupada por el palacio de correos.

Al Oratorio, desde los tiempos de san Felipe, se había añadido la « *congregación del Oratorio* », es decir, un grupo de sacerdotes y de cofrades laicos que, sin emitir votos religiosos, hacían vida común.

En Udine la congregación había sido instituida en 1638, tras una concesión ducal del 7 de junio de aquel año.

Los miembros de la congregación debían ser por regla bastante pudientes y permanecían como propietarios de sus bienes, cuyas rentas, sin embargo, devolvían o en beneficio de la propia congregación o en obras de caridad. Los sacerdotes que formaban parte de ella se comprometían particularmente a ejercer el ministerio sacerdotal de manera totalmente gratuita, para quitar hasta la mínima sombra de interés económico. Sin duda fue este aspecto de gratuidad y de pura espiritualidad lo que atrajo al joven Carlo entre los padres del Oratorio.

Pero su elección tuvo el claro sabor de un desafío espiritual. Hay que recordar que el régimen napoleónico, bajo una apariencia utilitaria de religiosidad, conservaba un espíritu arrogante, rapaz y opresivo hacia las cuestiones religiosas.

Precisamente el día de Pascua de 1806 [1] las autoridades civiles hicieron al Cabildo de Udine el regalo de un huevo de Pascua de amarga sorpresa. Antes de la misa solemne un empleado, con un séquito de guardias (es decir, una hilera de gendarmes), entraba por la fuerza en la sacristía de la catedral y tomaba posesión del « *tesoro* » reconstituido tras el saqueo de oros y platas sagrados realizado por los franceses en 1797.

Mientras tanto, se extendían también al Véneto y al Friul las leyes de política eclesiástica ya aplicadas en el Reino Itálico, que preveían, entre otras cosas, la supresión de las cofradías y de muchas casas religiosas.

La propia congregación filipense vivía bajo la pesadilla de la disolución. El 6 de agosto de 1806 el Cabildo de Udine — la sede arzobispal estaba entonces vacante — deliberaba interesarse a favor de los oratorianos, tan beneméritos de la vida religiosa ciudadana.

Exactamente en aquel período de incertidumbre y de ansia, Carlo Filaferro, de veinte años no cumplidos, y Antonio Specie de Resiutta, de dieciocho y medio, pedían ser acogidos en la congregación amenazada [2]. El 2 de septiembre de 1806 los padres de la congregación decidieron acelerar la aceptación « *por un grave motivo que nace de las presentes difíciles circunstancias* »; el 6 de septiembre los dos seminaristas (es decir, clérigos) hicieron « *con sumo contento su ingreso en la congregación* ». Y el domingo 5 de octubre, solemnidad del Rosario, los dos candidatos — que ya habían recibido las órdenes menores — vestían « *con sumo gozo* » el hábito de san Felipe.

Así, desde el 6 de septiembre, Carlo dejó a la familia Scrosoppi y se fue a vivir a la casa de la congregación filipense, hoy sede de la jefatura de policía de Udine. Desde entonces quién sabe cuántas veces mamá Antonia, con sus niños, habrá bajado a aquella casa o a la Iglesia de Santa Maria Maddalena, para ver a su primogénito y disfrutar de su dulce y devota conversación.

El 16 de marzo de 1808 el seminarista Carlo Filaferro constituyó para sí mismo el patrimonio eclesiástico (la dote económica necesaria para la ordenación), prescrito por los sínodos para quienes aspiraban a las órdenes mayores.

---

[1] Cfr. Atti del Capitolo, vol. VI (1801-1812) e 439 (A.C.U.).

[2] Cfr. Memorie della Congregazione, manoscritto, fascicolo 5, sotto la data 2-9 e 5-10-1806 (A.L.S.).

El patrimonio consistió en dos pequeñas casas en Gemona, heredadas del difunto tío abuelo don Giuseppe Filaferro, muerto en 1799 [3], en un pequeño capital cedido por la madre y en otro capital añadido por el padrastro Domenico Scrosoppi.

El 11 de junio de 1808 Carlo fue ordenado subdiácono; y el 17 de diciembre del mismo año diácono. Pero antes de que se convirtiera en sacerdote, nuevos graves acontecimientos turbaron a Europa y a la cristiandad.

Don Carlo sacerdote

Las esperanzas de los pueblos son demasiado a menudo similares a los fuegos fatuos que vagan por los cementerios.

Las dos ocupaciones francesas no dejaron de producir beneficios, porque no existe aventura humana que no sea una mezcla de bien y de mal. Se pagaron, sin embargo, a un precio alto.

En la segunda ocupación, sobre todo a causa de las continuas guerras que era necesario sostener con medios y hombres, llovieron tasas, impuestos y préstamos definidos como voluntarios; además se impuso la odiada conscripción obligatoria, con las filas infelices de prófugos y desertores, quienes a menudo se veían obligados a vivir como forajidos en las zonas más remotas e inaccesibles [4].

El 27 de marzo de 1809 estalló un nuevo conflicto entre Austria y Napoleón, el cual, tras una victoria decisiva en Wagram el 7 de julio, entraba triunfante en Viena.

En aquella rápida peripecia bélica, sin embargo, los austriacos habían podido ocupar Udine y el *Friuli* el 12 de abril y los mantuvieron durante un mes exacto. Al contrario, el 16 de abril el archiduque Juan de Austria había derrotado en el Livenza al ejército francés y el arzobispo de Udine, Monseñor Baldassare Rasponi, tuvo que presentarse a cantar en el *duomo*, el 23 de abril, un solemne *Tedeum* (himno de acción de gracias) ordenado por la victoria austriaca. El diarista udinense Giacomo Caimo escribía:

«*A la función asistió una extraordinaria concurrencia de gente, nunca vista en doce Te Deum bajo los franceses*» [5].

---

[3] Nacido en Malborghetto en 1719, en el Val Canale. Tras la supresión del patriarcado de Aquilea en 1751 y la asignación del Val Canale a la archidiócesis de Gorizia, eligió la archidiócesis de Udine. Fue elegido por el consejo de Gemona como capellán del altar de San Antonio, y allí permaneció hasta su muerte.

[4] El testimonio de lo desastrosa que fue la segunda ocupación francesa (1805-1813) para la economía del Friul nos lo da también la súplica-reclamación del 13 de diciembre de 1808 presentada al virrey E. Beauharnais y la correspondencia de la época: los bienes de los propietarios eran subastados, si no se ponía remedio, el país se vería reducido a la mendicidad. (Cfr. G. PIERI, Napoleone e il dominio napoleonico nel Friuli, Udine 1942, pp. 286, 357-361). La ley de conscripción militar se aplicó en el Véneto y el Friul el 4-8-1806. Los años 1806-1813 fueron angustiosos para los prófugos y desertores. Las cartas pastorales documentan tal situación. En ellas se exhorta al clero a persuadir al pueblo para que se adapte a la ley a fin de evitar males mayores. Si algún decreto de amnistía surtió cierto efecto, la deserción conoció picos máximos en los años 1808-1809, y continuó hasta la caída del Reino Itálico en 1813 con consecuencias deletéreas para la fe y la moralidad del pueblo. (Cfr. G. BIASUTTI, Alcuni friulani soldati di Napoleone, Udine, 1968, pp. 14-23).

[5] G. PIERI, o.c., p. 316.

Napoleón se enteró poco después y no se puso nada contento. El 10 de mayo, desde el campo de *san Pölten*, ordenaba al virrey de Italia Eugenio Beauharnais fusilar al arzobispo en veinticuatro horas, porque «*ya es hora de dar un ejemplo* — decía — *a estos curas*» [6].

El virrey, que había tenido a Monseñor Rasponi en su corte como limosnero secreto, logró salvarle la vida, limitándose a infligirle un confinamiento político en la villa de los condes *Prampero* en *Tavagnacco* [7].

Ocurrió entonces algo que hirió profundamente el corazón del padre Carlo Filaferro. El 17 de mayo, después de que las tropas austriacas fueran rechazadas más allá de los Alpes, la artillería francesa destruyó el fuerte *Hensel*, que dominaba *Malborghetto*, su pueblo natal; quedó dañada también la iglesia de su bautismo que, sin embargo, fue reparada enseguida, tanto que fue reabierta al culto el 21 de septiembre.

Mientras tanto en Roma, ocupada por los franceses desde febrero, el 3 de julio de 1809 por orden de Napoleón era arrestado el papa Pío VII y conducido a prisión, que duró más de cuatro años: primero en Savona, hasta junio de 1811, y luego en Fontainebleau.

El domingo 24 de septiembre de 1809 Monseñor Rasponi, en la capilla del palacio arzobispal, ordenaba sacerdote al padre Carlo Filaferro. Ser ordenado por un obispo confinado y humillado, mientras el Papa está en prisión, no es cosa que ocurra a menudo. Y sobre aquellos sacerdotes noveles aleteaba el espíritu de las catacumbas, porque no se abrían para ellos horizontes serenos de devoto apostolado, sino tiempos amenazadores y cargados de dificultades. Quizás soñaron sueños de martirio: un maravilloso fermento para un santo sacerdocio.

El padre Carlo celebró su primera misa en la iglesia de *santa Maria Maddalena* al día siguiente, lunes 25 de septiembre: con mucha sencillez.

«*En la iglesia de los filippini* — escribe Tinti — *junto al joven sacerdote se divisaban dos niños inocentes que, como dos ángeles de la guarda, asistían a la primera misa. Eran el hermanito Giovanni Battista, que aún no tenía siete años, y el primo Luigi Simonetti (hijo de la tía Rosa)... los cuales, con un acto de reverente piedad y compostura superior a su edad, hacían aquel sagrado oficio más solemne. No hace falta decir* — continúa Tinti — *cómo Antonia, con su Luigino al lado y con el corazón de madre profundamente conmovido, exultaba ante aquella escena de paraíso; ni hay que asombrarse si, desde aquellos años, los hijos pequeños de Antonia, siguiendo el ejemplo edificante de su hermano, cultivaban en su alma inocente la sólida piedad que la solícita madre les infundía.*»

Supresión de los *filippini*

Poco después de la ordenación, el 6 de octubre, el padre Carlo y el padre Antonio Specie fueron inscritos definitivamente en la congregación filipina « *habiendo completado el trienio de prueba para satisfacción de todos* ». El 29 de noviembre, el padre Carlo fue admitido a pronunciar los sermones en el Oratorio, es decir, entre los devotos que seguían

[6] G. PIERI, o.c., p. 316.

[7] Para otra versión sobre el caso del arzobispo Rasponi cfr. ibíd., pp. 314-322.

las prácticas religiosas establecidas por san Felipe: una señal clara que demostraba que ya poseía una excelente aptitud como orador sagrado y guía espiritual, dotes que revelaría más tarde a niveles altísimos.

Mientras tanto, llegaba a su madurez la inevitable sentencia de supresión. Evitada dos veces, en 1808 y 1809, fue comunicada de repente el 13 de mayo de 1810; a los padres se les concedieron solo tres semanas para abandonar la casa. La abandonaron, de hecho, a principios de junio, llevando consigo únicamente los libros y el mobiliario personal, mientras que todo el resto de la propiedad pasaba al Estado. En aquella ocasión se dispersó también la vastísima biblioteca de la congregación, cuyo destino nunca se ha podido conocer.

Sin embargo, la iglesia de *santa Maria Maddalena* permaneció abierta al culto, y algunos de los padres continuaron celebrando allí los oficios, ayudados por otros sacerdotes.

La congregación contaba entonces con doce sacerdotes del Oratorio y dos o tres cofrades laicos [8]. Su superior era el venerando anciano padre Massimo de los condes de *Brazzacco*. Ya en 1797 había logrado salvarla, acudiendo en una conmovedora peregrinación a *Passariano* ante el general Bonaparte y arrojándose después literalmente de rodillas ante los responsables del *Comune di Udine*. Esta vez no tuvo éxito y se vio abrumado por el dolor. La ciudad entera quedó tan afectada que, cuando murió en 1812, pidió y obtuvo por unanimidad que fuera al menos sepultado, casi como un resarcimiento moral, en su iglesia, a pesar de que desde hacía algunos meses era obligatoria la sepultura de los cadáveres en el nuevo y único cementerio de la ciudad, el de *san Vito*.

Los antiguos *filippini* se dividieron entre varios alojamientos, acogidos con gusto en casas particulares. El padre Carlo se refugió en la nueva vivienda de su madre y de su padrastro en *via Liruti*, cerca del *vicolo Agricola*.

Puesto que él deseaba permanecer fiel a su amada iglesia de *santa Maria Maddalena*, Domenico Scrosoppi pensó en facilitarle la tarea comprando una casa en las cercanías. La compró, de hecho, el 21 de diciembre de 1811 al noble Giuseppe Pace por más de diez mil liras; pero no debía disponer de mucho dinero en efectivo, ya que entregó solo 843,92 liras y el resto quedó como deuda. Así, toda la familia se reunió en el número 1833 de la *contrada di santa Maria Maddalena*, que corresponde al número 46 de la actual *via Vittorio Veneto*.

[8] Notas sobre el origen, desarrollo y fin de los padres del Oratorio de Udine, archivo 14, documento 1 y 3 (A.L.S.).

Udine, *via Vittorio Veneto*, 46: casa habitada por la familia Scrosoppi de 1811 a 1822.

¿Y *Luigino*?

Faltaban dos meses para el cumplimiento del sexto año de nuestro *Luigino* cuando el padre Carlo volvió a vivir con la familia: estaba sin duda afligido, pero con una tristeza que hacía su vocación similar al acero templado (es decir, una voluntad hecha invencible por las pruebas) e incrementaba su ardor en servir a Dios y en hacer el bien.

¡Quién sabe cuántas veces habrá hablado en casa del Papa prisionero, de la supresión de las órdenes religiosas, en particular de los *filippini*, y de las sombrías perspectivas que pesaban sobre el mundo y sobre la Iglesia! Quién sabe cuántas veces y con qué acentos apasionados y firmes habrá expresado su certeza en el triunfo final de la fe y su inquebrantable voluntad de testimoniarla y predicarla, aun a costa de su vida. *Luigino* no podía comprender plenamente todos aquellos discursos, pero percibía la tensión profunda y generosa de aquel hermano mayor y la sentía penetrar en lo íntimo de su corazón.

En aquel período, él ya tenía la edad para dejar un poco de lado los juegos y comenzar a aprender a leer, a escribir y a hacer cuentas.

Existían entonces en Udine escuelas primarias municipales, divididas en clases inferiores y superiores; había también diversas pequeñas escuelas privadas, y las familias acomodadas solían confiar sus hijos a algún devoto sacerdote, aunque la influencia francesa había reducido drásticamente el número de maestros privados.

Es probable que los dos pequeños *Scrosoppi* hayan recibido la primera instrucción de algún antiguo *filippino*, tal vez del propio padre Carlo, quien ciertamente habrá contribuido al crecimiento de los dos hermanitos.

Lo que es cierto es que a *Luigino*, especialmente después del traslado a la nueva casa, se le podía ver constantemente en la sacristía y en las estancias cercanas que habían quedado a disposición de los oratorianos.

Su primer biógrafo, don Ferdinando Blasich, ama recordar al pequeño Luigi mientras «*niño, frecuentaba la iglesia de santa Maria Maddalena, y se movía con costumbres inocentes y fervor religioso entre aquellos ambientes y entre aquellos venerandos sacerdotes*»[9].

«Dos veces en el polvo»

Posteriormente llegó la ruina de la campaña de Rusia y luego la derrota de Leipzig el 18 de octubre de 1813.

Dos meses antes se había desarrollado en Udine el último desfile solemne del régimen napoleónico.

Era el 15 de agosto, fiesta de la Asunción, que aquel año caía en domingo. Se encontraba en la ciudad el virrey Eugenio con su séquito militar y, como de costumbre, participó en la misa cantada en la catedral.

Esto no ocurrió para celebrar la Asunción o porque fuese domingo.

Entre las extravagantes ideas del emperador de los franceses, o más probablemente de alguno de sus cortesanos, había estado la de rastrear en la lista de mártires a un cierto San Napoleón. De este santo se debía celebrar la fiesta precisamente el 15 de agosto; el elogio fúnebre debía estar centrado en él o, mejor aún — ¡quedando sobrentendido! — en el propio Bonaparte. Todo acompañado por el inevitable himno de acción de gracias (*Tedeum*) final.

Como ocurre a menudo en la amarga puesta en escena de la historia, los potentes no desdeñan ni siquiera forzar la liturgia para sus propios fines. Y encuentran siempre algún eclesiástico que, por astucia, ingenuidad o por un sentido de adaptación forzada, se presta a secundar estos deseos.

Eugenio Beauharnais se dirigió, pues, al *Duomo*. En la puerta, para recibirlo, estaba el Cabildo de la catedral, con palio incluido, cuyas varas eran sostenidas por cuatro canónigos[10].

Cuando la singular procesión llegó al grandísimo espacio reservado al clero, el virrey fue a sentarse en el trono del arzobispo y sus oficiales ocuparon los asientos del Cabildo, mientras los canónigos fueron obligados a retirarse al pequeño espacio detrás del altar mayor.

---

[9] F.B. udinese [FERDINANDO BLASICH], Il padre Luigi Scrosoppi dell'Oratorio - memorie ed appunti, Udine 1884, p. 4.

[10] Cfr. Atti del Capitolo, vol. VII, (1812-1820), cc. 49-50 (A.C.U.).

¡Ironía de la política! Más tarde, las autoridades austriacas tratarían de continuar esta prevaricación, y el Cabildo tuvo que luchar no poco para demostrar que el abuso cometido por los franceses no justificaba en absoluto el de los austriacos.

Eugenio asistió, pues, a la misa: llevaba botas altas con espuelas de plata, pantalones blancos ajustados, una chaqueta con faldones y un cuello de veinte centímetros de altura; el traje era todo un susurro de condecoraciones y cordones, mantenía la mano izquierda sobre la empuñadura de la espada y en la cabeza el famoso sombrero de tres picos. En el fondo era un hombre bueno, falto de sentimientos hostiles a la religión, pero ni él ni su séquito brillaban por su devoción y recogimiento.

El 25 de octubre de 1813 el ejército de Francisco I, emperador de Austria, entraba en Udine. El 27 de noviembre se cantaba en el *Duomo* un himno de acción de gracias por la victoria de las tropas austriacas, ante la presencia del general barón de Scivich, que comandaba el sitio de la fortaleza de *Palmanova*, la cual aún resistía. El 27 de abril de 1814 se celebró otro rito solemne para festejar la entrada de las tropas aliadas en París.

Así, Napoleón fue enviado al exilio a la isla de Elba.

El breve regreso de los Cien Días no sería sino una perturbación lejana.

Luego llegó Waterloo.

Finalmente, Santa Elena.

Capítulo 3

LUIGI SCROSOPPI ADOLESCENTE (1814-1819)

El 10 de abril de 1814, día de Pascua, se cantó en el *Duomo* de Udine otro *Te Deum*, esta vez profundamente sentido por el buen pueblo cristiano: un himno de acción de gracias por el regreso triunfal a Roma, tras la prisión de Fontainebleau, del papa Pío VII. El pontífice había sido restituido milagrosamente a la Iglesia, escribía Monseñor Capellari, administrador diocesano (*vicario capitolare*) de la archidiócesis de Udine, como antaño san Pedro fue liberado de la cárcel del rey Herodes Antipas [1].

Las campanas sonaron a fiesta durante una hora entera las tardes del Sábado Santo y del día de Pascua; a altas horas de la noche hubo una gran iluminación, incluso en las viviendas más pobres [2]. Parecía tocarse con la mano la verdad de la promesa de Cristo:

«*Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*»

Así se les aparecía a los creyentes, que saltaron de alegría.

Los no creyentes, al contrario, se vieron sorprendidos por la misma sorpresa irritada del sanedrín judío cuando los guardias del sepulcro anunciaron la resurrección de Cristo o cuando, después de Pentecostés, los apóstoles alborotaron Jerusalén con la predicación del Evangelio y con los prodigios.

La crucifixión, pues, no había bastado para apagar la voz de Jesús sino por un breve período.

Y la misma maravilla ha atravesado y atravesará los siglos: de las persecuciones externas o de las decadencias internas, la Iglesia resurgirá siempre más vigorosa que antes.

Algo parecido habrá dicho entonces el padre Carlo desde el púlpito y en la intimidad de la casa *Scrosoppi*. Esta vez nuestro *Luigino*, que tenía casi diez años, era capaz de entender y debió de llevarse una impresión profunda e indeleble.

Y tal vez precisamente en la primavera de 1814, luminosa de fe y de júbilo, fue admitido a la Primera Comunión. Lo hace pensar la costumbre de la época, aunque falte una prueba documental. Para ese sacramento seguramente lo habrá preparado el padre Carlo.

Más que el modelado de una estatua bajo la mano del artista, es estupendo contemplar la formación de un hombre bajo el toque de la gracia y por su propia elección interior, entre las personas y los eventos que poco a poco lo rodean. Sobre todo en los años de la adolescencia, cuando la personalidad es dócil y sensible.

---

[1] G. BIASUTTI, La Pasqua, le Festività di quest'anno, (1814), schede su Pastorali, vol. I, fasc. Mons. Mattia Cappellari, vic. cap. 2a volta (A.C.A.U.)

[2] Cfr. Atti del Capitolo, vol. VII (1812-1820), c. 70 v. (A.C.U.).

El humilde Luigi, el silencioso Luigi, nunca buscará ser protagonista. Hasta los cincuenta años vivirá a la sombra del padre Carlo Filaferro; en los treinta años siguientes amará esconderse detrás de otros, a menudo y con gusto; finalmente, elegirá su propia tumba en un lugar remoto porque, decía, «*que todos se olviden de este pobre hombre.*» Es su constante espiritual.

Su singular biografía, por tanto, será en gran parte un entrelazamiento de alusiones a él; sin embargo, no hablará de otra cosa o de otros sino para hacernos vislumbrar la formación y el desarrollo de su personalidad.

Como sucede, por ejemplo, en esta primavera suya.

Un mes después de su regreso a Roma, Pío VII extendía a toda la Iglesia la fiesta de *Maria Santissima Ausiliatrice* del 24 de mayo, ya que le atribuía su propia liberación. Tal forma de culto mariano tuvo una ferviente difusión también en el *Friuli*, precisamente con el significado preciso de reconocer en la Virgen santa la defensa segura de la cristiandad contra toda amenaza. Más tarde se convertirá en su apóstol san Juan Bosco.

Y en el mes de mayo, poco después, se desarrolló la piadosa práctica del mes mariano.

El 3 de febrero de 1816, el administrador diocesano Monseñor Capellari ordenaba que en todas las iglesias de la diócesis, siguiendo el ejemplo de lo que se practicaba en Roma, se celebraran oraciones especiales a la Virgen de los Dolores en los últimos diez días de carnaval; para tal fin hacía enviar a las parroquias un ejemplar del "*Breve esercizio ad onore dell'addolorato Cuore di Maria Santissima"*.

Desde entonces la iglesia de *santa Maria Maddalena* se convirtió, en Udine, en el centro vivo de tales expresiones de devoción hacia la Virgen, como lo era ya desde hacía tiempo para la devoción al Corazón de Jesús.

Ambas devociones nutrieron vigorosamente al adolescente *Luigino*, a quien ya vimos moverse en aquella iglesia con conducta inocente y fervor religioso.

¿El padre Carlo jesuita?

Otro gesto de Pío VII pareció tocar de cerca a la familia *Scrosoppi*: el restablecimiento de la "*Compagnia di Gesù"* (Compañía de Jesús), querido por el Papa con un decreto de agosto de 1814.

En el clima de entusiasmo religioso de aquel año, tal decisión suscitó una verdadera oleada de aspiraciones a hacerse jesuita entre los ánimos más nobles del clero joven. No todas, es cierto, llegaron a cumplirse; sin embargo, el fenómeno sigue siendo igualmente indicativo de una orientación espiritual precisa.

Se hicieron jesuitas dos hombres de Udine, amigos íntimos del padre Carlo: *don* Niccolò Piccini y *don* Antonio Rizzi, el cual durante algunos años había sido vicecanciller en la curia arzobispal, al lado del venerable conde Alfonso Belgrado [3], apóstol de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

[3] Udinense, nacido en 1769 de una familia de la que salieron hombres de Iglesia, entre ellos el jesuita padre Jacopo, insigne por sus escritos científicos, y el propio hijo del conde, monseñor Carlo, nuncio pontificio, obispo y luego

Junto a Piccini entró en el noviciado de la compañía el seminarista Giuseppe Marchi de *Tolmezzo*, destinado a convertirse en un célebre arqueólogo. Lo siguió no mucho tiempo después aquel padre Paolo Beorchia de *Trava*, que se convertiría en un insigne bibliógrafo de la misma compañía.

Por una carta de Piccini [4] sabemos que abrigaban el mismo deseo *don* Giovanni Antonio Sala de *Forni di Sotto*, *don* Pietro Benedetti de *Ampezzo* —futuro fundador del jardín de infancia de Udine—, *don* Giovanni Battista Bearzi, queridísimo amigo de Filaferro, *don* Giuseppe Gortani, profesor en el seminario y, precisamente, el propio padre Carlo.

Piccini lo esperaba en Roma para el período inmediatamente posterior a la Pascua de 1815, pero el padre Carlo no partió.

De aquel deseo suyo habló ciertamente en casa y entre los antiguos *filippini*.

Mamá Antonia le habrá objetado:

«*¿Por qué ir lejos, si puedes hacer tanto bien también aquí?*»

Y los hermanos le habrán dicho: «*¿Por qué quieres dejarnos? ¿Por qué no trabajar, más bien, en el restablecimiento de nuestra propia congregación?*»

Sin duda puso su mano la divina Providencia, que todo lo dispone con suavidad. Si el padre Carlo se hubiera ido, la vida de los dos pequeños *Scrosoppi* habría tenido un desarrollo diferente. Especialmente para *Luigino*, quien fue para el padre Carlo, más que un hermano, el predilecto hijo espiritual.

Sin embargo, aquella aspiración no realizada dejó en el padre Carlo un perenne vínculo afectivo hacia la "*Compagnia di Gesù"*. El hermano Luigi lo seguirá y lo superará también en esto, ya que tendrá ocasión de vivir en total unidad de intenciones (*cor unum et anima una*) con algunos jesuitas y, especialmente, porque la ascesis ignaciana asumirá un lugar central en su espiritualidad.

La gran carestía de 1816-17

Una vez terminadas las guerras en serie de la época napoleónica, los ánimos se habían abierto a la esperanza de un período de tranquilidad. Pero no fue así; aunque, esta vez, las desventuras provinieran de otra causa. Es muy cierto que el infortunio cambia de nombre, pero sigue siendo un inquilino obstinado de este valle de lágrimas (es decir, este mundo lleno de sufrimientos).

Ya la temporada agrícola de 1813 había ido mal; peor resultó la de 1814, cuando en las zonas montañosas ni siquiera pudieron madurar los cereales definidos como "*minutos*" (es decir, granos secundarios) — como el sorgo rojo, el trigo sarraceno y el centeno —, mientras que en los montes y en la llanura arreciaba una grave forma de epidemia animal.

---

patriarca de Constantinopla. Aunque laico, el conde Alfonso ocupó el cargo de canciller arzobispal desde 1830 hasta su muerte ocurrida en 1832, siempre apreciado en la diócesis, especialmente por el clero, por sus nobles dotes de mente y de corazón. (Cfr. G. BIASUTTI, Mille anni di cancellieri e coadiutori nella curia di Aquileia ed Udine, Udine 1967, pp. 33-36).

[4] L. TINTI, Memorie del padre Luigi Scrosoppi d.O., Udine 1897, pp. 260-269.

En 1815, desde el comienzo del año, las poblaciones de montaña estaban presas de los horrores de la carestía; empezaron a formarse tristes comitivas de hambrientos que bajaban hacia la llanura en busca de un trozo de pan. Aquel año el invierno se prolongó hasta avanzada la primavera: cayó nieve sobre las parvas del primer heno.

En 1816, las continuas lluvias dieron el golpe de gracia. Baste decir que desde 1812 los precios de los cereales habían aumentado un trescientos por ciento: ¡y eso suponiendo que se lograran encontrar!

En los primeros meses de 1817, a la hambruna se sumaron la viruela y el tifus, enfermedad, esta última, hasta entonces desconocida. La población de Udine contaba, en 1817, con poco más de diecisiete mil habitantes. Aquel año murieron casi dos mil. Más que una masacre. Muchos de los muertos, sin embargo, eran mendigos no residentes en la ciudad, que por la mañana eran hallados sin vida por las calles o en los caseríos de la periferia donde habían buscado refugio para la noche.

Solo con las primeras cosechas cesó el hambre; la temporada agrícola de 1817 resultó excepcionalmente buena [5].

Al menos aquí nos gustaría poder relatar algún gesto piadoso de nuestro *Luigino*, que nos lo muestre mientras reparte su pan con un niño hambriento o mientras sustrae, tal vez, algo de la despensa de casa para socorrer a uno de los muchos infelices. Sin embargo, si la tradición calla, podemos pensar con fundamento que nadie llamó en vano a la puerta de los *Scrosoppi*. Nos lo hace creer la habitual ternura misericordiosa de mamá Antonia. Nos lo hace imaginar el corazón rebosante de caridad del padre Carlo, que se arriesgó entonces a morir por su generosa dedicación.

Las autoridades gubernamentales asistieron asustadas e impotentes. No así Monseñor Capellari, vicario general de la diócesis de Udine, que organizó dos centros de acogida: uno para los niños mendigos en los locales del antiguo seminario (hoy sede del tribunal) y el otro para las niñas en la *Casa di Carità* (hoy *Instituto Renati*): además, destinó a su asistencia a un grupo de celosos sacerdotes.

Entre estos, sin embargo, no aparece el padre Carlo. Debido a su perfecto conocimiento de la lengua alemana, fue encargado de asistir a los numerosos soldados austriacos enfermos, reunidos en el hospital militar de *via Pracchiuso* [6]. Allí fue alcanzado, él también, por el tifus, después de que durante meses y en total soledad se hubiera prodigado en aquella misión sagrada, llevando a la fe católica incluso a varios protestantes y a algunos judíos.

Del hospital militar regresaba, cuando podía, a la casa de *via Vittorio Veneto*. Volvió allí un día de verano temblando por la fiebre, que en poco tiempo lo llevó casi a la muerte. Gracias a Dios, sanó.

¿Qué habrá sentido *Luigino*, a los trece años, cuando vio a su hermano abatido por el mal contraído en su apostolado de caridad? ¿Qué sentimientos habrán vibrado en su alma las

---

[5] Cfr. G. BIASUTTI, Alcuni friulani soldati di Napoleone, Udine 1968, pp. 23 ss.

[6] Se encuentra todavía al lado de la iglesia de san Valentino, en el lugar donde antes se erigía el monasterio de las mantellate o hermanas siervas de María.

tantas veces que entró en la habitación de su hermano moribundo? ¿Qué conversaciones habrán tenido entre ellos en el largo período de convalecencia?

Es en el dolor donde las almas nobles perciben más vivo el encanto del amor.

Luigino pensaba ya desde hacía algunos años en hacerse sacerdote. Ahora la vocación se había robustecido.

En noviembre de 1817, se inscribió en el curso de estudios gramaticales en el seminario arzobispal. Era necesario pasar por aquellos estudios. Pero le brillaba lejana la meta suspirada de su alma: Dios y la caridad.

La Casa de las *Derelitte*

En la República Cisalpina los padres oratorianos (los *filippini*) fueron suprimidos ya desde 1797; continuaron en cambio existiendo, como se ha dicho, en el territorio del Veneto anexionado a Austria hasta 1810.

Fue así que en 1798, desde la disuelta congregación de *Mantova*, pasó a la de Udine el padre oratoriano Gaetano Salomoni, nativo de *Verona*.

En poco tiempo reunió a su alrededor a un grupo de nobles damas y las animó a poner en práctica un proyecto suyo de caridad: instituir en Udine una *Casa de las Derelitte* (es decir, una casa para niñas abandonadas) sobre el modelo de una obra similar fundada en *Verona* por el padre Bellavita.

Una institución con el mismo nombre existía ya también en *Milano* y en otras ciudades. El propósito común, según palabras del propio padre Salomoni, era «*recoger, custodiar, instruir y alimentar a un cierto número de niñas, a elegir entre la clase más pobre y que estén privadas de sus padres, o por los mismos abandonadas*»: una especie de instituto protegido, en suma, en el cual salvar de la corrupción imperante a las hijas del pueblo y prepararlas con escuelas profesionales para ganarse honradamente la vida.

Al frente de aquellas damas estaba la condesa Giulia *di Brazzà* [7], nacida *Piccoli*, quien a favor del instituto en vías de creación interesó incluso a Napoleón en su breve estancia en Udine del 10 al 12 de diciembre de 1807; el emperador le hizo muchas promesas. Pero, ocupado en otros asuntos, no dio seguimiento alguno [8]. La condesa Giulia murió el 5 de septiembre de 1815, sin ver realizado su sueño.

---

[7] Única hija del conde Ascanio Piccoli, cuya familia tenía el título de condes de Manzano, y esposa del conde Francesco di Brazzà-Cergneu, se deleitó con la poesía, la literatura y el arte. Abuela del célebre explorador africano Pietro di Brazzà, de quien tomó el nombre la ciudad de Brazzaville en el Congo. Fue « mujer de cultivado ingenio, de efusa caridad hacia los pobrecitos, de solícito cuidado hacia los hijos, ejemplo preclaro de su edad » (1765-1815) (Lápida funeraria en la iglesita de Soleschiano - Udine).

[8] El conde Antonio Bartolini (1741-1824), comendador udinense de Malta, en la hoja de guarda de un manuscrito de su biblioteca, narró el episodio del encuentro entre la condesa Giulia y Napoleón en el teatro social la noche del 11 de diciembre, tras el cual ella habría enviado al emperador una Memoria (una petición formal) suya, contenida en el mencionado manuscrito. Tal Memoria es un discurso sagrado o, más bien, un sermón; se siente con toda evidencia que el autor es un sacerdote y no puede ser otro que el oratoriano padre Gaetano Salomoni. Parece imposible que la condesa Giulia di Brazzà haya enviado a Napoleón una copia exacta de esta Memoria; es preferible pensar que se redactó un texto más adecuado a la mentalidad del destinatario. Si realmente se hubiera enviado la Memoria, ¿cómo se podía esperar que la burocracia napoleónica, que había suprimido las cofradías y estaba por suprimir las casas religiosas, pudiera

Sin embargo, la obra nació poco después, el 1 de abril de 1816. El padre Salomoni la puso bajo la protección de la Virgen María y de san Cayetano *da Thiene*, el «santo de la Providencia», que era también el santo de su nombre. Es más, en la primera capilla colocó aquel cuadro de san Cayetano de buena factura del siglo XVIII, que se encuentra todavía en el centro del altar en la iglesita construida en su honor, muchos años después, por el padre Carlo y por *don* Luigi y donde ahora reposa el cuerpo del padre Scrosoppi.

La *Casa de las Derelitte* encontró su sede en el mismo lugar donde ahora se levanta el colegio de la *Provvidenza*. Había allí, en aquel tiempo, una modesta casita, ya habitada por una mujer muy devota, Paola *Florenzis* [9], que allí había mantenido una escuela privada para niñas. Muerta ella en 1801, la había dejado en herencia a la *Casa de las Convertite*, hoy *Instituto Micesio* [10], de la cual el padre Salomoni la tomó en alquiler por 450 liras al año.

Pocos días después de la apertura, el día de Pascua 14 de abril, las niñas acogidas eran diecinueve, porque diecinueve fueron los panecillos distribuidos. Pero ya desde entonces se acogía también a externas, porque en los registros encontramos la partida: «huevos en pascua n. 153».

En febrero de 1817, en el momento más crítico de la carestía, se habla de «*sopa a unas cuarenta niñas por debajo de doce años*».

A la asistencia directa de las niñas se dedicaban dos mujeres jóvenes de unos treinta años, ambas de profesión costureras y bordadoras. Santa *Marpillero*, nacida en 1786 de una familia proveniente de *Venzone*, que desempeñaba el papel de superiora y permaneció en la casa hasta 1828; posteriormente reanudó privadamente el oficio de costurera y murió en la *calle Stabernao* el 11 de marzo de 1855. Y Margherita *Gaspardis*, nacida en 1786 en *Sevegliano* [11] cerca de *Palmanova*, quien desde enero de 1822 — puesto que la obra se encontraba en dificultades — dejó en caja su sueldo mensual de 12 liras y 10 sueldos: ella fue la primera superiora de las hermanas de la *Provvidenza* de 1835 a 1842 y murió piadosamente el 26 de noviembre de 1862, tras haber tenido la alegría de ver alabada y aprobada la nueva congregación de las hermanas de la *Provvidenza* por el papa Pío IX con el decreto de alabanza del 7 de febrero de aquel mismo año.

A estas dos se las llamaba «*maestre*» (es decir, maestras). Ciertamente, maestras sobre todo de aguja, de tijeras y de escoba, porque era necesario formar a buenas obreras y mujeres de casa, no a lectoras de novelas. Sin embargo, enseñaban un poco de «leer, escribir y contar» y especialmente la doctrina cristiana.

---

aprobar la financiación de un nuevo instituto con un programa cristiano o vicenciano? (Cfr. ms. 125, pp. 27, Fondo Bartolini, Bibl. Arzobispal Udine).

[9] Murió a la edad de 92 años en 1801 y fue sepultada en la iglesia de las cappuccine.

[10] Nombre derivado del padre Giovanni Micesio (1630-1702) nacido en Trivignano Udinese. Entró entre los oratorianos de Udine y vivió con humildad y caridad. Se ocupó especialmente de las mujeres de mala fama llevándolas a la conversión y algunas incluso a hacerse monjas capuchinas. Fundó para ellas la casa del Soccorso, llamada después Casa de las Convertite, a la que dedicó todos sus cuidados, que fue distinta del monasterio de las madres capuchinas, suprimido por las leyes napoleónicas. (Cfr. M. TOLLER, Casa del Soccorso o delle Convertite - vicende e persone (a.a. 1680-1944), Udine 1969, pp. 6-13).

[11] Erróneamente en los registros de la congregación se indica Sedegliano como lugar de nacimiento de la Gaspardis.

La dirección espiritual y organizativa permaneció obviamente en manos del padre Salomoni, quien escribió las primerísimas *Regole* (Reglas) que observar en la *Casa delle Fanciulle Derelitte*; se trata, sin embargo, solamente del horario diario en la vida de la casa.

Había elegido como colaborador, y en particular como ecónomo de la institución, a *don* Andrea *Scipioni*, que merece justamente el título de cofundador.

Era este un religioso de la *Congregación de san Paolo*, llamada comúnmente de los barnabitas, a quienes la ciudad de Udine había confiado ya desde 1676 la dirección del gimnasio público. Ellos habían erigido después una iglesia propia, dedicada a san Lorenzo *Giustiniani*, hoy desaparecida, en el ángulo noreste de la actual *piazza Garibaldi*.

Suprimidos también los barnabitas por las leyes napoleónicas, *don* Andrea se había retirado a casa de los dos hermanos sacerdotes *Scala*, en la parroquia urbana de *san Giacomo*. Allí murió el 10 de mayo de 1819 con solo cincuenta y dos años.

El padre Salomoni, entonces, se dirigió al joven hermano el padre Carlo Filaferro y le rogó que le echara una mano. No tuvo que insistir. Su robusta constitución física le había permitido superar completamente las secuelas de la grave enfermedad de 1817: y su corazón ardía siempre con el deseo de hacer el bien.

Pero ni siquiera el padre Carlo pudo prever a qué extraordinaria obra de caridad se encaminaría con aquella decisión.

Una obra que continúa todavía, porque en aquel breve surco pronto el padre Luigi Scrosoppi hundiría el arado.

Monseñor Mattia Capellari

Los acontecimientos públicos o privados en los que cada hombre se encuentra a lo largo del curso de su propia vida tienen una indudable influencia en su personalidad. Esto vale especialmente para algunos eventos y, sobre todo, en los años de la adolescencia más receptiva.

Hemos hablado hasta aquí, con cierta amplitud, de las guerras de Napoleón y de su política eclesiástica, de la prisión y de la liberación de Pío VII, de la gran hambruna de 1817, de las elecciones del padre Carlo y de su generosa dedicación, precisamente porque en tal marco se va formando y definiendo la personalidad de *Luigi* niño y adolescente. Es un proceso similar al hierro que asume forma bajo los golpes del martillo (es decir: el mazo).

Basta observar que, ante los acontecimientos, no todos reaccionan de la misma manera. Algunos son capturados por ellos y quedan atrapados en la peripecia temporal. Otros en cambio, por gracia y por elección, se liberan de ellos y son más impulsados hacia el amor y la búsqueda de certezas eternas. A estos últimos pertenecen el padre Carlo y, siguiendo sus huellas, el padre *Luigi*.

No menor influencia tienen las personas con las cuales llegamos a encontrarnos en estrecha relación, especialmente algunas de ellas. Si hemos mencionado las orientaciones espirituales que *Luigi Scrosoppi* extrajo de sus orígenes familiares y del ambiente de casa, querríamos ahora ilustrar ampliamente algunas figuras de sus educadores entre los antiguos *filippini*, entre los profesores del seminario o entre el clero udinense, y también entre sus

compañeros de estudio. No tanto para detenerse en el retrato de estos perfiles históricos, aunque muy interesantes y ejemplares, sino para captar su eco y reflejo en el alma de *Luigino*.

Pero el discurso se haría largo y dispersivo. Bastará pues decir una cosa, precisa y significativa, que resume todo.

Muchos años más tarde el padre *Luigi*, hablando a las hermanas de la *Provvidenza*, recurrirá a menudo al ejemplo de las abejas, las cuales saben orientarse en la búsqueda de la cera y la miel sobre cualquier forma del terreno y tal vez en medio de zarzas espinosas.

Fue este el don y la alegría de sus años juveniles.

Había entonces, como siempre, el bien mezclado con el mal. Él voló hacia las flores más preciadas, impulsado por aquel arrobamiento espiritual que era inherente a lo profundo de su alma.

No se puede, sin embargo, evitar dedicar algunas líneas a Monseñor *Mattia Capellari* [12], ya recordado varias veces, tanto porque fue uno de los más constantes benefactores de las obras de caridad del padre Carlo y del padre *Luigi*, como porque transmitió a ambos una actitud espiritual bien definida.

Capellari, ya profesor de moral en el seminario, luego párroco de *Pozzuolo* y finalmente canónigo encargado de las confesiones de *Udine*, fue elegido dos veces por el cabildo para regir la diócesis durante el período de vacancia del obispo. No debe olvidarse que, en aquel tiempo, el gobierno de la diócesis de *Udine* se acompañaba del gobierno metropolitano sobre todas las diócesis del *Veneto*, excluidas solo *Venezia*, *Chioggia* y *Adria-Rovigo*.

La primera vez durante poco más de cuatro años, tras la muerte del arzobispo cardenal *Pier Antonio Zorzi*, ocurrida el 17 de diciembre de 1803; la segunda desde la muerte de Monseñor *Rasponi* el 14 de febrero de 1814 hasta la entrada de Monseñor *Lodi* el 30 de noviembre de 1819.

La actitud espiritual mencionada debe referirse particularmente a su segundo cargo como administrador diocesano. Desde octubre de 1813 — como dijimos — el territorio *Lombardo-Veneto* había recaído bajo el dominio austriaco; el emperador Francisco I quiso aplicar allí una política eclesiástica inspirada en el llamado josefismo. Se trataba de una indebida interferencia en los asuntos de la Iglesia, más sutil y por ello también más peligrosa que la napoleónica.

Capellari se opuso con coraje apostólico, rechazando cualquier forma de compromiso o sumisión, a costa de ser confinado o encarcelado; y se le hizo la amenaza.

Gran resonancia tuvo una tempestuosa entrevista suya, el 13 de abril de 1817, con el gobernador general *de Goess*, que lo había convocado oficialmente a *Venezia* con la esperanza de doblegarlo. Pero no lo logró, a pesar de los reproches del abad *Farina*,

---

[12] Nacido en Pesariis en Carnia en 1754, muerto en Udine en 1832; graduado en teología y en derecho civil y eclesiástico. Sus lecciones de moral, incluso después, fueron consideradas las mejores en su género. Dirigió la diócesis en tiempos extremadamente difíciles, defendiendo con admirable fuerza el vigor de las disciplinas eclesiásticas, promoviendo la regularidad del clero y el beneficio espiritual de los fieles. (Atti del Capitolo, vol. IX (1828-1830), c. 100, A.C.U.).

consultor eclesiástico ante el gobernador, y las presiones intimidatorias del propio patriarca de *Venezia*.

De aquella entrevista Monseñor *Capellari* envió una amplia relación a su amigo y pariente lejano, el monje camaldulense padre *Mauro Capellari*, el futuro papa Gregorio XVI. «*No puedo expresarle* — le escribía — *la alegría universal, especialmente de los habitantes de Venezia y de Udine, por el buen resultado obtenido*» [13].

Buen resultado, porque no había cedido. El roce continuó imparable mientras *Capellari* fue administrador diocesano. Él, la curia y la diócesis de *Udine* fueron marcados negativamente en los registros austriacos. ¡Rebeldes, tercos, indomables: eso es lo que eran! Y Monseñor *Lodi* recordará a menudo a los gobernantes austriacos que así se los habían descrito.

Se trataba, en cambio, de algo muy distinto. *Capellari*, con una marcada desconfianza hacia los mudables gobiernos civiles, pretendía afirmar con orgullo la libertad y la independencia de la Iglesia en su campo de competencia y el derecho de las iglesias locales de permanecer en unión directa con el Papa y con la curia romana, contra cualquier intrusión del gobierno.

De la misma opinión fueron después el padre Carlo y el padre *Luigi*. El primero luchará con todas sus fuerzas para que el gobierno austriaco reconociera el carácter privado de la *Casa de las Derelitte* y no admitirá más que un control formal de un comisario civil. El segundo combatirá hasta casi su muerte para impedir la transformación de la obra en entidad moral. En la tenaz oposición de ambos se reflejaban el pensamiento y el orgullo de Monseñor *Capellari*.

Tuvo en los dos hermanos a los herederos auténticos también de otras orientaciones suyas. Fue él quien alejó de la diócesis de *Udine* los últimos residuos del jansenismo). Y fue todavía él, como viejo profesor de moral, quien, evitando los excesos del rigor y del laxismo, trazó las líneas de una conducta pastoral austera pero benévola, con la cual guiar a las almas en las virtudes cristianas y en la disciplina de la Iglesia. Defensor de la devoción al Corazón de Jesús, promovió — como dijimos — la del Corazón dolorido de María; y concluyó su mandato como administrador diocesano exhortando, en su última carta pastoral para la cuaresma de 1819, «*si no a la diaria o casi diaria, al menos a la frecuente participación de la santa Eucaristía*»: una propuesta, en aquel tiempo, nueva y valiente.

Si el padre Carlo y el padre *Luigi* seguirán las mismas direcciones espirituales por su convencida elección, ambos se alegrarán, desde el cielo, de que hayamos dedicado estas páginas a su gran protector y amigo, Monseñor *Mattia Capellari*. Le eran debidas.

[13] G. BIASUTTI, L'udinese Mons. Carlo Belgrado ed i moti del Risorgimento, Udine 1962, p. 54.

Capítulo 4

EL JOVEN LUIGI HACIA EL ALTAR (1820-1827)

Ya hemos visto a nuestro *Luigino* inscribirse en el curso de estudios gramaticales superiores en el otoño de 1817 en las escuelas del seminario, siguiendo de cerca a su hermano *Giovanni Battista*, que se había inscrito en el mismo curso el otoño anterior.

Ya desde 1811 el seminario había encontrado una nueva sede permanente en el antiguo monasterio de "*San Bernardino delle clarisse osservanti*" [1], fundado en 1325 y suprimido en 1807. Varios años más tarde, una vez demolidos los locales del convento, el obispo Monseñor *Emmanuele Lodi* erigiría sobre aquella área una gran construcción cuadrangular; esta, gravemente dañada por el bombardeo aéreo del 22 de febrero de 1944, sería sustituida por el arzobispo Monseñor *Giuseppe Nogara* por el moderno edificio en *viale Ungheria*, que fue inaugurado en 1956 por el cardenal *Angelo Roncalli*, patriarca de *Venezia*, el futuro papa Juan XXIII de santa memoria.

Los dos hermanos *Scrosoppi*, sin embargo, frecuentaron el seminario siempre como alumnos externos. Participaban en las lecciones y en los ejercicios comunitarios de oración y luego regresaban a la casa paterna.

Hasta 1818 el programa de los estudios del seminario se desarrollaba sobre una duración de ocho años. Los primeros cuatro eran llamados «estudios humanísticos» y se dividían en gramática, estudios gramaticales superiores, humanidad y retórica. En los otros cuatro años se estudiaban las «ciencias», o sea la filosofía, la teología moral con el derecho canónico, la teología dogmática con la historia de la Iglesia y, finalmente, la Sagrada Escritura, combinada con lecciones de griego y de hebreo. Pero en 1818 el gobierno austriaco impuso una nueva ordenación escolar repartida en diez años. El ciclo de los primeros cuatro años permaneció inalterado; a este seguían dos años de filosofía y después otros cuatro dedicados a los estudios eclesiásticos [2].

Los estudios del joven Luigi

El biógrafo del padre Luigi, Monseñor Luigi Tinti, escribe que «*desde el principio en las escuelas inferiores, aunque muy diligente, parecía que Luigi no obtenía el provecho esperado; pero creciendo con la edad, su inteligencia se desarrolló gradualmente de tal manera que en los estudios clásicos y teológicos por él realizados en el seminario episcopal obtuvo un juicio muy favorable de aquellos distinguidos profesores.*»

---

[1] El monasterio había sido fundado por disposición testamentaria del udinense Giacomo Rainerotto (18 de febrero de 1517), en el lugar de sus casas, para recoger a aquellas jóvenes udinenses, «nacidas de casa honrada y de clase civil», que pudieran mantenerse con sus bienes. (Cfr. AUTORES VARIOS, Il Seminario di Udine, Udine 1906, pp. 256-257).

[2] Cfr. Ibíd., pp. 320-342.

Lo que afirma Tinti encuentra confirmación en el juicio de conjunto sobre nuestro *Luigino* al final del curso de estudios gramaticales superiores en el verano de 1818, como se lee, aunque en latín, en los registros del seminario:

«*En los estudios, a los cuales se ha dedicado con una diligencia fuera de lo común, ha obtenido un resultado superior a las capacidades naturales de su ingenio*» [3].

Ciertamente fue de inteligencia menos pronta y brillante que su hermano *Giovanni Battista* y menos aguda y penetrante que el padre Carlo. El Señor, que los atrajo a los tres hacia Sí, realizó en ellos el diseño preferido de su providencia: el último se convirtió en el primero. Es muy cierto, de hecho, que Dios no suele elegir a los más dotados para obrar, en ellos y a través de ellos, los prodigios de su gracia, sino que prefiere a menudo a los más débiles para confundir a los más fuertes. Un ejemplo célebre nos lo ofreció el cura de *Ars*, san Juan Bautista María Vianney, unos veinte años mayor que el padre Luigi.

Es correcto precisar, sin embargo, que el joven Luigi estuvo siempre, por mérito de la diligencia si no por dotes naturales de ingenio, entre los mejores de su clase.

En aquel tiempo las notas de mérito se expresaban en latín con las siguientes calificaciones: excelente, primera clase, segunda clase, tercera clase; a veces, entre la primera y la segunda calificación, se insertaba una «*primera eminente (excelente)*».

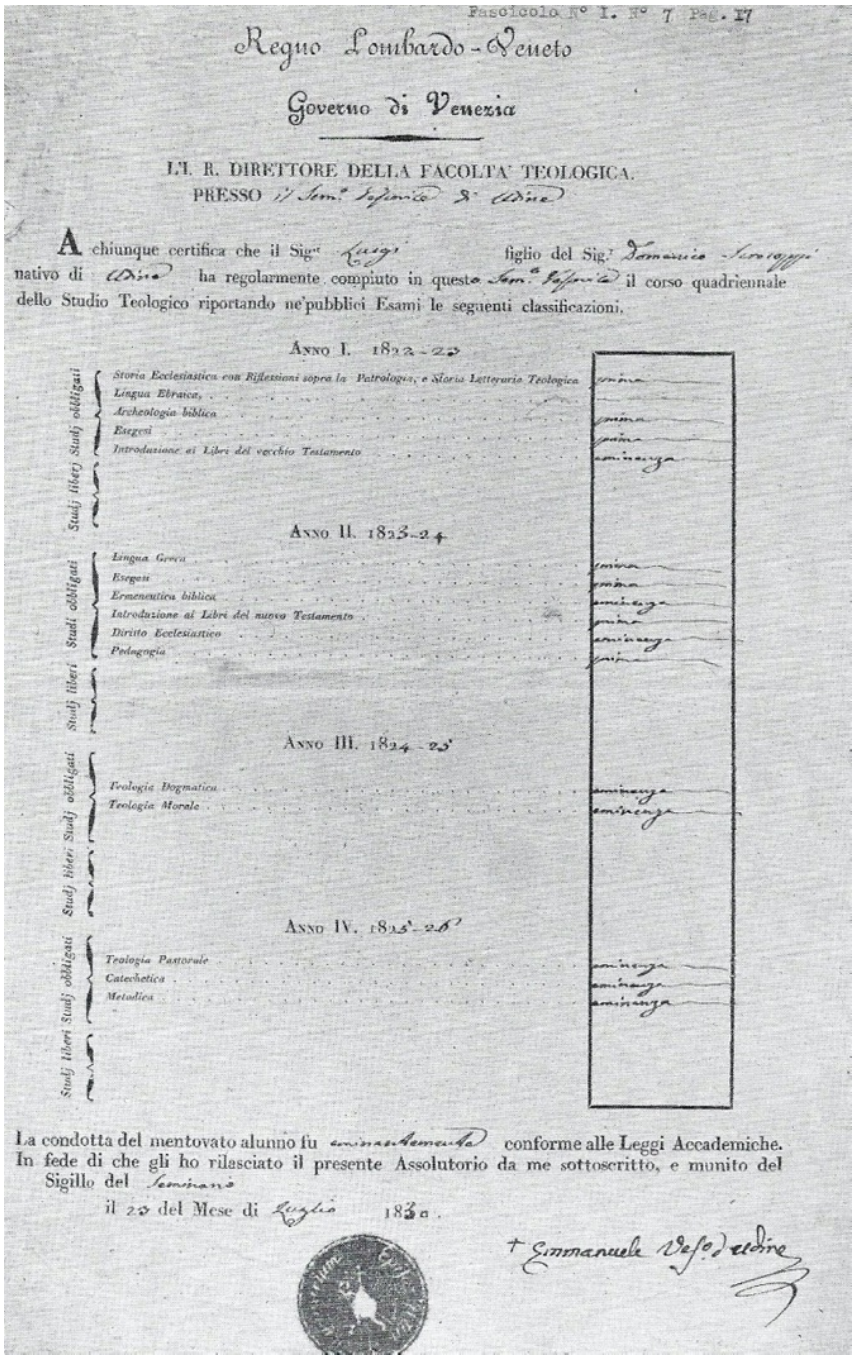
Pues bien, *Luigino* no obtuvo nunca ninguna «*tercera clase*», y una «*segunda clase*» solo en griego en el primer semestre del primer curso de filosofía. En lo demás su boletín está lleno de «*primera clase*», «*primera eminente*» y «*eminente*». En los dos últimos cursos teológicos resultó «*eminente*» en todas las materias.

Su aplicación, además, es siempre definida como «*máxima*»; a veces se precisa que «*demostró el máximo empeño*» o «*dedicó al estudio el máximo de sus propias fuerzas.*»

En cuanto a la conducta, he aquí los juicios que se dan de él en las relaciones de fin de año a las autoridades políticas, las cuales intervenían directamente también en esto. En 1818 «*se dedicó a las prácticas religiosas con un empeño excepcional.*» En 1819 «*llevó una vida óptima durante todo el año.*» En 1820 obtuvo «*primera excelente*» en conducta. En 1821 y 1822 «*demostró óptimas costumbres.*» Y durante los cuatro años de teología, mientras el obispo Monseñor Lodi certifica a las autoridades gubernamentales que «*la conducta del mencionado alumno fue plenamente conforme a las leyes académicas*», en los juicios internos del seminario es definido de «*conducta como la que más óptima*» o «*excelente en cultivar la virtud.*»

Todo, por tanto, concurre a probar que *Luigi Scrosoppi* embelleció sus nueve años de seminario con una incansable aplicación al estudio y con una conducta de veras ejemplar. Y sin interrupción alguna. No se advierte, de hecho, ni siquiera la sombra de las crisis o de las pequeñas dificultades que suelen afligir a la adolescencia y a la primera juventud. Sin duda también él sintió sus turbaciones; pero la gracia, la purificante concentración en el trabajo del estudio y su tensión de voluntad natural y — querríamos decir — obstinada hacia el bien lo protegieron de todo desvío.

[3] Archivio Luigi Scrosoppi (A.L.S.), fascicolo 1, documento 2.



Fascicolo N° I. N° 7 Pag. 17

Regno Lombardo-Veneto

Governo di Venezia

LL. R. DIRETTORE DELLA FACOLTA' TEOLOGICA
PRESSO il Sem.° Seminario di Udine

A chiunque certifica che il Sig.r Luigi figlio del Sig.r Domenico Scarpazza nativo di Udine ha regolarmente compiuto in questo Sem.° Seminario il corso quadriennale dello Studio Teologico riportando ne' pubblici Esami le seguenti classificazioni.

Anno I. 1822-23

Studj liberi Studj obbligati
Storia Ecclesiastica con Riflessioni sopra la Patrologia, e Storia Letteraria Teologica — eminente
Lingua Ebraica — eminente
Archeologia biblica — eminente
Esegesi — eminente
Introduzione ai Libri del vecchio Testamento — eminenza

Anno II. 1823-24

Studj liberi Studi obbligati
Lingua Greca — eminente
Esegesi — eminente
Ermeneutica biblica — eminenza
Introduzione ai Libri del nuovo Testamento — eminente
Diritto Ecclesiastico — eminenza
Pedagogia — eminente

Studj liberi

Anno III. 1824-25

Studj liberi Studj obbligati
Teologia Dogmatica — eminenza
Teologia Morale — eminenza

Anno IV. 1825-26

Studj liberi Studj obbligati
Teologia Pastorale — eminenza
Catechetica — eminenza
Metodica — eminenza

La condotta del mentovato alunno fu eminentemente conforme alle Leggi Accademiche.
In fede di che gli ho rilasciato il presente Assolutorio da me sottoscritto, e munito del Sigillo del Seminario
il 25 del Mese di Luglio 1826.

† Emmanuele Desiderio

Certificado escolar del clérigo Luigi con las notas de evaluación relativas a los cuatro años de teología

El tiempo que le quedaba libre de los estudios continuaba pasándolo en oración en la querida iglesia de *santa Maria Maddalena* y en serenas o devotas conversaciones con los óptimos antiguos oratorianos. Cuando esté para recibir las órdenes mayores, el rector de aquella iglesia testimoniará que había sido constante en las prácticas del Oratorio y que desde niño había frecuentado y servido a «*esta iglesia con la máxima devoción, acercándose a los santos sacramentos de la confesión y de la Eucaristía devotamente casi en todas las festividades del año.*»

No olvidemos que entonces no era costumbre la comunión diaria. Sin embargo, además de los domingos, las fiestas de precepto o de devoción eran muy numerosas, por lo que podemos deducir que *Luigino* se acercó al banquete eucarístico al menos dos veces por semana.

Para respetar el orden cronológico, daremos ahora el clásico paso atrás.

En el otoño de 1818, por tanto, a los catorce años, *Luigino* fue admitido en la escuela de estudios humanísticos, equivalente al ginnasio superior, o sea a los dos primeros años del liceo clásico moderno. En esos dos años fue su maestro el profesor *don* Pietro Peruzzi [4] de *Buttrio*, que entrenaba a sus discípulos también a componer versos en latín y en italiano, como se continuó practicando en las escuelas del seminario hasta principios del siglo XX. El propio *Luigino* aprendió a componer poesías y nos queda de él alguna breve composición poética.

Si *Scrosoppi* no aprendió mucho del refinado arte poético italiano y latino del insigne maestro, quedó fascinado por él, como todos, especialmente por la humildad y la devoción que Peruzzi poseía en grado sumo. Tentado varias veces, por su destreza literaria, a seguir por los caminos del mundo a los numerosos sacerdotes-poetas en boga en el siglo XVIII, prefirió quedarse en el seminario, retirado y pobre; tan pobre que, cuando en 1822 fue nombrado canónigo honorario, tuvieron que condonarle la tasa burocrática austriaca de cien liras. El mismo fervor religioso, que había empujado a uno de sus hermanos a ir como misionero a Asia, le dictó bellísimas composiciones sagradas, en las que a la claridad y a la espontaneidad se une una vibrante carga de fe.

De noviembre de 1820 a agosto de 1822 nuestro Luigi realizó los dos cursos filosóficos. Le enseñó filosofía *don* Giuseppe Gortani [5], quien en 1814 había abrigado, junto al padre Carlo Filaferro, el deseo de hacerse jesuita. Aprendió matemáticas y física — a las cuales pareció felizmente propenso — de *don* Giovanni Mazzaroli [6], de índole reservada y tranquila y de probada devoción, muy estimado y amado por los estudiantes por su enseñanza muy brillante: nuestro clérigo extrajo de él la pasión por la astronomía, a la que permaneció fiel durante toda su vida. En historia tuvo como maestro a aquel *don* Francesco Ostermann [7], a quien el obispo Lodi definió como la perla de los sacerdotes por lo que respecta a doctrina y conducta.

Más tarde, en los cursos teológicos, el joven Luigi tuvo como profesor de moral Monseñor Andrea Tonchia y de dogmática y estudios bíblicos Monseñor Gian Paolo Foraboschi. Tonchia, nacido en *Aprato di Tarcento* en 1783, se distinguió también por una intensa y fructífera predicación de ejercicios espirituales al pueblo y por sus grandes virtudes era llamado «*el santo que camina*» [8].

Foraboschi, nacido en *Moggio* en 1794, «*fue de conducta íntegra* — dice su acta de defunción — *de ánimo recto, de devoción ejemplar, de fe inquebrantable*»: decano del cabildo de Udine en los años difíciles desde 1855 en adelante, defendió con tal fidelidad

4 Nacido en 1767, muerto en Udine en 1841.

5 Nacido en Teor (Udine) en 1792, fue rector del seminario, canónigo y murió en Udine en 1863.

6 Nacido en Cabia di Zuglio (Udine) en 1789, fue vicedecano del cabildo de Cividale del Friuli, donde murió en 1873.

7 Nacido en Gemona (Udine) en 1785, murió como párroco de Codroipo (Udine) en 1845.

8 Fue canónigo penitenciario, murió en Udine en 1856; era uno de los sacerdotes oficiantes en la iglesia de santa Maria Maddalena, de los filippini.

los derechos de la Santa Sede que en 1866 sufrió una pública y hiriente humillación por la cual fue llevado en pocos meses a la muerte [9].

Una gran suerte, especialmente para un joven aspirante al sacerdocio, crecer bajo maestros capaces al mismo tiempo de enriquecer las mentes con el saber y de espolear los ánimos a la virtud con la palabra y con el ejemplo. *Luigino* tuvo esta oportunidad, y la aprovechó con entusiasmo.

El Rosmini en Udine

En 1821 llegó a Udine y permaneció allí por algún tiempo el Abad Antonio Rosmini Serbati de *Rovereto di Trento* [10], en aquel entonces aún no sacerdote.

Una parte de la familia Rosmini poseía una casa en esta ciudad, poco más adelante respecto al inicio de la *calle Aquileia*, en el lado occidental. Sin embargo, lo que lo atrajo al *Friuli* fue sobre todo el afecto por su amigo fraterno, *don* Sebastiano De Apollonia [11], que había sido su compañero de estudios en la universidad de Padua y que desde 1819 enseñaba metodología en el seminario.

Rosmini era ya conocido por sus primeros estudios filosóficos. Él se convertiría más tarde en el gran filósofo cristiano del siglo XIX italiano y uno de los principales exponentes del movimiento político-religioso católico definido como *neoguelfismo*: impulsado además por un profundo fervor religioso, fundaría dos congregaciones religiosas, los *Fratelli della Carità* y las *Hermanas de la Providencia*. Sin embargo, para él la filosofía, el compromiso político y la acción religiosa no eran sino aspectos de aquel renacimiento católico total que representaba el sueño de muchos, y el suyo en particular.

Precisamente para favorecer tal renacimiento, Rosmini había creado, durante los estudios en Padua, la célebre «*Società degli Amici*» y De Apollonia había sido uno de sus primerísimos miembros. Hemos recordado estos hechos muy conocidos porque, durante su estancia en Udine, él fundó un núcleo de tal sociedad. Pero para que el fuego de la iniciativa permaneciera encendido, era necesario un coordinador apasionado. ¿Y quién mejor que el padre Carlo? ¿Quién sino el padre Carlo?

Lamentablemente no tenemos informaciones sobre la actividad de este círculo rosminiano udinense; probablemente tuvo vida muy breve. Se sospecha que no fue del agrado del obispo Monseñor Lodi [12]; y el padre Carlo, siempre sumiso a la autoridad de la diócesis, lo habrá dejado disolverse.

---

9 Murió en Udine en 1867.

10 L. ZANUTTO, Il filosofo di Rovereto ed i suoi amici in Friuli, Udine 1911, pp. 24.

11 Nacido en Romans di Varmo (Udine) en 1792, murió canónigo en Cividale del Friuli en 1854.

12 Nacido en Milán en 1770, muerto en Udine en 1845, fue religioso dominico. Predicador, dio «vida, incremento y esplendor» a la elocuencia sagrada, fue párroco en Venezia, obispo de Udine desde 1819. Restauró la abadía de Rosazzo, erigió casi enteramente el seminario, socorrió a los pobres. Fue apegadísimo a la disciplina de la Iglesia, tuvo en el corazón la cultura y la santidad del clero, combatió el vicio y las opiniones que turbaban el orden público. (Cfr. P. BANDINI, Elogio funebre di Monseñor Emmanuele Lodi vescovo di Udine, Udine 1845, pp. 32). Monseñor Lodi en una nota suya del 9 de noviembre de 1820 denunciaba a las autoridades austriacas la presencia de una secta bajo el nombre de Società biblica o sea Fratelli Amici, en apoyo a los carbonari. Aludía a cuatro pequeñas obras difundidas por

A pesar de ello, la figura y el entusiasmo de Rosmini tuvieron un fuerte impacto en el círculo más activo de los católicos de Udine. Ciertamente impresionaron a *Giovanni Battista Scrosoppi*, quien mantuvo siempre una profunda admiración por el gran pensador de *Rovereto*. Es más, unos diez años después, evaluará seriamente el ingreso en la congregación rosminiana y conservó con cuidado, mientras vivió, algunas cartas que le escribió Rosmini, que hoy se han perdido.

También nuestro Luigi debió recibir de ello una fuerte impresión, puesto que vio al joven abad frecuentar con devoción, en aquellos días, la iglesia de *santa Maria Maddalena* y probablemente pudo escuchar alguna apasionada conversación suya: el padre Carlo, de hecho, lo habrá ciertamente hospedado a veces en la casa *Scrosoppi*. Mucho tiempo después, Luigi tendrá la ocasión de acudir a visitar a Rosmini en su retiro espiritual de *Stresa*.

Entretanto pasaba por Udine también Silvio Pellico [(13)]. Pero en una forma bien distinta: encadenado, entre los guardias de la policía austriaca, dirigido hacia las prisiones del *Spielberg*. En el aire soplaban ya los primeros movimientos del *Risorgimento* y las tendencias del Romanticismo.

Luigi en sotana

Luigi Scrosoppi vistió el hábito eclesiástico el 19 de noviembre de 1821 [(14)]. Se trató de una fecha fundamental en su vida, tanto que es citada incluso en la estampa recordatoria del difunto impresa inmediatamente después de su muerte. Él lo recibió con espíritu santo y con el mismo espíritu lo llevó siempre.

Vale la pena recordar que este modelo de vestimenta, hoy caído en desuso, debía llegar, según las reglas del derecho de la Iglesia, hasta los maléolos: precisamente por este motivo era definida como «*talare*» (es decir: una sotana). Sobre ella, durante la buena estación, se vestía el *ferraiolo* — la capa corta — a la romana o un abriguito ligero, que se hacía más pesado en invierno; pero el padre Luigi preferirá siempre una esclavina, según el estilo de los *filippini*.

Sobre la cabeza, en cambio, se ponía un sombrero cuyas alas estaban levantadas a los lados por unos cordoncillos de tensión.

Precisamente en aquellos años, aquel modelo de sombrero era objeto de una dura contestación por parte de los miembros más exuberantes del clero joven. Nada de cordoncillos: el ala caía de modo circular por cada lado. «*De este modo protege mejor de*

---

tal secta, contaminadas por errores doctrinales de cuño protestante y de insubordinación contra el orden constituido; invitaba por ello a intervenir con medios drásticos. Sin embargo las características de tal Sociedad — observa Pellegrino — eran «tales que la distinguían claramente de la fundada por Rosmini. Nótese de hecho cómo Lodi se refiere a un libro con el título Sommario dell'Istoria, Dottrina e disciplina della società dei cristiani denominata degli amici, diferente del libro Regolamento della Società dell'amicizia cattolica, Torino 1819, en el cual se inspiraba el diseño de Rosmini y de sus amigos». (U. PELLEGRINO, Sebastiano De Appollonia e Antonio Rosmini - Ricerche sul rosminianesimo del Friuli, Milano 1973; vol. II, pp. 148 s.; vol. I, parte II, p. 45).

[13] Sobre el actual Albergo Roma de la calle Poscolle, donde esta es cruzada por la calle Brenari y por el callejón Gorghi, está colocada la lápida que recuerda el paso de Pellico por Udine, la noche entre el 27 y el 28 de marzo de 1822.

[14] Archivio Luigi Scrosoppi (A.L.S.), fascicolo 1, documento 8.

la lluvia», sostenían los contestatarios. Los sacerdotes más ancianos, en cambio, los acusaban de falta de espíritu eclesiástico.

Pero había quien hacía cosas peores, tanto entre los jóvenes como entre los viejos. Algunos vestían, como se decía entonces, el hábito corto — es decir: *in curtis* —, o sea un abrigo que llegaba solo a la rodilla. Se trataba de una costumbre tolerada para los sacerdotes de montaña, pero considerada casi escandalosa para los de llanura o de ciudad. Y todavía habría ido bien si el sobretodo fuera negro: había quien lo llevaba de color, siguiendo la moda civil de la época, y de la vestimenta religiosa no quedaba más que el blanco alzacuello rígido.

Si es verdad que «*el hábito no hace al monje*», es igualmente verdad que el vestir al gusto o según la moda laica de ciertos eclesiásticos del tiempo estaba en contraste con las leyes vigentes de la Iglesia y, en Udine, con la voluntad del obispo Lodi, que sobre este punto era muy riguroso. Luigi, así como el padre Carlo y *don Giovanni Battista*, fueron rigurosamente fieles a la disciplina de la Iglesia. Esto comportó un trabajo mayor para mamá Antonia, la cual se encontró teniendo ya tres sotanas que mantener limpias y remendadas.

Él recibió las primeras dos órdenes menores, es decir, el oficio de ostiario y el de lector, el sábado «*Sitientes*» — es decir: el sábado que precede al domingo de Pasión —, 23 de marzo de 1822, en la catedral de Udine. Las otras dos órdenes, el exorcistado y el oficio de acólito, le fueron conferidos en el domingo «*in albis*» — es decir: el primer domingo después de Pascua — del mismo año, el 14 de abril, en la iglesia de *sant'Antonio abate*, situada al lado del palacio del obispo [15].

El padre Carlo al frente de la *Casa de las Derelitte*

En el mismo año 1822, el padre Gaetano Salomoni dejaba Udine, tal vez para retirarse a su *Verona* natal o, más probablemente, para reingresar en alguna reconstituida congregación *oratoriana*. Tres años después — como atestigua la lápida de los benefactores en el *Istituto della Provvidenza* — fue a recibir al cielo el premio de su caridad.

Fue así como el padre Carlo se convirtió automáticamente en director de la *Casa de las Derelitte*, de la cual era administrador desde hacía un trienio. Eligió como colaborador a *don* Giovanni Battista Bearzi de Udine, perteneciente a una familia originaria de *Ampezzo* en la *Carnia*, que permaneció a su lado hasta 1829, cuando fue elegido para guiar la parroquia urbana de *san Giorgio*.

Se podría pensar que el padre Carlo, por sus dotes personales y por la influencia de que gozaba, dio un vigoroso impulso a la vida de la casa. En cambio, esta fue debilitándose poco a poco, tanto que una solicitud oficial suya y de Bearzi del 6 de febrero de 1829 [16] a

---

15 A.L.S., fascicolo 1, documentos 9-10.

16 En la solicitud los dos sacerdotes, tras haber renovado la súplica a la prefectura para la aceptación de un capital a cuenta de los alquileres que la Maison des Derelitte debía pagar a la Maison des Convertite, añadían: «la conservación del Istituto delle Derelitte se nos presenta lamentablemente en peligro, ni se sabría ya hacia dónde volver la mirada para extraer de allí otros medios válidos si disminuyen continuamente los subsidios caritativos sobre los que únicamente está

la prefectura — la delegación provincial de entonces — parece casi un canto fúnebre a la piadosa institución. Baste decir que el 10 de junio de 1819, cuando el Filaferro asumió su administración, había un saldo de caja de poco más de mil liras; a finales de año la entrada fue de 6.674 liras (había sido de 9.362 liras en 1816), frente a una salida de 4.991 liras. El balance fue disminuyendo de año en año, tanto que en 1829 se redujo a una entrada de 2.361 liras, frente a una salida de 2.537 liras.

En 1830 la entrada subirá de un salto a 3.137 liras y ya no bajará más. ¿Por qué? Naturalmente porque en 1829, nombrado párroco Bearzi, pasó a ser vicedirector nuestro *don* Luigi.

Las causas de tal declive económico habían sido numerosas. El padre Carlo no podía dedicarse mucho a la casa por estar absorbido por el ministerio sacerdotal; acudía a menudo a varios lugares a dirigir retiros o ejercicios espirituales para el clero o en conventos de monjas; además, su confesionario en la iglesia de *santa Maria Maddalena* estaba siempre atestado de penitentes, pues el padre Carlo se había revelado como un incomparable maestro de espíritu.

El fervor de los apoyos en torno a la *Casa de las Derelitte* se había reducido entonces a la mínima expresión, como ocurre a menudo. La inquietud social y política en constante crecimiento y una progresiva decadencia de la fe y de las costumbres cristianas golpeaban en la raíz a la flor de la caridad. Solo un alma ardiente y valerosa podrá desafiar la indiferencia del ambiente y provocar el renacimiento de la obra.

La familia Scrosoppi cambia de casa

Frente a la casa que Domenico Scrosoppi había comprado en 1811 en el barrio de *santa Maria Maddalena* se abría la *via Rauscedo*; al principio de esta, en el lado meridional, vivía la familia Berettini. Muertos en 1812 la señora Vittoria y en 1814 Monseñor Paolo, arcipreste de *san Daniele* [17], había quedado sola la hermana Faustina, que falleció a los ochenta y cinco años el 30 julio de 1822. Dos años antes, el 24 de julio de 1820, había hecho testamento, disponiendo algunos legados de beneficencia y nombrando heredero al señor Domenico Scrosoppi:

«*que desde hace tantos años me presta el más cordial y comprometido servicio y asistencia, tanto en mis asuntos domésticos... como en mis frecuentes y gravísimas enfermedades..., ni habría podido actuar de otro modo sin faltar a un apremiante deber de justicia*».

La Berettini no menciona a mamá Antonia, pero fue sin duda ella quien la asistió durante las enfermedades, y no el marido, que además continuaba gestionando con su hermano Giuseppe el taller de orfebrería de la *via del Monte di Pietà*.

Gracias a aquel testamento y a sucesivas compras e intercambios, Scrosoppi se hizo propietario de un complejo de casas, que comprendía ocho números de entonces, que desde la *via Vittorio Veneto* se extendía hasta incluir el emplazamiento de la actual *via san*

---

fundado; por lo tanto se ha propuesto ya que cuanto sobrara del capital... tras haber saldado los alquileres a crédito de la piadosa Maison des Convertite, todo sea dejado a su favor». (Archivo del Istituto della Provvidenza, legajo I).

[17] Nacido en 1735, murió en san Daniele del Friuli en 1814.

Francesco. Al norte corría la *via Rauscedo* y al sur la *roggia* — canal artificial — de los *Gorghi*, hoy cubierto. Aquellas casas, pasadas después en herencia a la *Casa de las Derelitte*, fueron demolidas hacia 1935 y sobre su área se construyó un bloque de edificios en el cual hoy, en el centro, tiene su sede el cine Odeón. Exactamente en la parte del cine que da a la *via Rauscedo* se levantaba el número 47, donde la familia Scrosoppi tuvo su nueva morada de 1822 en adelante.

Udine. Casas de la via Rauscedo demolidas en 1934.
En el n° 47 habitó la familia Scrosoppi de 1822 en adelante.

Pero antes de habitar en ella era necesario reformarla adecuadamente. Con tal fin, papá Scrosoppi contrajo préstamos y vendió poco después la casa de la *via Vittorio Veneto* a la noble Clementina Porcia, hija del príncipe Serafino; al mismo tiempo el padre Carlo vendía sus casitas en *Gemona*. En 1824, Domenico Scrosoppi vendió a su hermano Giuseppe su cuota en el taller de orfebrería. Desde 1823 hasta principios de 1825, durante las obras de reforma, vivió de alquiler con la familia, primero en la parroquia de *san Nicolò*, luego en la de las *Grazie*.

Domenico Scrosoppi, en la gestión del taller de orfebrería, se había labrado fama de ser puntilloso hasta el céntimo. Precisamente por ello, algunos burlones iban a comprarle. Tras las habituales negociaciones agotadoras sobre el precio, acababan por poner en el mostrador la moneda pactada, pero con un céntimo de menos. En aquel tiempo el céntimo tenía todavía su valor. Y el señor Domenico repetía infaliblemente el estribillo, en el habla friulana:

«*Al mancje un sentesin; pajdilu* — es decir: Falta un céntimo; ¡pagadlo! — ».

Toda la diversión estaba ahí: en oírle repetir aquella frase. De aquí derivó el apodo de «*sior Meni sentésin*». Estimado por todos por su capacidad artesanal y por su honradez, se burlaban de él por aquella meticulosidad.

Y meticulosidad habrá sido. Pero quienes no quieran estafar manteniendo los precios altos deben exigir un precio justo; de lo contrario, corren el riesgo de quebrar.

El señor Domenico fue, sin duda, un administrador sagaz y preciso y nuestro Luigi heredará del padre la misma dote; depurada, naturalmente, de cualquier sombra de interés terrenal. También él será escrupuloso hasta el céntimo al registrar entradas y salidas de sus obras. Y exigirá a las hermanas una administración escrupulosa hasta el último sueldo, tanto por la observancia rigurosa del voto de pobreza, como para santificar hasta el último céntimo en el crisol de la caridad.

Domenico Scrosoppi vivió lo suficiente para ver a sus hijos dedicar a obras de bien los bienes por él acumulados o llegados en herencia. Y fue feliz por ello. Se divertía mucho, de viejo, durante las funciones que las huérfanas daban de vez en cuando en la *Maison des Derelitte*. Sin saberlo y quizá sin quererlo, había llenado las arcas para que aquellos benditos hijos se las vaciaran en nombre del Señor.

Don *Giovanni Battista* sacerdote

La nueva casa estaba ya lista cuando *don Giovanni Battista Scrosoppi* fue ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1825.

Él tuvo una vida propia, diferente de la de sus dos hermanos; sin embargo, por la profunda caridad fraterna que los unió, es oportuno proporcionar un breve resumen de ella.

De 1826 a 1828 ocupó el cargo de vicedirector en el colegio municipal, vinculado al gimnasio de la ciudad. Posteriormente el Obispo lo envió como vice-párroco ante el arcipreste de *Sacile*: permaneció allí un año y medio, dejando un óptimo recuerdo. Desde la Navidad de 1829 hasta el julio siguiente desempeñó las funciones de coadjutor en *Susano*, en aquel entonces en agitación por disputas locales. Posteriormente, pasó a ser sacerdote asistente de Monseñor Pisolini, párroco de Tarcento; sin embargo, enfermó y tuvo que regresar con su familia.

Una vez curado, se dedicó a la predicación durante nueve años, tanto en la diócesis como fuera de ella, con notable éxito. Entre un curso de misiones populares y uno de predicación cuaresmal, se desplazaba a todas partes para sustituir a párrocos y coadjutores enfermos, necesitados de descanso o en dificultades: «*ha asistido de este modo a más de un centenar* — escribe el Blasich [18] —».

En resumen, *don Battista* fue — a título personal — un verdadero misionero diocesano.

En 1846 asumió el cargo de director espiritual en el seminario de *Zara*, llamado por aquel Arzobispo, Monseñor Giuseppe Godeassi, originario de *Gorizia*, del cual era secretario el

[18] Cfr. F. BLASICH, Cenni biografici del M.R.D.G. Batta Scrosop Pi, ms. pp. 31, (A.L.S., fasc. Famiglia); L. TINTI, O.C., pp. 132-140.

udinense *don* Valentino Liccaro, amigo queridísimo del padre Carlo y de los dos hermanos *Scrosoppi*. Permaneció en aquella sede solo durante un año, ya que el padre Carlo lo llamó de nuevo a Udine. En los años 1848 y 1849 guio en calidad de administrador la parroquia urbana de *san Cristoforo*. Finalmente, tras la muerte por cólera ocurrida el 8 de octubre de 1849 del arcipreste de *Sacile* Monseñor Malisana, por petición explícita de los habitantes de *Sacile*, el Arzobispo Monseñor Bricito lo nombró titular de aquella importante *pieve* (o sea: iglesia parroquial), que él administró durante diecisiete años.

Pero después de 1859 la situación empeoró para la Santa Sede y para la Iglesia. Es fácil imaginar cuál fue el comportamiento de *don Battista*. «*Resistió firme y fuerte en el combate* — escribe el Blasich — *sufrió amargamente por el aumento de los males, no perdió nunca el ánimo, no traicionó el propio carácter, no aceptó compromisos indignos; y cuando en julio de 1866 se perfilaba el peligro concreto de que las nuevas ideas de libertad degeneraran en libertades y hicieran inútil su ministerio a causa de unos pocos malvados, no por propia voluntad, sino forzado, no por temor por sí mismo, sino por la violencia ajena, dejaba la parroquia con la intención de reanudar los propios deberes tan pronto como la arrogancia ajena hubiera sido frenada y las calumnias disipadas.*»

En términos más explícitos, a la llegada de las tropas italianas en 1866, *don Battista Scrosoppi*, como fiel católico que era, fue acusado de ser contrario a Italia y una revuelta organizada por los nacionalistas lo obligó a abandonar *Sacile*. Una suerte similar tocó entonces a Monseñor *Giovanni Battista Gaspardis*, arcipreste de *Codroipo*, y a *don* Filippo Elti, arcipreste de *san Daniele del Friuli*.

Regresó, por tanto, a Udine al lado de su hermano. Y cuando en 1867 también el padre Luigi fue alejado de la casa de la congregación *oratoriana*, se trasladaron ambos a vivir al número 1865 de la zona de las *Dimesse*, hoy *via Luigi Scrosoppi*, en la casita cercana al "*Asilo dell'Immacolata"*. Allí don Battista vivirá todavía quince años; y el padre Luigi querrá que en el registro civil del municipio de Udine él figure como cabeza de familia.

Don Luigi sacerdote

El debido tributo a don Battista nos ha empujado adelante en los años. Ahora es necesario volver atrás y retomar la historia de nuestro Luigi.

En el fondo, es fascinante este alternarse en el tiempo para recoger todos los hilos de una trama que se va componiendo admirablemente bajo la guía paternal de Dios. Y es bello poder superar, al menos con estos recuerdos narrativos, el transcurrir inexorable del tiempo cantado por el poeta, especialmente cuando se trata de recorrer con devota ternura las etapas de la vida de los santos.

Luigi, por tanto, fue ordenado subdiácono en la iglesia de *sant'Antonio abate* el 14 de agosto de 1825, víspera de la Asunción, y diácono en la misma iglesia el 22 de septiembre de 1826 [19]. En esta última ocasión sostuvo el examen previsto por las leyes eclesiásticas ante el vicario general Monseñor Mariano Darù, nombrado hacía poco, que expresó este juicio:

[19] Archivio Luigi Scrosoppi (A.L.S.), fascicolo 1, documentos 11-12.

«*Óptimo en todo.*»

Puesto que ya había terminado los estudios, comenzó enseguida a colaborar en la *Casa de las Derelitte*. Acudía allí para dar algunas lecciones a las huérfanas. Ciertamente de doctrina cristiana, pero también de historia, geografía y sobre todo de astronomía.

¿Qué habrán comprendido de las constelaciones aquellas pobres niñas? Sin embargo, con la típica intuición de los niños, captaron en el entusiasmo del joven maestro por el cielo estrellado los impulsos espirituales de su alma. Puesto que *don* Luigi fue de veras, a su modo, un poeta: poeta de un canto de fe y de dedicación que debía ser entonado hasta la última nota. Pero, por otro lado, no es fácil encontrar a un hombre más realista que él, con los pies plantados firmemente en la tierra, más concreto y pragmático. La obra estaba en crisis. Él, sin embargo, evitó cuidadosamente interferir, limitándose a seguir con humilde discreción las indicaciones del padre Carlo y de *don* Bearzi.

Entretanto llegó el invierno y cayó mucha nieve en enero de 1827.

Pero la primavera estaba ya apareciendo y despertaba la hierba, las cosechas y las primeras flores, cuando el 31 de marzo, sábado que precede a la Pasión, *don* Luigi fue ordenado sacerdote en el *Duomo* de Udine [20].

El Obispo Monseñor Lodi solía celebrar los ritos sagrados con una solemnidad majestuosa que fue recordada durante mucho tiempo. Su figura alta e imponente estaba rodeada por un nutrido grupo de canónigos, casi todos nobles o condes: una asamblea real de provincia. Otros tiempos. Y el suelo del vasto presbiterio barroco estaba lleno de decenas y decenas de jóvenes sacerdotes, listos para ofrecer a Cristo la pureza de su juventud. Lamentablemente, también en este caso, otros tiempos.

Don Luigi celebró su primera misa en la iglesia de *santa Maria Maddalena* al día siguiente, domingo de Pasión: sin el Gloria, con vestiduras litúrgicas moradas, ante las imágenes sagradas cubiertas por el velo.

Pero, para hacer especial la ceremonia, estaban el padre Carlo y *don Battista* para servirle como ministros asistentes. Un caso más que raro, aquel trío de hermanos sacerdotes. Podemos imaginar bien la alegría espiritual de mamá Antonia y el orgullo satisfecho del señor Domenico Scrosoppi.

Y *don* Luigi iniciaba así su sacerdocio, bajo el signo de Jesús crucificado. Alto poco menos de un metro setenta, de constitución delgada pero robusta, con las mejillas enrojecidas sobre los pómulos salientes. Por dentro, un deseo ardiente de convertirse en un santo sacerdote. Un misterio de sencillez y transparencia: ser del todo diferente, por sentimientos y aspiraciones, del mundo laico; parecerse lo más posible a Cristo en la dedicación total al servicio del Padre celestial y de los hermanos en la tierra, especialmente de los humildes, de los pobres y de los que sufren.

[20] A.L.S., fascicolo 1, documento 13.

SEGUNDA PARTE

A la sombra del padre Carlo (1827-1854)

Capítulo 1

EL ALBA SACERDOTAL DE *DON* LUIGI (1827-1831)

Los santos son todos santos, pero cada uno a su manera. La gracia impregna su temperamento, dejándolo intacto; naturalmente, a excepción de esa parte de malas semillas — es decir: la cizaña (*zizzania*) — de la que todo terrón de tierra está contaminado. Nadie es menos impositivo y menos soñador que el buen Dios, precisamente porque Él es Amor, fuente de vida y de belleza, admirable en la variedad de sus criaturas. ¡Admirable, especialmente, en sus santos!

¿Y quién no lo sabe?

¿Deberíamos tal vez lamentar que nuestro *don* Luigi no nos haya dejado un diario del alma, como santa Teresa del Niño Jesús? Sería siempre un elemento de interés, por muy devoto que fuera.

En cambio, no dejó ninguno.

Lo hizo porque fue de una humildad casi rudamente silenciosa y reservada respecto al propio yo, dirigido y proyectado solo en la actividad por Dios y por las almas.

Por lo demás, si alguna vez existieron documentos autobiográficos entre sus papeles, fueron retirados por Monseñor Tinti cuando se dispuso a escribir su biografía, algunos años después de su muerte; y por lo general, como sucede, esos papeles no regresaron a la base. A principios del siglo XX, además, las *Hermanas de la Provvidenza* donaron a los religiosos *Stimmatini* — o mejor a su *casa de* Udine — la rica biblioteca del padre Carlo Filaferro y de los dos hermanos *Scrosoppi*, de la cual habríamos podido extraer no pocas indicaciones. También ella se ha dispersado ya y solo en algún volumen superviviente encontramos rarísimas trazas de la escritura de *don* Luigi.

Sin embargo, nos han quedado algunos escritos juveniles suyos; es más, precisamente de los primeros dos o tres años de sacerdocio, cuando aún no se había dedicado completamente a las obras de caridad. Por ejemplo, dos gruesos cuadernos organizados por temas, que podrían titularse respectivamente "*Pensieri*" y "*Esempi*" sobre las diversas virtudes, extraídos de lecturas, de sermones escuchados o de conversaciones, y reunidos por *don* Luigi para utilizarlos en su predicación. Además, unas paginitas con normas de vida y propósitos espirituales. Y finalmente la lista de algunos sermones pronunciados por él desde 1828 en adelante [(1)].

De esta triple serie de documentos nos parece que emerge de modo bastante nítido su espiritualidad en aquellos años.

---

[1] A.L.S., fasc. 37, mss. 1-2.

Los dos cuadernos organizados por temas

Hemos dicho que el cuaderno de los *"Pensieri"* (Pensamientos) no es sino una colección de máximas y de reflexiones para la predicación al pueblo, pero no es irrazonable vislumbrar en él algún reflejo personal.

Pues bien, quien cuenta las referencias a las virtudes individuales entrevé en ellas una secuencia significativa. El primer puesto está asignado a la caridad, incluida la limosna, y a la humildad, bases evidentes de la espiritualidad de Scrosoppi. A ellas sigue el abandono en Dios, con la paciencia y la resignación. Vienen después, a cierta distancia, la obediencia y la castidad.

Desde este inicio, por tanto, resaltan dos características perennes de nuestro *don* Luigi, tanto en su propio crecimiento espiritual como en su pedagogía hacia las huérfanas y hacia las hermanas. Él dará siempre la primacía al impulso del alma, que brota del amor hacia Dios y hacia el prójimo, alimentado y paulatinamente acrecentado por el sentirse humilde siervo de unos y de otros. Al contrario, no amará detenerse — y menos aún con agrios y altivos reproches — en las bajezas morales; es más, con una sabiduría que querríamos definir como "*manzoniana"* (por Manzoni) y contra las costumbres de la época, será particularmente discreto sobre el tema de la pureza, convencido de que esta florece mejor si se trata con delicada reserva y si se cultiva intensamente, primero, el fervor interior.

Del cuaderno de los *"Esempi"* (Ejemplos) nos place citar este fragmento:

« *Me cuenta la Condesa Clementina Porcia que en el Convento de san Vito, con las Salesianas, se encuentra una monja conocida por ella el primero de marzo de 1829, la cual de joven tenía una relación pecaminosa con un joven al que había sido prometida, cuando una noche este se le apareció envuelto en llamas, diciéndole que cambiara de conducta de vida para que la misma suerte no tuviera que tocarle también a ella. Entonces fue a reconciliarse con Dios, pidió el ingreso en aquella orden religiosa y, tras años de prueba, fue admitida. Y otra historia me narra la misma Condesa: una joven que tenía la pasión de tener una bella cabellera decía al Señor: Señor, si deseáis que yo me entregue a vos de modo especial, hacedme caer todos los cabellos; y en poco tiempo le cayeron todos, y después no crecieron nunca más ninguno.* »

Pues bien, al leer estas líneas surge espontáneo un de sonrisa: un poco por la gramática incierta de *don* Luigi, compensada sin embargo por un estilo de sabor casi antiguo; y un poco por la cándida sencillez con que acoge los dos episodios. Es dulce pensar en aquel joven Sacerdote, futuro padre de tantas religiosas, que anota aquellas vocaciones como dos victorias de la penitencia y de la humildad.

Normas de vida espiritual

Aún más iluminadores son algunos papelitos espirituales de aquel período.

Hay, ante todo, un «*horario para uso personal*» que se remonta sin duda a los primeros años de sacerdocio, cuando *don* Luigi pensaba dedicarse a la predicación y al confesionario al igual que sus dos hermanos.

Ahí está. «*A las 6 de la mañana te levantarás y harás un cuarto de hora de oración vocal y media hora de meditación interior. La acción de gracias de la santa misa deberá durar un cuarto de hora y harás de modo que no sea impedida. Después de la comida tendrás dos horas de estudio de arte oratoria sagrada y después del Ave María una hora de estudio de teología moral. A las 10 irás a dormir.*»

Preciso y volitivo como era, podemos estar seguros de que se atuvo escrupulosamente a tal horario.

Posteriormente, los compromisos y la edad se lo harán cambiar en parte. Sabemos, por ejemplo, que de adulto se levantaba a las cinco y no se acostaba antes de las veintitrés. Sin embargo, permanecerá hasta su última misa aquel punto relativo a la acción de gracias, y el tiempo dedicado ya no será solo de un cuarto de hora. Todos los testigos concuerdan en afirmar que aquel era un momento exclusivo, en el cual no era posible molestarle.

Nos parece muy bello otro escrito suyo, al cual en verdad no podemos atribuir una datación cierta; sin embargo, la frescura juvenil y la ingenuidad del texto, junto al fervor santamente combativo — de cuño ignaciano — por el que está atravesado, nos lo hacen razonablemente reconducir a esta misma época. Lo citamos de la obra de Tinti, que lo titula «*Afectos y prácticas santas*» [2].

«*Para darme un fuerte incitamiento a la santa perseverancia diré a menudo:*

¿Qué te aprovechará cada cosa si te condenas, y qué te dañará si te salvas?

Cada vez que me resulte pesada la práctica de la pobreza, de la humildad y del sufrimiento, pensaré en qué querría haber hecho al momento de la muerte y si me hallara en el Purgatorio.

¡Ah! Prometo, Señor, sufrir cualquier cosa y la muerte misma antes que ofenderos con un pecado venial, siendo el pecado el verdadero monstruo de ingratitud hacia Dios, aquel que traspasa y mata las almas y nuestros cuerpos.

Señor, no quiero hablar, ni siquiera desear que otros hablen a mi estima y honor; Señor, hablaré siempre con estima de los demás y nunca con desestima. No tendré nunca arrogancia, oh Señor, en mi hablar y obrar, siendo yo un montón de putrefacción y de miserias asquerosas por lo que respecta al alma.

Quiero, Señor, santificarme santificando también a los demás, haciendo todo lo posible para impedir el pecado y para suscitar en los demás el amor hacia vos y el deseo de seguir a Jesucristo nuestro maestro.

Quiero combatir al demonio quitándole la presa a costa de cualquier esfuerzo, incomodidad y dificultad mía, y defender a las ovejitas de Jesucristo de los asaltos del demonio, advirtiéndoles de sus engaños, rompiendo sus cadenas, volviendo vanos sus golpes, reforzándolas en los ataques y arrancándole la presa de los colmillos, y todo ello a gloria de mi capitán Jesucristo.

---

[2] L. TINTI, o.c., pp. 197-198.

Quiero a menudo pensar que yo soy, junto a Jesucristo, ofrecido al eterno Padre en sacrificio, y que por tanto debo glorificarlo con mi mísera persona, considerándome como una víctima.

Quiero ser verdadero hijo de la Virgen María y de san José y, como hijo, depender en todo de ellos y obrar cada cosa con su santa bendición.

Quiero ser devoto de mi ángel custodio, teniéndolo siempre ante los ojos, y pedirle perdón de la poca devoción tenida hacia él en el pasado.

Seré devoto de modo especial a los santos que la Iglesia me ha dado como protectores en el bautismo, es decir, san Luis Gonzaga y san Domenico, así como a los santos mis padres Filippo y Francesco.

No quiero tomar alimento durante el día sin una necesidad especial o sin que la conveniencia lo requiera.

Recitaré breves jaculatorias (oraciones) en el transcurso del día y rezaré también caminando y en la cama, si no lograra dormir, para no perder tiempo y mérito de gloria para el Paraíso.»

Nada de extraño, pues, nada de complicado; al contrario, son las mismas cosas que habríamos escrito nosotros, y que probablemente hemos escrito muchas veces. Sin embargo, a través de las palabras comunes, sentimos vibrar una singular sencillez y una tranquila sinceridad, como si las cosas prometidas estuvieran ya al alcance de la mano. Nótese, por ejemplo, cómo habla de «*pecados veniales*», considerándolos casi como las últimas sombras a alejar.

Aparece evidente que estos «*Afectos y prácticas santas*» son la conclusión de algunos días de ejercicios espirituales. Se nos ha conservado, de hecho, un esquema de ejercicios realizados por *don* Luigi que, por semejanza de la caligrafía, se vinculan estrechamente a los apuntes de 1829-1830.

De aquellos ejercicios deseamos reproducir al menos los propósitos formulados después de cada meditación.

«*De no realizar acción alguna sin antes evaluar si Dios quiera que la haga. De ser indiferente a todo, en lo que a mí respecta. De preferir la muerte antes que cometer un solo pecado, aunque sea mínimo. De satisfacer exactamente el honor que tengo de servirle. De no pensar sino en Dios, de no querer sino lo que quiere Dios. Nunca pecado alguno. Sé mortificado en todos tus sentidos. Hazlo (es decir: cumple la voluntad divina: ¡la insistencia del autor original es aquí significativa!). De querer ir enseguida a Él y pedir la gracia de comportarme como el Hijo pródigo. De sufrir todo con alegría gracias a aquel recuerdo del Infierno, puesto que cada cosa es un nada en comparación con aquel.*»

Repitámoslo una vez más: nada de insólito, sino un perfume de candor. El alma que escribió estas líneas aparece, con toda evidencia, ardiente y decidida.

Y serena. Como si no tuviera ya ni turbaciones ni inquietudes ni problemas. O mejor dicho, de problemas tenía uno, y solo uno: hacer la voluntad de Dios.

Apóstol de la devoción al Corazón de Jesús

don Luigi comenzó a predicar desde finales de 1827 o al menos desde principios de 1828.

Puesto que celebraba y prestaba servicio en la *Iglesia de santa Maria Maddalena*, bajo la guía de los excelentes antiguos *oratoriani*, aquella iglesia fue ciertamente el campo de prueba de sus primeros discursos sagrados. Es más, según el uso *oratoriano*, debió dirigirlos a los hermanos del Oratorio, entre los cuales él mismo estaba inscrito desde hacía varios años.

Parece que el primer sermón tuvo por tema la humildad [3]; verdaderamente el tema ideal para quien haría de la humildad la virtud fundamental de toda su vida, practicándola hasta el heroísmo. El segundo tema habría sido la misericordia de Dios. Sabemos con certeza que pronunció su tercer discurso el 8 de abril de 1828 y habló allí de la Entrada del alma justa en el Paraíso. El 24 de agosto del mismo año abordó el tema opuesto: el Fuego del Infierno. El 30 de noviembre, siempre de 1828, predicó sobre el «*Amor de Dios*», tratando en la última parte el espíritu de la «*Asociación a la devoción del Santísimo Corazón de Jesucristo*». Un mes después, el 28 de diciembre, tratará el tema: «*Debemos amar a Dios, porque Dios nos ha amado*»; también este sermón fue dirigido a los «*inscritos al Sagrado Corazón*».

En esta sucesión de temas, influenciada por los métodos de enseñanza de entonces, reconocemos claramente la orientación esencial de una vida espiritual sólida y profunda, a la que Scrosoppi permanecerá siempre fiel: fundada en los principios eternos y movida por el amor de Dios.

Si quisiéramos definir esto como un «*cristianismo esencial*», el Padre Luigi sería feliz con ello. Los refinamientos y particularidades no le gustaron en absoluto, en ningún campo. En la predicación y en la vida espiritual, además, los habría considerado desafinados.

Incluso en las razones que él aporta para impulsar al amor de Dios trasluce aquella piedad viril que le era querida. Hay que amarlo — decía — ante todo por justicia y por obediencia: porque nos creó para amarlo, y no amarlo significaría privarlo de lo que es suyo; porque nos manda amarlo como Señor y como Padre, y no amarlo significaría desobedecerle. Luego viene la gratitud: es decir — continuaba — amarlo por cuanto ha hecho y hace por nosotros y por cuanto está dispuesto a hacer [4].

Un discurso aparte merece su compromiso por la devoción al Corazón de Jesús.

Hacía ya tiempo que en la *Iglesia de santa Maria Maddalena* existía una asociación devota de tales fieles, tal vez alentada — como hemos mencionado — por el Conde Alfonso

---

[3] Como nos queda una serie numerada de veinte discursos suyos, es muy probable que los sermones número 1 y número 2 deban identificarse con los de la humildad y la misericordia de Dios. De hecho, en los legajos que contienen sus escritos religiosos no hay otros, de sermones completos, que puedan llenar esos vacíos. (A.L.S., legajo 12, manuscrito 7, pp. 9; legajo 9, manuscrito 4, pp. 14).

[4] Los motivos que el Padre Scrosoppi aporta para incitar al amor de Dios revelan mejor su viril piedad si se comparan con los presentados por su amigo don Pietro Benedetti, en un discurso pronunciado en la iglesia de los filippini de Udine. El nuestro los anotó en uno de los cuadernos de rúbrica, bajo la voz « Amor de Dios ». He aquí los motivos aportados por Benedetti: « Se debe amar a Dios tanto por el verdadero amor que Dios tiene al hombre, como por el modo con que lo ama, porque es amable en sí mismo. I. Beneficios de naturaleza generales y particulares; de gracia generales y particulares. II. Desde la eternidad (ab aeterno), con amor infinito, gratuitamente. III. Por sus atributos, porque es perfecto ». (A.L.S., legajo 37, manuscrito 1).

Belgrado, que vivía detrás de la zona del altar de aquella iglesia, en el lado oriental de la actual *via della Prefettura*; sabemos de hecho que favoreció el nacimiento de asociaciones similares en varios pueblos de la Diócesis de Udine. Más o menos al tiempo de la ordenación sacerdotal de Scrosoppi, el Padre Antonio Londero, Rector de la iglesia, pidió oficialmente que a aquella asociación se le concedieran las mismas indulgencias de que gozaba la asociación homónima existente en Roma, en la *Iglesia de santa Maria ad Pineam*, llamada ahora *santa Maria della Pace*: indulgencias que el Papa León XII concedía el 26 de junio de 1827.

Para dirigir la asociación, al menos desde 1828, fue elegido precisamente *don* Luigi. Es a él, de hecho, a quien el 27 de julio de 1829 Antonio Linussio de *Tolmezzo* escribe, rogándole que se «*digne agregar a las personas aquí abajo indicadas a la devota Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, establecida en Udine en la Iglesia de santa Maria Maddalena; y esto con fecha del próximo domingo venidero, y entregar los relativos certificados de inscripción al señor Monticco, portador de la presente carta*»[(5)]; siguen los nombres de diecisiete personas de *Tolmezzo*, *Illegio* y *Gemona*, entre ellas dos Sacerdotes.

La devoción al Corazón de Jesús, en el cual el amor de Dios se transforma en don supremo y petición urgente en la realidad más profunda del Verbo encarnado, fue por tanto el «*la*» (la nota fundamental que da el inicio) del himno sacerdotal de *don* Scrosoppi.

Don Luigi recaudador de limosnas

Mientras tanto, la *Casa de las Derelitte* iba de mal en peor.

Reducido al extremo el auxilio de los benefactores grandes y pequeños, tal vez el Padre Carlo, nacido bajo el dominio austriaco, alimentaba aún alguna ilusión en la intervención del Estado y dirigía instancias al gobierno imperial de Viena, al virreinal del *Lombardo-Veneto* y a la prefectura. ¡Qué va! La burocracia austriaca era solícita en pretender reglamentos y contratos, pero, en cuanto a dinero, no concedía ni un céntimo.

Sin embargo, en los primeros meses de 1829, ocurrió algo nuevo. Nada excepcional. Nada, si no el hecho de que, habiéndose convertido *don* Bearzi en Párroco, la subdirector de la casa pasó a manos de *don* Luigi.

A los entusiasmos ajenos ya desvanecidos, a los donativos disminuidos, a emperadores y virreyes que responden negativamente, él contrapone su corazón generoso y su tenaz voluntad.

Contaba veinticuatro años y medio de edad y casi dos de sacerdocio. Un jovencito. En el cual, sin embargo, al fervor se unía un carácter decididamente laborioso y pragmático.

Don Luigi debe haber razonado más o menos así con su hermano el Padre Carlo:

«*No es práctico esperar los donativos cuando estos deciden llegar. Es necesario ir a buscarlos. Las niñas tienen hambre cada día. Ni debemos contentarnos con darles un trozo de pan y un poco de sopa. Están desnutridas desde el nacimiento y atraviesan la edad delicada del crecimiento — es decir: de la formación —. Es necesario poner en la mesa*

[5] Archivio Luigi Scrosoppi (A.L.S.), legajo 14, documento 6.

comida sustanciosa: algunas lonchas de queso y, bastante a menudo, un poco de carne. Para esto se necesita un buscador que ponga toda el alma en la recaudación de las limosnas y que llame sin temor a las puertas de los particulares y de las tiendas, y de los campesinos en las granjas de la periferia. Os ruego, Padre Carlo, dejadme ir a mí.»

Ciertamente le tuteaba con el «*voi*» (es decir: el tratamiento de cortesía formal), porque era dieciocho años mayor y según la costumbre del tiempo.

El hecho es que fue. Y debió comenzar en marzo de 1829, porque el 27 de aquel mes el Padre Carlo anota, por primera vez, entre otros donativos: «*Huevos n. 22, ternera 11 libras, gallinas 2.*»

Y el 18 de abril, que era el sábado santo: «*Focaccia 86 libras, huevos n. 120, huesos de cerdo 23 libras.*»

Y en mayo: «*Quesitos 30 libras, cabrito 6 libras.*»

Nunca antes de entonces se habían registrado donativos en carne. He aquí cómo se vuelve singularmente viva la declaración de la hermana *Angelica Faccini*:

«*Sé* — dice — *que las niñas de tres a cuatro años corrían a su encuentro, agarrándose a su sotana como a la de su madre perdida, pidiéndole con inocente libertad: Gigi, dàmi cicìn. Es decir: Luigi, dame carne — en la jerga infantil friulana*» [6].

Puede ser que el episodio ocurriera realmente, puesto que la sencillez y la confianza de los pequeños no ignoran tales salidas. Pero nos parece más probable que se trate de una anécdota referida para burlarse de aquel joven Sacerdote que entraba en las panaderías, en las charcuterías, en las carnicerías a pedir limosna para sus huerfanitas. En tal caso el testimonio sería aún más elocuente.

Ciertamente aquel deambular suyo dejó una enorme impresión si, aludiendo a él, el periodista liberal *Camillo Giussani* escribía más de medio siglo más tarde:

«*Otro cura... consumió todo su patrimonio y llamó a todas las puertas para mantener a trescientas muchachas y hacerlas instruir en labores domésticas*» [7].

No debe haberle costado poco, especialmente al principio.

Era de familia acomodada y — como se suele decir — de buena posición social. Debió por tanto sentir él mismo una cierta repugnancia a presentarse en público como un mendigo. Quién sabe cuántas veces su padre, el señor Domenico, le habrá dicho:

«*Me haces sonrojar ante toda la ciudad.*»

Y mamá Antonia le habrá preguntado:

«*don Luigi, ¿es de veras necesario?*»

«*¡Sí, mamá, es necesario!*»

---

[6] Sr. Teresa Angelica (1818-1900) vivió 62 años entre las suore dimesse nobles de Udine. Fue maestra de las educandas, consultora, vicaria y en los últimos años superiora de la comunidad. El convento de las dimesse colindaba con la *Casa de las Derelitte*. (Para la relación entre el Padre Scrosoppi y las mencionadas hermanas cfr. parte III, cap. 2, La Obra para las Sordomudas; y L. Tinti, o.c., p. 411, lett. 92).

[7] C. GIUSSANI, Mondo vecchio e mondo nuovo, Udine 1888, vol. I, p. 291.

Llamaba a los portones de los palacios nobiliarios; subía a los apartamentos de los ricos comerciantes. Y, mientras él esperaba en el atrio entre avergonzado y abochornado, la criada iba a anunciarlo a la señora:

«*Está ese joven cura, hijo de Doña Antonia, que viene a pedir la caridad.*»

¿Qué le movía y le sostenía? Jesús, un amor infinito por Jesús. Él se había tomado en serio las palabras del Evangelio:

«*Tuve hambre y me disteis de comer.*» Vio realmente a Jesús en los pobres, lo vio en las huerfanitas. Y tal visión le recompensaba de la sal amarga (es decir: de la humillación) de limosnas negadas o dadas con rudeza y del duro recorrido de escaleras subidas y bajadas tal vez solo para recibir una mofa.

Papá Domenico en la trampa de la caridad

El señor Domenico Scrosoppi fue sin duda un hombre bueno. Sin embargo, a causa del apodo de « *sior Meni sentesìn* » — es decir: el señor Domenico Céntimo — por muy atenuado que sea, nos ha quedado un poco de pesar.

Pues bien, ese pesar desaparece precisamente cuando comienza la valerosa actividad apostólica de sus hijos, ya que el año 1830 no concluye sin un grato testimonio de su caridad.

Un tal Domenico Beltrame, amigo íntimo del señor Domenico, había recibido de él un encargo — probablemente de agente o administrador — confirmado con un contrato regular del 6 de octubre de 1830. Tal encargo le garantizaba el derecho al alojamiento y a un sueldo diario. Poco después, sin embargo, Beltrame debió sufrir algún grave descalabro; él hace referencia a ello con las palabras «*fatalissime circostanze* » (es decir: circunstancias desastrosas). A consecuencia de esto, se vio obligado a dejar *Udine* y a trasladarse a *Treviso* con su propia familia.

Precisamente desde *Treviso* envió a Scrosoppi, el 28 de octubre, una declaración en la que afirmaba la imposibilidad de « *prestar aquella obra y asistencia mía, a la cual estaba obligado* » y la renuncia a cualquier compensación establecida por el propio contrato, tanto para sí como para su familia, tanto en lo que respecta al alojamiento como al pago diario.

El 27 de noviembre escribió una carta ulterior en la cual afirmaba:

« *No sabría de qué modo expresar la gratitud que nutro hacia usted por los muchos beneficios por usted a mí concedidos en todo tiempo, y especialmente en mis pasadas difíciles circunstancias, y por la caridad usada con mi mujer de 100 florines; por tantos favores no dejaré de rogar al Señor para que conceda toda deseada felicidad tanto a usted como a todos los componentes de su familia.* »

Por esta carta se comprende que la caridad era ya una costumbre en la familia Scrosoppi. El mismo señor Domenico habría debido ser apodado "*fiorino*" (florín) y ya no "*centésimo*": es más, florín donado. Se trata solo de un breve retrato. Y, sin embargo, nos habríamos sentido culpables si lo hubiéramos omitido.

Don Luigi querría hacerse capuchino

«*En sus primeros años de sacerdocio* — escribe Tinti — *el Padre Luigi cultivaba seriamente la idea de hacerse religioso capuchino*» [8].

Tinti no precisa en qué años, pero diversos elementos llevan a pensar en 1830. Ya hemos mencionado los dos gruesos volúmenes organizados por temas en los que el joven Sacerdote amaba anotar los pensamientos o los ejemplos que le serían útiles en la predicación. Aquí y allá se encuentran también fechas; ninguna, sin embargo, es posterior a 1830. Pues bien, en uno de aquellos volúmenes, bajo la voz «*vocación*», se lee este fragmento:

«*Para hacernos santos no hay que creer que se deba retirar a una orden religiosa o a lugares aislados. San Agustín, en un sermón dirigido a los religiosos del desierto, llegó a decir: He aquí, estamos en la soledad; sin embargo no son la oración y el canto sagrado los que hacen a los santos, sino que es el obrar bien lo que santifica el lugar y a nosotros. Si de hecho los lugares pudieran santificar a quien los habita, ni el hombre ni el ángel habrían caído de su dignidad.*»

No es irrazonable vislumbrar en estas líneas una reflexión personal; y precisamente la decisión, tras aquella crisis de fervor — es decir: un período de intensa duda espiritual —, de quedarse a hacer el bien en el mundo en lugar de retirarse a un convento.

Justo entonces, a la tradicional inclinación franciscana heredada del abuelo y de la madre, se añadía un acontecimiento que debió tener una notable influencia en su espíritu. En Udine se estaba reabriendo un convento de los capuchinos, tras la supresión napoleónica de 1807. Ya no en la antigua sede de la *calle santa Giustina*, sino en la *calle Ronchi*, donde antaño se erguía un monasterio de monjas capuchinas.

El nuevo convento estaba a poquísima distancia de la *Casa de las Derelitte*.

Que *don* Luigi era franciscano en lo profundo del alma no cabe duda alguna. En varios sermones suyos encontramos, en conclusión, invocaciones de encomienda a los que él considera los padres espirituales de su alma: san Felipe Neri y san Francisco de Asís.

En 1839, cuando fue declarada santa Verónica Giuliani, se le encargó a él pronunciar su elogio sagrado en la *Iglesia de santa Maria della Neve*, anexa al convento capuchino; y por algunos elementos parece que el discurso está dirigido de modo particular a los miembros de la Venerable Orden Tercera. Sabemos que más tarde, al menos por cierto tiempo, solía inscribir en la orden franciscana seglar a todas sus hermanas.

Todo, por tanto, concurre a demostrar cuánto *don* Scrosoppi era devoto del *Poverello* de Asís (es decir: san Francisco) y estaba ligado a sus hijos espirituales.

Pero, volviendo al período 1829-30, ¿cómo se puede explicar ese pensar «*seriamente*» en hacerse capuchino? ¿Bastan tal vez el fervor franciscano natural y del momento, o la cercanía al convento reconstruido y a sus religiosos? ¿Y por qué motivo no realizó su aspiración? No olvidemos que era Sacerdote desde hacía poco tiempo.

---

[8] L. Tinti, o.c., p. p.

A las almas que se entregan generosamente a Dios les sucede a veces que sienten una inefable insatisfacción, como si no se hubieran concedido lo suficiente. «*Me he hecho sacerdote* — debió decirse *don* Luigi — *para llegar a ser santo y para santificar. Después de tres años, ¿quién soy yo y qué he hecho de bueno? ¿No es mejor que me retire a un convento, para vivir en total recogimiento y en la oración?*»

Además, él no era hombre de hacer las cosas a medias o de ceder a compromisos. Pasaba gran parte de sus jornadas en medio de niñas paupérrimas; pero después regresaba a casa, donde se vivía con discreta holgura, como solían las familias de la buena burguesía. Que él sintiera estar fuera de lugar, y no por culpa propia, es cierto. Tan pronto como muera el Padre Carlo, se apresurará a vender la casa paterna para elegir el camino de la pobreza absoluta.

Hay además otro aspecto: es natural para el alma cristiana un cierto deseo de huir del mundo y de sus peligros. En aquel tiempo el renacimiento cristiano, esperado y creído en 1814, dejaba ya paso a una progresiva decadencia de la fe y de las costumbres. Todo, por tanto, parecía empujar hacia la «*bienaventurada soledad, única bienaventuranza*» (*beata solitudo, sola beatitudo*). Se renovaba en él el dilema interior que se le había planteado a su hermano el Padre Carlo cuando, en 1813, había pensado en hacerse jesuita, pero en un clima diametralmente opuesto.

¿Por qué no se hizo capuchino? Y eso que no era en absoluto de índole indecisa o inconstante.

Puede ser que lo retuviera la madre, ya anciana. Ciertamente debió desaconsejarlo su director espiritual, haciéndole notar cómo su carácter volitivo y laborioso era ya una indicación divina para un apostolado activo en la sociedad: sería una prueba de ello la reflexión citada anteriormente. Quizá él mismo pensó que en el convento buscaba ante todo su propia paz, no sin un cierto egoísmo espiritual.

Pero otros motivos debieron aparecérsele como una respuesta del Cielo.

Ante todo el pensamiento de que encerrarse en un convento pareciera casi como abandonar la trinchera de primera línea, mientras la fe y la Iglesia se convertían en objeto de ataques cada vez más violentos. Y no era cosa que pudiera gustarle.

Don Luigi había comenzado el 1830 con un sermón sobre el nombre de Jesús. Habrá sido una circunstancia puramente casual la que le propuso ese tema, pero quizá la Providencia tuvo su parte. Lo cierto es que el joven Sacerdote se revistió de ese nombre — según las palabras mismas de su discurso — como de una «*coraza impenetrable*» y se encerró en él como en una «*fortaleza inexpugnable*».

El 27 de julio de 1830 estalló en París la revolución, seguida el 2 de agosto por la abdicación de Carlos X. Una revolución cuyo soplo pasó cerca del *Friuli*, ya que Carlos X, bajo el nombre de conde de Ponthieu, se refugió exiliado en *Gorizia*, donde morirá en 1836.

El 4 de octubre los belgas, tras una revuelta sangrienta, proclamaron su independencia de los Países Bajos. Y en noviembre se sublevó Polonia contra Rusia, con una revolución tan heroica como desesperada, que será reprimida solo en septiembre de 1831, cuando un ministro francés asegurará que «*el orden reina en Varsovia*»; también en esta ocasión el

Friuli pudo tener un testimonio directo de la tragedia polaca a través de algún exiliado refugiado en su territorio.

Italia estaba ya recorrida por el estremecimiento del *Risorgimento* (es decir: el movimiento para la unificación nacional) que en 1831 provocó los levantamientos de la *Emilia* y de las *Romagne*. En el *Lombardo-Veneto* tal sentimiento se planteaba como movimiento de liberación del dominio austriaco. Contrariamente a lo afirmado por algunos, el descontento estaba presente en amplios estratos de la población, aunque solo pocos y en circunstancias especiales podían dedicarse al activismo insurreccional. Muchos factores, entre ellos la dura leva militar y más tarde la no equitativa distribución de los bienes comunales, contribuían a aumentar el malestar de las personas. El *Friuli*, recordando la firme actitud de Monseñor Capellari, junto al territorio de Brescia, era considerado por la policía austriaca una de las zonas más obstinadamente inquietas, si no abiertamente rebeldes.

Lamentablemente el justo deseo de libertad estaba contaminado por sentimientos menos puros: nos referimos al creciente espíritu antirreligioso y anticlerical. También Udine tuvo su 1831. Pero la rebelión oculta se desahogó en el blanco más débil. Algunos desconocidos exaltados, tomando como pretexto una firme carta pastoral del Obispo Lodi contra el vestir indecente de las mujeres y el comportamiento incorrecto durante las funciones sagradas, la mañana del 18 de junio, fiesta del Corazón de Jesús, ofrecieron a la ciudad el espectáculo de la fachada de las iglesias y de los escudos episcopales innoblemente embadurnados.

Pero un grave acontecimiento de otra naturaleza debió tener una influencia decisiva en *don* Luigi. Ya en el atormentado julio de 1830 había pronunciado un sermón sobre las características de la caridad. Y la caridad lo llamará con fuerza durante todo el 1831.

Aquel año, de hecho, estalló también en el *Friuli* una primera epidemia de cólera. Las necesidades aumentaban, las huérfanas se multiplicaban. Pedían pan y no había quien lo partiera para ellas.

Y fue así como *don* Luigi, ante el lamento de los pobres y en el fatigoso recorrido de sacrificio por amor al prójimo, sacrificó las deseadas aspiraciones monásticas.

Singular coincidencia: ambos motivos resonaban desde lo alto del campanario de la catedral de Udine. Cuando el 8 de septiembre de 1833 fueron bendecidas las nuevas campanas, en la mayor se imploraba de Dios la protección contra el cólera y en la mediana se aludía al «*tiempo dificilísimo para la religión*» [(9)].

[9] Atti del Capitolo, vol. IX (1828.1838), c. 137r. (A.C.U.).

Capítulo 2

LA NUEVA CASA DE LAS *DERELITTE*, AHORA *ISTITUTO DELLA PROVVIDENZA* (1831-1839)

Don Luigi dio, pues, adiós a la soñada paz del convento. Y como en tiempos de su san Domenico los caballeros, tras una vigilia de oración, se consagraban a la protección de los humildes y al rescate de los oprimidos, así se sintió él desde entonces consagrado caballero de la caridad.

Muchos, muchos años después, hospedará en su casa a aquel santo varón que fue el Padre *Biagio Verri* [1], cargado de piojos (parásitos), mientras recorría el mundo recaudando limosnas para rescatar en los mercados africanos a las jóvenes esclavas africanas. Quizá pensó que también él había comenzado así, pero para salvar a míseras niñas de un mundo definido como cristiano.

Una vez tomada la decisión, debió de decir al Padre Carlo: «*He aquí, hermano, me quedo a vuestro lado. Pero pongámonos manos a la obra. La casa actual es demasiado pequeña. Una cáscara de nuez* (un ambiente demasiado angosto) *donde haría falta una nave. Vos tenéis experiencia y prestigio. Haced pues un gran proyecto, el proyecto que hace falta. La Providencia nos ayudará. Y contad conmigo, que os seré un buen trabajador de fatiga* (un trabajador incansable)».

Compra de la *casa Florenzis*

Todo estaba listo para la acción: bastará un alquiler no pagado para desencadenar la iniciativa.

¡Dios mío, cuánto nos influye el lenguaje militar! Surgen similitudes bélicas incluso cuando se habla de obras de bien.

De 1815 a 1822 el contrato de alquiler de la *casa Florenzis* corría a cargo del señor Fantini, administrador del Conde *Alvise Ottelio*, tanto que la *Casa de las Derelitte* era llamada, incluso en las circulares del Obispo Lodi, «*obra Ottelio*».

Posteriormente la carga del alquiler había sido asumida personalmente por el Padre Carlo, pero con un simple acuerdo verbal. El alquiler se debía pagar por adelantado, en dos cuotas semestrales, el 31 de enero y el 31 de julio.

---

[1] Nacido en Barni (Como) en 1819, fue misionero apostólico. Colaboró y fue heredero de don Olivieri en la obra pía para el rescate de las « morette » (es decir: niñas negras), por las cuales se prodigó con celo incansable. Ayudó al Ven. Ludovico Casoria, fundador en Nápoles de un colegio para « negretti » (es decir: niños negros) aspirantes al sacerdocio. Murió en el Cottolengo de Turín en 1884 donde se había retirado consumido por la fatiga. (Cfr. I grandi del Cattolicesimo, enciclop. biograf., Roma 1958, vol. II, pp. 589-590). De la relación entre el Padre Scrosoppi y los dos sostenedores de la mencionada obra tratan dos cartas de Olivieri (2-6-1856, 18-2-1860), un informe y declaraciones procesales (A.L.S., legajo 14, docs. 25-26; Summarium, pp. 706, 110, 137 en Positio super virtutibus, Roma 1975).

El 31 de enero de 1831 pasó sin que el Padre Carlo hubiera pagado la cuota. Por ello, el 6 de febrero el administrador de la *Casa de las Convertite* — que era la propietaria —, el señor *Giovanni Battista Pagavini*, le urgía a efectuar «*el pago del nuevo semestre recién iniciado, y para negociar, si fuera necesario, un contrato de alquiler formal*».

El Padre Carlo respondió solo el 11 de abril. Él consideraba que el local, demasiado estrecho, mal distribuido y peor conservado, requería ingentes obras de remodelación de las que ciertamente la *Casa de las Convertite* no se haría cargo, y que el canon de alquiler pagado hasta entonces era excesivo. «*Por lo tanto* — concluía — *yo propongo la compra de la casa misma*».

La dirección de las *Convertite* aceptó la propuesta y encargó a Pagavini realizar una tasación justa del edificio, que fue fijada en 4.606,18 liras austriacas.

Naturalmente intervino esa... bendita burocracia. Entre otras cosas, la prefectura quiso saber de qué modo el Padre Filaferro afrontaría el pago. Él respondió que cedería un legado de 2.500 liras, destinado a favor de las niñas abandonadas por el Abad francés *Lodovico Maria Berruyer* [2], llegado como refugiado a Udine durante la revolución francesa, y que, por la parte restante, comprometía todos sus bienes e hipotecaba la casa a comprar.

El 15 de abril de 1832 se comunicaba la aprobación del Virrey a la «*venta sin subasta*» (es decir: venta directa); pero debió de surgir algún otro contratiempo, quizá de carácter local. El caso es que solo el 31 de octubre de 1833 el notario *Nicolò Cassacco* redactaba la escritura de compraventa, en casa del Canónigo Monseñor *Giuseppe Gallici*, Director de las *Convertite*, en presencia de *don* Pietro Benedetti y de *don* Pietro Comessatti como testigos.

El proyecto de la nueva casa

La antigua *casa Florenzis* medía entonces diecisiete metros a lo largo de la calle, tenía cinco metros sesenta de altura hasta el alero y ocho metros de profundidad hacia el huerto. Un pequeño nido, en comparación con las dimensiones actuales. El dormitorio para las huérfanas había sido habilitado en el granero (en el desván). Existía realmente la necesidad de ampliar los espacios. ¿Pero cuánto? ¿Pero cómo?

Nos han quedado dos proyectos: uno de realización muy sencilla, que se limitaba a dar una mejor forma a los edificios existentes; y otro de dibujo esmerado, redactado por un cierto Rossi, que en cambio preveía la demolición del edificio precedente y la construcción desde cero de un caserón, más de dos veces mayor en todas sus dimensiones.

El Padre Carlo y *don* Luigi habrán razonado largo tiempo sobre la decisión a tomar. Y se puede bien considerar que *don* Luigi, un poco por el entusiasmo de la juventud — tenía casi treinta años y su hermano cuarenta y ocho —, un poco por su carácter más decidido y valiente, debió de apoyar el proyecto de más amplio alcance. Tanto más cuanto que él mismo se habría hecho cargo del peso y la fatiga de la ejecución, ya que el Padre Carlo estaba sobradamente ocupado en la guía espiritual de sus numerosos penitentes.

[2] Nacido en 1764 en Contigny cerca de Bourg en la región de Lyon, venido a Udine, para vivir se había dedicado a la enseñanza del francés. Murió en 1825 a unos 62 años.

Se eligió, al final, el proyecto ejecutivo que lleva la firma del maestro albañil Marco Bernardis: cuarenta y ocho metros de fachada, catorce metros y medio de profundidad y tres plantas. Es más, se añadió después una planta de mansardas habitables, hasta alcanzar la altura de doce metros.

El 10 junio de 1834, recibido el dictamen favorable de la comisión de edificación de entonces, el *podestà* conde Colloredo concedía la autorización *(podestà: el alcalde municipal bajo el dominio austriaco*). Pero las obras ya habían comenzado. El primer golpe de pico se había dado el 30 de enero, que aquel año caía en jueves.

¿Por qué motivo precisamente el 30 de enero?

El día anterior, el 29, era la fiesta de san Francisco de Sales, la más solemne entre las que se celebraban en la *Iglesia de santa Maria Maddalena*. Un poco porque el Padre Carlo y *don* Luigi estaban fuertemente comprometidos en las tareas sacerdotales por aquella solemnidad, y sobre todo por poner la nueva casa bajo la protección del santo queridísimo para ambos, las obras se emprendieron al día siguiente.

Solo Dios sabe cuánto habrán rezado los dos hermanos y hecho rezar antes de ponerse a la obra. Y el 29 de enero fue enteramente una vigilia de santas y fervientes invocaciones. La casa nació, pues, de la oración y bajo la mirada benévola del santo Obispo de Ginebra.

¿Y cómo se las arreglaron con los gastos?

Lamentablemente, no nos ha quedado documentación alguna relativa a las obras. No poseemos una lista detallada de las salidas, ni conocemos los nombres de los donantes.

Todo lo que nos queda es una breve nota sobre los donativos voluntarios recaudados del 27 de agosto al 2 de septiembre de 1836 en la parroquia urbana de *san Quirino*, por un importe de 666,32 liras: nota firmada por el señor Giuseppe Cernazai [3] que fue su recaudador. Junto a esta, hay una lista específica por 1.705,29 liras de madera y ferretería, compradas en la tienda de la tía Rosa Lazzarini del 12 de junio de 1834 al 30 de diciembre de 1837; al pie de esta lista la tía Rosa escribió « *saldada* » el 20 de enero de 1854, apenas diez días antes de que muriera el Padre Carlo Filaferro.

En un memorial del Padre Carlo del 20 de marzo de 1841 leemos que « *el edificio costó 62.472,54 liras* » (y la precisión de la cifra hace pensar en una contabilidad meticulosa, como era costumbre en ambos hermanos); « *pero si se quiere* — observa el Padre Carlo — *considerar la atenta vigilancia de las obras, la previsora economía en la compra de los materiales, la oportunidad de su colocación, estoy persuadido de que una valoración técnica del local en el estado en que se encuentra superaría con mucho la suma efectivamente gastada* ».

En otro memorial no fechado, pero de poco después, dice:

[3] Nació en Udine en 1773 de familia rica y con orígenes probablemente magiares. Padre cristiano que dejó a sus hijos testimonio de caridad y de apostolado misionero, fue naturalista y agrónomo, recolector y clasificador de muestras minerales y de una colección de plantas sin flores (o sea criptógamas), se interesó por la mejora de la producción agrícola y escribió obras de carácter científico. Fue miembro asociado de la cámara de comercio de la región véneta y socio de la Accademia aquileiese agraria de Udine. (Cfr. M. TOLLER, Pietro Cernazai - Dall'Epistolario, Udine 1974, pp. 5-10).

« *Los métodos seguidos para recaudar estos fondos atestiguan claramente que esta obra es hija de la Providencia. Quitadas algunas donaciones de cuantía relevante, el todo fue casi enteramente fruto de dos loterías, de modestas contribuciones mensuales, del apoyo recibido de los campos vecinos y de algunos exiguos ingresos derivados de los talleres y de las actividades manufactureras... Y el aspecto que más pone de relieve la intervención de la Providencial* — añade con conmovedora humildad — *es la confianza que la gente ha depositado en dos sacerdotes privados de títulos o méritos evidentes que pudieran justificarla, entregando en sus manos y confiando a su gestión una suma tan relevante...* ».

Las suscripciones mensuales

Estamos, por el contrario, mejor informados sobre los « *pequeños donativos mensuales* ».

La construcción ya había llegado a la primera planta en julio de 1834 « *gracias a lo recaudado* — escribe el Padre Carlo — *de una apuesta entre particulares propuesta con tal fin, y a otra suma dejada por dos personas devotas* ».

El 17 de aquel mes el Padre Carlo hizo distribuir por la ciudad un llamamiento impreso suyo, citado íntegramente por Tinti; una hoja similar fue difundida el 24 de agosto de 1836.

En ambos se proponía este método: unos encargados recogerían, en libretas o en fichas, la suscripción voluntaria para un donativo diario no superior a diez céntimos — es decir, treinta y seis liras al año — y no inferior a dos. Posteriormente, « *otro encargado designado para ello* » pasaría mensualmente a cobrar las contribuciones.

Creemos que este « *otro encargado* » fue *don* Luigi, que ya se había ejercitado en la recaudación de limosnas; de ello sería confirmación el fragmento ya citado de Camillo Giussani.

Ciertamente no fue por las casas con las manos vacías. Para facilitar el gesto de caridad, habrá distribuido estampas sagradas, especialmente a los chavales. Nos parece obvio que precisamente para esta circunstancia se mandara imprimir un pequeño folleto sobre la limosna, reproducido también por Tinti, con el título: *Palabra de Dios en torno a la limosna*. En veinticuatro breves párrafos se citan las palabras de Jesús y de los apóstoles sobre el deber de la caridad.

Quizá, según la luz de la prudencia humana, habría parecido más oportuno y más eficaz un discurso concreto sobre la plaga de las niñas abandonadas o bien una explicación sobre la bondad de la obra que se pedía ayudar. Por ello, nos parece un signo muy indicativo del espíritu de los dos hermanos el hecho de que se hayan confiado únicamente a la santidad y a la potencia de la palabra divina.

P. Carlo Filaferro, hermanastro del P. Luigi; retrato de Autor desconocido.

Udine. Iglesia de san Antonio y palacio arzobispal; al lado la sede del antiguo seminario, hoy palacio del tribunal. Grabado del siglo XIX.

Las ofrendas de los campesinos

El Padre Carlo, en su memorial, alude además a « *ayudas de las zonas rurales* ».

Para este fin fueron ciertamente útiles las circulares que el Obispo Monseñor Lodi mandó en aquel tiempo — como las había mandado anteriormente —; el 9 de noviembre de 1836 envió una a todos los párrocos de la diócesis, y el 18 una segunda « *a cada clase de habitantes de la devota y regia ciudad de Udine* ». En ambas, sin embargo — puesto que para entonces las obras estaban ya casi terminadas —, Monseñor Lodi solicitaba sobre todo ofrendas en bienes materiales y provisiones para el mantenimiento de las huérfanas y el mobiliario de la casa. En la dirigida a los habitantes de Udine, tras haber dicho que la *Casa de las Derelitte* — a través de cien dificultades... florece actualmente, y se distingue como perenne testimonio del celo sacerdotal y de la incansable caridad de tantos buenos habitantes de Udine — recomienda sobre todo una suscripción anual para la cuota de una huérfana, calculada en ciento ochenta liras austriacas, o al menos « *por una mitad, un tercio, un cuarto, un quinto, y hasta la vigésima parte de tal importe* ».

El Padre Carlo mandó imprimir un impreso de recibo y de agradecimiento por las ofrendas enviadas por las parroquias. Y efectivamente llegaron de varias partes. Se distinguió particularmente *don* Della Rovere, Párroco de *Cussignacco*; y no fue menos el párroco de *Fagagna*. Se encuentran además anotaciones para *Dignano*, *Torre di Zuino* y *Flambro*.

Como sucede en casos semejantes, no debieron ser muchos los pueblos que respondieron espontáneamente. Muchas, en cambio, eran las necesidades. ¿Qué hacer entonces? « *Si Mahoma no va a la montaña, será la montaña la que irá a Mahoma* ». *Don* Luigi no lo dijo tal vez así, pero actuó de tal modo.

Cinco kilómetros al este de Udine corre — cuando corre, pues suele estar seco — el torrente *Torre*, la gran reserva de grava y de arena para la ciudad. ¡Quién sabe cuántas veces el joven Sacerdote habrá viajado a los pueblos cercanos, rogando a los numerosos transportistas y campesinos que le llevaran algún carro! Un gracias de corazón y el tradicional vaso de vino le habrán bastado, porque los humildes están siempre listos y son generosos ante las iniciativas de caridad. Especialmente entonces cuando, si bien había mucha más miseria que ahora, en compensación había mayor fe y desinterés.

Con el borriquito a través del *Friuli*

Pero no se contentó.

« *Él* — escribe Tinti — *siguiendo el ejemplo de santa Francisca Romana, salía y recorría la ciudad o los campos circundantes sobre un tosco carromato, guiando al asno, para recaudar de casa en casa ofrendas en dinero o en especie; y cuando se trataba de la obra, buscaba a quien ofreciera gratuitamente su propio trabajo o los materiales. Animaba a la buena gente del campo a socorrer a sus huérfanas, o como solía llamarlas graciosamente,* "*las inocentes almitas del Señor*", *para que, abandonadas en el mundo, no tuvieran que recorrer la vía del deshonor y de la ruina. Y aunque el caritativo Sacerdote Scrosoppi encontraba a menudo corazones generosos que le otorgaban limosnas o aceptaban prestar ayuda gratuita en las obras, no le faltaron frecuentes negativas, comportamientos groseros, hasta el punto de azuzarle el perro de guardia; desprecios que el humilde*

Ministro de Dios toleraba con alegría, llamándolos su querida recompensa, que le reportaría el cumplimiento de su santa empresa. »

Y no iba solo a los pueblos cercanos, sino a veces a quince o veinte o más kilómetros de Udine, y se veía obligado, naturalmente — con el medio de transporte que le servía (es decir: el asno) —, a pedir hospitalidad para pasar la noche en las casas parroquiales. Ni le azuzaron solo los perros.

« *Oí que el buen Padre* — narra sor Donata Cocetta [4] — *fue una vez con su asnillo a mi pueblo natal; y hubo una persona que, tras haberle insultado gravemente, dio una bofetada al venerado Padre. Y él sin inmutarse dijo: Sí, muchas gracias, esto me hace bien a mí; ahora os ruego por caridad algo para mis huerfanitas. Estas humildes pero firmes palabras vencieron a aquel individuo malvado, que no solo le dio una abundante limosna, sino que se convirtió al instante y llegó a ser después un ferviente católico.* »

¡Pobre sor Donata! Se comprende bien cómo ella se convirtiera después en una ferviente promotora de la devoción hacia el Padre Luigi, para reparar — decía ella — aquella bofetada. Por lo demás, no es difícil imaginar cuántas ofensas dirigieron a aquel joven Sacerdote que iba pidiendo limosna para unas pobres niñas. Le habrán gritado que se fuera a trabajar, en lugar de andar vagabundeando. Lo habrán cubierto de mofas más o menos malignas.

Él habrá tenido ciertamente en cuenta todas estas groserías antes de partir. Y cuando le tocó sufrirlas, seguramente las ofreció al Señor. Sin embargo, poseía un carácter bastante impetuoso y le habrá costado mucho aguantar en silencio. Si aquella experiencia benefició económicamente a la casa, sirvió también mucho para templarle a él en la paciencia y en la humildad.

Probablemente en estas excursiones caritativas *don* Luigi debió difundir ampliamente por el *Friuli* la devoción al santo de la Providencia, san Cayetano *da Thiene*. Y quizá se puede atribuir también a él el hecho de que en las familias del pueblo se difundiera una devota costumbre que duró hasta finales del siglo XIX.

Al atardecer, el cabeza de familia dirigía el rosario al trémulo resplandor de la leña en el hogar; y lo terminaba con esta invocación:

« *Oh gran san Cayetano, proveednos el pan para hoy y para mañana.* »

Olvidemos por un momento toda finura devota o romántica e imaginémonos de forma realista a Scrosoppi en aquel carro, por los caminos de aquel tiempo, mientras incita al asno que de vez en cuando hace de las suyas y lanza al aire sus sonoros rebuznos. Y permitid, por favor, que dediquemos un pensamiento afectuoso al ignorado compañero de aquellas aventuras de caridad.

---

[4] Cocetta Bianca (sor Maria Donata di Rosa Mistica) nacida en Gris (Udine) el 13 de septiembre de 1903, entró en la congregación el 3 de mayo de 1922, vistió el hábito el 3 de mayo de 1923, profesó el 7 de mayo de 1924, murió en Cormons el 28 de junio de 1976.

Una querida y buena campesina

En aquel deambular suyo para recaudar donativos, *don* Luigi no obtuvo solo sacos de grano, huevos, gallinas o salchichones, ni siquiera solo grava y vigas, sino que obtuvo también una espléndida vocación.

Un día se encontró en *Buia* y fue blanco de pesados insultos. Se quedó casi aturdido por ellos. Pero precisamente allí encontró a una joven que, enfrentándose con vigor campesino a quienes ofendían a aquel pobre Cura, saltó al calesa, tomó las riendas del asnillo y guio a *don* Luigi en la continuación de la colecta. Es más, en aquel momento o poco después, se trasladó a Udine y se convirtió en una de las primeras nueve Hermanas, fundadoras de la congregación.

Se llamaba Orsola Baldasso [5] y había nacido en *Buja* el 2 de enero de 1808. Tinti escribe de ella:

«*Se consideraba la borrica del convento. A los ojos del mundo aparecía como una pobre ignorante, pero no era así ante Dios, que le concedía dones especiales. Aunque no había aprendido a leer, se dice que, instruida por la misma Madre divina, rezaba cada día el oficio de la Bienaventurada Virgen. Incansable en el trabajo, era insaciable de sacrificios. Fue vista varias veces beber el agua donde se habían lavado los platos. Tras haber trabajado en las tareas más humildes todo el día, pasaba las noches enteras ante el Santísimo Sacramento y luego, con energía, empezaba de nuevo a trabajar. Se prestaba incluso como ayudante para los albañiles del instituto y, aunque murió el 7 de mayo de 1852 precisamente durante el trabajo, afirmó al venerado Fundador haber visto ya terminados tanto la iglesia como el coro, describiéndole cada detalle tal como es actualmente. Su preciosa muerte fue el eco fiel de una vida santa y, en el momento de expirar, entonó un alegre canto a la Virgen María santísima.*»

Sor Giacinta De Monte, casi paisana suya porque era de la vecina *Artegna*, afirmó que murió en fama de gran santidad. Viene al caso recordar la espléndida máxima:

«*Los ignorantes se levantarán y conquistarán el reino de Dios.*»

Don Luigi peón

Junto a las santas iniciativas para recaudar dinero y materiales, los dos celosos hermanos unían una escrupulosa atención para que todo fuera utilizado de la mejor manera. Para ambos, cualquier cosa que hubiera sido ofrecida por la caridad se volvía sagrada. Y he aquí que se dedican, como escribe el Padre Carlo, a la «*escrupulosa vigilancia de las obras.*» Una tarea que recayó sobre todo en *don* Luigi, quien tuvo modo de poner en práctica su carácter extremadamente concreto y atento al ahorro.

Él, sin embargo, no se contentaba con controlar, sino que ofrecía materialmente su brazo. ¿Había que descargar material a su llegada? ¿Había que preparar la mezcla de cemento? ¿No bastaban los ayudantes para abastecer a los albañiles? *don* Luigi tenía ojo para todo.

---

[5] Baldasso Orsola (sor Maria Orsola, conversa) perteneció al grupo de las nueve jóvenes que el 1-2-1837 fijaron su residencia estable en la *Casa de las Derelitte*, dando así un primer inicio a la congregación de las Hermanas de la Providencia. Vistió el hábito y profesó los votos en la Navidad de 1845, murió el 7-5-1852. Erróneamente en los registros de la congregación su apellido se indica como Baldassi o Baldassar.

¡Aquella pobre sotana sucia de barro y desgarrada! Y, con su educación fundada en la oración y en el trabajo, y orientada a formar a las huérfanas como mujeres trabajadoras, organizaba a las muchachas y a sus asistentes para que prestaran alguna ayuda. Se ha visto, de hecho, cómo sor Orsola Baldasso «*se prestaba incluso como ayudante de albañil.*»

En este método continuará siempre. Sor Giacinta De Monte, entrada en la congregación el 15 de julio de 1846, hablaba de este modo del extraordinario período de formación — es decir: el noviciado — que le hizo realizar el Fundador: «*Escucha, Angela, escucha* — le había dicho — *yo no tengo una maestra que asignarte para que seas guiada y alentada; seré yo tu maestro.*» «*Y de hecho* — continúa sor Giacinta con una punta de agradable ironía — *el Padre Luigi sabía desempeñar muy bien su tarea. Ahora me mandaba al huerto a arrancar la hierba, ahora a ayudar a los albañiles en la construcción del coro; y en aquel lugar el querido Padre me transformaba en un nuevo peón de albañil y me ordenaba que les pasara los ladrillos u otra cosa.*»

A este propósito deseamos contar un agradable episodio que se refiere, sin embargo, a varios años más tarde. En la *Casa de las Derelitte* trabajó durante mucho tiempo como albañil un cierto Giovanni Battista Marangone de *Santa Maria di Sclaunicco*. Él mismo contaba, hacia los noventa años de edad, que alguna vez le pasaba que tenía que alzar la voz para que alguien acudiera a traerle el material o a echarle una mano. Las Hermanas, quizá ocupadas en otras tareas, no siempre estaban listas. Y él, cuando tardaban, golpeaba con el martillo en el muro diciendo: «*¡Respóndeme al menos tú!*» Pero si estaba presente el Padre Luigi, añadía, aquel acudía inmediatamente.

La muerte de la mamá

Las obras prosiguieron también durante 1836, a pesar del fragor de una nueva epidemia de cólera. La epidemia se inició en los primeros días de junio y se prolongó hasta principios de septiembre. En su llamamiento del 24 de agosto de 1836, el Padre Carlo había declarado, entre otras cosas:

« *Si vosotros, excelentes ciudadanos de Udine, lo queréis, la Casa de las Derelitte dentro de tres meses, y por tanto antes del inicio del rígido invierno, estará en condiciones de poder acoger a cerca de un centenar de huérfanas a causa del cólera.* »

Habría mantenido ciertamente la promesa, si la familia Scrosoppi no hubiera sido golpeada por un grave luto.

El 8 de enero de 1837, a las dos de la tarde, moría a la edad de 74 años mamá Antonia. Los registros del *Duomo* de Udine refieren que ella fue entonces sepultada en la tumba de su familia. En aquel tiempo estaba aún en fase de construcción la gran columnata para las sepulturas familiares. El 14 de febrero de 1844 sus restos mortales serán trasladados a la tumba que había mandado construir la Condesa Clementina Porcia, donde, respectivamente siete y diez años después, la alcanzarán su marido y el Padre Carlo. La buena señora había vivido, pues, lo suficiente para ver completada la casa construida por sus dos hijos; no tuvo, en cambio, la alegría de estar presente en la inauguración.

No sabemos nada de los detalles de su muerte, pero no es difícil imaginarla confortada y sostenida por la presencia constante de los tres hijos Sacerdotes, prestos a cada necesidad suya, arrodillados alrededor del lecho de la madre moribunda. Sin duda, la preocupación por la enfermedad de la madre y el dolor por su pérdida retrasaron por algún tiempo la apertura del nuevo instituto.

La inauguración de la casa

De los registros compilados más tarde por el Padre Luigi, resulta que las maestras y las primeras huérfanas se establecieron en la nueva casa el martes 1 de febrero de 1837. Quizá aquel mismo día, o más probablemente al día siguiente, con ocasión de la fiesta de la "*Madonna della Candelora"* (es decir: la Candelaria), se procedió a la bendición de los locales. Casi nos parece verlos, al Padre Carlo y a *don* Luigi, junto a las nueve « *maestre* » (maestras) y al pequeño grupo de huérfanas, recorrer con las velas encendidas los pasillos y las habitaciones, recitando la fórmula litúrgica y entonando himnos sagrados.

Sin embargo, la ceremonia solemne de la inauguración debió de celebrarse un poco más tarde, puesto que el 1 de febrero fueron acogidas solo cuatro niñas, treinta el 4 de febrero y doce el 1 de marzo. No es improbable que la ceremonia se pospusiera para después de Pascua, que aquel año caía el 26 de marzo. Tampoco de esta solemne circunstancia nos ha quedado detalle alguno, salvo el discurso oficial, del que se conserva una copia en la biblioteca del seminario arzobispal de Udine.

Udine. Vista de conjunto de la originaria Casa de las *Derelitte*

Un cirujano simpático

Vivía entonces en Udine una figura singular de cirujano, el doctor Giacomo Zambelli. A su muerte se dijo de él:

« *Tuvo una verdadera devoción por todo lo que era bueno, noble y alto. Amó a la patria con afecto profundo, adoró a la familia; buscó siempre hacer el bien; fue laborioso y atento al ahorro, no tanto para sí cuanto para sus amadísimos hijos; cultivó con constancia su propia mente, tanto que se distinguió tanto en la medicina como en la literatura. El divino poema del Alighieri fue su estudio continuo, su consuelo, un gran amor suyo...* » [6].

La necrología no miente.. Fue en efecto un patriota sincero que frecuentaba el célebre círculo secreto de la *taberna Pletti*, donde mantenía encuentros con emisarios políticos procedentes de otras regiones de Italia; escribió además algunos tratados de medicina y de estudios dantescos, además de numerosos artículos.

Pero fue sobre todo un hombre de gran corazón y de vivísimo interés por los problemas sociales. Baste decir que eligió hacerse encerrar durante algún tiempo en la cárcel, con el fin de estudiar la psicología de los detenidos y los métodos carcelarios entonces vigentes. En 1846, con ocasión de la entrada en Udine del nuevo Arzobispo Monseñor *Zaccaria Bricito*, le presentó una memoria suya, muy importante y que sería útil leer aún hoy, en la cual sugería un método de visitas a domicilio para los pobres, a fin de socorrer la miseria y favorecer su rescate moral y civil.

Ligadísimo al Padre Carlo y a *don* Luigi, prestaba ya desde hacía años su obra de médico cirujano en la vieja casita inicial.

A él los dos fundadores confiaron el encargo de pronunciar el discurso inaugural. El hecho de que fuera un tipo un poco excéntrico, bastante emotivo y enfático, y que utilice un estilo artificioso y rebuscado, no quita nada, a nuestro juicio, al valor de su exposición; esta sigue siendo un precioso documento de las condiciones sociales de aquella época. Lamentamos que, por evidentes necesidades de brevedad, no sea posible reproducir el texto íntegro.

Zambelli relata haber pronunciado el discurso ante muchas « *mujeres ilustres y gentiles, que se dignaron hacerme tan graciosa y envidiada corona* » y ante muchos « *honorables señores* ». Sin embargo, cuando el Padre Carlo y *don* Luigi le dirigieron la honorable invitación, debieron recomendarle que no hablara de ellos, pues el texto contiene solo dos breves alusiones a los dos celosos Sacerdotes, sin siquiera mencionar su nombre. « *No será pues tarea mía* — dice — *entretejer coronas de alabanzas para esos generosos que, exponiéndose al querer de tantas pasiones, a la dureza de tantos rechazos, a la prueba de tantas oposiciones, inflamados por una caridad imparable, construían un refugio donde encontrara finalmente amparo la inocencia pobre, despreciada, asediada u ofendida por los malvados* ».

---

[6] Il Giornale di Udine, 3 de marzo de 1879. Zambelli, nacido en Udine en 1800, se distinguió por su capacidad y compromiso en su profesión y en los cargos públicos; demostró un celo singular en las epidemias de cólera de 1836 y 1855. Amante de todo progreso de las ciencias médicas, prefirió la higiene y sobre esta escribió artículos utilísimos; dos libros suyos, el Catechismo della buona Madre y Memorie sulla pellagra fueron apreciados por higienistas italianos. Fue uno de los « institutores del Asilo infantil de Udine, al que amó siempre con especial afecto y ayudó con el consejo y la asistencia médica ». Murió en Udine el 1 de marzo de 1879.

Son palabras más que claras para aludir a las notables dificultades encontradas por los dos hermanos; y es evidente que los bocados más amargos — es decir: los rechazos y las hostilidades — debió soportarlos precisamente nuestro *don* Luigi durante sus colectas de limosna de casa en casa. Dos páginas más adelante, Zambelli recuerda aún a « *aquellos benditos que pusieron las primeras piedras del refugio hospitalario y con tantos cuidados, con tanto amor lo ayudaron, alentando en todos vosotros el deseo de ayudarlos, para que la culminación de esta obra no esté confiada solamente a sus escasas fuerzas* ».

El discurso contiene pasajes muy conmovedores sobre las huérfanas internas de la casa y sobre las « *externas que vosotros veis en larga fila encaminarse alegres cada día a la morada hospitalaria* », aportando su testimonio de médico sobre los resultados positivos ya alcanzados. Él dedica nada menos que siete páginas a refutar cuatro objeciones planteadas contra la obra y sus promotores.

Hacia el final, dirige un ferviente llamamiento a las damas de la ciudad, « *a vosotros también estudiosos de las letras, a vosotros estudiantes de las bellas artes* », para que sostengan « *esta pobre familia* ». Finalmente, cierra con el relato romántico de la enfermedad y muerte, ocurrida en el hospital de la ciudad, de una niña de trece años víctima de la corrupción y de una grave infección — es decir: una gangrena facial sifilítica —, asistida por él con amor. Precisamente a ella el buen cirujano dirige la invocación final:

« *¡Oh! desde lo alto de los Cielos, donde tú, pequeña nueva angelita, resides, feliz por los gozos del mundo celestial, vuelve hacia mí y hacia estos hombres una mirada que nos aconseje amar bien y obrar bien, y ruega por nosotros al Padre eterno, para que encienda en todos nosotros el deseo de salvar la inocencia, y no sea en absoluto vano cuanto en este día memorable yo he dicho y rogado* ».

¿No era acaso un deber rendir homenaje a Zambelli con estas líneas?

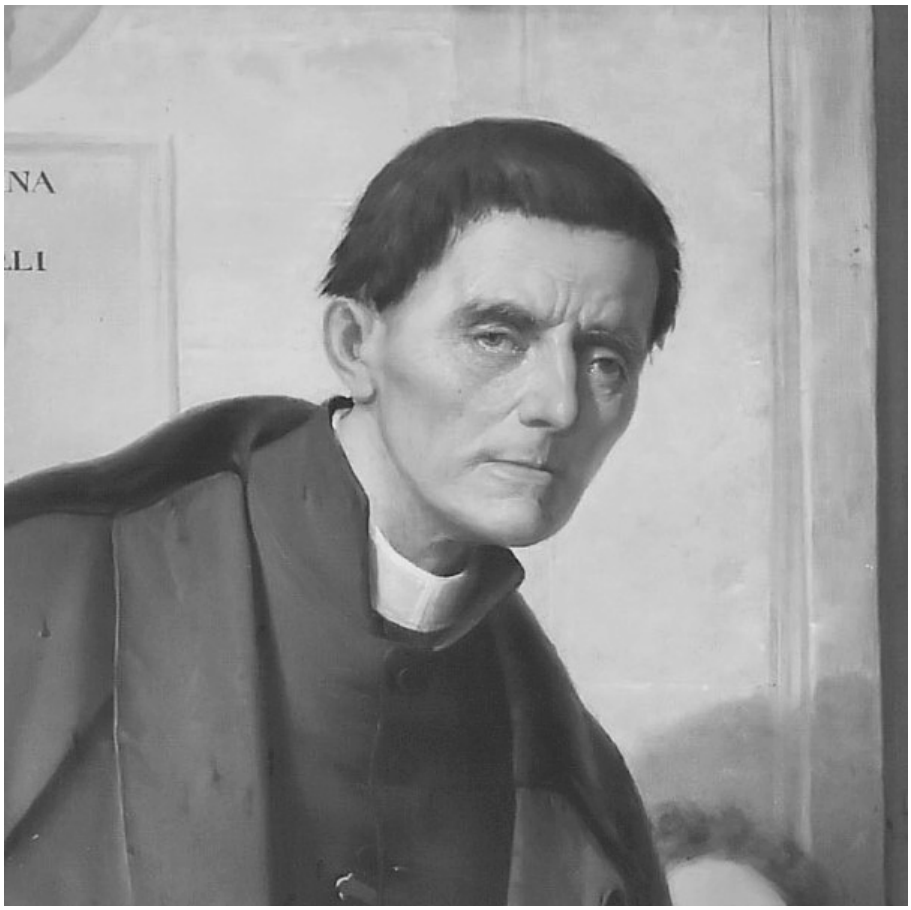
Don Luigi ¿de viaje?

La audacia en la caridad del Padre Carlo y de *don* Luigi tuvo también esta ventaja: encendió en otras almas generosas un santo deseo de realizar obras buenas. *Don* Francesco Tomadini [7] se sintió impulsado a hacer lo mismo por los niños que quedaron huérfanos a causa del cólera y abrió con este fin el instituto que hoy lleva su nombre. Otros ciudadanos, entre ellos los dos hermanos Venerio [8], se sintieron alentados a promover aquella *Casa de Invalidez y Vejez* que surgió en 1846, de la cual habla ya Zambelli en su discurso. El propio Zambelli alude al hecho de que « *algunos* » entre los promotores de la *Casa de las Derelitte*

[7] Udinense (1782-1862) de familia acomodada. Dirigió durante casi 50 años la iglesita del Cristo por él restaurada; fue artífice del regreso de los Capuchinos a Udine. Tras el cólera de 1836 dedicó todo su ser a los huérfanos para los cuales fundó en 1856 un instituto que tomó su nombre. Fue elegido canónigo de la catedral, obtuvo la condecoración de caballero. Sacerdote insigne por su santidad, brilló en él sobre todo la caridad no solo para los huérfanos sino hacia todos los necesitados. (Cfr. L. BELLINA-I. DONATO, Il Tomadini e la sua opera, Udine 1957, pp. 1-54).

[8] Girolamo (1778-1844) y Antonio (1783-1857) udineses, de honesta y rica familia; el primero fue un excelente meteorólogo cuyas grabaciones de 40 años llevaron a la publicación de las « Observaciones », por parte de su discípulo G.B. Bassi; el segundo se dedicó a la familia y a la administración de los bienes. Religiosos y caritativos, beneficiaron a todas las obras pías de la ciudad; en la práctica pueden ser considerados los fundadores de la casa de reposo. Tienen un lugar insigne en la historia de la beneficencia en el Friuli. (Cfr. GB. BASSI, Elogio di Girolamo Venerio, Udine 1844, pp. 32; V. LICCARO, Elogio funebre di A. Venerio udincse, Udine 1857, pp. 28).

realizarían pronto un viaje para visitar las obras de Ferrante Aporti [9], el célebre fundador de los asilos infantiles. El asilo, de hecho, surgirá en Udine al año siguiente.



Don Francesco Tomadini, Sacerdote diocesano (1782-1862), fue un colaborador tan estrecho del Padre Luigi que era considerado parte integrante de la "*familia*" oratoriana de santa Maria Maddalena. Mientras Luigi se ocupaba de las huérfanas, Francesco Tomadini era el brazo operativo para la asistencia a los muchachos y era llamado: el obrero de la Caridad.

Entre aquellos « *algunos* » estuvo ciertamente *don* Pietro Benedetti [10], fundador y animador del asilo durante treinta años, el cual estaba fraternalmente cercano a los dos

[9] Nacido en S. Martino dell'Argine (Mantua) en 1791, Sacerdote, fue profesor de Sagrada Escritura en el seminario de Cremona, director de las escuelas elementales, fundador en 1827 del primer asilo infantil, cuya erección fue permitida en el Lombardo-Veneto. Sospechoso para Austria por ser demasiado popular y amante de las novedades, se exilió en Turín donde su iniciativa tuvo gran desarrollo; profesor de pedagogía en la universidad, fue nombrado senador, y recibió el aplauso de admiradores extranjeros. Murió en 1857. (Cfr. A. BENEDETTI, Commemorazione aportiana, Udine 1927, pp. 8-12).

[10] Nacido en Oltris di Ampezzo (Udine) en 1790, fue catequista en el gimnasio de Udine y vivió siempre en la esfera de los filippini: prestó servicio en su iglesia hasta la incautación, sucedió al Padre Filaferro como Rector y Prepósito de la congregación a reconstruir. « De ingenio despierto y prontísimo... fue un alma ardiente de sacerdote fidelísimo y de apóstol infatigable. Fuerte y franco de carácter, luchó contra el josefismo bajo los austriacos y contra el antipapismo después, mereciendo la tacha de iliberal ». Como fundador del asilo sufrió por « contradicciones, mofas y juicios erróneos; sin embargo continuó en su obra de caridad, tanto que pudo ser llamado el segundo padre de los niños pobres ». Murió en 1869. (G. BIASUTTI, Sacerdoti distinti dell'arcidiocesi di Udine defunti dal 1836 al 1884, Udine 1958, pp. 10-11).

fundadores. Pero todo lleva a considerar que, junto a él, también el Padre Carlo y *don* Luigi se desplazaron de Udine.

Quizá fue *don* Luigi quien partió. Es agradable imaginar que el Padre Carlo le haya impulsado a concederse un breve descanso tras las grandes fatigas afrontadas para la construcción de la casa. Quizá le envió para que buscara personalmente convencer a la Hermana Angela Bragato, Superiora General de las Canosianas, de hacerse cargo de la obra. Él ya había estado en *Verona* varias veces con este fin, la última vez en el otoño de 1835.

De este hipotético viaje de Scrosoppi no tenemos sin embargo ningún indicio cierto. Ni, si efectivamente lo realizó, obtuvo un resultado mejor. Al contrario, se convenció una vez más, concreto y confiado como era, de que era preferible proceder con esfuerzo con las propias fuerzas, en lugar de soñar con confiarse a instituciones externas.

Decidió confiar la obra, pues, a aquellas nueve criaturas reunidas de modo fortuito (es decir: un grupo heterogéneo de mujeres humildes), que la Providencia había enviado a la casa.

Obstáculos burocráticos

Cuando, tras la anexión del *Friuli* al Reino de Italia en 1866, el consejo municipal de Udine, la administración provincial y el Ministerio del Interior buscaron por todos los medios transformar la casa en « *ente morale* » (es decir: una personalidad jurídica de utilidad pública), y el Padre Luigi opuso una resistencia que podríamos definir como atormentada y obstinada, hubo quien le dirigió esta objeción: ¿por qué os oponéis tanto hoy, bajo el Reino de Italia, mientras que antaño, bajo el Imperio Austriaco, aceptabais medallas del Emperador y pedíais reconocimientos legales a su gobierno?

La maldad de tal crítica era demasiado palmaria. En un clima de exasperado anticlericalismo, con el fin de humillar al clero y poner en duda su honor, se lanzaba contra los Sacerdotes la fácil y absurda acusación de partidismo hacia Austria.

Más que maliciosa, la objeción, en nuestro caso, era fundamentalmente falsa. El Padre Luigi habría podido responder: ¡no es verdad! Siempre nos hemos esmerado por obtener la máxima libertad cristiana. Precisamente bajo Austria hicimos esfuerzos enormes para que la casa fuera declarada « *privada y exenta* ». Y, aunque con cortesía, respondió efectivamente así, para quien quiso entender, en su declaración introductoria al *Estatuto de la Casa Secular de las Derelitte en Udine* de 1880.

No queremos ciertamente afirmar — pero tampoco negar — que en la oposición del Padre Carlo y de *don* Luigi a la interferencia gubernamental austriaca hubiera también una motivación patriótica, ya que ambos eran claramente cercanos a lo que sería llamado el movimiento neogüelfo (es decir: corriente política católica partidaria de una confederación italiana presidida por el papa).

Los motivos principales derivaban del principio teológico y jurídico de la libertad religiosa y del rechazo al josefinismo (es decir: la intromisión del Estado en los asuntos eclesiásticos). Ya se tratara de la República Veneciana o del Imperio Austriaco o de

cualquier otro gobierno, la cuestión tenía solo una importancia secundaria. Lo que importaba era que ningún gobierno obstaculizara la libre iniciativa de la caridad cristiana.

A esto se añadía la motivación psicológica de la difundida desconfianza pública hacia la excesiva intromisión de la burocracia.

Había, sin embargo, dos puntos de principio en los que parecía que el gobierno tenía buenas razones.

Uno era la exigencia de que cada instituto proporcionara garantías, en el plano administrativo, de su propia vitalidad y capacidad de mantenerse. En esta materia la burocracia austriaca era extremadamente meticulosa. Pero ¿cómo podía proporcionar tales garantías un instituto que vivía solo de limosnas? ¿Cómo podía aceptar ese criterio quien se confiaba principalmente a la Providencia? La Providencia no podía ciertamente ser registrada en los archivos de la policía.

El otro punto era la voluntad del gobierno de controlar los programas de enseñanza, los métodos educativos y disciplinarios, los títulos de estudio de las maestras y las condiciones higiénicas de los institutos. Con este fin se emanaban leyes y se fundaban instituciones modelo. Sin embargo, tanto las leyes como aquellas instituciones tenían un carácter esquemático y abstracto, que mal se adaptaba a las diversas realidades locales. A veces exigían, tal vez, un nivel de perfección que no era posible implementar en todas partes. ¿No era acaso más sabio — pensaban los dos fundadores — permitir que se hiciera ese poco que se podía concretamente realizar?

En conclusión, el Padre Carlo y *don* Luigi debían considerar que en el campo educativo la intervención de emperadores y reyes, del gobierno y de las autoridades era grata si se manifestaba en financiaciones concretas. En cambio, solía agotarse solo en documentos de papel, llenos de indagaciones y de condiciones, a las cuales era fatigoso o incluso imposible responder de modo positivo.

Ahorramos aquí la tediosa lista de tales trabas burocráticas. Hay que recordar, sin embargo, una que arriesgó hacer cesar la obra antes incluso de que la casa estuviera terminada.

Una nota gubernamental del 27 de septiembre de 1836 ponía dos condiciones limitativas: que en el nuevo instituto se acogiera exclusivamente a las huérfanas a causa del cólera y que estas no tuvieran una edad superior a los doce años.

¡Pero cómo es posible!

Admitamos la precedencia a las huérfanas del cólera. ¿Pero no podía haber niñas necesitadas de acogida también por otros infortunios? Y, una vez terminados los efectos de la epidemia, ¿se debía quizá cerrar el instituto? ¿Para qué servía haber construido un edificio tan grande? Además, si tenían más de doce años, ¿se debía cerrarles la puerta y dejarlas en los peligros? Y, una vez alcanzada esa edad, ¿había quizá que ponerlas en medio de la calle?

Aquí ocurrió un hecho curioso, que merece ser contado.

El 28 de enero de 1837 el Obispo Monseñor Lodi — en calidad de presidente de la comisión de beneficencia — escribía una carta severa al señor *Giovanni Battista Fabris*,

miembro de la comisión misma, que había sido encargado de verificar, junto a los Párrocos de la ciudad, el número y las condiciones de las niñas a acoger en las *Derelitte*: si se acogían — decía — huérfanas no a causa del cólera o de edad superior a los doce años, debían ser expulsadas, y el gasto del período de acogida sería cargado a quien hubiera colaborado en el engaño.

El aspecto irónico reside en el hecho de que la limitación de edad impuesta por el gobierno no fue respetada en absoluto. El propio Monseñor Lodi, quien en apariencia se había mostrado muy rígido, había hecho acoger el 15 de enero a una muchacha de dieciséis años y se había comprometido a pagar su manutención, entregando 90 liras por un semestre anticipado. Otras dos huérfanas, una de las cuales señalada por el Conde Pietro Mattioli, tenían dieciséis años. E incluso entre las cuarenta y dos acogidas a cargo de la comisión de pública beneficencia había nada menos que once que superaban la edad oficialmente permitida. Se comprende bien que se fingía obedecer las normas burocráticas, pero luego se buscaba hacer el bien que las circunstancias requerían.

Los dos fundadores, sin embargo, encontraban cada día obstáculos que los empujaban a buscar la exención de los sofocantes controles gubernamentales. Y finalmente llegó para ellos la ocasión adecuada para obtenerla.

La visita de la Emperatriz

El 6 de septiembre de 1838 fue coronado rey del *Lombardo-Veneto* Fernando I, quien desde 1835 había sucedido a Francisco I en el trono imperial de Austria. En parte porque entraba en la costumbre en similares circunstancias, en parte para calmar las tensiones ocultas, el nuevo Emperador fue generoso en concesiones y honores. Al propio Padre Carlo, en calidad de fundador y director de la *Casa de las Derelitte*, se le confirió la « *medalla de oro mediana con cinta* » al mérito civil.

El 19 de octubre la corte llegó a Udine. El día 20, mientras el Emperador visitaba el seminario, el hospital de la ciudad y el monte de piedad, la Emperatriz acudía a algunos institutos femeninos, entre ellos la *Casa de las Derelitte*. La Emperatriz era María Ana (Ana María Carolina Pía) de Saboya, hija de Víctor Manuel I y hermana de la devotísima María Cristina, esposa de Fernando II, rey de las Dos Sicilias.

Para tal ocasión *don* Francesco Fantoni preparó dos composiciones de seis versos que quizá fueron cantadas. Incluso *don* Luigi compuso cuatro cuartetas, que habrán sido recitadas por alguna pequeña asilada. Helas aquí:

« *¡Oh! ¡maravilla! el humilde refugio de las huerfanitas honra a la Emperatriz, y con ellas se muestra afable. La ternura y el gozo que nos nacen en el pecho, ¿nuestro grato afecto quién podrá jamás expresar?*

Augusta, que haces de la piedad tu gloria, ah, tú serás siempre nuestra esperanza y nuestro amor. Señor, conserva en nosotros una tan bella imagen de ti: Señor, colma el corazón de Augusta con tus dones. »

Y el Padre Carlo dirigía a la soberana un discurso de saludo, invitándola a inspeccionar también las escuelas: « *quizá* — decía — *viendo las actividades que la caridad cristiana*

sabe idear y realizar en beneficio de las huerfanitas, vuestro corazón materno sentirá un nuevo complacencia. »

Pero lo que se deseaba realmente como fruto de la visita aparece claramente en la súplica que fue presentada a la Emperatriz, para que la apoyara ante el Emperador. Estaba firmada por el Obispo, el Podestá, los protectores y las protectoras de la casa y los dos fundadores. En ella se pedía — citamos algunas frases — que el Emperador « *con decreto en fecha de este día quiera reconocer y aprobar con la máxima benevolencia este establecimiento privado, del cual presentamos con respeto el estatuto, autorizándolo por gracia a gestionarse autónomamente con la exención de la dependencia de la autoridad de tutela, y a realizar dentro de los términos legales adquisiciones de toda suerte, también por donaciones inter vivos o mortis causa (es decir: por herencia), tal como cualquier individuo privado.* »

Que se esperara obtener un decreto semejante inmediatamente « *en fecha de este día* », puede parecer una gran ingenuidad. Es evidente, sin embargo, que se quería saltar a la burocracia, de la cual no se esperaba ningún favor. En cualquier caso, el lector comprende por sí mismo el espíritu de la petición y puede juzgar si fue honesto acusarla, unos treinta años después, de ser un servil mendigar reconocimientos legales.

La Emperatriz hizo a la casa una donación de novecientas liras. Pero la súplica debió seguir, como era previsible, el obligatorio trámite burocrático. El asunto se alargó. Sin embargo, tanto por el alto patrocinio de la buena Emperatriz como por el apoyo constante de un Monseñor de corte, el 6 de julio de 1839 una resolución soberana acogía en buena parte la petición de los dos fundadores y sancionaba la existencia legal de la casa como « *instituto privado y exento* »; la burocracia obtuvo sin embargo su parte con el nombramiento de un comisario gubernamental, ocurrido el 5 de noviembre de 1839, en la persona del Conde Fabio *di Colloredo* [(11)].

Tal nombramiento fue, al contrario, un trago amargo para los dos hermanos. El Padre Carlo buscó definir sus competencias en un sentido muy limitado, pero al final se resignó. *Don* Luigi no se adaptó a ello en absoluto.

No tenemos muchas noticias sobre cómo el Conde *Colloredo* desempeñó su cargo; nos queda solo una carta del 8 de marzo de 1847, de tono bastante autoritario, en la que da disposiciones relativas a la salud de las asiladas. Es sin embargo del todo significativo que presentara la dimisión « *por motivos de salud* » inmediatamente después de la muerte del Padre Carlo. La prefectura provincial tuvo entonces la sabiduría de sustituirlo, el 5 de febrero de 1854, por el Conde Federico Trento [(12)], que será un devoto colaborador — más que un controlador — del Padre Luigi hasta su muerte.

---

[11] Era descendiente de una antigua familia feudal trasplantada al Friuli en la primera mitad del siglo XII. Esta, mediante inversiones y rentas, a principios del siglo XIV erigió el castillo en la villa de Colloredo, de donde tomaron nombre los descendientes, divididos en tres líneas, llamadas por sus progenitores línea de Asquino, de Vicardo y de Bernardo. El conde Fabio, de la línea de Vicardo, nació en Colloredo di Monte Albano en 1777, fue chambelán, *podestá* de Udine y allí murió en 1855. (Genealogías, Fondo A. Joppi, Bibl. Com. Udine).

[12] Nació en Udine en 1806, descendiente de familia de la Val di Non en el Trentino, de donde derivó el apellido y que a finales del siglo XVIII obtuvo la jurisdicción de Masarota cerca de Dolegnano y el título nobiliario. Desempeñó con indiscutida probidad varios cargos bajo los dos gobiernos, austriaco e italiano, retirándose a la vida privada cuando vio instaurarse un nuevo orden de cosas contrario a la religión y al papado. Sostuvo siempre los institutos de beneficencia

Retrato del Conde Federico Trento, comisario
gubernamental y gran sostenedor de las obras del Padre Luigi

Udine. Fachada externa del actual colegio Provvidenza que conserva la misma estructura
de la Casa de las *Derelitte* inaugurada en 1837

de la ciudad; a su muerte, ocurrida en 1885, toda la prensa de la ciudad habló de él con estima y respeto. (Ibíd.; dr. F. BLASICH, Note Cronologiche Ecclesiastiche, ms., p. 259).

Capítulo 3

UNA PARADA DENTRO DE LA NUEVA CASA DE LAS *DERELITTE*

Organización y fines de la Casa de las *Derelitte*

Se ha dicho que el Padre Carlo habría querido abrir la nueva casa en octubre o noviembre de 1836. Por este motivo debió de redactar ya desde entonces aquel *Reglamento para la casa privada de las Derelitte*, que — tal vez con alguna modificación — fue presentado a la Emperatriz durante su visita el 20 de octubre de 1838 y posteriormente impreso en 1840.

He aquí la estructura y los objetivos de la obra según dicho reglamento. La casa disponía de una « *dirección interna* », compuesta por la Superiora y por cuatro hermanas llamadas « *ancianas* ». La « *dirección externa* », en cambio, estaba constituida por el Presidente — que por estatuto debía ser el Obispo de la diócesis —, por el Vicepresidente — por estatuto el Alcalde (*podestà*) de Udine —, por el Secretario y por seis protectores y seis protectoras: estos últimos debían ser sustituidos en parte cada dos años. Sin embargo, la guía y la responsabilidad de la casa estaban confiadas principalmente a dos Sacerdotes: el Director, nombrado por el Obispo, y el Vicedirector, elegido por el Director y confirmado por el Obispo en su calidad de Presidente.

En la primera mitad del siglo XIX, la plaga de los niños y de las niñas de la calle representaba una herida abierta para la ciudad de Udine, ante la cual la Iglesia local no podía permanecer indiferente. Respuestas concretas a esta emergencia fueron ofrecidas primero por los Padres filippini, que se dedicaron a la asistencia de las niñas, y más tarde por don Francesco Tomadini, que orientó su labor hacia los niños.

A nosotros, sin embargo, nos interesa sobre todo cuanto se establece respecto al fin, a la educación y a la disciplina de las alumnas. De este modo podremos hacernos una idea bastante precisa de cómo se vivía en el interior de la casa. Citamos algunos pasajes, poniendo de relieve las frases que definen al instituto:

« *Recoger a las pobres niñas huérfanas y abandonadas, o hijas de padres paupérrimos e ignorantes, o bien descuidadas y encaminadas al vicio para sustraerlas del mal camino; educarlas y hacerlas idóneas para el servicio en honestas familias; o para el matrimonio con buenos artesanos; o para llegar a ser ellas mismas educadoras de otras jóvenes en dificultad, es el fin general del instituto* ».

Las « *internas* » (alumnas residentes) son descritas de este modo:

« *Las más pobres y totalmente abandonadas son educadas y mantenidas enteramente a expensas de la casa, de la que se convierten en hijas, y no salen de ella sino tras haber completado la educación y haber recibido una colocación* ».

Respecto a las « *externas* » (alumnas de día), se lee:

« *Aquellas niñas que, aun siendo pobres, tienen a sus padres y que, por haberse alcanzado el número máximo de admitidas permanentes, no pueden convertirse en hijas del instituto, son acogidas en la estructura durante el día; allí reciben la comida y son educadas como las primeras, si bien de modo separado* ».

Estas alumnas externas debían reunirse cada mañana en las iglesias de sus respectivas parroquias y desde allí unas mujeres elegidas específicamente las acompañaban a la casa.

A las alumnas internas y externas se les enseñaba ante todo los fundamentos de la fe cristiana y también los primeros elementos de la lectura, la escritura y el cálculo; « *no a todas, sin embargo, sino a las más dignas por bondad y empeño, y ello durante las horas de ocio y en los días festivos, casi como una forma de recreo* ».

No debe sorprendernos que los primeros rudimentos del saber se reservaran solo a las más aplicadas y activas, puesto que en aquella época la opinión pública era cualquier cosa menos favorable a la instrucción popular femenina. La situación cambiará en pocas décadas y la *Casa de las Derelitte* se encontrará muy pronto en primera línea también en el sector de la instrucción.

Por el momento, el reglamento daba la prioridad a la economía doméstica: entendida, obviamente, en sentido práctico.

Allí se leía:

« *Se adiestra a las niñas en todas las labores típicas del género femenino, empezando por el punto (tejido de punto), el uso de la aguja y del huso, progresando en todas las actividades de las que las mujeres pueden ser capaces, como preparar los hilados, transformarlos en telas y estas en camisas, vestidos y así sucesivamente, hasta el bordado; además a gestionar la cría de gusanos de seda, a trabajar los capullos al calor del hornillo, a devanar la seda... Se ejercitan además en preparar el pan y en hacer la colada, en todas las tareas propias del personal de servicio, en todos los quehaceres incluso más humildes de cocina y de alcoba, y en el cuidado del ganado* ».

Cómo se vivía en la Casa

En la Casa, por tanto, estaban activos los siguientes talleres: uno de calcetería y punto, naturalmente ejecutado con agujas; un departamento de hilatura y tejido, con herramientas tradicionales como ruecas, husos, ruidosos carretes, pequeños tornos de hilar y telares manuales; una escuela de corte, confección y bordado; durante un cierto período una fábrica de guantes y, finalmente, una hilandería de seda.

A esta última le suministraba la materia prima la finca agrícola vinculada a la casa y gestionada por algunas hermanas y muchachas. Se encontraba justo fuera de la *porta Ronchi*, en el lado este de la actual *via XXIII Marzo*, y ya en 1840 comprendía unas cinco hectáreas, en parte cultivadas como prado — para el establo, del que se obtenía la leche — y en parte como cereales, con muchas hileras de moreras necesarias precisamente para la cría de los gusanos de seda.

Y por todas estas iniciativas de valor social, creadas para instruir y no para obtener lucro, ¿creéis tal vez que los fundadores recibieron elogios y ayudas de las autoridades de gobierno? ¡En absoluto! Recibieron solo impuestos, especialmente a causa de aquella bendita hilandería, como si fueran industriales normales. Es increíble, y sería tedioso relatarlo, el fatigoso recorrido de los dos pobres Sacerdotes de una oficina a otra para convencer a los burócratas de que renunciaran a su rigor fiscal.

El lecho (cama) de las huérfanas y de las hermanas estuvo constituido, con el tiempo, por humildes colchones rellenos de paja o de hojas de maíz. Posteriormente, los colchones de las muchachas fueron notablemente mejorados; para las enfermas, fueran jóvenes asiladas o hermanas, pasaron a ser de lana. Sin embargo, las hermanas con buena salud mantuvieron durante mucho tiempo el privilegio del jergón (es decir: el colchón pobre de paja).

En cuanto al vestuario, el reglamento de 1840 establece que las « *internas* » (alumnas residentes) vistan un uniforme extremadamente sobrio, es decir, sencillo, de estilo popular. Sabemos que su vestido era de un tejido mixto de lana, mientras que el de las maestras — las futuras hermanas — era de color pardo. Naturalmente se trataba del vestido de gala, para usar sobre todo en los días de fiesta o cuando se salía de casa. Los demás días, y especialmente para determinados trabajos, se cubrían como mejor podían.

El simpático doctor Zambelli, hablando de la comida y del vestuario de las huérfanas en el discurso citado, nos ofrece un cuadro más vívido:

« *Ellas, es cierto, no conocen las comodidades y las riquezas de la vida acomodada de los ciudadanos; una vestidura ruda cubre sus miembros delicados, duermen los sueños de la inocencia sobre un lecho espartano, una comida frugalísima (sencilla) aplaca su hambre... Es cierto que muchísimas visten aún ropas raídas, es cierto que muchas, incluso en el rigor del invierno, muestran el pie desnudo.* »

Zapatos o zapatillas estaban disponibles para las internas, pero se utilizaban exclusivamente en los días festivos.

En resumen, los dos hermanos no quisieron ceder a necesidades superfluas ni alimentar pretensiones, sino que prefirieron mantener a las muchachas en la condición social de origen; ni siquiera el prestigio del instituto los indujo nunca a abandonar un rígido criterio de sencillez y de pobreza. Y en esto creemos reconocer el enfoque concreto y, digamos

también, bastante franco de Luigi, ya que el noble Padre Filaferro debía ser más propenso a un mayor refinamiento.

En este estilo de pobreza, por ejemplo, el Padre Luigi no quiso que la casa fuera enfoscada exteriormente: permaneció con los ladrillos a la vista hasta después de su muerte.

Fervor de consensos y saladas amarguras

Dos aspectos impresionaron profundamente a los contemporáneos: la rápida construcción del edificio, que pareció tener algo de prodigioso, y la excelente organización del nuevo instituto desde todos los puntos de vista.

El propio monseñor Lodi dedicó a la casa dos pasajes de grandes elogios en sus relaciones sobre el estado de la diócesis enviadas a la Santa Sede: « *Tal casa* — decía — *es celebrada por las alabanzas generales y por la manifestación de la pública gratitud* ».

Sin embargo, el corazón se nutre de buenas palabras porque ofrecen consuelo y aliento, pero estas no bastan para alimentar y vestir a nadie.

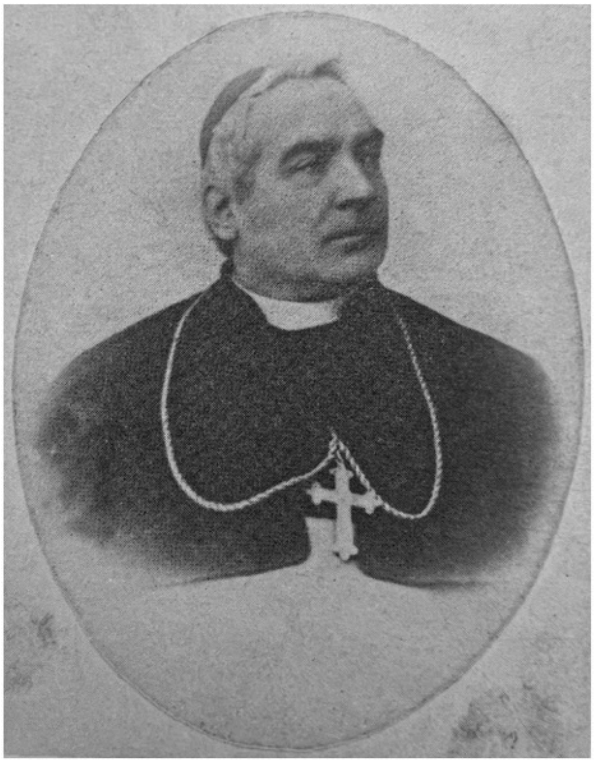
Hubo, no obstante, almas generosas que comprendieron la necesidad del apoyo material. Si estuviéramos escribiendo la historia completa de la casa, deberíamos recordarlas a todas, una por una. Nos limitaremos a decir que, ya para el mobiliario del edificio y para la ropa de las huérfanas, los conventos femeninos de la ciudad compitieron con santa emulación, especialmente las *Dimesse*, las *Rosarie* y las *Zitelle*; entre los donantes de esta categoría encontramos también los nombres de algunas futuras hermanas, como la Gaspardis y las dos hermanas Borghese.

Una ayuda de gran relieve llegó de quienes en los registros son indicados como « *protectores* » de esta o aquella muchacha, pues habían favorecido su acogida asumiendo el compromiso de pagar su cuota. Citamos, por ejemplo, a las condesas Cecilia Ottelio Brazzà y Teresa Bartolini Dragoni, al doctor Giacomo Zambelli, a los monseñores Bearzi, Someda y Cernazai, a *don* Fantoni, a los diversos miembros de la familia Feruglio-Tinìn [(1)] de *Feletto* y, más tarde, de la familia Costantini de *Cividale*, además del célebre compositor de música sacra monseñor Jacopo Tomadini [(2)].

---

[1] Entre los más queridos amigos laicos del padre Scrosoppi hubo dos ejemplares padres de familia, de férvido sentir cristiano: uno fue el señor Giovanni Feruglio (1807-1882), de la familia apodada Tinìn, puesto que en Feletto (Udine) los Feruglio eran muchísimos, padre de al menos 11 hijos, de los cuales tres fueron sacerdotes y uno de estos tres obispo: monseñor Antonio (1841-1911) obispo de Vicenza, don Stefano (1842-1885) y monseñor Domenico (1850-1932), todos ellos vinculados a las obras del padre Scrosoppi. El otro fue el señor Cristoforo Costantini (1804-1890), padre de siete hijos, el último de los cuales, Luigi (1846-1918), fue sacerdote. (Sobre monseñor A. Feruglio y don L. Costantini y por sus relaciones con el padre Scrosoppi cfr. parte III, cap. 9, nota 8; cap. 7, nota 7 y cap. 13).

[2] Nacido en Cividale del Friuli en 1820 fue el « príncipe » de la reforma de la música sacra, tanto que mereció el título de « Palestrina del siglo XIX ». Compuso 316 obras y, a pesar de los vastos reconocimientos, las condecoraciones de varias academias e institutos filarmónicos y la invitación a puestos insignes, permaneció como simple organista en Cividale, donde, nombrado canónigo, murió en 1883, dejando el ejemplo de una vida de bondad, de oración y de fidelidad a la Iglesia. (Cfr. G. BIASUTTI, Sacerdoti distinti..., pp. 58-61).



Monseñor Antonio Feruglio, obispo de Vicenza, director de la Casa de las *Derelitte* tras la muerte del padre Luigi.
Monseñor Jacopo Tomadini fue el « príncipe » de la reforma de la música sacra y compuso nada menos que 316 obras.

Poco a poco empezaron además a llegar legados, tanto pagos únicos como donaciones perpetuas. Ofrecemos una breve lista: en 1836 el conde Vittorio Mattioli y el noble Francesco Boiani; en 1837 Domenico Giuliani Lessani; en 1839 Maria Visentini viuda Piani y Gian Daniele Marsoni; en 1840 el conde Pietro Mattioli, el benefactor con mucho más importante [3]; en 1842 el canónigo monseñor Antonio De Vit — que donó nada menos que diez mil liras —; en 1843 Girolamo Venerio; en 1844 la Bartolini y el conde Francesco Brazzacco, marido de la condesa Giulia Piccoli.

Para favorecer la necesaria afluencia de ayudas, los dos fundadores difundieron, apenas abierta la casa, un volante con el título:

« *Palabras de las pobres niñas desamparadas a sus buenos conciudadanos y benefactores de Udine* », en el que entre otras cosas se decía: « *Nosotras pedimos que cada uno de vosotros que pueda y sienta compasión por nosotras, haga la caridad de asumir el encargo de mantener por un solo día al mes, por la duración de un año, a una sola de nosotras infelices. El gasto es mínimo, de solo 50 céntimos al mes* ».

El adjetivo « *solo* », repetido tres veces en la frase, mientras subraya la modestia de la petición, muestra claramente la humildad de la súplica y deja entrever el temor a resultar molestos.

También el obispo monseñor Lodi continuó enviando cartas circulares para las colectas a los párrocos de la diócesis. Conocemos varias: del 8 de noviembre de 1837, del 25 de octubre de 1838, del 1 de noviembre de 1839, del 15 de octubre de 1840 y del 29 de septiembre de 1841; se enviaba una al final de cada temporada agrícola. En la última hacía notar una vez más cuánto tal establecimiento era santo en su fin y utilísimo en su resultado;

[3] Tras haber beneficiado en vida a la Casa de las Derelitte, le dejó 30.000 liras.

declaraba además que las numerosas muchachas eran allí educadas e instruidas tan bien que resultaban de ejemplo a los demás y de extrema consolación para su corazón. Particularmente significativa es la circular del 16 de diciembre de 1839 a los párrocos de la ciudad: acababa de llegar la noticia oficial del reconocimiento legal de la casa y de su exención de los controles del gobierno; el obispo se apresuró a expresar su participación en la alegría de los dos fundadores y a aprovecharla para alentar una suscripción.

Los momentos de gloria duraron lo que las flores: el espacio de una mañana, como la mañana del Domingo de Ramos.

No queremos decir que a la hora del triunfo siguiera inmediatamente, para el padre Carlo, la hora de la condena definitiva; sin embargo, desde aquel momento estuvo rodeado de malignas oposiciones, que estaban aún presentes a su muerte, como *don* Valentino Liccaro [4] mencionó públicamente en el elogio fúnebre. Las causas fueron muchas y de diversa naturaleza.

Además del previsible descenso de los entusiasmos y de ese terrible motor de pensamientos venenosos y malas palabras que es la envidia — creada en los albores de la humanidad —, la misma perfecta organización de la casa hizo creer a alguno que ya no hacía falta ayuda. ¡Como si alimentar cada día a doscientas muchachas fuera poca cosa! Sucedió aproximadamente lo que se cuenta en la anécdota de una devota señora que refunfuñó a un mendigo:

« *Pero si estáis siempre por medio; ¡ya os di una lira la semana pasada!* »

Los legados testamentarios, además, suscitaban a veces mal humor u hostilidad abierta en los parientes del difunto; en tales casos es extremadamente fácil que el sacerdote sea acusado de ser un buscador de herencias. Se trataba de una acusación del todo injusta hacia el padre Carlo, pero tal es la amarga miseria de la vida. No faltaron tampoco incomprensiones por parte de las autoridades, quizá un poco indispuestas también a causa de la obtenida « *exención* » de los controles. Ofrecemos un breve ejemplo.

El 3 de febrero de 1837 la comisión de beneficencia había firmado un acuerdo con el padre Carlo, con el cual se comprometía a proporcionar el ajuar a las muchachas asiladas en su nombre y a pagar una cuota diaria de 50 céntimos por cada una, pero por un solo año. Posteriormente, estarían a completo cargo de la casa. Seguían algunos artículos de naturaleza sanitaria y disciplinaria. Entre otros, en el artículo 5, se establecía que si una asilada resultaba afectada por enfermedad crónica o contagiosa, por decisión de la comisión debería dejar el instituto y correspondería a la propia comisión proveer a su curación. Como sucede a menudo, la comisión después no se ocupó de ello; sin embargo la piedad de los dos hermanos no utilizó nunca tal artículo para poner en la calle a las huérfanas enfermas. De aquí derivó el reproche ya citado del comisario gubernamental en 1847. ¡He aquí demostrado cómo van las cosas cuando intervienen las comisiones y los comisarios; así ciertamente pensó y dijo *don* Luigi!

---

[4] Nació en San Pietro al Natisone (Udine) en 1806 y murió en Udine en 1880. Preceptor privado, vicepárroco, secretario y canciller episcopal en Spalato y luego en Zara, profesor en el seminario udinense de griego, hebreo y estudios bíblicos, prestó servicio en la iglesia de los filippini, se dedicó a la predicación y al confesionario. La policía austriaca primero lo alejó de Zara por su defensa de los derechos de la Iglesia y luego lo expulsó del seminario. Se opuso netamente al predominio de las actitudes antieclesiásticas mereciendo ser llamado « jesuita, filippino papista ». Además de algunos elogios fúnebres, publicó el Manuale di predicazione en 10 volúmenes. (Cfr. G. BIASUTTI, o.c., pp. 46-47).

Otro episodio es casi increíble. En 1839 existía aún, depositado en el hospital de la ciudad, un gran número de artículos y objetos destinados al socorro de los enfermos de cólera de 1836. El padre Carlo pidió una parte, comprometiéndose a pagar su valor estimado en tres plazos semestrales. Se trataba de bienes valorados en 1418,62 liras. Posteriormente, como no lograba pagar, pidió que se le cancelara la deuda. Pues bien, el asunto se alargó durante más de cuatro años: tras muchos recursos y rechazos, el 24 de junio de 1843 fue invitado a pagar inmediatamente sin esperar nuevos aplazamientos. Obviamente tuvo que ceder. Pero en una súplica al virrey del 29 de junio de 1840, el padre Carlo había hecho notar sin demasiados rodeos:

« *Dios bendito ha querido enviarme una dolorosa fuente de humillación, y la he recibido por desgracia de donde menos podía sospecharlo, puesto que el consejo municipal contra toda expectativa ha rechazado la propuesta. Y digo contra toda expectativa porque, al fin y al cabo, ¿a quién han servido los muebles comprados? ¿Han servido quizá a forasteri? No: han servido y sirven a inocentes huerfanitas de nuestros conciudadanos, han servido y sirven a las hijas de padres que fueron víctimas del cólera* ».

El tercer problema es un poco más comprensible. Ya hemos mencionado el hecho de que, poco después de la *Casa de las Derelitte*, surgieron el instituto de monseñor Tomadini para los niños huérfanos del cólera, en 1838 el Asilo Infantil de Caridad y en 1840 la Casa de Acogida.

A la *Casa de las Derelitte* le fue por tanto prohibido, en 1839, recaudar las habituales suscripciones en la ciudad; pero el aspecto extraño fue que fue incluso excluida de las financiaciones públicas. « *Hace cuatro años* — escribía el padre Carlo en 1844 — *desde que circunstancias particulares no permiten a la piadosa casa recibir la constante generosidad de los benefactores. Desde hace cuatro años ha cesado para ella la participación en los subsidios públicos extraordinarios, y ni siquiera ha obtenido suscripciones a su favor, consideradas inoportunas, mientras la caridad más vasta se había dirigido a otras obras de asistencia* ».

La amargura del padre Filaferro es evidente. Interesante es la estrategia a la que recurrieron los dos fundadores para sostener la casa en su difícil posición: ofrecieron a los ciudadanos la compra de una estampa (litografía) de la *Virgen de los Dolores*, basada en el dibujo del conocido artista udinense Filippo Giuseppini [(5)], al precio de doce liras, pagaderas en un año. No sabemos cuánto recaudaron; ciertamente muy poco.

Don **Luigi era el alma de la casa**

El Padre Carlo realizaba una visita diaria a la casa de las once a mediodía; el resto del tiempo permanecía en la *Iglesia de santa Maria Maddalena*, de la cual fue nombrado Rector en 1840.

---

[5] Udinense, (1811-1862) pintor neoclásico formado en el clima de Viena y Múnich. Fue autor especialmente de cuadros históricos y sagrados, de preciados dibujos litográficos y tuvo éxito en el Friuli. En el museo de Udine está su obra « Diluvio », en la iglesia parroquial de Tricesimo (Udine) el retablo de santa Filomena. (Cfr. G. MARCHETTI, o.c., p. 758).

De él, sin embargo, provenían las directrices generales; él asumía la representación en los contratos y ante las autoridades; y él aparecía como fundador y jefe de la *Casa de las Derelitte*, tanto que el pueblo, abandonando aquella denominación difícil, la llamaba simplemente « *la casa del Padre Carlo* ».

Pero el alma de todo era nuestro *don* Luigi. Él, sin embargo, siendo humildísimo, gustaba de ser ignorado o de aparecer a lo sumo como un pobre Sacerdote, ejecutor de las órdenes de su hermano.

A petición del Padre Carlo, el inspector escolar del *Distrito de Moggio*, *don* Filippo Micoli [6], le había enviado el 20 de octubre de 1839 un artículo en el cual resumía, partiendo de los orígenes, la historia de la *Casa de las Derelitte*. No sabemos si se publicó y dónde, pero nos place citar un pasaje:

« *Una obra de caridad tan útil se la debemos a dos de nuestros sacerdotes... Son ellos el reverendísimo Padre Carlo Filaferro oratoriano y su hermano don Luigi Scrosoppi, aquel la cabeza y este el brazo.* »

Casi en el mismo período habló de la obra incluso el célebre Niccolò Tommaseo [7], en un escrito suyo que debería ser el extracto de un periódico. Aquí *don* Luigi ni siquiera es recordado. Todo el mérito se atribuye al Padre Carlo, a quien Tommaseo define como « *digno heredero de Neri, alma dulce y franca* ». El ilustre escritor nos proporciona dos informaciones interesantes: las muchachas internas eran sesenta y « *las maestras* — escribe — *están comprometidas como en una orden religiosa libre, que invoca el nombre de San Cayetano* ».

Vibrante de entusiasmo es el artículo que el famoso Francesco Dall'Ongaro [8] publicó el 3 de enero de 1841 en el periódico de *Trieste La Favilla*, en el cual desempeñaba las funciones de director el famosísimo periodista udinense Pacifico Valussi. No se citan nombres, pero, puesto que es cierto que fue *don* Luigi quien supervisó la construcción de la casa, consideramos que se refiere a él el siguiente fragmento:

« *Un pobre sacerdote supervisaba el trabajo y lo apresuraba hacia su conclusión. Los muros se levantaban día tras día y los operarios eran puntualmente recompensados por sus fatigas. De qué fuentes extraía sus medios el pobre sacerdote, todos lo preguntaban;*

---

6 De Muina (Udine) 1801-1857. Fue Arcipreste de Moggio Udinese, inspector escolar de distrito y Canónigo del cabildo de Udine.

7 Cfr. N. TOMMASEO, Della carità educatrice nelle scuole infantili di Venezia e d'altre città, Venecia 1841, pp. 21-25.

8 Nació en Mansuè (Treviso) en 1808. Ex sacerdote, periodista, combatió en los levantamientos revolucionarios y, tras la caída de la República Romana, se exilió. Regresó a su patria en vísperas de la guerra de 1859 y apoyó con sus escritos la política saboyana. Nombrado profesor de literatura dramática, enseñó en Florencia y Nápoles donde murió en 1873. Escribió mucho: cabe recordar los stornelli patrióticos, estudios dantescos y aquellos sobre el arte y la literatura dramática. (Cfr. Enciclopedia italiana, vol. XII, p. 242). Sobre la confianza en la Providencia de que habla Dall'Ongaro en su artículo, muchos años después el Abad y profesor Lorenzo Schiavi (nacido en Pordenone en 1829, muerto en Udine en 1911) en la reseña de la biografía del Padre Scrosoppi escrita por L. Tinti aparecida en Il Cittadino Italiano, el 2 de diciembre de 1896, elogiando la Casa de las Derelitte, recordaba que el Padre Scrosoppi le decía que se habían « dispuesto con deudas (él junto al Padre Filaferro) a hacer todo esto; y sin embargo San Cayetano nos obtiene siempre la gracia de superar ingentes dificultades ». (Summarium, p. 390, en Positio...).

solo él lo sabía: la Providencia de Dios no faltará, decía él, a quien se propone un fin óptimo; y la Providencia era su tesorero. »

Por lo demás, el mismo Padre Carlo confirma el papel predominante de su hermano. En la conclusión al reglamento de 1840, aludiendo a este, dice: « *No más una sola persona estimulará a los ciudadanos a esta caridad y la recaudará, como se ha hecho hasta ahora.* » Y en una carta de septiembre de 1843 al Abad Antonio Rosmini es aún más explícito; le presenta a su hermano *don* Luigi, « *a cuyo infatigable empeño* — escribe — *debe en gran parte la Casa de las Derelitte su existencia y el mantenimiento de una marcha satisfactoria.* »

La capilla de la casa

En la antigua vivienda ya existía una pequeña capilla. En la nueva casa grande se destinó enseguida un ambiente a capilla, a la espera de construirle más tarde una sede específica. El 17 de febrero de 1837 el Obispo Monseñor Lodi concedía que allí se pudiera celebrar cada día, incluso en los días festivos, una o más misas. Y ocho días después autorizaba en ella la institución del *Vía Crucis*, que fue realizada por el Guardián (Superior) del vecino *Convento de los cappuccini*, el Padre Silvestro *da San Daniele del Friuli*.

don Luigi hizo de aquella capilla el corazón latiente de la Casa. Por dos razones. Una muy práctica: ¿qué se debía hacer cuando faltaba el pan o el acompañamiento, o cuando algún acreedor presionaba para ser pagado y el dinero no estaba? Nada más que ir a la iglesia a rezar. Rezar a san Cayetano, el santo de la fe extraordinaria en la Providencia, bajo cuyo patrocinio había sido puesto el instituto desde su nacimiento; rezar a san José, de quien *don* Luigi estaba profundamente enamorado y a quien consideraba como el solucionador seguro de todo caso difícil; rezar a la Virgen, a la que llamaba y hacía llamar « *la mamá* ». Rezar: ¡he aquí el gran secreto de los milagros!

Una serie de testimonios nos relata cómo él, entonces y siempre, enviaba a las huérfanas a la capilla a pedir ayuda en los momentos de necesidad; y cómo las volvía a enviar a dar gracias una vez obtenida la gracia — ¡porque la gracia llegaba! Él mismo iba allí, en cuanto le era posible. Y cuando el Señor parecía ponerlos a prueba, haciendo tardar algo la ayuda, subía a veces los peldaños del altar y golpeaba la puertecita del sagrario. Luego, cuando pasaba por delante de la capilla, no olvidaba nunca hacer una profunda genuflexión fuera de la puerta para saludar a Jesús.

Pero la capilla era sobre todo el lugar donde se daba a aquellas « *animucce* » (es decir: almitas o niñas) una sólida formación y temple cristiano. El conocimiento del alma femenina y de sus inclinaciones no le hacía en absoluto ajeno ni a la cantidad ni a la variedad de prácticas de devoción. Era solícito, más bien, en sugerir y hacer realizar esos pequeños gestos y « *fioretti* » (sacrificios espirituales), que tan aptos son para suscitar un movimiento de amor hacia Dios, para fijar la mudable imaginación sobre un pensamiento de fe, para ejercitar esta o aquella virtud. Y era un maestro en el uso de las breves jaculatorias (*giaculatorie*), así como inspiraba un vivo deseo de obtener todas las posibles indulgencias, especialmente en sufragio de las almas del Purgatorio.

Sin embargo, su educación en la piedad y la virtud se fundaba en pocos puntos fundamentales: la presencia de Dios, la conciencia de que somos sus servidores, la voluntad de hacerlo todo para su gloria.

He aquí un papelito autógrafo suyo, que debió de ser el código espiritual de la casa en aquellos primeros tiempos:

« *Al levantarse se pensará que Dios está presente, que aquel día puede ser el último de nuestra vida... Señor, todo lo que haga en este día pretendo hacerlo para vuestra gloria, puesto que vos sois mi Dueño y yo un siervo vuestro. Propósitos de servir bien a Dios, pedirle gracia. Repetir a menudo durante el día: Señor, yo soy vuestro servidor. Todo por tanto quiero hacerlo para vuestra gloria, oh Señor. Para vuestra gloria, oh Señor, pretendo realizar esta acción. Dios me ve* ».

Un código sencillísimo: nada más que los primeros conceptos del catecismo, pero asimilados hasta convertirse en la base de una precisa armonía interior. La misma repetición de los mismos conceptos subraya fuertemente qué directrices eran las más queridas para *don* Luigi: dos veces se recuerda en él la presencia de Dios, dos veces el deber de servirle, tres veces la necesidad de hacer cada cosa para su gloria.

Una querida devoción

A veces, ciertas descripciones aparentemente secundarias revelan, mejor que cualquier otra cosa, la auténtica tensión espiritual de un alma.

He aquí una relativa a *don* Luigi.

La casa había sido abierta hacía muy poco cuando entró en ella también la muerte. La primera pequeña difunta fue Maria Duri, fallecida con solo siete años el 6 de noviembre de 1837. Otras siete niñas la siguieron al cielo en los cinco años sucesivos, hasta mayo de 1842.

Ya aquellas jóvenes eran sus hijas. A ellas, mientras estaban con vida, *don* Luigi dedicaba todos sus desvelos; por ellas, una vez difuntas, quería ofrecer todas sus oraciones. Por este motivo, precisamente en aquel mayo, envió una súplica al Papa para obtener la concesión especial del Altar Privilegiado seis veces por semana. Seis veces: es decir, todos los días excepto el domingo. En la Sagrada Congregación de las Indulgencias consideraron que la petición era excesiva; por lo tanto, el 31 de mayo, se le concedió el indulto para toda la duración de su vida, pero limitado a cuatro días a la semana.

No estaban solo las huerfanitas por quienes ofrecer oraciones de sufragio: almas a menudo del todo inocentes, de rápido vuelo hacia el Paraíso. Había sin embargo el deber de gratitud hacia los benefactores, y una deuda de piedad hacia su madre inolvidable, los parientes y los amigos. Además, su corazón, enteramente volcado a la caridad en la tierra, deseaba ejercer la caridad también más allá de los confines de este mundo. La intención de *don* Luigi de celebrar todas sus misas en sufragio nos lleva a considerar que las rezaba — como se dice habitualmente — « *sobre el misal* », es decir: únicamente por propia devoción, sin percibir el estipendio en dinero (el equivalente de la limosna que suele acompañar a la celebración). No pocas veces tal estipendio le sería entregado, y él lo destinó siempre a la beneficencia. Él se sentía Oratoriano (*filippino*) en el alma, y era una característica de los

seguidores de san Felipe Neri ejercer el ministerio sacerdotal de modo del todo desinteresado.

La devoción por las almas del Purgatorio seguirá siendo un rasgo distintivo de su piedad. Sor Brigida Dorigo, entrada en la congregación en 1869, proporcionará un grato testimonio de ello:

« *He envidiado* — dijo — *la suerte de aquellas muertas antes que él, por las grandes oraciones de sufragio que recibían de él: misas, Vía Crucis, rosarios, penitencias, además de lo que ordenaba hacer en comunidad.* »

Todos juntos en los caminos del Señor en esta vida; todos juntos en la casa del Señor en la vida eterna: he aquí el programa sencillísimo que *don* Luigi se esforzaba por realizar de todos los modos.

¿Trigo prodigioso?

Se ha visto cómo desde 1839 se había prohibido recaudar donativos en la ciudad para la *Casa de las Derelitte*, y cómo el Padre Carlo y *don* Luigi, en 1844, habían sorteado el obstáculo empezando a vender una estampa (litografía) de la *Addolorata* para sostener la casa, que se encontraba en graves dificultades.

Si los dos santos Sacerdotes tenían muchas razones para perder la fe en los hombres, tuvieron una más para abandonarse con acrecentada confianza en el Señor. Y la Providencia intervino, a veces de modos que parecieron prodigiosos.

Se encontraba en la casa una cierta Caterina Cortelazzis, que había sido monja dominica hasta el cierre de las órdenes impuesto por Napoleón (es decir: la supresión napoleónica), con el nombre de Sor Giovanna. Había entrado entre las niñas abandonadas en 1840, a los sesenta y dos años de edad, feliz de dedicar la fase final de su existencia al servicio de las huérfanas. Murió el 7 de diciembre de 1850 y fue a celebrar al cielo la fiesta de la Inmaculada. El episodio que la afectó debió de ocurrir en aquellos años críticos entre 1841 y 1843; en cualquier caso, cuando estaba aún en condiciones físicas lo bastante fuertes como para poder mover sacos de trigo.

Un día, pues, Sor Giovanna « *fue al granero para coger el trigo y entregárselo al molinero, pero ya no había más. Sor Giovanna corrió a donde el Padre Luigi para decirle que el trigo se había acabado. El Padre dijo: Ve al granero y llena los sacos. Y la monja respondió: Padre, ya no queda. Y él le replicó: Ve a ver y lo encontrarás. La monja obedeció y fue allí. Al abrir la puerta, para su gran asombro, vio una gran cantidad de trigo. Llenó los sacos y sobró aún mucho* »[9].

El « *pobre cura* », respecto al cual Dall'Ongaro había escrito que la Providencia era su tesorero, habría podido añadir que ella custodiaba también la llave del granero. Y quizá le habrá repetido a la estupefacta Sor Giovanna, citando fray Galdino (Manzoni) de la historia de las nueces: « *Ahí está la divina Providencia.* »

[9] Cfr. legajo 28, doc. 5, p. 31 (A.L.S.)

Capítulo 4

ALBA DE LA CONGREGACIÓN DE LAS HERMANAS DE *SAN GAETANO* O DE LA *PROVVIDENZA* (1837-1848)

Por un escrito del Padre Carlo del 3 de enero de 1835 llegamos a saber que en la casa residían entonces « *dos o tres maestras y dos colaboradoras domésticas* ».

Dos de las maestras eran seguramente la ya citada Margherita Gaspardis y Teresa Fabris de Udine, que poseía una casa cerca de la *calle Treppo*. La tercera debía de ser Lucia De Giorgio, también udinesa del *barrio de santa Lucia*, pero de familia originaria de *Plasencis*: esta tenía solo dieciséis años y por tanto, al menos por la edad, se la podía considerar apenas una media maestra.

A lo largo de 1836, mientras el edificio se encaminaba hacia su terminación, los dos fundadores pensaron en reclutar a otras buenas jóvenes a quienes confiar las futuras asiladas de la estructura.

El Señor no eligió ni un solo apóstol entre la llamada « *gente de bien* ». Ni uno entre los estudiosos de la ley (es decir: los escribas) y los religiosos observantes (es decir: los fariseos), ni uno entre las personas cultas y encumbradas. Eran todos pescadores y campesinos; uno era incluso recaudador de impuestos (es decir: un publicano).

Del mismo modo, los dos hermanos no buscaron a sus colaboradoras entre las señoritas de la aristocracia o de la burguesía, sino entre las humildes hijas del pueblo: prefirieron a las jóvenes trabajadoras — costureras, modistas, bordadoras — para hacer de ellas maestras de corte y confección, o a las campesinas para los trabajos más fatigosos. A tal elección se vieron impulsados sin duda por un criterio práctico: eran esas las personas necesarias. Pero había también un motivo más profundo: es mucho más fácil encontrar entre la gente pobre los dos tesoros inestimables del espíritu de humildad y del espíritu de sacrificio.

Hacia el final del año el grupo de las maestras debía de estar ya formado; tanto es así que el 30 de diciembre de 1836 la Gaspardis donó su propio crédito con la casa como dote para la nueva comunidad, definida por Tommaseo como un « *orden libre puesto bajo la protección de san Cayetano* ».

El 1 de febrero de 1837

El Padre Scrosoppi nos ha dejado, en un legajo escrito de su puño y letra, cinco precisas listas de las *Hermanas de la Provvidenza* desde su nacimiento hasta casi su muerte: las de las aspirantes, las novicias, las admitidas al hábito, las profesas y las hermanas fallecidas.

Él es extremadamente preciso al fijar el 1 de febrero de 1837 (el inicio del camino comunitario) como fecha de estreno de la nueva comunidad: y desde aquel día hace comenzar el período de prueba y el noviciado de las primeras religiosas.

Fueron nueve, como los nueve coros de los ángeles.

He aquí sus nombres, según el orden cronológico de adhesión: Margherita Gaspardis, Teresa Fabris, Lucia De Giorgio, Orsola Baldasso, Felicita Calligaris, Rosa Molinis, Caterina Bros y las dos hermanas Cristina y Amalia Borghese. De estas, siete eran maestras y dos estaban encargadas de los servicios domésticos, a saber, la Baldasso — la que guiaba al asnillo — y la Bros.

Consideramos que se debió de celebrar alguna ceremonia religiosa, casi para poner un sello sagrado sobre aquel grupo de almas generosas; quizá una promesa de dedicación a la gloria de Dios y al bien de las huérfanas, junto a la dócil obediencia hacia el Director de la casa. Sin embargo no sabemos nada de cierto sobre ello.

Solo dos cosas son seguras.

A saber, que las nueve fundadoras renunciaron a las joyas de oro que lucían para abrazar la sencillez, definida como « *franqueza* » en el reglamento. En los primeros tiempos las cadenillas fueron solamente dejadas en prenda en el monte de piedad (*monte di pietà*), porque alguna podría haber decidido retirarse del Instituto. Más tarde fueron vendidas: de la de la Gaspardis, por ejemplo, se obtuvieron 60 liras y de la de la Fabris 42,18 liras.

El otro detalle es que desde el principio se adoptó un hábito, llamado a veces « *de color pardo* », otras « *de color café oscuro* », como ya hemos mencionado.

La del « *cospettina* »

Entre las primeras nueve estuvo pues también Sor Cristina Borghese [1], destinada a convertirse en una columna de la congregación. Ella fue después superiora, de 1858 a 1890, de las hermanas destinadas al hospital de *Portogruaro*: allí la conoció Tinti, quien nos ha dejado de ella un testimonio lleno de admiración.

Sor Cristina amaba enriquecer sus discursos con una muletilla sonriente: « *cospettina* » aquí y « *cospettina* » allá.

He aquí cómo ella misma nos ha transmitido el relato de su entrada en la comunidad en aquel 1 de febrero de 1837; una narración que hacía en edad avanzada a las hermanas más jóvenes.

[1] Borghese Cristina (1805-1891) y Borghese Amalia (1809-1855) hermanas udinesas, pertenecieron al grupo de las primeras nueve jóvenes. La primera vistió el hábito y profesó los votos en la Navidad de 1845 y asumió el nombre de Sor Cristina del Crucifijo, murió en Udine; la segunda, probablemente de regreso en su familia por motivos de asistencia, vistió el hábito el 25 de diciembre de 1848, profesó el 11 de abril de 1852 y se convirtió en Sor Gioseffa de Jesús Crucificado. Murió en Udine el 31 de julio de 1855. Para breves notas sobre Sor Cristina véase Cenni biografici della vita edificante delle nostre amate Consorelle, manuscrito, volumen I, pp. 216-276 (A.L.S.).

Ella y su hermana subían desde su vivienda en la *calle Aquileia* hacia la *Casa de las Derelitte*, ambas cargadas con sus pocas cosas. A lo largo del trayecto mantuvieron entre ellas un breve diálogo que la Madre Cristina, ya anciana, sentía placer al contar.

« *¿Qué te parece* — decía a su hermana — *qué te parece, querida Amalia, el género de vida que hemos elegido voluntariamente abrazar?* »

Y Amalia, toda mohína, respondía:

« *¡Por amor de Dios, qué vida es la nuestra! Vivir todo el día con esos diablillos de muchachas me parece imposible. Oh, temo que no podré resistir* ».

« *¿Y no nos dijo el primer día la maestra Margherita* — repetía Cristina — *que allí dentro es un verdadero lugar de sufrimiento (es decir: un purgatorio)? No queríamos creerlo, pero de veras también yo temo no resistir un año entero* ».

Y la buena Madre Cristina concluía su relato diciendo:

« *De veras, apenas habíamos acabado aquellos lamentos cuando nos llega por la espalda el Padre Carlo, que nos seguía sin nosotras saberlo. Cospettina* — era la muletilla de la Madre Borghese — , *cospettina, qué sorpresa fue aquella para nosotras. Apenas nos alcanzó, nos saludó y después nos dirigió estas precisas palabras:*

¡Oh hermanas, vamos al Calvario! » (es decir: hacia un camino de sacrificio y sufrimiento).

« *Yo creo* — continuaba la Madre Cristina — *que el buen Dios, usándonos misericordia, puso en los labios del óptimo Padre aquellas santas palabras, pues nos llegaron directamente al corazón; y desde aquel momento nuestra decisión de seguir a Jesús al Calvario, permaneciendo en el instituto, fue tomada con alegría y sin otros pesares* ».

En realidad la Madre Cristina fue constante, porque permaneció siempre en la congregación hasta su santa muerte, acaecida el 5 de septiembre de 1891. Qué importancia y significado atribuyese ella, y con ella las primeras hermanas, al 1 de febrero de 1837, queda demostrado claramente por el hecho de que el 1 de febrero de 1887 se celebró el cincuentenario de su vida religiosa. Y Tinti relata que ella conservaba aún con cuidado su primer hábito religioso de medio siglo antes. Sin embargo, la hermana Amalia, ya sea por motivos familiares o de salud, abandonó la congregación durante algunos años, puesto que recibió el hábito recién en 1848 y su profesión en 1852, falleciendo a casi cuarenta y seis años de edad, a causa del cólera, el 31 de julio de 1855.

Negociaciones con las Canosianas

Cuando la construcción de la casa apenas había comenzado, el Padre Carlo había mantenido encuentros con la Beata Maddalena Gabriella, marquesa de *Canossa* [2], fundadora de las *Hijas de la Caridad* en *Verona*; ella le había prometido asumir la gestión de la obra, asegurando incluso que vendría en persona a Udine para inaugurarla. Sin

[2] Veronesa (1774-1835), lejana descendiente de la condesa Matilde de Canossa que en el siglo XI estuvo en el centro de la lucha entre papado e imperio. En 1801 comenzó su incansable y luminoso apostolado entre las niñas pobres y abandonadas en peligro y, con este fin, fundó las Hijas de la Caridad. Fue declarada beata en 1941. (Cfr. Bibliotheca Sanctorum, Roma 1963, vol. III, pp. 751-753).

embargo, la Beata murió el 10 de abril de 1835 y por aquel momento toda iniciativa quedó suspendida.

Posteriormente, en torno a los dos hermanos se había reunido aquel pequeño grupo de devotas jóvenes. No se podía ciertamente dudar de su generosidad, pero ¿cómo esperar poder constituir una comunidad religiosa con elementos tan diferentes en edad? En 1837 la más anciana, la Gaspardis, tenía cincuenta y un años y la más joven, la De Giorgio, no había cumplido aún los dieciocho. Eran ciertamente todas mujeres excelentes pero — por así decir — carentes de formación. En común tenían solo una cierta habilidad en las labores domésticas y un gran deseo de hacer el bien.

Sobre todo el Padre Carlo debía de alimentar exigencias más elevadas. Y *don* Luigi, que en aquel tiempo tenía solo treinta y tres años, se adhirió seguramente por un cierto período a los criterios de su hermano. Debemos admirar la prudencia y el espíritu de sacrificio de los dos fundadores, los cuales se dirigían a congregaciones ya existentes con tal de garantizar el funcionamiento y la duración de su iniciativa de caridad.

Existía en *San Vito al Tagliamento* desde principios del siglo XVIII — y existe todavía — un monasterio de hermanas de la Visitación, del cual era entonces Superiora la Madre Marianna Teresa, hija del conde Domenico Cossali de *Verona* y de Teresa de los condes Ridolfi. El Padre Carlo estaba unido a aquel monasterio por la común devoción a san Francisco de Sales y ciertamente había predicado y ejercido allí su conocida capacidad en la guía espiritual, puesto que de él se escribe que « *a menudo era enviado ante monjas o religiosas, tanto de nuestra diócesis de Udine como de otras, como confesor extraordinario* ».

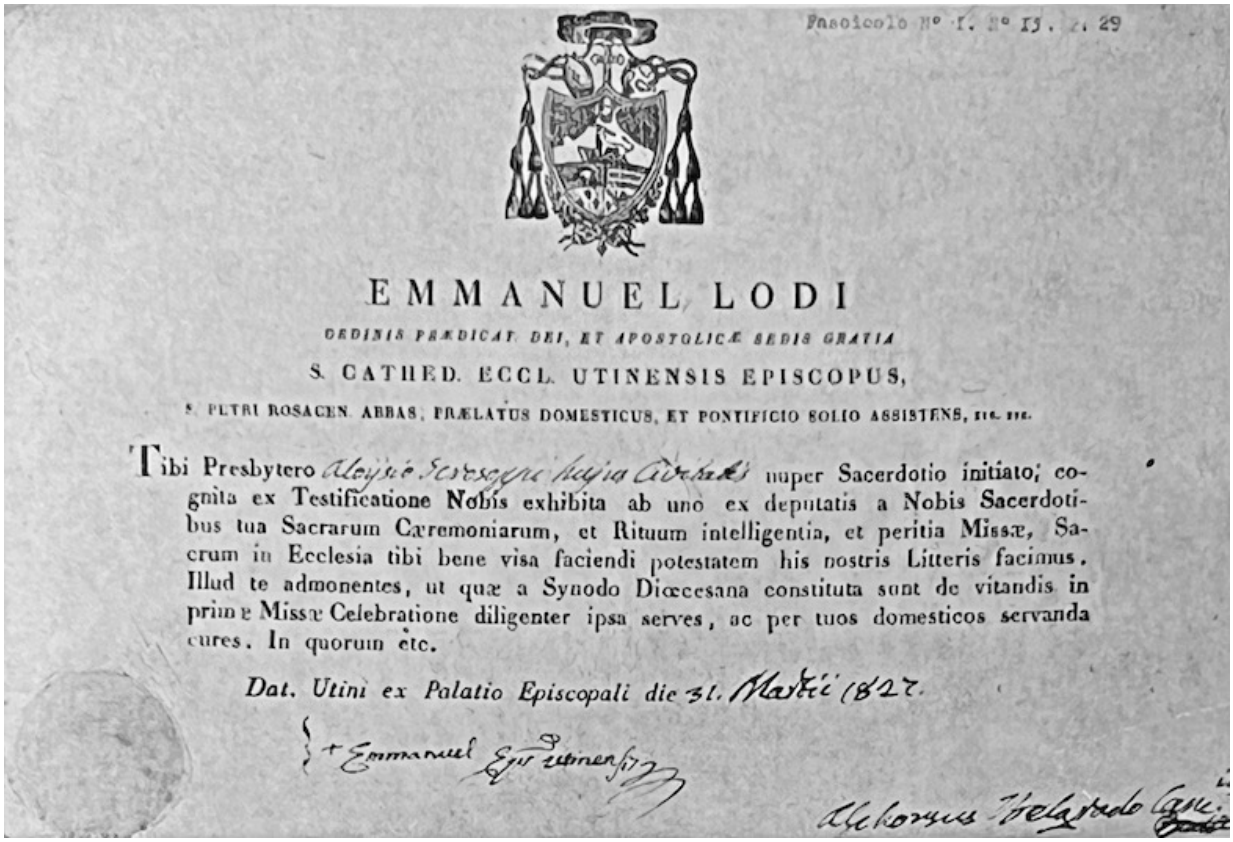
Por una carta que le envió Sor Cossali el 11 de octubre de 1836, sabemos que el Padre Carlo estaba entonces negociando con dos congregaciones. De una no conocemos el nombre; esta, sin embargo, debió de haber planteado exigencias excesivas y, por otro lado, no correspondía a los fines que Filaferro se proponía. « *No me sorprende en absoluto* — le escribía la Cossali — *que las informaciones recibidas no le hayan satisfecho, puesto que yo misma no las consideraba adecuadas para sus ideas. Si las fundaciones han de ser tan fáciles en sus principios, pocas ciertamente se realizarán. Las de santa Teresa fueron muy diferentes, e igualmente las nuestras* ».

El instituto de tales hermanas, añadía la Cossali, estaba « *dedicado internamente a la educación no solo esmerada sino completa de niñas de buena familia y aristocráticas... Las educadoras son religiosas con votos solemnes y sujetas a clausura* ».

No había nada que hacer, pues, en aquella dirección.

El Padre Carlo había reanudado simultáneamente las negociaciones con la Madre Angela Bragato, Superiora de las *Hijas de la Caridad*, que sucedió a la beata Maddalena *di Canossa*. La Bragato le había escrito el 2 de octubre de 1836, sometiéndole nueve condiciones. Una vez más intervino la Madre Cossali, ayudada por el Sacerdote veronés Zamboni, con la esperanza de obtener alguna concesión. Sin embargo, el intento no tuvo éxito. Quizá porque, como había escrito la Bragato, « *son tan numerosas las negociaciones y las ofertas de nuevas fundaciones, que no sé cómo hacer frente a todas* ». En su carta, la Madre Bragato alude al hecho de que el propio Padre Carlo se había trasladado a *Verona* y, al no haberla encontrado, había dejado un escrito en el cual pedía informaciones sobre

la congregación de las *Hijas de la Caridad* en nombre de un « *celosísimo sacerdote* », a saber, *don* Scrosoppi, y de otras « *devotísimas personas* », es decir: los protectores y las protectoras de la casa.



Fascicolo N° I. N° 15. 29

EMMANUEL LODI

ORDINIS PRÆDICAT. DEI, ET APOSTOLICÆ SEDIS GRATIA

S. CATHED. ECCL. UTINENSIS EPISCOPUS,

S. PETRI ROSACEN. ABBAS, PRÆLATUS DOMESTICUS, ET PONTIFICIO SOLIO ASSISTENS, etc. etc.

Tibi Presbytero Aloysio Scrosoppi huius Civitatis nuper Sacerdotio initiato, cognita ex Testificatione Nobis exhibita ab uno ex deputatis a Nobis Sacerdotibus tua Sacrarum Cæremoniarum, et Rituum intelligentia, et peritia Missæ, Sacrum in Ecclesia tibi bene visa faciendi potestatem his nostris Litteris facimus. Illud te admonentes, ut quæ a Synodo Diœcesana constituta sunt de vitandis in primæ Missæ Celebratione diligenter ipsa serves, ac per tuos domesticos servanda cures. In quorum etc.

Dat. Utini ex Palatio Episcopali die 31. Martii 1827.

† Emmanuel Epus Utinensis

Certificado de promoción al sacerdocio del diácono Luigi

Catedral de Udine: Luigi recibió aquí el Orden Sagrado de manos del Obispo Emmanuele Lodi

Don Luigi también visitó algunos conventos de las Canosianas y quedó admirado por el espíritu que en ellos reinaba, especialmente en lo que se refiere a la pobreza. Él permaneció siempre muy unido a las *Hijas de la Caridad*. Unos veinte años después envió a dos hermanas ante las Canosianas para aprender el arte de educar a las personas sordas (esto es: los sordomudos); y cuando las casas de la congregación aumentaron y sus religiosas se vieron obligadas a viajar, quiso que se detuvieran en los conventos canosianos para aprender de su ejemplo — decía — el modo perfecto de vivir la pobreza.

Una nueva superiora

Fracasados aquellos intentos, los dos hermanos se resignaron a abrir la casa y a proseguir con su pequeño grupo de maestras, de las cuales fue Superiora, desde el 1 de febrero de 1837, Margherita Gaspardis.

La vida de la pequeña comunidad continuó serenamente durante cuatro años, regulada por el reglamento presentado a la Emperatriz en 1838. Además, en aquellos años no se nota voluntad alguna de expansión o búsqueda de nuevas seguidoras, puesto que a las primeras nueve se unieron solo otras tres aspirantes, como colaboradoras o terciarias, las tres en el período comprendido entre junio de 1837 y marzo de 1838.

Sin embargo, se advertía claramente la necesidad de dar a la comunidad una estructura mejor y una formación más profunda. Era pues oportuno que asumiera su dirección alguien que ya tuviera experiencia de la vida religiosa.

El 17 de octubre de 1824 había entrado en el vecino *convento de las Dimesse nobili* la condesa Giulia *di Colloredo*, que había tomado el nombre de Sor Giovanna Francesca. Hacia finales de 1840 o principios de 1841, ella manifestó el deseo de trasladarse a la *Casa de las Derelitte*. Quizá el Padre Carlo había puesto los ojos en ella y habrá sido secundado por su amigo *don* Ongaro de *Gemona* [3], que era el confesor de las *Dimesse*: es posible que allí ejerciera también su influencia el comisario gubernamental de la *Casa de las Derelitte*, el conde Fabio Colloredo [4].

El paso no ocurrió sin fuertes contrastes, tanto por parte de la Superiora de las *Dimesse*, la noble Sor Regina Rinoldi, como por parte del propio Obispo Monseñor Lodi. Finalmente las dificultades fueron superadas y Sor Giovanna Colloredo entró entre las jóvenes del instituto el 27 de octubre de 1841.

La nueva Superiora estaba así lista, y Margherita Gaspardis se apresuró a presentar, con admirable sencillez, su dimisión.

---

[3] Nativo de Gemona del Friuli (1778-1857), fue profesor en Udine en el colegio Toppo (fundado originalmente por el conde Francesco di Toppo para ayudar a los jóvenes estudiantes pobres), confesor de las hermanas Dimesse de 1832 a 1855, cuando, ya anciano y enfermo, se retiró a su Gemona natal.

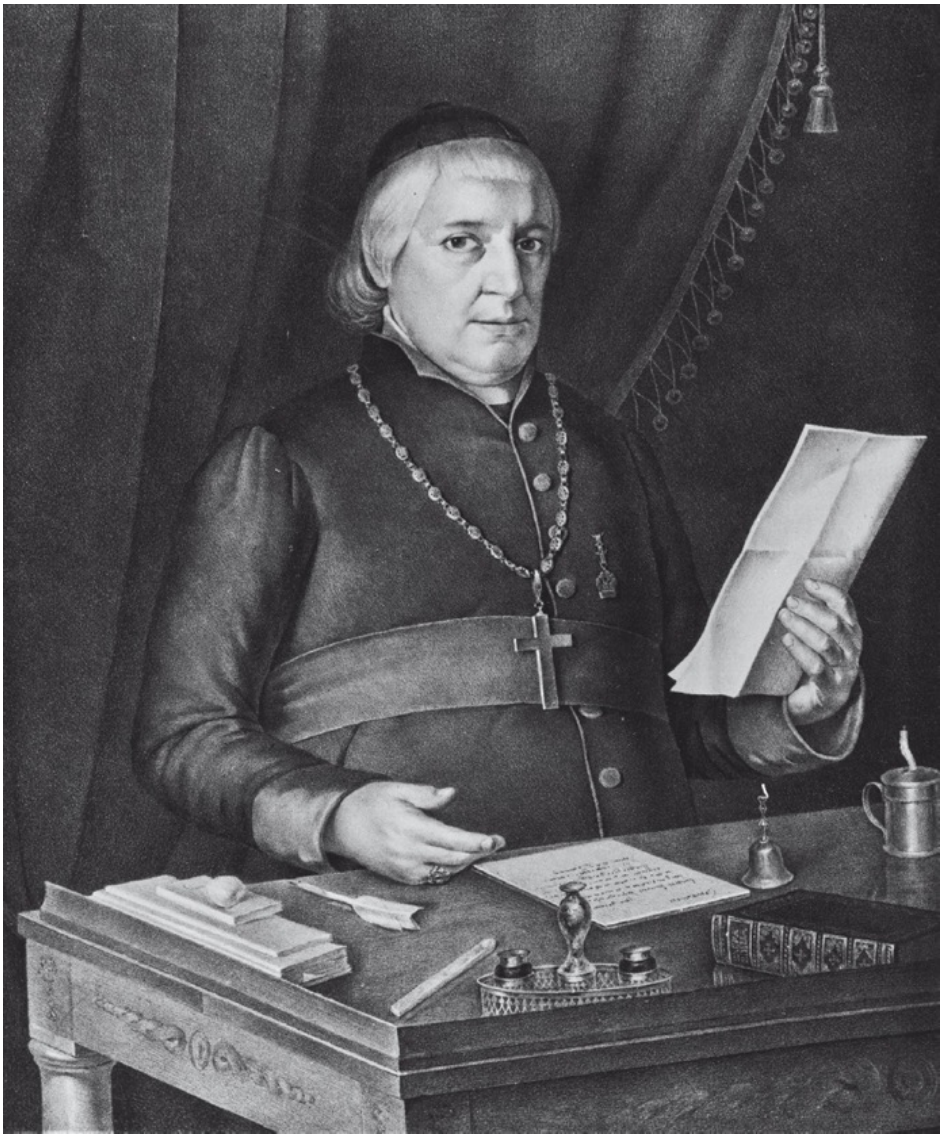
[4] La hipótesis de que el conde Fabio Colloredo haya influido en el paso de Sor Giovanna Francesca Colloredo de las hermanas Dimesse a la Casa de las Derelitte es probable: la monja descendía de la misma familia del conde, es decir, de una línea secundaria de la rama de Bernardo (hermano de Vicardo, de donde procedía el conde Fabio). Había nacido en Udine en enero de 1803, hija de Filippo Angelo (1776-1853), coetáneo de su pariente Fabio, y de Laura condesa Belgrado; murió en Portogruaro el 4 de octubre de 1871 mientras asistía a los enfermos de viruela. (Genealogías, Fondo Joppi, Biblioteca Municipal de Udine).

Monseñor Lodi escribía sin embargo, el 10 de diciembre de 1841, esta hermosa carta al Padre Filaferro:

« *La renuncia al cargo de superiora de la maestra señora Margherita Gaspardis, si añade un nuevo mérito a aquel celo infatigable y ejemplar con que ha desempeñado la tarea desde la fundación de este loable instituto hasta hoy, impone sin embargo a mí el deber de evaluar con atención el cese del grado de superiora de una persona tan digna de elogio, y de buscar atentamente quién pueda sustituirla dignamente.*

Y es por un objetivo tan delicado e importante por lo que considero oportuno que se posponga al menos hasta la primera semana de Cuaresma de 1842 el nombramiento formal de la nueva superiora, a elegir e instituir según el reglamento del instituto, invocando mientras tanto la guía especial del Espíritu Santo para no errar en la elección. »

Este documento es precioso para alabar a la Gaspardis, pero en él nos parece vislumbrar una cierta vacilación por parte del Obispo, y quizá no solo suya, en la elección de la nueva Superiora.



Obispo Emmanuele Lodi (1770-1845), obispo de Udine de 1819 a 1845.
Autor del retrato: Giuseppe Malignani (Fototeca de los Museos Cívicos de Udine).

La voluntad del Obispo fue plenamente respetada. De hecho, la elección se celebró el 18 de marzo de 1842, víspera de san José y — en aquel año — dos días antes del Domingo de Ramos. Resultó elegida por unanimidad la Colloredo, y Monseñor Lodi confirmó su nombramiento el mismo día. El martes después de la *Dominica in Albis* (esto es: el primer domingo después de Pascua), el 5 de abril de 1842, el Padre Carlo propuso que la Gaspardis fuera declarada « *anciana de por vida* » y la propuesta fue aceptada por unanimidad. Se procedió después a la elección de las cuatro ancianas consejeras para el trienio sucesivo, y entre ellas Cristina Borghese fue nombrada asistenta o vice-superiora.

Todo parecía resuelto; sin embargo, en el transcurso de 1842 y 1843 surgieron dificultades. Quizá no fue de ayuda, sino que representó más bien un factor negativo, la propia diferencia de clase social y de formación de la nueva Superiora. Es cierto, de hecho, que los dos hermanos decidieron reanudar las negociaciones con una orden religiosa ya consolidada.

Hermanas humildes y laboriosas

En este punto se inserta un episodio de vocación más que oportuno y dulce. Es oportuno para interrumpir la narración austera de las complicadas fatigas ligadas a la organización interna de la casa. Es feliz porque, a nuestro juicio, nos permite comprender concretamente qué tipo de hombre era *don* Luigi y cuál era su visión de la vida religiosa.

Habían transcurrido apenas dos semanas desde la elección de la Colloredo cuando *don* Luigi hace entrar en la congregación a una pobre muchacha de unos veintidue años, hija de desconocidos. La llamó mientras bajaba por la *calle Ronchi* para dirigirse a la finca agrícola de la casa.

Tinti relata: « *Maravilloso fue el modo en que el Señor atrajo al instituto a la joven Giovanna Maria en calidad de hermana encargada de los trabajos manuales. El Padre Luigi, pasando un día por una calle y encontrando a esta muchacha que, sentada a la puerta de casa, estaba dedicada a cardar la lana, sin más rodeos le dice:*

Buena joven, si tú quisieras prestar tu obra en la Casa de las Derelitte no te faltaría el trabajo; ven pues y no te arrepentirás.

Ante la repentina invitación, Giovanna responde que le es imposible poner pie en el instituto, aludiendo a sus propios orígenes, pero como el Padre Luigi insistía en que no vacilara, ella cedió por puro respeto hacia el estimable Sacerdote. Aceptó solo por pocos días, con el fin de trabajar gratuitamente en beneficio de las huerfanitas, pero con la firme intención de volver poco después a la vida civil.

Aquellos pocos días, por una extraordinaria disposición divina, se transformaron en cuarenta largos años de una conducta religiosa ejemplar, vivida en la comunidad con la admiración de todos, hasta que en enero de 1885 Giovanna Maria subió a recibir del Esposo celestial el premio de tantas virtudes suyas. »

La Maria entró como aspirante el 3 de abril de 1842. Probablemente *don* Luigi la invitó porque la temporada de la cría de los gusanos estaba cerca y hacían falta brazos; quizá le

impuso después el nombre de Sor Giovanna Maria de *san Isidoro* precisamente porque quedó encargada de las labores agrícolas. En cualquier caso, desde aquel día la Superiora condesa Giovanna, de ilustres orígenes, estaba bien equilibrada en casa por Sor Giovanna, de humildes orígenes y encargada de los servicios materiales.

En aquel tiempo invitar a una persona nacida fuera del matrimonio a formar parte de una congregación religiosa era un gesto de caridad valiente. *Don* Scrosoppi lo hizo porque poseía la intuición de los corazones. Aquella pobre hija conoció así el calor incomparable de una familia santa y pudo servir con alegría al Padre Celestial.

El episodio tiene un significado más profundo.

Fue sin duda el Padre Carlo quien llamó a las maestras; *don* Luigi se reservó la alegría de llamar a las hermanas humildes, las incansables trabajadoras de la casa. Él pensaba que todos deben y pueden servir al buen Dios y que las personas sencillas a menudo lo logran mejor. Para servir a los pobres, por lo demás, ¿quién más indicado que los propios pobres? ¿Recordáis cómo había llamado a aquella querida y sencilla mujer que era Sor Orsola? Ahora es el turno de la pobre Sor Giovanna.

Y no fueron las únicas. El 12 de junio de 1837 había llegado de *Raveo*, en *Carnia*, una cierta Giovanna Ariis, que murió como hermana laica — es decir: terciaria — en 1849 [5].

El 15 de marzo de 1838 había entrado en la congregación otra mujer de la *Carnia*, Maria Maddalena Morassi [6] de *Zovello*, que se convirtió en la vivaz y gozosa alma de la casa. Tinti traza de ella este agradable perfil:

« *Dejó un recuerdo gratísimo de sí en el instituto. Incansable en las fatigas, se sentía toda inflamada de amor divino y se entregaba a cantos sagrados en toda ocasión. Aunque el Padre Luigi le hubiera impuesto la prohibición, ella, con su sencillez y confianza, continuaba cantando ante la puerta del Padre; él la corregía y le imponía penitencias humillándola adecuadamente, mientras ella, feliz por amor de Jesús, aceptaba con alegría cada prueba.* »

¿Os imagináis a aquella mujer de la *Carnia* mientras camina cantando por la casa como si estuviera en sus montes natales? ¡Esperemos que tuviera una bella voz!

« *¡Oh, deja ya de eso, Maddalena, te lo he dicho tantas veces. Por penitencia irás a la capilla a rezar de rodillas en el suelo durante media hora!* »

« *Sí, Padre, enseguida.* »

Y a lo mejor volvía a cantar también allí. Murió de tuberculosis linfática, que en aquel tiempo estaba muy extendida, el 29 de septiembre de 1852 con solo cuarenta y tres años.

Otra joven llegó de *Buia* el 2 de junio de 1844, impulsada probablemente por el ejemplo de Sor Orsola. Se llamaba Domenica Batigello y recibió el hábito el 25 de diciembre de 1845, pero después el Fundador quiso que permaneciera como una simple hermana laica

---

[5] Para la categoría de las « terciarias » véase parte III, cap. 4, párrafo "*Las enmiendas romanas*". Actualmente no existe división alguna.

[6] Sor Maria Maddalena, hermana encargada de los trabajos manuales (conversa), nacida el 18 de enero de 1808, entró en la congregación el 15 de marzo de 1838, recibió el hábito y profesó los votos el 25 de diciembre de 1845, murió en Udine el 29 de septiembre de 1852.

— es decir: terciaria —, para que pudiera dedicarse a la recaudación de limosnas para las huerfanitas. Su hermano Angelo no tenía los medios para pagarle la dote de entrada en el convento. ¿Qué hizo entonces? Vendió un buey y entregó al Padre las ochenta liras que había obtenido de ello. ¡Qué generosos son los pobres honrados! De Sor Domenica los "*Cenni biografici*" [7] escriben así:

« *Los años eran escasos en cosechas y, debiéndose mantener a tantas huerfanitas gratuitamente y por amor, como suele decirse, ocurría a menudo que las pobres hermanas, para no hacer faltar nada a las niñas, tuvieran que reducir su propio alimento, ya pobre y basto. Entonces la comida de las hermanas consistía habitualmente en sopa de cebada, harinados, polenta, pocos acompañamientos y poco pan. A veces incluso el pan era recaudado por Domenica Batigello, persona devota y caritativa considerada por el Padre Luigi como la providencia visible, porque recorriendo a menudo las casas señoriales, pedía lo que era más necesario para las huérfanas, además de algún oportuno refrigerio para las enfermas.* »

Sor Domenica murió a los 68 años el 11 de abril de 1881. El Fundador, el mismo día, daba noticia de ello a las diversas casas con estas palabras:

« *Vengo del lecho de la buena hermana Maria Domenica, que precisamente ahora ha sido llamada a sí por el Señor. Ha soportado el mal con una paciencia ejemplar, ha tenido una muerte tan quieta y tranquila, de veras envidiable. Ha sido siempre admirable en las prácticas de piedad y de devoción, incansable en sus deberes y tan solicita por el bien de la congregación. Que el Señor la haga partícipe de su felicidad. A nosotras nos corresponde sin embargo ofrecerle las oraciones de sufragio previstas por las santas reglas.* »

De estos humildes fragmentos de vidas modestas ¿podían acaso formarse verdaderas religiosas? *don* Luigi estaba convencido de que sí. Sin embargo no se opuso a su hermano el Padre Carlo cuando este se dirigió al célebre filósofo de *Rovereto* y piadosísimo Sacerdote, el Abad Antonio Rosmini, para que enviara a Udine a algunas de las *Hermanas de la Providencia* organizadas por él en el *Reino de Cerdeña*.

Negociaciones con el Abad Antonio Rosmini

El Padre Carlo mantuvo una primera entrevista con el Abad Rosmini en *Benaglio* en septiembre de 1843. Una vez de regreso en Udine, pidió y obtuvo la autorización del Obispo, quien « *se mostró totalmente convencido* », según escribió Filaferro a Rosmini, aun solicitando informaciones más detalladas sobre aquellas Hermanas.

Con tal fin *don* Luigi se trasladó inmediatamente a *Stresa*, acompañado en el viaje por *don* Andrea Casasola, en aquel tiempo profesor en el seminario de Udine y posteriormente Obispo de *Concordia* y Arzobispo de la ciudad friulana.

---

[7] Los "*Cenni biografici della vita edificante delle nostre amate Consorelle*", manuscritos, son dos volúmenes reproducidos en varias copias (policopiados) de 390 y 442 páginas, anónimos, pero la autora es sor Maria Gonzaga di Rosa Mistica (1878-1951), de nombre secular Rosa Maria Fabrizio de Oderzo (Treviso). Aunque su fin fuera contribuir a la santificación de las hermanas presentes y futuras, el examen crítico permite afirmar que la autora está atenta a la exactitud cronológica y, en general, es fiable, puesto que ha bebido de testimonios directos y se dirigía a lectoras (las monjas), muchas de las cuales podían confirmar o desmentir cuanto escribía.

Retrato del filósofo Abad Antonio Rosmini con quien el Padre Carlo y los hermanos Scrosoppi mantuvieron frecuentes contactos.

Las negociaciones para obtener la colaboración de las hermanas rosminianas se prolongaron durante más de tres años; sería largo y superfluo repasar aquí cada difícil paso de aquel período. Solo reproducimos los rasgos esenciales.

El 18 de diciembre de 1843 — inmediatamente después del regreso de *don* Scrosoppi de *Stresa* — el Padre Carlo escribió a Monseñor Bragato, el prelado de corte en quien confiaba como intermediario, para que apoyara la petición ante la Emperatriz María Ana (Ana María Carolina). A la carta añadió esta interesante nota final:

« *¡Oh, si fuera posible, dado que la Casa de las Derelitte de Udine es una institución del todo privada, libre por gracia soberana del control de la autoridad administrativa, obtener a estas buenas religiosas sin la interferencia siempre larga y complicada de aquellas oficinas burocráticas! Usted, Monseñor, comprende bien la situación. ¡Le ruego que me disculpe!* »

Naturalmente, el deseo de Filaferro quedó del todo insatisfecho.

En un apunte del 7 de febrero de 1845, preparado para una carta del comisario gubernamental conde Fabio Colloredo que debía acompañar a un largo informe informativo sobre la casa destinado al gobierno, se explica claramente el motivo por el cual se deseaba a las rosminianas en Udine.

« *Me permito añadir* — escribía el conde Colloredo — *que concuerdo plenamente con las opiniones expresadas por los directores respecto a las Hermanas de la Providencia; considero a estas religiosas, de reciente institución pero ya celebérrimas, extremadamente aptas para perfeccionar nuestro instituto de las derelitte. En efecto, por muy excelentes de corazón y muy capaz que sean las actuales maestras, al haber sido reunidas de diversas procedencias y carecer de una educación uniforme, terminan por diferir en los principios y en los modos. No pueden por tanto garantizar aquellos resultados que derivarían sin duda de una unión de personas preparadas por la misma vocación e instrucción para todo tipo de obra caritativa, especialmente para la asistencia e instrucción de las hijas de los pobres.* »

Solo el 22 de septiembre de 1846 se concedió el permiso del Emperador para la introducción de las rosminianas en Udine, pero en una forma que a los dos hermanos les pareció bastante ambigua.

El Padre Carlo envió inmediatamente el texto del decreto soberano — que hoy no conocemos — al Abad Rosmini. Este respondió desde *Stresa* el 22 de diciembre:

« *He examinado el decreto imperial relativo a nuestras hermanas y también yo encuentro en él algunas oscuridades. Estas incertidumbres se podrán quizá aclarar en el futuro con nuevos contactos.* »

Por tanto, más tiempo perdido, nuevas negociaciones y dilaciones administrativas.

Rosmini continuó largo tiempo exponiendo sus propias ideas sobre la organización de las Hermanas en Udine. Sustancialmente, aparecía claro que su interés principal era la creación de un nuevo centro de formación (un noviciado) para sus religiosas.

« *Se podría separar* — decía — *la obra de las derelitte de la del noviciado; de este modo el noviciado quedaría sujeto a la autoridad del gobierno, de la cual preveo que será dificilísimo liberarse, mientras que por el contrario la Casa de las Derelitte podría mantener los privilegios de que goza actualmente y permanecer exenta del control de la autoridad de tutela.* »

El Padre Carlo y sobre todo *don* Luigi pensaron ciertamente: — ¿Cómo? ¿Volver bajo el control gubernamental después de tantos esfuerzos realizados para ser independientes de él?

Y fue precisamente esta, cabe creer, una de las razones principales que los impulsó a abandonar las negociaciones con Rosmini. Probablemente influyeron también las atribuladas vicisitudes personales del Abad de *Rovereto*. Sus doctrinas filosóficas empezaban ya a ser objeto de duras polémicas y poco después se vio profundamente involucrado en los acontecimientos políticos de la época. Por otra parte, con los vientos que soplaban, no era ni fácil ni aconsejable trasladar al territorio austriaco una congregación procedente del *Reino de Cerdeña* y dirigida por Rosmini, figura mal vista por Austria.

En las rosminianas, pues, los dos hermanos no pensaron más. La burocracia austriaca, sin embargo, no olvidó el expediente. Solicitó nuevas informaciones el 22 de febrero de 1847 y el 10 de enero de 1848; y — al no haber recibido respuesta — ¡volvió sobre la cuestión *in extremis* el 12 de octubre de 1865!

El 19 de octubre de aquel año se envió a la prefectura una declaración firmada por el Arzobispo Casasola, por el comisario gubernamental conde Federico Trento y por el Director Padre Luigi Scrosoppi. En ella se afirmaba que, « *vistas las muchas dificultades planteadas por Rosmini para unir sus propias religiosas a las ya presentes en la casa y notando, por otra parte, cómo las nuestras se dedicaban ya con provecho a la gestión regular del instituto, la dirección y la presidencia decidieron interrumpir cualquier otro intercambio de documentos y negociación con el Abad Rosmini.* »

Para que el gobierno austriaco no buscara de nuevo interferir, se insistía en declarar que las *Hermanas de la Providencia* de Udine eran las mismas religiosas que habían dado vida a la *Casa de las Derelitte* desde el principio y que habían sido aprobadas, junto al reglamento, por la resolución soberana del 6 de julio de 1839; no se dejaba finalmente de enumerar, con estilo vibrante, los méritos ya adquiridos por tales Hermanas a partir de 1848.

Hacia una propia congregación

Quien reflexione sobre los diez años de negociaciones con las Hermanas Canosianas y con el Abad Rosmini compartirá sin duda la reflexión de Tinti:

« *Es cierto que de este modo la divina Providencia actuaba de modo admirable y dulce, para que la congregación de las Hermanas de la Providencia de Udine no tuviera que ser una derivación de otra casa madre, sino que tuviera su propio origen y una perfecta autonomía.*

Este era el pensamiento del Padre Luigi Scrosoppi — continúa Tinti — *y, aunque por respeto hacia su hermano mayor, que le superaba en muchos años, no se opuso nunca a sus proyectos, sin embargo no lograba convencerse de la necesidad de someter el instituto al gobierno de otra piadosa congregación, firme en la idea, o mejor en una fuerte inspiración, de fundar una propia congregación religiosa. A pesar de ello, entre los dos hermanos se mantuvo siempre una perfecta armonía, porque donde reina la caridad la diferencia de opiniones no divide los corazones ni quita la paz del alma: tanto más cuanto que el propio Padre Carlo, hombre de fe viva, en estos proyectos suyos fallidos reconoció la verdad del proverbio que dice: el hombre propone y Dios dispone, se entiende siempre para bien.* »

Tinti extrae estas informaciones e impresiones de la viva voz de monjas contemporáneas del fundador, de modo particular de Sor Giacinta De Monte [(8)], religiosa admirable bajo muchos aspectos, pero inclinada a dar mucho relieve a su propio relato.

---

[8] De Monte Angela (sor Maria Giacinta di san Michele) nacida en Artegna (Udine) el 22 de julio de 1814, entró en la congregación el 15 de julio de 1846, vistió el hábito el 7 de agosto de 1847, profesó los votos el 6 de agosto de 1851, murió en Udine el 27 de diciembre de 1896. Ella es la primera en la historia de la congregación en asumir un nombre nuevo en la vestición. En "*Memorias del Siervo de Dios el Padre Luigi*", narradas por sor Giacinta a una escritora anónima, resulta que habría sido ella el centro de algunos hechos; sola entre sus compañeras había estado dispuesta a unirse a las hermanas rosminianas que vendrían a dirigir la Casa de las Derelitte; en base a una respuesta suya, dada mientras asistía a un enfermo, surgió el título de la congregación; a ella se le hizo vestir el que debía ser el hábito de las hermanas. (Cfr. legajo 29, documento 7, pp. 38-46, A.L.S.; L. TINTI, o.c., pp. 46, 59-60). Para breves notas sobre sor Giacinta, véase Cenni biografici..., manuscrito, volumen I, pp. 277-282).

A nuestro juicio, en el contexto de los hechos y de la figura espiritual de *don* Luigi, hay que redimensionar la atribución de « *una fuerte inspiración de constituir una propia congregación religiosa* ».

Él, siendo humildísimo y devotísimo de su hermano, compartió plenamente sus directrices y se esforzó por realizarlas mientras su ejecución pareció posible.

Incluso en su lecho de muerte rechazará el título de fundador, definiéndose como un simple ejecutor de las intenciones del Padre Carlo.

Sin embargo, hacia finales de 1844 y principios de 1845, cobraron ventaja en él su claro y decidido realismo y su gran confianza.

Cuando vio que las cuestiones se alargaban y más bien se complicaban por el camino; cuando vio que a cada paso reaparecía el temor a la interferencia del gobierno; cuando vio que tratar con otros, especialmente con Rosmini, llevaba a problemas y líos mayores que los ya presentes en casa; cuando vio todo esto, su carácter debió de impulsarle a decir a su hermano:

« *¿Por qué buscamos complicaciones? Sigamos adelante con sencillez como hemos hecho hasta ahora. En lugar de buscar la solución ideal, difícil e incierta de alcanzar, contentémonos con mejorar lo poco que ya tenemos entre manos...* ».

Un tierno sentimiento humano y cristiano hacia las primeras maestras generosas, junto a la confianza de que la gracia de Dios realizaría maravillas con medios pobres, lo impulsaron ciertamente a decir:

« *Dios nos ha enviado estas almas. Serán quizá carentes de instrucción y sencillas, pero aman a Dios y se han sacrificado ya mucho por las huérfanas. Tengamos fe en Dios y confianza en ellas...* ».

En un determinado momento la claridad vino de las propias maestras. Ya en el informe del 7 de febrero de 1845 se decía que una parte de ellas pretendía volver a la vida laica en caso de que llegaran las rosminianas, mientras que otra parte estaba dispuesta a unirse a las novicias. Tinti refiere que solo una aceptó la fusión con las rosminianas — y la De Monte asegura haber sido precisamente ella —, mientras que todas las demás, junto a *don* Luigi, estaban disgustadas por ello.

Si hubo una momentánea divergencia de pareceres entre los dos hermanos, es cierto sin embargo que el Padre Carlo aceptó de buen grado el parecer de *don* Luigi y de las maestras; es más, se puso con empeño a escribir las reglas de la nueva comunidad.

La congregación nace junto a la cuna del Niño Jesús

Terminado desde hacía meses el trienio como Superiora, Sor Giovanna Colloredo presentó su dimisión al Vicario de la diócesis durante el período de vacante de la sede (esto es: el Vicario Capitular en *sede vacante*), Monseñor Mariano Darù [(9)], quien dio comunicación de ello al Padre Carlo el 10 de septiembre de 1845.

[9] Nacido en Pozzale di Cadore en 1772, murió en Udine en 1853. Maestro en las clases inferiores del seminario udinense, profesor de teología moral y dogmática, relator, con su régimen dulce y celoso hizo amable la disciplina; por

« *He decidido aceptarlas* — le escribía — *en la fecha de hoy, dado que motivos de conciencia, que honran su gran virtud, la han impulsado a este paso.* »

Monseñor Darù encargaba a Filaferro proveer a la dirección temporal de la casa del mejor modo, reservando al futuro Obispo el nombramiento de la nueva Superiora.

El 25 de diciembre de 1845, día de Navidad, « *autorizadas por el superior diocesano* », quince Hermanas recibieron el hábito religioso. De estas, ocho eran las fundadoras del 1 de febrero de 1837 — faltaba solo Amalia Borghese, que se reintegró a la congregación poco después — y siete eran las que se habían sumado entre 1837 y 1844.

El mismo día, once de quince « *sin comprometerse con votos formales, propusieron firmemente observar con todo el empeño las tres virtudes de pobreza, castidad y obediencia* ».

Aunque no pronunciaran los votos solemnes, aquel 25 de diciembre fue después considerado por el Padre Luigi como la fecha de su profesión religiosa. De las once, ocho eran las « *coriste* » (esto es: Hermanas dedicadas al oficio divino y a la enseñanza): De Giorgio, Cortelazzis, Gaspardis, Colloredo, Fabris, Molinis y Cristina Borghese; tres eran las « *converse* » (esto es: Hermanas encargadas de los trabajos manuales): Baldasso, Morassi y Maria (6). Lucia De Giorgio fue nombrada Superiora « *provisional* » y mantuvo el cargo hasta 1848, mientras que la Cortelazzis fue elegida como Asistenta o vice-superiora.

El carácter provisional del cargo de Superiora se debe a que la nueva congregación fue instituida, por aquel momento, solo a título de experimento. El experimento resultó de modo excelente. Un fervor acrecentado se difundió en el pequeño grupo y un fuerte espíritu de unión lo hizo compacto.

Tal feliz resultado ha de atribuirse en gran parte a *don* Scrosoppi, quien — como ya hemos dicho — pasaba la jornada entera ocupándose de las cuestiones espirituales para formar a las Hermanas según el espíritu de Jesucristo. Sin embargo, una buena parte del mérito correspondió a la nueva Superiora Sor Lucia De Giorgio [(10)].

Era la más joven entre todas las maestras; en la Navidad de 1845 tenía solo veintiséis años y medio. No sabemos mucho de ella, pero debía ciertamente poseer dotes excepcionales, si permaneció como Superiora durante diez años hasta la muerte, ocurrida mientras asistía a los enfermos durante la epidemia de cólera de 1855; si junto al Padre Luigi dio vida y forma a la naciente congregación; si ella, aun siendo la más joven, fue capaz de unir en un solo corazón a las Hermanas más ancianas y tan diferentes por edad, extracción social y formación; y si su recuerdo permaneció indeleble y casi rodeado de un aura de santidad.

---

pocos años Párroco de Valle di Cadore y Archidiácono. Regresado a Udine fue Canónigo teólogo, Vicario General durante un cuarto de siglo, dos veces Vicario Capitular. Mucha doctrina y gran caridad dieron a su acción de gobierno un prestigio incomparable. (Cfr. Atti del Capitolo, volumen X (1839-1858), e. 204, A.C.U.).

[10] Nacida en Udine el 24 de enero de 1819, perteneció al grupo de las primeras nueve jóvenes, murió el 28 de julio de 1855. No pertenece a la rama de la familia De Giorgio procedente de Plasencis. Sobre Sor Lucia véase parte III, capítulo 2, párrafo "*La superiora madre Lucia De Giorgio...*".

Objeciones a las reglas del Abad Pirona

A lo largo de 1847 la redacción de las reglas estaba ya concluida. Sin duda el nuevo Arzobispo de Udine, Monseñor Zaccaria Bricito [(11)], las aprobó antes de que fueran presentadas — como era obligatorio — a la revisión del censor provincial imperial y real para autorizar su impresión.

En aquel período el censor era el célebre Abad Jacopo Pirona [(12)], docente en el liceo clásico de Udine: un hombre de profunda cultura y autor de una vasta producción literaria, cuya fama está ligada principalmente al "*Vocabolario Friulano*", publicado tras su muerte ocurrida en 1870 y posteriormente, con contenidos más que duplicados, reeditado en 1935 con el título de "*Il nuovo Pirona*".

Él devolvió el manuscrito del Padre Filaferro al Arzobispo el 12 de enero de 1848, acompañándolo de una carta en la que emergen claramente la orientación laica y la hostilidad hacia la vida religiosa de cuño antiguo, sentimientos entonces muy difundidos.

« *Todas estas reglas* — observaba entre otras cosas — *las cuales, a juzgar por el título, parecerían deber aspirar a formar maestras para las pobres alumnas, aspiran en cambio a transformar a las docentes en una congregación monástica femenina bajo el poder absoluto de una superiora visible y de un director invisible. El espíritu y las costumbres de la vida claustral, adecuados solo para vocaciones particulares, no formarán nunca buenas madres de familia* ».

« *¡Las pobres muchachas, criadas por tales maestras y modeladas por la influencia de tales reglas, saldrán un día incapaces de afrontar con virtud el contacto con el mundo; puesto que no conocerán término medio entre el misticismo exasperado y la corrupción! ¡Ay de quien levanta muros de separación entre el mundo y Dios!* »

« *Las reglas en cuestión están sin duda dictadas por un gran deseo de perfección; pero si este deseo, en lugar de santificar el instituto, debiera por casualidad trastornarlo y destruirlo cambiando su fin, los benefactores que lo han financiado y la ciudad que espera sus frutos se encontrarían dolorosamente defraudados* ».

Lo que había de compartible en este juicio sintético quedaba totalmente anulado por la perspectiva dramática y catastrófica de Pirona sobre la vida religiosa y sobre sus presuntos efectos educativos.

El Padre Carlo respondió con un escrito de cinco páginas para aclarar algunos artículos que habían sido marcados con un lápiz rojo, marcas que indicaban que aquellos pasajes no eran del pleno agrado del funcionario imperial y real. Pirona se había mostrado

---

[11] Nacido en Bassano (Vicenza), muerto en Udine (1802-1851). Profesor de filología griega y de letras, de elocuencia sagrada, Arcipreste de Bassano, Arzobispo de Udine, cumplió la misión con plena entrega de sí. Durante las revueltas políticas suspendió las rentas episcopales, empeñó objetos preciosos en el monte de piedad, redujo su mesa a trato penitente para socorrer al pueblo. A su muerte lo poco que le quedaba fue para los pobres de la Casa de Acogida. (Cfr. U. MASOTTI, L'Arcivescovo Bricito e l'assedio di Udine nel 1848, pp. 14-19, en Il 1848 in Friuli, Udine 1948).

[12] Nació en Dignano sul Tagliamento en 1789, murió en Udine en 1870. Fue aspiración de toda su vida la creación de un museo histórico artístico y científico del Friuli. Cuando en 1866 fue oficialmente instituido, él fue nombrado conservador; pero insatisfecho por la precaria disposición del mismo, abandonó el cargo. Fue solícito secretario del Asilo infantil de Caridad, patrocinador del Orfanato Tomadini, pronto socorredor de toda obra de bien. (Cfr. G. MARCHETTI, o. c., pp. 505-509).

particularmente hostil a los artículos relativos a la castidad y a la llamada « *congregación de las culpas* » (esto es: la asamblea para la acusación pública de las faltas).

Filaferro rebatía que:

« *Los fundadores y legisladores de las reglas tuvieron siempre el objetivo de que las respectivas leyes sirvieran para ayudar a los miembros en el desempeño de la obra de caridad prevista por su instituto, y fueran para ellos una protección contra las incertidumbres del corazón humano, que fácilmente se aburre de una actividad predefinida y a menudo se distrae con la ilusión de un bien mejor* ».

Respecto a sus propias reglas, declaraba:

« *Debo además anteponer que en la redacción de estas normas he tenido presente cuanto otros fundadores habían establecido en beneficio de sus institutos, como las Salesas (de san Francisco de Sales), las Hermanas de la Providencia (de Rosmini), las señoras Dimesse, los padres del Oratorio, etc.; de aquellos he tomado las reglas que me parecieron más adecuadas y oportunas para el fin general de la santificación de las maestras del Instituto de las Derelitte y para el propósito particular del desempeño de su específica obra de caridad* ».

En una redacción precedente aludía también a los Jesuitas, pero en el texto definitivo no hizo mención de ellos, puesto que en aquel período soplaba de nuevo una violenta tempestad política contra la Compañía de Jesús.

Los artículos criticados por Pirona permanecieron invariables en el texto impreso, en el cual se aceptaron solo algunas correcciones de mínima importancia sugeridas por él.

Las reglas de 1848

Fueron así dadas a la imprenta las « *Reglas generales para las maestras del instituto de las niñas abandonadas* »: resultó un librito de sesenta páginas, dividido en 67 artículos, en lugar de los 64 presentes en el manuscrito original.

A primera vista quedamos sorprendidos por el hecho de que el opúsculo no lleve las indicaciones formales de la ciudad, de la imprenta y del año de publicación. Esto se explica suponiendo que el Abad Jacopo Pirona no concediera la autorización oficial y que, para evitar complicaciones, se eligiera la vía de una impresión privada en sustitución del manuscrito.

Las reglas estaban repartidas en seis capítulos: castidad, pobreza, obediencia, sumisión hacia todos, instrumentos para la exacta y fiel observancia, motivos de alejamiento de la comunidad.

Particularmente significativo es el capítulo relativo a los instrumentos, indicados como: la lectura frecuente de las reglas, el capítulo de las culpas (esto es: la acusación pública de las faltas a la que estaba obligada la propia superiora), la corrección entre hermanas, la oración, el ejercicio de la presencia de Dios y las tres comparaciones. Estas últimas consistían en contraponer a cada sufrimiento o tentación el pensamiento del Infierno, de la pasión del Señor y del premio del Paraíso.

Un pasaje del texto nos indica cuál era considerado el eje de la formación de las monjas:

« *De la presencia de Dios y de las tres comparaciones hablen a menudo las hermanas entre sí; con estos pensamientos se consuelen mutuamente y se ayuden en las dificultades; de estos se sirvan para amonestarse; en esto piensen continuamente, tanto cuando están sanas como cuando están enfermas; así obtendrán la gracia de cumplir fácilmente los propios deberes y de observar las reglas con verdadero espíritu y gran mérito durante la vida...* »

En estas palabras encontramos plenamente reflejada aquella disciplina espiritual sencilla y esencial que fue tan querida para el Padre Scrosoppi.

Este fue, pues, el primer código espiritual de la congregación.

El « *Convocato a Capitolo* » del 23 de diciembre de 1848

En la Navidad de 1848 terminaba el trienio de prueba de la nueva congregación, vivido con un entusiasmo siempre creciente.

Una vez establecidas las reglas, no quedaba sino dar un reconocimiento legal a la pequeña comunidad. Pero ¿qué camino elegir?

Aquí nos encontramos ante un pequeño enigma que, sin embargo, para nosotros hoy es de fácil solución.

Es evidente que los dos hermanos no actuaron nunca sin el consentimiento del Obispo; tanto más cuanto que el prelado era, por estatuto, el presidente de la casa. Y sin embargo no ha quedado rastro de decreto alguno que autorizara en 1845 el trienio de prueba o que sancionara en 1848 el nacimiento estable de la nueva congregación. ¿Por qué motivo? ¿Deberíamos quizá pensar que el documento se ha perdido? Ciertamente no. Encontraríamos al menos una referencia en los registros en los que se anotan todos los actos de la curia de Udine. Además, si hubiera existido, no habrían faltado después mil ocasiones para citar aquel decreto. En cambio, se mencionará siempre y solo la resolución imperial de 1839 que aprobaba la *Casa de las Derelitte* como instituto del todo privado, según las palabras del Padre Carlo.

La aprobación de la Iglesia fue concedida, pero solo de palabra.

Y por una razón clara: en aquel tiempo no era posible abrir una nueva casa religiosa, y aún menos fundar una congregación, sin el permiso de la corte imperial austriaca. La curia no habría podido emitir un decreto en contraste con las leyes civiles. Si se quería evitar la interferencia de la autoridad política, no quedaba pues sino una vía: fundar la congregación en los hechos, pero evitar cualquier asidero o sospecha a los ojos vigilantes de la burocracia. Por esta razón, en las reglas no se usaron nunca los términos « *congregación* » y « *hermanas* », sino únicamente los de « *casa* » y de « *maestras* » o « *hermanas* ».

Causa extrañeza pues que el Padre Carlo y *don* Luigi fueran después acusados de haber buscado con insistencia reconocimientos legales de Austria. Ya se tratara de Austria o de Italia, la cuestión era muy distinta. Los críticos eran obviamente personas acostumbradas a

tergiversar la realidad. Sin embargo un reconocimiento legal era necesario para protegerse, como decía el Padre Carlo, de las incertidumbres del corazón humano.

Se recurrió, por tanto, a un contrato notarial privado entre los miembros de la comunidad, que las vinculara en una asociación de hecho, especialmente en lo que se refería a la propiedad común de los bienes.

El contrato fue redactado por el notario doctor Andrea Bassi el sábado 23 de diciembre de 1848 en doce artículos; fue firmado por trece Hermanas — nueve dedicadas a la enseñanza y cuatro a los trabajos manuales. Lleva el título de « *Convocato a Capitolo* » (esto es: Convocado a Capítulo).

« *Estas señoras, elegidas por la Providencia para asistir a esta obra pía en la educación de pobres niñas abandonadas de esta ciudad regia, han considerado cómo por la gracia de Dios este instituto se está consolidando y acrecentando, tanto que su duración en el tiempo no parece ya dudosa, y se han unido por tanto en caridad fraterna en un solo cuerpo bajo la protección de su patrono san Cayetano* ».

Aunque tampoco en este documento se hable explícitamente de hermanas y de congregación, en el texto recurre de todos modos varias veces la definición de « *hermanas de san Cayetano* ».

De la lista de nombres resulta que ya había sido adoptado, quizá desde 1845, el prefijo « *Maria* »; todas sin embargo mantuvieron el nombre que tenían en el mundo, salvo la Cortelazzis y la Colloredo, que aparecen con el nombre religioso asumido respectivamente entre las dominicas y las "*Dimesse"*. Solo en 1851 — con Sor Maria Giacinta De Monte (8) y Sor Luigia Dario — se introdujo la costumbre de tomar un nombre nuevo para la vida religiosa.

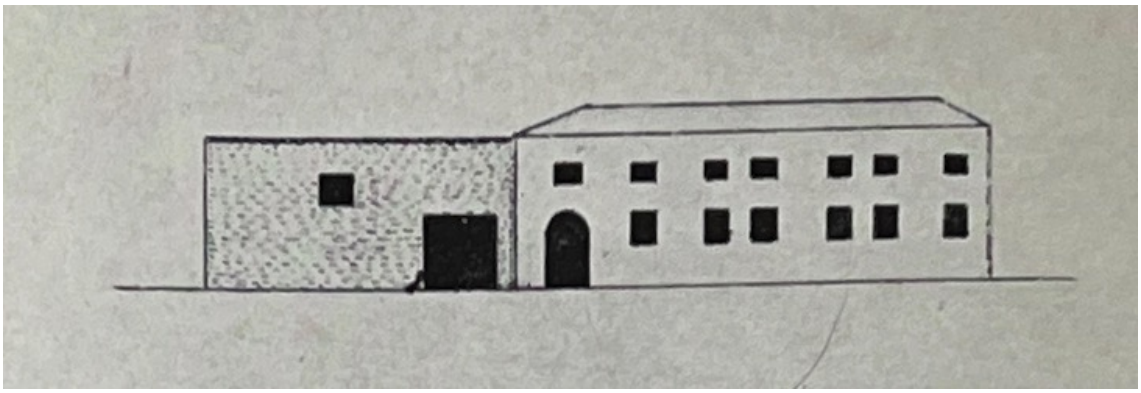
Al "*Convocato a Capitolo*" del 23 de diciembre de 1848 las Hermanas harán siempre referencia como al acta de fundación de su comunidad, hasta la aprobación del Papa en 1862. Dos días después, en Navidad, se celebró la elección de la Superiora y de los demás cargos. Fue confirmada Sor Lucia De Giorgio (10), que había sido provisional en el trienio precedente y permanecerá como Superiora hasta la muerte.

Así la pequeña nave de la congregación desplegaba ya las velas al viento del buen Dios: velas que habían sido ya empujadas por un soplo de heroísmo en aquel atormentado 1848.

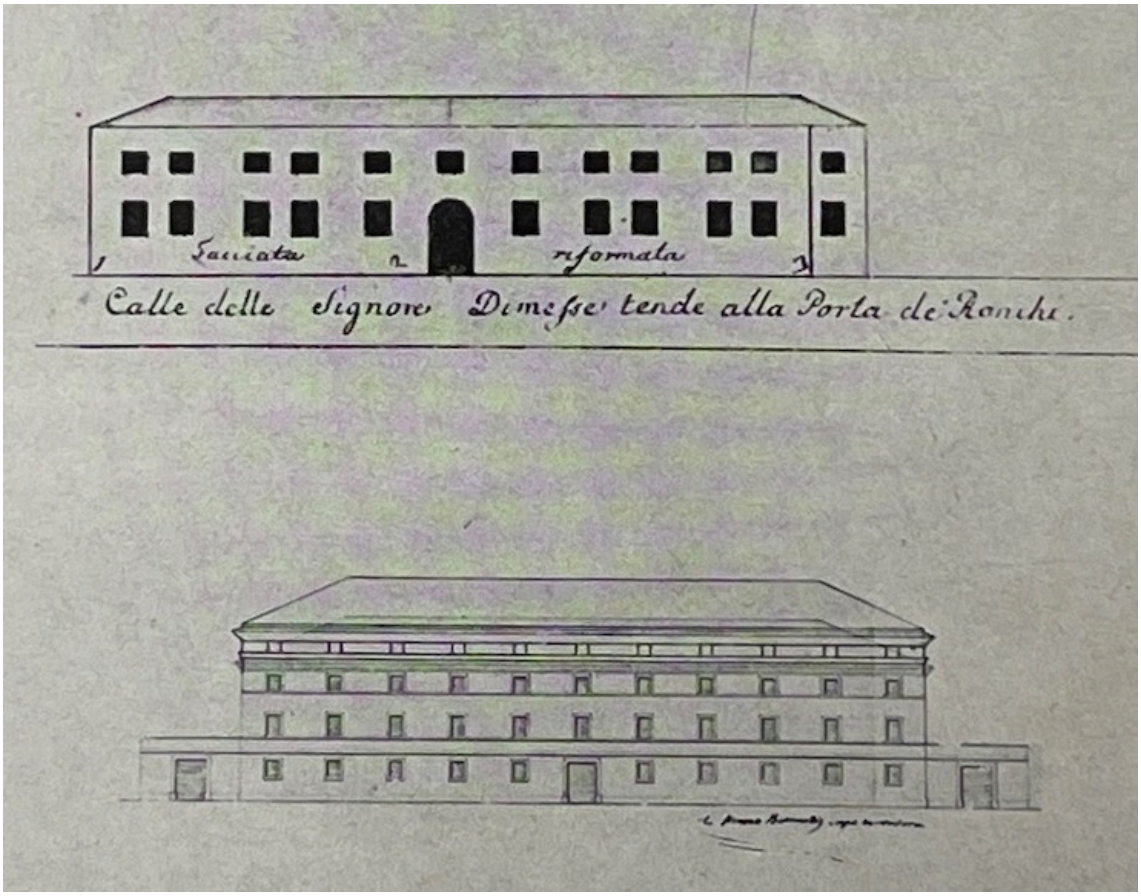
Un título y un hábito

« ... *de san Cayetano* » son llamadas las hermanas en el documento del 23 de diciembre de 1848, pero ¿no son acaso « *de la Providencia* »? En realidad, en los primeros tiempos eran conocidas como « *hermanas de las pobrecillas* », porque dedicaban sus cuidados a las pobres hijas del pueblo. Por este motivo, ante la pregunta de algunos Sacerdotes que le preguntaban a qué congregación pertenecía, Sor Giacinta De Monte se sintió un poco azorada. « *Estamos bajo la protección de san Cayetano* » respondió tras un momento de vacilación. Se apresuró a referir lo sucedido apenas regresó a casa. El Padre y las hermanas discutieron inmediatamente la denominación y fue establecido el título de « *Hermanas de la Providencia* ».

Sor Giacinta fue protagonista también de otro episodio relativo al hábito, puesto que había un poco de desacuerdo entre el fundador y las hermanas. Ella llegó de *Orzano* a Udine y, puesta al corriente del problema, aceptó vestir el hábito elegido por sus hermanas. Así vestida fue llevada ante el Padre el cual, no bien la vio, aprobó sonriendo el nuevo hábito.



Dibujo de la « *casetta* », primera sede de la Casa de las *Derelitte*.



Proyectos para la reestructuración de la Casa de las *Derelitte*.
Se realizó el segundo más audaz y más funcional.

Capítulo 5

EL PADRE LUIGI Y LAS HERMANAS DE LA PROVIDENCIA EN LA REVOLUCIÓN DE 1848

El júbilo popular del 17 de marzo de 1848

Los cuarenta días de la revolución de Udine de 1848 han sido tratados en crónicas o diarios, a menudo redactados posteriormente; sin embargo, una historia crítica de aquel período queda aún por escribir. No es este el lugar para hacerlo.

Consideramos necesario, sin embargo, restituir el clima de la ciudad en aquellas jornadas palpitantes. A tal fin, nos confiamos a las notas de Monseñor Valentino Pajani [(1)], secretario del cabildo metropolitano de Udine, insertas en las actas capitulares. Son notas de forma lingüística incierta, pero preciosas por ser inéditas, vivas por la frescura del sentimiento inmediato y redactadas por un Sacerdote, es más, por un Canónigo.

El 18 de marzo Pajani escribe:

« *Inesperado y más allá de toda imaginación, consolador y aplaudido por toda Italia, fue el evento ocurrido en los primeros días de marzo en Viena. La capital entera, alzada contra el odiado primer ministro Metternich, invadió su palacio prendiéndole fuego, demolió las caballerizas de los soberbios caballos y acudió al palacio imperial para exhortar a su majestad a reconciliarse con su pueblo; hubo asaltos al arsenal y riesgos mortales. Todo esto ocurrió el día 12 del corriente.*

Llegada a Udine en la oscuridad de la noche (del 17 de marzo) esta felicísima noticia, enseguida todos los ciudadanos se agolparon besándose, abrazándose y gritando por toda la ciudad para que se encendieran las luces en las ventanas de los palacios. En cada barrio resonaban los gritos: "Viva Pío IX", "Viva Italia proclamada libre de los soberanos extranjeros".

Este fermento carente de desórdenes duró toda la noche y toda la jornada sucesiva, a pesar del tiempo lluvioso. Las autoridades dispusieron inmediatamente reunir a la guardia nacional, armarla y hacerla patrullar la ciudad con orden militar, sin insultar a los soldados austriacos ni a los oficiales, respetándose recíprocamente. Hacia las 11 horas, en la Catedral, Monseñor Arzobispo celebró una misa solemne con la intervención del Delegado Real Pascottini y de la municipalidad, que había retirado el águila imperial del cuerpo de guardia para izar la propia. La multitud en la Catedral fue inmensa y sin incidentes; la ceremonia concluyó con el canto ambrosiano.

---

[1] De Sclaunicco (Udine), nacido en 1769, fue un Sacerdote de íntegro sentir eclesiástico y patriótico; durante algunas décadas párroco de la parroquia udinesa del Ss. Redentore, después Canónigo y secretario capitular, murió en su Sclaunicco natal el 25 de junio de 1848.

El pueblo prosiguió durante todo el día con los "Viva Pío IX", aunque continuase lloviendo; se ordenó la iluminación nocturna, se adoptó una escarapela tricolor (rojo, verde y blanco) y se están formando los cuerpos de la guardia nacional, que recibirá una paga en los días de servicio...

Sin embargo, en medio de un júbilo tan exuberante, no pocos temen consecuencias funestas, según el proverbio: Extrema gaudii luctus occupat [2]*, o sea: a la gran alegría sigue el llanto* ».

Don **Luigi con la gran escarapela**

dDon Luigi fue, en grado perfecto, un Sacerdote según la definición paulina:

« *elegido de entre los hombres, es constituido para el bien de los hombres en las cosas que conciernen a Dios* ».

No fue un hombre político, pues, y aún menos un agitador. Estaba demasiado firmemente anclado en la esfera de los valores eternos para atribuir una importancia que no fuera puramente relativa a las mudables vicisitudes de la política contingente.

Y sin embargo, se adhirió con todo el corazón a la causa nacional. Fue impulsado a ello, entre otras cosas, por aquel amor a la justicia que podríamos definir como « *exasperado* » para indicar su plenitud, y que guio siempre cada sentimiento suyo y cada acción, incluso en las cuestiones más menudas. Le pareció una límpida exigencia de la razón, además de una condición necesaria para la paz, que los austriacos estuvieran en Austria y los italianos en Italia. Es más, vislumbró en ello un verdadero deber moral, siguiendo el proverbio popular: « *A cada uno lo suyo, y así al diablo no le queda nada* ».

En los primeros momentos, pecó ciertamente de esa ingenuidad que emerge de las notas de Pajani: esperó, es decir, que la libertad pudiera ser conquistada sin desórdenes y en el respeto recíproco.

Por aquel entonces era párroco (*pievano*) de *Osoppo don* Pasquale Della Stua [3], el cual poco después — durante el asedio austriaco a aquella fortaleza — se distinguiría hasta el punto de merecer el aplauso solemne del Arzobispo Bricito, ganándose un puesto de relieve entre los Sacerdotes « *patriotas* » del *Friuli*.

Es el propio Della Stua, llegado a ser después Canónigo en Udine, quien nos cuenta la actitud del Padre Luigi en aquellas jornadas. Es oportuno reproducir íntegramente un fragmento de su diario:

« *Era el 19 de marzo, un domingo, cuando se presentaron en la casa parroquial dos individuos, Angelo Venturini y otro de cuyo nombre no me acuerdo, con escarapelas tricolores en el sombrero, armados con fusil y sable. Estaban festivos y exultantes y me*

---

[2] Cfr. Atti del Capitolo, vol. X (1839-1858), c. 165 (A.C.U.).

[3] Nacido en Ampezzo (Udine) en 1815 y muerto en Udine en 1893. Fue inspector escolar de distrito, después Canónigo del cabildo de Udine del que fue secretario y administrador y asistente de la Sociedad de las Madres Cristianas. Durante las revueltas políticas relativas a la fortaleza de Osoppo dio prueba de mucha prudencia, destreza y caridad. (Cfr. F. BLASICH, Note cronologiche ecclesiastiche, ms., pp. 445-447).

invitaban a celebrar para el día siguiente una misa solemne seguida del Te Deum. Les pregunté el motivo de tal función extraordinaria y me respondieron: "Porque el emperador ha concedido la constitución".

Estando yo al margen de toda novedad, repliqué que sin una orden de las autoridades no haría nada, para no exponerme a mí mismo y al pueblo a graves problemas, especialmente por parte de la fortaleza; esta, de hecho, ya alarmada por los alborotos, había cerrado los portones y se decía que mantenía los cañones apuntados hacia nosotros.

Ellos rebajaron: "No tema, esta misma mañana Monseñor Arzobispo (Zaccaria Bricito) ha cantado el Te Deum en la Catedral, en presencia de todas las autoridades". Añadí entonces que, si la autoridad local no tuviera instrucciones al respecto, iría yo mismo a Udine al día siguiente para informarme.

Aquel anuncio inesperado me turbó mucho y aquella noche dormí poquísimo.

Habiéndome levantado temprano y celebrado la misa solo, me puse en viaje hacia Udine, preguntándome qué estaría sucediendo. Llegado a Artegna, vi a todos con la escarapela en el sombrero o en el pecho; hombres armados gritaban hacia mí: "¡Viva Pío IX, Viva Italia!". Lo mismo ocurrió pasando por Tricesimo.

Hacia las 10 horas llegué a Udine cerca de la puerta Gemona (la actual plaza Osoppo) y el primer Sacerdote que encontré fue el reverendo don Luigi Scrosoppi, el cual caminaba con mucha gravedad llevando un coccardone (gran escarapela o distintivo) prendido en la parte anterior de su vestidura.

Ante aquella vista me quedé sorprendido, casi de piedra, y pensé: "Caramba, si los Scrosoppi, que son tan serios y atentos a su propio decoro, llevan la escarapela, hay que decir de veras que hay algo nuevo y serio" [4]. »

El testimonio de Monseñor Della Stua es de gran valor. El Padre Luigi aparece en él como un modelo de Sacerdote, y la estima se extiende también al Padre Carlo y a *don* Giovanni Battista. Aquella gran escarapela no pareció en absoluto una nota discordante respecto a su habitual seriedad; al contrario, precisamente de aquel porte sacerdotal su elección patriótica extraía mayor valor.

Muchos años después, Della Stua sería celebrado como un « *patriota* », mientras el Padre Luigi era mirado con sospecha como enemigo de las instituciones nacionales por ser considerado un « *papalino intransigente* ». ¡Así es la vida! Sin embargo, Monseñor Della Stua, que conocía bien el valor del fundador, fue en 1884 el presidente del comité para las honras fúnebres dedicadas al Padre Luigi en el trigésimo día de su muerte.

Un paréntesis necesario

No es nuestra intención narrar íntegramente los sucesos de aquellos cuarenta días: resultaría de ello un volumen entero.

[4] Memorie sulle vicende di Osoppo nel 1848, escritas por el difunto Canónigo Pasquale della Stua, en Pagine Friulane, 5 de mayo de 1898, p. 2.

Baste evocar a las filas de voluntarios lideradas por Gustavo Modena [5], transportadas por un ímpetu entre lo romántico, lo patriótico y lo místico, que se arrodillan para recibir la bendición de Monseñor Bricito antes de dirigirse a la defensa de *Palmanova*. Piénsese en Monseñor Bricito que, flanqueado por el conde Antigono Frangipane y por Domenico Barnaba [6], ambos con el fusil al hombro, acude a bendecir las barricadas.

Del mismo modo, no deseamos demorarnos en las críticas que siguieron al fracaso de la revolución [7].

Hubo, por ejemplo, quien acusó a la ciudad de Udine de haberse rendido con demasiada facilidad. El propio Monseñor Pajani escribe:

« *El pueblo, irritado por este plan, declaró querer resistir...; llegó un refuerzo de habitantes de Treviso que protestaron contra tal resolución* ».

Se habló sin descanso contra la dirección desordenada e incapaz de la lucha, entre relatos fantasiosos de traiciones y de espías. De nuevo Pajani resume su juicio con estas amargas palabras: « *...infelices pueblos, gobernados por personas inexpertas, tímidas, imprevisoras, etc. etc.* ». ¡Pobre Canónigo! Este fue casi su testamento espiritual, puesto que poco después se retiró a su *Sclaunicco* natal, donde murió el 25 de junio de 1848 a los setenta y nueve años.

Debemos sin embargo dedicar un poco de espacio a una cuestión que involucró posteriormente también al Padre Scrosoppi.

Una cierta historiografía de parte se ha ensañado en pintar al clero como enemigo de la patria y favorable a Austria. Podríamos ignorar tales acusaciones sobre todo porque ninguno de estos presuntos historiadores se ha tomado la molestia de consultar los archivos

---

[5] Gran trágico veneciano (1803-1861) y ferviente mazziniano. Tuvo una vida aventurera y participó en los motines de 1848. Llegó a Udine con los « cruzados venecianos » el 8 de abril de 1848 y entusiasmó al pueblo con sus discursos. Después de lo cual él habría dicho: « Estos pueblos del Friuli están electrizados de amor patrio y de espíritu de independencia cuando yo no lo esperaba ». Expulsado del Lombardo-Véneto, se refugió en Turín donde murió. (Cfr. A. FALESCHINI, Gustavo Modena nel 1848 in Friuli, en Giornale di Trieste, 4-3-1948). Capellán de los « cruzados » en Palmanova fue el Sacerdote Antonio Coiz de Faedis (Udine), (1824-1886). Emigró al Piamonte para participar en la guerra de 1859, después a Milán hasta 1866 y allí escribía para ayudar a los patriotas emigrados. Regresado a Udine vistió el hábito secular, enseñó en varias ciudades de Italia y murió en Bérgamo. « No nos parece exagerado decir que Coiz fue, en su apostasía, de algún modo una víctima del Risorgimento y de la "*cuestión*" que este planteó entre la Iglesia y la unidad de Italia; es "*víctima*" en parte también de coincidencias del todo personales ». Figura a considerar con « un soplo de cristiana conmoción y de reverente piedad ». (Cfr. G. COPOLUTTI, Riflessi della « Questione romana » nel clero udinese durante il pontificato di Pio IX, (tesis de licenciatura) Roma 1963, pp. 102-107, Bibl. Sem. Arciv. Udine).

[6] El conde Antigono (1813-1877), descendiente de familia friulana a la que se atribuyó tal apellido después del siglo XV, fue caballero de la corona de hierro, chambelán, alcalde (*podestà*) de Udine de 1855 a 1860. (Cfr. Encicl. storico-nobiliare italiana, vol. III, Milán 1930, p. 267). Barnaba (1818-1901) nacido en Buja (Udine) y muerto en S. Vito al Tagliamento, fue abogado y escritor estimado. Con la palabra y los escritos mantuvo despierto en el Friuli el pensamiento de la libertad; tuvo una parte notabilísima en la defensa de la fortaleza de Osoppo en 1848. En los diversos cargos que tuvo, trabajó con interés y amor. (Cfr. C. FATTORELLO, Un illustre friulano - Domenico Barnaba, Udine 1890, pp. 26). Para el hecho cfr. D. BARNABA, Da 17 marzo a 14 ottobre 1848, Udine 1890, p. 42.

[7] Sobre la rendición de Udine en 1848 v. P. ANTONINI, Il Friuli Orientale - Studi, Milán 1865, pp. 486-511; D. BARNABA, o.c., p. 50; PIERI CORVATT [P. Michelini], El Quarantevott - Sonetti friulani, Udine 1903 (v. prefacio de G. Marcotti); P., Le vicende dell'originale del « Patto di Udine », pp. 27-28; U. MASOTTI, L'arcivescovo Bricito e l'assedio di Udine nel 1848, pp. 16-19, y T. TESSITORI, Sintesi del 48, pp. 73-77. Il 1848 in Friuli, Udine 1948, pp. 77; G. MARCHETTI, o.c., p. 573.

eclesiásticos para documentar sus tesis; y habrían debido hacerlo, precisamente para hacerlas válidas. Solo las fábulas no necesitan documentos.

La acusación de ser partidarios de Austria fue dirigida a todo el clero véneto: « *austriacantismo* — escribe con razón Giovanni Mantese [8] — *siempre reafirmado, y nunca demostrado* ». Ni puede decirse, a más de un siglo de distancia, que el clima faccioso en que nació haya desaparecido del todo.

Nosotros nos limitamos al clero de Udine. Y puesto que hemos examinado uno a uno los documentos de todos los archivos disponibles, afirmamos que se trata de una grosera calumnia. Ofrecemos solo algunos elementos de prueba.

Podríamos enumerar a los numerosos Sacerdotes encarcelados, investigados o amonestados por la policía austriaca, o bien destituidos de sus cargos. Podríamos citar un volante veneciano del 4 de abril de 1848, firmado por « *Algunos Ciudadanos* », en el cual, lamentando que ciertos párrocos de Venecia callasen, se les exhorta a imitar, entre otros, a « *los párrocos del Friuli* ». Podríamos recordar que en el *Giornale Politico del Friuli*, editado en Udine durante la revolución, se tuvo incluso que defender al clero de las críticas de quienes lo juzgaban demasiado patriótico y lo querían menos comprometido o ausente.

Pero preferimos testimonios más específicos.

Y en primer lugar los de Sacerdotes muy cercanos a Scrosoppi. Por ejemplo, su querido amigo *don* Domenico Someda [9], entonces ayudante de canciller en la curia de Udine, osaba anotar en el registro curial esta nota el 16 de agosto de 1849, a casi un año y medio de la revolución y una semana antes de la caída de Venecia:

« *Al cabildo metropolitano, invitándole por orden de las autoridades civiles a dar las debidas disposiciones para una misa solemne con el Te Deum, a fin de solemnizar el aniversario del nacimiento de su majestad el emperador Francisco José I y último* » [10].

Repetimos: la nota se encuentra en el registro de la curia, que podía caer bajo los ojos de muchos. Someda con aquel último pensó ser un profeta fácil a corto plazo; lo fue, pero muchos años después.

El 8 de agosto de 1848 Monseñor Giuseppe Gortani — viejo amigo del Padre Carlo y del Padre Luigi — escribía desde *Piano d'Arta* al célebre compositor de música sacra *don* Giovanni Battista Candotti:

---

[8] G. MANTESE, Monsignor Giov. Giuseppe Cappellari vescovo di Vicenza, Vicenza 1960, p. 101.

[9] Udinés (1810-1885), durante cincuenta años trabajó en la curia, junto a cuatro obispos, con celo, obediencia y humildad. Canciller episcopal, provicario y vicario reveló en tales cargos singular prudencia, paterna mansedumbre y noble dulzura de trato. Prestó servicio en la iglesia de los filippini, atendió a la predicación y al ministerio del confesionario. Docto y piadoso, gran benefactor de los pobres, dejó el ejemplo de una vida sacerdotal intachable y laboriosa. (Cfr. F. BLASICH, Serie cronologica dei Vicari Generali di Aquileia e di Udine, Udine 1883, pp. 5-8).

[10] Prot. Cancelleria arciv. 1846-1849, (A.C.A.U.).

« *Nuestro asunto, que tanto tiempo nos ha mantenido en angustiosa espera, por lo que se dice, va empeorando desesperadamente, y si es así no nos queda más que, resignados, encomendarlo a la protección de la Providencia* » [(11)].

¡He aquí lo que era la libertad de la patria para ellos: un « *nuestro asunto* », que angustiaba los ánimos!

don Andrea Casasola — que fue durante más de veinte años Arzobispo de Udine y blanco de las encarnizadas iras de los patriotas — estuvo entre los primeros en abrazar la causa nacional. Lo tuvieron que reconocer, tras su muerte, los propios periódicos liberales. Muy amigo de *don* Luigi, había sido su compañero en el viaje a *Stresa* de 1843 y será él quien promueva la primera expansión de la congregación religiosa, haciéndola llamar al hospital de *Portogruaro*.

¿Qué decir entonces del hermano espiritual de *don* Luigi, *don* Francesco Fantoni? Él fue una de las más notables víctimas del mariscal Radetzky, cuando este quiso dar una severa lección a los sacerdotes que habían participado en los motines del Cuarenta y ocho.

¡De esta pasta estaban hechos los proclamados curas partidarios de Austria del *Friuli*! Y nótese bien: hemos hablado solo de Sacerdotes íntimos del fundador de las *Hermanas de la Providencia*, de Sacerdotes que fueron todos, como él, fervientes partidarios del Papa.

Los mismos adversarios políticos tuvieron que reconocer el comportamiento coherente del clero udinés hacia el movimiento del *Risorgimento*.

El senador conde Prospero Antonini, nada sospechoso de clericalismo, escribió que el clero de la archidiócesis de Udine « *se mostraba antes del concordato austriaco de 1855 más favorable que contrario a la causa italiana* » [(12)].

Naturalmente tal propensión se insertaba en un cuadro muy claro:

« *En la ciudad de Udine* — dejó escrito el periodista liberal Camillo Giussani — *en 1846-48 el neogüelfismo se había apoderado no solo de los notables, sino también de los plebeyos* » [(13)].

Se habría podido añadir que aquella corriente había nacido, unos treinta años antes, precisamente en el seno del clero y desde allí se había expandido a las demás clases sociales. En pocos lugares la revolución de 1848 tuvo un carácter neogüelfo tan acentuado como en el territorio de Udine. El propio director de "*Il Giornale Politico del Friuli*" durante la revolución, el futuro diputado Giovanni Battista Castellani y conde de *Montalcino*, procedía del seminario, donde había estudiado hasta el segundo curso de teología; y permaneció siempre fiel al sentir católico. Varios años antes de 1848 participaba, junto al ya recordado Abad Candotti, en un movimiento secreto para la liberación nacional. El senador Gabriele Pecile [(14)], educado también durante algún tiempo

---

11 G. BIASUTTI, Giovanni Battista Castellani redattore del « Giornale politico del Friuli », en III Congresso Nazionale di storia del giornalismo, Udine 1971, p. 124.

12 P. ANTONINI, Il Friuli orientale, Milán 1865, p. 526, nota 1.

13 C. GIUSSANI, Mondo vecchio e mondo nuovo, Udine 1889, vol. II - fasc. I, p. 42.

14 Nacido en Fagagna (Udine) en 1826 y muerto en Udine en 1902. Con su hijo Domenico fue el más grande agrónomo friulano. Se licenció en derecho, formó parte de la Associazione Agraria Friulana, centro de reunión de liberales y

en el seminario pero pasado después al frente opuesto, no dejará de aludir con despreciativa ironía a los tiempos del dominio clerical de 1848. Pecile se había convertido en sobrino político de la tía Rosa Lazzarini y por tanto, según las costumbres de la época y solo en sentido lato, primo del Padre Luigi.

En caso de que estos testimonios no fueran suficientes, he aquí que llega como confirmación definitiva una voz austriaca: nada menos que la del gobernador del *Veneto*, Puchner. En una dura carta enviada al Arzobispo Monseñor Bricito el 20 de diciembre de 1849, lo invita a reprender severamente al clero, especialmente a « aquellos que por su fanatismo se distinguieron y que no dudo le serán bien conocidos », puesto que — escribe — « lamento tener que decirlo, precisamente en la provincia de Udine más que en otros lugares reina un espíritu hostil al actual orden de cosas... ». Incluso dos años después de la revolución, el 19 de febrero de 1850, el mando militar de Udine protestará ante el Arzobispo porque en algunas parroquias no se recitaban las oraciones prescritas por el Emperador y los predicadores no invocaban las rituales bendiciones sobre el monarca. En 1851 el Abad Stefano Dalla Ca', que pronunció un aplaudido ciclo de sermones cuaresmales en la catedral de Udine, omitió intencionadamente aquella invocación en el sermón de clausura; pagará tal audacia con varios meses de prisión en las cárceles del castillo de la ciudad.

La llamada involución, según la cual el clero habría cambiado posteriormente de orientación, ocurrió efectivamente. Sin embargo ya había comenzado antes de 1848. Es un documento célebre de ello la carta pastoral del 8 de noviembre de 1847, en la que Monseñor Bricito elevó una sentida protesta contra la explotación del nombre de Pío IX para alimentar los odios e instigar a los tumultos; una carta que fue duramente criticada por Niccolò Tommaseo.

Las causas de tal involución fueron muchas y no es este el lugar para analizarlas. De todos modos, es del todo injusto y antihistórico reducirla a la fórmula facciosa y superficial de oposición a la libertad italiana y servilismo hacia el extranjero. ¿Por qué no definirla, con sinceridad, como una oposición al modo y al espíritu con los que se estaba realizando la tan deseada unidad nacional?

Este paréntesis — que admitimos ha sido largo — era necesario, y lo consideramos tal para comprender con exactitud las actitudes de entonces y de los tiempos sucesivos del Padre Scrosoppi. De él, sin embargo, no conocemos otro gesto público aparte de aquella gran escarapela exhibida con orgullo. Las sutilezas de la política no eran su campo; lo era en cambio, y lo fue siempre, la perfecta fidelidad a la Iglesia y a la Santa Sede.

Sin duda rezó e hizo rezar para que todo procediera de la mejor manera, pero durante la revolución de 1848 realizó también algo más, que asombró — tal como asombró a sus contemporáneos — por su realismo y por su valor.

---

conspiradores. Bajo el gobierno italiano fue diputado en varias legislaturas, fue largo tiempo alcalde de Udine y en 1880 senador del reino. Sus escritos revelan la participación en las cuestiones de aquellos años en el campo político y social. (Cfr. G. MARCHETTI, o.c., pp. 618-622).

Bajo el fuego de los cañones

don Luigi tenía nueve años cuando, en los alrededores de Udine, se oyeron las últimas descargas de las guerras napoleónicas. Quizá no las oyó o quizá no conservaba memoria de ellas; sin embargo, es una característica de las almas fuertes saber recurrir a todos sus propios recursos en el momento de necesidad.

Sucede no pocas veces que hombres, por otros aspectos notables y excelsos, se pierden en las horas difíciles; el santo, por el contrario, mantiene su firmeza. Si la gracia divina encuentra en su personalidad las dotes naturales necesarias para afrontar la prueba, las refuerza y las eleva a nivel sobrenatural; si no las encuentra, las crea, como ocurrió en el solemne ejemplo de la primera Pentecostés cristiana.

Cuando, el viernes santo 21 de abril de 1848, las granadas empezaron a caer sobre la ciudad, la pequeña familia de la *Casa de las Derelitte* — sesenta huérfanas y una veintena de Hermanas — quedó obviamente conmocionada como por un repentino golpe de vendaval. ¿Qué hizo entonces el Padre Luigi?

« *Fue mientras ardía la refriega — narra con sencillez una Hermana — que, para alentar a las muchachas asustadas, se colgó del botón de su vestidura un cuadro de la Virgen del Rosario. Era aquel el escudo más potente que, unido a la oración más ferviente de su corazón ardiente, impedía a los proyectiles mortíferos golpear y arruinar la casa. De hecho... ninguna bomba cayó sino más allá del instituto, de modo que todo y todos quedaron ilesos* ».

La casa se alzaba a poca distancia de las murallas de la ciudad, en aquel tiempo aún íntegras, en la parte baja de la ciudad, precisamente donde presionaban con mayor fuerza las tropas austriacas del general Nugent. El Padre Luigi, temiendo los incendios, hizo arrojar enseguida por las ventanas colchones y enseres al pequeño patio, preocupándose de proveer a la salud espiritual y física de aquellas pobres hijas.

« *Era la tarde del viernes santo* — relata Sor Giacinta De Monte, entonces solo novicia — *hacia las cuatro, cuando al sonido de la campana fuimos todas llamadas, Hermanas y muchachas, a la pequeña iglesia, donde el venerado Padre nos impartió la absolución* ».

Posteriormente, un grupo de huérfanas fue enviado a casa de las Hermanas *Dimesse*, otro a las *Rosarie*, mientras otras permanecieron en casa con algunas religiosas. Entre estas había una joven con discapacidad física, a la que no había sido posible trasladar.

« *El buen Padre — narra Sor Angelica Gervasoni — tenía siempre los ojos puestos en ella, para que nada pudiera asustarla o hacer aún más triste su ya difícil condición. La hizo pues trasladar al medio del jardín y encargó a tres o cuatro de las más grandes y valientes que le hicieran compañía y la consolaran* ».

Un gesto de exquisita atención que empuja a la Gervasoni a concluir: « *Una tierna madre no habría hecho más por su hija* ».

Pero ya antes de aquel viernes santo, la intuición del Padre Luigi le había sugerido una providencial iniciativa. Superados los primeros días de ilusiones románticas, él había comprendido que la situación se precipitaría. Había por ello invitado al cirujano doctor Giacomo Zambelli a instruir brevemente a las Hermanas sobre cómo curar las heridas. Y, cosa aún más significativa para demostrar su capacidad formativa, supo transmitir a

aquellas mujeres sencillas e inexpertas un heroico espíritu de dedicación. O mejor dicho, aquel espíritu ya lo había instilado; bastó una sola indicación para que aquellas almas generosas se pusieran manos a la obra.

Las Hermanas entre los heridos

« *Entre el Avemaría y la primera hora de la noche* — continúa Sor Giacinta — *nos condujo a ocho al portón y nos dijo conmovido: Que el Señor os bendiga, hasta la vista en el Paraíso* ».

Las Hermanas se dirigieron en parte hacia el liceo — situado cerca de la actual *plaza Garibaldi* — donde se había instalado un puesto de primeros auxilios, y en parte hacia el hospital civil, cerca de la *Iglesia de san Francesco*.

« *En la calle* — escribe Tinti — *encontraron a un tal Passero, que tenía una pierna mutilada por el estallido de una bomba; tras haberlo levantado, cuatro de ellas lo llevaron con cuidado al hospital, y así, uno tras otro, recogían a los pobres heridos* ».

Imaginad a aquellas Hermanas caminando por las calles desiertas al crepúsculo, mientras la población se refugiaba en los sótanos; imaginad su inexperiencia ante la violencia de la guerra, el temblor femenino a la vista de la sangre, mientras llevaban a los heridos en brazos, con las manos y los hábitos manchados de sangre. Debió de pensar en ello también el Abad Jacopo Pirona, quien comprendió que la vida religiosa no las hacía en absoluto incapaces o inútiles, como inicialmente había temido.

Precisamente en el periódico *Lo Spettatore Friulano*, del que Pirona era figura destacada, apareció un mes después, el 25 de mayo, un significativo testimonio de la dirección del hospital. En la noche del 21 de abril, doce personas, entre civiles y militares, habían sido ingresadas en la estructura, casi todas heridas de gravedad.

« *Si por una parte la dirección estaba afligida por el espectáculo doloroso de los sufrientes, por otra se sentía alentada por la aparición inmediata y espontánea de algunas Hermanas de la Caridad, conocidas como* "*Derelitte*"*, del benemérito establecimiento del Padre Carlo Filaferro. Para describir la utilidad extraordinaria de sus oficios, que aún continúan, la dirección confiesa no tener expresiones adecuadas; deja el juicio a quien conoce las obras inspiradas por la pura caridad del Evangelio y se confía a la fama que difundirá, una vez salido del hospital, cualquiera que haya probado su afectuosa e inigualable asistencia* ».

Es oportuno notar que el hospital en aquel tiempo estaba servido solo por enfermeros e enfermeras asalariados; el director, doctor Trombini, tendrá más tarde ocasión de evidenciar sus carencias, especialmente en lo que respecta al personal femenino.

Un artículo del Dr. Zambelli

Pocos días antes, el 20 de mayo, en el mismo periódico había aparecido una carta del doctor Zambelli fechada el 12 de mayo, dirigida « *Al muy amable doctor Formiggini – Trieste* »; una carta que reproducimos íntegramente.

« Cuando el pasado otoño nos encontramos en el vapor que llevaba a Chioggia a los sabios del congreso veneciano, y serenos y seguros, discutiendo temas científicos, atravesábamos las calmas aguas del Adriático, no imaginaba ciertamente que después de pocos meses tendría que escribiros para recordar las desventuras que recientemente han golpeado a mi pobre patria, y para recompensar con bendiciones a aquellas almas nobles que el Cielo ha enviado para endulzar su amargura y sus sufrimientos. ¡Y sin embargo todo esto ha sucedido, amigo mío!

No me detendré a describiros las pruebas bélicas que ha sostenido mi ciudad natal, porque prefiero hablaros de las obras misericordiosas de quien, sin cuidarse de su propia salvación, ha socorrido con consuelo y ayuda a las víctimas de tal flagelo.

Estas palabras mías se refieren a las Hermanas derelitte de Udine, las cuales, en la noche terrible del 21 de abril de 1848, se han ganado el derecho a un agradecimiento eterno entre quienes estiman más las obras piadosas que las gloriosas.

Sabed pues, egregio doctor, que pocos días antes de aquella dolorosísima noche, uno de los Sacerdotes que dirigen el santo hospicio me llamaba diciéndome con discreción: Si consideráis que las pobres derelitte pueden rendir algún servicio a la humanidad en el peligro que nos amenaza, secundando el piadoso deseo de mis hijas, yo os las ofrezco, a fin de que ayudéis con su socorro a los infelices que lo necesiten. Yo aprecié enseguida el tesoro que con aquellas francas palabras se me ofrecía, agradecí con todo el corazón a aquel hombre digno, y por desgracia llegó el día en que la caridad de aquellas criaturas angélicas fue puesta a una durísima prueba.

Al caer la tarde en que Udine fue atacada, al primer tronar de las artillerías, me acordé del ofrecimiento de las hermanas derelitte y las llamé a acudir enseguida al hospital subsidiario del borgo Grazzano, confiado a mis cuidados; antes incluso de que cayera el primer herido, ocho de aquellas bravas hermanas estaban ya en su puesto, dispuestas a soportar cualquier incomodidad y a afrontar todo riesgo para socorrer a sus hermanos sufrientes.

Y fue verdaderamente admirable ver a este grupo de jóvenes mujeres dejar la quietud solemne de su morada; dejar los pacíficos estudios y los cuidados maternos con que se dedican a criar en la fe y en el trabajo a las niñas pobres, para arrojarse repentinamente entre las iras y los rencores del mundo, entre la sangre y los horrores de un asalto militar, entre los dolores y los lutos de los hospitales. ¡Oh! Ciertamente el no desfallecer en un tan rápido cambio de situación no puede haber sido sino un milagro de la caridad, ¡y quien se ocupa de registrar los hechos de esta divina virtud, escriba también este, porque tiene buen motivo!

Fue ciertamente voluntad de Dios que la zona a la que acudieron las generosas hermanas fuera la más duramente golpeada por los rayos de la guerra y donde fue mayor el número de pobrecillos que cayeron bajo su mortífera potencia. Pero la constancia de aquellas elegidas no desfalleció en el durísimo choque; se las vio acudir en ayuda de los que peligraban; se las vio velar como ángeles junto a su lecho y alentarlos con medicinas y palabras dulcísimas; se las vio sostenerles delicadamente la cabeza y alimentarlos con sus propias manos; cuando eran llevados a los hospitales, se las vio esforzarse en limpiar y cubrir las heridas, siempre con el rostro iluminado por una dulzura celestial, siempre tranquilas, serenas y seguras.

Ni menos fuertes se mostraron las benditas hermanas cuando, trasladadas al hospital de la ciudad, tuvieron que ocuparse de los miembros lacerados y sangrantes de aquellos pobrecillos, ni cuando, para salvarlos de la muerte, los vieron sufrir los espasmos indecibles del bisturí quirúrgico que aquellos miembros cercenaba sin piedad. ¡Oh! Sí, lo repito con el ánimo conmovido por el asombro y la devoción: ¡esto fue un prodigio, un verdadero prodigio!

Pero la caridad, lo sabéis bien, óptimo amigo, no conoce rencores de bando, ningún sufriente es extranjero para ella, a todos ella dona iguales afectos e iguales cuidados; por eso las vírgenes derelitte no operaban solamente a favor de sus conciudadanos sino que, como ellas deseaban, dieron prueba de su piedad incluso hacia quien era considerado un adversario.

Por esto, cuando fue ingresado entre nosotros el teniente coronel de artillería barón Smola, gravemente herido por un proyectil, ellas fueron generosas en tantos consuelos y le prestaron servicios tan amorosos que, cuando aquel señor se recobró del mortal desfallecimiento que lo oprimía, estrechándome la mano me dijo: Recibid mis agradecimientos, me habéis confiado a los cuidados de unos ángeles.

Y cuando pocos días después aquel oficial recibió la visita del general de artillería conde Nugent, este, oído de él cuánto las hermanas derelitte habían hecho por servirle, les expresó vivos agradecimientos en nombre suyo y del ejército que él manda.

Han pasado ya más de veinte días desde aquella noche fatal, y un selecto grupo de hermanas derelitte desempeña aún la santa tarea de socorrer a los heridos. Ellas son su esperanza y su consuelo; son la admiración de los médicos y el ejemplo para los enfermeros asalariados, a los cuales enseñan cómo debe ser cumplido este difícil ministerio.

Y tras pruebas tan bellas, tras haber visto cuánto beneficio puede derivar a los enfermos de los servicios prestados por quien está inflamado por la caridad, ¿podremos nosotros dudar que quien administra el hospital civil de Udine no se esfuerce con toda su fuerza para que los pobres enfermos no deban nunca más ser privados de un semejante socorro? ¡Oh, confío demasiado en la fe y en la cortesía de aquel presidente para temer una tal desventura!

De este modo, en poco tiempo, aquel lugar que es tan evitado por los pobres se convertirá en una estancia querida y deseada, como lo habría sido siempre si los enfermos, en lugar de ser dejados en manos de siervos mercenarios, hubieran tenido en su ayuda a quien nada espera y nada pide a los hombres, porque espera cada premio y cada recompensa del Cielo ».

Prueba de fuego

El breve asedio de Udine no causó graves daños materiales. Alguna vivienda fue alcanzada o incendiada por el fuego de las artillerías austriacas, pero las pérdidas de vidas humanas fueron afortunadamente limitadas. Los registros del hospital civil informan de cinco fallecimientos a raíz de las heridas recibidas. En las dos parroquias más expuestas, situadas en la zona meridional de la ciudad hacia la que presionaba el ejército enemigo, se contaron otros cuatro muertos: uno solo en la *parroquia de san Giorgio* y tres en la del

Carmine. Entre estos últimos hubo dos ciudadanos — padre e hijo — y un capitán de los granaderos austriacos, un tal Francesco Giuseppe Schima, moravo, alcanzado por el cañón defensivo justo fuera de la puerta *Aquileia*.

El daño más profundo fue sin embargo el moral: la amargura por la rápida derrota y las acusaciones de cobardía dirigidas a quienes gobernaban en aquel momento. Incluso el Arzobispo, Monseñor Bricito, fue acusado de excesiva condescendencia hacia el enemigo. Fue precisamente a él a quien se le rogó negociar la rendición; la leyenda lo describe caminando descalzo por la *vía Palmanova* entre las tropas austriacas que, conmovidas, extienden sus mantos en el camino a su paso. El Arzobispo respondió a estas críticas en una larga y célebre carta, reproducida por Antonini, definida como escrita « *con franqueza y con imparcialidad histórica* ».

Tras las ingentes tragedias de 1914-1918 — cuando Udine se convirtió en "*la capital de la guerra"* — y los dramas de 1940-1945 con los bombardeos masivos, podríamos sentir la tentación de sonreír definiendo como « *tremenda* » la noche del Viernes Santo de 1848. Sin embargo, hay que sumergirse en aquel tiempo: tras treinta y cinco años de paz ininterrumpida desde 1813, hacía falta un valor auténtico solo para lanzar una piedra contra la gorra de un guardia austriaco o para entonar los coros del *Nabucco*. Hacía falta aún más para empuñar un fusil y levantar barricadas.

El heroísmo de las Hermanas *derelitte* no aparece en absoluto disminuido por el alcance limitado de sus acciones. Considerando la vida extremadamente reservada de las mujeres de entonces, y en particular de las religiosas, su gesto fue sorprendentemente audaz. Ellas fueron, de hecho, precursoras de las enfermeras voluntarias de la Cruz Roja, impulsadas exclusivamente por el espíritu de caridad.

El Padre Luigi estaba orgulloso del testimonio ofrecido por sus hijas espirituales; no buscaba el aplauso del mundo, sino que se regocijaba al ver que las Hermanas eran capaces de un amor a Dios y al prójimo dispuesto a desafiar la muerte.

Una vez proclamado el armisticio, se esmeró en reunir a las huérfanas dispersas con una alegría profunda. La Pascua no fue festiva en los consumos, pero lo fue en el fervor de la oración comunitaria.

Las Hermanas, que asistían a los heridos, permanecieron prestando socorro en el hospital durante cien días, hasta finales de julio.

El barón coronel Carlo Smola

Según las crónicas de Tinti, este oficial austriaco fue trasladado al hospital tras la rendición de la ciudad. Parece que fue alcanzado precisamente cuando, asomándose a la plaza de la *puerta Aquileia*, invitaba a los sitiados a la rendición.

El barón Smola recibió cuidados amorosos de la Superiora, Sor Lucia De Giorgio, y de Sor Amalia Borghese. El Padre Carlo, gracias a su perfecto conocimiento de la lengua alemana, le fue de gran apoyo espiritual. El coronel, en señal de gratitud, le escribió posteriormente: « *Tenga por seguro que el recuerdo de la asistencia que usted me prestó en el período más triste de mi vida no faltará nunca* ».

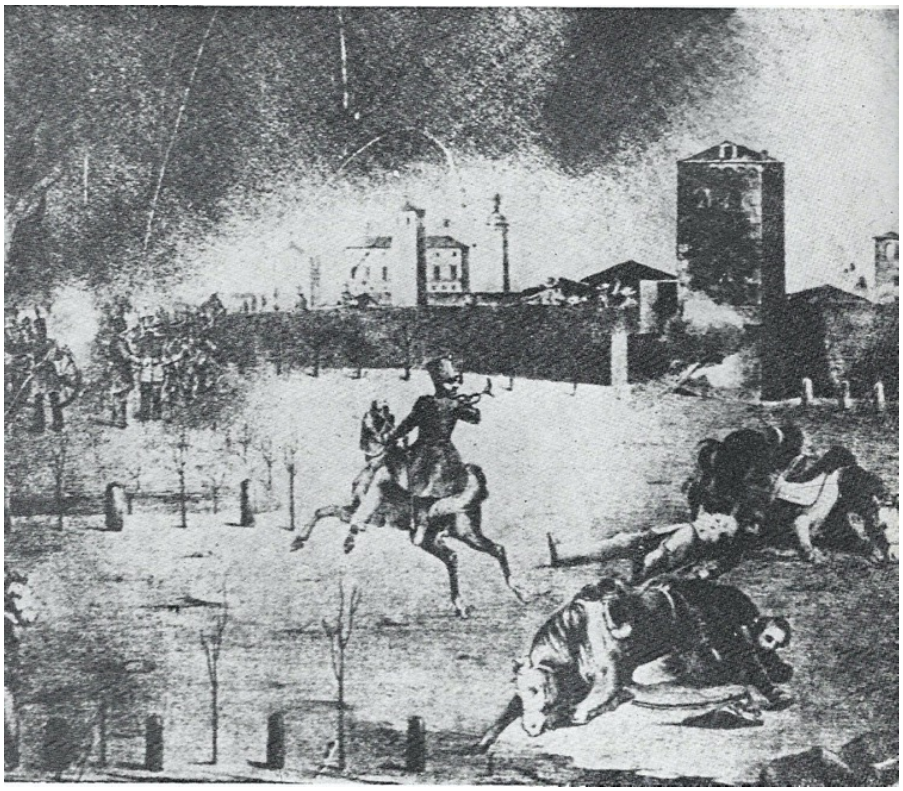
Tras cincuenta días de sufrimiento, el barón se recobró y visitó el Instituto de las *Derelitte* para agradecer personalmente a los dos Sacerdotes. Una vez regresado a Viena, mantuvo una constante relación epistolar con los hermanos Scrosoppi, acompañando a menudo sus cartas con generosos donativos para la obra. Este oficial se mostró agradecido no solo de palabra: intervino de hecho ante la administración imperial para favorecer la permuta de algunos campos fuera de las murallas por un amplio terreno situado justo enfrente de la *Casa de las Derelitte*.

En una carta enviada a *don* Luigi el 4 de mayo de 1854, con ocasión de la muerte del Padre Carlo, Smola escribió:

« *Estoy profundamente apenado por la pérdida de su hermano Carlo... estoy convencido de que él encuentra ya en el cielo la recompensa por haberse sacrificado en favor de la inocencia pobre. Lo veneraba como a un santo... Él ha dejado en usted a un digno sucesor* ».

Concluía encomendando a su familia a las oraciones de *don* Luigi, hacia quien alimentaba la más viva estima.

En aquella derrota de 1848, las Hermanas y los dos hermanos habían obtenido sobre el enemigo la más alta victoria: la de la bondad.



Grabado de época que reproduce la mención del barón coronel Smola bajo las murallas de Udine asediada en 1848.

Por qué las Hermanas no se quedaron en el hospital de Udine

El doctor Zambelli había expresado el deseo de que las *Hermanas de la Providencia* fueran contratadas de forma estable para el servicio del hospital de la ciudad.

No está claro si, durante los cien días en que permanecieron allí por la emergencia, se habían entablado ya negociaciones formales en tal sentido entre la dirección y el Padre Carlo. Sin embargo, en cuanto las religiosas se retiraron, su falta fue inmediatamente advertida. El 5 agosto, la dirección del hospital escribió al Arzobispo, rogándole que interviniera con su autorizada palabra para que fueran asignadas a la asistencia de los enfermos « *algunas de aquellas Hermanas que tanto se distinguieron por la humanidad demostrada en los días de la desventura* ».

El Arzobispo acogió la petición con alegría y el 8 de agosto escribió al Padre Carlo:

« *Estaba precisamente en los planes de la Providencia que, en aquellos días de sufrimiento, todos llegaran a conocer que en esta ciudad se poseía ya aquel tesoro que el que escribe buscaba en otras provincias para el bien del hospital, y que por este motivo la desventura misma se hiciera portadora de los más caros consuelos* ».

El Arzobispo, entusiasta de que su diócesis no tuviera ya que envidiar a las otras aquellas figuras generosas capaces de comprender y ejecutar las sublimes inspiraciones de la caridad, pidió al Director que se pusiera en contacto con él para establecer los acuerdos necesarios y definir el plan operativo.

El Padre Carlo Filaferro respondió el 14 de agosto, poniendo algunas condiciones precisas: requería que el número de Hermanas para el departamento femenino y para el de los expósitos — puesto que la contratación concernía solo a estos dos sectores — se elevara a quince; establecía que la Superiora local debía permanecer subordinada a la Superiora de las *Derelitte*, puesto que la nueva fundación dependería siempre del instituto madre; pedía además que a las Hermanas se les asignara un alojamiento separado, que garantizara la tranquilidad necesaria para dedicarse a la vida espiritual. Desde el punto de vista económico, proponía que el hospital destinara un capital inicial de 1300 liras para el arranque y, posteriormente, una lira al día por cada enfermera. El 28 de agosto, para salir al paso de las dificultades de la dirección, aceptó reducir el número de Hermanas a trece y el capital inicial a 1200 liras.

El 29 de agosto el Arzobispo escribió a la dirección del hospital comunicando que todo obstáculo había sido removido. Por el contrario, estaba a punto de surgir el problema más grave.

Dos días después, el Padre Carlo se dirigió a la oficina del director del hospital — que en aquel tiempo era el doctor Persoli Dell'Onore — para acordar concretamente la cuestión del alojamiento. Es evidente que él tenía muy en cuenta la « *quietud necesaria para las cosas del espíritu* », como ya había solicitado. Con tal fin, insistió en que a las Hermanas se les concedieran algunos locales situados frente a la fachada de la *Iglesia de san Francesco* (hoy demolidos), donde sin embargo desde hacía catorce años se había establecido el Asilo de Caridad dirigido por *don* Pietro Benedetti.

El director, que inicialmente no había dado importancia a la cláusula sobre el alojamiento, quedó desconcertado. Escribió inmediatamente al Arzobispo explicando que para el asilo infantil estaba en vigor un contrato de alquiler válido hasta 1851; añadió que la adaptación de aquellas salas para uso de las Hermanas habría requerido un gasto de mil florines, una suma imposible de encontrar en las actuales condiciones económicas del hospital, y que la

opinión pública juzgaría negativamente el desalojo del asilo. Invitó por tanto al Arzobispo a inspeccionar personalmente los otros espacios ofrecidos por el hospital, para verificar si eran compatibles con las condiciones puestas por el Padre Carlo. Con una reflexión bastante amarga, concluía afirmando que — si las Hermanas de las *Derelitte* no cedían o lo hacían solo por pura obediencia — sería mejor abandonar la idea y reanudar los contactos ya iniciados con las Hermanas del instituto de *Lovere*, dado que la mejora de la situación política permitía ahora una regular correspondencia postal.

No sabemos si Monseñor Bricito realizó aquella inspección. Lo cierto es que las negociaciones se interrumpieron y las *Hermanas de la Providencia* no entraron en absoluto en el hospital de Udine.

Cuatro años después, no las Hermanas de la Caridad de *Lovere* — fundadas por las santas Bartolomea Capitanio y Vincenza Gerosa, hoy comúnmente llamadas « *de María Niña* », sino las Esclavas de la Caridad de *Brescia*, fundadas por santa María Crucificada Di Rosa, hicieron su entrada en la estructura. En aquel momento *don* Benedetti, con su asilo, tuvo que dejar los locales y trasladarse durante algún tiempo a la *calle Cicogna*.

Es muy probable que, además de la divergencia sobre el alojamiento, hubiera en el ánimo de los dos hermanos Scrosoppi una prudente vacilación en solicitar la expansión de la congregación. Quizá consideraron necesario un ulterior período de preparación interior, o quizá reflexionaron sobre la advertencia evangélica: « *Nadie es profeta en su tierra* ».

Los dos fundadores y los perseguidos políticos

No sería justo concluir esta narración sobre los sucesos de 1848 sin añadir un detalle que, a nuestro juicio, pone de relieve la altísima estatura moral del Padre Carlo y del Padre Luigi.

A sus espaldas estaba la responsabilidad de un instituto de huérfanas. Sabemos bien cuánto se opusieron siempre a toda forma de tutela o control por parte de la autoridad civil. Sin embargo, la llamada « *prudencia humana* » (o sea, la cautela dictada por el oportunismo o por el temor material) habría debido al menos sugerirles no atraer las sospechas de la policía austriaca, que habrían podido causar serios problemas y trabas. De todo ello, ellos no se preocuparon lo más mínimo.

Cuando, cuatro años más tarde, el mariscal Radetzky ordenó el alejamiento del seminario — que había sido uno de los más ardientes centros de patriotismo — de algunos docentes, entre los Sacerdotes afectados estuvieron *don* Fantoni y *don* Valentino Liccaro, amigos de larga data [(15)] de los dos hermanos Scrosoppi.

---

[15] Habían sido acusados de tener «falsos y exagerados principios de la supremacía eclesiástica sobre las potestades civiles». Para don Liccaro se recordaron también sus «malos» antecedentes políticos y su «encarnizada aversión» al gobierno cuando estaba en Zara, por lo que fue expulsado de allí. El vicario general Monseñor Darú los defendió el 30 de diciembre de 1852: para Liccaro no existía relación alguna entre los hechos de Zara y las circunstancias presentes; «jamás dio muestra de exaltada opinión sobre la potestad eclesiástica». Las materias enseñadas por don Fantoni no ofrecían siquiera ocasión de tratar de la supremacía de la Iglesia. Informaba después, a propósito de Fantoni al que unía también a don De Apollonia, que se trataba de habladurías malévolas hechas por algunos que, inclinándose por vías torcidas, juzgaban a los dos Sacerdotes demasiado rígidos de moral y celosos en la observancia de la disciplina eclesiástica. Concluía elogiando la «ejemplar religión» también de los otros profesores «a quienes rinde justicia la ciudad

Pues bien, los dos hermanos no solo no se distanciaron de ellos, como sucede desgraciadamente a menudo cuando un amigo se convierte en sospechoso o perseguido, sino que desde aquel momento los tuvieron más caros que nunca.

Liccaro prosiguió su ministerio en la *Iglesia de santa Maria Maddalena* y en 1854 sería su orador oficial. *Don* Fantoni, por su parte, permaneció tan unido al Padre Luigi que pudo ser considerado por derecho propio, junto con él, casi un cofundador de la congregación de las hermanas.

Si en esta actitud emerge ante todo el noble valor humano de una amistad fiel, no se puede dejar de vislumbrar en ella también una caridad solícita y un sereno, pero firme, orgullo.

y la diócesis», alabando su enseñanza que inculcaba «fiel sujeción a las supremas potestades eclesiásticas y civiles como enseña el Apóstol, y de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Defensa vana: el 15 de febrero de 1853 por orden de Radetzky los Sacerdotes Liccaro y Fantoni (y con ellos también don De Apollonia y don T. Turchetti, ecónomo) debían ser «por miras políticas inmediatamente alejados del propio seminario, y absolutamente excluidos de cualquier encargo en la instrucción pública». (Cfr. U. PELLEGRINO, o. c., vol. II, pp. 384-391).

Capítulo 6

EL SEPTENIO DECISIVO
DE LAS ASCENSIONES ESPIRITUALES (1845-1852)

Los años que van de 1845 a 1852 fueron como una « *celda en el tiempo* » para el fundador y para las *Hermanas de la Providencia*: un período de concentrado e intenso recogimiento, casi fuera de las inquietudes del siglo.

En cuanto a las hermanas: si las maestras de la *Casa de las Derelitte* rebosaban docilidad y generosidad, no benefició ciertamente a su serenidad espiritual la década de largas e inciertas búsquedas para encontrar una congregación a la que confiar la obra. *Don* Luigi trajo claridad y paz con la constitución, en la Navidad de 1845, de la primera comunidad religiosa de las *Hijas de San Cayetano*. Esto ocurrió sin duda a título de experimento, pero precisamente este compromiso requería de las hermanas, y sobre todo de él, un período de gran tensión formativa.

El súbito clamor de 1848 cayó en medio de aquel período de aislamiento y suscitó una respuesta de heroica dedicación, que no apartó ni distrajo del santo propósito, sino que más bien lo revitalizó.

En cuanto al fundador: ¿cómo habría podido él moldear aquel variado grupo de almas hacia la perfección religiosa? La experiencia no lo socorría ciertamente, le quedaba pues un solo método: precederlas y arrastrarlas con el ejemplo. No estaba en su carácter exigir de los demás lo que no hubiera hecho primero. Debía pues pedirse todo a sí mismo para poder pedir mucho a sus hijas espirituales.

En verdad, creemos que ya ha emergido claramente de su formación y de sus obras el espíritu animador de *don* Luigi: ardiente, magnánimo, tenaz y activísimo; pero al mismo tiempo humilde, esquivo y amante de un celoso ocultamiento. Entre 1845 y 1852 ocurrieron sin embargo algunos hechos que nos permiten mirar a fondo en su vida interior, precisamente entre los cuarenta y uno y los cuarenta y ocho años de su vida.

Es la época en la que toda personalidad alcanza un asentamiento o un desajuste casi definitivos.

A menudo sucede que, precisamente en los llamados « *buenos* », el asentamiento se realiza en una bondad resignada o amarga. Aplacados los fervores y desvanecidos muchos entusiasmos, la virtud y el fervor de las obras se acomodan en una rutina rica tal vez en sabiduría, pero carente de impulso; o bien las cicatrices de las batallas pasadas agrian el carácter. Cuando en cambio de la tribulación emerge la figura del hombre bueno « *bueno* » (es decir, una persona de profunda y auténtica bondad), resplandeciente de juventud espiritual y suavidad, se grita al prodigio.

No queremos adentrarnos en sutiles análisis psicológicos sobre la vida interior de *don* Luigi, sino que dejaremos hablar a los hechos y a los documentos, de los cuales veremos finalmente brotar destellos de heroica santidad.

Don Luigi se hace oratoriano

Ya desde 1815 algunos ciudadanos de Udine — entre los cuales figuraba el señor Domenico Scrosoppi — habían presentado una súplica al emperador de Austria para que permitiera el restablecimiento de la congregación de los *filippini* en Udine; es probable que fuera también por este motivo por el que el Padre Carlo renunció, en aquella época, a entrar entre los Jesuitas. Sin embargo, la petición no fue acogida.

En los veinticinco años siguientes no se llegó a nada concreto.

El Padre Carlo volvió a pensar en ello en 1840, tan pronto como se le confió la dirección de la Iglesia de *santa Maria Maddalena*. Como no había esperanza de que el gobierno austriaco devolviera la antigua sede — utilizada para las oficinas de la delegación provincial y hoy sede de la jefatura de policía y de la prefectura — comenzó inmediatamente las negociaciones con los hermanos Francesco y Niccolò Braida para adquirir el edificio que llevaba entonces el número 1850, situado en el extremo norte del actual palacio de correos. Con la aprobación entusiasta del Obispo Monseñor Lodi y gracias a las contribuciones de veintiocho ciudadanos, el 26 de enero de 1842 pudo finalmente firmar el contrato de compra. Dos meses y medio después, el 9 de abril, llegó finalmente el decreto imperial que aprobaba el restablecimiento de la congregación de los *filippini* de Udine. El documento ponía sin embargo la condición de que esta no gravara nunca las arcas del Estado u otros fondos públicos y que se dedicara al cuidado de las almas bajo la dirección del Obispo diocesano. Se mantenía además el pago anual de 344,82 liras a la Iglesia de *santa Maria Maddalena*, que pasaba definitivamente a la congregación.

La casa Braida, sin embargo, era poco salubre e inadecuada para albergar a los nuevos religiosos.

A esto se añadió una ulterior complicación burocrática: a pesar de que la decisión imperial del 9 de abril de 1842 había sancionado el traspaso de propiedad de la iglesia a la congregación en vías de reconstitución, los funcionarios impusieron la habitual espera. El Padre Carlo tuvo que esforzarse durante más de tres años para que la promesa se mantuviera. Solo el 4 de noviembre de 1845 el Canónigo Faraj pudo escribirle desde Venecia: « *¡Viva! ¡Viva! En este día, consagrado a san Carlos Borromeo — con el cual san Felipe se llevaba muy bien — me ha llegado, aunque tarde, la noticia cierta del decreto favorable para los filippini de Udine* ». La entrega oficial de la iglesia tuvo lugar el 8 de enero de 1846.

Finalmente, el 26 de mayo, el Padre Carlo, el Padre Antonio Specie — también antiguo *filippino* —, *don* Luigi Scrosoppi y el fraile laico Lorenzo Menon, también él superviviente de la vieja congregación, se reunieron en la Iglesia de *santa Maria Maddalena* para reconstituirla; el Padre Carlo fue, como era natural, elegido Superior.

Pero ¿por qué *don* Luigi se unió a ellos solo cuatro meses y medio después de la entrega de la iglesia?

Sin duda el Padre Carlo había esperado que le siguieran algunos de los excelentes Sacerdotes que prestaban servicio en aquella misma iglesia. En cambio, a pesar del afecto y de compartir los ideales, nadie se adhirió: ni Someda, ni Benedetti, ni Fantoni, ni Liccaro, ni tampoco *don* Giovanni Battista Scrosoppi. Y eso que todos poseían las cualidades y el espíritu necesarios. Pero los tiempos habían cambiado y el futuro aparecía incierto y confuso.

Cabe pensar que a las invitaciones del Padre Carlo no opusieron una negativa rotunda, sino una serie de vacilaciones y de cautas reservas. Precisamente lo que servía para disparar la determinación de *don* Luigi. Él debió de decir, una vez más, al Padre Carlo:

« *Hemos buscado demasiado el consenso de los hombres para volver a poner en pie la congregación. Los tres Sacerdotes necesarios ya están aquí: usted y el Padre Specie; y aquí está el tercero. Para el futuro confiamos en el Señor* ».

Consideramos que las cosas fueron efectivamente así, porque ocho años más tarde veremos repetirse la misma situación hecha de prudentes aplazamientos. Será precisamente el Padre Luigi quien rompa las demoras, de modo casi impetuoso, a riesgo de resquebrajar la amistad con el querido y estimado *don* Benedetti. Esto sucederá porque el Padre Carlo, aun habiendo restablecido formalmente la congregación filipense en 1846, no implantó nunca la vida en común entre sus miembros. Una tarea que, tras su muerte, asumirá precisamente su hermano.

En el impulso y en la constancia con que el Padre Luigi quiso el renacimiento de los *filippini*, además de la devoción hacia el Padre Carlo, podemos vislumbrar el deseo de llevar a término su dedicación sacerdotal de 1827 con la generosidad típica de la vida religiosa, inspirándose en el espíritu del « *Pippo buono* » (el buen Pippo, apodo de san Felipe Neri) del que se había nutrido desde la infancia. Pero había mucho más.

Precisamente porque los tiempos empeoraban para el sentimiento religioso de muchos, él consideraba indispensable proteger y reavivar el valor cristiano de los fieles más devotos, que era uno de los fines principales del Oratorio filipense. Aunque el Oratorio nunca había dejado de existir, el Padre Luigi se esforzó por devolverle el vigor, tanto que en 1857 se convirtió en blanco de agrias críticas dirigidas a uno de sus más asiduos concurrentes, el dramaturgo Giovanni Battista Zerbini [(1)].

Soñaba además con hacer nacer, como era costumbre en las casas filipenses, un centro de formación cristiana para los jóvenes obreros y estudiantes de Udine, o al menos una suerte de círculo juvenil católico de vanguardia [(2)]. No lo consiguió plenamente, sobre todo por la falta de colaboradores adecuados, o lo consiguió solo en mínima parte. Sin embargo, se comprende bien por qué, muchos años después, apoyó con fuerza las iniciativas similares del Abad Giovanni Dal Negro, en las que veía realizarse sus sueños apostólicos.

---

[1] Udinés (1788-1868), en los cargos de diputado, inspector escolar provincial, etc., actuó con conciencia y celo. Al componer los ensayos dramáticos aspiró siempre a la educación moral de la juventud. Profundamente religioso, sensible a los dolores ajenos, socorrió largamente a los institutos de beneficencia. (Cfr. Necrológica en el Giornale di Udine, 18-12-1868).

[2] Cfr. L. TINTI, o.c., p. 78.

Era necesario explicar todo esto para dar el pleno significado a la elección oratoriana de *don* Luigi. Con esta decisión, deja de ser « *don* » para pasar a ser « Padre », como lo llamaremos de aquí en adelante. Probablemente las hermanas ya lo llamaban así desde antes, aunque en sus conversaciones preferían el término friulano « *padrut* », es decir: pequeño Padre. Lo usaban para distinguirlo del Padre Carlo mientras este vivió, y siguieron haciéndolo después porque expresaba bien su afecto filial y su humildad.

Sin embargo, era un « *Padre* » a medias, puesto que la congregación filipense no era aún una comunidad de vida en común.

A las hermanas « *hijas de san Cayetano y de la Providencia* », que habían iniciado su andadura religiosa provisional en la Navidad de 1845, él, que en mayo de 1846 iniciaba su andadura igualmente provisional como « *hijo de san Felipe* », bien podía decirles:

« *He aquí, somos todos* "*provisionales*"*: compitamos juntos para alcanzar la plenitud en el nombre del Señor* ».

La capillita de *san Gaetano*

Al este de la casa anteriormente *Florenzis* se encontraban algunos humildes locales destinados a leñera o almacenes, como sucede habitualmente en toda vivienda rural. Los dos fundadores ya los habían transformado en 1837, obteniendo de ellos la cocina y los espacios para la cría de los gusanos de seda y la hilandería. Hacia 1846 decidieron elevar aquel edificio y construir en él, en el primer piso, una hermosa capillita con un oratorio detrás para la numerosa comunidad. Comenzaron precisamente por la capillita.

Esta fue terminada en la primavera de 1847 y bendecida el 20 de junio por el Canónigo Monseñor Giovanni Battista Bearzi, quien fue durante muchos años colaborador del Padre Carlo. El Vicario Capitular Monseñor Darú la elevó inmediatamente al rango de sacramental, concediendo así el permiso de conservar allí permanentemente el Santísimo Sacramento.

A la capillita de *san Gaetano* aún en construcción alude el conde Lodovico Rota [3] en su librito titulado "*Cenni su alcuni oggetti di belle arti ed utili istituzioni esistenti nella Regia città di Udine capitale della Provincia del Friuli"*, cuyo prefacio se remonta al 15 de mayo de 1847. « *Esta pequeña iglesia, que se está construyendo con la mayor economía posible entre los dos edificios del instituto benéfico, merece ser recordada tanto por su singular ubicación como por su sencillez gótica* ».

De hecho, en su opúsculo, Rota dedica a la iglesia y al Instituto de las *Derelitte* un espacio mayor que a cualquier otra iglesia o institución de la ciudad. Esto no sorprende, puesto que Rota estaba unido a los dos fundadores por vínculos estrechísimos de amistad y de estima; los define como « *veri uomini del Vangelo e... decoro e vanto di questa fiorente città* ».

---

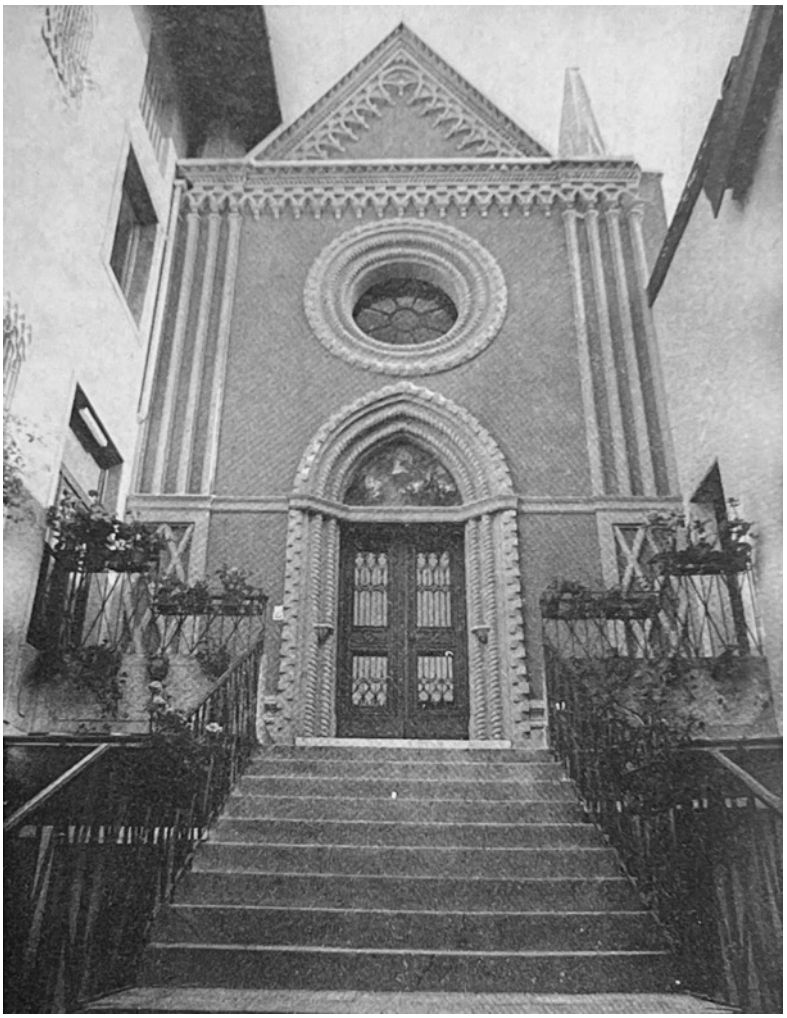
[3] Nativo de San Vito al Tagliamento (1774-1858), descendiente de familia originaria de la zona de Bérgamo, de aquella rama de ella que en el último cuarto del siglo XVI inició la línea de los Rota friulanos (Genealogías, Fondo A. Joppi, Biblioteca Municipal de Udine). Encomendó a dos de sus hijos (Paolo, 1821-1890; Francesco, 1825-1870) a la dirección espiritual del Padre Scrosoppi. (Cfr. Summarium, p. 134, párrafo 432, en Positio...).

Al Padre Luigi le había confiado la dirección espiritual de sus hijos — como atestigua Maria Jacob — y él mismo se había convertido en un asesor técnico voluntario de la casa para las obras de edificación y para la gestión de los terrenos agrícolas de Udine y de *Orzano*.

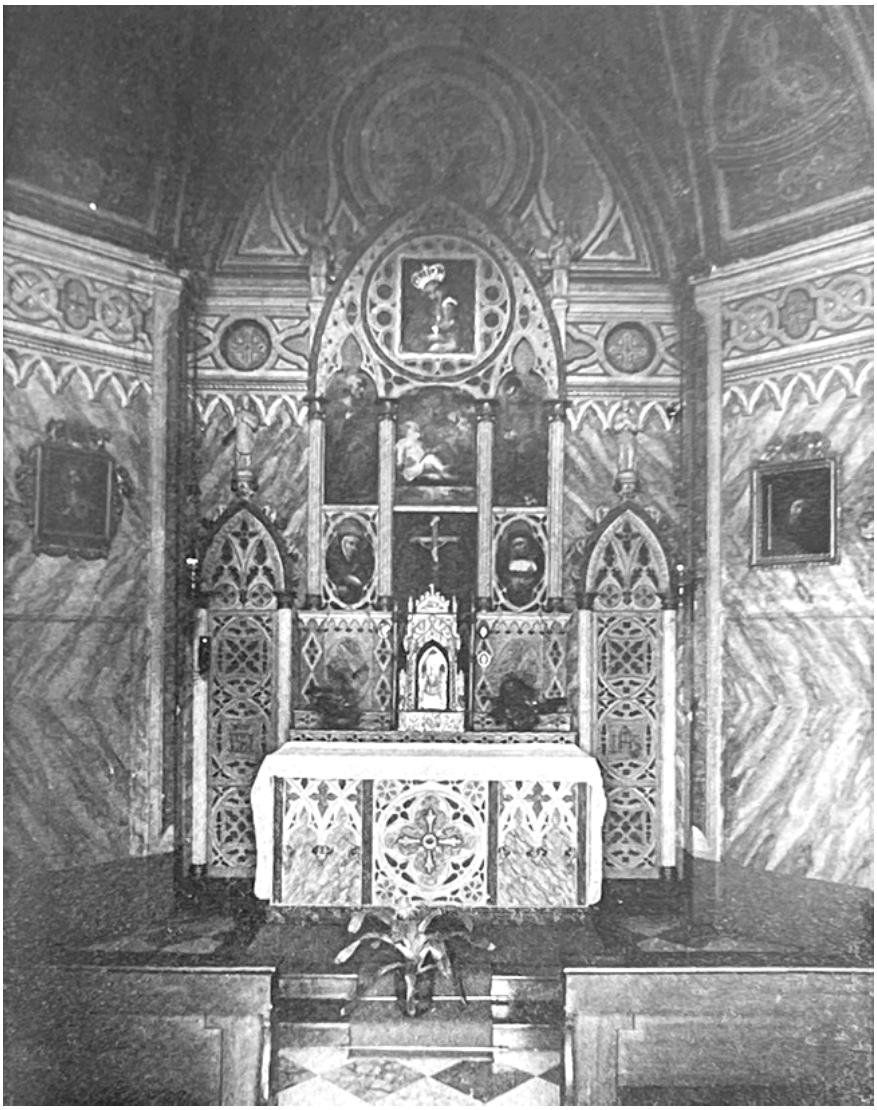
Parece que el proyecto de la capillita es obra del propio conde Rota, que se deleitaba en varias formas de arte, mientras que la parte pictórica habría sido ejecutada por un artista que había prometido empeñar al máximo su capacidad para hacer de ella una joya. Es probable que aquel pintor fuera el ya recordado Filippo Giuseppini.

Al Padre Luigi le interesaba sobre todo que en la casa estuviera presente Jesús sacramentado. Se remonta al 29 de enero de 1849 el decreto de la curia de Udine con el cual se permite la exposición y la bendición con el Santísimo en varios días y festividades del año: cabe recordar cómo semejantes ceremonias se concedían entonces mucho más raramente que en nuestros días.

Desde aquel momento introdujo en la casa la práctica de la adoración perpetua. Él mismo eligió su propio turno, de las 10 a las 11 de la noche, y permaneció siempre fiel a él. El recuerdo de aquellas horas suyas de adoración quedó indeleble entre las hermanas. Testimonios sencillos, preciosos precisamente por ignorar su propia importancia, nos permiten vislumbrar al Padre Luigi en éxtasis, en un camino místico y envuelto en una luz tenue durante aquellos fervientes coloquios eucarísticos.



Udine. Entrada de la capillita de san Gaetano.



Udine. Interior de la capillita de san Gaetano.

Coro interno de la Casa de las *Derelitte* dedicado al sagrado corazón en una foto de 1937, hoy completamente transformado.

« *Que entre los santos tu alma respire* »

Detengámonos un momento a visitar también nosotros la capilla. Es hermosa, y sin embargo modesta, y nos atrae de modo particular porque constituye un indudable monumento que habla de las directrices espirituales del fundador de las *Hermanas de la Providencia*.

El estilo gótico, mencionado por Rota, anticipado por el portón de entrada, caracteriza toda la fachada de la iglesia y la estructura interna, re-proponiéndose en el altar de madera tallada. Puesto que se encuentra en el primer piso, se accede a ella mediante una amplia escalinata de dieciocho peldaños.

En el arco apuntado situado sobre el portal, un fresco, parcialmente restaurado, muestra un nutrido grupo de huerfanitas en su vestido azulado bajo el velo blanco, guiadas por tres hermanas — dos de las cuales situadas en primer plano —, dedicadas a rezar ante un altar con la imagen del titular *san Gaetano*.

La capillita mide internamente, en sus dimensiones máximas, unos 6,50 metros por 5,70 metros. Se trata de un pequeño nido de recogimiento, iluminado suficientemente por las vidrieras de la puerta y por la abertura circular situada en la cima de la fachada.

Nos prosternamos de nuevo para adorar al Dueño de casa, Jesús presente en el sacramento, junto a los restos del Padre Luigi, colocados desde 1952 en el interior de la pared meridional.

Lo que sin embargo captura la mirada es el altar.

Sobre la mesa está colocado el sagrario, en cuya puertecita el Padre Luigi hizo pintar la imagen del *Sagrado Corazón de Jesús*; la representación actual es sin embargo fruto de un reciente retoque ejecutado por una mano no experta. El sagrario está coronado por el tronito gótico destinado a la exposición del ostensorio.

Más arriba, encontramos un pequeño lienzo de *san Gaetano* con el Niño Jesús — procedente de la pequeña casa de 1817 y regalo del Padre Gaetano Salomoni —; cuando fue colocada en esta sede, fue alargada en la base con una franja de color verde oscuro. Aún más arriba hay una Virgen con el Niño, ambos ceñidos por coronas. Estos dos cuadros son obra de un valiente autor del siglo XVIII.

A los lados de *san Gaetano* y de la Virgen resaltan *san Giuseppe* y *san Luigi*, pintados sobre lienzo a figura entera, mientras que en la parte inferior — al lado del tronito — se encuentran pinturas similares, pero de medio busto, de *santa Veronica Giuliani* y de *santa Giovanna Francesca Frémiot de Chantal*.

Sobre las dos agujas del altar de madera se elevan dos pequeñas estatuas de *san Carlo Borromeo* y de *san Vincenzo de' Paoli*, el cual sostiene un crucifijo.

A derecha e izquierda del altar están apoyados en la pared dos estrechos portales en estilo gótico, en cuya cima se encuentran otras tantas estatuitas de *san Filippo Neri* y de *san Francesco d'Assisi*. En ambos portales hay una puertecita que se puede abrir, una decorada con el monograma mariano, la otra con el del nombre de Jesús. Por esta última se distribuía la sagrada comunión.

El Padre Luigi celebró aquí la santa misa durante más de treinta años; lo hacía según el estilo claustral, es decir: permaneciendo no visible a la multitud de las estudiantes del internado y de las religiosas. Existía sin embargo un altar adosado a la pared, en el oratorio de detrás, donde se celebraba durante las festividades solemnes y donde tenían lugar las ceremonias — como las devociones del mes de mayo — reservadas exclusivamente a la comunidad.

En este conjunto de imágenes sagradas cada figura poseía un significado preciso. *san Carlo* y *san Luigi* recordaban a la mente la devoción de los fundadores por sus propios patronos personales; *san Filippo Neri* y *san Francesco d'Assisi* representaban a los padres y maestros de su orientación ascética; *san Vincenzo de' Paoli* era el santo de la caridad y *san Gaetano* el modelo de la confianza en la divina Providencia; finalmente *san Giuseppe*, la Virgen con el Niño y el sagrario hablaban de Jesús, centro de todos los corazones.

A las hermanas se les indicaban como modelos especiales las dos santas, Verónica y Juana Francisca. ¿Por qué razón precisamente estas dos y no otras? Aunque se pueda vislumbrar en ello la influencia de la espiritualidad capuchina, salesiana o de las "*visitandinas*", queridas por los dos hermanos, a nuestro juicio el significado es más profundo. El nombre de Jesús impreso simbólicamente en el pecho de la Chantal y la corona de espinas en la cabeza de *santa Veronica* pretendían recordar a las religiosas la doble característica de su vocación: existir únicamente para Jesús y junto a Jesús sufriente. Aquí se percibe con extrema claridad el principio de la dedicación total y sacrificial, típico del Padre Luigi.

En la bóveda de la capillita, en el interior de dos marcos circulares, están pintados al fresco *santa Teresa d'Avila* y de nuevo *san Vincenzo de' Paoli*. La mano del artista, muy diferente, y otros detalles sugieren que son de época posterior. Quizá el fundador quiso representar en ellos la contemplación y el compromiso caritativo como las dos riquezas o los dos elementos portantes de la *Hermana de la Providencia*, según las reglas establecidas en 1862.

Esta capilla representó la cuna de la congregación, ideada y querida hasta en los mínimos detalles por el Padre Luigi. En ella sentimos realmente aletear su espíritu.

Existe un modo de sentir y de comprender, profundo y misterioso, que va más allá del aspecto material y penetra entre las líneas y las piedras. Quien sabe sumergirse en un silencio profundo lo ha experimentado. Nosotros mismos lo hemos sentido en esta capillita. En nuestro corazón ha resonado el canto solitario del Padre Luigi, hecho de poesía, fe, dulce melodía y fuerza de ánimo. Hemos percibido el coro apagado de cientos de voces de muchachas que seguían, con timidez y alegría, la voz del Padre.

El oratorio interno

Ciertamente los sucesos de 1848 impusieron una interrupción en la continuación de las obras para construir el ala norte de la pequeña iglesia. En el primer piso estaba previsto, como ya se ha mencionado, el oratorio privado de la comunidad [4].

[4] Existe todavía, pero muy cambiado con sucesivas transformaciones. En particular se ha invertido su orientación. En la primera forma el presbiterio estaba al sur, frente a la capillita de san Gaetano donde ahora hay un pasillo de tránsito;

El oratorio no estaba aún terminado en la primavera de 1852, cuando el 7 de mayo murió la humilde Sor Orsola Baldasso, que en sus últimos días de vida hablaba de él como si estuviera ya concluido. Fue llevado a término en el otoño del mismo año. Y para inaugurarlo se pidió permiso para celebrar solemnemente en tal ocasión la fiesta del *Sagrado Corazón de Jesús*, al cual el edificio fue dedicado, tal como lo está actualmente.

El 12 de noviembre de 1852 la *Congregación de las Indulgencias* respondía que no había necesidad de un permiso específico, puesto que Pío VII, con un decreto del 7 de julio de 1815, había ya concedido la autorización general « *que tal fiesta se pudiera celebrar en cualquier día del año con licencia del relativo obispo diocesano, y con el privilegio de celebrar en aquel día la misa propia, es decir de la fiesta del sagrado Corazón de Jesús* », añadiendo una indulgencia plenaria válida también para las almas de los difuntos. El 24 de diciembre siguiente, el registro de la curia de Udine anota un ulterior decreto en el cual, sobre la base de un documento papal, se declara privilegiado el único altar presente en el oratorio de las *Derelitte* y se reconocen indulgencias plenarias y parciales en diversas festividades del año.

Sabemos cuánto le importaban al Padre Luigi las oraciones de sufragio por los muertos. Durante las obras del oratorio, entre 1849 e 1852, habían faltado cinco hermanas, entre las cuales — además de la Baldasso — la venerable Sor Giovanna Luigia Cortelazzis y el alma gozosa de la casa, la hermana encargada de los trabajos manuales Maddalena Morassi.

A estos lutos internos se había añadido la pérdida de su padre, el señor Domenico, fallecido a causa de un ataque de apoplejía el 10 agosto de 1851. No conocemos detalles específicos sobre esta muerte, pero es natural suponer que el corazón del hijo fuera golpeado por el dolor y extrajera de ello un nuevo motivo de desapego de los bienes materiales y de total dedicación al Señor.

Pocos meses después de Scrosoppi, el 4 de marzo de 1852, moría aquel gran amigo del instituto que había sido Monseñor Giovanni Battista Bearzi, el cual en su testamento dejó, entre otras disposiciones, « *A las Derelitte llamadas del Padre Carlo, 100 florines* ».

Era necesario acelerar para aquellas almas, para todas las almas, la alegría y la paz del Paraíso. Por este motivo, el Padre Luigi pidió desde el principio el indulto del altar privilegiado también para esta nueva capilla.

El 25° aniversario de misa del fundador

Algunas hermanas, entre las primeras, sostienen que el Padre Luigi se trasladó a *Loreto* y tomó allí personalmente las medidas de la *Santa Casa*, aunque otras dicen que tales dimensiones — reproducidas después en la capilla de *Orzano*, donde el Padre eligió ser sepultado — las habría obtenido más tarde de una pequeña iglesia en la zona de *Verona*.

Es cierto que entre los objetos que custodiaba con extremo cuidado se encuentra una bolsita con la inscripción « *Polvo de la Santa Casa de Loreto* », la cual, por los caracteres

---

ahora en cambio se abre luminoso en el extremo septentrional del edificio. Era necesario acelerar para aquellas almas, para todas las almas, la alegría y la paz del Paraíso. Por esto el Padre Luigi pidió desde el principio el indulto del altar privilegiado también para esta nueva capilla.

y la imagen sobreimpresa, parece remontarse precisamente a mediados del siglo XIX; existe además una cinta que recoge las medidas del crucifijo de *san Francisco de Asís*. Estos indicios, unidos a su profundo amor por *san Francisco*, llevan a creer que realmente realizó aquel viaje.

¿Y qué momento habría sido más adecuado sino el inicio de la primavera de 1852? El 31 de marzo de aquel año se cumplía, de hecho, el vigésimo quinto aniversario de su primera misa.

Naturalmente, desde *Asís* bajaría después hasta Roma.

Una confirmación podría venir del hecho de que, poco tiempo después, el Jesuita friulano Padre Paolo Beorchia envió a *don* Luigi un breve prefacio para un opúsculo, destinado al Arzobispo de *Gorizia* y orientado a « *ofrecer, a través de su difusión, una ayuda económica a un instituto de muchachas para proveer a sus difíciles condiciones de subsistencia* ». Se trataba del *Orfanato Contavalli*, cuya gestión fue ofrecida a las *Derelitte* por el Arzobispo de *Gorizia* el 28 de agosto de 1852. Puesto que la iniciativa no llegó a buen puerto, el opúsculo no fue publicado. En el prefacio de Beorchia el firmante era indicado como « *el editor P.L.S.* », o sea: el Sacerdote Luigi Scrosoppi. Resulta en cualquier caso evidente que entre el Padre Beorchia y *don* Luigi había relaciones cordiales, nacidas probablemente de una visita de este último a Roma, donde el Jesuita residía.

Una ulterior confirmación de aquel viaje podría ser la creciente devoción de *don* Scrosoppi hacia el *Pobrecillo* de *Asís*. De hecho, el 15 de octubre de 1852 se registra su « *vestidura* » como cofrade de la *Tercera Orden franciscana*, en la cual emitirá la « *profesión* » el 17 de octubre de 1853. Diez años después, el 27 de enero de 1863, el Superior del *convento de los capuchinos* de Udine, el Padre Agostino Scattaglia de Venecia, le comunicaría haber sido elegido por unanimidad Ministro de la *Tercera Orden* de Udine.

Si *don* Luigi había sido siempre franciscano de alma, aquella « vestidura » del 15 de octubre demuestra cómo en aquel otoño ardía en un fervor altísimo. Poco después, él mismo nos dejaría un documento excepcional como testimonio de ello.

El retiro espiritual de noviembre de 1852: humildad en la cruz y voto de servicio

Hacia finales de aquel noviembre, pues, el oratorio interno de la *Casa de las Derelitte* fue inaugurado solemnemente con una celebración en honor al *Corazón de Jesús*, al que estaba dedicado.

La ceremonia fue precedida por un curso de ejercicios espirituales.

¿Fue tal vez el propio *don* Luigi quien los dirigió?

Ciertamente participó en ellos. Y de aquellos días nos ha quedado un documento de inmenso valor.

El original se perdió mientras se encontraba en manos del biógrafo Monseñor Tinti, quien, afortunadamente, conservó su texto. El documento es tanto más precioso cuanto que revela espontáneamente el nivel de espiritualidad al que el fundador había ya llegado.

« *Cuáles y cuántos propósitos el venerado Padre* — escribe Tinti — *estableció en su retiro espiritual, lo demuestran los siguientes escritos autógrafos con ocasión del retiro en noviembre de 1852, renovados por él en los años sucesivos.*

1º Propongo a cualquier precio querer remediar las faltas que por desgracia suelo cometer en las santas oraciones, en la celebración de la santa misa, en el rezo del breviario y en la administración de los sacramentos de la Eucaristía y de la confesión.

2º Propongo querer perfeccionar las acciones cotidianas que realizaré y limpiarlas de defectos:

a) rezando con tal fin cada mañana, nada más levantarme, oraciones especiales a mi querida madre María Santísima, a mi querido padre san José, y a los santos y santas mis protectores;

b) realizando el examen de conciencia al mediodía y por la noche, para ver si hubiera cometido alguna falta en tales obras santas y, en caso positivo, pedir enseguida perdón al Señor y realizar alguna penitencia, como si me fuera impuesta por la propia Virgen.

3º Propongo abrazar el tercer grado de humildad y querer seguir a Jesucristo en la pobreza, en la humildad y en el sacrificio. Pensaré a menudo que Jesús es mi capitán y yo soy un soldado que quiere serle fiel, unido perfectamente a él en el camino hacia el Cielo, para convertirme en una imagen fiel suya. ¡Ah, sí, Señor! Os miraré a menudo en la cruz, donde os encontraré como modelo del tercer grado de humildad. No debo pues solo estimar y amar la pobreza, la humildad y el sufrimiento, sino que deberé desear estas tres virtudes. Para practicarlas y desearlas como bien supremo y herencia mía, me consideraré como un siervo en la congregación de mi padre san Felipe, y como un siervo también en la casa de la Providencia del santo padre Cayetano. Visitaré a enfermos y pobres, poniéndome ante ellos como un siervo.

4º Propongo ser regular y preciso en todos mis oficios y deberes, haciéndolo todo al tiempo establecido y en el modo prefijado, actuando siempre como si el Señor mismo me mandara la obra a realizar.

5º Propongo perseverar en el reglamento de vida establecido, a costa de cualquier sacrificio, y solo la obediencia expresa o presunta me hará cambiar o suspender mis compromisos.

6º Propongo leer estos propósitos y mi reglamento de vida una vez a la semana. »

Cuando el Padre Luigi escribió estas líneas hacía poco que había cumplido cuarenta y ocho años. Una edad en la que, por un lado, el examen de conciencia alcanza necesariamente el máximo de claridad y rigor, especialmente en una nota de íntima reserva redactada a la conclusión de un curso de ejercicios espirituales; y en la que, por otro lado, los propósitos deben adherirse a la situación concreta del alma, puesto que las generosas pero irreales aspiraciones espirituales — podríamos definirlas como santas ambiciones — son comprensibles únicamente en los años de la juventud.

Por estos motivos el documento es un auténtico testimonio de vida y, sin duda, de excepcional importancia.

De él emerge, ante todo, cómo el Padre Scrosoppi había ya superado serenamente las muchas durezas de la lucha interior. No le queda sino el ansia « *de querer perfeccionar las obras cotidianas que realizaré y de limpiarlas de los defectos* », es decir, de las faltas más involuntarias que conscientes. Es más, la pureza de la intención y de las acciones es tal que estas faltas son imaginadas como una vaga posibilidad: « *si hubiera cometido* — escribe — *alguna falta en tales santas obras* »; estas también, en cualquier caso, no escaparían a una inmediata penitencia purificadora, deseada y ejecutada dulcemente « *como si me fuera impuesta por la propia Virgen* ».

Pero lo que golpea profundamente es sobre todo el tercer propósito, con la doble elección del tercer grado de humildad y de la total servidumbre.

El Padre Scrosoppi sigue, en los grados de la humildad, la clasificación de san Ignacio de Loyola.

« *El tercer grado de humildad es perfectísimo* — escribe Tanquerey —. *Es el grado de los perfectos, es el amor a la cruz y a la humillación con Cristo y por su amor; llegados a este punto, se está en la vía de la santidad* » [5].

Si el Padre Luigi se propone este tercer grado, es porque lo sentía ya al alcance de la mano, porque advertía su urgencia en el alma y en la sangre. ¡Había tenido tiempo y ocasiones suficientes para practicar los dos primeros! Ahora no le quedaba sino completar la santa fatiga, subiendo con Cristo a la cruz.

¡A este punto había llegado su espiritualidad! Al punto de no dudar en escribir una frase sorprendente para un hombre concreto, realista, sobrio y alejado de toda retórica como él: « *Quiero... lograr ser una imagen fiel suya* », ¡un reflejo auténtico de Jesucristo!

Otra expresión digna de la máxima nota es aquella con la que el Padre declara tres veces querer considerarse como un siervo: entre los *filippini*, en la *Casa de las Derelitte* y ante los enfermos y los pobres. No creemos que se trate solo de una piadosa expresión; pensamos, en cambio, que nos encontramos ante una explícita formulación de aquel voto de servidumbre [6], que fue pronunciado por otras almas santas y en el cual la llama suprema de la caridad hacia el prójimo se une a una humildad heroica. El prójimo ya no es simplemente el prójimo, a quien amar en nombre del Señor como a uno mismo; el prójimo se convierte aquí en el superior — ¡es Dios, es Jesús! —, que tiene el derecho de exigir servicios prestados con amorosa y gozosa prontitud. Nos lo confirma su vida, pasada siempre en el último lugar para poder servir a todos. Podríamos decir que un voto semejante era previsible. Nació casi espontáneo de su mundo interior y define la forma de su dedicación para los años venideros.

Nos parece de veras conmovedor el crecimiento paralelo de la obra y del alma que la había querido.

---

[5] A. TANQUEREY, Compendio di teologia ascetica e mistica, Roma 1948, p. 699.

[6] La práctica de la caridad fraterna de los perfectos, según Tanquerey, consiste en esto: aman al prójimo hasta el sacrificio de sí mismos: « ¡Habiendo dado Jesús la vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos! » Fue esta la idea que impulsó a santos sacerdotes a hacer el voto de servidumbre respecto a las almas. Y el autor continúa describiendo las manifestaciones de la caridad fraterna por parte de quien ha pronunciado tal voto. (Ibíd., pp. 765-766).

El mismo día en que, con la solemne bendición del oratorio interno, la estructura de la *Casa de las Derelitte* podía decirse verdaderamente concluida, ese mismo día el Padre Luigi — con la humildad en la cruz y con la total servidumbre — parece completar su catedral interior.

La piedad formadora del Padre Luigi

En este mismo período de siete años pesó sobre el Padre Luigi la mayor responsabilidad de su vida: la de dar una precisa y fuerte orientación espiritual a las primeras hermanas y, a través de ellas, proporcionar la tonalidad y la dirección fundamental a la vida de la naciente congregación.

El Padre Carlo le dejó completa libertad de acción, sabiendo que podía contar totalmente con él. *Don* Francesco Fantoni se uniría a él en la formación de las religiosas solo después de 1852, cuando la policía austriaca lo destituyó de la enseñanza en el seminario. Sin embargo, de 1845 a 1852, el fundador se encontró solo para afrontar una tarea de tal compromiso.

Él no tuvo prisa y no buscó anticipar los tiempos. Su pensamiento principal no fue el de elaborar en su despacho el modelo definitivo de la congregación o de la *Hermana de la Providencia*. En las constituciones pensaría solo una decena de años más tarde. Por lo que respecta a las reglas, compuso junto a su hermano el Padre Carlo aquel breve borrador que Pirona no aprobó; pero también aquel intento se hizo solo con la esperanza de obtener un reconocimiento legal para la pequeña comunidad religiosa, que sin embargo no llegó. Posteriormente, basándose en la experiencia concreta y no en esquemas teóricos, fue recogiendo observaciones propias, de las superioras y de las hermanas, hasta que hacia 1860-61 obtuvo de ellas un código de reglas que fue considerado un modelo de perfección.

Por el momento, él se preocupó por encima de cualquier otra cosa de transmitir y consolidar en las hermanas un espíritu específico: aquel espíritu del que quería que estuvieran íntimamente animadas, para que se convirtieran en el tipo de religiosa que él deseaba.

Tal espíritu no podía ser sino un reflejo de su propio mundo interior.

La ascética del Padre Luigi estuvo profundamente centrada en Jesucristo. Pero también en este ámbito él operó una elección precisa. No se concentró en el Jesús de los milagros y de la transfiguración en el *Tabor*, ni en el Jesús resucitado o en aquel que se sienta a la derecha del Padre. Eligió en cambio al Jesús pobre sobre la paja de *Belén*, al Jesús laborioso y oculto de la casa de *Nazaret*, al Jesús sangrante del *Vía Crucis* y al Jesús velado en la Eucaristía. Y, precisamente por esto, buscó al Jesús vivo en los humildes, en los pobres y en los enfermos; al Jesús presente en la comunidad reunida en su amor y en su nombre.

Se trataba de una perspectiva de la vida religiosa perennemente válida y, al mismo tiempo, muy moderna.

Este era el Jesús a quien amar y servir; este era el Jesús esposo del alma de cada cristiano, pero con un acento aún más fuerte para el alma consagrada. Solo una superficialidad mezquina o residuos grotescos de sentimentalismo pueden ignorar o interpretar mal la

potente exigencia de este vínculo nupcial espiritual. A las bodas del Cordero se va para afanarse y morir con él y como él, convirtiéndose en víctimas de caridad en beneficio de los hermanos.

Cuando observamos la multitud de santos en la capillita de *san Gaetano*, quizá alguien pensó en una suerte de dispersión de la devoción, en contraste con esta centralidad de Jesús. Pero no es así.

El Padre Luigi no era en absoluto contrario a un correcto pluralismo dentro de la propia devoción cristocéntrica. Sin embargo, aquellas figuras dulces y queridas llevaban todas a Jesús y hablaban todas de él. Algunas por el inefable vínculo de parentesco, como la Virgen, *san Giuseppe* y, después, los santos *Gioacchino* y *Anna*, a quienes él amaba llamar "*abuelos*". Otras por la cercanía directa a la humanidad de Cristo, como los apóstoles y las tres Marías del sepulcro [7].

Otras más porque protegían nuestra unión con Cristo: los santos del propio nombre recibidos en el bautismo; los santos y las santas que, en la vocación religiosa, definían su estilo particular.

La atención a Jesús no era pues debilitada, sino acrecentada: cada santo lo indicaba a él como el único fin del alma y de la vida comunitaria.

Un lugar absolutamente especial correspondía sin embargo a María Santísima y a *san Giuseppe*. Ciertamente a ellos se dirigía el corazón con particular ternura y gratitud, siendo los intermediarios más cercanos del don del Padre. Pero también en ellos el fundador subrayaba sobre todo el vínculo estrechísimo con Jesús humilde, pobre, trabajador y mártir, y la enseñanza ejemplar que de ello derivaba.

Cuánto el Padre Luigi amase e hiciese amar a la Virgen es más fácil imaginarlo que describirlo. Lo vimos desde muchacho devoto del Corazón dolorido de María y de *María Auxiliadora*. Ya desde 1837, además, colocó en el oratorio de la comunidad una estatua de madera de la Virgen Madre que, por el color rojo encendido del manto, fue llamada "*la Virgen roja*". Se la habían regalado las hermanas *Dimesse* y no tenía valor artístico alguno. Pero ¿qué importaba? Las primeras hermanas la consideraron milagrosa, porque el Padre las enviaba a ella en cada momento difícil o por cada tormento interior, y ellas regresaban de allí serenas.

Hacia 1840 empezaron a difundirse también en el *Friuli* las *Cofradías del Corazón Inmaculado de María* para la conversión de los pecadores, promovidas ya desde 1836 por el Abad Carlo Dufriche-Desgenettes, párroco de *Nuestra Señora de las Victorias* en París. La Iglesia de *santa Maria Maddalena* se convirtió enseguida en el centro de aquel movimiento mariano, y las hermanas y las niñas de la *Casa de las Derelitte* fueron naturalmente inscritas en ella.

Quizá aún antes, pero ciertamente en aquellos años, se introdujo en la misma iglesia la piadosa práctica del mes mariano; y de la iglesia pasó enseguida a la casa, puesto que ya el

[7] En los testimonios y relaciones procesales se habla de la devoción del Padre Scrosoppi a las « tres Marías » del Calvario, devoción que entra en su ascética cristocéntrica: tuvo una tierna adoración por la Humanidad de Cristo, por ello, además de santos vinculados con la Encarnación, veneró a las « tres Marías » que sirvieron a Cristo durante la vida y lo acompañaron en su pasión. (Cfr. Summarium, ej. pp. 104, par. 328; 131, 417; 693, en Positio...).

18 de junio de 1850 el Padre Luigi agradecía al célebre compositor Giovanni Battista Candotti la hermosa composición de las letanías.

Sin embargo, si el fundador indicaba a María Santísima como la dulce mamá, consoladora benévola y potente auxilio, él quería que las hermanas y las huérfanas — especialmente las religiosas — vieran en ella a la madre que acompañó a Jesús en el camino terreno hecho de sudor y de sangre y, por tanto, la maestra del sacrificio y de la mortificación que enseñaba a recorrer el mismo sendero.

Por esto, entre las varias formas de devoción, dio la primacía a la de la *Dolorosa*: y si unió a ella la del Corazón de María, se trataba aun así de un corazón atravesado por la espada. Por esto, también, él buscaba y practicaba la penitencia y la mortificación como si le fueran impuestas por la propia Virgen. Por esto apreciaba tanto las devociones particulares del mes de mayo, en las que dio primero ejemplos a veces asombrosos de pública humillación. Una vez, siguiendo el papelito que había sacado en suerte, quiso besar los pies de la superiora ante toda la comunidad.

San José, después, debía ser el padre de todos porque había sido el padre de Jesús: pero visto en las tribulaciones, en la fatiga y en el ocultamiento. El Padre Luigi hacía admirar su constante y total búsqueda de la voluntad de Dios y la generosa obediencia al ejecutarla, dispuesto a darlo todo sin pedir nada para sí. Además subrayaba aquel su pleno y confiado abandono en la Providencia, hasta el punto de hacerle casi tomar el lugar del tradicional *san Gaetano*. Colocó de hecho una estatua de San José a la entrada de la *Casa de las Derelitte*, nombrándolo dueño de casa, y le puso una bolsa en bandolera al cuello, para que el pan de la limosna pareciera venir de sus manos. La estatua existe aún, aunque sin la bolsa.

In esta sólida piedad formadora del fundador se unía en una espléndida unidad todo lo que las hermanas debían creer, amar, venerar, rezar y hacer. Todo volvía a Jesús: desde la gruta de *Belén* hasta la cruz y el sepulcro del Calvario.

Era el único conocimiento necesario de san Pablo, extendido a la entera humanidad humillada y sufriente del Señor.

Las Madres ancianas

En la historia de las *Hermanas de la Providencia* se llamaron « *ancianas* » a las consejeras que en los primeros tiempos acompañaban a la Superiora. Posteriormente la tradición llamó con tal apelativo a las Hermanas que vivieron en tiempos del Padre Luigi y que llevaron más viva su impronta.

Entre estas se acostumbró también a distinguir tres generaciones: la primera llega hasta 1855, la segunda a 1877 y la tercera hasta su muerte en 1884.

Qué Hermanas salieron de la escuela del fundador es fácil de intuir, después de cuanto se ha dicho.

Habría que añadir solamente una máxima, un poco paradójica, que *don* Luigi solía repetir con significativa insistencia:

« *Debemos convertirnos en santos y grandes santos* — decía él — *pero no en santos de altar.* »

Ciertamente no la tenía tomada con los santos canonizados. Pero quería alejar a sus hijas espirituales de aquellas poses ascéticas y de aquellos imaginarios arrebatos místicos, a los que el ánimo femenino podía verse tentado, para devolverlas a una santidad del todo concreta, puesto que estaba nutrida de humildad, de mortificación y de silencio.

Él nos ha dejado una hoja de « *Recuerdos* », que bien puede definirse como el código scrosoppiano de la vida religiosa.

Comienza así:

« *Seréis pronto santa:*

1. Si os tenéis por un nada;

2. Si desearéis ser abandonada y tenida en ninguna cuenta;

3. Si aceptaréis de la mano de Dios todo lo que os suceda;

4. Si no desearéis otra cosa que hacer la voluntad de Dios. »

Continúa indicando qué tipos de religiosas no alcanzarán nunca la perfección, cuáles en cambio conseguirán la felicidad del espíritu y cuáles son las virtudes y actitudes que llevan a la santificación.

Y concluye con el trinomio « *Hacer, Padecer, Callar* » [8], que debía ser el lema y la enseña de la congregación y de cada Hermana de la Providencia.

Quien invita, aquí, a las religiosas a considerarse un nada, a desear ser abandonadas, a considerarse inferiores a cualquiera, es el mismo que en noviembre de 1852 se propuso abrazar el tercer grado de la humildad y querer considerarse como el siervo de todos.

A las religiosas formadas por el Padre Luigi se les puede aplicar perfectamente el dicho de Jesús:

« *El discípulo no es más grande que el maestro; pero todo discípulo bien preparado será como su maestro.* »

Si no superaron a su Padre espiritual, compitieron sin embargo generosamente con él. He aquí un rápido conjunto de definiciones que describen con eficacia las almas que vivieron en su arrebatador ejemplo; definiciones que recogemos aquí y allá de los preciosos *Appunti biografici*:

« *Afortunadas nuestras primeras madres, que tuvieron la gracia de conocer y de tratar con el venerado padre fundador, y así se sumergieron en aquella sencillez, caridad, humildad y pobreza que él mismo vivía. Ingenuidad y sencillez, virtudes características de nuestras veneradas madres ancianas, porque tanto fueron enseñadas y recomendadas por nuestro venerado padre fundador. Una educación seria y dulce, como se estilaba en aquellos primeros tiempos de nuestro instituto.* »

---

[8] Lema que fue ya de san Pablo de la Cruz (1694-1775).

Parece que en aquel primer bendito grupo primaban tres sentimientos: una perfecta caridad fraterna, un total olvido de sí y una sed inextinguible de mortificación.

« *La familia religiosa... —* dicen de nuevo los "*Appunti biografici" — era un nido cálido de amor, tal como lo deseaba nuestro venerado fundador, y este anhelo del Padre era realizado muy bien en nuestras veneradas madres ancianas. De ellas se podía bien decir y aplicar lo que se dijo de los primeros cristianos: eran un solo corazón y una sola alma.* »

Y hablando de Sor Maria Maddalena, de nombre civil Orsola Marini, entrada en el convento el 22 de noviembre de 1851, se hace esta incisiva observación:

« *Nos disgusta que, tanto de esta como de nuestras otras veneradas madres ancianas, no podamos escribir largas páginas sobre las santas y heroicas virtudes por ellas constantemente ejercitadas. Ante todo, porque eran almas ocultas; rechazaban profundamente manifestar cuánto bien realizaban. Virtudes ocultas, predicaba y quería el Padre Luigi. En segundo lugar, dijo la Madre Osanna, nada se observaba y no se reparaba en sí mismo. En aquellos bellos tiempos de oro del padre fundador no parecía nunca demasiado, en hecho de virtud y de sacrificio.* »

La austeridad y la mortificación ocupaban el lugar de honor.

« *Hay que decirlo, en honor a la verdad —* continúan los "*Appunti" — que nuestras madres ancianas, que tuvieron la gran fortuna de convivir con nuestro venerado padre fundador, aprendieron de su ejemplo y de sus santos enseñamientos un amor grande y concreto a la santa mortificación, a la mortificación de los sentidos, a abrazar con fervor las penitencias y las austeridades del cuerpo, a renunciar a sí mismas incluso en cosas lícitas, a mortificar sobre todo las propias pasiones, los vicios y los defectos...*

Las austeridades en aquella fervorosa familia eran no solo muchas y continuas, sino también tenidas en gran estima. Las primeras colaboradoras en la benemérita obra del Padre Scrosoppi se sentían impulsadas a hacer penitencias extraordinarias, como resulta de algunos papelitos en los que la Madre Lucia De Giorgio pedía al Padre Luigi el permiso para realizar tales actos. Así aquellas almas se fortalecían y se animaban a soportar de buena gana, por amor de Dios y de las pobres muchachas que tenían en custodia, incluso las privaciones cotidianas que la necesidad les imponía. »

Y con una frase de resumen en otro lugar se dice:

« *Ese Dios que escudriña los corazones y tiene registrado cada acto virtuoso nuestro, cada sacrificio nuestro, solo él un día hará visibles a todos los actos heroicos que practicaron nuestras veneradas madres ancianas; virtudes y actos vistos, aprendidos y practicados por nuestro venerado padre fundador, y que ellas sabían imitar tan bien.* »

Ninguna maravilla, por tanto, si no pocas huerfanitas se sintieron fascinadas por aquellos admirables ejemplos. Bastará para todas el testimonio de Sor Diomira Tuzzi:

« *Me vino la vocación —* decía ella *— al ver a nuestras madres ancianas tan humildes, tan mortificadas, tan fervorosas.* »

Pero es muy significativo cómo a cada paso es siempre recordado el fundador; las virtudes heroicas de sus hijas espirituales son siempre presentadas como el espejo de las virtudes

del Padre. Si estas pinceladas perfilan bien el ambiente, bajo un cierto aspecto dibujan con mayor incisividad aún la figura del Padre Luigi como modelo y guía de su pequeño rebaño.

El fundador de una familia religiosa no se reconoce tanto por el hecho de haber instituido una nueva comunidad, como por el alma que supo infundirle y por el impulso con que la arrastró. En esto, el Padre Scrosoppi se nos aparece con una potencia y una incisividad verdaderamente excepcionales.

Florecillas al estilo filipense

A san Felipe Neri le gustaban mucho ciertos gestos, entre lo bromista y lo insólito, con los cuales pretendía fortalecer a sus discípulos en la virtud, especialmente en la humildad.

También al Padre Luigi le gustaron mucho, y su actividad como educador está ampliamente enriquecida por ellos.

Antes de volver a las preocupaciones de los sucesos históricos, queremos concluir este capítulo, dedicado a su vida interior y a la de las hermanas, con algunos breves episodios.

« *Una hermana* — relata un testigo — *antes de 1845, en un período en el que el instituto era paupérrimo y le costaba incluso garantizar el vestuario necesario, recibió de regalo de su hermana la tela para confeccionarse un hábito negro. Como era costumbre, la entregó enseguida al padre fundador, manifestando sin embargo el gran deseo de que se le preparara aquel vestido. Pero el Padre, que quería a sus hijas desapegadas de todo bien y con el corazón perteneciente enteramente al Señor, no solo no la complació sino que, viéndola demasiado ligada a aquel don, hizo preparar el hábito para otra. La hermana aceptó con sumisión aquel sacrificio, a pesar de que le costó mucha fatiga.* »

« *Una novicia* — se lee en otro relato — *mostró un excesivo apego por un libro de oraciones. ¿Qué hizo el Padre? Se lo quitó; después fue a la sacristía. Lo ató con un cordoncito del misal y se lo colgó al cuello, enviándola al medio del coro hasta que las oraciones concluyeron. No quería saber nada de apegos materiales; estos sustraen el corazón a Dios, y Dios lo quiere por entero o lo rechaza.* » Probablemente san Felipe habría actuado del mismo modo.

Algo parecido le sucedió a la ya citada Sor Maddalena Marini. El fragmento de las notas biográficas que habla de ello está imbuido de un humor tan delicado que merece ser reproducido íntegramente.

« *Sor Maddalena poseía hermosísimos libros espirituales y el Padre Luigi, de vez en cuando, le pedía alguno. Un día, finalmente, se los llevó todos. La Madre Maddalena va al dormitorio y encuentra el estante junto a la cama vacío. ¿Qué hago ahora con el estante sin los libros?* — dijo ella —. *Lo tomó y lo llevó a la habitación del Padre. Ahora que se ha llevado los libros, quédese también con el estante, porque yo ya no sé qué hacer con él. Almas sencillas.* »

Este último episodio ocurrió mucho después del período que estamos tratando, pero sigue siendo un gracioso ejemplo del método bonachón y gradual con el que el fundador amaba hacer crecer a las religiosas en la virtud y, al mismo tiempo, de la sencillez con la que ellas aceptaban estas pruebas.

A más de un siglo de distancia, nos parece percibir aún la firme guía de aquel santo hombre, capaz de ser al mismo tiempo dulce y fuerte como un padre. Todo esto para que sus hijas espirituales lo siguieran por el camino de la santidad.

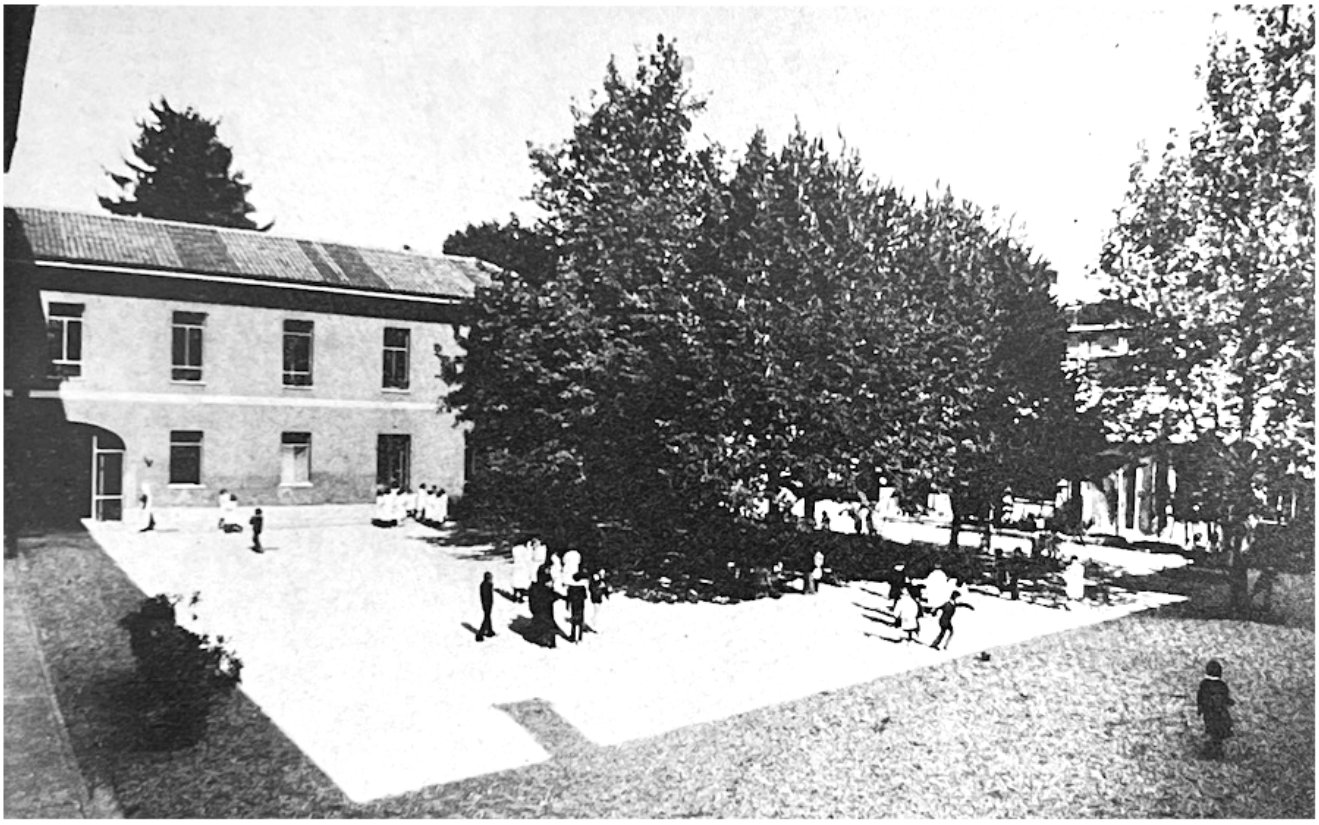
Capítulo 7

EL PIADOSO OCASO DEL PADRE CARLO (1848-1854)

Aire y sol para las niñas frágiles

A veces aquellas benditas niñas llegaban a la *Casa de las Derelitte* en condiciones verdaderamente penosas: estaban desnutridas, padecían de raquitismo, pelagra, escrófula o tuberculosis. Hoy nos cuesta imaginarlo, porque la higiene social y el difuso mejoramiento económico han llevado beneficios inmensos a las clases más pobres, o al menos a su salud física. Pero en aquel tiempo los pobres vivían en una miseria espantosa.

Naturalmente el corazón de los dos hermanos, animado por una profunda caridad cristiana, acogía a aquellas inocentes desafortunadas con una ternura especial. Sin embargo, no se podía ciertamente pensar en obligarlas a inclinarse sobre los libros en la escuela, o a trabajar en los talleres con la aguja, ante los fogones de la hilandería o en las máquinas de la tejeduría. Para ellas era necesario ante todo un baño vigorizante de aire y de sol.



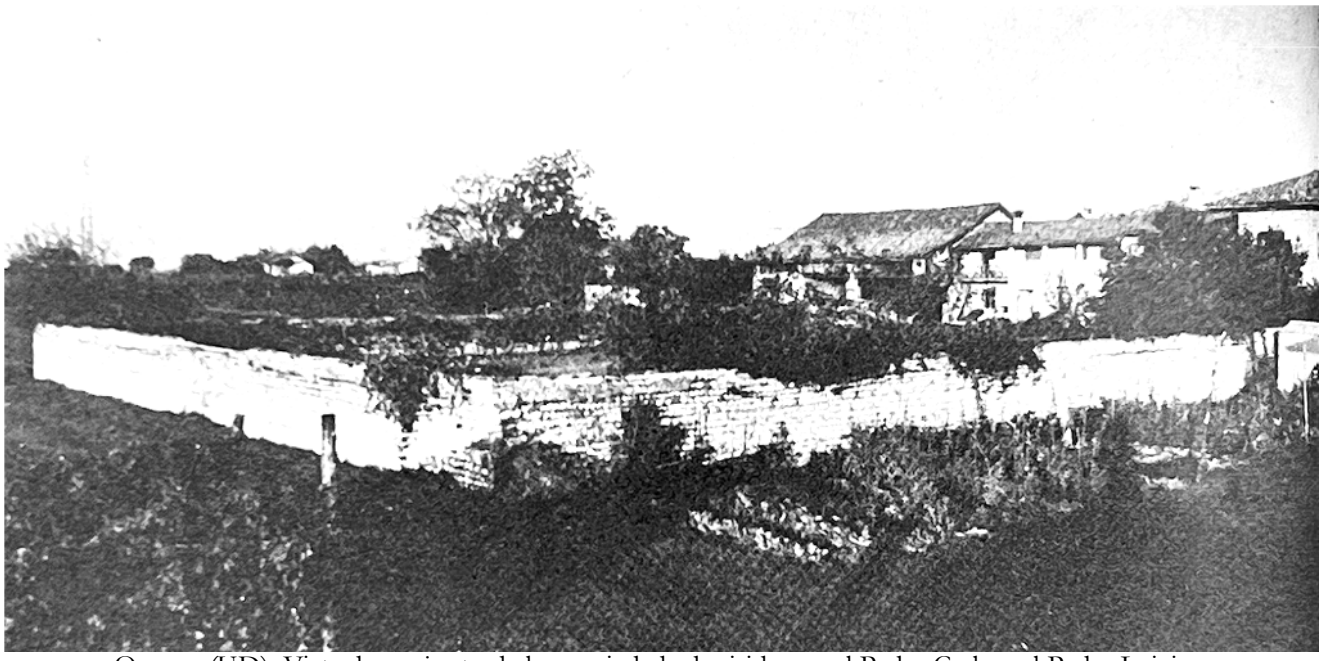
Patio interno del colegio de la Providencia con algunos alumnos de la escuela elemental.

La ciudad de entonces no era la de hoy, y la *Casa de las Derelitte* gozaba de una posición extremadamente favorable: era un lugar aireado, soleado, tranquilo e aislado del aun

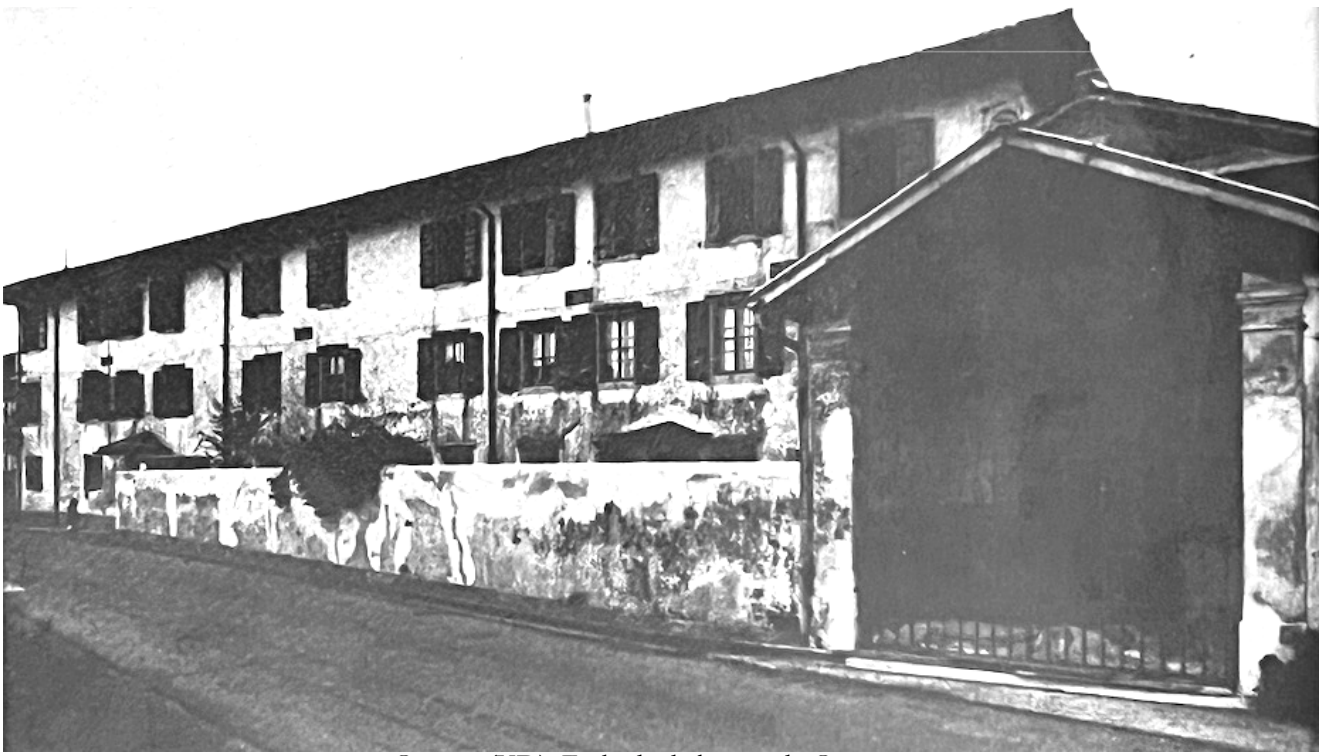
limitado ruido de la ciudad. Sin embargo, a los dos santos sacerdotes esto no les bastó. Pensaron inmediatamente en una casa de campo, considerándola necesaria por diversas razones.

Es sin duda admirable su preocupación por realizar una selección sanitaria para las niñas débiles, tal vez portadoras de enfermedades, separándolas de las sanas para proteger a estas últimas de cualquier posible contagio y para vigorizar a las primeras con los dones inestimables de la serenidad rural.

La casa de campo serviría también a las hermanas y a las muchachas más robustas para turnos de descanso después de la constante fatiga del año escolar.



Orzano (UD). Vista de conjunto de la propiedad adquirida por el Padre Carlo y el Padre Luigi.



Orzano (UD). Fachada de la casa de Orzano.

En esto, como en cualquier otra elección, los dos hermanos compartían el mismo pensamiento. Es evidente, sin embargo, que fue sobre todo *don* Luigi quien insistió en la oportunidad de esta nueva iniciativa: aquel *don* Luigi que pasaba el día entero en contacto directo con las necesidades de la casa; aquel *don* Luigi que había comenzado su apostolado precisamente allí, enriqueciendo la mesa de las huérfanas con carne y guarniciones gracias a sus colectas. En esta decisión se advierte el toque concreto y amoroso de su mano.

Al principio el Padre Carlo esperó abrir esta casa de reposo en Lovaria, a unos nueve kilómetros de Udine, en la carretera que conduce a Gorizia.

En 1833 el señor Pietro Piani había dejado en herencia al hospital de Udine algunas de sus casas y tierras en aquel pueblo, para que se abriera allí un centro de convalecencia para los pobres que eran dados de alta del hospital pero que no tenían una familia a donde volver o que allí no habrían podido recibir los cuidados necesarios después de la hospitalización.

Por varias razones el hospital no había dado vida al nuevo instituto hasta 1842. En aquel año el Padre Carlo, actuando por encargo de los herederos Piani y con el apoyo del obispo monseñor Lodi, propuso a la dirección del hospital encomendarle a él la realización del proyecto. Pedía sin embargo, para evitar cualquier injerencia civil, que se le vendieran aquellos bienes, por los cuales ofrecía veinte mil liras, suma luego aumentada a veinticinco mil en 1844 y a treinta mil en 1847. A pesar de ello, no se concluyó nada.

En 1837 el Padre Luigi, para sostener las santas intenciones de su hermano, renovó la propuesta garantizando un mínimo de mil doscientas jornadas de presencia anuales en el futuro centro de convalecencia y añadiendo también un colegio-escuela para un cierto número de expósitos. Pero no tuvo mejor fortuna.

Los dos fundadores comprendieron desde el primer momento que el proyecto de Lovaria no llegaría a buen fin. Como consideraban indispensable una casa salubre en pleno campo, volvieron la mirada hacia otra parte y la posaron en Orzano.

La casa de campo en Orzano

Orzano es un pequeño pueblo de campo, situado a ocho kilómetros al este de Udine y otros tantos al oeste de Cividale, ubicado un tanto hacia atrás en la orilla izquierda del pedregoso río Torre, del cual lo separa el torrente del Malina.

En aquella época, ambos cursos de agua carecían de puentes. Estos flujos hídricos, que era necesario cruzar a vado, a veces crecían repentinamente y *don* Luigi se encontró en peligro en varias ocasiones.

Un día, por ejemplo, pareció que la ola iba a arrastrar al caballo, al carruaje y a todos los que se encontraban a bordo; el propio cochero perdió la calma. Él, en cambio, no. Una ferviente oración, y he aquí que estaban a salvo en la otra orilla.

Hoy la industrialización llega a aquellas zonas con numerosas empresas de diversos tipos. En tiempos del Padre, la población se dedicaba exclusivamente a las labores agrícolas: a la noble sencillez de la fe y de la vida unía únicamente un interés recreativo, que revelaba la gentileza del alma: la música.

Allí, el 1 de agosto de 1844, el Padre Carlo adquiría de don Pietro Gennaro una villa señorial con casa de labranza, junto con otras tres pequeñas viviendas y cuarenta y ocho campos friulanos. El 1 de octubre del mismo año adquiría a través de un contrato de arrendamiento a largo plazo otros diecisiete campos de propiedad ya comunal y el 20 de diciembre añadía aproximadamente otros ocho del mismo tipo, cedidos por Giovanni Battista Nicolin de Orzano [1].

En total, la nueva propiedad de Orzano consistía en más de cinco hectáreas de terreno de cultivo o pasto y dos zonas pedregosas destinadas a bosque.

De gran ayuda en la ordenación de la colonia agrícola de Orzano fue el ya citado conde Lodovico Rota, experto en agricultura, quien cuidó personalmente de la plantación de vides y moreras, además de pequeños bosques de acacias, chopos y otros árboles para leña. Ya en 1849 el Padre Carlo había invertido once mil liras de entonces en mejoras, sobre todo para adaptar la modesta villa señorial como lugar de vacaciones para las huérfanas y para las hermanas.

Los dos hermanos no descuidaron ciertamente el aspecto económico de las tierras de Orzano, ya que de allí esperaban trigo, maíz, vino, queso y mantequilla, leña y cualquier otro ingreso necesario para sostener la *House of the Derelitte*. Al estar prohibidas las colectas y reducidas al mínimo las ofrendas espontáneas de los benefactores, apuntaron a un autofinanciamiento de su obra. Sin embargo, se mostraron siempre comprensivos, es más, ampliamente generosos con los campesinos o arrendatarios de las tierras de Orzano; no es raro encontrar, en los registros autógrafos de administración llevados por el Padre Luigi, la partida "*subsidios*" concedidos a aquellos trabajadores, especialmente durante los años agrícolas menos afortunados.

Dos admirables criterios del Padre Scrosoppi

Desde el principio fueron enviadas a Orzano algunas hermanas y conversas con un pequeño grupo de huérfanas. El Padre Luigi añadía una « *terciaria* » particularmente adecuada para la gestión económica. Él sacrificaba su soñado deseo de convertirse en religiosa con votos, a fin de que pudiera, sin dañar el recogimiento y la santa pobreza, tratar con los campesinos y con los corredores o acudir a los mercados. Su atenta sensibilidad no le impidió, sin embargo, exigir también a aquellas valiosas colaboradoras una profunda vida interior. Hubo una — apodada la *Rosona* por su estatura imponente [2] — que quedó famosa en los anales de la congregación.

A Orzano enviaba además a aquellas pobres muchachas con problemas físicos y mentales — desechos a los ojos del mundo — que acudían a él para hacerse hermanas. Las

---

[1] Cabe recordar que el gobierno austriaco, por resolución soberana del 16 del abril de 1839, había ordenado la venta en subasta a particulares de los terrenos comunales, que hasta ese momento habían sido administrados por los municipios o aldeas rurales y destinados a pastos o bosques de uso colectivo.

[2] Novello Rosa, nacida en Artegna (Udine) el 11-9-1832, entró en la congregación como terciaria el 24-2-1866 y murió en Orzano (Udine) el 29-3-1908. Dos hermanas la habían precedido en el convento en 1864: Teresa (n. 1-4-1837) y Luigia; la segunda, también terciaria, murió en Cormons (Gorizia) en 1888; la primera vistió el hábito en 1871 con el nombre de Sor Maria Francesca Serafina, profesó en 1875, murió en Cormons en 1918. Para notas sobre Novello Rosa v. Cenni biografici..., ms., vol. II, pp. 293-295.

disminuciones físicas no permitían acogerlas entre las religiosas; el ardiente amor de Dios que las animaba no consentía rechazarlas. Una de estas se convirtió en el ángel de Orzano y murió allí en olor de santidad, amada y venerada por aquella buena población [3].

Una escuela rural en Orzano

Todas las monjas debían practicar el apostolado. Es verdad, la vida solitaria en Orzano podía estar llena de oración y de trabajo, pero al fundador no le bastaba. Era necesario que hicieran el bien.

Por eso, ya desde 1853, quiso instituir allí una escuela elemental femenina para las niñas del lugar. En aquel tiempo eran pocos los pueblos que gozaban de tal fortuna. El Padre Luigi hizo a Orzano ese regalo. Es más, el primer maestro fue precisamente él. He aquí cómo.

Sor Giacinta De Monte, que fue desde aquel año la primera Superiora de la casa, nos ofrece el relato.

« *Era la fiesta de la Inmaculada Concepción hacia la tarde. El Reverendísimo Padre me llamó a su lado y me dijo: Mira, he pensado instituir una escuela en Orzano para remediar la ignorancia de aquellas pobres muchachas. Nosotros partiremos esta noche y pasaremos la noche en Orzano. Al día siguiente llamó a su presencia a la hija del colono y a otras dos, invitándolas a la habitación de la planta baja a quedarse con él. Antes que nada les hizo hacer la señal de la cruz, única práctica religiosa que las pobrecitas sabían hacer; por lo demás, no se pudo oír de ellas ni oraciones ni ninguna otra cosa* [4].

Estas tres fueron la semilla de las muchas que, de modo del todo gratuito, recibieron después aquella instrucción primaria, tan necesaria y preciosa para las pobres hijas del pueblo. El número de alumnas externas en el invierno era considerable; en verano, a causa de las labores del campo, el número disminuía. Se les enseñaba principalmente la doctrina cristiana, luego costura y bordado y finalmente a leer y escribir.

Aunque — continúa sor Giacinta — *el Padre tuviera que alejarse de aquella villa, que tanto amaba y que decía haber elegido como su tumba, aun así cada ocho o como máximo quince días regresaba allí por algunas horas, y allí interrogaba a las muchachas sobre lo que aprendían y se interesaba por su provecho.* »

A la escuela se añadió inmediatamente el oratorio festivo femenino.

Cuando el Padre Scrosoppi llegaba a Orzano para aquellas breves visitas, la noticia se difundía en un relámpago. Acudían a besarle la mano los niños y las niñas, las mujeres y los hombres mismos. « *Quédese con nosotros, Padre* » le suplicaban.

Respondía: « *No temáis, volveré pronto. Y de muerto me quedaré siempre con vosotros.* »

---

[3] Fue Nadalutti Luigia (1844-1902) acogida como huérfana en la Casa de las Derelitte. Estaba tan lisiada en su cuerpo que nunca pudo ser admitida entre las Hermanas. Concluida su educación, el Padre Scrosoppi la mandó a Orzano (Udine) como maestra de costura y profesora de doctrina cristiana, cargo que durante 36 años ejerció « maximo zelo et spiritu Christi ». (Cfr. Summarium, págs. 475-476, en Positio...). Para notas sobre ella v. Cenni biografici..., ms., vol. II, pp. 347-354.

[4] Probablemente una acentuación del relato por parte de sor Giacinta (ver: parte II, cap. 4, párraf. Hacia una propia congregación).

Su cuerpo, de hecho, permaneció en Orzano sesenta y ocho años: tuvieron que llevárselo a escondidas, porque los habitantes de Orzano lo consideraban su único y precious tesoro.

El Padre Luigi amó a Orzano como su segunda patria, la patria de elección: y fue profundamente correspondido en el afecto.

La « *braida* » de los Misioneros

En Udine, frente a la *Casa de las Derelitte*, se extendía una gran *braida* (un prado cercado destinado al cultivo). En un tiempo era llamada « *la braida de los Misioneros* », puesto que hacia mediados del siglo XVIII el último patriarca de Aquilea, el cardinal Daniele Delfino, la había separado de los bienes del patrimonio del patriarcado para donarla a la congregación de los Padres de la *Missione*. Estos Sacerdotes, seguidores de san Vicente de Paúl, habían sido llamados al *Friuli* por el patriarca para que se dedicaran a las misiones populares.

Tras las supresiones de la época napoleónica, la vivienda y el terreno habían pasado en parte al municipio de Udine y en parte al Estado, terminando inmediatamente después bajo el control del ministerio de la guerra. Aún hoy, en su parte occidental, se alzan los edificios del distrito militar de Udine.

El 2 marzo de 1841, el Obispo monseñor Lodi la había obtenido en alquiler, sucediendo a un tal señor Sante Moschini. El 26 de octubre del mismo año había pedido al mando militar poder comprarla, ya que en un tiempo pertenecía al patrimonio patriarcal y le parecía justo que regresara a la Iglesia. Sin embargo, se le exigió un precio exorbitante:

« *A menos que* — escribía el Obispo el 27 de diciembre de 1842 — *en ese terreno no haya enterrado un tesoro que permita cubrir una suma tan enorme.* »

Las negociaciones de monseñor Lodi no tuvieron éxito y el celosísimo Obispo enfermó poco después, muriendo a principios de 1845.

En ese punto, el Padre Carlo comenzó a interesarse en el asunto. Ciertamente le atraía la evidente utilidad de una huerta tan amplia situada justo en frente de la *Casa de las Derelitte*, pero el motivo principal era el deseo de que ese terreno no terminara en manos de extraños, comprometiendo la privacidad del instituto.

El Padre Carlo se empeñó durante años en esta negociación, sostenido con fuerza en Viena por monseñor Luigi Bragato y por el coronel Smola, el mismo que había sido curado por las hermanas en 1848. Fue precisamente Smola quien anunció con alegría, el 11 de noviembre de 1852, la noticia de la conclusión favorable. El 20 de marzo de 1853 se firmó el contrato. No se trató de una compra, sino de un intercambio. El Padre Carlo cedió a cambio algunos lotes de terreno en la *calle Cividale*, que había comenzado a adquirir precisamente con ese fin desde 1848. Esos terrenos sirvieron como plaza de armas, primero para el ejército austriaco y luego para el italiano; hoy están ocupados por el cuartel « *Spaccamela* » del cuerpo de ingenieros militares.

Tan pronto como se adquirió la *braida*, se levantó hacia el suroeste un alto muro de colindancia para separarla del área reservada al distrito militar. El 8 de junio del mismo 1853, el Padre Carlo presentó una solicitud a la junta municipal de Udine para abrir un pequeño portón en la gran muralla que daba a la *calle delle Dimesse*, justo delante de la

entrada de la *Casa de las Derelitte*, y para rebajar el muro cerca de un metro. El proyecto, firmado por el albañil Eusebio Brida, revela que la muralla nunca fue rebajada, mientras que los pilares del portoncito fueron realizados medio metro más altos respecto al diseño original.

Solo en tiempos recientes, en el invierno de 1974, el muro fue finalmente rebajado, manteniendo sin embargo intacto el portoncito.

El terreno fue cultivado como huerto y frutal. Con el tiempo, aquellos árboles frutales se convirtieron en una ventaja para las huérfanas. Las más vivaces, movidas por la golosina, cometían pequeños hurtos. El Padre Luigi, sin embargo, vigilaba y en un momento dado tomó la drástica decisión de mandar cortar las plantas. La hermana encargada de la huerta se disgustó por ello, pensando en las enfermas que agradecían mucho aquellos frutos; se dirigió al fundador rogándole encarecidamente que retirara la orden. Él accedió, pero con la condición de que hubiera una vigilancia más atenta, a fin de que aquellas jóvenes hijas del pueblo no tomaran la costumbre de hurtar.

Sin embargo, al haber árboles frutales también en el patio de la Casa, donde la vigilancia era más difícil, las repetidas advertencias resultaron inútiles. Entonces el Padre mandó cortar primero los árboles cuyas ramas bajas estaban al alcance de las muchachas, y luego tuvo que mandar abatir también los demás. Desde aquel momento, en el patio de las desamparadas se sentaban a la sombra de las moreras. Así como Jesús secó con una maldición la higuera estéril, así el Padre Luigi hizo erradicar manzanos, perales y cerezos, a fin de que aquellas transgresiones no dañaran la educación y la pureza de sus hijas espirituales.

Siempre había modo de comprar la fruta en el mercado; si en cambio no llegaba a la mesa, aquella privación debía servir como enseñanza. Es un episodio demostrativo de su pedagogía de corte evangélico:

« *Y si tu ojo te es ocasión de escándalo, sácalo y échalo lejos de ti; si tu mano o tu pie te es ocasión de escándalo, córtalo y échalo lejos de ti.* »

Madejas de seda enredadas

Aquella concesión del prado cercado — obtenida no gratuitamente, sino a través de un intercambio — representó un raro momento de serenidad, como una solitaria flor de loto que flota sobre aguas agitadas por las opresivas demandas de las autoridades civiles.

El 14 de diciembre de 1850 la administración municipal, impulsada por una circular de la delegación provincial, solicitó el envío de los habituales y minuciosos informes económico-estadísticos. El Padre Carlo respondió el 27 de diciembre precisando que en la casa residían veinte mujeres, entre superiora, maestras y personal de servicio, sesenta alumnas internas y ciento cuarenta externas. No sin una clara alusión polémica, añadió que las rentas del modesto patrimonio y los ingresos del trabajo « *apenas bastan* — decía — *para cubrir la mitad de los gastos anuales, mientras que para la parte restante se debe confiar en algunas limosnas ocasionales de socorredores espontáneos* ».

Y sin embargo el gobierno continuaba exigiendo dinero y no aceptaba justificaciones.

En 1851 el instituto fue obligado a contribuir a los llamados préstamos nacionales voluntarios con una cuota de 1850 liras.

No se podía ni siquiera esperar exenciones fiscales: el 30 de julio de 1851 el Padre Carlo pidió que al menos el edificio del instituto fuera incluido entre los bienes temporalmente excluidos de los impuestos, y la curia arzobispal apoyó la petición con una sentita recomendación. Sin embargo, la delegación provincial rechazó la solicitud, seguida de cerca por el inspector del catastro para el *Friuli* y por la junta central del censo para el *regno Lombardo-Veneto*.

Los dos hermanos eran habitualmente contrarios a pedir subsidios al Estado. En algunas raras ocasiones, sin embargo, se vieron obligados a ello por las graves dificultades financieras de la casa. No se podía ciertamente alimentar a las huérfanas con aire, y los impuestos junto con las cédulas de préstamo quitaban el pan necesario. Enviaron una solicitud de ayuda en 1853, cuando la Emperatriz de Austria pasó por *Sacile*, donde era arcipreste su hermano *don* Giovanni Battista Scrosoppi. Este último escribió el 14 de junio:

« *He hablado personalmente y he entregado en sus manos el recurso que os adjunto en copia. Prometió que hará lo posible, dado que recibe continuas peticiones; añadió que la voluntad de ayudar existe, pero faltan los fondos. Veremos si la promesa tendrá un seguimiento.* »

No tuvo ningún efecto. Sin embargo, la molestia mayor llegó de otra parte. Ya lo hemos mencionado, pero es útil hablar de ello otra vez.

A causa de la pequeña hilandería dotada de cuatro calderas de hilado, abierta desde 1837, la *Casa de las Derelitte* había sido inmediatamente incluida en los registros de los impuestos para la industria y el comercio. En verdad, el municipio de Udine la había eximido siempre sin exigir documentos específicos: bastaba observar la realidad de los hechos.

Pero el 10 de febrero de 1853 la comisión imperial para la determinación del impuesto sobre las rentas exigió su pago, enviando la notificación directamente al Padre Carlo Filaferro. Este tuvo pues un juego fácil al responder, el 28 de febrero, con una carta que merece ser reproducida íntegramente:

« *El devotísimo firmante Padre Carlo Filaferro nunca ha sido propietario de una hilandería, ni podrá serlo jamás, tanto por su ministerio sacerdotal como por su pobre condición económica. A pesar de esto, ha sido considerado casi cada año un operador en esta rama industrial, pero cada año ha sido del mismo modo naturalmente eximido. Parece finalmente oportuno que semejantes errores, repetidos con demasiada frecuencia, cesen de una vez por todas, para evitar a las oficinas públicas continuos intercambios de correspondencia y rectificaciones, y al abajo firmante inútiles dolores de cabeza y molestias.*

Es bien verdad que el firmante, en su calidad de fundador y director de este piadoso Instituto de las Derelitte, ha deseado y permitido que, para la instrucción de las muchachas aquí acogidas, se realicen ejercicios anuales también en la cría de gusanos de seda y en la correspondiente hilatura, utilizando exclusivamente las hojas de morera que es posible

recolectar en el instituto. Esta actividad educativa, como es evidente, no representa un ejercicio comercial gravable, sino una encomiable obra de beneficencia.

Si se quisiera objetar que en el instituto están presentes cuatro calderas y que bastaría una sola para la instrucción, se puede demostrar que estas permanecen en funcionamiento durante muy poco tiempo y que su cantidad es útil para hacer trabajar al mismo tiempo a un buen número de jóvenes, estimulando en ellos el interés, el ánimo y la competencia. Se ha tenido también el consuelo de ver que la seda así producida, aunque en pequeña cantidad, obtuvo hace pocos meses una mención honorífica entre los premios industriales de nuestra provincia.

Si luego, a pesar de todo esto, se quisiera de todos modos considerar dicha hilatura sujeta al impuesto sobre las rentas, se declara que el sujeto titular debe ser el piadoso Instituto de las Derelitte y nunca el Padre Carlo Filaferro, el cual, como representante y director del establecimiento, volvería como de costumbre a demostrar la inoportunidad de tal aplicación fiscal. »

No se podía ser más dignamente claro y, al mismo tiempo, irritado. La firma es del Padre Carlo, pero él era de un temperamento muy afable y diplomático; por esto pensamos que el vigor de la respuesta revela el carácter del Padre Luigi, decisivamente hostil a toda forma de avidez fiscal y de injusticia. Era él, por lo demás, quien en mayo y junio se levantaba a las tres o a las cuatro de la mañana para correr al campo fuera de la *puerta Ronchi* a cortar las ramas de las moreras, regresaba luego a celebrar la santa misa y dedicaba muchas horas del día a trabajar y vigilar la cría de los gusanos de seda. Si se hubiera tenido que calcular un salario para él y para sus colaboradoras, como ocurre en una empresa industrial, del presunto beneficio no habría quedado nada.

Pero no hubo nada que hacer. El Padre Carlo recordó en vano a los burócratas que el sexto párrafo de la ley imperial del 11 de abril eximía a la casa del impuesto sobre las rentas, « *sin siquiera apelar* — observaba — *a la condición especial de este pobre establecimiento que vive exclusivamente de la caridad* ».

Le tocó protestar de nuevo, el 20 de noviembre de 1853, contra la orden de pagar 403,18 liras de impuestos y una cifra equivalente como multa por falta de notificación. ¡Le habían infligido incluso una multa!

El despojo del Padre Carlo

No se trató solo de una precisión burocrática llevada hasta un exceso palmariamente hostil. Por debajo se ocultaba una cierta aversión hacia el Filaferro. Además de la maldita mala hierba — la grama — de la envidia, debía de haber alguien que cubría las críticas con pretextos engañosos.

El pretexto no faltaba en absoluto: hasta ese momento, las casas y los terrenos estaban registrados personalmente a nombre del Padre Carlo. Un poco para acallar a los malintencionados, un poco porque sentía cercana su propia muerte, el Padre Carlo puso remedio a ello con un acta firmada el 2 de enero de 1852 entre él y la superiora Madre Lucia De Giorgio. En aquel documento declaraba — tras una cuidadosa enumeración de los edificios, de las propiedades agrícolas y de los capitales — « *que todos los bienes*

inmuebles arriba descritos los he hecho registrar a nombre de la empresa propietaria privada Casa de las Derelitte en Udine en los registros públicos del nuevo censo estable »; al mismo tiempo, la superiora atestiguaba que la casa, desde ese mismo momento, había recibido la propiedad efectiva y el disfrute de los frutos de cada uno de los bienes.

El 16 de abril de 1852 el delegado provincial real visitó el instituto y el 1 de mayo escribió al Padre Carlo:

« *En la visita por mí realizada el 16 de abril del año pasado al Instituto de las Derelitte en esta ciudad, he podido convencerme de que el buen orden reina en cada una de sus partes, y que a vuestro distinguido celo corresponden con pleno éxito los cuidados del incansable subdirector Padre Luigi Scrosoppi, de la superiora y de las maestras. ... He leído con verdadero placer el acta del 2 de enero del año corriente por vos facilitada, con la que declaráis que todos los terrenos y bienes adquiridos pertenecen para siempre a la privada Casa de las Derelitte y constituyen su actual dotación, indicando uno a uno dichos terrenos y bienes; tal acta solemne servirá, si se hace pública con el depósito del original o de una copia autenticada ante oficinas públicas y notariales, a consolidar la existencia y el crédito económico y moral del instituto.* »

El Padre Carlo no se preocupó de hacer pública el acta, consciente de que no existe modo de apagar la malignidad de quien quiere ser malvado; solo hizo redactar una copia, el 13 de julio de 1852, para que fuera depositada en la curia arzobispal, es decir, en manos de su superior eclesiástico. Las amarguras que le venían de los hombres estaban ampliamente consoladas por la esperanza en el justo Juez divino.

De amarguras tuvo muchas. En estas circunstancias, aún más que en los honores de los primeros años, el Padre Luigi le estuvo doblemente cercano: tanto porque él mismo estaba implicado en ello, como porque sentía en su propio ánimo lo que entristecía los últimos días de su amado y venerado hermano.

La acusación infamante

La murmuración ácida contra el Padre Carlo debía de estar muy difundida y ser conocida por todos, si *don* Valentino Liccaro no tuvo temor de hablar de ello extensamente en el elogio [(5)] que pronunció durante sus funerales ante la multitud abarrotada en la *Iglesia de Santa María Magdalena*.

Él había resumido primero la historia de la *Casa de las Derelitte*; había subrayado de modo particular la administración iluminada y celosísima y la gestión escrupulosa, atribuyendo el mérito — en el texto impreso — al Padre Luigi. « *Tal éxito* — proseguía — , *tantas fatigas sostenidas y tantos méritos adquiridos por el Padre Carlo parecía que debían procurarle la gratitud pública y el aplauso universal. ¡Pero, ay, mísera condición de nuestra humanidad caída! En este bajo mundo no es posible hacer el bien sin chocar con la contradicción y quedar sujetos a los mordiscos de las pasiones malnacidas.* »

Tras recordar el ejemplo de Jesucristo, que había recibido los gritos de condena a cambio del bien realizado y predicado, continuaba: « *Ninguna maravilla, por lo tanto, si el Padre*

[5] Cfr. V. Liccaro, Funebre elogio del padre Carlo Filaferro, Udine 1854, págs. 20-21.

Carlo, haciendo el bien a semejanza del modelo divino, no fue perdonado por las lenguas maliciosas. Se le arrojó encima la acusación de ser un codicioso especulador de la caridad ajena, un ávido cazador de herencias y legados, casi como si los hubiera convertido después en su propio beneficio. »

Tampoco Liccaro perdía el tiempo en rebatir aquellas perversas y calumniosas insinuaciones. « *No tengo necesidad de hacerlo* — exclamaba —; *que hablen los hechos con su lenguaje incontestable.* » Los oyentes conocían aquellos hechos, sabían muy bien cómo se había comportado el Padre Carlo. El orador prefería describir el método delicado y discreto utilizado por el Filaferro, seguro de no poder ser desmentido. El estilo rebuscado no quita nada al vigor de este público y solemne testimonio.

« *Y además observad bien, señores* — decía —, *que el Padre Carlo, para obtener tales resultados a favor de los miserables, debiendo recurrir a la caridad ajena, que es para quien posee riquezas un deber cristiano, no se arrastraba en absoluto ante los ricos o los acomodados, ni los lisonjeaba o les hacía presiones: exponiendo simplemente las necesidades de la obra piadosa, pedía con dignidad, dejando a cada uno plenamente libre, tanto en vida como en muerte, de donar y consagrar a los pobres la limosna que más le pluguiese. Y quien fue generoso con él* — concluía —, *¿no era acaso dueño de su propio dinero como cualquier otro? ¿O acaso no sabía bien cuán fructíferamente sería empleado?* »

Hoy, con los documentos de la gestión escrupulosa de la casa en la mano, con sorpresa nos preguntamos qué legados o qué herencias pudieron desencadenar semejante e injusto revuelo. Desde 1845 hasta la muerte del Padre Carlo encontramos registrados solo seis legados por un total de 4300 liras; otros tres por 7300 liras, una casa pequeña y cuatro campos, llegaron después de su muerte. Y todos procedentes de personas tan acaudaladas como libres de disponer de sus propios bienes, sin perjudicar a nadie.

De más de un indicio emerge que la calumnia extraía fuerza del creciente anticlericalismo, que buscaba asideros para desacreditar a los sacerdotes, sobre todo a los de intrépida fidelidad a la Santa Sede, como lo eran los dos hermanos. El mayor eco debió de ser provocado por dos casos en los que se vio implicado el Padre Luigi. Aludimos brevemente a ellos, ya que precisamente en estos resplandece su sensibilidad.

Las dos donaciones de *don* Giuseppe Pletti

El sacerdote de Udine *don* Giuseppe Pletti [6] había donado, a través de una escritura notarial del 25 de junio de 1843, un capital de 6.000 liras a beneficio de la *Casa de las Derelitte*. Posteriormente, con otro contrato fechado el 18 de marzo de 1846, dispuso de una suma adicional de 8.107 liras para establecer una beca de estudios en la congregación del *Oratorio*, que sería reconstituida dos meses después. Mientras tanto, dispuso que dicho capital permaneciera a ventaja de las *Derelitte*. En ambos documentos, *don* Pletti solicitó expresamente que los fondos y los documentos correspondientes fueran entregados personalmente en manos del Padre Carlo. Este último, por la importancia del asunto y por

[6] Nacido en 1780, muerto en 1846.

una forma de corrección personal, quiso que se preparara una copia de las dos donaciones para ser entregada a la curia arzobispal.

Todo esto había sido gestionado con extrema reserva, pero de modo del todo regular, antes de que la enfermedad llevara a la muerte del donante, ocurrida el 14 de noviembre de 1846.

don Pletti había redactado un testamento a favor de uno de sus hermanos y de la esposa de este último. Sin embargo, un segundo hermano, que había sido excluido de la herencia, envió el 24 de agosto de 1847 una memoria formal al Arzobispo de Udine. En este escrito afirmaba entre otras cosas:

« *Durante su última enfermedad, el difunto fue asistido incansablemente por el reverendo don Luigi Scrosoppi, el cual se había ocupado exclusivamente de todos los asuntos relacionados con Pletti, es decir, de los documentos, del dinero y de todo lo que se encontraba en la habitación; después de su muerte, declaró no haber encontrado ni dinero ni papeles* ».

En realidad, el dinero y los documentos habían sido entregados ocho meses antes al Padre Carlo. El propio autor de la protesta reconocía que los herederos, no queriendo poner en duda la honestidad del reverendo Scrosoppi, habían aceptado su declaración. Sin embargo, pedía al Arzobispo investigar el asunto, amenazando con recurrir a los tribunales civiles.

La investigación fue conducida con tal precisión que el veredicto definitivo se emitió solo más de cuatro años después. El 9 de enero de 1852, el Vicario Capitular Monseñor Darù, hombre de conocida severidad moral, declaró que el doble contrato de donación de *don* Giuseppe Pletti había sido depositado en la curia y aprobado explícitamente en todas sus partes. El mismo día, los registros de la curia recogen una carta enviada al hermano del difunto en la que se respondía que, tras haber hecho examinar la larga instancia por personas sabias y prudentes, en los contratos del 25 de junio de 1845 y del 10 de marzo de 1846 no emergía nada contrario ni a la justicia ni a las leyes de la Iglesia.

Pero ¿cómo se comportó el Padre Luigi? Del capital de seis mil liras destinado a la casa, registró solo 3 428,37 liras, que fueron empleadas para la construcción de la capillita; a la suma restante renunció claramente por amor a la paz y para evitar ulteriores conflictos. Por lo que respecta en cambio al fondo destinado a los estudiantes de la congregación oratoriana, después de que esta fuera suprimida en 1867, lo destinó a una beca de estudios en el seminario arzobispal.

Tía Rosa Lazzarini

Una prueba evidente de la corrección del Padre Carlo al solicitar ayudas financieras para la casa y al gestionarlas nos la proporcionan sus relaciones con *don* Francesco Cernazai. Entre 1842 y 1844 había recibido de él tres préstamos por un total de ocho mil liras. Se trataba de muy poca cosa para aquel riquísimo sacerdote. A pesar de que Cernazai era muy amigo de los dos hermanos, y en particular del Padre Luigi, Filaferro le extendió cada vez la correspondiente letra de cambio. Y cuando, el 12 de marzo de 1850, Cernazai decidió condonar la deuda, considerándola como una donación de parte de su madre Orsolina Cernazai Cargnelli — fallecida el 1 de febrero de 1842 y ya ferviente protectora de las

desamparadas —, el Padre Carlo se comprometió a mantener en el instituto a dos huérfanas como contrapartida del interés anual, las cuales serían elegidas por *don* Francesco o por sus herederos. ¿Quién podría jamás vislumbrar en el modo de actuar de Filaferro una huella de las lisonjas, de las insistencias o de las presiones de que fue acusado? Y sin embargo ese habría sido el caso ideal para hacerlo; si lo hubiera hecho, no nos maravillaríamos, antes bien lo encontraríamos comprensible o incluso loable. Sin embargo, el Padre Carlo no lo hizo.

Pero la sensibilidad del dos hermanos, y en este caso sobre todo del Padre Luigi, se manifiesta con tonos conmovedores o incluso dramáticos en sus relaciones con su tía Rosa Lazzarini.

Ella poseía un patrimonio evaluado en aquellos tiempos en unas trescientas mil liras, constituido por las casas Lazzarini en la *calle Strazzamantello* [7] en Udine, por el almacén de maderas y ferretería con los correspondientes créditos, por cuarenta campos con viviendas en Pozzuolo del Friuli y por un rico ajuar familiar. Puesto que sus hijos habían fallecido, todo la llevaba a favorecer al Padre Carlo y al Padre Luigi, hijos de su hermana Antonia, al estar más cercanos a ella tanto por el afecto como por los sentimientos cristianos; o más bien a favorecer a la *Casa de las Derelitte*, de la cual, mientras permaneció con vida, fue una de las protectoras previstas por el reglamento.

En efecto, ayudó a la casa, tanto con subvenciones como con la cancelación de la deuda por las compras realizadas en su almacén para la construcción del edificio mismo. En un apunte escrito de su puño y letra, el Padre Scrosoppi indica el importe total en doce mil liras. Sin embargo, ni siquiera esa suma fue considerada a título puramente gratuito.

La tía Rosa se había vuelto a casar en 1818 con el señor Gabriele Angelo Pecile. Siguiendo aproximadamente la misma modalidad y proporción utilizadas con *don* Francesco Cernazai, el 20 de enero de 1854 se redactó una escritura en virtud de la cual la piadosa *Casa de las Derelitte*, « *siempre agradecida por las diversas e importantes ayudas que los señores Gabriele, del fallecido Paolo, y Rosa nacida Lazzarini, cónyuges Pecile... le han concedido en diferentes momentos* », reconocía a la señora Rosa y, tras su fallecimiento, a las mujeres de la casa Pecile el derecho de acoger gratuitamente en el instituto a tres muchachas, a elegirse entre las huérfanas de Udine, Fagagna o Pozzuolo.

Con una carta del 31 de julio siguiente, el Padre Luigi invitaba a su tía a ejercer ese derecho, y ella lo hizo efectivamente el 10 de agosto. En el documento correspondiente ella escribía que « *el sobrino Padre Carlo hacía remontar todo a la divina Provedenza y en ella confiaba enteramente para proveer a las necesidades de todo género para sus desamparadas* »; y declaraba « *que desde la adolescencia amaba y era correspondida por el afecto de su excelente sobrino el Padre Carlo Filaferro. En el doloroso fallecimiento ocurrido* — el padre Carlo había muerto hacía unos siete meses —, *me consuela la esperanza de que haya sido acogido por divina bondad en la morada de los bienaventurados, como premio de sus fatigas evangélicas vividas constantemente y sostenidas con dignidad* ».

[7] La antigua calle Strazzamantello comprendía la mitad de la actual calle Paolo Canciani, es decir, aquella que une la calle Pascolle con la plaza Matteotti (ya plaza de San Giacomo).

Varios años antes, con un testamento de 1839 y luego con una donación de 1841, la señora Rosa se había dejado convencer para ceder el entero patrimonio Lazzarini a su marido. Y este, un par de meses antes de su muerte, ocurrida el 10 de julio de 1833, había dejado todos sus bienes a su sobrino Gabriele Luigi Pecile — posteriormente alcalde de Udine y senador del reino de Italia — con la única obligación de prestar asistencia a la tía, definida como afectada por trastornos mentales. La pobre mujer murió en Fagagna el 7 de diciembre de 1853; los testigos cercanos a ella relatan su profunda tristeza cuando se dio cuenta de que no podía disponer de nada para realizar obras de bien, a causa de la donación hecha tantos años antes.

Sus herederos naturales habrían sido los hijos de su hermana mayor Antonia — *don* Giovanni Battista y *don* Luigi Scrosoppi — y los de su hermana menor Francesca — el profesor Giovanni Battista Bassi [8] y Francesca, casada con D'Este-Roviglio. A ellos se les reconoció finalmente una cuota sobre los bienes muebles de la casa Lazzarini; los Scrosoppi aceptaron ser liquidados los últimos, en mi de 1839, con tres mil liras cada uno.

No, no se podía verdaderamente dirigir a los dos fundadores de la *Casa de las Derelitte* la infamante acusación de ir en busca de legados y herencias. Ellos se encomendaron con humildad a la divina Providencia. Y el Padre Luigi, aun privado de ayudas humanas que habrían sido justamente previsibles, no expresó ni lamentos ni recriminaciones. Fue antes bien dichoso de poder repetir, casi como su amado san Francesco, que él y sus huérfanas debían dirigir sus oraciones y sus esperanzas únicamente al Padre que está en los fines.

El piadoso tránsito del Padre Carlo

Ya en el otoño de 1853, el Padre Carlo había sido preavisado de su fin inminente por una grave crisis de salud, que en aquel momento superó con éxito. Una segunda vez lo golpeó un ataque hacia finales de enero de 1854 y una vez más pareció que podría recuperarse. Sin embargo, sobrevinieron complicaciones orgánicas que lo llevaron a la muerte el 30 de enero, poco después de la medianoche.

« *Él pidió en seguida* — escribe el vicario curato de la catedral metropolitana, *don* Zoratti — *los consuelos de la religión, soportando a duras penas ser privado del Viático a causa del vómito violento que padecía. Expresando a menudo actos de fe, de esperanza y de caridad, y ofreciéndose y encomendándose a la divina bondad, expiró. Sus restos fueron trasladados desde la casa a las nueve de la mañana del 31 de enero y colocados sobre el catafalco en la Iglesia de santa Maria Maddalena.* »

En aquel lugar se cantó el Oficio de difuntos completo y se celebró una misa fúnebre solemne, ante una gran multitud de ciudadanos de toda condición social. Tras la lectura del elogio fúnebre por parte de *don* Valentino Liccaro, se impartió al cuerpo la absolución final. Zoratti relata que el rito se desarrolló entre los gemidos y el llanto — que no se contenían, según la costumbre de la época — de las hermanas, de las huérfanas y de los numerosos fieles que se confesaban con el santo sacerdote. El cuerpo fue luego llevado a

[8] De Pordenone (1792-1879), matemático, meteorólogo, arquitecto. En 1851 publicó las Osservazioni meteorologiche di G. Venerio; fue autor de opúsculos biográficos y proyectó el campanario de san Giorgio en Pordenone. (Cfr. G. Marchetti, o.c., p. 742).

la catedral, donde se celebró otra misa, y conducido de nuevo a *santa Maria Maddalena*, donde permaneció expuesto durante todo el día.

La mañana del 1 de febrero el cuerpo fue finalmente trasladado al cementerio con solemne ceremonia y acompañamiento [9] y sepultado en la tumba Porcia, en la que reposaban ya los restos de la madre Antonia y del padrastro Domenico Scrosoppi.

Casi para resumir los rasgos espirituales de esta luminosa figura sacerdote, he aquí el retrato que de ella ofrece Liccaro al término de su elogio fúnebre:

« *En conclusión de lo expuesto, diré que el Padre Carlo, el cual viva de modo frugal, vestía pobremente y se trataba a sí mismo con severidad..., el Padre Carlo ha muerto pobre, lleno de buena voluntad para ayudar a su prójimo y gravado por las deudas contraídas por la causa de los pobres. Una vida íntegra, pura e impecable como fue la suya; una vida sobria, entregada al sacrificio y laboriosa; una vida piadosa, devota, ejemplar y activa, porque estuvo enteramente consagrada al cumplimiento de sus deberes sacerdotales: estos son los fundamentos de nuestras esperanzas para su salvación eterna.*»

Luego, tras haber alabado su humildad auténtica, su singular modestia, su firmeza inquebrantable y la inalterable paciencia que lo distinguió entre las muchas adversidades y dolores de la vida, dirigía a los sacerdotes y seminaristas presentes estos sinceros llamamientos:

« *En cuanto a nosotros, eclesiásticos, por último, aquí reunidos para ofrecer el sufragio de nuestras oraciones al benemérito Padre Carlo, al hombre de Dios, grande por inteligencia, por corazón, por las fatigas y por sus obras, cuya memoria será ciertamente bendecida por la posteridad, mirémonos en este modelo y saquemos provecho del ejemplo de su vida purísima, de la dedicación incansable a sus sagrados deberes, de su actividad para la gloria de Dios y para el bien de las almas, de su desinterés, de la caridad y de su paciencia... Y vosotros, jóvenes clérigos, esperanza del futuro, viendo faltar uno tras otro a nuestros maestros en la disciplina eclesiástica, los pilares del santuario, monseñor Darù, el Padre Carlo... recordad sus enseñanzas y los ejemplos que os han dejado, y sobre tales modelos reflexionad.* »

El heredero espiritual del Padre Carlo

Quisiéramos poder conocer el contenido de los inexpresables coloquios acaecidos entre los dos santos sacerdotes en la hora del desapego terreno. ¿Qué palabras habrá dirigido el Padre Carlo a su *don* Luigi? ¿Con qué tierna conmoción habrá intentado *don* Luigi consolar los últimos instantes de aquel que para él había sido más un padre que un hermano?

Sin duda, si el Padre Carlo encomendó serenamente su espíritu a la divina bondad, dejó sin temores, antes bien con una fe inquebrantable, su misión y sus obras. Las confiaba a manos nudosas y fuertes, generosas y dulces, magnánimas y tenaces: las manos de quien, en apariencia, había sido su humilde ejecutor, pero en realidad había sido su incansable animador y ahora se convertiría en su timonel seguro.

---

[9] Cfr. Registro de Defunciones de la parroquia de la Catedral, libro VI, fol. 124.

La *Casa las Derelitte* estaba ya organizada y consolidada con sabiduría.

La congregación de las Hermanas de *san Gaetano* — o de la *Provvidenza* — había dado pruebas extraordinarias del espíritu por el que estaba animada, tanto que se hablaba de ella con admiración incluso fuera del estrecho círculo de Udine. A las apremiantes solicitudes para tener a las hermanas en el hospital civil de Udine en 1848, se había añadido en 1852 la instancia del arzobispo de Gorizia, monseñor Francesco Xavier Lushin, para que asumieran la dirección del instituto para huerfanitas fundado en aquella ciudad por *don* Contavalli. La prudencie de los dos hermanos los había llevado a declinar ambas ofertas y a posponer el nacimiento de nuevas comunidades; pero en las veinticuatro religiosas que lloraban alrededor del ataúd del Padre Carlo ardía el deseo de dedicaciones aún más vastas.

La pérdida del Filaferro fue, sin duda, sentida profundamente por las hermanas; sin embargo, puesto que el Padre Luigi era su alma y guía desde la fundación, no se advirtió el menor vacío. Al contrario, se estrecharon aún más a su alrededor, dispuestas a partir a un gesto suyo hacia las más santas aventuras de la caridad. Por lo demás, el Padre Scrosoppi asoció a la dirección de las religiosas a aquella admirable figura de sacerdote que fue *don* Francesco Fantoni, muy similar en inteligencia y dulzura al Padre Carlo.

Ni siquiera el dolor humano por la muerte de su hermano, mitigado dulcemente por su gran fe, retrasó su paso; más bien le vigorizó la voluntad de llevar a término lo que habían proyectado y deseado juntos.

A la muerte del Padre Carlo estaban en curso de realización tres iniciativas, algunas apenas esbozadas, otras solo soñadas: dos de carácter caritativo y una de naturaleza más estrictamente espiritual.

En su elogio fúnebre para el Filaferro, Liccaro alude a las dos primeras. Se trataba de una *"Casa del Provvedimento"* para domésticas en espera de empleo, en la que ya se estaba trabajando: el Padre Luigi la abrirá en octubre de 1854. La otra era un instituto para sordomudas que sería realizado en 1857.

De ambas hablaremos más adelante.

Había, finalmente, en otro campo, la necesidad de llevar a una forma perfecta la congregación filipense, resucitada sí en 1846, pero no todavía como una comunidad religiosa regularmente formada.

En el elogio fúnebre del padre Carlo, Liccaro abordó con gran delicadeza el tema de su sucesión:

« *Cuando el profeta Elías fue quitado de la tierra y arrebatado sobre un carro de fuego, su fiel Eliseo le rogaba que su espíritu descendiera duplicado sobre él...; y viéndolo subir al cielo..., agarrando su manto lo retenía como prenda de la protección divina, y con él obraba prodigios. Haga el Señor misericordioso, y vosotros suplicádselo, oh hermanos cristianos, que sobre alguno de los eclesiásticos que me escuchan descienda duplicado el espíritu del Padre Carlo, y que él posea la herencia de su manto para la gloria de Dios y para vuestro bien.* »

¿Aludía Liccaro tal vez a *don* Luigi? ¿Se volvieron las miradas de los oyentes hacia él ante aquellas palabras? Probablemente sí.

Sin embargo, su profunda humildad y su vivir completamente a la sombra de su hermano no habían permitido tal vez valorar plenamente sus capacidades. Se había hablado de él solo como del brazo fidelísimo del Padre Carlo, tanto que quizá costaba imaginarlo como la mente directiva de todas aquellas obras. Un acero encerrado todavía en la vaina: he aquí lo que debió parecer el Padre Luigi a finales de enero de 1854; y en una vaina sencilla y gastada, tal que no hacía sospechar que dentro se ocultaba una hoja de Toledo.

No pasará mucho tiempo antes de que todos se den cuenta, y no por una vana autopromoción de su parte. Tenía de su lado dos fuerzas de valor absolutamente personal: en el plano sobrenatural, una fe granítica y un coraje operativo sin par; en el natural, un inmenso afecto por su hermano, por el cual consideraba sagrado continuar lo que él había comenzado y realizar lo que había soñado.

Una vez más, aunque Liccaro o los oyentes no hubieran pensado en él, se cumplió la palabra del Apóstol:

« *Sino que Dios ha elegido lo necio del mundo para confundir a los sabios; Dios ha elegido lo débil del mundo para confundir a los fuertes; Dios ha elegido lo vil y despreciado del mundo, y lo que no es nada, para reducir a la nada las cosas que son, para que ningún ser humano pueda jactarse ante Dios.* »

Y así un sacerdote pobre, sencillo y bonachón se pone al timón. El cálculo humano no le habría dado crédito. Después, sin embargo, verá con admiración desplegarse las velas hacia grandes metas espirituales y materiales.

Pero, a los cincuenta años, ¿no era acaso ya demasiado anciano?

No. De la fe y de la unión con Dios brota una vena de vigorosa y perenne juventud: « *Todo lo puedo en aquel que me da la fuerza.* »

TERCERA PARTE

El padre Luigi al timón (1855-1884)

Capítulo 1

DON LUIGI, PREPÓSITO DE LA CONGREGACIÓN DEL ORATORIO (1854-1867)

La buena semilla sofocada por las espinas

Trece años de esfuerzos generosos y, sin embargo, pero completamente inútiles; trece años marcados por amargas decepciones; trece años que encontraron su epílogo en la supresión de la orden y, sobre todo, en el tormento de ver profanada la amada iglesia de Santa Maria Maddalena: este es el melancólico resumen de la experiencia filipense de *don* Luigi Scrosoppi. Sin embargo, el fracaso de un proyecto no prueba en absoluto que este no fuera válido, ni disminuye el valor del hombre animado por grandes deseos que lo había promovido. Si la buena semilla muere sofocada por las espinas, la responsabilidad no recae en la semilla, ni en quien la sembró.

En 1854, *don* Luigi estaba convencido de que el pleno restablecimiento de la Congregación del Oratorio era una necesidad imperiosa; se había esperado demasiado y tal vez el tiempo útil estaba por agotarse. ¿Debería, por tanto, desanimarse? No estaba en su naturaleza, ni se lo permitían su fe inquebrantable y su celo firme como el acero. La gloria de Dios y la salvación de las almas exigían un intento. Y él lo intentó.

¿Cuáles fueron sus motivaciones? Es conveniente reiterarlas.

Ciertamente influyó el profundo amor por el Oratorio y por su querido padre San Filippo, un sentimiento absorbido desde la infancia y arraigado en el alma. Ciertamente pesaba el tierno deseo de realizar los sueños de su hermano, *don* Carlo.

Sin embargo, a estas razones personales se añadieron otras dos de carácter general.

La situación religiosa empeoraba día tras día. Los tiempos eran indubitablemente críticos para la Iglesia y cada señal era predecible que se volverían aún más duros. San Filippo había vivido en una época igualmente difícil y, sin embargo, no se había dejado abatir. Era necesario lanzar una santa contraofensiva espiritual; era preciso reunir a un grupo de sacerdotes valientes que fueran entre la gente a predicar la fidelidad o el retorno a Dios, especialmente a través de las misiones. Demasiadas veces los ministros del Evangelio, vencidos por el desánimo o el miedo, habían abandonado el campo a Satanás. Demasiadas veces, en lugar di actuar con prontitud apostólica, se habían movido tarde, cuando ya la cosecha espiritual había sido devastada.

Don Luigi estaba, además, fascinado por el modelo filipense de un ministerio sacerdotal totalmente gratuito. De este modo, las maledicencias de quienes acusaban a los sacerdotes de actuar por oficio o por interés personal caerían en el vacío. Por tal razón, la congregación filipense acogía habitualmente solo a sacerdotes capaces de mantenerse con su propio patrimonio. Pero ¿qué hacer si no hubiera habido sacerdotes ricos o acomodados? Él soñó

que al llamado responderían los pobres. Por ellos proveería la divina Providencia; por ellos se comprometía él mismo a garantizar el sustento, para que pudieran dedicarse al apostolado « *gratis et amore Dei* » (es decir, gratuitamente y por amor de Dios) .

El memorial de *don* Pietro Benedetti

Apenas tres días después de la muerte del Padre Carlo, a las 18:00 horas del 2 de febrero, se reunieron en la casa de la congregación (adquirida en 1842) los sacerdotes Pietro Benedetti, Luigi Scrosoppi, Antonio Specie, Francesco Fantoni, Domenico Someda y Domenico Deotti [(1)] « *con el propósito de nombrar a un nuevo representante de la propia congregación* ». Fue elegido por unanimidad Benedetti, culto y piadoso fundador del asilo infantil; el arzobispo monseñor Trevisanato [(2)] concedió inmediatamente su aprobación, nombrando a Benedetti también rector de la iglesia de *Santa María Magdalena*.

El Padre Luigi no tuvo duda alguna sobre el apoyo de aquel venerado cofrade. Su sorpresa fue por lo tanto aún más amarga cuando, el 21 de mayo de 1854, oyó leer a Benedetti, ante los mismos sacerdotes, una detallada « *Memoria sobre el restablecimiento de los filippini en Udine* » [(3)].

Las dificultades se sucedían una tras otra como los eslabones de una cadena inexorable.

¿Por qué el Padre Carlo, « *de bendita y añorada memoria... hombre de gran inteligencia y de gran corazón..., extremadamente celoso* », no se había decidido nunca a abrir el convictorio? Debió de haber tenido « *motivos ciertamente gravísimos para contemporizar tanto tiempo, a pesar del riesgo para la nueva congregación* ».

Invitaba por tanto a reflexionar sobre el estado de la casa: poco soleada y escasamente ventilada, con solo tres habitaciones decentes, privada de espacios abiertos para tomar el aire y tan húmeda que él mismo, en los tres años en que había habitado allí, había enfermado dos veces de fiebres reumáticas. « *Respecto a dos jóvenes sacerdotes ricos, capaces y de buenas costumbres* — afirmaba — *a quienes propuse entrar en la congregación, nadie me quitó la esperanza de una aceptación, pero ambos expresaron reservas sobre las condiciones actuales de la casa.* »

---

[1] Nacido en Postoncico (S. Martino di Valvasone - Udine) en 1801, murió en Udine en 1869. Se agregó a la congregación del Oratorio y tras su supresión colaboró en la parroquia de la catedral. Hombre de fe, de piedad y de celo, estaba « listo para servir humildemente en cualquier lugar con tal de ganar almas para el Señor » (Cfr. G. BIASUTTI, Sacerdoti distinti..., p. 34). don Specie de Resiutta (Udine) — 1788-1855 — fue compañero de noviciado y de profesión del Padre Carlo Filaferro. Tras la supresión del Oratorio estuvo al cuidado de almas en la diócesis, luego fue capellán de coro del cabildo de Udine, donde murió.

[2] Nació en Venecia en la Giudecca. Fue un docto profesor de lenguas orientales y de hermenéutica sagrada en el seminario durante varios años, luego canónigo teólogo de s. Marco, arzobispo de Udine y finalmente patriarca de Venecia en 1862 y cardenal en 1863. Cuidó la formación del clero, recomendó las misiones y los ejercicios espirituales para el pueblo. Apoyó la Obra della Propagación de la Fe, instituyó la de la Santa Infancia; generosísimo en la beneficencia, desarrolló una gran actividad como presidente della comisión de beneficencia pública; durante su episcopado surgió la asociación « Las Conferencias de san Vicente ». Una armonía de fortaleza y suavidad, de sabiduría y prudencia caracterizaron su gobierno. Luchó por los derechos de la Iglesia y en el Concilio Vaticano I estuvo entre los más doctos y firmes defensores de la infalibilidad pontificia. (Cfr. A. TESSARIN, Delle lodi dell'eminentissimo cardinale Giuseppe Luigi Trevisanato, Venecia 1877, p. 68; G. COPOLUTTI, o.c., págs. 40-52).

[3] A.L.S., fotocopia del ms., pp. 8 (Fondo de Institutos religiosos, A.C.A.U.).

Pasaba luego a examinar a los cuatro candidatos que debían constituir la congregación: él mismo, Specie, Deotti y *don* Luigi. Todos habían superado los cuarenta y cinco años, la edad máxima establecida por san Felipe. Respecto a las obligaciones, especialmente la predicación, él era el anciano catequista del gimnasio, jubilado desde hacía dos años por problemas de voz; Specie era capellán de la catedral; Deotti colaboraba incansablemente en la medida en que se lo permitía su precaria salud, pero nunca había predicado. « *Don Luigi Scrosoppi* — continuó — *en otras circunstancias sería un excelente colaborador. Pero, siendo administrador, director y confesor del hospicio de las derelitte, pobrísimo y muy concurrido* — tres encargos que bastarían para aplastar a tres hombres robustos — *es un hecho que en nuestra iglesia no celebra misa, no confiesa, no distribuye la comunión ni predica; es casi un milagro que encuentre tiempo para asistir a las demás funciones.* »

Finalmente, presentaba un balance de los ingresos y gastos previstos, recordando que los *filippini* por regla deben mantenerse de forma autónoma y servir gratuitamente. De ello se derivaba que para la comida no quedarían más de veinticinco céntimos al día por persona, « *a menos que* — añadía — *haya ayudas económicas ocultas.* »

En este punto observaba:

« *A quien me respondiese que hay que confiar en la divina Providencia, le replicaría como hizo el Padre Giuseppe Passalenti a su superior, el Padre Massimo de los condes Brazzà, el último de la antigua congregación: Padre mío, ¿no ha sido acaso la divina Provvidenza la que nos ha puesto la cabeza sobre los hombros, para que pensemos también nosotros en nuestros asuntos?* »

Benedetti concluía exhortando a posponer la apertura del convictorio hasta que la casa fuera saneada y se hubieran encontrado los medios financieros necesarios, a pesar de la hambruna entonces difundida, para garantizar la supervivencia de la congregación.

Mientras tanto, *don* Luigi habría podido liquidar las deudas por la compra de la casa y afrontar los gastos de la restauración. Entretanto, se enviaría a dos sacerdotes pobres al *Oratorio* de Verona, donde el propio *don* Luigi se había informado en persona, utilizando los dos subsidios de estudio de trescientas liras cada uno ya dispuestos.

Exhortaba además a hacer de modo que mientras tanto otros sacerdotes, preferiblemente locales y acomodados, se unieran a ellos, haciendo notar a los interesados en las misiones que la nueva congregación del *Oratorio* se convertiría también en el centro para la congregación de los misioneros diocesanos que se instituiría según el modelo de la de Vicenza o de las que operaban con éxito en el Reino de Nápoles.

No hay duda sobre las buenas intenciones de Benedetti. Sin embargo, quien lee hoy esa « *Memoria* » puede apreciar su prudencia, pero recibe la impresión de que estaba destinada a cerrar para siempre el proyecto de la congregación de los *filippini*. Y esto, el Padre Scrosoppi no podía aceptarlo.

El acta de la reunión

Terminada la lectura de la « *Memoria* », todos los presentes fueron invitados a expresar su opinión.

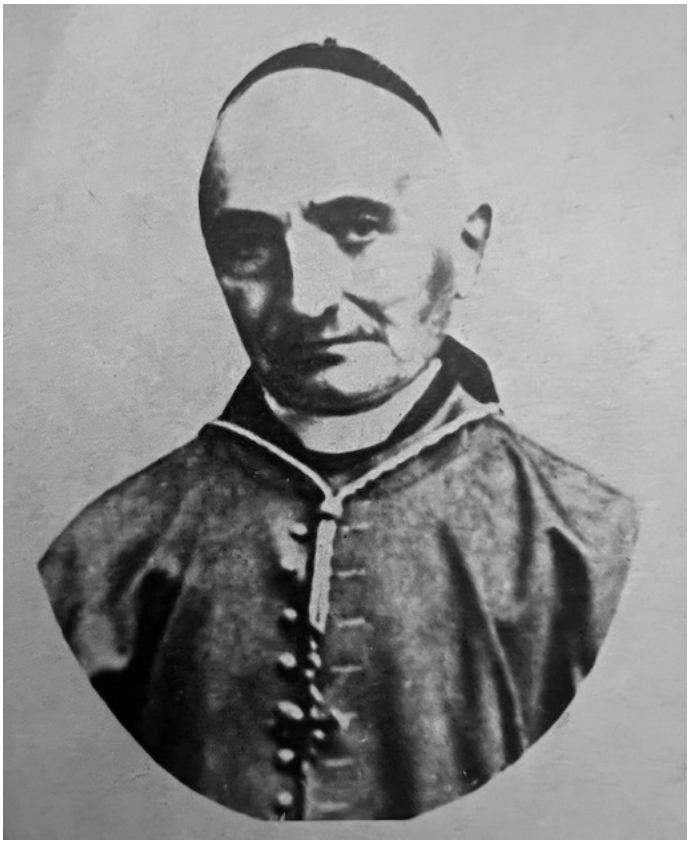
« *El reverendo don Luigi Scrosoppi* — reza el acta escrita por Someda — *a pesar de las dificultades enumeradas y lleno de confianza en la divina Providencia, insiste en la apertura inmediata de la congregación, declarando que si esto no sucede, no mantendrá más las promesas de sostener la congregación con medios que le son conocidos. Don* Domenico Deotti declara también desear la apertura inmediata. *Don* Antonio Specie, por el contrario, considera que debe suspenderse la apertura para asegurar mejor los medios de subsistencia.

don Francesco Fantoni y *don* Domenico Someda, considerando por un lado el bien de la reapertura y por el otro la dificultad que se derivaría del retiro de *don* Luigi y de sus medios, votan por la reapertura, a pesar de no estar resueltas todas las cuestiones críticas de la "*Memoria*"; esto también porque, tratándose de una fase provisional, los sacerdotes pueden retirarse si la experiencia demostrase la imposibilidad de continuar, según las reglas de san Felipe. »

Todos firmaron el acta. Sin embargo, el Padre Scrosoppi añadió a su firma:

« *Declaro haber expresado muchas observaciones y objeciones a la lectura de la "Memoria" del muy reverendo padre Pietro Benedetti, que han sido omitidas en esta acta.* »

No sabemos cuáles eran, pero es evidente que el Padre Luigi quedó profundamente amargado.



Monseñor Domenico Someda, vicario general de la diócesis de Udine y confesor del Padre Luigi.

Admirable humildad de *don* Benedetti

La « *Memoria* » y el acta de la reunión fueron entregadas al Arzobispo, el cual las retuvo consigo por más de dos meses.

El buen *don* Benedetti debe de haber sufrido un profundo tormento interior en ese lapso de tiempo, incierto sobre la decisión que debía tomar, dado que solamente el 8 de septiembre escribió una larga misiva dirigida « *A la venerable congregación del Oratorio de Udine* », dirigiéndola a *don* Someda.

En la carta afirma haber buscado siempre, en toda su vida, cumplir lo que su superior le hubiera ordenado o sugerido. Sin embargo, el Arzobispo le había hecho notar que él también percibía « *la arduidad de la empresa* » y le había devuelto los documentos « *sin impartirme orden alguna al respecto... Y aunque don Luigi me había asegurado que su excelencia monseñor arzobispo me convocaría de nuevo para discutirlo, la realidad fue que, tras haber esperado en vano la llamada durante varios días, y habiéndome presentado después ante él por otras razones, él no me hizo más mención alguna al asunto.* »

« *Me encuentro, pues* — continúa el texto — *confiado únicamente a mi discernimiento. Sin una orden superior, sin un impulso interior que pueda ser interpretado como una vocación divina, debilitado por la edad avanzada, por las enfermedades y sobre todo por las fatigas afrontadas en el pasado, y por tanto incapaz de hacer frente como en otro tiempo a las dificultades y obstáculos, terminaría siendo yo mismo un estorbo para el éxito del proyecto si decidiese comprometerme en él.*

Rogando, pues, al Consejo para que bendiga dicha obra, dejo la tarea de intentarla a quien posea más energía que yo y una más firme confianza en la divina Providencia. »

Añadía además que la tarde anterior había dejado la casa de la congregación junto con su familia y se había retirado, solo, a la habitación « *que en el pasado había servido como alojamiento para los rectores de la iglesia... con el propósito de no dejar el edificio sagrado privado de un custodio, mientras no se decida otra cosa, y también para unirme a los valientes fundadores de la nueva comunidad de operarios evangélicos, en caso de que el Dueño celestial, que a veces envía trabajadores a su viña incluso a la undécima hora, se digne llamarme.* »

¡Se trata de una carta verdaderamente magnífica!

Está enteramente imbuida del pesar por no haber encontrado el valor de osar, pero al mismo tiempo está iluminada por la esperanza de poder aún ofrecer su contribución, a pesar de sus sesenta y siete años de edad.

Don Luigi vende la casa prima

El 20 de septiembre *don* Luigi escribía una carta a sus amigos; aunque el texto original se ha perdido, sabemos que en ella pedía autorización para iniciar inmediatamente las obras de restauración de la casa. Los amigos respondieron el día 23 en los siguientes términos:

En relación con la solicitud por usted realizada con su escrito del 20 del corriente, los abajo firmantes declaran que no solo nada obsta por su parte, sino que se alegran de que usted dé inicio a las obras para el acondicionamiento de la casa que deberá servir para la congregación de los Padres filippini; y que, una vez lista, pueda esperar allí en compañía del reverendo don Domenico Deotti a aquellos sujetos que la divina Providencia llamará a ser hijos de san Felipe. Dios le asista en la santa empresa, sobre la cual los abajo firmantes con sus oraciones no dejarán de invocar las celestiales bendiciones. »

La aprobación llevaba las firmas de Benedetti, Fantoni, Someda, Deotti y Specie.

Don Luigi puso en marcha prontamente las obras, que se prolongaron durante todo el año 1855: un testimonio de dicha obra es aún visible en el escudo de los *filippini* [4] colocado sobre el dintel de una puerta en el lado occidental de la *calle della Prefettura*.

Al mismo tiempo, junto con *don* Benedetti — entonces rector de la iglesia — y basándose en los diseños del arquitecto Zandigiacomo, promovió la terminación de la fachada de *Santa Maria Maddalena*, que había permanecida inacabada desde los tiempos de la reconstrucción de principios del siglo XVIII.

¿De dónde obtuvo los fondos necesarios?

Para la iglesia, varios ciudadanos ofrecieron generosas contribuciones. Para la casa, en cambio, confió exclusivamente en sus propias fuerzas: asumió toda la carga económica de ella, ya que era su inquebrantable voluntad inaugurarla. De hecho, precisamente en 1855, vendió la casa paterna situada en el número 47 de la *calle Rauscedo*. Aunque no había nacido allí, había pasado treinta años allí y entre aquellos muros había visto morir a su madre, a su padre y a su hermanastro el Padre Carlo.

La tradición narra que la venta fue motivada por el deseo de impedir una apostasía (el abandono de la fe). Dicha versión es históricamente fidedigna: él cedió el inmueble a un precio muy bajo a un sacerdote en crisis espiritual, esperando conducirlo a más sabios consejos con su propia benevolencia. Como toda respuesta, poco tiempo después, ese mismo sacerdote le pagaría haciéndolo blanco de rencorosas burlas, junto con muchos otros religiosos y laicos fieles a la Iglesia [5].

A pesar de haber heredado otras propiedades junto con *don* Giovanni Battista, la venta de aquella específica vivienda, tan densa en queridos recuerdos, representó un acto de extremo desapego. Para *don* Luigi fue un gesto simbólico definitivo: significó renunciar a una morada privada para abrazar — ya quincuagenario — la vida en común. Como suele decirse, "*quemó las naves*" para hacer imposible cualquier retirada.

---

[4] En la actual calle Marinolli, en la casa n. 2, se encuentra el escudo de los filippini que lleva la fecha 1651; en él están representadas tres ramas de olivo sobre cada una de las cuales se posa una paloma.

[5] Fue el canónigo Gianfrancesco Banchieri, nacido en Feltre (Belluno) en 1800, muerto en Udine en 1882, profesor en el seminario y en el liceo, abad de Latisana, inspector escolar diocesano; fue un hombre de cultura, pero de un carácter poco feliz. Habiéndose profesado fiel a Austria, hacia 1857 cambió de sentir político. (Ver Cronaca Umoristica 1857, Bibl. Com. Udine, ms. 1542). « Afirmaba la integridad de los dogmes y su obsequio a la jerarquía; pero fuera de ahí le gustaba posar como exponente de los espíritus "*libres e innovadores*". En aquellos "tiempos de confusa transición", él, "*hecho para los libros*", pero no un tipo fuerte para "*resistir a las lisonjas y a las pasiones de partido*", no supo "*navigate entre los escollos de la vida*" ». Cfr. G. BIASUTTI, Sacerdoti distinti..., págs. 6-8. Es en la citada Cronaca donde lanza acusaciones gratuitas contra insignes sacerdotes de Udine tachándolos de iliberales, papistas, austriacantes.

Hacia fines de 1855 llegó a Udine, procedente del *Oratorio* de Venecia, el *filippino* Padre Ferdinando Bettini. Bajo su dirección, Scrosoppi, el fiel *don* Deotti y el hermano lego Francesco Zaninotti — que se había adherido a la naciente congregación el 1 de enero de 1855 — se establecieron en la casa de la antigua *Braida*, al lado de la iglesia de "*Santa Maria Maddalena"*, iniciando el año de noviciado. A ellos se les unió también Fray Lorenzo Menon, sobreviviente de la congregación anterior a las supresiones napoleónicas; él, sin embargo, no llegó a tiempo de ver el pleno restablecimiento del orden, falleciendo el 25 de febrero de 1856 a la edad de setenta y ocho años y medio.

El Padre Luigi se sumergió con la habitual dedicación en la vida de la nueva comunidad y en las prácticas espirituales del noviciado. No descuidó ciertamente a las huérfanas y a las *Hermanas de la Provvidenza*, pudiendo contar con la valiosa ayuda de *don* Francesco Fantoni, convertido entretanto en subdirector de la *Casa de las Derelitte*. Y sin embargo, encontró la fuerza interior para multiplicar sus propios esfuerzos. Si ya *don* Benedetti había notado cómo cualquier otro habría quedado aplastado por la mole de compromisos de *don* Luigi, en aquel período la carga aumentó aún más. La fe y el amor divino obran prodigios: ante lo que aparecía humanamente irrealizable, él amaba repetir:

« *Todo es posible para el que cree.* »

Qué gran ejemplo debieron de haber recibido sus religiosas al ver a su propio padre y fundador hacerse humilde y ferviente novicio, él que de aquellas mismas almas era guía y maestro.

El Padre Luigi, prepósito del Oratorio

El año de prueba, establecido por las reglas filipinas, llegó a su término el 9 de noviembre de 1856, con ocasión del segundo domingo del mes, fecha en que entonces se celebraba la fiesta del Patrocinio de María Santísima. La pequeña comunidad — compuesta por los padres Bettini, Scrosoppi y Deotti — comunicó oficialmente al arzobispo la constitución de la congregación a través de una misiva.

« *La divina Providencia* — se lee en la introducción — *que a través de la congregación del Oratorio ha realizado, y realiza, un bien tan grande en beneficio de la sociedad, ha permitido finalmente que llegara ese día alegre en que este instrumento de bien renace en esta ciudad, y se renuevan las prácticas fundadas por el santo padre Felipe, tan eficaces para devolver al recto camino a quien se ha extraviado y tan queridas para los fieles devotos. »*

Tras haber recordado los sacrificios del Padre Carlo, descrito como una figura « *de querida y santa memoria* », y citado el decreto imperial del 9 de abril de 1842 (considerado el acto fundacional del renacimiento legal de la congregación), el texto recuerda cómo las prácticas espirituales oratorianas ya habían sido restablecidas por el Padre Carlo y llevadas adelante « *bajo la guía del ilustre don Pietro Benedetti* ».

« *Hoy finalmente, bajo la protección del Patrocinio de María madre de Dios y de nuestro santo padre Felipe, con el consentimiento y la bendición de Vuestra Excelencia Reverendísima, la congregación resurge formalmente. Los aquí firmantes, con el apoyo del muy reverendo padre Ferdinando Bettini de la congregación del Oratorio de Venecia,*

dan inicio a las actividades de la congregación del Oratorio según las formas establecidas. Por lo tanto, siguiendo las reglas, procedieron a elegir a un superior en la figura del muy reverendo padre Luigi Scrosoppi. »

Al día siguiente, el arzobispo monseñor Trevisanato promulgó un decreto con el que nombraba a Scrosoppi también rector de la iglesia de *Santa Maria Maddalena*. Al mismo tiempo, envió una calurosa carta a *don* Benedetti, expresándole gratitud por la obra realizada e invitándolo a « *proseguir con el mismo celo la asistencia espiritual a las almas en esa iglesia* ». *Don* Benedetti honró dicha petición hasta el momento de su fallecimiento, ocurrido en 1869.

Puesto que la fiesta de san Carlos Borromeo había pasado hacía muy poco tiempo, es muy probable que la elección del domingo siguiente al 4 de noviembre fuera un acto deliberado para rendir homenaje a la memoria del Padre Carlo, que había deseado ese día con todo su ser. Ciertamente, en ese momento solemne, el pensamiento del nuevo prepósito se dirigió a su amadísimo hermano.

El superior evangélico

El Padre Luigi no tuvo ciertamente preocupación alguna de naturaleza autobiográfica; se lo impidió su profunda humildad. Muy raramente puso por escrito los sentimientos más íntimos de su alma, obstaculizado por un temperamento poco inclinado a la efusión y por un característico pudor espiritual. Por dicha razón, cada documento capaz de iluminar su vida interior nos resulta hoy todavía más valioso.

Uno de ellos es un simple fragmento de papel: una nota apresurada referente a un « *programa horario* », escrita probablemente la tarde del 1 de noviembre de 1856. Allí están enumeradas inicialmente las oraciones y las prácticas piadosas con las que solía comenzar el día: adoración, acción de gracias, ofrecimiento, recuerdo de la meditación, revestimiento, meditación y visita a la iglesia con las correspondientes oraciones. El papelito continúa luego con estos cinco propósitos de carácter general:

« ...

9. Mortificación: mirada dirigida al suelo – lengua: hablar en voz baja y con calma, diciendo solo lo estrictamente necesario y conveniente – cuerpo siempre erguido – oraciones de rodillas y sin apoyarse.

10. Penitencia: disciplina, cilicio y cuerdas en las manos y en los pies – S.P.A.G. (cinco Padre nuestros, Ave Marías, Glorias por las cinco llagas del Señor) con los brazos abiertos – 7 Salve Regina (por los siete dolores de María Santísima) con los brazos abiertos – Vía Crucis con los brazos abiertos – Miserere con los brazos abiertos.

11. Humildad: en la manera de estar, de hablar y de pedir – cepillar la ropa y los zapatos – barrer los suelos – hacer las camas, limpiar los peines, las bacinicas y las mesitas de noche.

12. Obediencia en todo: no ir a ningún lugar, no recibir, no dar y no hacer nada sin permiso o sin haber avisado.

13. Pobreza: pedir siempre (es decir, no tomar nada por propia iniciativa) y elegir siempre la peor cosa – no poseer nada. »

In la congregación filipina, en aquella época, había un solo hermano lego, Zaninotti, el cual estaba ya excesivamente ocupado entre la sacristía y la cocina. ¿Quién se haría cargo, pues, de las fatigas de la limpieza doméstica? El Padre Luigi se mostró muy dichoso de asumirlas sobre sí mismo. Cuatro años antes había emitido el voto de servidumbre:

« *Me consideraré como un siervo en la congregación de mi padre san Felipe, y del mismo modo como un siervo en la casa della Providencia del santo padre Cayetano.* »

Sin embargo, no le bastó la servidumbre interior inspirada por las palabras de Jesús:

« *El mayor entre vosotros será vuestro siervo.* »

Al menos en la casa de la congregación filipina, él quiso ser siervo también en sentido material, reservando para sí mismo las tareas más humildes. A pesar de las obvias protestas de los cofrades, comenzó a ejercer su autoridad de prepósito precisamente de este modo:

« *¡A mí la escoba, a mí el arreglo de las habitaciones!* »

Muchos de nosotros, en el curso de la vida, hemos escrito páginas llenas de santos propósitos, expresados con palabras más elocuentes o aparentemente más heroicas que las usadas por el Padre Luigi. A menudo, sin embargo, nuestros propósitos se han desvanecido en su nacimiento. La página del Padre es extremadamente esencial: pocas e incisivas huellas. Pero él mantuvo aquellos propósitos fielmente.

Hay detalles en esos cinco puntos que reaparecerán en cada fase de su existencia. Por ejemplo, el compromiso de mantener el « *cuerpo siempre erguido... sin apoyarse* » durante la oración de rodillas; será una novedad absoluta verlo apoyarse en un banco para levantarse solo en los últimos años de su vida. O también, el uso de atarse con « *cuerdas en las manos y en los pies* »: casi treinta años después, la hermana Osanna Tisot lo descubrirá casualmente en esa posición, recibiendo una severa reprensión por su indiscreción. Finalmente, la necesidad de pedir permiso para cada desplazamiento y el querer « *pedir, y siempre lo peor* »: la madre Serafina Strazzolini, superiora de la *Casa de las Derelitte* desde 1855 hasta después de la muerte del fundador, se dirá literalmente « *afligida* » por tales constantes manifestaciones de obediencia y pobreza por parte del venerado Padre.

Hoy podríamos afirmar que en esos cinco puntos el Padre Luigi tomó, con un autorretrato espiritual ideal, su fotografía espiritual más auténtica.

Otro documento valioso

Un testimonio adicional nos lo proporciona Tinti, con el título *« Frutti degli esercizi spirituali e regolamento di vita »*. El texto se remonta con certeza a 1857 o a un período inmediatamente posterior, dado el interés en el instituto para sordomudas que el Padre fundó precisamente en ese año.

He aquí el contenido del documento, integrado por algunas notas explicativas:

«

1. *Plena conformidad con la voluntad de Dios para alcanzar la felicidad en esta vida y en la otra. ¡Tu voluntad, oh Señor, sea la mía! (Voluntas tua, Domine, voluntas mea!).*
2. *Reflexionar frecuentemente sobre el amor que el Señor ha derramado sobre mí y sobre sus divinas perfecciones, para inflamar mi corazón hacia Él.*
3. *Cumpliré mis deberes como terciario y como miembro de las cofradías del Santísimo Corazón de Jesús, de la Cintura, de la Preciosísima Sangre y del Sagrado Corazón de la Virgen María; observaré además mis compromisos como inscrito en la Propaganda Fide, en la Santa Infancia y como Cofrade de los Sacerdotes (se refiere a la cofradía de San Pedro apóstol para el clero, instituida en la iglesia de San Antonio Abad en Udine).*
4. *Apenas me despierte, pasaré una hora en la iglesia: me dedicaré a las confesiones, si es necesario, o bien a la oración según las costumbres del Oratorio.*
5. *Estaré presente en la iglesia media hora antes del Ave María vespertino para confesar y para las actividades del Oratorio (en este punto y en el anterior se hace referencia a la iglesia de Santa Maria Maddalena, donde después de 1856 el Padre prestó servicio durante cerca de diez años como confesor y animador de las prácticas oratorianas).*
6. *Cada miércoles y domingo dedicaré un cuarto de hora a los hermanos y a los novicios del Oratorio.*
7. *El jueves me dirigiré durante media hora a visitar a los enfermos del hospital (fue precisamente durante estas visitas que obtuvo la profunda estima de don Colomba y don Sinigaglia, respectivamente cura y capellán de la estructura).*
8. *Respetaré escrupulosamente las santas reglas, tanto durante las conferencias como en las prácticas de humildad.*
9. *Dedicaré tres horas cada día a la enseñanza con las derelitte: una hora para las novicias, una para las sordomudas y una para las niñas.*
10. *Emplearé dos horas al día en la gestión y en la administración del instituto.*
11. *Participaré cada año en los ejercicios espirituales.*
12. *El lunes, el miércoles y el viernes practicaré la disciplina (penitencia corporal) y en esos mismos días cumpliré el rito del Vía Crucis.*

La humildad y la caridad sean evidentes hacia cualquiera y en cada una de mis acciones. Siempre la miel en la boca y la miel en el corazón (Semper mel in ore, et mel in corde).

Vivir constantemente en la presencia del Señor, realizando cada cosa únicamente para Él y con Él, comenzando cada una de mis actividades con la invocación: Oh Dios, ven en mi ayuda (Deus in adiutorium meum intende) ».

Los dos últimos párrafos encierran la esencia misma de la espiritualidad de Scrosoppi: humildad, caridad, el constante sentido de la presencia divina y el actuar exclusivamente

para la gloria de Dios. Estos son los "*registros*" fundamentales sobre los que entonó su ininterrumpido y coherente juego de vida dirigido al Señor.

La congregación de los *filippini* no arraiga

Bajo la guía del Padre Luigi, la iglesia de *Santa Maria Maddalena* continuó siendo, como siempre había sido, el centro de devoción más vital de la ciudad de Udine. Es más, con su gestión, se verificó un nuevo incremento del fervor religioso. Además de las habituales prácticas oratorianas, la iglesia se distinguía por la oración de la coronilla a la Dolorosa, celebrada desde el domingo de Sexagésima hasta el último día de Carnaval, por la solemne observancia del mes mariano — introducida ya antes de 1850 — y por la gran devoción hacia los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Un documento de la época, titulado *Ricordi lasciati ai devoti di Maria Santissima nel mese di maggio 1863 nella chiesa dei PP. Filippini di Udine*, testimonia que desde el año anterior estaba en uso en dicho templo la « *Fórmula de la consagración del Corazón a María* ».

El Padre Scrosoppi cuidó personalmente la impresión y distribución de numerosos folletos devocionales de este tipo. Entre los papeles, se conserva por ejemplo una anotación autógrafa suya en una tarjetita que contiene « *Oraciones oportunas para las necesidades actuales de la Iglesia Católica* ». Se trataba de iniciativas perfectamente coherentes con el apostolado de los *filippini*, orientado a difundir el espíritu de oración [6].

El periódico irreligioso *Il Friuli*, en la edición del 21 de octubre de 1884, escribirá que el arzobispo monseñor Casasola había intentado sustituir la suprimida iglesia de los *filippini* por la arzobispal de *Sant'Antonio* para satisfacer a las « *mujeres espirituales* »: dicha ironía punzante confirma cuán vivo estaba aún el recuerdo de la iglesia de *Santa Maria Maddalena* como un auténtico foco de piedad. Si el Padre Luigi fue su director y motor incansable, gran parte del mérito debe reconocerse a sus queridos cofrades y amigos que continuaron prestando servicio allí: Benedetti, Someda y Fantoni, a los cuales se había sumado *don* Valentino Liccaro.

Sin embargo, frente a la vigorosa vitalidad de la iglesia, la renacida congregación de los *filippini* no lograba desarrollarse.

Los dos sacerdotes de buenas costumbres y acomodados, mencionados por *don* Benedetti en su « *Memoria* », no se presentaron, a pesar de que la casa ya había sido saneada. Tampoco tomaron cuerpo las adhesiones de aquellos dos sacerdotes pobres que el Padre Luigi habría querido enviar al *Oratorio* de Verona para formarse en el espíritu de san Felipe; un proyecto que había encontrado obstáculos ya desde el 3 de octubre de 1854 por las reservas expresadas por el Padre Sorio, prepósito de aquella casa.

Buscó entonces atraer miembros de las congregaciones de *filippini* de otras ciudades, pero con escasos resultados. El 20 de mayo de 1856, el Padre Giacomo Miconiz del *Oratorio* de Brescia se declaró « *pesaroso* » por no poder ayudar. Incluso el venerable canónigo Niccolò Giovanni Battista Olivieri, el apóstol de las niñas africanas a quien el Padre había

[6] Los filipenses solían imprimir pequeños opúsculos e imágenes de tipo divulgativo, que contenían oraciones para la mañana, para la tarde y para varios momentos del día.

conocido en Udine y a quien se había dirigido esperanzado, le escribió el 2 de junio de 1856 y el 18 de febrero de 1860 explicando que las casas de Florencia y de Roma estaban imposibilitadas para enviar sujetos.

Solo la casa de Venecia envió, el 6 de enero de 1857, al Padre Vincenzo Frucco, permitiendo a Bettini regresar a la laguna y garantizando a la comunidad de Udine el número mínimo legal de tres padres. Sin embargo, después de cuatro años, Frucco tuvo que regresar a la *Serenísima* por motivos de salud.

Finalmente, el 17 de diciembre de 1865, el Padre Luigi pudo acoger a un sacerdote: el Padre Carlo Peruggia de Cassano, diócesis de Como. Por desgracia, aquella única nueva rama se revelaría pronto para él como una dolorosa espina.

No tuvo mejor fortuna con los hermanos legos. El único que le permaneció constantemente fiel fue el Hermano Francesco Zaninotti. Otros cuatro permanecieron por períodos cortos antes de marcharse, unos por motivos de salud y otros para entrar en otras órdenes religiosas.

Se desvanecían así las esperanzas del Padre Scrosoppi de reunir a un grupo de apóstoles valientes. Fracasaba también el plan de crear alrededor de la congregación un movimiento para las misiones populares, que él consideraba el único remedio contra el debilitamiento del sentimiento cristiano y la difusión de errores ideológicos. En verdad, en 1858 se instituyó una « *Congregación de los Sacerdotes para los Ejercicios Espirituales en la Archidiócesis de Udine* », dedicada al Inmaculado Corazón de María y al Beato Odorico Mattiussi de Pordenone, misionero del siglo XIV; incluso se publicó su reglamento, pero la iniciativa tuvo una vida brevísimas.

Y sin embargo, la obra de bien no podía detenerse. Si nadie parecía querer cruzar el umbral de la casa de los *filippini* por vocación oratoriana, el Padre Luigi abrirá esas mismas puertas a otros apóstoles que la Providencia le envió por caminos diferentes: los Jesuitas.

Los jesuitas en la casa de los filipenses

Los habitantes de Udine, al no haber existido nunca sedes de los jesuitas en la ciudad, no albergaban simpatías particulares hacia la Compañía de Jesús, aunque no se mostraban, en líneas generales, hostiles. Sin embargo, en ciertos sectores — aquellos que constituían la llamada opinión pública — se había extendido un sentimiento de aversión, alimentado por el clima de la época, por razones políticas y por una marcada irreligiosidad. Ya durante los levantamientos revolucionarios de 1848, el *« Giornale Politico del Friuli »* había dirigido algunas críticas a los hijos de san Ignacio.

No se registraron en cambio reacciones contrarias cuando dos jesuitas predicaron los ejercicios espirituales en la Catedral, del 1 al 10 de diciembre de 1854, con motivo del jubileo convocado por Pío IX para la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

« El pueblo en los primeros días — relatan las actas del capítulo — *parecía reacio a participar, pero la elocuencia de los padres jesuitas superó la frialdad inicial; la energía, el celo y el extraordinario fervor con que el padre Banchich guiaba las meditaciones, unidos a la profunda doctrina, al orden y a la claridad de su compañero, conmovieron a*

los oyentes hasta el punto de que, en los últimos días, la afluencia era tal que la iglesia metropolitana apenas podía contenerla. Hoy, 10 de diciembre, la comunión general presidida por el arzobispo ha sido numerosísima y se ha prolongado durante tres buenas horas » [7].

En pocos años, sin embargo, el clima cambió radicalmente.

En 1863, monseñor Andrea Casasola fue transferido de la sede episcopal de Concordia a la sede arzobispal de Udine. Había estado entre los primeros, en 1848, en exhibir la escarapela tricolor, al igual que el padre Luigi. Desde entonces, sin embargo, se había convencido de que el movimiento para la unificación nacional había emprendido un camino de abierta rebelión contra la Santa Sede, la Iglesia y la religión misma.

« Una verdadera preocupación religiosa — observa el historiador Cessi [8] — *nunca formó parte de los planes ni de las masas populares, ni de las clases intelectuales responsables del movimiento revolucionario, incluidos los mazzinianos más acérrimos ».*

Monseñor Casasola no compartía en absoluto esta visión. Por el contrario, veía en la grave decadencia de la fe la única y verdadera causa de la confusión y de los conflictos sociales.

Se propuso por tanto promover en la archidiócesis un vigoroso relanzamiento del sentimiento católico, siguiendo una línea que consideraba indiscutible: estaba convencido de que solo los jesuitas podrían tener éxito en tal empresa.

Comenzó de inmediato a negociar con la Compañía de Jesús para que estableciera su propia sede en Udine. Habiendo obtenido una respuesta positiva, a principios de la primavera de 1865, decidió poner a prueba la reacción de la ciudad con un experimento.

Llegaron así tres jesuitas que predicaron un mes de ejercicios espirituales, desde la antevíspera de la Anunciación (la patrona local) hasta el domingo in albis, el 23 de abril. En aquel período, los padres se alojaron directamente en el palacio arzobispal.

Blasich, en sus *« Note cronologiche ecclesiastiche »* [9], relata que desde los primeros días algunos grupos de agitadores intentaron alejar a los fieles con amenazas; llegaron incluso a detonar artefactos explosivos, por la mañana y por la tarde, cerca de las puertas laterales de la Catedral e incluso contra una ventana del arzobispado.

A causa de estos disturbios, muchos ciudadanos prefirieron abstenerse y la misión no obtuvo los resultados esperados. La policía austriaca adoptó severas medidas de seguridad: en la Catedral semivacía, durante las funciones vespertinas, merodeaban numerosos guardias de paisano, presentes también en el exterior.

---

7 Actas del Cabildo, vol. X (1839-1858), c. 217.

8 R. CESSI, Studi sul Risorgimento nel Veneto, Padua 1965, p. 43.

9 Las Note Cronologiche Ecclesiastiche son dos gruesos volúmenes manuscritos, conservados en el archivo de la parroquia de San Quirino de Udine. Aquel del que se extraen las noticias utilizadas en la presente biografía consta de 890 páginas y comprende los años 1806-1891. Para el episodio narrado compárese página 95. El autor, nativo de Udine (1836-1892), fue profesor en el seminario diocesano de Concordia, y regresó a su diócesis tras la elección de monseñor A. Casasola como arzobispo de Udine. Tuvo varias funciones en la curia que desempeñó con ciencia, previsión y amor. Fue rector de la iglesia de San Pietro Martire donde ejerció el ministerio, especialmente de la predicación con el máximo celo. De fuerte ingenio, amante de los estudios, especialmente de la historia eclesiástica de la diócesis, publicó varios opúsculos; fue estimado como un sacerdote ejemplar, docto, laboriosísimo. (Compárese Registro VI Defunti, de la parroquia de San Quirino de Udine, 1878-1908, p. 57, n. 11; Il Cittadino Italiano 19-1-1892).

A pesar del infeliz resultado de la prueba, ni el arzobispo ni los jesuitas renunciaron al proyecto; sin embargo, decidieron actuar con mayor prudencia.

Pero ¿dónde alojar a los padres? Inicialmente se pensó en el antiguo convento de Santo Spirito. Más tarde, tanto para evitar la preparación de una nueva estructura, como por el temor que la figura carismática del padre Luigi infundía en los violentos, se optó por instalarlos con los filipenses. Es probable que haya sido el mismo padre Scrosoppi quien sugiriera esta solución, que de todos modos acogió con gran entusiasmo, ofreciendo a los hijos de san Ignacio la mejor parte de la casa de la congregación.

« Los nuestros entraron — escribe el jesuita Adone Aldegheri — *en pequeños grupos de uno o dos a la vez, a partir del 24 de octubre de 1865. Actuaron con tal cautela que la ciudad solo se percató de su presencia al cabo de dos meses. Los padres aparecían en la casa por breves períodos, casi como si fuesen huéspedes de paso de los filipenses, para luego desplazarse de inmediato por toda la diócesis a guiar misiones populares que resultaron extremadamente provechosas. Dedicaron a este ministerio los últimos meses de 1865; con el inicio del nuevo año, creyeron que había llegado el momento de obrar también por el bien espiritual de Udine. El Señor los ayudó hasta tal punto que lograron fundar dos congregaciones, predicar en la iglesia de los filipenses donde residían y guiar numerosos ciclos de ejercicios espirituales »* [10].

Tinti, refiriéndose a la iglesia de Santa Maria Maddalena, subraya que el Padre se valió de la valiosa colaboración de dos jesuitas, los padres Zuccherini y Banchich, que durante algún tiempo actuaron como verdaderos apóstoles hacia los fieles, los cuales encontraban en aquella sede constante apoyo espiritual.

El padre Luigi obtuvo una inmensa alegría de la convivencia con los jesuitas. Sin embargo, ya se preparaba la tormenta política que habría de dispersar aquel pequeño núcleo. Afortunadamente, la Providencia les ofreció un nuevo refugio: el 2 de abril de 1866 murió el piadosísimo sacerdote *don* Giuseppe Bacci [11], quien nombró heredera a la Compañía de Jesús a condición de que tres padres residieran de forma permanente en Gorizia. Cuando, en julio de 1866, el ejército italiano avanzó en el Véneto y el Friuli, los jesuitas de Udine pudieron así trasladarse a esa nueva casa.

Los hijos de san Ignacio, que habían compartido esos nueve meses con el padre Scrosoppi, mantuvieron por él un afecto sincero y una profunda devoción. Es precisamente gracias a este conocimiento directo que, doce años después de su muerte, las páginas de la *« Civiltà Cattolica »* hablarán de él definiéndolo como *« un santo »*.

Supresión y confiscación

Con una ley del 7 de julio de 1866 se extendieron a todo el reino de Italia las normativas ya promulgadas en los Estados Sardos respecto a la supresión de las corporaciones y de las congregaciones religiosas y sobre la « *conversión* » de sus bienes al Estado. El padre Luigi

---

10 A. ALDEGHERI, Breve storia della Provincia Veneta della Compagnia di Gesù dalle sue origini fino ai giorni nostri (1814-1914), Venezia 1914, pp. 187-188.

11 Bacci Giuseppe (1799-1866), goriziano, fu catechista nelle scuole normali, prof. di catechetica e pedagogia nel seminario teologico centrale, confessore per molti anni delle monache di s. Orsola della stessa città.

recibió la primera comunicación oficial de que también la congregación filipense de Udine caía bajo dicha legislación el 21 de diciembre: un amargo regalo de Navidad.

Deberíamos ahora relatar los largos y dolorosos acontecimientos que siguieron y los esfuerzos por él realizados para salvar la congregación o al menos la iglesia de Santa Maria Maddalena. Solo los mencionaremos brevemente.

No tuvo éxito el intento de hacer declarar a los filipenses exentos de la ley de supresión, iniciativa llevada adelante por el Padre junto a los superiores de los Oratorios de Chioggia, de Venecia y de Padua. Resultaron vanas las peticiones de sesenta y ocho ciudadanos, en mayo de 1868, para que la iglesia fuera restituida al culto, así como análogas instancias presentadas por algunas mujeres de la nobleza de Udine en el julio siguiente. Se revelaron inútiles también las declaraciones de sacerdotes o laicos que atestiguaban cómo algunos ornamentos sagrados eran de propiedad privada, presentadas en la primera mitad de 1868 para sustraer al menos algo a las pretensiones del fisco.

Y he aquí algunas etapas de este doloroso camino de sufrimiento.

El 2 de abril de 1867, el padre Scrosoppi tuvo que resignarse a presentar la denuncia de los bienes muebles e inmuebles de la congregación, acompañándola con esta carta: « *Delegado real, al entregarle la denuncia impuesta por el artículo 13 de la ley del 7 de julio de 1866, el abajo firmante padre superior, en deferencia a las leyes divinas y eclesiásticas, declara solemnemente tener que prestarse a tales actos y a las consecuencias deseadas solo por la necesidad de evitar males mayores, y para no causar un daño aún más grave a los miembros de esta congregación del Oratorio* ».

El 24 de abril — ¡apenas tres días después de Pascua! — el delegado de la regia intendencia de finanzas de Udine procedía « *a las operaciones de inventario y toma de posesión* », ordenando verbalmente que la casa y la iglesia fueran desalojadas antes del 9 de mayo, fecha que luego se pospuso al 18 y finalmente, de modo irrevocable, al 29. En aquellos días, el padre Luigi se dirigió a Castellavazzo, en la zona de Belluno, para una prevista fundación de las hermanas de la Providencia; pero probablemente lo hizo con la ilusoria esperanza de que su ausencia pudiera retrasar aún la decisión inexorable, confiando tal vez en que su querido san Felipe, cuya fiesta se celebraba el 26 de mayo, le obtendría un milagro. Avisado de que ya toda esperanza era vana, regresó de inmediato a Udine, donde no le quedó más remedio que sufrir la confiscación y el desahucio.

« *El Padre* — escribe Tinti — *acudió solícito a celebrar de buen mañana la santa misa y a recibir por última vez las sagradas Especies encerradas en el tabernáculo; y aunque conservaba todavía la esperanza de rescatar la iglesia del patrimonio público y reabrirla al culto, sin embargo se plegó a aquel acto doloroso con amargas lágrimas y con el corazón roto ante el pensamiento de ver así obstaculizado el gran bien espiritual que se realizaba en aquella casa de Dios. En la angustia del padre Luigi participaban intensamente sus hermanos de comunidad y gran parte de la ciudadanía.* »

Desde hacía algunos meses se había refugiado en la casa della congregación *don* Giovanni Battista Scrosoppi, alejado por motivos políticos de su parroquia de Sacile. Ahora los dos hermanos estarían unidos en el mismo destino. Expulsados juntos de aquella morada,

encontraron un alojamiento de fortuna en unos locales junto al Instituto para las Sordomudas, a pocos pasos de la *Casa de las Derelitte*.

Pero el padre Scrosoppi había bebido solo la mitad de su cáliz de amargura.

Un hermano extraviado

Como si no bastara la persecución de las autoridades externas, el padre Luigi tuvo que sufrir la rebelión del único hermano al que había abierto las puertas de su propia casa y tendido los brazos con afecto paterno: el padre Carlo Peruggia.

Este, empujado por las presiones de la curia de Udine, emitió el 5 de mayo de 1867 la siguiente declaración:

« *Declaro yo, el abajo firmante, dispuesto a confirmarlo bajo juramento, no haber revelado el contenido de lo que escribí en un conocido cuaderno mío, con estas solas excepciones:*

1° *Que poco me importaba la supresión de la congregación, ya que, al no observar sus reglas, me encontraba en una posición falsa respecto a mi vocación;*

2° *Que mi superior es celoso y habría hecho todo lo posible para impedirme llegar a ser custodio de la iglesia;*

3° *Que asumir la custodia de la iglesia es una cuestión muy delicada debido a la previa presencia de los jesuitas, y que no habría aceptado el encargo sin el consentimiento previo del arzobispo.*

Además de estas declaraciones... confirmo, ofreciendo también jurar, no haber revelado nada más a ninguna autoridad, ni de palabra ni por escrito, ni directa ni indirectamente. »

Sería interesante poder consultar ese « *libreto* », pero a pesar de las cuidadosas investigaciones no ha sido posible rastrearlo. Se trató indudablemente de un manuscrito y no de una obra impresa, de lo contrario Peruggia no habría podido sostener haber mantenido en secreto su contenido.

¡Es realmente singular la declaración de este hombre! Admite cándidamente no tener la vocación filipense y al mismo tiempo acusa al superior de celos porque no le confía el cuidado de la iglesia; desea ser su rector, pero al mismo tiempo plantea objeciones porque el edificio habría sido « *contaminado* » por la estancia de los jesuitas...

No sabemos dónde se refugió Peruggia inmediatamente después de la confiscación de la casa filipense, pero es seguro que permaneció en Udine durante más de un año. Consta en efecto una larga carta suya a la curia, fechada el 16 de junio de 1868, en la que manifiesta la intención de trasladarse para « *proseguir su propia vocación en la rigurosísima congregación del Oratorio de Biella* ».

Sostenía seguir los consejos de monseñor Someda (entonces vicario general), de su propio confesor e incluso de su antiguo superior, el padre Luigi. Para partir, sin embargo, exigía la expedición de un certificado oficial (ad litteram), adjuntando un texto de su propia mano

— para nosotros desconocido — sin el cual, según él, cualquier intento de hacerle dejar la ciudad habría sido inútil.

Hasta ese momento, el padre Luigi se había negado a concederle dicho documento, a pesar de los diversos intentos de medicación amistosa. Y es fácil comprender el motivo: ¿cómo podía su escrupulosa conciencia recomendar a una comunidad « *muy observante* » a un sujeto que había declarado abiertamente no sentir la vocación y no querer someterse a ninguna regla?

Dos semanas después, el 29 junio, Peruggia firmó una promesa formal: si el padre Luigi le entregaba el mencionado certificado, él habría « *decidido irrevocablemente dejar la diócesis dentro de quince días, para no volver jamás a ella* ».

Solo podemos imaginar cuánto tuvo que esforzarse monseñor Someda para convencer al padre Luigi de superar sus legítimas dudas morales. Al final lo logró y Peruggia partió.

Evidentemente, aquel pobre hombre había sido arrastrado por las turbulencias de su tiempo. No es seguro si alguna vez fue realmente al Oratorio de Biella, pero con certeza no permaneció allí mucho tiempo. El 12 de noviembre de 1890 vivía en Milán en una vivienda privada, desde donde escribía al arzobispo de Udine para obtener una declaración destinada a la curia milanesa. Pedía que se pusiera por escrito que no había ninguna objeción a su permanencia por tiempo indefinido en la diócesis de Milán. No parecía en absoluto curado de su viejo vicio de exigir órdenes disfrazadas de peticiones, ya que exigía « *una declaración... formulada exactamente en los términos arriba citados* ».

Quizás Peruggia acababa de partir cuando se consumó el último acto dramático relativo a la iglesia de Santa Maria Maddalena.

La iglesia de Santa Maria Maddalena desacralizada

El 7 de julio de 1868 se fijó en los muros de Udine un « *Aviso de subasta* » en forma de cartel, en el cual se anunciaba que el día 13 del mismo mes se pondrían en pública subasta los ornamentos y los muebles de las iglesias y de los conventos suprimidos, « *entre cuyos objetos se comprenden los altares, el órgano, las campanas de la ex iglesia de los filipenses y otros de la misma procedencia* ».

El 4 de julio, el padre Scrosoppi había escrito una carta sincera e implorante a su amigo Luigi Nicoletti [12], consejero de la Corte de Apelaciones y cuñado del patriota de Cividale Giovanni Battista Castellani, el cual — a raíz de los acontecimientos de 1848-49 — se había trasladado a Toscana.

---

12 Nacido en Valvasone en 1811, murió en Barbeano (Pordenone) en 1894. « Humilde, piadoso, caritativo, gastó su vida haciendo el bien a cuantos pudo. De conciencia delicada, de excelente corazón, de mente perspicaz, fue un magistrado íntegro; jubilado, defendió con preferencia las razones de los pobres. » (Registro Canonico dei morti, 1839-1921 - 1894, 14/10, n. 10). Su cuñado Castellani Giovanni Battista, nacido en Cividale del Friuli en 1820, licenciado en derecho, fue el primer periodista libre friulano, dando vida por algunos meses en 1848 al Giornale politico del Friuli, que recogía también las voces patrióticas de sus antiguos compañeros de seminario entonces sacerdotes. Fue embajador de la República de Venecia ante la Santa Sede, también en el tiempo de la República Romana, mereciendo la estima de los republicanos, sin ocultar sus sentimientos católicos. Cfr. G. BIASUTTI, Giovanni Battista Castellani redattore del « Giornale politico del Friuli »..., pp. 121-126.

« *Su partida hacia Florencia* — le decía entre otras cosas — *me infunde gran esperanza para la cuestión de la iglesia de los filipenses de aquí... ¡Pobres de nosotros! ¿Entonces el lunes 13 del corriente veremos vender todos los ornamentos de la iglesia más bella de Udine?... Usted debe hacer lo posible, tan pronto como llegue a Florencia, para esmerarse a fin de que esta subasta sea inmediatamente suspendida. No se escatime, por caridad, que san Felipe le dará una generosa recompensa... Mientras tanto, haga que el señor conde Castellani obtenga la suspensión de la subasta... Agradezca al egregio conde por lo que ha hecho hasta ahora y suplíquele que quiera interceder para superar las dificultades que se presentan. ¡Buen viaje! Yo no faltaré de recordarle cada día en el santo altar y usted recuérdeme al conde diputado, y escríbame a menudo para mantenerme al día sobre todo.* »

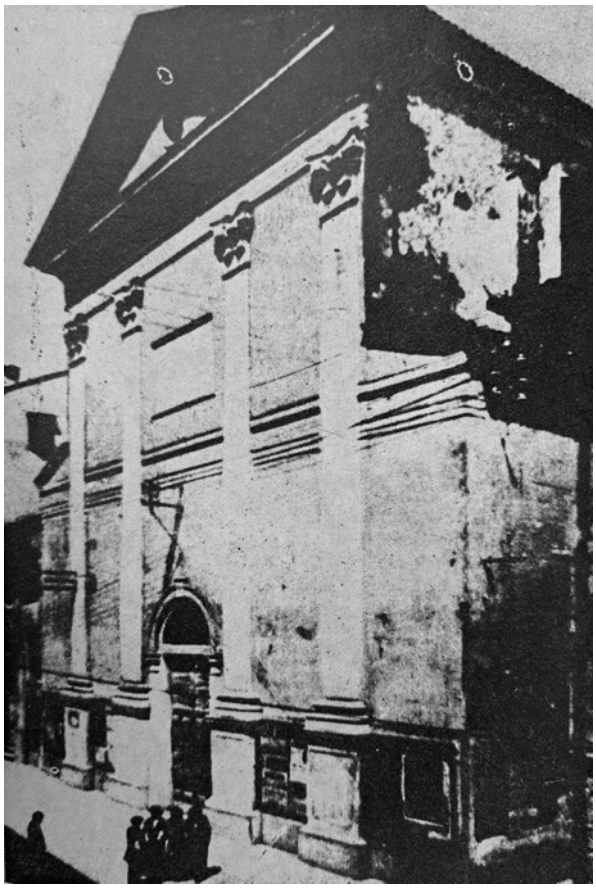
Naturalmente, el conde Castellani no logró obtener ningún resultado.

¡Quién sabe si el padre Luigi se presentó personalmente en la subasta; nos inclinamos a creer que no. Sin embargo, alguien fue allí en su nombre y compró el altar mayor — valiosa obra de Torretti, que más tarde pasó a la iglesia de Maiano del Friuli [13] — y varios otros objetos, entre los cuales los cuadros del Corazón de Jesús y del Corazón de María. Estos fueron comprados en parte con su dinero y en parte con fondos ofrecidos por sus amigos: monseñor Someda, monseñor Cernazai, *don* Tommaso Turchetti y los señores Giovanni Puppati, Pasquale Fior y Luigi Zamparo.

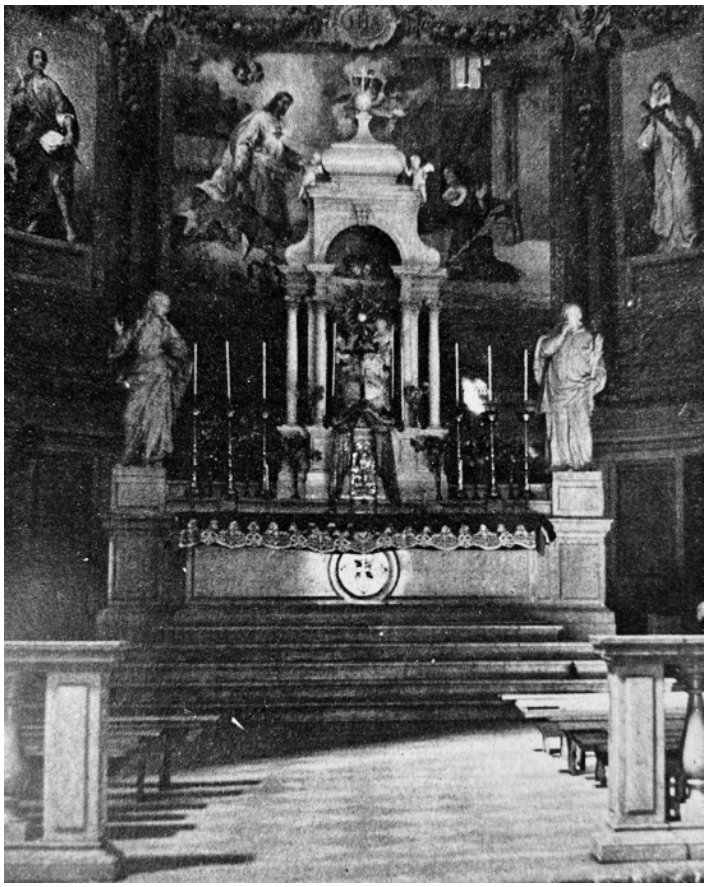
¡Fue un dolor indecible para el padre Luigi y para el buen padre Domenico Deotti, que le había permanecido fidelísimo! Quizás este disgusto aceleró la muerte de este último, que le sobrevino repentinamente el 21 de junio de 1869, precisamente en el día de la fiesta de san Luigi, mientras se preparaba a ofrecer las felicitaciones por el santo a su estimado hermano de comunidad y superior. Los hermanos de Deotti honrarán su memoria ofreciendo beneficios a la *Casa de las Derelitte*.

El padre Luigi se quedó solo esperando aún, *"contra spem"* (es decir, más allá de toda esperanza razonable).

[13] En cambio, por documentos del archivo del Istituto della Provvidenza (ex *Casa de las Derelitte*) resulta que el altar fue vendido a la junta de fábrica de la iglesia de Artegna (Udine), donde monseñor Pietro Antonio Antivari, obispo auxiliar de Udine, lo consagró el 28-2-1897.



Fachada de la iglesia de Santa Maria Maddalena



Altar de la iglesia de Santa Maria Maddalena. Rescatado en subasta pública después de la confiscación de 1867, fue colocado en la iglesia de Artegna (UD)

En vano se desvivieron Castellani, Nicoletti y el renombrado músico abad Jacopo Tomadini para que al menos la iglesia fuera restituida al culto. En junio de 1873, sin siquiera un aviso previo al arzobispo, se dio inicio a la exhumación de los cadáveres sepultados en los sepulcros en el interior de la iglesia, según la antigua costumbre. A duras penas se logró sustraer a la profanación los restos del venerado monseñor Francesco Trento [(14)] — exhumados por interés del conde Federico Trento — y los del cardenal Daniele Delfino [(15)], último patriarca de Aquileia y primer arzobispo de Udine. Estos últimos, a finales de enero de 1874, fueron trasladados a la tumba del patriarca Dionisio Delfino, en el interior de la iglesia de San Antonio abad.

De este modo se consumó la secularización de la iglesia. El gobierno la había cedido al Municipio « *con fines de utilidad pública* »: y la administración municipal la transformó en una « *picadero* », es decir, en una sala destinada a la gimnasia y a la esgrima.

---

[14] Noble udinés (1710-1786), descendiente también él de la familia originaria del Val di Non en el Trentino, fue doctor en derecho eclesiástico e historia, cooperador en la iglesia de los filipenses, visitador de las escuelas de doctrina cristiana, canónigo, director de espíritu según la doctrina de san Francisco de Sales, publicó discursos, homilías, instrucciones, etc., ejemplares por su solidez y sencillez. (Cfr. F. Florio, Elogio di monsignor Francesco Trento, Udine 1787, pp. 68).

[15] Era de la célebre alcurnia veneciana de los Delfino (1688-1762); en 1744 fue patriarca de Aquileia y desde 1747 también cardenal. Convocó el sínodo diocesano, erigió en Udine la iglesia de la « Purità di Maria Vergine » pintada al fresco por Tiepolo, llamó a Udine a los padres de la Misión, contribuyó a construir iglesias, monasterios, etc., fue padre de los pobres. Suprimido el patriarcado, mantuvo el título de por vida. (Cfr. F. BLASICH, Preziose memorie Diocesane, ms. 764, pp. 113-116, A.C.A.U.).

En vano intentó monseñor Casasola reivindicar la propiedad de la casa de la congregación, remitiéndose al contrato de compra del 26 de enero de 1842, según el cual el inmueble debía volver al arzobispo en funciones en caso de que la congregación filipense cesara después de quince años de su reconstitución legal. La casa se convirtió en cambio en sede de una escuela de música, de la *"Società dei Reduci dalle patrie battaglie"* y de la Cruz Roja.

Lienzo del Sagrado Corazón perteneciente en su día a la iglesia de Maria Maddalena y actualmente ubicado en la pequeña iglesia de San Gaetano.

Lienzo de la Dolorosa que llegó a la iglesia de Santa Maria Maddalena desde el monasterio de las Benedictinas de Spilimbergo hacia finales de 1700. Ahora se encuentra en la pequeña iglesia de San Gaetano.

Después del conflicto del 1915-18, tanto la casa como la iglesia fueron demolidas; sobre su terreno se edificó en 1926 el palacio de correos, proyectado por el arquitecto D'Aronco.

Ante tal destrucción, se puede imaginar fácilmente la inmensa amargura del padre Luigi. El 12 de mayo de 1874, los capuchinos lograron recomprar al patrimonio público, gracias a la ayuda de algunos benefactores, su convento de via Ronchi. Poco después, el Padre escribía a una superiora de las hermanas de la Providencia:

« *Aquí tenemos una noticia consoladora: los reverendos padres capuchinos han logrado volver a comprar en subasta su convento por 20.000 liras italianas, de modo que ahora viven tranquilos y todos los buenos cristianos se regocijan. No ha sido así para los padres filipenses, que lo están perdiendo todo. ¡Se han vendido incluso los altares de nuestra iglesia, el órgano, el órgano, el pavimento de mármol, y la han profanado transformándola en un picadero! El Señor perdone a estos profanadores y les conceda arrepentirse. Que la santa madre Iglesia pueda triunfar, y entonces esperemos asistir a la resurrección de esta venerada iglesia nuestra.* »

Pero san Felipe le quedó en el corazón

Aquel caballero y santo varón de monseñor Giuseppe Vale [16], comentando la orden de desahucio de los filipenses de su vivienda, dejó escrito:

« *¡Bella ley! ¡hecha por ladrones, hecha para ladrones y ejecutada por ladrones!* »

En estas palabras transpira el profundo resentimiento del clero que vivió en aquellos años envenenados por un encendido anticlericalismo.

Sin embargo, aunque lo hubieran privado de la casa y de la iglesia, nadie logró sustraer al padre Scrosoppi lo que de verdad importaba: el espíritu de « *Pippo buono* » (es decir, el carácter afable y caritativo de san Felipe Neri).

En primer lugar, permaneció intacta su dulce humildad. Un día, varios años después de la supresión de la congregación, llegó de Cormons a Udine el jesuita padre Giuseppe Rossi; el Padre deseaba acompañarlo a visitar la casa de campo en Orzano. Sin tardanza, se preparó el carruaje. Para la ocasión, el padre Luigi habría preferido ciertamente utilizar « *Puppa* », una yegua más vigorosa y veloz, en lugar de « *Bagalin* », un rocín lento y de poco valor. Pero he aquí que surgió un amistoso contraste entre los dos religiosos sobre quién debía subir primero al vehículo. La disputa parecía no tener fin. Al final tuvo que ceder el padre Rossi, que subió exclamando:

« *Mi padre san Ignacio exige la obediencia.* » Y el padre Luigi respondió prontamente con una sonrisa: « *Y mi san Felipe, quiere la humildad.* »

Y luego su dulzura. El padre Luigi tenía extrema necesidad de ella, ya que poseía por naturaleza un temperamento bastante irascible. Precisamente por esto había introducido en su reglamento de vida el propósito:

« *Siempre la miel en la boca y la miel en el corazón* » (Semper mel in ore, et mel in corde).

Si a esto se añadía su voluntad de hierro y una cierta tendencia a la severidad, la dosis de dulzura debía ser necesariamente duplicada. San Felipe le concedió tanta bondad que permaneció en el recuerdo de todos los que lo conocieron con el apelativo de « *padrut* », es decir, de « *querido pequeño padre* ».

Del santo de la alegría aprendió a convertirse él mismo en un maestro de serenidad espiritual y de paz, derivando de ello incluso el gusto por la broma. Amaba burlarse ante todo de sí mismo, humillándose a veces hasta hacer sonreír a quien lo observaba. Y si pasaba por los alrededores alguna mujer un poco demasiado vanidosa, ¡cómo se divertía burlándose de ella de buena fe! No lo hacía para humillar, sino solo para suavizar los caracteres demasiado rígidos (es decir, los "*palos de escoba*").

Esta costumbre lo acompañó hasta el lecho de muerte. Lo asistía como enfermera sor Osanna Tisot, una mujer un poco autoritaria y de nariz pronunciada. ¿Qué inventa el padre Luigi, llegado ya al final de sus días? La obliga a calzar unas pantuflas enormes, preparadas

[16] Nacque a Gemona del Friuli nel 1877 e morì a Udine nel 1950. Professore di latino e storia nel seminario udinese, poi canonico e direttore della biblioteca arcivescovile, « fu l'archivio vivente della storia ecclesiastica friulana »: scrisse sull'origine e vicende di paesi, istituti, chiese, conventi, riti ecc, del Friuli. (G. MARCHETTI, o.c., p. 787). Cfr. G. VALE, L'Oratorio e la Congregazione dell'Oratorio di S. Filippo Neri a Udine, fasc. III, p. 44 (ms. 550, A.C.A.U.).

para el corpulento *don* Luigi Costantini, y le hace vestir sobre el hábito religioso un viejo escapulario de lana suyo, todo gastado y no precisamente perfumado. La monja tenía entonces treinta y siete años y, aunque la vanidad no debe tener lugar en el convento, ciertamente no le agradaba aparecer como un "*mascherotto"* (es decir, una figura ridícula de carnaval). Por fortuna, estando acostumbrada a semejantes métodos educativos, aceptó la broma con el espíritu de san Felipe. Y tal vez logró arrancar al Padre moribundo sus últimas sonrisas.

¿Y no fue acaso la reliquia de san Felipe, heredada de su hermano Carlo y custodiada con inmenso amor, la que le hizo percibir — según estaba convencido — con un misterioso tictac, el momento de dejar este mundo por el Cielo?

En cualquier caso, esta parte de la historia del padre Luigi como filipense representa casi solo un capítulo limitado de su existencia; una vida que dedicó enteramente a las pequeñas huérfanas y a las hermanas de la Providencia.

De este fundamental apostolado es del que debemos ahora volver a tratar.

Capítulo 2

LA OBRA CONTINÚA FLORECIENDO CON HEROÍSMO (1854-1857)

La *"Casa del Provvedimento"* u Obra de santa Zita [1]

Una noble característica de la Casa de las Abandonadas, desde sus orígenes, fue el enfoque familiar que los dos fundadores siguieron constantemente: ellos se ocupaban de acoger y educar a las jóvenes, de encontrarles una prudente colocación cuando alcanzaban la edad y la madurez necesarias para afrontar la vida con autonomía, y de vigilar sobre ellas acogiéndolas de nuevo en casa en caso de que se encontraran en dificultades o en peligro [2].

Si los dos sacerdotes mostraban un afecto paterno hacia todas, lo hacían de manera especial por las jóvenes realmente abandonadas, como rezaba el reglamento:

« *Las más pobres y absolutamente abandonadas son educadas y mantenidas enteramente a expensas de la casa, de la cual se convierten en hijas, y no salen de ella sino después de haber completado su educación y haber recibido los medios necesarios* ».

Por esta razón, el padre Luigi retenía a estas jóvenes en el instituto por meses y a veces por años, aunque hubieran superado los dieciocho años: las tenía consigo, precisamente, hasta que lograba colocarlas adecuadamente.

Sin embargo, surgió muy pronto un problema pedagógico. ¿Era oportuno hacer convivir en el mismo ambiente a niñas pequeñas y a mujeres jóvenes, de los cuatro a los más de veinte años? Por eso, cuando el padre Carlo aún vivía, los dos hermanos proyectaron una *"Casa del Provvedimento"*, donde las jóvenes pudieran encontrar un ambiente más adecuado para su edad.

---

[1] La obra fue llamada así en recuerdo de santa Zita, virgen luquesa del siglo XIII. Pasó su vida en casa Fatinelli como sirvienta, soportó maltratos de sus compañeros de trabajo y durezas de sus amos; con su amor y respeto convirtió los corazones ganándose confianza y afecto. La fama de santidad de la que ya gozaba en vida aumentó con su muerte y fue confirmada por los milagros. Fue proclamada, en 1935, celeste patrona de las empleadas domésticas. (Cfr. Bibl. Sanctorum, Roma 1969, vol. XII, pp. 1483-1484).

[2] Dos contemporáneos, al elogiar la Casa del Provvedimento, denunciaron indirectamente la dolorosa situación en la que se encontraban las jóvenes desvalidas: si eran recogidas en ella, serían preservadas de ser « expuestas sin pan y sin techo a la voraz corrupción », no caerían « como ocurre por desgracia, en las cloacas de la ciudad, o en los prostíbulos ya tan poblados, a aumentar el número de las víctimas desgraciadas de las malas costumbres » (F. BLASICH, Il P. Luigi Scrosoppi d. O., p. 12; V. LICCARO, Funebre elogio del p. Carlo Filaferro, p. 19). Que el p. Scrosoppi retiraba a exalumnas del lugar de servicio cuando encontraban peligros allí resulta del registro de las asistidas en la *Casa de las Derelitte*. En el proceso informativo numerosos testigos que habían bebido de una misma fuente, declararon sobre una vejación diabólica contra el p. Scrosoppi, (cfr. Summarium, pp. 37-38, 146, 331-332, 461, párrs. 77, 71, 49, 48, etc., en Positio super causae introductione, Roma 1957). Aparte de la real posibilidad de una intervención del demonio, tal vez el hecho podría atribuirse a algún señor que, ofendido en su honor porque había sido retirada de su casa una exalumna del Istituto delle Derelitte, se habría vengado en el p. Luigi, entrando un día en el instituto, subiendo al estudio del Padre y golpeándolo.

En dicha obra se estaba ya trabajando en 1853, pero la inauguración oficial ocurrió solo el 4 de octubre de 1854, en el día de la fiesta de san Francisco de Asís. Es oportuno recordar cómo esta iniciativa, en la pequeña Udine, precede por más de siete años a la análoga abierta en la gran Turín el 10 de febrero de 1862, con el mismo nombre de *"Casa del Provvedimento"* u Obra de santa Zita, por obra del siervo de Dios *don* Francesco Faà di Bruno, a quien el biógrafo Trabucco define « *pionero de la asistencia social* » [3].

La obra de Udine tuvo su sede durante diez años en una « *casita* » compuesta por unas pocas habitaciones, situada donde hoy se encuentra el Asilo de la Inmaculada. Se accedía a ella por el portón que se abría en el terreno (*braida*) de los antiguos Misioneros, justo enfrente de la entrada principal de la Casa de las Abandonadas: evidentemente, el padre Luigi deseaba mantener una discreta vigilancia sobre quién entraba y salía.

Quizás para obtener el espacio necesario para la escuela de sordomudas, el padre Luigi pensó, un año después, en trasladar la "*Casa del Provvedimento*". Con ese fin, en 1855, compró algunos edificios propiedad de Gremese al sur de la iglesita y del oratorio de las Abandonadas; si embargo, pudo completar legalmente la compra solo en 1862. Comenzó de inmediato en ese lugar la construcción de un edificio más imponente. A esta nueva sede se trasladó la "*Casa del Provvedimento*" mento en 1865 y continuó su actividad hasta octubre de 1904, cuando fue transformada en un internado para las alumnas del colegio de la Providencia que asistían a las escuelas externas de la ciudad. La obra duró, por lo tanto, exactamente medio siglo.

El padre Luigi nos dejó un registro autógrafo de las huéspedes en la casa entre 1854 y 1862. Junto a numerosas huerfanitas, ya hijas de la Casa de las Abandonadas, encontramos allí una decena de muchachas dadas de alta del departamento de « *expósitos* » (recién nacidos abandonados) del hospital civil y otras jóvenes procedentes de varios pueblos de la provincia para buscar empleo como domésticas en la ciudad. La institución funcionaba, por lo tanto, simultáneamente como escuela profesional para criadas, como oficina de colocación y como obra para la protección de la mujer joven *ante litteram* (es decir, con anticipación a los tiempos).

Sin embargo, desde el principio, también encontraron hospitalidad allí algunas mujeres ancianas, casi todas antiguas amas de llaves, que deseaban concluir su modesta existencia en una pacífica atmósfera religiosa. Una explicación de esta heterogeneidad nos la proporciona la madre Elena Zuccolli, superiora della Casa de las Abandonadas, en una carta del 1 de julio de 1898:

« *Esta "Casa del Provvedimento" fue abierta... con el único objetivo de acoger temporalmente a aquellas huerfanitas nuestras que, una vez colocadas como criadas en las familias, se encontraran eventualmente sin trabajo y sin sustento, y por lo tanto expuestas a los peligros del mundo. Y si nuestro venerado padre Luigi admitió en algunas*

[3] Nacido en Alessandria en 1825, muerto en Turín en 1888, capitán y combatiente, licenciado en matemáticas en París, fundador de las hermanas Mínimas del Sufragio (institución laica) para dirigir la Opera s. Zita que, extendido su radio de acción, fue denominada Conservatorio di Nostra Signora del Suffragio, constructor de la iglesia homónima, para oficiar la cual tomó las órdenes sagradas. Sus contribuciones científicas y sus invenciones fueron muy apreciadas; escribió o dirigió publicaciones ascéticas y para obras de apostolado. (Cfr. Enciclopedia cattolica, vol. V, p. 935; C. TRABUCCO, Francesco Faà di Bruno, pioniere dell'assistenza sociale, Roma 1957, pp. 122). El decreto sobre la heroicidad de las virtudes es del 14 de junio de 1971.

ocasiones a señoras deseosas de retirarse, lo hizo solo para secundar las fervientes peticiones y las recomendaciones de algún benefactor particular del instituto ».

En ciertos casos, sin embargo, este refugio excepcional fue dictado por una sensibilidad caritativa exquisita. El padre Luigi acogió allí, por ejemplo, a una mujer que había sido aspirante a monja y había salido de la congregación desde hacía varios años. Más tarde ofreció asilo a Francesca y Elena Juri, que se habían quedado solas tras la muerte de su hermano Pietro (fallecido en 1865), quien había sido vecino de casa en la calle Rauscedo y su devoto amigo, al cual estaba ligado también por el común fervor en la Tercera Orden franciscana. Fue precisamente Elena Juri la última huésped de la casa; a su muerte, ocurrida a la edad de 84 años el 6 de octubre de 1904, la estructura quedó vacía y fue destinada a otros fines.

« *Da mihi animas* » (Dame las almas)

El Padre se esmeraba en que las huéspedes de la Casa del Provvedimento recibieran una preparación esmerada y fueran colocadas en el mundo del trabajo con precaución; sin embargo, se preocupó ante todo por su elevación espiritual. Ellas frecuentaban habitualmente la iglesita de San Gaetano para cumplir con sus deberes religiosos y precisamente en aquel lugar el padre Luigi tuvo la ocasión de guiar y moldear sus almas. Tres de las jóvenes acogidas llegaron a renunciar al servicio con amos terrenales para consagrarse como hermanas de la Providencia.

Él supo, sin embargo, utilizar aquella estructura también para elevados fines apostólicos. Alojó allí, por ejemplo, a las niñas africanas (las "*morette*") que los siervos de Dios Niccolò Olivieri y su sucesor Biagio Verri [4] llevaban consigo durante sus peregrinaciones dedicadas a la recaudación de limosnas para el rescate de las esclavas. El heroico padre Verri llegaba a menudo a su casa exhausto, con las ropas hechas jirones e infestado de parásitos. El padre Luigi lo acogía con una veneración conmovida, lo reanimaba, le donaba sus propias vestiduras y confiaba aquellos pobres harapos a la hermana guardarropa de la Casa de las Abandonadas, recomendándole que los cuidara como conviene a las reliquias de tan grandes fatigas misioneras.

Además, en la casa dio asilo también a dos jóvenes luteranas y a una calvinista, a quienes su caridad abrió las puertas de la fe católica. Recordamos de modo particular a la última de ellas, una tal Amalia Widoszky, nacida hacia 1835 en Pusta-Fedimes, en Hungría, de Giovanni y Emilia Zulek. Su padre, pastor evangélico e incluso superintendente (responsable superior de los pastores) de toda la provincia de Nitra, se había convertido al catolicismo en 1846. Sin embargo, hostigado por sus parientes y por los miembros de su ex religión, para sobrevivir se había visto reducido a trabajar como maestro de escuela primaria en Kolveza, donde había muerto dos años después.

---

[4] Olivieri Nicolò Giovanbattista (1792-1864) de Voltaggio en Liguria, sacerdote, misionero apostólico, fundó en Génova en 1848 la Opera Pia para el rescate de las Morette. Viajó durante catorce años para combatir la trata de negras en África, desde la India hasta Rusia. Murió en Marsella. (Cfr. I grandi del Cattolicesimo, encicl. biogr., Roma 1958, vol. II, p. 247; para don Verri v. parte II, cap. 2, nota 1).

Su hija Amalia había primitivamente permanecido con su abuela. A la muerte de esta última, emprendió viaje hacia Graz, donde una hermana suya se había casado. Al no lograr encontrarla, se le informó de que se había trasladado a Udine con su marido. Llegó, pues, a nuestra ciudad, donde sin embargo perdió todo rastro de su pariente.

Deambulaba desconsolada por la *piazza delle Erbe* (o de *San Giacomo*), cuando una buena vendedora ambulante, Giovanna Bearzotti de Chiesiellis, se enteró de su situación. La acogió de inmediato consigo y, al saber que era protestante, se lo comunicó a su confesor, el cual hizo lo necesario para que fuera recibida en la Casa del Provvedimento el 12 de septiembre de 1856.

La joven expresó de inmediato el deseo de abrazar la fe católica, siguiendo el ejemplo paterno. Por tal razón, el padre Luigi la confió al canónigo monseñor Filippo Micoli, que tenía un excelente conocimiento de la lengua alemana, para que le proporcionara la instrucción religiosa necesaria. Finalmente, el 19 de abril de 1857 (domingo in albis), el arzobispo monseñor Giuseppe Luigi Trevisanato le impartió solemnemente en la catedral el bautismo bajo condición, la confirmación y la primera comunión, ante una gran multitud de fieles.

El vicario coadjutor de la catedral, monseñor Leonardo Zoratti — el cual, en el registro de bautismos, reprodujo íntegramente un artículo del periódico milanés *La Bilancia* relativo a la ceremonia y al discurso pronunciado por monseñor Trevisanato — añadió de su puño y letra esta nota:

« *Ha sido colocada en el instituto filial de las abandonadas, en aquella casa llamada del "Provvedimento", instituida expresamente para acoger a camareras y sirvientas que se han quedado sin empleo y a jóvenes abandonadas y errantes que desean rescatarse y ponerse en el camino recto. ¡Cosa extraordinaria! El pobre instituto central de las abandonadas, que vive en su mayor parte de limosnas y caridad, provee simultáneamente y casi por milagro a esta casa filial del "Provvedimento", así como a la recién inaugurada para las sordomudas.* »

De las palabras de monseñor Zoratti emerge con claridad la profunda impresión que la iniciativa y el fervor caritativo del padre Luigi despertaban entonces entre la ciudadanía.

Aquel generoso impulso apostólico suyo debía de ser muy conocido, si incluso alguna astuta aventurera intentó aprovecharse de él. Un día se presentó en la casa una joven que afirmaba ser no católica y contaba una historia novelada de sufrimientos y peripecias. El Padre la acogió con la bondad de costumbre y la preparó para el bautismo. Sin embargo, justo en la víspera del sacramento, intuyó que la pobrecita había construido un castillo de mentiras únicamente para obtener ventajas materiales. No quedó más remedio que despedirla serenamente, probablemente tras una necesaria advertencia moral, pero no sin haberle proporcionado los medios necesarios para afrontar los primeros días de su triste vagabundeo.

La iluminación de la Inmaculada

Apenas dos meses después de la inauguración de la *"Casa del Provvedimento"*, el papa Pío IX proclamaba solemnemente en Roma el dogma de la Inmaculada Concepción.

El arzobispo estableció que dicha proclamación fuera celebrada con solemnidad en Udine... en todo el Friuli el 2 de febrero de 1855, con motivo de la fiesta de la Purificación. En los tres días anteriores, las campanas de cada campanario debían repicar a fiesta tres veces al día durante una hora entera; finalmente, se cantaría en todas partes una Santa Messa acompañada por el Te Deum.

La tarde del 2 de febrero, en el seminario arzobispal, se celebró una refinada academia, abierta y cerrada por graciosas cancioncillas marianas musicalizadas y dirigidas por el abad Jacopo Tomadini. En los distintos aportes, se recitó una égloga latina del profesor *don* Francesco Turchetti, en la que dialogaban Melania y Memmio (Maximino), los dos pastorcillos testigos de la aparición de la Virgen el 19 de septiembre de 1846 en el monte La Salette.

Al caer las tinieblas, la ciudad entera refulgió de luces. « *Sin detenerse* — relata una crónica del Giornale di Roma — *en el palacio arzobispal, en el seminario, en el palacio municipal o en la religiosa casa de las "Dimesse", que se distinguieron entre todos por la abundancia de las luces y la originalidad de las decoraciones, no había palacio, casa o mísero tugurio que no ofreciera a María signos inequívocos de homenaje y religiosa exultación; y era magnífico observar en las calles las ventanas de agricultores y artesanos adornadas con cuadros y estatuillas de la Reina del Cielo, rodeadas por numerosas y brillantes llamitas* ».

Es fácil imaginar con qué fervor participaban en dicha celebración el Padre, las hermanas y las huerfanitas. En lo alto, en la fachada de la Casa de las Abandonadas, se colocó una estatua de la Inmaculada, rodeada de muchas flores y cirios en cada ventana. El padre Luigi permitió a las hermanas y a las jóvenes acudir a la *braida* (espacio de hierba cercado) para que pudieran gozar plenamente de aquel dulce espectáculo. Sin embargo, entre el asombro y los aplausos, se introdujo una pequeña tentación.

¡Aquellas muchas y variopintas luces en la cercana casa de las *dimesse*, tan alabadas por el diario romano! El deseo de verlas fue irresistible.

Mientras las hermanas y las huerfanitas estaban concentradas en contemplar el centelleo de las llamitas en el Instituto de las Abandonadas, « *algunas jóvenes de las más vivaces* — narra la crónica — *sin saberlo las demás se alejaron del grupo, deseosas de ver las luces de las "dimess"e. Una novicia y una hermana, madre Clementina Zoratti* [5], *habiéndose dado cuenta del hecho, las siguieron para vigilarlas. Cuando el resto del grupo regresó, estas estaban todavía fuera* ».

El padre Luigi y la superiora, avisados de lo sucedido, esperaron su llegada a la puerta; el padre fundador las condenó a todas a quedarse sin cena.

Por fortuna, en la casa se encontraba un mediador, el padre Fantoni, el cual, ante tal sentencia, comenzó a suplicar al padre Luigi que las perdonara por esa vez, argumentando que no se habían alejado por malicia, sino solo por admirar el homenaje a la Virgen. La súplica fue acogida y todas pudieron cenar.

---

5 Zoratti Teresa (sr. Maria Clementina del ss. Sacramento) erroneamente in registri indicata « Sorati », nata a Udine nel 1833, entrò in congr. il 5-8-1851, vestì il 27-3-1853, professò il 2-2-1857, morì a Udine il 21-5-1882. Per cenni su lei v. Cenni biografici..., ms., vol. II, pp. 307-312.

Sor Clementina, sin embargo, tuvo que cumplir el castigo por el grupo entero. El Padre le impuso quitarse el velo durante una semana entera; la pobrecita tuvo que andar con la cabeza cubierta solo por un pañuelo de color azul, como era costumbre en el convento para los trabajos domésticos. Una vez terminados los días de castigo, el Padre le concedió el perdón y el permiso de vestir nuevamente su querido velo. El buen Padre, iluminado por Dios, comprendió que para ella era necesario actuar de esa manera. ¡Quién sabe qué mérito habrá adquirido ante Dios aquella devota religiosa!

Este ingenuo relato muestra claramente cómo *don* Fantoni y el padre Luigi habían repartido bien los roles en la Casa de las Abandonadas: el primero actuaba como una madre y el segundo como un padre. Se podría decir un padre un tantico severo, pero no demasiado, dado que el "*sin cena*" — castigo habitual en aquellos tiempos — fue prontamente revocado. Más rigurosa fue la humillación infligida a la hermana. « *Si lo hubieseis pedido* — habrá ciertamente pensado el Padre — *habríamos podido ir todos juntos. No se honra a la Virgen actuando por propia iniciativa y cediendo a una caprichosa curiosidad* ».

Por lo demás, sor Clementina del Santísimo Sacramento supo sacar provecho de aquella humillación; obtuvo tal beneficio de ella que quedó famosa en la congregación por su actitud siempre recogida, con los ojos bajos y las manos juntas. Tenía solo veintidós años y había vestido el hábito religioso un año antes, el 27 de marzo de 1853, cuando fue puesta a prueba por el fundador: un jardinero experto que supo guiar hacia un correcto desarrollo aquella tierna plantita.

Las hermanas de la Providencia entre los coléricos

De julio a septiembre de 1855, el Friuli fue arrasado por el cólera, que hizo estragos como un flagelo exterminador (una epidemia implacable que siembra muerte). El período de máxima gravedad se registró entre el 17 de julio y el 26 de agosto, alcanzando el acmé (el pico de intensidad) el 7 de ese mes; en esa sola jornada, en la ciudad de Udine, se contaron 125 nuevos contagiados, 53 de los cuales expiraron antes del anochecer.

¿Cuál fue la reacción del fundador? Una vez más, movilizó a sus hijas espirituales, lanzándolas al heroico servicio de la caridad. Aunque no llovían granadas como durante las revueltas de 1848, el peligro no era en absoluto menor. La enfermedad actuaba como un áspid invisible (una serpiente venenosa oculta), capaz de herir y abatir a un hombre de repente. Pero esto no las desanimó: el heroísmo demostrado por las hermanas fue idéntico, sostenido por un mismo y total espíritu de dedicación.

« *El padre Luigi* — escribe el biógrafo Tinti — *previendo la llegada del flagelo, ya había instruido a las hermanas sobre las modalidades con las que prestar cuidados a los enfermos afectados por el terrible mal. Acogió por tanto con extrema generosidad las numerosas y apremiantes peticiones de la autoridad civil, para que enviara a sus hijas a asistir a los coléricos tanto en la ciudad como en los pueblos limítrofes. Este grupo selecto de sagradas vírgenes se dispuso con entusiasmo al más alto acto de caridad: arriesgar la propia vida para salvar la de los hermanos. Partidas de dos en dos, acudieron a los lazaretos y a las habitaciones de los enfermos, asistiéndolos día y noche con el sincero afecto de una madre. El padre Luigi las había puesto en guardia previamente contra los*

riesgos e instruido sobre los métodos sugeridos por la piedad y la cuz para afrontarlos; a pesar de ello, se trasladaba frecuentemente a visitarlas en los distintos lugares de servicio para asegurarse de su salud y para infundirles nuevo ánimo en medio de aquellas circunstancias tan funestas y difíciles. Esto es lo que nos relata — prosigue el Tinti — *una hermana anciana todavía viva.* »

« *Si sucedía que una de nosotras debía acudir a casas donde la religión era poco considerada, el padre Luigi nos recomendaba: Recordad, hijas, que en los lugares adonde iréis no encontraréis ni un crucifijo ni otros objetos benditos; sin embargo, tened valor: el Señor os sostendrá y bendecirá vuestras fatigas. En efecto, pude verificar en persona cuánto decía la verdad el buen Padre.*

Un día, mientras asistía a un señor afectado por el letal malestar, sus condiciones empeoraban de momento en momento, y sin embargo no mostraba ninguna intención de recibir los últimos consuelos religiosos. No lo abandoné ni un solo instante hasta que fui llamada con urgencia por el hermano del moribundo, el cual me rogó encarecidamente que hiciera todo lo posible para que el enfermo recibiera los sacramentos, añadiendo que el infeliz no lo hacía desde hacía doce años.

Yo se lo prometí y, tras haber pedido fuerza a Dios, regresé con el enfermo y le dije: — Buen señor, me gustaría pedirle un favor. Él comprendió inmediatamente a dónde quería llegar y, como nutría una profunda gratitud hacia quien estaba arriesgando la vida por él, respondió sonriendo: Entiendo, entiendo; bien, llame de inmediato al párroco. Se mandó llamar al sacerdote, el enfermo recibió los sacramentos esa misma noche ¡y por la mañana ya había expirado! »

Estaríamos deseosos de tener mayores detalles sobre esta heroica misión realizada por las hermanas tanto en la ciudad como en la provincia, y en particular sobre aquel constante ir y venir del Padre para alentarlas en la asistencia a los coléricos. Sabemos sin embargo que para coordinar a estas generosas mujeres estaba, también en esta ocasión, el excelente doctor Zambelli, el cual gestionaba las fuerzas a su disposición según su propio juicio, a veces actuando de modo diferente respecto a las peticiones de los municipios o a las indicaciones del Padre. Es prueba de ello una carta fechada el 6 de agosto, escrita por Niccolò Fabris, representante del municipio de Lestizza, y dirigida al padre Luigi:

« *Reverendo Señor, mientras la firmante delegación le expresa los más vivos agradecimientos por la solicitud y la caridad demostradas al enviar a las dos reverendas hermanas del instituto por usted guiado en socorro de los coléricos de Lestizza, donde ellas representan una verdadera bendición divina, debo expresarle igual gratitud por haber destinado a otras dos reverendas hermanas al pueblo de Nespoledo, también este afectado por el cólera y privado de toda ayuda. Sin embargo, su voluntad respecto a estas últimas no ha sido respetada, puesto que el doctor Zambelli las ha enviado arbitrariamente al pueblo de Pantianicco.* »

Fabris se había trasladado al lugar para reclamarlas, pero no había logrado ni siquiera hablar con ellas « *a causa de la oposición de algunos* — relata — *que sostenían cuánto era allí necesaria su obra* », a pesar de que — nota él — ya estaban presentes tres sacerdotes y un médico residente.

« *Considerando por tanto esta delegación municipal que las citadas hermanas están retenidas en Pantianicco con engaño o tal vez por la fuerza (¡inclusive!), y siendo urgente su intervención en Nespoledo... le rogamos, si es posible, que acuda al regio comisionado de distrito de Codroipo para poner por escrito su voluntad, invitándolo a hacerla llegar a sus hermanas por el medio que considere más oportuno.* »

En resumen, aquellas benditas hermanas eran tan preciosas que los distintos pueblos se las "*disputaban*" entre sí. Es probable que el padre Luigi haya resuelto la disputa enviando a otras dos religiosas a Nespoledo.

En Lestizza — donde el cólera causó la muerte de cuarenta y nueve personas — las hermanas permanecieron hasta el 18 de agosto. Fabris las acompañó de regreso a la *Casa de las Derelitte* con la siguiente carta:

« *Puesto que por la gracia de Dios el terrible mal que ha afectado a este municipio ha desaparecido casi por completo, la delegación municipal, para no aprovecharse más de la bondad de las dos veneradas hermanas de su instituto, las cuales con tanta caridad se han dedicado a los enfermos, ha considerado un deber relevarlas del encargo y acompañarlas de regreso a su sede.*

En el momento en que se presentan ante usted, señor director, en mi nombre y en el de toda la población de Lestizza, le expreso la más profunda e imperecedera gratitud por la obra caritativa, eficaz e incansable prestada por las hermanas a favor de los numerosos coléricos de esta zona; le rogamos que les transmita estos sentimientos. Con el deseo de poder un día corresponder, rogamos fervientemente para que Dios le recompense a usted y a las benditas hermanas, derramando generosamente la divina Providencia sobre todo el instituto. »

Parece realmente que Fabris no encontraba adjetivos suficientes para alabar adecuadamente la dedicación mostrada por las dos religiosas.

La superiora madre Lucia De Giorgio víctima del cólera

La epidemia penetró también en el interior de la Casa de las Abandonadas, afectando a varias jóvenes y hermanas. Las víctimas fueron cuatro: dos huérfanas y dos religiosas. La primera en subir al cielo fue una huerfanita de ocho años y medio, Caterina Forte, que se apagó el 28 de junio a las diez de la mañana.

« *Y es precisamente en esta circunstancia* — escribe el biógrafo Tinti — *que la madre superiora Maria Lucia De Giorgio refulgió por sus virtudes, junto a las religiosas sus hijas, en la intrépida y amorosísima asistencia a las queridas enfermas. Por desgracia, ella misma, verdadera mártir de la caridad, contrajo el fatal mal, que la arrebató rápidamente de la vida el 28 de julio, dejando en el desconsuelo a toda la comunidad. Todas apreciaban las raras dotes de la difunta y sentían profundamente la gravísima pérdida sufrida por la congregación.* »

La tradición de la casa narra que la madre De Giorgio contrajo la enfermedad precisamente porque quiso asistir personalmente a la pequeña Forte, para no exponer a las demás hermanas al riesgo del contagio. Murió a las dos de la tarde, apenas cuatro horas después de la niña a la que había cuidado. Hacía poco que había cumplido treinta y seis años.

A esta espléndida figura de religiosa, superiora de las hermanas de la Providencia desde la Navidad de 1845, el Tinti le dedica una página cargada de emoción, que refleja la veneración y la fama de santidad que las hermanas conservaron siempre para su primera superiora.

« *Alta de estatura, de porte noble y de salud robusta, poseía un juicio sólido, una mente elevada y un corazón nobilísimo... Todavía hoy las religiosas más ancianas recuerdan con conmoción a la madre Maria Lucia, que se distinguió por la vivacidad de la fe y el ardor de la caridad. Ella sabía hacerse* "*todo para todas*"*; las hermanas y las jóvenes encontraban en ella, en los momentos de dolor, de privación o de duda, una madre afectuosa capaz de dar orientación, alivio y nuevo vigor para perseverar en el bien. Había aprendido de la sabiduría divina el arte de gobernar, poseyendo el secreto de hacerse obedecer y, al mismo tiempo, amar, tanto que cada hija suya se sentía la predilecta. Utilizaba su autoridad para reservar para sí misma las tareas más gravosas, humildes y desagradables; a cambio, el Señor la recompensó con gracias extraordinarias*. »

« *Una hermana todavía viva testimonia que, cuando una joven fue afectada por una enfermedad infecciosa y repugnante, las enfermeras apenas podían resistir el hedor insoportable; para que la enferma no se quedara privada de asistencia, la De Giorgio asumió aquel penoso encargo. Pues bien, mientras la superiora se encontraba en la habitación para cuidar a la enferma, aquella hermana sintió de repente que el olor desagradable se transformaba en un suave perfume, que volvía sin embargo a ser insoportable tan pronto como la superiora se alejaba momentáneamente. Atestigua además que, cuando la De Giorgio salía de la habitación del enfermo, se le vio varias veces la cabeza rodeada de una luminosa aureola y que, después de su muerte, una hermana que había acudido al locutorio vio a la difunta superiora quedarse allí escuchando, casi como queriendo recomendar la exacta observancia de una regla tan fundamental para las comunidades religiosas*. »

In aquellos días tristes se produjo un episodio singular y conmovedor. La que había sido compañera y émula de la De Giorgio al asistir a los heridos de 1848, lo fue también en el cuidado de los enfermos de cólera y en el momento de la muerte. Nos referimos a Amalia Borghese, conocida en religión como hermana Maria Gioseffa, que murió tres días después, el 31 de julio, junto a otra huerfanita de diez años, Antonia Venturini. Pareció casi como si no quisiera separarse de su amada hermana y madre.

El 5 de agosto, el mal truncó también la vida de Orsola Desitz, de veintiséis años, que estaba ingresada en la "*Casa del Provvedimento*".

No hubo otras víctimas además de estas cinco; sin embargo, el contagio afectó a numerosas otras hermanas y jóvenes. De ello somos informados por el propio padre Luigi, a través de una instancia presentada a la congregación municipal.

La Casa de las Abandonadas había comprado a la farmacia Filippuzzi las medicinas necesarias para curar a las enfermas internas, por un gasto total de 277,71 liras. Como el Ayuntamiento de Udine se había comprometido a pagar los fármacos para los menos pudientes, el padre Luigi pidió que la administración se hiciera cargo de aquella deuda. Entre los motivos, además de la pobreza del instituto, recordó cómo « *las hermanas de las abandonadas, durante el azote de la epidemia, se habían ofrecido con solicitud para realizar el caritativo oficio de enfermeras en muchas familias de la ciudad* »; subrayaba

además cómo el municipio sabía cuánto tal servicio había sido agradecido y oportuno, prestado con una abnegación dictada por la sola fe religiosa en medio de un grave peligro. Él no albergaba dudas sobre la aceptación de la solicitud, ya que, como afirmaba, los hechos hablaban a su favor: si aquellas jóvenes hubieran enfermado en sus familias de origen en lugar de en el interior de la obra, el coste de las medicinas habría recaído de todos modos sobre el Ayuntamiento dada su indigencia; además, varias entre las que habían enfermado en la casa habían contraído el virus precisamente prestando servicio como enfermeras a los coléricos de la ciudad.

Estaríamos curiosos por conocer los nombres de todas aquellas "varias" hermanas que enfermaron para asistir a los enfermos, pero es suficiente que sean conocidos por Dios. Sin duda, el padre Luigi encontró consuelo para las graves pérdidas sufridas viendo cuánto sus hijas espirituales se habían demostrado dispuestas a la obediencia más heroica. La ciudad de Udine y todo el Friuli quedaron profundamente edificados por ello.

La madre Serafina Strazzolini nueva superiora

El 7 de septiembre de 1855 se celebró la reunión prescrita por el reglamento para el nombramiento de la nueva superiora. También en esta ocasión, como ya había ocurrido con la De Giorgio, no se eligió a una de las religiosas ancianas, sino a la más joven de las hermanas: la madre Maria Serafina Strazzolini. Profesa desde hacía poco tiempo y con apenas treinta años, el Tinti la define como « *una mujer toda entrañas de caridad y muy inteligente* ». Aunque la elección representaba un reconocimiento de sus grandes cualidades, es legítimo vislumbrar en ella la influencia del fundador, a quien correspondía por reglamento la designación de tres electoras. Una vez más, él deseó al frente de la congregación a una figura capaz, pero al mismo tiempo rica en esas preciosas virtudes y energías típicas de la juventud enamorada de Dios — no por casualidad la Strazzolini había asumido el nombre religioso de « *Serafina del divino Amore* »: a saber, la docilidad, la generosidad, un sagrado entusiasmo y un vivo espíritu de iniciativa. El padre Luigi estaba convencido de que toda la congregación recibiría un nuevo impulso si era impedida o estimulada y guiada por tal fervor; al mismo tiempo, las hermanas mayores tendrían la oportunidad de ejercitar la humildad, virtud queridísima para el fundador.

Sus esperanzas no se vieron defraudadas. « *El padre Luigi* — escribe el Tinti — *encontró en ella una ayuda preciosa para hacer progresar a la congregación, a la cual la madre Serafina prestó servicios valiosísimos hasta la muerte* ».

También los "*Cenni biografici"*, citados varias veces, se refieren a ella:

« *Junto al venerable padre fundador, la madre Serafina se esmeró con inmenso celo y espíritu de sacrificio para la redacción de las Santas Reglas, que en la época se seguían todavía a título experimental. El padre Luigi se consultaba constantemente con ella para gestionar los asuntos de la casa, de todas las sedes y de la congregación entera. La madre Serafina, gracias a la experiencia adquirida en muchos años, a su pronta intuición y a un sentido práctico que le era congénito, fue de inmenso apoyo para el padre fundador... Puede ser considerada una verdadera cofundadora, por todo lo que hizo y colaboró con el padre Luigi para el bien de la congregación, incluso antes de que la madre Cecilia Piacentini ingresara en el instituto; se puede más bien afirmar que la reverendísima madre Cecilia encontró el trabajo ya realizado en sus dos terceras partes... La madre Serafina estuvo

siempre en primera línea (un pionero) para que las reglas, en esos años de prueba queridos por Roma, fueran observadas por las hermanas con puntualidad y amor.

Observaba con atención si había necesidad de añadir o modificar algo en la práctica cotidiana, entre las variadas ocupaciones de las hermanas en los hospitales, los asilos y las escuelas. Exponía con humildad su propio parecer al padre fundador, y juntos aportaban las anotaciones y las correcciones estimadas oportunas. De este modo, los primeros experimentos y las primeras pruebas ocurrieron bajo el gobierno de la madre Serafina. Ella y el padre fundador insistían mucho para que en el instituto que tanto querían y que había costado fatigas y sacrificios de todo género, reinaran soberanos el espíritu de caridad y un auténtico espíritu de familia. »

Este testimonio resume la vida entera de la Strazzolini: fue reelegida superiora en 1858, permaneciendo en el cargo hasta agosto de 1862; ocupó nuevamente el cargo de superiora general de 1867 a 1880 — año en que cedió el puesto a la Piacentini — y desde 1880 hasta su muerte, ocurrida en 1889, fue superiora de la casa de Udine.

Así, 1855 concluía positivamente para la Casa de las Abandonadas y para la congregación. La madre Lucia De Giorgio y la hermana Gioseffa Borghese habían dejado el legado de un ejemplo inestimable de supremo sacrificio, numerosas religiosas se habían formado a través de una dedicación heroica y la dirección de la congregación había pasado a las manos dignas y apasionadas de la Strazzolini.

Cómo el padre Luigi dio la bienvenida a los pequeños huérfanos

Naturalmente la epidemia de cólera hizo converger hacia la Casa de las Abandonadas una nueva oleada de huerfanitas, tanto que el instituto se llenó de ellas; por otra parte, lo estaba casi constantemente.

Un indicio leve, pero extremadamente significativo, de la generosidad del Padre al acoger a las niñas pobres y abandonadas nos viene proporcionado por el número de huérfanas admitidas durante su gobierno. En los diecisiete años en que la dirección fue confiada al padre Carlo, es decir, desde 1837 hasta finales de 1853, fueron acogidas 58 jóvenes, con un promedio anual de once. En los treinta años exactos de la gestión del padre Scrosoppi, se aceptaron nada menos que 420, llevando el promedio a catorce. El padre Luigi se mostró, por lo tanto, tendencialmente más propenso y abierto a acoger nuevas huerfanitas.

Esto no sucedió ciertamente porque los recursos económicos de la casa hubieran aumentado o se hubieran vuelto más consistentes. Al contrario, las limosnas estaban disminuyendo progresivamente y, en particular después de 1866, el instituto afrontó un largo período hecho difícil por innumerables sufrimientos. A pesar de ello, el padre Luigi dispuso que la casa mantuviera siempre la « *puerta abierta* » para aquellas pobres criaturas.

La razón de tal conducta debe buscarse en su espíritu valeroso ante las adversidades y en su fe inquebrantable en la Providencial; pero reside también en su alma profundamente misericordiosa, dispuesta a conmoverse ante cada situación de abandono. Tal vez, en un primer momento, comenzaba por oponer rechazos — « *¡No hay más espacio! ¡La casa no tiene medios!* » — pero terminaba inevitablemente por acceder.

Las huerfanitas representaban para él un « *don de la Providencia* ». De este modo las consideraba y pretendía que fueran vistas por los demás. A menudo — como relatan

algunos testigos — escondía bajo su amplio manto a alguna niña recién llegada y preguntaba a las que ya vivían en el instituto: — « *¿Adivinad qué tengo escondido aquí abajo?* » Luego respondía él mismo: « *¡Un regalo que nos ha mandado el buen Dios!* » Solo entonces levantaba el borde del manto para presentar a las huérfanas a la nueva hermanita.

Si luego la niña llevada a la casa aparecía particularmente indigente y, como sucedía con frecuencia en casos semejantes, sucia e infestada de parásitos, el Padre sentía una alegría aún mayor por ello. La entregaba a la hermana guardarropa exclamando: « *Estos son los dones más preciosos del Señor; tened por lo tanto un cuidado especial con ellos.* »

« *El buen Padre* — narran los relatos de la crónica del instituto — *amaba a los pobres a tal punto que, cuando se le confiaba una joven que vivía en la miseria más negra, mal vestida, con las ropas hechas jirones y tan sucia que albergaba numerosos insectos, la tomaba inmediatamente bajo su protección. Ordenaba que la querida pequeña fuera lavada, limpiada y vestida con decoro, diciendo: Estas son mis alegrías, haced de modo que no les falte nada* »

Aquellas criaturas llegaban a la casa de las maneras más impensables, semejantes a pajarillos extraviados entre la nieve.

Un día se presentó un niño de seis años junto a su hermana menor; la empujó al atrio del edificio y luego escapó a más no poder.

« *En otra ocasión* — relatan las crónicas — *una pobre mujer, postrada por la enfermedad y a la que le costaba mantenerse en pie, llegó a la puerta con dos niñas. Hizo llamar al buen Padre y le dijo: Le ruego, Padre, ocúpese usted de estas dos hijas mías; yo voy a morir al hospital. Después de haber pronunciado estas palabras se marchó; pocos días después murió, serena por haber confiado a sus pequeñas en manos seguras. El buen Padre las acogió de la mejor manera y proveyó con solicitud a cada una de sus necesidades.* »

« *Otra pobre desventurada tuvo una niña pero estaba privada de cualquier medio para sostenerla. No sabiendo qué hacer, llamó a la puerta de las Abandonadas y, tan pronto como le abrieron, empujó dentro a la pequeña y huyó sin decir una palabra. ¿Qué se podía hacer? El buen Padre acogía a todas, confiando sin reservas en la divina Providencia. Sin embargo, al final, también el instituto llegó al límite de su capacidad: mantenía a sesenta en el colegio de Udine y a veinte entre las más pequeñas en la sede de Orzano.* »

Los regalos de monseñor Filipponi

Quien se distinguió en llevar al padre Luigi aquellos « *dones más hermosos del Señor* » fue monseñor Carlo Filipponi, su coetáneo, conciudadano y amigo fraterno. Párroco de San Quirino en Udine desde 1834 hasta su muerte, ocurrida el 26 de enero de 1879, fue un sacerdote di inmensa caridad; la ciudad entera lo consideró el digno heredero del veneradísimo monseñor Francesco Tomadini en la dirección del orfanato masculino fundado por este último.

Uno de sus « *regalos* » está ligado precisamente a la epidemia de cólera de 1855.

« *Un día* — relatan todavía las crónicas — *el párroco de San Quirino fue llamado para asistir a una buena mujer enferma, ya en el extremo de su vida. Vivía en un establo, privada de todo, con dos niñas sucias a su lado, infestadas de parásitos, cubiertas de harapos, demacradas y debilitadas por el hambre: más que criaturas humanas, parecían dos arañas. La madre, con un hilo de voz, dijo al buen párroco que le confiaba a sus hijas y que moriría serena si sabía que estaban en sus manos. Por su parte, el párroco aseguró a la moribunda que tendría el máximo cuidado de ellas y le dijo que muriera en paz, segura de que el buen Dios proveería a todo. Le impartió los últimos consuelos de la santa religión y la acompañó a morir cristianamente.*

Luego tomó a las dos pequeñas bajo su manto y las llevó directamente a su amigo el padre Luigi. ¿Quién podría describir la acogida que el padre fundador reservó a aquellas dos pobres niñas? Hizo llamar a la hermana enfermera y se las confió para que se dieran de inmediato un baño; luego las entregó a la maestra con muchas y sinceras recomendaciones caritativas. »

Las dos huerfanitas son con toda probabilidad Maria y Giovanna Pascolatti, cuya madre, Paolina Montico, murió de cólera el 9 de agosto de 1855 en la parroquia de San Quirino [6].

A Filipponi debe atribuirse también otro episodio que quedó célebre en la tradición de la Casa de las Abandonadas [7].

« *El buen párroco di San Quirino* — relatan todavía las crónicas —, *que se presentaba a menudo con regalos de este género para el buen Padre, había sido advertido de que por el momento no era posible acoger a otras, puesto que ya no había espacio donde colocarlas. Un día este digno párroco... se tropieza con una mujer que llevaba de la mano a una niña de cuatro años, demacrada, hambrienta, vestida pobremente e infestada de parásitos: ella lo detiene y le dice sin rodeos: O usted se hace cargo de esta pequeña o yo voy a ahogarla, porque ya no sé cómo sobrevivir. Debo trabajar para ganarme el pan y con ella a cuestas me es absolutamente imposible. El buen párroco, ante aquellas palabras, tomó de la mano a la niña y la mujer huyó.*

Y ahora, ¿a quién confiársela? Cualquier otro se habría desorientado, pero él, que conocía la grandeza del corazón del padre Luigi y sabía que su caridad habría abrazado al mundo entero, si hubiese podido, para elevarlo a Dios y sustraerlo de la miseria, la esconde bajo el manto y se dirige prontamente al Instituto de las Abandonadas. Llama a la puerta y pregunta: ¿Dónde está el padre Luigi?

En su habitación, se le responde.

---

[6] La primera vistió el hábito de hermana en 1866, asumiendo el nombre de sor Saveria, pero murió el 14 de abril de 1871; la segunda, que terminada su educación había salido del instituto en 1867, regresó a él poco después de la muerte de su hermana entre las hermanas de la Providencia, asumiendo el mismo nombre religioso.

[7] A diferencia de Tinti (op. cit., p. 166) según el cual fue el párroco Filipponi (1805-1879) quien llevó a la Casa de las Abandonadas a la niña para quien se preparó la cama en la cesta de la ropa, en una relación manuscrita (A.L.S., fasc. 29, doc. 9, c. 90) se afirma que fue en cambio su sucesor don Luigi Indri (1840-1909). En dicha relación figura como superiora del instituto sor Serafina Strazzolini, elegida en 1855 y permaneciendo en el cargo durante muchos años. Sin embargo, para que una niña en tierna edad, una tal Maria Cioli de la parroquia de San Quirino, entre en la Casa de las Abandonadas hay que llegar al 26 de agosto de 1883. En tal caso la habría llevado el párroco Indri, sucesor de Filipponi: pero esta última tenía casi seis años.

Él sube corriendo, manteniendo su tesoro oculto para no ser visto. Entra en la habitación y dice al Padre: Te necesito; no puedes negarte a la caridad que te pido.

Eh, caro amigo — responde el Padre —, *ya imagino lo que deseas, pero es absolutamente imposible que yo acepte a otras, no sabría propiamente dónde meterlas.*

No importa, también esta vez debes complacerme y acoger lo que te entrego; prueba a rechazar si eres capaz de ello. Y diciendo esto, abre el manto y muestra a la querida niña, que hasta ese momento había permanecido en un silencio profundo.

El párroco relató lo sucedido mientras el buen Padre sonreía a la pequeña; y su caridad no fue capaz de oponer un rechazo. »

Pero ¿dónde colocarla?

Se terminó por adaptarle como camita la cesta de la ropa...

La tradición no nos transmite con certeza quién era aquella pequeña criatura para quien se improvisó aquel nido tan singular. Mucho tiempo después se buscó identificarla como Giuseppina Quaini o Elvira Dossi, ambas convertidas luego en hermanas de la Providencia, respectivamente con los nombres de sor Rosamaria y sor Battistina. Sin embargo, las circunstancias de su ingreso en el instituto desmienten tal hipótesis. Es probable que se tratara en cambio de una cierta Teresa Maria Longhino, perteneciente propiamente a la parroquia de San Quirino, acogida exactamente a los cuatro años y medio el 2 de diciembre de 1850. Quizás su nombre se perdió porque el episodio se remontaba a una fecha muy lejana y porque no quedó memoria de la suerte de aquella huerfanita. Se trata, en cualquier caso, de un detalle de escasa importancia.

Habríamos podido resumir en pocas líneas estas últimas páginas, si de esta narración tan ingenua y fragante no emergiera de modo vívido la suave caridad del padre Luigi. Al contrario, deseamos añadir todavía un detalle.

El padre Scrosoppi entre las huérfanas más solas

En 1852 fueron acogidas en la Casa de las Abandonadas dos niñas, Maria y Barbara Mayerhoffer, de siete y cuatro años respectivamente. Habían nacido en Sant'Ulrich, en Hungría. El padre Michele, coronel del ejército austriaco, se había establecido en Udine tras los levantamientos revolucionarios de 1848. Habiéndose quedado viudo de su esposa Agostina, se había encontrado con dos muchachos y dos niñas, y había confiado estas últimas al padre Luigi. Un teniente mariscal barón Mayerhoffer recibirá en 1859-60 el honor de condecorar a algunos soldados friulanos que habían combatido bajo su mando por la defensa de los Estados Pontificios: no sabemos si se trata del mismo padre de las dos huerfanitas.

Una de ellas, sor Tranquilla, fallecida en Udine el 25 de abril de 1926, nos dejó un largo testimonio escrito sobre el fundador. Reproducimos aquí un pasaje del mismo, que revela al mismo tiempo la melancolía de las niñas por la falta de su padre natural y la delicadeza del padre Luigi al consolar a estas pequeñas almas extraviadas.

« *Yo iba siempre a ver* — escribe sor Tranquilla — *a este bendito Padre, que me acogía siempre con inmenso amor y me decía que él era mi papá, pidiéndome que lo amara como si fuera su verdadera hija. Créeme* — me decía — *que amo a todas, pero a vosotras en particular, porque os acogí cuando erais muy pequeñas. Y cuando nos veía juntas, a cuatro o cinco, se arrojaba de rodillas y recitaba con nosotras tres Agimus (es decir, la oración de acción de gracias* "*Te damos gracias*"*). Vosotras sois mis verdaderas hijas* — decía — *y deseaba que tuviéramos una fe inquebrantable en él. Y yo la tenía, porque iba a verlo cada día y corría siempre a él a desahogarme por cada cosa que me sucedía.* »

Aquí está, el padre Luigi, de rodillas entre las más abandonadas de las abandonadas: reza con ellas y les enseña a rezar. Comprende su soledad profunda y peligrosa y, para mitigarla, ofrece el don de una paternidad aún más afectuosa. El consuelo espiritual y la ternura humana se funden en una armonía encantadora.

La Obra para las Sordomudas

En una obra específica destinada a las sordomudas se pensaba ya antes de la desaparición del padre Carlo, como indicó Liccaro en el elogio fúnebre. No está claro cómo nació la idea de instituir en Udine un centro semejante, considerando que existía ya uno bien en marcha en la cercana Gorizia. Es probable que a través de la « *puerta siempre abierta* » de la Casa de las Abandonadas hubieran entrado ya algunas de estas desafortunadas jóvenes, las cuales necesitaban obviamente un recorrido educativo del todo particular.

El padre Luigi no pudo ocuparse de ello inmediatamente, puesto que entre 1854 y 1856 estuvo totalmente absorbido por la reconstitución de la congregación filipense. Tan pronto como esta fue restablecida, se dedicó a la realización de la obra soñada. De dicha iniciativa, el Tinti y otros testigos han proporcionado informaciones a veces imprecisas, tanto por la breve duración de la institución como por el exiguo número de sordomudas acogidas. Las investigaciones más recientes permiten sin embargo infundir claridad sobre el asunto.

El 7 de marzo de 1857 llegó a Udine el emperador de Austria Francisco José junto a su consorte Isabel Eugenia (la célebre Sissi). Al día siguiente, mientras el emperador visitaba cuarteles e institutos escolares, Isabel se dirigía en visita a los conventos de las Clarisas (Uccellis), de las Rosarías (Renati), de las *Dimesse*, de las abandonadas y de las *Zitelle*, cada uno del los cuales albergaba una escuela femenina.

La obra fue oficialmente inaugurada precisamente ese día, aunque las sordomudas tuvieron una sede dedicada solo algún tiempo después.

En tal ocasión, fueron recitados a la soberana los mismos poemas compuestos para la visita de Ana María Carolina de 1838. Sin embargo, *don* Fantoni añadió los siguientes versos:

« *¡Salve, Augusta, salve, oh piadosa, nuestra esperanza y nuestro amor! Sordomudas pobrecitas, cientos y cientos de jóvenes, con el mío te ofrecen su corazón.* »

Y el padre Luigi retomó la lira y escribió las siguientes cuartetas:

« Voi mute gioite.
S'appresta la scuola

che l'alma parola
donar vi potrà.
E tu lo vorrai,
divina Maria
ché l'opera pia
si dedica a te.
Quel ch'é presso Dio
del Ciel la Reina,
a Cesar vicina,
Augusta, sei tu ».

« Vosotras, jóvenes privadas de la palabra, alegraos. Se está preparando la escuela que sabrá donaros la palabra vital. Y tú lo querrás, divina María, puesto que esta obra de caridad está dedicada por entero a ti. Lo que la Reina del Cielo representa al lado de Dios, tú, noble Emperatriz, lo representas al lado del Emperador. »

Por estos versos se comprende que la obra fue dedicada a la Virgen María, y es casi seguro que llevara el título de la Inmaculada.

La última cuarteta, con aquella aproximación bastante audaz entre la emperatriz y la Virgen, aspiraba a ablandar el corazón de Isabel a favor del Instituto de las *Derelitte*. Se le presentó en efecto un memorial en el que se declaraba explícitamente que el instituto « *hoy, para hacer eterna la memoria de vuestra augusta presencia, abre un refugio y una escuela especiales para algunas sordomudas indigentes de la provincia.* » El objetivo real, sin embargo, era obtener las consuetas y necesarias exenciones fiscales:

« *como entidad caritativa* — se leía — *del impuesto de sucesiones sobre los bienes derivados de donaciones o legados; como entidad privada, de los impuestos sobre inmuebles; como entidad industrial, de las contribuciones sobre artes y comercio.* »

La solicitud, sin embargo, se quedó sin respuesta.

Es interesante notar cómo en la súplica el padre Luigi no pedía subsidios directos, sino únicamente exenciones. Era como si dijese:

« *Si no podéis ayudarme, ¡paciencia! Ya se encargará la Providencia. Pero al menos dejadme trabajar en paz sin pedirme dinero después de haberme desvivido por amor a los pobres y en beneficio de la propia sociedad.* »

Volviendo a la Obra de las Sordomudas, hemos visto que monseñor Zoratti, al registrar un bautismo en abril de 1857, la definía « *apenas abierta* ». Funcionaba ya de algún modo cuando, el 3 de abril, el padre Scrosoppi compró a propósito una casa propiedad de las Dimesse, colindante con la "*Casa del Provvedimento*". « *La divina Providencia* — reza el preámbulo del contrato — *ha abierto un asilo para las sordomudas de Udine y provincia junto a la Casa de las Abandonadas. Faltando el espacio necesario, se pidió a la caridad del noble colegio de las Dimesse vender la casa con huerto adyacente, muy adecuado para el uso; y aunque dicha venta sea gravosa para las Dimesse, ellas han accedido para cooperar en tan santa empresa.* » *don* Fantoni, siendo capellán de las Dimesse, actuó ciertamente como intermediario.

Durante unos diez años, el padre Scrosoppi tuvo que valerse de personal especializado externo a la congregación, al no haber entre las hermanas expertas en dicha rama de la

enseñanza. Más tarde, sin embargo, envió a Venecia con las Canossianas a dos religiosas — sor Costanza Murero y la primera sor Saveria Pascolatti que profesaron sus votos en 1868 .

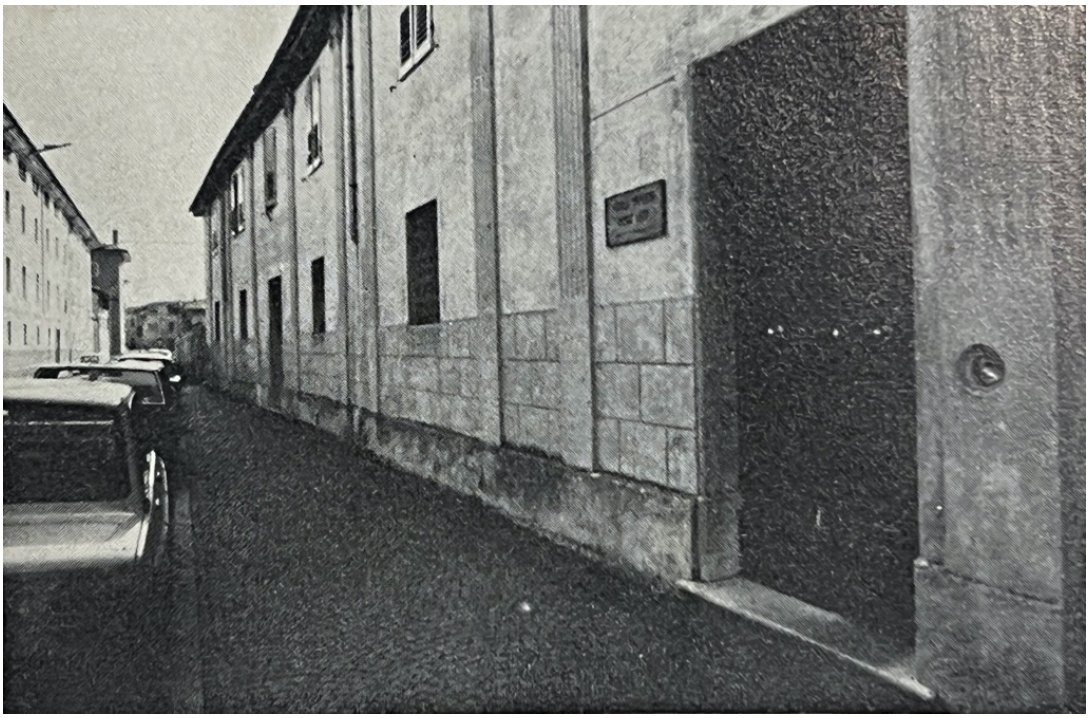
Ellas debían de haber hecho ya prácticas con las jóvenes sordas, puesto que regresaron de Venecia con el diploma de habilitación tras solo tres meses de formación.

Sin embargo, la Pascolatti murió el 14 de abril de 1871. En parte a causa de esta pérdida y en parte — escribe el Tinti — porque « *el padre Luigi fue abandonado por quienes podían y debían sostenerlo... con gran dolor suyo se vio obligado a dejar caer una obra de tan gran caridad.* »

La autoridad civil, bajo el gobierno austriaco, se interesó en la cuestión solo para solicitarle, el 9 de octubre de 1861, los datos estadísticos de las huéspedes, al haberse enterado de « *que en el establecimiento instituido por usted hay algunas jóvenes sordas.* » Una vez cambiado el gobierno, el interés se desvaneció por completo.

La actividad duró por tanto cerca de quince años, de 1857 a 1872; sin embargo, alguna rara alumna sorda aparece todavía en las crónicas sucesivas.

Si en su reglamento de vida se había propuesto dedicar cada día una hora de escuela a las jóvenes sordas, igual que a las novicias y a las huerfanitas, debemos pensar que también él había aprendido a comunicarse con aquellas criaturas privadas de la palabra. Helo ahí marcando el aire con gestos simbólicos; ahí sugiriendo, con el movimiento de los labios, los primeros sonidos difíciles y guturales. Su pensamiento estaba dirigido a Jesús. Y las jóvenes sordas percibían ciertamente, por sus gestos y sus movimientos, todo su amor por Jesús, junto a su paterna invitación al bien y al Paraíso.



Udine. El padre Luigi fundó aquí una escuela para sordomudos.
En 1901, la guardería "*Immacolata*" se trasladó a este lugar.

Capítulo 3

EL PRIMER ENJAMBRE
LAS HERMANAS DE LA PROVIDENCIA
EN EL HOSPITAL DE PORTOGRUARO (1857)

Tributo de reconocimiento al heroísmo de las hermanas en el cólera de 1855

La epidemia de cólera apenas se estaba extinguiendo y la impresión suscitada por las hermanas de la Providencia, gracias a su generoso servicio prestado a los enfermos en la ciudad y en los pueblos, era todavía muy viva, cuando el 26 de agosto de 1855 el arzobispo de Udine, monseñor Trevisanato, sintió la necesidad de difundir una carta para que en las parroquias de la diócesis se organizaran colectas a beneficio de la Casa de las Abandonadas.

« *Un establecimiento que me está grandemente en el corazón* — escribe el arzobispo — *, que constituye la gloria y el honor de esta ciudad y de esta ilustre archidiócesis, es ciertamente el instituto privado de las pobres jóvenes abandonadas (derelitte). Para nadie es ignorado cómo este benemérito instituto provee cada día al sustento de más de tres00 infelices jóvenes, las cuales, llegando de cada rincón de la ciudad, encuentran aquí, gracias a excelentes maestras movidas por el espíritu de la caridad cristiana, un nutrimento saludable para el alma; ellas, siendo instruidas en los principios de la verdadera sabiduría y en el santo temor de Dios, son adiestradas admirablemente en los trabajos adaptados a su sexo y reciben contemporáneamente todos aquellos subsidios necesarios para el sustento físico. Y la piadosa casa no se abre solo a las jóvenes de la ciudad, sino que acoge y hospeda en su internado a cuantas más míseras jóvenes puede, las cuales llegan allí de cada parte de la vasta archidiócesis. Sin embargo, un instituto tan digno de mérito se encuentra actualmente provisto apenas de una sexta parte del patrimonio que sería absolutamente indispensable para garantizar su futura existencia.* »

La circular prosigue largamente, ilustrando las causas de las dificultades económicas en las que se encontraba la casa y exhortando a recoger por las viviendas « *trigo y legumbres, mantequilla y quesos, y cualquier otro género alimentario que sea ofrecido por la caridad de los fieles.* » En efecto, en aquel año, las recaudaciones efectuadas fuera de la ciudad (las cuestaciones « foresi ») dieron un rendimiento cinco veces superior respecto al del año anterior.

Hemos querido citar esta carta porque de ella emerge claramente cuánta estima nutría monseñor Trevisanato — quien más tarde se convirtió en patriarca de Venecia y cardenal — por la labor del padre Luigi y por sus religiosas. Además, fue la última circular emanada a favor de la casa: en los años sucesivos, el empeoramiento de las condiciones económicas y políticas impedirá dirigir semejantes llamamientos oficiales. Por lo tanto, el padre Luigi deberá confiarse más que nunca en las dulces manos de la divina Providencia,

especialmente considerando que en aquel período la muerte le sustrajo a muchos de sus más fieles y generosos benefactores.

Lutos entre los benefactores

El 2 de septiembre de 1855 murió la condesa Cecilia di Brazzà, esposa del conde Alvise Ottelio, quien ocupó durante varios años el cargo de *podestà* de Udine. Ya hemos visto cómo esta piadosa noble dama había heredado el ideal caritativo de su cuñada Giulia di Brazzà Piccoli, convirtiéndose en 1816 en una de las fundadoras de la Casa de las Abandonadas, de la cual fue inicialmente, junto con su marido, el sostén principal. Ella no se olvidó de la obra ni siquiera después de que Filaferro y *don* Luigi hubieran dado a la labor un impulso más vigoroso. A favor del instituto había dispuesto, en su testamento del 11 de febrero de 1848, un legado de 2500 liras austriacas, del cual sus hijos Tommaso y Antonio pagaron regularmente los intereses hasta 1862. Más tarde, los herederos — bien por descuido o por el cambiado clima cultural de la época — dejaron de ocuparse de ello. El padre Luigi tuvo paciencia durante tres años; esperó, y luego intentó — como era su costumbre en tales circunstancias — la vía de un humilde llamamiento al deber. Un ejemplo magnífico de ello es una carta suya del 15 de abril de 1868 dirigida a un adinerado de Udine, reproducida por Tinti. Sin embargo, le causaba profunda amargura el hecho de que las voluntades benéficas del difunto fueran pisoteadas por quienes habrían debido ejecutarlas. Por tal razón, se vio obligado en 1865 a entablar una demanda legal que concluyó el 11 de agosto de 1868 con una sentencia favorable a la Casa de las Abandonadas.

El 2 de noviembre de 1856 se apagaba, a la edad de ochenta y cuatro años, la condesa Teresa Bartolini Dragoni [(1)], otra insigne protectora de la Casa de las Abandonadas, a la que donó un legado de 5000 liras, además del rescate por 9000 liras de un canon anual sobre algunos terrenos en Baldasseria, situados al sur de la ciudad. No se conocen los motivos por los que el instituto pudo beneficiarse de estas donaciones solo a partir de 1861.

Una semana más tarde, el 10 de noviembre de 1856, moría la joven condesa Clementina di Porcia [(2)], que dejó en herencia a la Casa de las Abandonadas catorce campos, denominados « *podere Liliana* », situados en la localidad de Ca' di Farra en el municipio de Ragogna. También de este legado, más que beneficios concretos, derivaron al padre Luigi y a su obra solamente interminables complicaciones legales. Baste decir que la cuestión se resolvió solo en 1899,e gracias a un acuerdo voluntario con el conde Ermes di Porcia, el cual se comprometió a liquidar a las Hermanas de la Providencia la suma de 5000 liras, en cualquier caso gravada por los gastos soportados.

---

[1] Bartolini Dragoni Teresa (1772-1836) dama de la alta sociedad udinesa que dejó para las instituciones culturales de la ciudad el palacio donde actualmente se encuentra la biblioteca municipal.

[2] Descendiente de la histórica familia friulana de los condes y príncipes de Porcia, iniciada en los primeros años del siglo XII, fue hija del príncipe Francesco Serafino. Nació en Spittal en el condado de Ortenburg en 1779. Trasladada a Udine se puso bajo la dirección del p. Carlo Filaferro con la voluntad de hacerse religiosa, como resulta de una carta del 9 de junio de 1821 del citado padre al príncipe Serafino, con quien él tenía íntima relación. (Cfr. L. TINTI, o.c., pp. 280-285). A su muerte, en el registro de la parroquia udinesa de San Giorgio está indicada como « monja de las abandonadas », aunque no aparece como tal en los registros de las hermanas; la anotación dice que permaneció siempre ligada al instituto.

El 15 de diciembre de 1856 fallecía el señor Antonio Venerio, el cual, con testamento del 2 de marzo de 1855, había dejado a las Abandonadas una casa con cerca de cuarenta campos entre Felettis y Bicinicco, en la Baja Friulana; el instituto tomó posesión de ella, sin embargo, solo en 1869, a la muerte de la esposa del difunto. Tras la desaparición de Antonio, la casa pudo cobrar un legado de 6000 liras, dispuesto desde 1842 por su hermano más célebre, el señor Gerolamo, y participar en el conspicuo legado que este último había establecido a favor de las obras de beneficencia de la ciudad. Sobre esta última donación, sin embargo, surgieron disputas respecto a quién correspondía el derecho de administración: si a la Provincia, al Ayuntamiento de Udine o al Arzobispo. El 31 de diciembre de 1861, la dirección de la Casa de las Abandonadas fue invitada a presentarse en juicio junto a los demás beneficiarios, pero el padre Luigi respondió el 10 de enero de 1862 renunciando a cualquier acción legal por su propia cuenta. La controversia fue luego resuelta por la autoridad judicial a favor del Municipio, puesto que el Arzobispo podía tener voz en el capítulo solo en calidad de presidente estatutario de la comisión municipal de beneficencia.

Hemos mencionado estos acontecimientos bastante intrincados por dos razones. En primer lugar, porque era un deber recordar a las Hermanas de la Providencia los nombres de personas tan devotas y generosas hacia su fundador. En segundo lugar, porque a nuestro juicio emerge de ello una clara lección moral: a saber, cuánto es compleja y dificultosa la caridad de los ricos, incluso cuando está movida por intenciones sinceras. Al dinero le acompaña siempre la cizaña (es decir, complicaciones y discordias).

Al contrario, la caridad de los pobres parece correr de modo simple y sereno. Son prueba de ello dos episodios de unos años después.

El 19 de diciembre de 1861 moría en Udine el sacerdote *don* Giovanni Amadio Tirelli de Mortegliano [3], dejando 3500 liras a las Abandonadas. En este caso no hubo ninguna disputa ni confusión; su sobrino Francesco Colosetti se alegró de abonar la suma el 27 de febrero de 1862.

El 1 de noviembre de 1861 había muerto un tal Giovanni Bacina. Él mismo, cuando estaba en vida, había comunicado al padre Luigi que su esposa Elisabetta Bevilacqua, muerta antes que él, le había encargado donar veinte napoleones de oro a las abandonadas. Pocos días después de su desaparición — precisamente el 10 de noviembre — se presentó ante el padre Luigi la doméstica ¡con el rollito de monedas de oro (marenghi)!

Debemos además añadir que la administración financiera austriaca poseía ojos de Argos (vigilancia despiadada y omnipresente) y garras de buitre. El padre Luigi tuvo a veces que esperar años antes de cobrar efectivamente los legados, pero el fisco le imponía inmediatamente el pago de los impuestos. Él se veía obligado a escribir repetidamente: — « *¿Cómo puedo pagar si no he recibido todavía nada? Exigís el pago inmediato de impuestos sobre bienes de los que no tengo todavía la posesión y que tal vez no obtendré nunca. Esperaría comprensión y favores soberanos, ¡y en su lugar me enviáis requerimientos y alguaciles (uscieri)!* »

[3] Nacido en Mortegliano (Udine) en 1793, párroco en algunos pueblos, se trasladó a la diócesis de Treviso en 1848; más tarde regresó a Udine y allí murió en 1861.

Sin embargo, la hacienda permanecía sorda a sus peticiones. No quedaba sino pedir continuas prórrogas. Por fortuna, había un hombre honrado, el señor Giovanni Puppati, que cada vez se hacía garante del Padre. Se trata de un relato largo y tedioso, cuyos detalles ahorramos al lector, confiando en que pueda imaginarlos.

¿Podía alguna vez el padre Luigi nutrir una alguna simpatía por el gobierno austriaco? Por lo demás, su único interés era hacer el bien.

Toques de piedad familiar

El padre Scrosoppi ya no tenía sino dos únicos primos por parte de padre: Luigi, hijo del tío mayor Valentino, y Giuseppe Angelo, hijo del tío más joven, Giuseppe. Ambas familias fueron golpeadas, precisamente en aquellos años, por dos graves lutos.

El primo Luigi perdió, durante la epidemia de cólera de 1855, a su esposa Pierina Tonutti, originaria de Cividale. Poco después, el 13 de enero de 1856, el padre Luigi acogió a la hijita que se había quedado huérfana, Giovanna, en el interior de la Casa de las Abandonadas. La muchacha tenía entonces poco más de doce años. Una vez completada su instrucción, ingresó como aspirante a hermana en la congregación el 29 de enero de 1864; vistió el hábito religioso el 14 de mayo de 1865 — asumiendo el devoto nombre de sor "*Maria Fedele di Gesù"* — y realizó su profesión solemne el 27 de octubre de 1868. El fundador, antes de morir, la enviará como primera superiora a la casa de Rovigno en Istria, encargo que mantuvo antes de pasar a la dirección de la sede de Orzano hasta 1918. Murió en Udine el 29 de julio de 1921. De esta estimada religiosa nos queda el siguiente testimonio sobre el Padre:

« *La difunta madre Fedele relató muchas veces que el Padre aprovechaba cada ocasión para instruir a las personas sencillas sobre las verdades de la fe; y que cada vez que se acercaba a un obrero o a una persona extraña, con santa ingenuidad, buscaba elevar su pensamiento a Dios, sugiriendo una pequeña oración para encontrar alivio en una enfermedad, una jaculatoria a san José para obtener trabajo, o una breve reflexión sobre el Crucifijo para lograr soportar los conflictos en la familia.* »

In la Casa de las Abandonadas había sido acogida también otra pariente de *don* Luigi, Maddalena Baldovini, hija de una prima del señor Domenico, Regina Scrosoppi, que la había dejado huérfana en 1845. También Maddalena había ingresado en la congregación en 1864 y, en el momento de la vestición en 1866, había asumido el nombre de sor Antonia, probablemente en memoria de la madre del fundador. Sin embargo, a causa de problemas de salud, se vio obligada a regresar a la casa paterna antes de poder profesar los votos.

Sin duda, el padre Scrosoppi quedó profundamente adolorido por el luto que golpeó a su primo Giuseppe Angelo. Este último, que llevaba adelante el negocio familiar como orfebre, se había casado con Giulia Rossi de Osoppo, con la que había tenido cuatro hijos varones y dos mujeres. El primogénito se llamaba Girolamo Marino Giuseppe. Aunque la costumbre lo empujaba a continuar la empresa de su padre, eligió en su lugar el camino del sacerdocio. ¿Quién sabe si para inspirarlo no había sido precisamente la admiración por el padre Luigi? Era ya estudiante de teología, aunque no había recibido todavía las órdenes sagradas, cuando la muerte lo arrebató el 16 de junio de 1857, a los solos veinte años y

medio. Es lícito preguntarse si el padre Scrosoppi no esperaba tenerlo a su lado en la congregación oratoriana y en las actividades caritativas; sentía en efecto una gran necesidad de un colaborador joven y de confianza.

Precisamente en aquellos días, las Hermanas de la Providencia se preparaban a dar su primer paso fuera del núcleo original de Udine (es decir, a emprender el primer vuelo fuera del nido).

Monseñor Andrea Casasola, obispo de Concordia

El 23 de septiembre de 1855, el papa Pío IX designó obispo de Concordia a monseñor Andrea Casasola [4], ya docente en el seminario de Udine y, desde 1853 — a raíz de la desaparición de monseñor Darù —, vicario general de la archidiócesis. Del 6 de abril al 18 de junio de 1856, tomó parte en las conferencias del episcopado lombardo-véneto en Viena, donde recibió la consagración episcopal el 18 de mayo del nuncio apostólico, el cardenal Viale-Prelà (entonces elegido arzobispo de Bolonia), junto con monseñor Trevisanato y monseñor Romilli, arzobispo de Milán. A causa de estos compromisos, su entrada oficial en la diócesis de Concordia fue pospuesta hasta el 24 de agosto de 1856.

Monseñor Andrea Casasola, arzobispo de Udine, amigo y defensor del p. Luigi y de su obra.

[4] Nacido en Buia (Udine) en 1806 y muerto en Rosazzo en 1884. Bibl.: Nos limitamos a señalar: Il Cittadino Italiano, 18-19 de mayo de 1881; Ricordo delle feste giubilari di SE. Mons. Andrea Casasola, Udine 1881, pp. 50; B. FEDRIGO, In morte di... parole, Udine 1884, pp. 46; L. MUSSINANO, Elogio funebre..., Udine 1884, pp. 38; P. MENIS, Andrea Casasola arcivescovo di Udine, Udine 1958, pp. 24; G. BIASUTTI, Sacerdoti distinti..., Udine 1958, pp. 20-23.

De solo dos años más joven que el padre Luigi, monseñor Casasola estaba unido a él por una profunda amistad y conocía perfectamente el espíritu que animaba a su congregación religiosa. Se puede decir, por tanto, que apenas había llegado a Portogruaro, sede del obispo de Concordia, cuando concibió la idea de llamar a las Hermanas de la Providencia a trabajar en el hospital de la ciudad. Hasta ese momento, la estructura estaba gestionada por personal laico asalariado (mercenario), se encontraba en una fase de decadencia y no lograba responder adecuadamente a las necesidades sanitarias que crecían de día en día. Él debió de involucrar al padre Luigi en el proyecto ya hacia finales de 1856; consideramos en efecto que el permiso para celebrar la misa fuera de la diócesis por diez días (« *ad decem dies* »), expedido por la curia de Udine el 3 de febrero de 1857, se refiere precisamente a un viaje de este último a Portogruaro.

Las negociaciones se revelaron enseguida prometedoras. El Padre pensó inmediatamente en preparar con esmero a algunas hermanas para la delicada misión que estaban a punto de emprender. Envió por tanto a cuatro o cinco de ellas a Gorizia, para que aprendieran los métodos de asistencia a los enfermos en aquel hospital de beneficencia, entonces dirigido por las Hermanas de San Vicente de Innsbruck. Entre ellas estaban ciertamente la hermana de coro Cristina Borghese y la hermana conversa Orsola Del Medico.

El periodo de prácticas de las hermanas en Gorizia

« *En los breves meses en que las buenas hermanas* — escribe Tinti — *permanecieron en Gorizia, no se puede describir cuánto aprendieron en su adiestramiento bajo la dirección de aquella experta maestra que era la madre Nepomucena Piccinini, superiora de aquella casa. Ella ocupaba a las hermanas aprendices en las tareas más fatigosas, humildes y repugnantes. Era necesaria su sólida vocación para resistir las múltiples pruebas que afrontaron en aquel período al curar las llagas, asistir a los moribundos, amortajar y vestir los cadáveres. La caridad, al igual que la muerte, vence todo con su fuerza. Fortis ut mors dilectio (es decir, el amor es fuerte como la muerte).* »

Las breves anotaciones de Tinti se completan de modo agudo por los vivaces recuerdos de sor Cristina Borghese — conocida por su típico latiguillo « *cospettina* » —, reproducidos en los "*Cenni biografici"* citados varias veces.

« *A veces* — se lee en el texto — *durante los momentos de recreación, las hermanas más jóvenes pedían que se les contara el período de prácticas como enfermera realizado en Gorizia.*

Madre — le decían — *¿qué aprendió en la* "*Beneficenza*" *de Gorizia con aquellas buenas hermanas alemanas?*

¡Eh! — respondía ella con toda naturalidad — *¿qué aprendí? De todo; lo que no sabía y lo que en mi vida jamás había hecho. Vaciar los bacinicas: y al hacerlo me ensuciaba muy a menudo, porque los vaciaba de mala manera, y entonces, ¡cospettina!, ¡me ponía guapa de verdad! ... Luego una me llamaba para hacer la cama, la otra para lavarla, una tercera para confortarla, y casi siempre todas al mismo tiempo. ¡Estaba realmente en dificultades, cospettina!*

Madre — insistían las hermanas — *¿os mandaron alguna vez a ocuparos de los muertos?*

¡Cospettina, claro que me mandaron! ¡Nada menos que a lavar un cadáver; y me encerraron sola con la difunta, sin nadie que me hiciera compañía! Bien es verdad que la superiora me controlaba por el ojo de la cerradura para ver si cumplía con mi deber, pero yo no lo sabía. ¡Oh, Dios mío, eso sí que fue un buen sacrificio (fioretto)! ¡Pero lo hice, cospettina! Cuando sin embargo pensaba que había terminado y quería ir a lavarme las manos, aquella bendita madre superiora, para hacerme vencer todo asco, no me lo permitió; y tuve que ir a comer con las manos que olían a muerte. Pero me las froté bien en el delantal, y con el mismo delantal partí el pan, teniendo cuidado de no dejarme ver por la superiora. ¡Ah, bendito padre Luigi — decía entre mí —, *que Dios se lo perdone! Precisamente a Maria Cristina ha querido mandar aquí. ¡Paciencia, todo pasa, pasará también esto!* »

Las hermanas, al relato de estas aventuras, se reían de buena gana, y continuaban con las preguntas.

« *Madre, díganos, ¿qué os daban de comer? ¿Era cocina alemana o italiana? ¡¡Ehhh!! ¡¡Alemana, alemana!! Grandes platos de pasta, por ejemplo ñoquis redondos, bigoli, y muy a menudo un gran plato de macarrones. Cospettina de Diana, hacía falta el estómago del forestal Margoni (personaje proverbial por su apetito) para digerir toda esa comida.* »

Otra hermana le preguntaba:

«Madre, con todo ese trabajo ¿os quedaba luego tiempo para rezar?

Ciertamente que rezaba, pero cuando iba a la capilla junto con ellas, no entendía otra cosa que "*Bitt für uns, bitt für uns*" *(es decir, ruega por nosotros).* »

Cuéntenos, madre — proseguían las religiosas — *algo también de Maria Orsola (la Del Medico), que estaba con usted en la misma sala. ¿Tenía que hacer las mismas cosas?*

« *¡Ohhh! A ella, que era hermana conversa, la ponían a fregar los suelos todo el día. La habían encomendado a una hermana que hablaba un italiano macarrónico. De vez en cuando esta última, mirando con compasión a nuestra conversa que chorreaba sudor y señalando al cielo para animarla, exclamaba:* "*Bel Paratis, Manie Orzule, bel Paratis!*" *(es decir,* "*Bello Paraíso, Maria Orsola, bello Paraíso!*"*).*

Finalmente — concluía la madre Cristina — *vino el padre Luigi a recogernos para llevarnos de regreso a Udine. ¡Ohhh! ¡ese sí que fue un día de fiesta para nosotras, cospettina! Sin embargo, jamás olvidaré a aquellas excelentes hermanas y les estaré siempre agradecida por el bien que nos hicieron. ¡Vaya! Sería una ingrata si no lo fuese.* »

Salida hacia Portogruaro

El consejo municipal de Portogruaro deliberó, el 19 de agosto de 1857, confiar a las Hermanas de la Providencia « *el servicio, la manutención, los medicamentos, el mantenimiento y la renovación de los muebles y utensilios, etc., necesarios para la*

instalación » del hospital; la delegación provincial de Venecia ratificó dicha decisión el 25 de septiembre. El 9 de octubre, en el palacio episcopal, ante la presencia de monseñor Casasola, del comisionado de distrito, de los representantes del municipio y del director honorario del hospital, el padre Scrosoppi firmó el contrato con el que se confiaban a las hermanas la asistencia a los enfermos y la administración interna del nosocomio (hospital). La reapertura de la estructura en su nueva forma estaba prevista para el 15 de noviembre.

Mientras en Portogruaro se procedía con las aprobaciones burocráticas del contrato ante las autoridades civiles superiores, el padre Luigi regresaba a Udine para preparar para la salida al grupito de siete o ocho hermanas destinadas a este nuevo campo de misión y para implorar del arzobispo — sin cuyo consentimiento él no daba ningún paso — su paterna bendición. En una carta del 14 de octubre, monseñor Trevisanato expresó su pleno acuerdo con la solicitud presentada por monseñor Casasola:

« *Deseo* — escribía entre otras cosas — *que el Señor bendiga esta santa empresa y mantenga en salud a nuestras buenas hermanas, para que puedan dedicarse con entusiasmo a una obra tan útil y devota.* »

En un post scriptum, encargaba al Padre entregar otra carta adjunta al obispo de Concordia.

Se puede por tanto considerar que la salida ocurrió entre el jueves 15 y el sábado 17 de octubre.

Era necesario ponerse en viaje en el corazón de la noche, hacia las tres o las cuatro de la mañana, puesto que hacía falta cubrir cincuenta y seis kilómetros en carros destartalados a lo largo de las carreteras transitadas y polvorientas de la época. Se trataba de un día entero de viaje.

El fundador celebró la Santa Misa y ofreció el "*Pan de los fuertes*" (es decir, la Eucaristía) a aquellas queridas hijas espirituales. Finalmente, entre un murmullo (bullicio) de saludos interminables, llegó el momento de la separación. Podemos fácilmente imaginar que muchos rostros, tanto entre quienes partían como entre quienes se quedaban, estaban surcados por las lágrimas. Sor Cristina habrá ciertamente intentado levantar el ánimo con uno de sus habituales chistes: — « *¡Vamos, vamos, no nos pongamos a gimotear ahora, cospettina!* »

Recibida la bendición de la superiora, la madre Serafina Strazzolini, la caravana se puso en movimiento en un clima de oración. El padre Luigi viajaba con ellas.

Al salir el sol estaban ya cerca de Codroipo. Siguieron luego hacia la Baja Friulana, más allá del río Tagliamento, entre los campos de maíz ya cosechados y las vides de hojas moteadas de amarillo y de rojo a los márgenes de la carretera. Aunque en el aire se respiraba el otoño, ¡en sus corazones era plena primavera!

Una profecía para comenzar

Una vez llegadas a Portogruaro, las hermanas no pudieron instalarse inmediatamente en el hospital, puesto que los locales no estaban todavía del todo listos; fueron por tanto hospedadas durante un cierto período en el palacio episcopal. Este detalle nos viene transmitido por una declaración que se detiene en describir una « *profecía* » del fundador

relativa a la futura vocación de una niña, una tal Maria Liva de Latisana, nacida en 1850 de Giovanni Battista y Anna Mazzolini.

« *La pequeña Maria Liva* — se lee en el documento — *, una niña de solo siete años, se encontraba en Portogruaro con su mamá y estaba afectada por la fiebre cuartana (es decir, una forma de malaria que se manifiesta cada cuatro días). Las Hermanas de la Providencia habían entrado en aquel hospital solo desde hacía pocos días; como su alojamiento no estaba todavía terminado, debían trasladarse a dormir al obispado. Esta buena mujer acompañaba a las religiosas por la tarde y acudía a recogerlas por la mañana.*

Un día, mientras estaba en compañía de la pequeña Maria, se encontró con el buen Padre. Tan pronto como vio a la niña, él le puso las manos sobre la cabeza y dijo: Custodiadla, porque será mi hija. En varias ocasiones tuvo oportunidad de encontrarse con ella y cada vez el buen Padre repetía el mismo estribillo: Custodiadla, porque será mi hija. Y sin embargo la cosa parecía imposible, siendo ella hija única con cuatro hermanos. La niña crecía y de vez en cuando reflexionaba sobre el significado de aquellas palabras, sin lograr llegar al fondo del asunto, puesto que en su mente las dificultades aumentaban. Maria no sentía ninguna atracción por la vida religiosa; era una muchacha vivaz y la idea de encerrarse en un convento no le gustaba en absoluto.

Tras unos años, Dios llamó hacia Sí a su buena mamá. En el lecho de muerte, ella dijo a su marido con tono casi imperioso: No es oportuno que Maria permanezca aquí sola en medio de cuatro hermanos. Confíala por tanto al padre Luigi, en el Instituto de las Abandonadas en Udine, entregándole su parte de la herencia. El padre se lo prometió y la mujer murió serena respecto al futuro de Maria. El marido mantuvo la promesa y confió al padre Luigi a su hija de quince años la cual, con su carácter exuberante, estaba muy lejos de pensar en hacerse hermana.

Sin embargo el buen Dios, que la quería toda para Sí, le hizo pronto sentir Su llamada. Ella la acogió y buscó corresponder con la oración y el deseo sincero de donarse a Dios. Tenía diecinueve años cuando, junto a otras dos compañeras, se presentó ante el padre Luigi pidiéndole ser admitida al probandato (es decir, el período de prueba). Fueron presentadas a la madre general y aceptadas; con inmensa alegría fueron admitidas entre las aspirantes. He aquí que la profecía del buen Padre se cumplía. La joven Maria — concluye el testimonio — *superó con mérito los años de prueba, vistió el hábito y profesó los votos; no solo eso, se convirtió en una de las predilectas del padre Luigi y vivió felizmente por más de cincuenta años de vida religiosa entre las Hermanas de la Providencia, con el nombre de madre Ottilia.* » [(5)]

La madre Ottilia fue durante treinta años sacristana en la casa de Udine, donde se apagó el 8 de enero de 1927. Durante el proceso diocesano, sor Eustochio Dorigoni la cita como una de las testigos más convencidas de la santidad del padre Luigi.

Y sin embargo, el Padre le había infligido varios castigos a causa de su naturaleza un poco descuidada.

---

[5] El relato es de una notable precisión histórica. De hecho, de los registros de la casa de Udine resulta que la Liva fue acogida allí huérfana el 4 de junio de 1862; y en las listas autógrafas del fundador figura admitida entre las aspirantes el 10 de diciembre de 1869, junto con Maria Mayerhoffer, Sr. Perpetua, y con Margherita Dorigo, sr. Brigida.

Justo enfrente de su estudio, sobre una repisa, se encontraba una estatuilla de san Luis. Hacia la tarde, sor Ottilia, en su rol de sacristana, debía encender allí una pequeña lámpara de aceite y dejar al lado uno de aquellos pabilos empapados en grasa que los fabricantes de velas llaman "*encendedores*"; esto servía para que el Padre o las hermanas pudieran tomar el fuego para encender todas las demás lámparas de aceite o de petróleo de la casa. A menudo, sin embargo, el encendedor desaparecía. El padre Luigi hizo notar estas faltas a la joven hermana; ella le garantizó la máxima precisión, atribuyendo la culpa a alguna hermana distraída que dejaba el pabilo por la casa.

« *Y el Padre: Presta atención, porque quien olvida merece precisamente un castigo.* »

« *Sí, Padre, ¡pero un castigo serio! respondió la hermana.* »

« *¿Y qué castigo le darías? le preguntó el Padre.* »

« *El de quedarse ahí bajo la estatua por un tiempo con los brazos abiertos.* »

« *Muy bien, así lo haremos, concluyó el Padre.* »

Pocos días después, el encendedor faltaba de nuevo. El padre Luigi, apostado detrás de la puerta entreabierta del estudio, descubrió que la desmemoriada era precisamente sor Ottilia, sorprendida mientras regresaba de puntillas para volver a colocar furtivamente sobre la repisa el pabilo olvidado quién sabe dónde. Le tocó por tanto a ella quedarse allí con los brazos abiertos mientras las demás hermanas iban a cenar.

Otra vez, mientras encendía la lámpara en el refectorio, tiró con demasiada fuerza de la cuerda del mecanismo (la polea de guillotina), haciendo caer el farol que se rompió, esparciendo el petróleo por el suelo. Desesperada, corrió a pedir perdón al Padre por su descuido; por el susto, lograba solo llamarlo entre sollozos desde la base de la escalera: — « *¡Padre, Padre!* » El fundador, enterado del incidente, la consoló ofreciéndole su propia limonada y luego le dijo: — « *Ahora ve al coro y reza un De Profundis con los brazos abiertos.* »

Se trata de episodios mínimos, de los cuales sin embargo emerge cuánto el padre Luigi era exigente incluso en los pequeños detalles, con el fin de inculcar en las religiosas el amor por el orden, la disciplina y el espíritu de pobreza en el cuidado de los bienes de la comunidad.

Pero volvamos a Portogruaro y observemos cómo se comportaba aquel primer pequeño grupo de Hermanas de la Providencia. Ellas mostrarán concretamente la medida del heroísmo impreso en sus almas por la sólida formación recibida de su Padre.

Trabajo y oración hasta la inmolación

« *La madre Giovanna, condesa de Colloredo* — escribe Tinti — *, en calidad de vicaria y directora del hospital, junto a otras hermanas suyas iba a instalarse en la casa del dolor y de la caridad, con inmensa consolación del obispo Casasola y del clero de la ciudad, y con sumo beneficio para los pobres enfermos, que muy pronto experimentaron cuánto alivio al cuerpo y al espíritu aportan los cuidados maternales de quien, en el paciente, pretende servir a la persona misma de nuestro Señor Jesucristo.*

A causa del nuevo ordenamiento del hospital, el número de internos se duplicó, de modo que las pocas hermanas enviadas ya no lograban soportar la enorme fatiga. Fue por tanto necesario solicitar otras al padre Luigi, como emerge de la siguiente carta, que constituye un espléndido testimonio del celo de aquellas hermanas hacia los enfermos y de su total descuido, por espíritu de sacrificio, de su propia salud. »

« *Estimadísimo padre Luigi,*

Portogruaro, 11/12 de diciembre de 1857

Monseñor obispo me ha dado la orden expresa de escribirle y de rogarle encarecidamente, en su nombre, que no se niegue esta vez a acceder a sus deseos. Toda la ciudad no tiene sino palabras de elogio para el hermosísimo efecto producido hasta ahora por las celosas y excelentes Hermanas de la Providencia; cualquiera, entre compaisanos y forasteros, que visite el hospital se marcha maravillado y conmovido. ¡Demos gracias por ello al Señor y démosle alabanza!

Es sin embargo un hecho reconocido unánimemente por todos que, dadas las condiciones de los locales y la multitud de los enfermos, las hermanas son numéricamente insuficientes. Es firme voluntad de monseñor, por lo tanto, que sean aumentadas en al menos dos unidades: una hermana conversa y la otra terciaria o, en la peor de las hipótesis, dos aspirantes que puedan realizar las tareas necesarias, tanto para el servicio en la puerta como para los recados en la ciudad, para la dirección de las lavanderas y para muchísimos otros deberes; pero sobre todo porque es fácil prever que las actuales no puedan, sin un milagro evidente de Dios, conservar por mucho tiempo su salud...

Hoy monseñor obispo me ha impuesto reunirlas (llamarlas a capítulo), darles una conferencia e imponerles por obediencia moderarse respecto a las continuas e ininterrumpidas vigilias nocturnas, que nunca son compensadas con una hora de descanso durante el día. El fervor de las hermanas y su comportamiento despiertan la admiración de todos, y el hospital ha sido transformado verdaderamente en una casa religiosa.

A título informativo, no crea que la solicitud del obispo nazca de la más mínima queja o sugerencia de las hermanas; al contrario, ellas nunca han abierto la boca para pedir nada o para quejarse de nada, y he tenido que imponer la autoridad de la obediencia para conseguir que las más fatigadas se concedan el descanso necesario. Estamos pues a la espera tanto de su venida como de la ayuda invocada; lo demás se lo relataremos de palabra cuando esté entre nosotros...

Abrazándole en el Señor, soy su

Afectuosísimo p. Pietro Serravalle » [6]

---

[6] Piadosísimo sacerdote, nacido en Viscone (Udine) en 1820; fue maestro de cámara de A. Casasola obispo de Concordia y director espiritual de las Hermanas de la Providencia en Portogruaro; siguió luego a monseñor Casasola a la sede de Udine, fue director de la Pia Unione delle Figlie di Maria. Pasó a la diócesis de Gorizia en Viscone al Torre como confesor en el santuario de Madonna di Strada, murió en Medea en 1896.

Un viejo abrigo

« *El padre Luigi Scrosoppi* — prosigue Tinti — *acudió presuroso a Portogruaro con la ayuda invocada de otras hermanas, ya que para él incluso el simple deseo de un obispo valía tanto como un mandato absoluto.* »

Dado que la carta de *don* Serravalle se remonta al 12 de diciembre, el viaje del fundador — ocurrido probablemente en ese mismo mes o, como máximo, en los primeros días del enero posterior — se realizó durante la estación más gélida del año. Quizás fue precisamente en tal ocasión cuando ocurrió el episodio narrado por Tinti:

« *Llegado una vez a Portogruaro en pleno invierno, vestido de modo ligero y todo temblando por el frío, no daba muestras de lamentos. Un sacerdote, al darse cuenta de la situación, le ofreció de regalo un viejo gabán, que él aceptó con alegría para identificarse con un pobrecito necesitado de la caridad ajena.* »

Su amor por la santa pobreza era, por lo demás, proverbial.

« *Nadie logró jamás* — relataba sor Filomena Angeli — *hacerle calzar un par de zapatos nuevos. El intento fue repetido varias veces, pero él deseaba y prefería sus chanclas remendadas al infinito, que ya habían perdido incluso la forma de calzado. Cuando el zapatero se las devolvía con nuevos remiendos, le agradecía como si recibiera el regalo más precioso del mundo.* » Y Tinti añade:

« *En el vestir era pobrísimo, tanto que no servían de nada las astucias de las hermanas para convencerlo de desechar un hábito gastado y consumido; si se daba cuenta de una sustitución secreta, devolvía inmediatamente el vestido nuevo para recuperar el viejo remendado, recordando constantemente a sus hijas la pobreza que reinaba en la gruta de Belén y en la santa casita de Nazaret.* »

Cuando, sin su conocimiento, lograban hacerle llegar un vestido o un abrigo nuevos, él identificaba enseguida, en el cercano seminario de Udine, a un clérigo pobre a quien las prendas le vinieran bien; y él volvía a cubrirse de harapos, puesto que se consideraba de verdad "*un trapo del buen Dios*".

Exigía de las hermanas un idéntico espíritu de pobreza en cada cosa, tal vez con gestos bastante resolutos.

En una carta del 12 de marzo di 1878 — escrita tras la visita a un hospital, probablemente en la región de Trentino — se lamenta de que la hermana encargada de la cocina preparara demasiada sopa y polenta, tanto como para tener que tirar las sobras « *incluso a los animales y a las gallinas* »; y amonesta: — « *No, es necesario preparar poco y hacer bien lo que se hace, bien cocinado y condimentado con moderación.* »

Una vez, bajando a las cocinas de Udine, vio un gran fuego encendido inútilmente. Sin decir una palabra, derramó encima un buen cubo de agua.

Precisamente en el hospital de Portogruaro comenzó a practicar la pobreza de un modo particular, que mantuvo luego durante toda su vida durante las visitas a los nosocomios (hospitales) gestionados por sus religiosas. En aquel tiempo, en los hospitales se hospitalizaba usualmente a los enfermos más pobres y solos, privados de una familia en condiciones de asistirlos. Pues bien, el padre Luigi pedía por caridad a sus hermanas poder

cambiar su propia camisa con la del enfermo más mísero, o tal vez el pañuelo, si poseían uno. No hacía esto solo por amor a la pobreza, sino porque en el pobre veía realmente a Jesús y sentía que vestía las ropas de su amado Señor. Los santos creen sinceramente en la identidad entre Cristo y el pobre. Quizás lo afirmamos también nosotros, creyéndonos sinceros, pero ante la prueba de los hechos nuestras palabras se revelan retórica, puesto que un intercambio de ese género no lo haríamos jamás. Para los santos, en cambio, es una verdad profundamente sentida y vivida.

El padre Luigi quería que sus religiosas estuvieran íntimamente convencidas de esta verdad. Por ello, cuando llegaba a Portogruaro — y posteriormente a otras partes — y se encontraba con una joven hermana que empezaba, le preguntaba: — « *¿Has besado los pies de los enfermos? ¡Sabes que son los pies de Jesús!* » La hermana tal vez los había lavado, pero no había llegado a semejante gesto de devoción. Entonces él la llevaba consigo a las salas, besaba personalmente aquellos pies y luego pedía a la religiosa hacer lo mismo.

Aquella bendita escalera

Es humanamente imposible reconocer y servir a Jesús en la figura del pobre y del enfermo sin poseer un espíritu sobrenatural, alimentado y vigilado sin cesar.

Por esta razón, el fundador se preocupó para que las hermanas unieran a la dedicación laboral más extrema una intensa vida de oración, y para que pudieran encontrar en su residencia un oasis de paz similar al de un convento de clausura.

Las « *continuas y nunca interrumpidas vigilias nocturnas* », citadas por *don* Serravalle en su misiva, eran en realidad vigilias de oración: servían en parte para recuperar las prácticas religiosas comunitarias que la pesada carga de trabajo impedía durante el día, y en parte para realizar las horas cíclicas de adoración perpetua que el padre Luigi había introducido en la congregación (y que abolió para las horas nocturnas solo en los últimos años de su vida). Se podría afirmar que al Padre no le disgustaba ver a las religiosas consumirse como velas en el binomio de trabajo y oración. El impulso heroico que había impreso a sus primeras hijas espirituales, y que por estas era compartido con generosidad, le hacía casi olvidar el inevitable desgaste de las fuerzas físicas. Por lo demás, en aquellos primeros tiempos, no era ni siquiera pensable ahorrarse. Una mayor moderación se hará posible solo más tarde, con el aumento del número de las hermanas; y se hará necesaria cuando el Padre — como él mismo escribirá en una carta — vea la casa madre transformarse en una suerte de enfermería para las "*víctimas de la caridad*".

Cuánto se esmeraba en crear una especie de pequeño convento tranquilo — aun dentro del contexto frenético del hospital — donde las hermanas pudieran encontrar el recogimiento de nuevo y vivir la alegría espiritual de la vida común, emerge claramente de un episodio que merece ser narrado en detalle. El hecho en sí es de modesta entidad, pero proporciona una luz preciosa sobre su método de gobierno y sobre su personalidad.

El 12 de enero de 1858, el padre Luigi escribía al comisionado de distrito de Portogruaro:

« *Como es notorio a este imperial regio oficio, desde el momento en que se estableció que las reverendas Hermanas de la Providencia asumieran la dirección interna de este hospital civil, se reconoció la necesidad indispensable y urgente de construir en el*

establecimiento una segunda escalera que, partiendo del local en la planta baja marcado con el n. 8 del plano, subiera hasta el segundo piso.

Dicha necesidad está confirmada por la experiencia cotidiana, tanto que el suscrito director debe insistir para que se ejecute inmediatamente. La falta de esta escalera causa a las hermanas una fatiga excesiva en el servicio a los enfermos, obligando a aumentar su número en nada menos que dos unidades, con un daño evidente para la casa central; además, las hermanas no gozan de la libertad necesaria para las prácticas religiosas previstas por su instituto.

Por estas razones, y deseando poner en orden los locales, el suscrito se ofrece a asumir personalmente la construcción en madera de la escalera en cuestión, pidiendo una compensación de solo 300 liras a trabajo terminado, y requiere la autorización necesaria.»

La autorización fue concedida por la delegación provincial de Venecia el 19 de febrero y comunicada por el *podestà* de Portogruaro, el doctor Fabris, el día 27, con dos solas cláusulas: que la obra no comprometiera la estabilidad del edificio y que no superara el presupuesto de gasto.

El Padre dio enseguida inicio a la construcción de aquella "*bendita escalera*". Sin embargo, antes incluso de que estuviera terminada, el comisionado de distrito planteó objeciones al Ayuntamiento y este último escribió al Padre el 22 de abril, declarando que « *esta administración municipal tiene el disgusto de tener que definir arbitraria e irregular la obra, ordenando su suspensión a la espera de ulteriores decisiones superiores.* »

El padre Luigi respondió el 30 de abril con una carta que es un testimonio cristalino de su carácter:

« *Me ha sorprendido y dolorido* — escribe — *la nota del 22 del corriente mes n. 939 de esa honorable administración municipal, relativa a la construcción de una escalera en el hospital civil. Me ha sorprendido porque se me acusa de haber casi terminado la escalera sin acordar con el Ayuntamiento y de haberla construido en una posición diferente de la pactada.*

La ordenanza municipal n. 464 del 27 de febrero pasado excluye claramente cualquier ulterior formalidad, afirmando explícitamente: "*Tanto se comunica para su norma, a fin de que pueda proceder a la ejecución de la obra*". *Las únicas condiciones impuestas eran no dañar la estabilidad del edificio y no superar el gasto de 300 liras; condiciones que han sido respetadas rigurosamente.*

Es además singular la acusación de haber cambiado de posición, tras los repetidos acuerdos fiduciarios y tras haber aclarado los motivos del cambio: a saber, la menor pérdida de habitaciones útiles, la mayor comodidad y el menor coste. Con el proyecto original el gasto habría sido de 821,08 liras; con la modificación propuesta ha bajado a solo 300 liras.

Se obtenía así un ahorro de 521,08 liras, garantizando al mismo tiempo la máxima comodidad posible a las pobres Hermanas de la Providencia. Me ha luego dolorido profundamente porque yo, proponiendo esta obra con el único objeto de rendir un servicio útil, no podía imaginar sufrir la humillación de recibir reproches por presuntos arbitrios

o irregularidades, siendo tratado de la misma manera que un común contratista de obras públicas.

Ruego por tanto al honorable Ayuntamiento reconsiderar mis propuestas, hechas y aceptadas de buena fe, y presentar ante las autoridades competentes estas sinceras justificaciones. »

De la carta emerge el escrúpulo del padre Scrosoppi al respetar las jerarquías, pero también la firme, casi orgullosa, reivindicación de la corrección de su propio obrar. Se percibe su aversión hacia toda forma de ambigüedad y la defensa de la lealtad mutua, de la « *buena fe* ». Puesto que los pactos no eran honrados, él se había hecho cargo de la carga económica tras haber obtenido los permisos; y si tenía en el corazón la serenidad de las hermanas, no había descuidado el interés del hospital. La firmeza del tono se suavizaba finalmente en un gesto de humildad y respeto hacia las instituciones.

La controversia fue resuelta por un decreto de la delegación provincial:

« *La escalera interna del hospital, estando ya casi terminada, podrá ser completada, tanto más cuanto que, según el parecer técnico del ingeniero regio y la inspección del consejero imperial, ha resultado plenamente conforme.* »

Detrás de esta pequeña historia se ocultaba probablemente una hostilidad de cuño laicista hacia las religiosas, que se manifestó con otros tropiezos semejantes en los años venideros. Afortunadamente, para guiar a las hermanas en Portogruaro estaba la madre Cristina Borghese, la cual sabía desenredarse de cada dificultad con sabiduría práctica y un toque de humor.

Sor Cristina, superiora excepcional

El fundador había puesto a la cabeza del primer grupo de hermanas en Portogruaro a sor Giovanna di Colloredo, ciertamente para que el prestigio de su nombre aristocrático sirviera de freno a las inevitables y rastreras oposiciones. Por la misma razón, la nombrará superiora durante los primeros meses también en la casa de Cormons, en la apertura en 1866. La Colloredo permaneció siempre profundamente ligada al hospital de Portogruaro, donde se apagó piadosamente el 4 de octubre de 1871. Sin embargo, ya desde 1858, le había sucedido en el papel de superiora sor Cristina Borghese.

Bajo su dirección y gracias a la generosa dedicación de las hermanas, las actividades procedieron tan bien que la delegación provincial — como relata Tinti — « *el 12 de septiembre de 1859, vista la importancia asumida por el hospital..., lo declaró hospital civil público general.* »

Tampoco ella se vio libre de molestias y contrariedades. Los *Cenni biografici* relatan un ejemplo divertido de cómo sabía salir de apuros.

« *La dirección del hospital había proyectado algunas modificaciones estructurales en las salas de los enfermos que a la madre Cristina no le gustaban en absoluto. No queriendo sin embargo entrar en abierto conflicto, acompañó personalmente al director, el señor Boriero, que junto al albañil debía establecer qué ventana tapiar o qué puerta cerrar. La madre Cristina dejó que hablaran y dispusieran durante un buen rato; luego, para sus*

adentros, pronunció el siguiente monólogo, pero con un tono tal que el director pudiera oírla: Cospettina, de verdad tengo curiosidad por ver cómo va a terminar esto: cierra aquí, atranca allá, el salón se volverá cada vez más oscuro. ¡Bah! ... Significa que usaremos al señor Boriero como farola.

Ante aquella inesperada ocurrencia, el señor Boriero se retiró en silencio a su oficina, abandonando definitivamente todo proyecto de modificación. »

Monseñor Tinti, que tuvo oportunidad de conocerla y tratarla durante muchos años como canónigo y vicario general en Portogruaro, escribe sobre ella:

« *Se admiraban en esta excelente superiora las dos cualidades recomendadas por Jesucristo: la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente. Afable en las formas, indulgente al juzgar, pero siempre firme tanto al obedecer como al exigir obediencia, gestionaba magistralmente, con ojo atento y escrutador, la administración interna de aquella gran familia de sufrientes, ganándose la estima de todos. Siempre calma y serena, aun en las dificultades más grandes, demostraba con su ejemplo cuán suave es el yugo de Cristo y ligera su carga.* »

El 2 de febrero di 1887 las hermanas — ante la presencia de las autoridades y de muchos ciudadanos — festejaron su quincuagésimo aniversario de vida religiosa. En aquella ocasión la madre Cristina, digna seguidora del padre Luigi en el amor a la pobreza, vistió su primer hábito religioso, viejo de medio siglo y hecho glorioso por innumerables remiendos y zurcidos.

En los últimos años de vida, muchas personas iban a visitarla porque el diálogo con aquella veneranda religiosa infundía una paz y una serenidad fuera de lo común, enriquecidas por sabrosos recuerdos u observaciones agudas; ella, mientras tanto, continuaba tejiendo o despachando otras pequeñas labores femeninas, aunque sus interlocutores fueran obispos, canónigos o altas personalidades.

En obediencia a la superiora general la madre Cecilia Piacentini, dejó Portogruaro el 15 de octubre de 1890. No fue una fecha elegida al azar: exactamente treinta y tres años antes había llegado desde Udine con las primeras hermanas. Regresó a la casa madre, donde fue ejemplo para las hermanas con sus extraordinarias virtudes y las alegró con sus relatos salpicados por el típico « *cospettina* ». Allí murió serenamente en el Señor el 5 de septiembre de 1891.

Otra profecía del fundador

El padre Luigi nunca viajó mucho. Siendo un hombre inclinado al recogimiento y al ocultamiento, como él mismo deseaba profundamente, hacía falta una verdadera necesidad para empujarlo a moverse de Udine. Sin embargo, la comunidad de Portogruaro tuvo el privilegio de verlo con una cierta frecuencia; los ciudadanos mismos pudieron admirar sus virtudes, compitiendo con los udineses en venerarlo como a un santo.

El recuerdo de estos rápidos desplazamientos no nos ha llegado a través de informes formales de crónica, sino mediante anécdotas edificantes o instructivas que las hermanas amaban relatar.

Entre estas, recordamos una en particular, en la que se quiso vislumbrar otra profecía suya.

Quien nos lo relata es la misma protagonista, Filomena Angeli [7].

Estamos a comienzos de 1870, cuando esta pobre hermana se enfermó tan gravemente en Portogruaro que el médico sugirió administrarle los últimos sacramentos.

« *Su único deseo* — relata una antigua declaración — *, en aquellos instantes extremos, era ver por última vez al padre Luigi. La superiora escribió al Padre informándole de la enfermedad y del deseo de la hermana, pero él también estaba enfermo y no podía levantarse de la cama.*

Finalmente, al trigésimo séptimo día de enfermedad, la hermana tuvo el gran consuelo de la visita inesperada del buen Padre. Ese día sus condiciones eran más graves que nunca, y sin embargo el buen Padre, acercándose al lecho, le dijo: — Hija mía, he venido para llevarte a la casa de Udine; por hoy empieza a comer todo lo que te traigan; mañana te levantarás y luego veremos.

Al oír la voz de la obediencia, la hermana respondió prontamente: — Con usted, Padre, estoy dispuesta a ir a donde quiera, porque si muero estoy cierta de que encomendará mi alma a Dios... Al día siguiente se armó de valor y, por obedecer, se esforzó por levantarse. Sin embargo se desmayó y fue llevada de vuelta a la cama; temiendo lo peor, se le llevó la Comunión como viático. El venerado fundador, mientras tanto, continuaba rezando y esperando.

Dos días después quiso llevarla consigo a Udine; las hermanas la levantaron en peso para transportarla a su carruaje, donde se desmayó de nuevo. El Padre y sor Orsola Del Medico, que viajaba con ellos, le prodigaron todos los cuidados posibles durante el largo trayecto de Portogruaro a Udine. Después de algún tiempo la hermana volvió en sí y el Padre interrumpió su oración incesante para hacerle beber unos sorbos de leche.

¡Cosa extraordinaria! De repente el Padre se volvió hacia sor Orsola [8] — la cual estaba un poco débil pero ciertamente no exhausta como sor Filomena — y le dijo: ¡Tú, hija mía, prepárate para morir santamente! Luego, volviéndose hacia sor Filomena: Tú en cambio prepárate para gestionar la cría de los gusanos de seda en nuestra casa de campo.

Y así sucedió. La buena sor Orsola, al cabo de pocos meses, voló al cielo, mientras que sor Filomena, tras cerca de un mes de cuidados, recuperó la salud; a su tiempo se le confió la tarea de los gusanos, que llevó adelante durante ocho años consecutivos. »

Sor Orsola Del Medico murió, en efecto, el 3 de julio de 1870. Sor Filomena, en cambio — una mujer menuda proveniente del Val di Non, que parecía poder salir volando al primer soplo de viento — fue durante décadas la portera de la casa de Udine, permaneciendo tal

---

[7] Filomena Angeli (sor Filomena dei ss. Cuori, hermana conversa) nacida en Campo Denno (Trento) el 7 de agosto de 1835, entró en congr. 18-11-1867. En el registro autógrafo el fundador la califica de « terciaria » y no la enumera entre las novicias o profesas. De otro registro de la congregación resulta que realizó la vestición en 1870 y la profesión en 1876. Murió en Udine el 6 de diciembre de 1922.

[8] Del Medico Maria (sr. Maria Orsola degli Angeli, hermana conversa), nacida en Tarcento (Udine) el 22-1-1832, entró en congr. el 16-6-1855, vistió el hábito el 2-2-1857, profesó el 6-1-1861, murió en Udine el 3-7-1870.

vez más cerca del Padre que cualquier otra y convirtiéndose en una ferviente testigo de su santidad.

In este relato podría llamar la atención la franqueza con la que el Padre advirtió a sor Orsola del fin inminente. Parece sin embargo que poseía el don de infundir, junto al grave anuncio, una misteriosa serenidad. La misma sor Filomena narra:

« *A una pobre enferma, ignorando la gravedad de su estado, aplazaba continuamente el momento de recibir los últimos sacramentos. Una hermana que la asistía estaba muy preocupada, ya que el peligro aumentaba y no quería afligir a la enferma, a la que le disgustaba tanto morir. Informó por tanto de la cosa al Padre, el cual se dirigió de inmediato a la enferma y, con ademán casi profético, le dijo: — Sí, prepárate, porque pronto morirás. Esto bastó para que la pobrecita encontrara la paz y se preparara con inmenso fervor para el gran paso hacia la eternidad. Dos o tres días después ya no existía.* »

La palabra « *muerte* », cuando es pronunciada por un santo, pierde toda aspereza y se llena de luz celestial. Él dice « *muerte* », pero en realidad quiere decir « *Jesús* ». El alma que escucha, olvidando de repente todo temor, es invadida por una gran paz y se dispone con docilidad al inefable vuelo hacia Dios.

Aquel famoso abrigo

Hemos mencionado el abrigo regalado en Portogruaro al padre Luigi mientras temblaba por el frío. Parece que más tarde él prefirió al saco pesado la mantilla, para protegerse durante las estaciones más rigurosas.

Pero, ya se tratara de un abrigo o de una vieja mantilla, la prenda le sirvió admirablemente para poner en práctica alguna saludable burla "*a la filipense*" (es decir, en el estilo gozoso e humillante típico de San Felipe Neri).

Sor Osanna Tisot, cuando era todavía novicia, se dirigió un día de Udine a Portogruaro junto con el Padre y la madre vicaria. No era una mujer vanidosa, pero — como se decía — poseía un carácter un poco exuberante « *son qua mi* » (es decir, una persona que tiende a ponerse en evidencia), tanto que más tarde fue apodada « *el comandante* ». Tal vez durante el trayecto había dado pruebas de su temperamento audaz y el Padre pensó que era oportuno impartirle una lección de humildad. Llegados al santuario de la Madonna di Rosa, cerca de San Vito al Tagliamento, estaba prevista una parada obligatoria, tanto para hacer descansar a los caballos y a los viajeros en la cercana hostería, como naturalmente para dirigir un saludo a la Virgen. El padre Luigi le ordenó vestir su propia mantilla, para exponerla así a las risas y a las bromas de los presentes. Ella no se lo pensó dos veces: disfrazada de esa manera, se dirigió tranquilamente a la hostería y a la iglesia. Más tarde, el fundador la interrogó para saber qué había sentido por aquel trato. Ella respondió:

« *He pensado que el Padre quiere hacerme celebrar el carnaval aunque no lo sea.* »

A aquel mismo legendario abrigo atribuyó en cambio un poder taumatúrgico (milagroso) sor Angela Rodaro [9], asistente general desde 1899. Sor Angela, llegada un día a Udine procedente de Trento, se sentaba en el locutorio toda encogida a causa de los graves trastornos de estómago que sufría habitualmente durante los viajes. El padre Luigi bajó, le dio un licor reconstituyente y luego le dijo: « *Espera, Maria Angela, espera que te cubra* »; y le colocó sobre los hombros su mantilla descolorida. Desde aquel momento, la hermana no sufrió más los habituales trastornos durante sus desplazamientos.

Sor Angela era una persona completamente ajena a los lamentos o a la fantasía: se distinguió, antes bien, por su alegría y su sentido práctico. Y sin embargo, ella creyó firmemente en aquella curación: una prueba irrefutable de su fe en la santidad del venerado padre fundador.

No podemos concluir este capítulo sin mencionar a la humilde sor Maria Agnese Candetti [10], que murió en 1878 en el hospital de Portogruaro como víctima de la caridad, durante una de las epidemias entonces recurrentes. Tinti escribía en 1897 que el recuerdo de ella era todavía muy vivo, al lado del de sor Giovanna Francesca Colloredo, « *muertas ambas* — afirmaba — *en la brecha (es decir, permaneciendo en su puesto hasta el último momento) en aquel hospital cívico.* »

Portogruaro (VE). Hospital civil donde las Hermanas de la Providencia entraron en 1857.
Antigua iglesia de S. Giovanni Evangelista anexa al hospital civil. En ella algunas de las primeras Hermanas de la Providencia emitieron los votos religiosos tras la aprobación de la Santa Sede.

[9] Rodaro Domenica (sr. Maria Angela del ss. Redentore) nacida en Avasinis (Udine) el 3-10-1833, entró en congr. el 25-1-1858, vistió el hábito el 15-8-1859, profesó el 24 de septiembre de 1862, murió en Cormons el 29-5-1911.

[10] Candetti Maria, (Sr. Maria Agnese del Cuore di Maria) nacida en Udine el 16-2-1821, entró en congr. el 30-1-1858, vistió el hábito el 19-3-1859, profesó el 2-8-1862, murió en Portogruaro (Venecia) el 6-6-1878. Para notas sobre ella véase Cenni biografici..., ms., vol. II, pp. 198-201.

Capítulo 4

EL FUNDADOR ESCRIBE LAS CONSTITUCIONES Y LAS REGLAS DE LAS HERMANAS DE LA PROVIDENCIA (1858-1862)

La guerra de independencia de 1859

Las Hermanas de la Providencia apenas se habían establecido en el hospital de Portogruaro cuando, el 26 de abril de 1859, estalló la Segunda guerra para la independencia italiana. En esta ocasión, al lado del ejército piemontés — entre cuyos soldados militaban numerosos voluntarios vénetos y friulanos — combatía contra Austria un imponente contingente francés guiado por Mac Mahon, bajo el mando directo del emperador Napoleón III.

Con el comienzo del conflicto, el padre Luigi no tuvo otro objetivo sino el de poner en práctica la santa caridad cristiana.

« *El mismo celo* — escribe Tinti — *que el venerable fundador había demostrado con sus hermanas para con los pobres heridos durante las revueltas de 1848, fue por él profundido también en 1859, cuando los soldados austriacos, heridos en la batalla de Custoza, fueron en gran parte trasladados a Udine, ciudad situada en la frontera. También en aquella circunstancia sus hermanas acudieron con la misma premura para prestar su admirable asistencia en los hospitales militares, demostrando una vez más cuánto beneficio aporta a la salud del alma y del cuerpo la presencia de la hermana al lecho del enfermo, especialmente si se trata de un soldado sufriente.* »

La guerra concluyó, como es sabido, con el armisticio de Villafranca del 11 de julio, acordado por Napoleón III con los austriacos a espaldas de los piemonteses. En base a dicho acuerdo, solo la Lombardía era anexionada al Reino de Cerdeña, mientras que el Véneto permanecía bajo el dominio austriaco. En ese contexto venía propuesto de nuevo el ideal, ya caro a los neogüelfos, de una federación de los estados italianos presidida por el Papa, en la cual habría debido participar también el emperador de Austria en calidad de soberano del Véneto.

Sin embargo, los acontecimientos tomaron rápidamente una dirección diferente: en 1859 fueron anexionados al Piamonte los ducados de Parma y de Módena, el Gran Ducado de Toscana, las Legaciones pontificias y la Romaña. En el curso de 1860 sufrieron la misma suerte el Reino de las Dos Sicilias, arrollado por la expedición garibaldina de los Mil, y la Umbría y las Marcas, invadidas por las tropas piemontesas. Al final del año Italia no era ya solamente una « *expresión geográfica* », sino una verdadera unidad política. A este imponente e inevitable movimiento de unificación resistían ya solo el dominio pontificio — reducido al solo Lacio — y el Véneto, todavía sujeto a Austria. El 17 de marzo de 1861 el Parlamento reunido en Turín proclamó solemnemente el nacimiento del Reino de Italia bajo la dinastía de los Saboya; pocos días después, Camillo Cavour declaró necesario e indispensable que Roma se convirtiera en la capital del nuevo Estado.

Emergía así en primer plano la llamada « *cuestión romana* », que culminará con la ocupación de Roma del 20 de septiembre de 1870 y encontrará una solución definitiva solo con los Pactos Lateranenses del 11 de febrero de 1929. Se abrieron setenta años de laceración religiosa entre los hijos de la misma patria, un período de malestar y de humillación para los católicos italianos.

La escarapela tricolor llevada sobre el pecho por el padre Luigi en 1848 testimoniaba de modo elocuente su puro y ferviente patriotismo. Pero ¿cómo se comportará ahora, ante esta compleja cuestión?

Padre Luigi indefectiblemente fiel al Papa

¿Es acaso necesario reiterar que el impulso interior del cristiano, y sobre todo del santo, no puede agotarse exclusivamente en los acontecimientos históricos en los que se encuentra viviendo? La preocupación prioritaria por el Reino de Dios le inspira un particular desapego — y querríamos decir casi un cierto sentido del « humor » — hacia los reinos terrenales, sujetos a mutables instituciones políticas y a fronteras geográficas en continuo cambio. La aspiración hacia el Reino de los Cielos confiere a su caminar en este mundo el sentimiento incontenible del exiliado, que sabe que no posee aquí abajo una patria estable, sino que busca una futura y eterna. En términos más sencillos, el culto debido a Dios, la libertad de la religión y de la Iglesia y el bien espiritual de las almas encuentran en su espíritu una resonancia más inmediata y potente que cualquier cuestión política, económica o social. Aun permaneciendo profundamente inmerso en su propio tiempo, es a la luz de tales principios y de tales impulsos espirituales como se forman sus sentimientos y se cumplen sus elecciones. Este, al menos, era el pensamiento de nuestro padre Luigi.

La situación que se delineó en los años 1859-61 colocaba al clero véneto ante una doble perspectiva: una de carácter limitado y práctico, la otra que tocaba un problema extremadamente grave y delicado.

La primera perspectiva se refería a la cuestión de si era «oportuno» para el Véneto católico adherirse a los movimientos de anexión al Piamonte y al Estado Saboyano, dada la concreta estructura política del momento. Para muchos, la respuesta no podía sino ser negativa.

El 3 de octubre de 1859, el arzobispo de Udine, monseñor Trevisanato, envió al clero una circular « muy reservada », en la cual afirmaba:

« *Vengo tranquilizado por las autoridades superiores de que la facción adversa, la cual busca por todos los medios alimentar también en las provincias vénetas el deseo de la anexión al Piamonte, intenta atraer de su lado también al clero, sabiendo cuán influyente es gracias al contacto directo con el pueblo... Considero oportuno advertir con la máxima reserva a los párrocos particulares de esta trama... Continuemos mientras tanto rezando a Dios unánimemente para que, en su misericordia, guíe y proteja a su santa Iglesia, sostenga y conforte al Sumo Pontífice Pío IX y devuelva a todos nosotros días de paz y serenidad.* »

El motivo del rechazo de la anexión al Piamonte era, por lo tanto, de naturaleza netamente religiosa. Las leyes de política eclesiástica (las Leyes Siccardi), el exilio y el arresto de varios obispos — en 1860 fue encarcelado incluso el cardinal De Angelis, arzobispo de

Fermo y futuro presidente del Concilio Vaticano I —, junto con la declarada hostilidad hacia la Iglesia o la irreligiosidad de algunas corrientes de Risorgimento, no podían ciertamente atraer las simpatías del clero.

Austria, en este contexto, jugaba un papel marginal. Medio siglo de gobierno austriaco no había creado en el Véneto un sentimiento de lealtad incondicional: las revueltas de 1848 habían sido la demostración de ello. Al contrario, muchos comportamientos de aquel gobierno lo habían hecho bastante impopular. La acusación de ser "*austriacanti*" (pro austriacos) fue dirigida a algunos casi por reacción a la desconsiderada política religiosa italiana, favorecida también por la habilidad de Austria para proponerse progresivamente como baluarte de la religión y de la Iglesia.

Sin embargo, sobre el padre Luigi — así como sobre la gran mayoría del clero — prevaleció la segunda perspectiva: es decir, el proyecto de una completa anexión del Estado Pontificio al nuevo Reino. El Papa había lanzado la excomunión contra quien invadiera los territorios de San Pedro y reivindicaba su propia soberanía territorial como garantía de independencia en el ejercicio de su magisterio supremo. Para el padre Scrosoppi esto era suficiente: por ello permaneció irremisiblemente alineado con el Pontífice.

Él permaneció fiel al Papa con una fe inquebrantable en el Vicario de Cristo. Solía definirlo como « la boca de Dios » y su emoción al hablar de él era tal que — como refieren los testigos — « *parecía que bailase* ». Hacía recitar todos los días la oración especial por el Papa compuesta por Pío VII y aparecía visiblemente feliz cada vez que podía relatar un triunfo o una consolación recibida del Sumo Pontífice.

Tuvo hacia Pío IX una ternura filial, considerándolo en vida como un mártir y venerándolo después de la muerte como un santo, recurriendo personalmente e invitando a otros a recurrir a su intercesión.

El 19 de marzo de 1860 el arzobispo de Udine emanó « *una emocionante encíclica arzobispal* — escriben los actos del capítulo [1] —, *con la que su excelencia reverendísima excita a todo el clero a ofrecer generosamente el dinero de san Pedro para socorrer al santo Padre puesto por la revolución en las más graves restricciones.* » A este fin fue instituida la cofradía de San Pedro Apóstol, que debía difundirse en cada parroquia. Entre los donantes de Udine merecen ser recordados dos sacerdotes ejemplares: don Pietro Benedetti y don Luigi Fabris [2], ¡los cuales ofrecieron cada uno su propio reloj!

El padre Luigi no fue segundo a nadie en esta devoción hacia el Padre común. Además de participar en las colectas públicas para dar buen ejemplo, encontró el modo — a pesar de las apremiantes necesidades de sus obras caritativas — de suscribirse al débito público pontificio por la suma, en la época considerable, de 1500 liras.

---

1 Actas del capítulo, vol. X (1839-1858), c. 16 (A.C.U.).

2 Udinés (1812-1879), ejerció su actividad en el seminario como profesor de gramática y humanidades, y como prefecto de los estudios hasta su muerte. Promovió después de 1866 el resurgimiento católico en Friuli fundando La Madonna delle Grazie, primer periódico de los católicos friulanos, iniciando el movimiento de Acción Católica, del cual fue el primer asistente. Lineal en su pensamiento: por la libertad de la Iglesia contra el josefinismo, con el Papa y la Iglesia en cada campo. Fue en su tiempo uno de los sacerdotes friulanos más cultos, con una vasta producción literaria. (Cfr. G. BIASUTTI, Sacerdoti distinti..., pp. 36-38).

Sor Gioacchina Gremese relataba de él:

« *Su respeto y su amor por la Iglesia y por el Santo Padre eran inmensos. Sufría y lloraba cuando la Iglesia era perseguida, intensificando las oraciones y las penitencias. Lo mismo pedía hacer a las hermanas y a las niñas. Estas — y la Gremese estaba entre ellas — llegaban a privarse incluso del pedacito de pan de la merienda de la tarde para ahorrar y enviar algunas monedas más como óbolo al Santo Padre.* »

El Tinti escribe además:

« *El corazón sensible del padre fundador, tan atento a cada desventura del prójimo, era del mismo modo golpeado por los trabajos de la Iglesia católica y de su cabeza visible. La persecución abierta contra las congregaciones religiosas, la expoliación del dominio temporal del Papa y de los bienes eclesiásticos, el triunfo de la masonería que tomaba el control de la prensa, de la escuela y de las instituciones sociales, eran heridas profundas para el caso del padre Luigi. Por el Romano Pontífice él habría dado la vida, con tal de endulzar la amargura causada por sus enemigos.*

El padre Luigi sufría, hacía penitencia y se ofrecía como víctima de reparación por los tristes acontecimientos que golpearon a la Iglesia en Italia entre 1859 y 1870. Participaba tan profundamente del luto eclesial que, desde aquel momento en adelante, prohibió a las huerfanitas de su instituto los habituales festejos de carnaval, ya que consideraba inaceptable que los hijos de la Iglesia hicieran fiesta mientras su cabeza sufría en la tribulación.

Por este motivo ordenaba a las hermanas y a las niñas oraciones especiales, comuniones frecuentes y visitas fervientes al Santísimo Sacramento; además, enviaba personalmente o por medio de la congregación su generosa contribución económica acompañada de afectuosas cartas al ilustre prisionero del Vaticano. »

Quien no sea capaz de comprender desde el interior el drama vivido por los católicos y el clero véneto de aquel tiempo — llamados a adhieren a un movimiento que parecía querer golpear de muerte a la Iglesia y la independencia del Papa — podría formular juicios superficiales o presuntuosos. Sin embargo los creyentes, aun en un contexto hoy muy diferente, no pueden sino quedar conmovidos. No era una manía política lo que movía al padre Scrosoppi y a los humildes sacerdotes de la época, sino un sagrado fervor de fidelidad al Papado. Es fácil respetar al Papa cuando goza de un prestigio universal, pero amarlo y seguirlo en las horas más oscuras es el verdadero banco de prueba para cada católico. Y el padre Luigi lo habría hecho — como recuerda el Tinti — hasta el extremo sacrificio.

Por qué el padre Scrosoppi se dispuso a escribir las constituciones y las reglas

El amor profundo hacia el Papa debe haber jugado un papel fundamental al empujar al padre Luigi a redactar las constituciones y las reglas para la congregación de las Hermanas de la Providencia. Él deseaba ardientemente la bendición y la aprobación del sucesor de Pedro para que, como para san Pablo, su obra no resultara vana. En una época en la que muchos se alejaban de la Iglesia o traicionaban su propia fe, él quiso que sus hijas espirituales estuvieran ligadas por un vínculo indisoluble a la Sede Romana.

Naturalmente, influyó también el hecho de que la congregación estuviera creciendo: con la apertura de la casa de Portogruaro, esta salía de los confines de la archidiócesis de Udine, asumiendo un carácter inter diocesano del cual, sin embargo, el padre Luigi pareció casi olvidarse en la redacción de los documentos.

No fue el número de las hermanas lo que dictó tal necesidad — eran entonces apenas una treintena entre coristas, conversas, terciarias y novicias — sino más bien su progreso interior.

Aquellas mujeres, inicialmente un grupo heterogéneo de oblatas de caridad, se habían transformado en una verdadera compagine religiosa.

Hasta ese momento, la vida espiritual del grupo había sido guiada por tres documentos principales:

1. El reglamento para la Casa de las Abandonadas (1840), que contenía las primeras normas para las maestras.
2. Las reglas para las maestras (1848), que el abad Pirona había juzgado demasiado cercanas al estilo monástico.
3. El « *Convocato a Capitolo* » (23 de diciembre de 1848), que había sancionado la comunión de los bienes.

Sin embargo, estas normas ya no eran suficientes para contener la llama espiritual irradiada por el fundador.

Así, tras haberse ocupado del restablecimiento de la congregación filipense entre 1854 y 1856, el padre Luigi se dedicó desde 1857 al "*vaciado*" de todo este material espiritual en el código de las constituciones y, sobre todo, en el molde de oro de las reglas. Al ocaso de 1861, la obra estaba concluida.

El Tinti nos relata de modo conciso cómo se llegó a la redacción definitiva de las reglas, poniendo bien de relieve que el mayor impulso fue dictado por el deseo de obtener la aprobación del Pontífice.

Los colaboradores y el autor de las reglas

« *El padre Luigi* — escribe Tinti — *deseaba ardientemente que la congregación de las Hermanas de la Providencia recibiera la aprobación definitiva del Romano Pontífice. Por este motivo, se dedicó a la redacción de las constituciones y de las reglas que, según su juicio, pudieran responder mejor al desarrollo de su obra caritativa. Para hacerse ayudar en esta empresa, llamó al culto sacerdote Francesco Fantoni, que había sido un estimado maestro en el seminario y que dedicó luego toda su vida a la predicación y a la delicada tarea de director espiritual de las señoras Dimesse y de otros institutos piadosos...*

Scrosoppi y Fantoni, animados por el mismo deseo de santificarse a través del servicio al prójimo, permanecieron siempre ligados por una profunda amistad fraterna, que aportó a ambos grandes beneficios espirituales.

Podría parecer una tarea fácil escribir constituciones y reglas para una congregación, si uno se detiene a mirar solo la pequeña dimensión del libro que las contiene o si cree erróneamente que son los hombres quienes deben servir a las leyes, y no al revés.

Los dos sabios sacerdotes no ahorraron fatigas: realizaron inicialmente numerosos viajes para visitar y estudiar institutos similares a la congregación de la Providencia; se procuraron los textos legislativos de otras familias religiosas y finalmente, consultándose con la madre superiora (sor Serafina Strazzolini), la vicaria y la maestra de novicias (sor Teresa Fabris), redactaron con paciencia las normas adaptadas al fin del instituto. ¡Solo Dios, como testimonia una hermana anciana, sabe cuántas fatigas, privaciones, sufrimientos, humillaciones, oraciones y constantes penitencias costó este trabajo a nuestro venerado fundador! »

No tenemos detalles precisos sobre los « *muchos viajes* » mencionados por Tinti, pero podemos ciertamente considerar que el padre Luigi, con su proverbial prudencia, se informó ampliamente y atesoró la experiencia y los consejos de otros.

Sin embargo, las reglas — y de modo particular estas — brotaron directamente de su corazón. A tal propósito es extremadamente reveladora una carta que escribió muchos años después, el 21 octubre de 1881, a una superiora:

« *...Mi único deseo es verlas a todas precisas en observar las santas reglas. Antes de escribirlas rogué largamente a la Mamá (la Virgen), a san José y a san Cayetano a fin de que me iluminasen para redactarlas bien. Deseaba que su observancia llevara a una práctica continua de las virtudes, acumulando méritos para la eternidad y haciendo las almas de las hermanas cada vez más caras a Jesús, su divino esposo. He aquí la razón por la que insisto tanto en este punto, convencido de que también a vosotras os interesa. Sean como tantos angelitos, y lo serán ciertamente si practican exactamente estas santas reglas.* »

Considerando la profunda humildad que caracterizaba al fundador, no se puede sino quedar sorprendido por la importancia y la eficacia que él atribuía a las reglas compuestas de su puño y letra: entre líneas emerge claramente su convicción de haber sido asistido por el Cielo durante la redacción y de haber recibido casi una garantía divina sobre su capacidad para santificar a quien las observe.

Antecedentes históricos de las constituciones y de las reglas

El 15 de febrero de 1861, las constituciones y las reglas fueron enviadas a la Congregación romana de Obispos y de Regulares, acompañadas por cartas del arzobispo de Udine, monseñor Trevisanato, y del obispo de Concordia, monseñor Casasola.

Pocos días antes, el 2 de febrero, las Hermanas de la Providencia habían enviado al Papa ciento veinte liras en oro con la siguiente dedicatoria:

« *Beatísimo Padre, Las pobres Hermanas de la Providencia en Udine, vuestras devotísimas y más amorosas hijas, dolientes y afligidas de veros inmerso entre tantas amarguísimas tribulaciones y afanes, no cesan día y noche de suplicar ardientemente al Sagrado Corazón de Jesús, su divino esposo, ¡que quiera libraros de este lacrimógeno*

estado con el ansiado triunfo de vuestra dilecta Esposa! ¡Ah! Padre Santo, bendecid los votos de estas vuestras hijas, y los tristes días se cambiarán en días de alegría. Aceptad, Padre Santo, el óbolo que os ofrecen estas vuestras hijas y dignaos impartir a su congregación la bendición apostólica, a fin de que pueda resultar mejor para mayor gloria de Dios y santificación de las almas. »

El breve pontificio de agradecimiento y bendición data del 6 de marzo posterior.

El padre Luigi y su hermano don Giovanni Battista enviaron por separado su propio óbolo, acompañado de « *respetuosísimas cartas* », en las que debía hacerse alusión a las obras de caridad, puesto que el Papa respondió el 13 de abril de 1861:

« *Os rendimos merecidas gracias, oh dilectos hijos, rogando suplicantes a Dios, autor de todos los bienes, para que os conceda a vosotros y a vuestras instituciones toda prosperidad espiritual y temporal.* »

El p. Scrosoppi contaba mucho, para una pronta aprobación, con el apoyo del cardenal Fabio Asquini [3], nativo de Fagagna en el Friuli, que era entonces prefecto de la Congregación de Ritos; y, si bien no se trasladó personalmente a Roma, mantuvo correspondencia con monseñor Rizzari, el cual a primeros de febrero de 1862 le aseguró que el asunto llegaría a buen puerto en pocos días. La espera se volvió angustiosa.

El 23 de marzo, el p. Luigi escribía a monseñor Jacopo Tomadini, canónigo de Cividale, que en aquel tiempo se encontraba en la capital de la cristiandad:

« *Estimadísimo don Giacomo y amantísimo amigo,*

esperar y no venir es una cosa de la que morir. Precisamente en esta posición me encuentro yo. Cada día me parece un mes. No dudo de su gran interés y de su gran premura por ver el fin del asunto de nuestras hermanas, por lo cual no debería escribir al respecto. »

Pero aun así le escribía, rogándole agilizar las cosas de modo que la aprobación pontificia llegara antes de la Pascua, que aquel año caía el 20 de abril. En efecto, había ocurrido algo nuevo: el arzobispo de Udine, monseñor Trevisanato, había sido preconizado patriarca de Venecia.

« *Debiendo nuestro arzobispo* — decía el padre Luigi — *inmediatamente después de las santas fiestas de Pascua dejar nuestra archidiócesis para trasladarse allí a asistir a la canonización de los santos mártires japoneses y después pasar a su residencia como patriarca de Venecia, si antes de las santas fiestas de Pascua no llegan las constituciones aprobadas no se podría efectuar la tan ansiada función para la bendición del Vicario de Jesús Cristo sobre esta nueva congregación religiosa con la renovación solemne de los votos por medio del Ilmo. y Rev.mo monseñor arzobispo, al cual tanto interesa esta congregación de esposas del divino Cordero. Estas y otras razones procure presentar ante ese Ilmo. y Revmo. monseñor Rizzari para moverlo a terminar el asunto antes de Pascua.* »

---

[3] Nacido en Fagagna en 1802, muerto en Roma en 1878. Vicedelegado en Ferrara, delegado en Ancona, nuncio en Nápoles, secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, patriarca titular de Tarso, fue creado cardenal en 1845. Obtuvo de Gregorio XVI la restauración del arzobispado de Udine (bula del 14-3-1847); contribuyó al reconocimiento del culto de la beata Elena Valentinis. (Cfr. G. BIASUTTI, Ibíd., pp. 5-6).

El fundador no lo sabía, pero todo había sido ya hecho. El 7 de febrero de 1862, Su Santidad Pío IX había hecho emitir el llamado « *decreto de alabanza* », aplazando sin embargo la aprobación de las constituciones « *a un tiempo más oportuno* ». Y el 22 de marzo, la Congregación romana había enviado el decreto al arzobispo de Udine, con esta postilla:

« *Quiso además Su misma Santidad que se le comunicaran algunas observaciones hechas a las constituciones de dicho instituto, las cuales, tal como están, no pueden aprobarse: cuyas observaciones están contenidas en los anexos pliegos, a fin de que pueda vuestra señoría instruir de ello a las hermanas para las oportunas enmiendas.* »

El padre Luigi, con inmediata docilidad, realizó las correcciones solicitadas a tambor batiente, y devolvió a Roma las constituciones enmendadas el 6 de abril, con la ingenua esperanza de que con la misma celeridad fueran aprobadas. Sin embargo, el pliego nunca llegó a Roma, tal vez víctima inocente de la confusión política de la época.

En Udine se supo del extravío casi siete años después; y monseñor Casasola, convertido ya en su arzobispo, envió otra copia a la Sagrada Congregación el 15 de marzo de 1869, solicitando con una carta ampliamente laudatoria del 25 de octubre del mismo año la aprobación de las constituciones corregidas, y una carta similar había enviado el obispo de Concordia. El 22 de septiembre de 1871, Pío IX « *aprobó y confirmó, según la forma de los sagrados cánones y las constituciones apostólicas, el mencionado piadoso instituto..., difiriendo a tiempo más oportuno la aprobación de las constituciones, sobre las cuales entretanto prescribió algunas observaciones* »; y el 30 de septiembre, la Sagrada Congregación enviaba este segundo decreto junto con trece « *observaciones* » para ulteriores enmiendas.

Después de aquello, el fundador no realizó ninguna otra insistencia para ver aprobadas aquellas benditas constituciones. Obedeció dócilmente a la voluntad de la Santa Sede que exigía « *un largo experimento* » y, si tal vez le pesó, reconoció ciertamente la sabiduría de tal petición.

Solo más de seis años después de su muerte, bajo el gobierno de la superiora general madre Cecilia Piacentini, fue finalmente aprobado un texto bastante más amplio de las constituciones y uno más reducido de las reglas, por León XIII el 28 de agosto de 1891, con decreto de la Congregación del 23 de septiembre posterior.

La emisión de los votos del 7 de agosto de 1862

Aunque el decreto de alabanza había llegado a Udine hacia finales de marzo de 1862, la ceremonia inicialmente prevista para la Pascua no tuvo lugar. Con toda probabilidad, el padre Luigi prefirió esperar la aprobación del nuevo texto de las constituciones, devuelto a Roma el 6 de abril precedente.

Algún tiempo después, a pesar de que no se tuvieran todavía noticias del nuevo texto, el fundador fue alentado a proceder de todos modos con la solemne función. En tal circunstancia — tal vez durante una audiencia concedida a monseñor Trevisanato — Pío IX habría pronunciado las fatídicas palabras: « *Crescat pusillus grex* », formulando el deseo de que el pequeño núcleo de la congregación pudiera crecer y expandirse. De dicha

exhortación pontificia hace mención monseñor Casasola en una carta del 25 de octubre de 1869.

Consideramos que a este deseo del Papa se conecta el segundo envío del óbolo de San Pedro por parte de las hermanas; un gesto de gratitud al que el Pontífice respondió con un breve de agradecimiento fechado el 25 de junio. « *Fieles a vuestra institución y a la vocación a la que habéis sido llamadas* — se lee en él —, *con el estudio y la práctica de todas las virtudes devolved a Dios propicio y misericordioso hacia quienes se encuentran en la tribulación.* »

Por lo tanto, ya se podía proceder con paso seguro, fuertes con el nombre y la bendición del Papa.

« *Por tanto* — escribe Tinti — *el benemérito fundador hizo instruir con mucho cuidado a sus hijas respecto a los deberes de las religiosas, a la importancia de la profesión de los tres votos simples y a la diligente observancia de las nuevas reglas. Más tarde, declaró a todas las hermanas que estaban en absoluta libertad de dejar la congregación en caso de que no se sintieran listas para el nuevo ordenamiento. ¡Maravilla el decirlo! Aunque habían sido dejadas libres para decidir autónomamente (in manu consilii sui), las hermanas no solo aceptaron todas con entusiasmo, sino que exultaron de corazón viendo finalmente realizados sus propios ardientes deseos, felices de emitir públicamente aquellos santos votos que ya con anterioridad renovaban en privado. Tras haber celebrado con fervor los ejercicios espirituales según el método de san Ignacio, el 7 de agosto de 1862, fiesta de su celeste patrono san Cayetano, veinte hermanas emitieron la profesión de los tres votos en su graciosa iglesita, recibiendo el sagrado anillo esponsal de manos de monseñor Giuseppe Trevisanato, arzobispo de Udine. Fue aquella una fiesta de paraíso para la comunidad entera: ¡inmenso era el gozo de las nuevas profesas con la guirnalda de esposas sobre la cabeza, de igual tamaño la santa envidia que sentían las novicias! El tierno padre Luigi derramaba lágrimas de alegría, y las hermanas supervivientes recuerdan todavía con profunda emoción aquel día memorable.* »

Monseñor Trevisanato, en efecto, se encontraba todavía en Udine; realizaría su entrada en el patriarcado de Venecia solo un mes después, el 8 de septiembre.

El mismo fundador dejó escrito que al conmovedor rito estuvo « *presente su excelencia ilustrísima y reverendísima monseñor Giuseppe Luigi Trevisanato, patriarca de Venecia, que graciosamente aceptó presidir esta solemne profesión a petición del ilustrísimo y reverendísimo monseñor Niccolò Frangipane, vicario capitular de la archidiócesis de Udine.* »

« *Un espectáculo de igual manera dulce* — continúa Tinti — *se repitió el 24 de septiembre del mismo año en la iglesia de San Giovanni Evangelista en Portogruaro, donde el obispo Casasola recibió la profesión de los tres votos simples de cinco hermanas de aquel nosocomio cívico. Fue precisamente en ocasión de esta profesión cuando la congregación de las hermanas, bajo el patrocinio de san Cayetano, adoptó su propio ceremonial para la vestición y la profesión, estableciendo además proseguir regularmente la salmodia en coro con el oficio de la Bienaventurada Virgen María.* »

Cardenal Trevisanato, patriarca de Venecia. Siendo todavía arzobispo de Udine recibió en sus manos la primera profesión religiosa de las hermanas de la Providencia en 1862

Mientras tanto, el 10 de agosto, el capítulo había elegido como superiora general a la madre Teresa Fabris, que mantuvo durante cuatro años también el cargo de superiora de la casa de Udine. La madre Serafina Strazzolini fue nombrada vicaria general, mientras que sor Luigia Dario se convirtió en maestra de novicias; en Portogruaro fue confirmada en el papel de superiora sor Cristina Borghese.

Desde este momento la congregación tuvo su primer protector en el cardenal Fabio Asquini el cual, durante una breve visita a su Friuli natal, visitó la casa de Udine, llevándose de ella una profunda estima y veneración por el padre Luigi y por sus religiosas.

Observaciones generales sobre las constituciones y las reglas redactadas por el padre Scrosoppi

Tras el desarrollo del proceso diocesano finalizado para la beatificación del padre Luigi, la Congregación de Ritos encargó a dos teólogos censores examinar sus escritos.

Entre estos documentos se encontraba una nota en la cual el primero de los censores identificó « *inexactitudes no leves* — estas son sus palabras exactas — *respecto a la definición de reglas y de constituciones de los institutos y de las órdenes religiosas. In dicho texto se afirma* — prosigue el censor — *que las constituciones representarían* "*las leyes fundamentales de la orden*" *y que las reglas* "*no son sino la explicación de las*

constituciones", *¡cuando en realidad es verdad exactamente lo contrario! No sabemos sin embargo* — concluye — *si estos apuntes teóricos relativos a las constituciones son obra del uno o del otro de los dos cofundadores* » [4].

El censor romano tenía bajo sus propios ojos la copia mecanografiada de aquellos apuntes. Sin embargo, el análisis de la grafía del texto original revela que esta no pertenece ni al padre Carlo — desaparecido ya desde hacía varios años — ni al padre Luigi. Resulta evidente que el autor fue un personaje que permaneció desconocido, al cual el padre Luigi se había dirigido para obtener aclaraciones y consejos hacia 1858, precisamente antes de comenzar el trabajo de redacción.

En cualquier caso, el fundador estableció entre las constituciones y las reglas esta precisa distinción: las primeras tenían la tarea de delinear los rasgos esenciales y la estructura organizativa de la congregación; las segundas, al contrario, debían custodiar su espíritu profundo y sugerir, de consecuencia, el estilo de vida, las virtudes y las herramientas ascéticas (es decir, las prácticas de perfeccionamiento espiritual) de las cuales emergería el perfil espiritual típico de las Hermanas de la Providencia.

Es del todo natural que el padre Luigi se haya dedicado principalmente a las reglas, en el interior de las cuales transfirió toda su propia intensidad espiritual. En mérito a estas, el segundo teólogo censor expresó un juicio que no podría ser más elogioso:

« *Representan un ejemplo para ser retomado fielmente para la creación de otros eventuales institutos, puesto que en su interior él no descuidó nada, ni siquiera los más mínimos detalles, de todo aquello que puede resultar necesario para el crecimiento espiritual y la formación de una religiosa* » [5].

Es importante notar que dicha valoración fue expresada más de setenta años después de la redacción operada por el padre Luigi.

El contenido de las reglas permaneció sustancialmente idéntico incluso en el pequeño volumen publicado en 1892, a pesar de que la forma expresiva y la subdivisión de los capítulos hubieran sido sensiblemente modificadas. Una vez eliminadas las citas de las Sagradas Escrituras en lengua latina, en las cuales el padre Luigi se había apoyado con gran convicción, y removidos algunos pasajes de naturaleza exhortativa, las reglas ganaron en fluidez y en precisión desde el punto de vista del derecho canónico y de la forma exterior; sin embargo, esto ocurrió no sin perder, a nuestro parecer, un poco de aquella fragancia espiritual de los orígenes.

Por lo que respecta a las constituciones, el Padre las había condensado en nueve breves capítulos, que se convirtieron luego en veintiocho en la versión aprobada definitivamente en 1891. Aquel esquema sintético concebido por el Fundador se transformó en un código jurídico bien estructurado, que muestra claramente la intervención de su sucesor, monseñor Antonio Feruglio, experto en derecho canónico y futuro obispo de Vicenza.

En tiempos recientes, las constituciones han sido sometidas a una profunda reforma. Sin embargo, las reglas de 1862 — en modo particular en lo que concierne a sus exigencias de

---

4 Positio super scriptis, p. 4, in Positio..., Roma 1975.

5 Ibíd., p. 13.

compromiso espiritual — deberían mantener un valor eterno, actuando como baluarte para custodiar con fidelidad la originalidad del ideal religioso propuesto por el fundador.

Si las reglas recibieron desde siempre un juicio extremadamente positivo, siendo definidas como "*áureas*", frente a las constituciones la Congregación de los Regulares avanzó en cambio dieciséis propuestas de modificación en 1862 y otras trece en 1871.

No es nuestra intención recogerlas aquí de modo analítico, puesto que este volumen no representa el lugar adecuado para un examen comparativo tan detallado.

Es sin embargo indispensable tratar algunos de estos puntos. A través del análisis de un tema que podría parecer, en superficie, árido y aburrido, veremos resplandecer fragmentos de luz intensa, capaces de mostrarnos a un padre Luigi en el papel de precursor y de innovador en la visión de la vida consagrada.

Las enmiendas romanas a las constituciones del padre Luigi

Aludimos brevemente a dos correcciones de naturaleza estrictamente jurídica.

En sus constituciones originales, el padre Luigi había continuado considerando al arzobispo de Udine como el presidente y el padre de su propia familia religiosa. La congregación romana se opuso justamente a este planteamiento, puesto que las hermanas debían depender del obispo bajo cuya jurisdicción se encontraban las casas particulares; se concedió solo que el capítulo general fuera presidido por el obispo del lugar en el que se reuniera, pero con la función formal de delegado apostólico.

Más tarde, la congregación hizo retirar de los cuadros directivos la figura del sacerdote director, rol que hasta ese momento era desempeñado por el mismo fundador. El padre Luigi, en su profunda humildad, no sintió en absoluto resentimiento; al contrario, desde aquel momento se alegró de conceder plena libertad de acción a la superiora general y a sus consejeras, o sea — como se suele decir — de « pasar las llaves » (ceder la gestión y el mando). En este admirable gesto de despojarse de la autoridad de fundador, para dar paso a una vigilancia extremadamente discreta de padre en un segundo plano, aplicó a sí mismo las palabras de san Juan Bautista:

« *Ellas deben crecer y yo en cambio disminuir.* »

En ambos casos citados, el padre Luigi, aun comprendiendo los nuevos desarrollos de su propia obra, se había atenido simplemente a la organización original de la Casa de las Abandonadas, cuyos pilares eran precisamente el obispo de Udine como presidente y el sacerdote director.

Otras enmiendas propuestas por la congregación romana le parecieron sin embargo de mayor relieve.

Él había concebido la caridad integral como fin último de su congregación, tanto porque la caridad le parecía como un deber por su naturaleza ilimitado, como porque no quería absolutamente que las hermanas permanecieran cerradas en el convento en caso de que ocurriera una cualquier calamidad. Y así había operado durante la revolución de 1848, la epidemia de cólera de 1855 y la guerra de 1859. Por esta razón, las constituciones

comprometían a las hermanas a ofrecer sus servicios « *en cualquier obra de caridad compatible con la condición de religiosas y mandada por las circunstancias, siempre sin embargo a juicio de su propio ordinario.* » Roma exigió en cambio que el fin y el ámbito de acción fueran delimitados con precisión, pero el padre Luigi no se sintió con ánimo de aportar tales restricciones. Solo en el texto definitivo de 1890 se suprimirá este pasaje.

El fundador estaba convencido de que el Señor podía llamar a cualquiera, en cualquier momento, a servirlo en la figura de los pobres y de los sufrientes. Por este motivo había extendido hasta los treinta y cinco años el límite máximo de edad para la admisión entre las hermanas: esto porque consideraba que, superada esa edad, las candidatas habrían tenido más fácilmente necesidad de asistencia antes que la capacidad de ofrecerla. Además, él no excluía a las viudas. Sin embargo, las enmiendas romanas redujeron el límite a veintiocho años y las viudas dejaron de ser mencionadas.

Otra cuestión estaba particularmente en el corazón del padre Luigi. Plenamente consciente de la sublimidad de la vocación, habría dado la vida para que cada religiosa suya permaneciera fiel hasta la muerte en la dedicación total al Esposo divino. Él sin embargo era igualmente consciente de la fragilidad y de la mutabilidad del alma humana. Por una infinidad de razones, también un propósito santo e inicialmente sincero podía más tarde debilitarse o desvanecerse del todo. Pues bien, según él no había de qué escandalizarse; ni se debían absolutamente crear aquellos dramas ligados a vocaciones forzadas o traicionadas. Con una visión decididamente adelantada a su tiempo, el padre Scrosoppi deseaba que el « servicio de caridad » permaneciera siempre como una ofrenda gozosa y nunca se transformara en un yugo insoportable. La joven o la mujer debía permanecer libre para retirarse con facilidad, sin dilaciones burocráticas y sin sentimientos de culpa, en caso de que por cualquier motivo ya no se sintiera capaz de proseguir o no fuera considerada idónea. Se marcharía serenamente, feliz de haber donado algunos años de su vida enteramente a Dios y a los pobres. Por este motivo había escrito: « *los votos se emiten por tiempo indeterminado.* » En cambio, las enmiendas establecieron un mandato de tres años para los votos de las coristas y de un año para los de las conversas.

En el texto original de 1861, el Padre había dividido a las hermanas en tres categorías: coristas, conversas y terciarias. La Sagrada Congregación, en las correcciones solicitadas el 22 de marzo de aquel año, había observado:

« *Será necesario reflexionar seriamente si es oportuno admitir terciarias, de modo que formen casi un grado distinto de las conversas.* »

En aquel tiempo, la única terciaria era Domenica Batigello, a quien el padre Luigi llamaba la « *providencia visible* ». El Padre reflexionó sobre la cuestión y consideró oportuno mantenerlas, cambiando solo su nombre.

« *A las hermanas coristas y conversas* — escribió en el texto corregido — *añádanse las "sorelle faccendiere" (hermanas faeneras), las cuales, además de los oficios internos más humildes de las casas, desempeñen también las tareas externas, como las de encargadas de las compras, de buscadoras para la colecta y de otros servicios modestos.* »

Él estaba convencido de que incluso algunas pobres criaturas, tal vez consideradas « *desechos o trapos* » (personas al margen de la sociedad) a los ojos del mundo y

aparentemente inadecuadas para la vida comunitaria, habrían podido convertirse igualmente en preciosas servidoras del Señor. Por otra parte, el padre Luigi deseaba que las hermanas, aun no estando obligadas a la rígida clausura tradicional, tuvieran las menores relaciones posibles con el mundo exterior; en este contexto, precisamente aquellas colaboradoras se volvían casi indispensables. Sabemos, por lo demás, que precisamente entre estos elementos la congregación vio espléndidos ejemplos de vida espiritual. El padre Luigi, aun queriendo obedecer a la suprema autoridad de la Iglesia, buscó proteger a aquellas pobres hijas a las que no tenía corazón para decir: « ¡Vosotras ya no formáis parte de la comunidad! » Sin embargo, en las constituciones de 1891, ya no se hará mención alguna de estas figuras.

Otro aspecto singular que despertó sorpresa fue el artículo en el que el Padre reconocía a las conversas el derecho a participar en el consejo con los mismos derechos que las coristas. « *Es una novedad absoluta* — hizo notar la Sagrada Congregación — *que al consejo general sea admitida incluso una simple conversa.* » Evidentemente, al Padre no le agradaban distinciones demasiado marcadas entre las religiosas. ¿Qué importaba si las conversas eran analfabetas o poco instruidas? El amor a Dios no se mide con la capacidad de leer, escribir o contar. Él se inspiraba ciertamente en el dicho evangélico según el cual los humildes y los ignorantes conquistarían el reino de Dios. Él mismo alentó paternalmente a algunas de estas almas sencillas a estudiar y siguió atentamente sus progresos — como ocurrió con sor Filomena Suoch [6]. Más tarde, las promovió del grado de conversas al de coristas. En esta actitud no se puede sino admirar su extraordinaria bondad hacia las religiosas más humildes y su espíritu profundamente moderno.

También respecto a la delicada cuestión de los sacramentos, el fundador manifestó ideas originales que lo convierten en un precursor de la práctica de la comunión frecuente. En las constituciones había establecido:

« *Se acercan a la comunión todos los domingos y en las fiestas de guardar, así como en las festividades de nuestro Señor y de la Santísima Virgen aunque no sean de precepto, todos los miércoles y viernes del año, el día de sus santos patronos y en los aniversarios fijados por la congregación. En caso de que una hermana desee comulgar fuera de los días establecidos, por una necesidad o por particular devoción, debe recibir el permiso de la superiora o de la vicaria local.* »

La Sagrada Congregación observó al respecto:

« *Se requiere que las hermanas hagan la comunión tres veces a la semana, además de las festividades. Siendo esto considerado demasiado oneroso para las hermanas, se establece que la comunión debe ocurrir como máximo dos veces a la semana, dejando a su voluntad y al consejo del confesor la posibilidad de una práctica más frecuente.* »

El padre Luigi obedeció. Y a raíz del decreto de 1871 se introdujo entre las hermanas la costumbre de comulgar los jueves y los domingos. La noche del miércoles, las hermanas

---

[6] Suoch Marianna (Sr. Filomena di S. Luigi) nacida en S. Pietro al Natisone (Udine) el 19-3-1834 (o el 7-3-1836), entró en la congregación el 17-5-1856, vistió el hábito el 15-8-1859, hizo la profesión el 7-8-1862 y murió en Udine el 13-5-1901. Así le escribía el Fundador con fecha 20-1-1882: « Sus cartitas me han sido muy queridas, y me he consolado al comprobar que usted ha mejorado mucho su carácter, y que también sus escritos expresan bien sus ideas. » (L. TINTI, o.c., p. 352, let. 24). Para apuntes biográficos sobre ella, véase Cenni biografici..., ms., vol. II, pp. 226-276.

solían cantar una melodía en friulano de la cual conservamos el íncipit: « *Joibe l'è il dì d'amor — El jueves es el día del amor* ».

Sin embargo el Padre, secundando las peticiones de las hermanas, se dirigía a menudo a su amigo y vicario general, monseñor Someda, para pedir el permiso de añadir algún día. Y, según la tradición, regresaba a casa lleno de alegría para anunciar la noticia: « ¡*Mañana tendremos la santa comunión!* » En el padre Luigi no había verdaderamente rastro alguno de aquella mentalidad jansenista (es decir, una doctrina rigorista que veía a Dios como un juez severo y hacía difícil el acercarse a los sacramentos) [7].

En la versión no corregida de las constituciones, él prohibía a las hermanas confesarse más de una vez a la semana. La Sagrada Congregación retiró esta prohibición e insertó un artículo sobre la necesidad de un confesor extraordinario. También en este detalle es fácil notar cómo el Padre buscaba prevenir el desarrollo de conciencias atormentadas por la ansiedad o por escrúpulos excesivos, y aquella necesidad exasperada de buscar consejos o certezas a la que el ánimo femenino puede a veces ser inclinado. Él deseaba una espiritualidad sólida, pero serena y confiada, como habrían sugerido sus dos santos predilectos, san Felipe Neri y san Francisco de Sales.

La Sagrada Congregación había además precisado que la llamada « *acusación de las culpas* » (la confesión pública de las propias faltas externas a la regla) en público no debía ser admitida sino de vía facultativa. En el texto corregido, el padre Luigi mantuvo de todos modos el siguiente artículo:

« *Todos los viernes, hecha excepción del Viernes Santo y de aquel en que caiga una fiesta de precepto, las hermanas deben reunirse para la acusación de las faltas cometidas contra la regla o contra otras disposiciones particulares impuestas por la superiora o por las vicarias, y para verificar los progresos o los retrasos en la adquisición y la práctica de las virtudes.* » Dicho artículo permaneció, con leves modificaciones, también en las constituciones de 1891.

Evidentemente, en el pensamiento original del Padre, existía la obligación para cada hermana de realizar este acto público de humildad, puesto que él atribuía a tales gestos una gran importancia educativa. Si cada hermana, por muy anciana que fuera, debía pedir perdón de rodillas tal vez a una novicia por una falta de cortesía privada, ¿cómo podía no realizar el mismo gesto por las ofensas infligidas a la regla común? Añadiremos que, además de estas « *acusaciones* », las hermanas solían practicar la disciplina con el cilicio (una cuerda pequeña provista de nudos), cosa que no dejaba de despertar alguna sonrisa entre las novicias más vivaces que empezaban. El Padre pretendía transmitir, junto con la

[7] En el desarrollo de la causa de beatificación, el segundo censor de los escritos del p. Scrosoppi había observado que unos pocos pasajes contenían « inexactitudes, al menos aparentes, que parecen manifestar una mentalidad algo jansenista », pero añadía que la doctrina predicada por nuestro biografiado « es perfectamente ortodoxa, aunque tienda al rigorismo, como se estilaba en aquella época en el norte de Italia ». Más tarde, aquellos « unos pocos pasajes » fueron vistos como reflejo del rigorismo de la época « del que estaban influenciados los docentes, los manuales de teología y las obras de predicación que se utilizaban en los seminarios ». Es más, se señaló que él difundió desde 1828 el antídoto del jansenismo, es decir, la devoción al Sagrado Corazón, que practicó e inculcó la confesión y comunión frecuente, la devoción a la Virgen, la práctica del Vía Crucis, el amor filial al papa, elementos suficientes para ahuyentar cualquier duda al respecto. (Cfr. Relatio et Vota, Roma 1977, p. 58).

humildad, el espíritu de penitencia. Y si a alguna hermana le costaba comprender la importancia de estas dos virtudes, ¡él encontraba el modo de aclararle bien las ideas!

En la decimotercera observación de 1871, la Sagrada Congregación hacía notar que en las constituciones « *no se habla... de la asistencia espiritual y material que se debe ofrecer a las hermanas enfermas, ni de las oraciones de sufragio que se deben rezar por las hermanas difuntas.* » Y es verdad que las constituciones callaban en este punto, pero las reglas no, precisamente a causa de la visión personal del fundador citada con anterioridad. Vale la pena recoger cuanto él escribía al respecto, para saborear un pequeño ejemplo de las reglas brotadas directamente de su corazón.

A las enfermas había dedicado el artículo 11 del capítulo VI:

« *Las hermanas enfermas serán objeto de cuidados y atenciones particulares; las hermanas enfermeras, guiadas por la caridad más pura, les ofrecerán con afecto y prontitud los mejores servicios.* »

Sin embargo, fiel a su principio de educar en la fortaleza de ánimo, hacía seguir inmediatamente esta Advertencia:

« *Puesto que una excesiva preocupación por la salud del propio cuerpo podría fácilmente inducir a las hermanas a buscar remedios y cuidados para cada mínima indisposición, lo cual podría ser dañino en lugar de útil para su salud, no usarán medicinas, ni consultarán a médicos u otras personas sin el permiso de la madre superiora o de la vicaria local, salvo el caso de un malestar repentino y grave, como por ejemplo un cólico violento, una fiebre perniciosa, un esputo de sangre, etc.* »

¡El padre Scrosoppi no era ciertamente el tipo de hombre que consentía a quienes gustaban de recrearse en las enfermedades y en los fármacos! Y sin embargo, su solicitud hacia las hermanas realmente enfermas continuó siendo legendaria. Él pretendía que no se escatimara en dos cosas: el cuidado de la iglesia y todo lo necesario para las enfermas.

No habría sido él mismo, sin embargo, si no hubiera dirigido una de sus características exhortaciones también a las directas interesadas. Lo hizo en los artículos 15-18 del capítulo IX.

« *Las enfermas* — escribe entre otras cosas — *se esmerarán en ser ejemplo para cualquiera que las visite; darán prueba de auténtica humildad y de paciencia religiosa; usarán palabras devotas y constructivas, demostrando de tal modo que aceptan el sufrimiento que las aflige no solo como voluntad de su Creador, sino como un don precioso del cielo, destinado a enriquecerlas y perfeccionarlas ulteriormente.* »

Él mismo dio ejemplo de ello: custodió sus propios achaques con celo, como si fueran tesoros preciosos, sin dejarlos trascender sino raramente a quienes estaban cerca de él. Quién sabe cuántas veces habrá repetido:

« *Hijas mías, permanecer serenos cuando se está con salud es capaz cualquiera; es nuestra fe la que debe darnos la paz en el momento de la prueba.* »

Y las hermanas formadas en su escuela demostraron haber aprendido bien la lección. Los textos biográficos hablan poco de sus obras apostólicas, pero están llenos de relatos sobre su heroica paciencia durante las enfermedades.

Respecto a los sufragios (las oraciones por los difuntos), el padre Luigi había dedicado el artículo 14 del capítulo VI de las reglas:

« *Por espíritu de caridad fraterna, todas deberán, si es posible, participar en los funerales de las hermanas difuntas; por su alma deberán ofrecer siete comuniones, escuchar siete misas y rezar siete rosarios: todo esto además de las oraciones por las difuntas previstas habitualmente en la congregación.* »

Ya hemos recordado cuánto le era cara la devoción a las almas del Purgatorio. Cuando una hermana moría, a veces inmediatamente después de haberle impartido la última bendición, se apresuraba a escribir a las superioras de las distintas casas:

« *Ejecutad inmediatamente las oraciones de sufragio prescritas por las reglas.* »

No podía sino desear el ascenso inmediato de sus hijas al Paraíso aquel que había hecho voto de permanecer en el Purgatorio hasta el día del juicio final, con tal de verlas a todas salvas.

El fundador recomienda la observancia de las reglas

Al término de esta comparación entre las constituciones originales redactadas por el padre Luigi y las propuestas de enmienda llegadas de Roma, el atento lector habrá extraído de ella — creemos — una impresión del todo particular.

Las enmiendas romanas aparecerán sin duda sensatos, aunque se resientan mucho de una perspectiva puramente teórica y burocrática y permanezcan ligados a la mentalidad de la época. En las constituciones del fundador, en cambio, la caridad y la realidad laten libres y valientes, sostenidas por las alas de un espíritu enamorado del bien y decididamente adelantado a su tiempo.

Por lo que respecta a las reglas, sería necesario leerlas íntegramente para poder gustar su carácter dulce y al mismo tiempo vigoroso, realista y ferviente: una esencia verdaderamente completa. Se percibe claramente en ellas la mano de quien posee el don de guiar a las almas hacia las cumbres más altas de la santidad.

Sin embargo, puede bastarnos el ya citado juicio del teólogo romano, el cual las considera ejemplares incluso para nuestros tiempos. Queremos más bien, a través de un rápido repaso de su correspondencia [8], mostrar cuánto consideraba el padre Luigi fundamental la observancia de las reglas, que él no sentía como propias creaciones, sino como nacidas de las oraciones dirigidas a la Virgen, a san José y a san Cayetano.

« *Sé fiel* — escribe a una hermana el 18 de diciembre de 1875 — *en la ejecución de las santas reglas, y serás santa.* » Y el 30 de septiembre de 1881 añadía:

« *Antes de morir, deseo intensamente ver en todas las casas una exacta observancia del las santas reglas, a fin de que vuestra santa congregación pueda consolidarse cada vez mejor.* »

---

[8] Nos referimos a Tinti, quien recoge en el apéndice 117 cartas del padre Scrosoppi, además de otras tres insertas en la biografía. (Cfr. L. TINTI, o.c., apéndice VIII, pp. 332-433; pp. 111, 165, 221).

« *Recomiendo a todas vosotras* — escribe el 8 de mayo de 1882 a una superiora en el Trentino — *la exacta observancia de las santas reglas, para corresponder dignamente a vuestra santa vocación religiosa, y os ruego y conjuro que no deis la más mínima ocasión para que alguien pueda mover la más pequeña crítica hacia vosotras.* » Algunos días después escribía a otra superiora: « *Me interesa que usted me proporcione una información precisa sobre todas estas hijas mías, tanto respecto al espíritu religioso y a la observancia de las santas reglas, como por lo que concierne a su devoción, el ejercicio de las virtudes y su carácter y comportamiento exterior.* »

El 14 de noviembre de 1882 expresaba un dulce consuelo ya que « *la reverendísima madre general me ha relatado que en esa sede reina un buen orden, que todas pueden dedicarse a las prácticas religiosas, que se observan fielmente las santas reglas, que hay paz y contento y que todas desempeñan bien sus tareas con auténtico espíritu de caridad. Quiera el Señor que no falte nunca la santa perseverancia y que cada día podáis crecer cada vez más en estas prácticas virtuosas.* »

Doce días después se dirigía con estas palabras llenas de afecto a una joven hermana de la casa de Cormons:

« *Le ruego, carísima hija, que quiera ser ejemplo en la observancia de las santas reglas y que no deje pasar ni un solo día sin haber realizado algún acto de humildad o de obediencia absoluta hacia quien, en esa casa, representa a Dios.* »

Se acercaba ya el fin de su vida terrena. No se pueden leer sin conmoción las últimas amonestaciones del santo anciano.

El 28 de julio de 1883 escribe a una superiora del Trentino:

« *A estas buenas hijas suyas y mis queridas hermanitas, hijas y señoras, ¿qué podría decirles? Me consuelo al saber que todas están bien y les recomiendo la perfecta observancia de las santas reglas; en ella encontrarán el ejercicio continuo de las virtudes que les permitirá acumular méritos para el santo Paraíso, haciéndolas santas esposas del divino Cordero.* » Y el 9 de septiembre del mismo año expresaba el que fue casi el último deseo de su corazón:

« *Recordemos lo que dice nuestro divino Esposo: "Estote perfecti, sicut Pater vester perfectus est" (es decir: Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto). Por lo tanto, siempre adelante en las virtudes, sin saciarse jamás de lo que hacemos; nuestro progreso hacia la perfección debemos encontrarlo en la perfecta ejecución de las santas reglas, que el Señor nos ha dado como medio eficacísimo para nuestra santificación. Por tanto, dilecta hija en el Señor, sea vigilante y llena de celo a fin de que estas reglas sean ejecutadas perfectamente por sus amadas hijas.* »

Él continuó recomendando e implorando hasta el momento de su fallecimiento, puesto que « *el lecho de sus dolores* — como relata Tinti, testigo ocular — *se había convertido en una cátedra (es decir, un lugar de enseñanza solemne) de la que se aprendía la verdadera ciencia de los santos.* »

El « Directorio » de don Fantoni

El año 1861 representó un año de especial compromiso para las hermanas de la Providencia. En la espera de la ansiada aprobación papal, el fundador, como ya hemos mencionado:

« *hizo instruir con mucho cuidado a sus hijas respecto a los deberes de las religiosas, a la importancia de la profesión de los tres votos simples y a la diligente observancia de las nuevas reglas.* »

Él deseaba en efecto que las hermanas llegaran a una elección que fuera tan libre como consciente.

Confió esta tarea a don Fantoni, el cual dio a las religiosas numerosas instrucciones « *para ilustrar la excelencia y la santidad de vuestra vocación, a fin de que podáis amarla y estimarla más.* »

Se trata de enseñanzas que hizo imprimir en Monza, en la tipografía del instituto de los Paulinos. Tres fascículos fueron publicados en 1861 y dos en 1862. Al término de aquel año, los reunió en un único volumen titulado: "*Direttorio per uso della Religiosa Congregazione delle Suore della Provvidenza in Udine*" (Directorio para uso de la Religiosa Congregación de las Hermanas de la Providencia en Udine), dedicándolo a la nueva superiora general, madre Maria Teresa di Gesù Nazareno.

« *Aquel buen Dios* — escribe don Fantoni en el prefacio — *que inspiró el nacimiento de vuestra piadosa unión y que la quiso durante algunos años pequeñísima como el grano de mostaza (ref. Mateo cap. 13) y modesta como la fuente recordada en el libro de Ester (cap. 10), ¿no es acaso el que desde hace unos años y en el presente la ha hecho grande y hermosísima? Tanto que hoy, bajo la sombra de esta planta, se refugian muchas tortolitas inocentes (es decir, las hermanas) que repiten el lamento del amor, y a lo largo del curso de la fuente, ahora transformada en un río de aguas limpias, se purifican y se embellecen tantas palomas místicas (es decir, las almas consagradas)... No me queda pues* — concluye — *sino rogar a Dios a fin de que visite esta viña elegida, plantada por su mano potente y amorosa, con continuos rocíos celestiales; que la fecunde, la haga prosperar, la trasplante y la llene de flores raras y frutos preciosos, protegiéndola siempre a través de las duras adversidades de los tiempos, e incluso habite en ella como el Amado entre los lirios..* »

A diferencia del prefacio, en el cual el transporte emotivo se concede un comprensible tono retórico, don Fantoni en el cuerpo del texto utiliza un estilo sencillo, claro y preciso; en cada página se advierte el fervor de un maestro espiritual manso y alentador.

Hoy, tanto porque se resiente del período histórico en que fue escrita, como porque los ejemplares del *Directorio* se han convertido ya en una rareza para los coleccionistas (rareza bibliográfica), la obra de este santo sacerdote ya no se utiliza como manual de lectura en la congregación; no se hace mención de ella, por ejemplo, en las *Costumanze ad uso delle Suore della Provvidenza* (Costumbres para uso de las Hermanas de la Providencia). Sin embargo, podría todavía ser leída y meditada con gran provecho. En cualquier caso, sobre este texto se formaron las hermanas de las primeras décadas.

Es digno de mención cómo don Fantoni no hace nunca referencia alguna al fundador. Sin duda esto ocurrió por explícita voluntad del humildísimo padre Luigi. Este, por lo demás,

dio prueba de su humildad dejando a su « *hermano de alma* » la dirección espiritual de la pequeña comunidad en aquel delicado período de transición; probablemente prefirió mantenerse al margen también para que su fuerte personalidad no condicionara de ningún modo la libre decisión de las religiosas.

Solo en el primer fascículo don Fantoni introduce algunas alusiones a la vida y al funcionamiento del Instituto de las Abandonadas, que en un pasaje define como « *fundado y crecido casi milagrosamente.* »

Por las vías del Señor

De este modo, precisamente a partir de la tempestad que en aquellos años parecía sacudir violentamente a la Iglesia de Dios y hacía vacilar muchos corazones, la congregación de las hermanas de la Providencia emergió afianzada y fortalecida. Llena de gozo por la bendición y el deseo expresado por el Papa, y nutrida por la savia de reglas extraordinarias, no le quedaba sino caminar con valentía por las vías del Señor, obedeciendo a otra magnífica exhortación dirigida por Pío IX a las hermanas de la Provvidenza:

« *Sequimini Sponsum quocumque ierit — Seguid al Esposo a dondequiera que vaya.* »

Lo seguirán.

Capítulo 5

DESARROLLOS DE LA CONGREGACIÓN (1862-1866)

El Asilo infantil de Udine

En la oración para la inauguración de la *Casa de las Derelitte*, llevada a cabo en 1837, el doctor Zambelli había aludido al hecho de que un sacerdote presente se estaba preparando para visitar los asilos instituidos por el célebre abad Ferrante Aporti en Cremona y en otras localidades, con la intención de fundar uno también en Udine. El sacerdote a quien Zambelli hacía referencia era sin duda *don* Pietro Benedetti.

Mientras este último visitaba los asilos de Aporti, en Udine se instituía una escuela metódica para la formación de las maestras de asilo, una iniciativa sin precedentes en otras ciudades. El promotor y director fue el profesor Giovanni Codemo, en la época profesor de materias literarias en las escuelas de Udine y poco después nombrado profesor de humanidad en Padua. Codemo, « *digno discípulo* » de Aporti, fue — junto con este último y el abad De Grandis de Venecia — uno de los principales promotores de los asilos infantiles en Italia septentrional.

En la escuela de Codemo, inaugurada el 1 de marzo de 1838, se inscribieron doce jóvenes mujeres de la ciudad. Mientras Codemo impartía lecciones de pedagogía y de metodología, *don* Benedetti profundizaba la instrucción religiosa, *don* Giovanni Battista Zorzi enseñaba música y canto, y el doctor Zambelli se ocupaba de la higiene y la educación física. Más tarde, Codemo recordará con satisfacción aquella primera experiencia experimental, escribiendo tres años después:

« *Los progresos de este seminario femenino pudieron ser plenamente reconocidos y alabados durante el examen realizado en presencia de una alta comisión.* »

El asilo de Udine fue inaugurado el 6 agosto de 1838, bajo la dirección de Marianna Flaibani, coadyuvada por Anna Maria Nigg y Anna Maria Zorzutti. Tras la partida de Codemo, *don* Benedetti fue nombrado « *inspector* », mientras que Zambelli le sucedió en la formación cultural, dedicando al asilo, como si fuera una segunda familia, « *afectuosos y sabios cuidados* ».

Puesto que en sus primeros veinticinco años de vida el asilo no entró directamente en las actividades del Padre Scrosoppi, no repasaremos su historia entera, la cual es por lo demás ya conocida gracias a una consistente documentación bibliográfica [(1)]. Recordaremos solamente que su primera sede fue establecida en algunas habitaciones — hoy demolidas — del viejo hospital civil de la ciudad, situadas al lado de la fachada de la iglesia de *San*

[1] Bibl.: Relazione e proposte sull'Asilo infantile di Udine, Udine 18..., pp. 4; P. BENEDETTI, Stato della Scuola infantile di carità in Udine sul fine del I anno di sua esistenza esposto dall'ispettore, Udine 1839, pp. 46; S. PELLICO, La scuola infantile di carità - versi, Udine 1839, pp. 6; G. ZAMBELLI, Alle educatrici dell'asilo di carità per l'infanzia di Udine - allocuzione, Udine 1840, pp. 30; G. ZAMBELLI, Breve storia dell'Asilo infantile di Carità narrata da un fanciullo ai suoi compagni, Udine 1847, pp. 42; A. PICCO, Cenni storici sull'Asilo infantile di Udine dal 1838 al 1890, Udine 1890, pp. 16.

Francesco. En 1858 el instituto tuvo que mudarse y por dos años encontró hospitalidad en un edificio municipal colindante con el viejo gimnasio, en la calle que aún hoy conserva su nombre, cerca de la *plaza XX Settembre*. El 8 de junio de 1860 el asilo se trasladó a la *calle Cicogna*, en una casa alquilada por *don* Francesco Rossi. Finalmente, el 31 de diciembre de 1862, fue posible adquirir una sede definitiva — gracias a un capital reunido mediante suscripciones de acciones — en la casa Ballico en la *calle Prampero*, edificio que para la ocasión fue ampliamente reestructurado y sobre-elevado según un proyecto del arquitecto Zandigiacomo.

Inicialmente la institución, creada en beneficio de los niños pobres, había tomado el nombre de « *Asilo infantil de Caridad* », al cual, después de 1854, se le añadió la dedicatoria « *de la Inmaculada* ».

Hasta 1862, *don* Benedetti había confiado la custodia e instrucción de los niños a piadosas mujeres laicas. Sin embargo, la gestión se volvió difícil por varios motivos: el sueldo debido era superior a los escasos ingresos del asilo, las mujeres apenas podían sobrellevar el enorme sacrificio requerido por el cuidado de tan gran multitud de niños en tierna edad y, no el menor, parecería que una de las maestras había quedado implicada en movimientos secretos *antiaustriacos*. Por dichas razones, el 10 de noviembre de 1863, *don* Benedetti tuvo que invitar a las *Ancelle di Carità*, que desde hacía cerca de diez años operaban en el hospital vecino, a asumir su dirección.

Sin embargo esas hermanas, siendo de origen lombardo y no conociendo el dialecto friulano, tenían grandes dificultades para hacerse comprender por los niños, los cuales pertenecían a las clases más pobres de la ciudad. Por este motivo tuvieron que renunciar al encargo. Fue entonces cuando *don* Benedetti se dirigió para obtener ayuda a su amigo íntimo el Padre Luigi Scrosoppi, el cual le concedió gustosamente cuatro *Hermanas de la Provvidenza*.

El contrato fue formalizado el 31 de julio de 1864 y las hermanas comenzaron su servicio el 10 de agosto. La directora de entonces, Maria Felicita Lorio, asistida por su hermana, fue agregada el 1 de noviembre entre las « *terciarias* » de la congregación; poco tiempo después, sin embargo, por motivos de caridad, tuvo que regresar a la casa paterna.

Aunque el Padre Luigi había permitido a sus religiosas asumir la gestión del asilo para que la obra en la que *don* Benedetti había invertido corazón y capitales no se perdiera, la institución mantuvo su propia autonomía jurídica. *Don* Benedetti permaneció como inspector hasta la muerte, que lo sorprendió tras una breve enfermedad el 19 de noviembre de 1869.

Se apagaba así una figura sacerdotal extraordinaria, brillante por su inteligencia y producción literaria, pero sobre todo por su devoción y espíritu de servicio. En el registro de difuntos de la iglesia metropolitana es justamente descrito como un hombre « *colmado de días y de méritos, entre los cuales brillaron especialmente la caridad y la misericordia al socorrer y nutrir a los pobres, y de un modo particular a los niños necesitados, de los cuales podía con buen derecho ser considerado el segundo padre* ».

Sin embargo, a causa de su inquebrantable fidelidad a la Estructura y al Papa por un lado, y del rencoroso anticlericalismo de la época por el otro, su entierro estuvo casi desierto. *Don* Benedetti había sido por muchos años un estimadísimo profesor de religión en el

gimnasio de la ciudad. Con la ayuda de Monseñor Francesco Cernazai, había reaperturado a los estudiantes la iglesia de *Santo Spirito*, la cual había pasado bajo el control del Estado a raíz de las supresiones napoleónicas. Se puede afirmar que la mejor juventud udinesa lo había tenido durante décadas como consejero y amigo insustituible. A generaciones de niños había ofrecido una educación verdaderamente iluminada, como emerge de los profundos elementos pedagógicos presentes en sus obras. Y sin embargo, su desaparición fue anunciada por el *Giornale di Udine* con un artículo muy corto; en su entierro no estuvieron presentes autoridades, ni la multitud de aquellos a quienes había beneficiado, e incluso el clero escaseaba. Las tensiones políticas no solo empujaban a desertar el homenaje debido a tal benefactor, sino que hacían que ese mismo homenaje fuera mal visto y sospechoso.

Alguien, sin embargo, caminaba con reverencia y conmoción detrás de los restos del santo sacerdote: era el fiel doctor Zambelli, junto con los amigos inseparables el Padre Luigi y *don* Fantoni. Este último, de hecho, recogería su herencia espiritual, ocupando el cargo de inspector del asilo durante catorce años, hasta su muerte.

En un mundo demasiado a menudo malévolo y mezquino brillan a veces milagros de nobleza espiritual. Uno de ellos fue ciertamente ese grupo de espíritus selectos, unidos por un profundo sentimiento de amistad y movidos por una misma y santa pasión por el bien, cuyos nombres nos gusta repetir como en una oración de acción de gracias: Benedetti, Zambelli, Scrosoppi, Fantoni...

Udine, calle Prampero: primera sede del Asilo Infantil de Caridad

La sede de la *calle Prampero* no era ideal para el asilo, ya que carecía de los patios necesarios para el juego y la recreación de los niños. Ya en 1896 Tinti escribía:

« *Las Hermanas de la Providencia confían en el socorro divino y en la generosidad de la ciudad para poder ofrecer al número siempre creciente de niños un lugar más amplio y*

salubre, dotado de un área al aire libre para el esparcimiento de esos queridos niños, haciendo así todavía más eficaz una obra de tal valor. »

En efecto, en 1898, la superiora general Madre Cecilia Piacentini decidió trasladar el asilo a la sede actual, situada frente al colegio de la *Provvidenza*, donde en un tiempo se encontraba el Instituto de las Sordomudas y posteriormente la llamada Casa Administrativa. El proyecto de reestructuración fue encargado al piadoso y estimado ingeniero Lodovico Zoratti, mientras que las obras fueron ejecutadas por el contratista Angelo Agosti.

Una mañana de julio de 1901 los niños, reunidos en la *calle Prampero* y habiendo vestido el delantal reglamentario, fueron acompañados de dos en dos hacia la nueva sede. Guiándolos estaba la superiora Madre Silvina. Llegados a la *calle Ronchi* — hoy *calle padre Luigi Scrosoppi* — encontraron una comida especial preparada por la reverenda Madre Eustella Pedrazzoli, quien asumía en ese momento el cargo de superiora. Por la tarde, Su Excelencia Monseñor Zamburlini, arzobispo de Udine, asistido por el director Monseñor Zucco y por el confesor Monseñor Pugnetti, procedió a la solemne bendición de los locales y de la capilla.

Después de 1919, durante los primeros años de su sacerdocio, el futuro cardenal Ildebrando Antoniutti [(2)] ocupó durante algún tiempo el cargo de capellán-inspector del asilo, quien permaneció siempre ligado por un profundo afecto a esta benéfica institución.

Aún hoy, de vez en cuando, los pequeños huéspedes suben la escalinata que conduce a la iglesita de *San Gaetano* y se detienen en oración ante la tumba del Padre Luigi, a cuyo gran corazón el asilo debe su propia salvación, en el tiempo en que era el único de la ciudad y, a causa de la maldad de aquellos tiempos difíciles, parecía destinado a desaparecer.

Las florecillas de la Madre Cherubina

Y aquí nos permitimos un dulce paréntesis. Aunque fuéramos acusados de haber salido del tema, no nos arrepentiríamos en absoluto.

Deseamos dedicar algunas páginas a una hermana que trabajó durante mucho tiempo en el asilo, dejando allí un recuerdo queridísimo. Se ha escrito, de hecho:

« *Los niños se cariñaron tanto con esta hermana que, más de cuarenta años después, todavía la recordaban y regresaban al instituto para visitarla.* »

Queremos hablar de ella extensamente, puesto que la figura del Padre Luigi aparece a menudo en el relato y porque esta crónica mostrará claramente qué tipo de religiosa crecía bajo su guía, tan firme como amable.

Lucia Filomena Voncini nació en Udine, en la parroquia de *Le Grazie*, el 16 de septiembre de 1838. Perdió a su padre en 1849, quedando huérfana con numerosos hermanitos. Por

[2] Nacido en Nimis (Udine) en 1898, licenciado en teología, fue profesor de historia eclesiástica en el seminario udinés. Iniciado en el campo diplomático, fue secretario del cardenal Costantini, delegado apostólico en China, auditor de la nunciatura en Portugal, delegado apostólico en Albania donde fue consagrado arzobispo titular de Synnada; por Pío XII fue enviado a España durante la guerra civil, posteriormente fue durante 15 años delegado apostólico en Canadá. Creado cardenal, fue prefecto de la s. congregación para los religiosos. Por Pablo VI fue definido « clara figura de fiel servidor de la Iglesia ». Murió en 1974. (Cfr. il Gazzettino di Udine, 4-8-1974; Avvenire, 2 y 3 de agosto de 1974).

dicha razón, el doctor Zambelli la hizo acoger en la *Casa de las Derelitte* el 7 de abril de 1850.

Destacó fácilmente entre las huérfanas por su inteligencia, su carácter vivo y su belleza. « *Era, sin embargo, un poco vanidosa, como ella misma admitía. Le gustaban los vestidos ajustados, los zapatitos lustrosos y los tacones altos. Era de pequeña estatura, pero le gustaba causar buena impresión y lucirse.* » Pues bien: esta niña un poco vanidosa se convertirá en una hermana tan amante de la pobreza que su ejemplo quedó memorable. Cuando en 1907 regresó de Primiero, el baúl de su ajuar fue enviado a Cormons. La hermana Marcella Rotta, consejera general, « *no se contentó con admirar sola la más rigurosa pobreza que translucía de cada prenda, sino que llamó también a las novicias para que observasen y aprendiesen concretamente la santa pobreza... De un modo particular, llamaba la atención y la admiración una falda compuesta enteramente por retazos de toda calidad y color, tan gastada que no se alcanzaba a comprender cómo podía todavía llevarla puesta.* » Y sin embargo, la Madre Cherubina tenía en gran aprecio aquellos harapos, considerándolos banderas de su victoria sobre la vanidad de la juventud. « *No se crea, sin embargo, que fuera descuidada o desaseada... ¡Al contrario! Se mantuvo siempre, hasta una edad avanzada, limpia y ordenada como una palomita. Hacía de la limpieza un acto de devoción.* »

De jovencita era además bastante golosa. Un día recibió de regalo unas moneditas y pensó en comprarse unos dulces. « *¿Pero cómo hacerlo? Astuta como era, corrió a una de las ventanas que daban a la calle, esperando a que pasara alguna persona de confianza para concluir su gran negocio. Finalmente vio pasar a un conocido y comenzó a gritar en friulano: "Oilà, che cjali, che sinti, che torni indaùr!" (es decir: ¡Oiga, mire, escuche, vuelva!).* »

A fuerza de insistir, fue escuchada. « *Entonces se lanzó corriendo hacia las escaleras para alcanzar a la persona de confianza... Pero, pobre pequeña, se sintió de repente agarrada por un brazo por el Padre Luigi, que había sido espectador inadvertido de la escena: Ah, picardías, espera ahora... Que miren, que escuchen, que vuelvan... ¡Ah, picardías! Y me reprendió y me castigó de una manera apropiada — decía la Madre Cherubina — como me lo merecía, pero comportándose siempre como un buen padre.* »

El padre fundador, que había adivinado las excelentes cualidades de aquella futura hija espiritual, la tenía vigilada y, como un buen papá, la amaba tiernamente — relataba ella misma — buscando educarla en la virtud con esa pedagogía seria y dulce típica de aquellos primeros tiempos. Si sacó provecho de tal educación lo demostró más tarde, no buscando jamás manjares selectos y adaptándose a la comida más simple y pobre. Cuando, en edad avanzada, se trasladaba a Cormons para los ejercicios espirituales, pedía que para el desayuno le sirvieran un poco de polenta fría en lugar de pan.

Ella también cayó enferma de cólera en 1855 y pareció a punto de morir. La hermana Blandina Leonardelli escribía en 1932 haber oído de sus propios labios cómo:

« *siendo llamado nuestro venerable Padre para administrarle el sacramento de la unción de los enfermos, el Padre se acercó a ella y le dijo al oído: — Escucha querida, promete a la querida Virgen hacerte Hermana de la Providencia y sanarás. Ella lo hizo e inmediatamente comenzó a sentirse mejor.* »

¿Hubo tal vez, en esta singular llamada, un elemento profético y prodigioso?

De todos modos, por los registros escritos de mano del fundador, resulta que no fue admitida como aspirante a la congregación sino tres años después, el 2 de febrero de 1858; se vistió con el hábito religioso en 1861 e hizo la profesión en 1863, tomando el nombre de Maria Cherubina de la Sagrada Familia.

Comenzó como maestra en el asilo el 10 de septiembre de 1867, y de 1871 a 1882 fue su superiora. Posteriormente, durante un breve período, fue maestra suplente de las novicias. En 1884, poco después de la muerte del Padre Luigi, se convirtió en superiora en Primiero; de 1907 a 1911 ocupó de nuevo el puesto de superiora del asilo de Udine en la nueva sede.

Más tarde fue jubilada. Sin embargo, manteniéndose siempre muy activa a pesar de que sufría mucho de dolores relacionados con la artritis, hizo poner la máquina de coser en su habitación y, diciéndose a sí misma: « *¡Ánimo, Maria Cherubina!* », la hacía funcionar a todo ritmo. Murió colmada de méritos el 29 de marzo de 1925, a la edad de ochenta y seis años y medio y tras sesenta y siete años de vida religiosa.

Llegó, pues, al asilo en 1867, en el período del anticlericalismo más encendido. Las crónicas relatan que el alcalde de entonces — puesto que la comuna tenía cierta influencia en la gestión del asilo — y con él *don* Giovanni Vogrig [3], el cual más tarde abandonó el hábito sacerdotal, querían obligar a las hermanas a quitarse el hábito religioso. El Padre Luigi y sus hijas se opusieron con determinación. Y fue entonces cuando comenzaron las dificultades más graves. Siguió, de hecho, una infestación diabólica que duró tres años. La biografía de la Madre Cherubina describe detalladamente una serie de fenómenos verdaderamente extraordinarios. Se lee allí, entre otras cosas:

« *Fue él, el maldito diablo, quien prendió fuego a la capilla. Las llamas quemaron por completo el altar de madera. Pero el cuadro de altar — un lienzo de valor que representaba a la Virgen como "Mater Amabilis" de medio cuerpo —* [4] *no se quemó ni sufrió daño alguno; no se cayó, a pesar de que el marco que lo sostenía quedó quemado. Permaneció como suspendido en el aire, para consuelo de las hermanas por el milagro ocurrido y al ver a salvo a su querida Virgencita a la que tanto amaban. Finalmente — continúa la biografía — tras tres años de sufrimientos, el sacerdote don Pietro Serravalle realizó los exorcismos y expulsó al demonio, que desde ese momento no se hizo ver ni oír más.* »

Considerando que el arzobispo monseñor Casasola permitió a *don* Serravalle, su estrecho colaborador, realizar los exorcismos; que se esperó tres años antes de otorgar dicha autorización; que en la época no se estaba en absoluto inclinado a permitir semejantes prácticas, especialmente en un clima de burla hacia lo que se llamaba supersticiones

[3] Nacido en Clastra (Udine) en 1818, tras varias tareas fue profesor en el gimnasio-liceo de Udine, puesto reconfirmado por el gobierno italiano en 1866. La cuestión político-nacional, y en particular la temporalista, aunque de estas fue un acérrimo propugnador, tuvieron una importancia secundaria en comparación con su rebelión religiosa. Suspendido a divinis, no se sometió y se declaró independiente. En 1874 comenzó la publicación del periódico reformista-protestante L'Esaminatore Friulano; intentó la fundación de una iglesia friulana separada. Con otro sacerdote apóstata entabló demandas, dirigidas bajo diferente forma contra el arzobispo A. Casasola, a cuya muerte suprimió su semanario; pareció entonces posible un arrepentimiento, lo cual no sucedió. Murió en 1904. (Ver G. COPOLUTTI, o.c., págs. 95-102).

[4] El lienzo se conserva en la escuela infantil Dell'Immacolata (antiguo Asilo Infantil de Caridad) de Udine.

religiosas; y visto que, efectivamente, tras los exorcismos todo fenómeno inquietante cesó, debe admitirse que la presunta infestación diabólica tenía algún fundamento.

Por lo demás, para no creer en la existencia de los demonios habría que despreciar demasiado a los hombres, atribuyendo exclusivamente a la especie humana toda esa inmensa carga de perversidad, atrocidad y locura que envenena la historia del mundo. Es, en cambio, casi consolador pensar que los monstruosos misterios del mal encuentren en parte explicación en una potencia externa al hombre y más malvada que él. Pero si alguien prefiere creer que la maldad diabólica reside enteramente en el ser humano, que haga como crea.

La hermana Cherubina poseía una sencillez encantadora, unida a una inmensa bondad y mansedumbre. Se habían dado cuenta también los vivos niños del asilo, que se aprovechaban de ello para hacerle travesuras, sin lograr sin embargo jamás hacerle perder la paciencia. Demostró esta sencillez suya en muchísimas ocasiones. Por ejemplo en esta.

Como narra todavía su biografía:

« *En el asilo de Udine, cuando celebraban los seis domingos dedicados a San Luis, exponían sobre el altar una imagen del santo recortada de un viejo calendario de cartón. La pobreza de la casa no permitía nada mejor. Pues bien, un domingo un vientecillo poco respetuoso hizo caer al pobre San Luis. Las hermanas presentes, que rezaban con los ojos bajos, no se dieron cuenta; oyeron sin embargo la exclamación de su madre superiora: "Ah, puar frut, al è colat!" (es decir: ¡Ah, pobre pequeño, se ha caído!). Una vez salieron de la capilla, la hermana Cherubina las llamó a su lado diciendo con sincera humildad: — Cuando esté muerta, cuéntenle a todos lo que dije en la capilla, para que se rían y estén alegres a mi costa y conozcan mi tonta torpeza.* »

He aquí quién era la hermana Cherubina: y nosotros hemos querido cumplir su deseo.

Los *Apuntes biográficos* concluyen su perfil con estas palabras:

« *Esta querida viejecita nuestra... nos fue siempre de ejemplo: fervorosa, humilde, amable y servicial. Con su agradable sencillez nos fue siempre de alivio y consuelo. Dichosas nuestras primeras madres que tuvieron la gracia de conocer y tratar a nuestro venerado padre fundador, alimentándose así de aquella sencillez, caridad, humildad y pobreza que él mismo vivía.* »

Monseñor Giovanni Maria Teloni

Hacia los años 1860-62, el Padre Luigi hizo el conocimiento del canónigo barón monseñor Giovanni Maria Teloni: entre los dos nació, desde ese mismo momento, una profunda y santa amistad que se mantuvo firme hasta la desaparición del fundador.

El Teloni fue un misionero apostólico de clara fama, cuya figura caracterizó toda la segunda mitad del siglo XIX gracias a una incansable obra de predicación desarrollada en Italia septentrional y central, en el Trentino y en Istria, acompañada por la publicación de

numerosos opúsculos ascéticos (breves tratados dedicados a la vida espiritual y a la perfección cristiana) [5].

Él predicó también en Udine y dirigió ciertamente algunos cursos de ejercicios espirituales para las Hermanas de la Providencia. De dicha experiencia maduró una estima tan profunda por el Padre Luigi y por sus religiosas, que posteriormente recomendó el establecimiento de aquellas hermanas casi adondequiera que se dirigiera a predicar.

Se debe precisamente a su influencia si, en 1863, se iniciaron las negociaciones para abrir una casa de ellas en Venzone y, en 1865, otra en Castellavazzo, aunque ambos proyectos no encontraron luego realización. Fue siempre gracias a él que se dieron los primeros pasos para la apertura de la casa de Primiero en 1866 y de la de Rovigno d'Istria en 1882.

Las dos obras no realizadas en Venzone y en Castellavazzo

Venzone es una fortaleza medieval característica, aunque de orígenes romanos, situada en una posición estratégica de control entre la desembocadura de los Alpes Cárnicos y el comienzo de la llanura friulana. Conserva todavía en gran parte su cinturón de murallas dotado de torres, a lo largo de cuyo lado occidental corre la carretera nacional « *Pontebbana* » que desde el Friuli asciende hacia Austria; la pequeña ciudad es bastante conocida por las famosas « *momias naturales* » conservadas en un museo apropiado [6].

En la época de que tratamos, diversas causas hacían que la situación civil y religiosa del lugar fuera bastante turbulenta. Precisamente en el intento de devolver allí un clima de serenidad, se anunció una misión predicada por Monseñor Teloni. Esta iniciativa, comenzada el Miércoles de Ceniza, 18 de febrero de 1863, tuvo un desarrollo positivo y concluyó con el establecimiento de una cofradía del Sagrado Corazón de Jesús destinada exclusivamente a la juventud femenina; dicha asociación fue sancionada por un documento oficial de Pío IX el 3 de marzo de ese año.

El buen monseñor, aprovechando las numerosas manifestaciones de afecto recibidas de la población, dirigió un llamamiento a los representantes de la comuna, en el cual sugería dos instrumentos para obtener el renacimiento espiritual deseado: la apertura de una casa de las Hermanas de la Providencia — que se ocuparan de una escuela gratuita para las niñas pobres, de la enseñanza de la doctrina cristiana los domingos y durante la cuaresma, de un oratorio festivo femenino y de la dirección de la cofradía del Sagrado Corazón, asistidas

---

5 La Civiltà Cattolica del 27 de abril de 1878 (en la pág. 317) volviendo sobre el apostolado de la palabra y de la pluma de monseñor Teloni, enunciaba el título general de sus opúsculos: Recuerdos y exhortaciones para preservar el fruto de las santas misiones y vivir dichosamente, explicando que cada vez que alguien ostenta un título especial; están dirigidos a personas de cada edad y categoría. Recordaba también que estos escritos fueron alabados por Pío IX. Posteriormente fueron alabados por León XIII. (Cfr. la carta del arzobispo de Udine, monseñor A. Casasola del 24-4-1882, colocada en el prefacio al opúsculo de Teloni, publicado en Udine en 1882, el arte de disfrutar siempre de tu trabajo...., págs. 262). A lo largo de los años 1874-1893 el Teloni publicó al menos una cincuentena de tales opúsculos. Citamos algunos relatados en las varias anualidades de la citada revista: Cree en Dios; cree en la Santa Iglesia; escucha la palabra divina; ama a tu prójimo como a ti mismo; santifica la fiesta; invitación a la comunión frecuente. Treinta y cuatro dificultades y soluciones; para esposos y esposas; para madres y maestros; para clérigos que aspiran al sacerdocio. Muy útiles amonestaciones; la pequeña biblioteca del soldado (12 folletos); huye de la deshonestidad; etc.

6 Hasta el terremoto de 1976 estas momias se encontraban en la « Rotonda delle Mummie », el antiguo baptisterio; actualmente están colocadas en una estructura protectora especial (box).

por una vicepresidenta laica — y la contratación de un sacerdote que colaborara con el anciano párroco, *don* Tusini. Ambas propuestas fueron acogidas.

El mismo Monseñor Teloni se había entonces dirigido a toda prisa a Udine para suplicar al Padre Luigi a fin de que, por el amor de San José y de las almas de ese pueblo, enviara a las hermanas haciéndose enteramente cargo de los gastos, tanto para el mobiliario de la casa como para el mantenimiento de las religiosas; él pedía que el pueblo se limitara a proporcionar los locales y el huerto anexo, siendo la comunidad totalmente incapaz de establecer fondos o compensaciones. El Padre Luigi accedió. Este gesto representa una prueba luminosa de la generosidad del fundador y de la influencia que Teloni ejercía sobre él. Teloni, por lo demás, sabía bien cómo tocar las cuerdas correctas rogando « *por el amor de San José* »: el Padre Luigi no habría podido negar nada a nadie que le implorara en nombre de aquel a quien le gustaba llamar « *el papá* ».

Monseñor Teloni escribió posteriormente desde Gemona, el viernes 13 de marzo, invitando al Padre a dirigirse a esa localidad « *para machacar el hierro mientras está caliente y para gozar yo también de su venida a Gemona, debiendo trasladarme el martes para las otras misiones* ».

No tenemos confirmación de si el Padre Luigi se dirigió efectivamente allí. Sin embargo, las negociaciones continuaron de manera favorable, puesto que el 9 de mayo la administración municipal de Venzone invitó al Padre a presentar un plan o un proyecto de institución del cual se pudieran deducir con precisión los derechos y deberes a asumirse recíprocamente. El Padre envió dicho plan el 20 de mayo. La misma administración, en una carta enviada a la curia de Udine el 5 de junio, alude a la futura escuela femenina bajo la dirección de las Hermanas de la Providencia, surgida posteriormente, según se dice, de una muy generosa ofrenda de su benemérito fundador.

Los motivos que posteriormente llevaron al fracaso de las negociaciones siguen siendo desconocidos, el cual no dependió ciertamente del Padre Scrosoppi, quien había propuesto condiciones de una generosidad incluso excepcional. Quizá la razón deba buscarse en la tensión cada vez más creciente y confusa en el interior del pueblo. El 23 de junio había llegado al lugar, enviado por la curia, un sacerdote colaborador con funciones de maestro para ayudar al párroco. Este, sin embargo, permaneció solo un año; casi simultáneamente con su partida, el párroco mismo, *don* Tusini, el 2 de abril de 1864, se vio obligado a dar su dimisión.

Toda la aventura de Venzone tuvo como único resultado el de hacer entrar en la congregación de las Hermanas de la Providencia, en ese período y algunos años más tarde, a dos jóvenes mujeres provenientes de ese lugar.

Igualmente infructuosas, aunque más complejas, fueron las negociaciones para abrir una casa en Castellavazzo, en la diócesis de Belluno.

Castellavazzo es un gran centro habitado situado a cerca de una milla de Longarone. En la terrible catástrofe de 1963, cuando una porción del monte Toc se desplomó en el lago artificial del Vajont y la onda de choque destruyó gran parte de Longarone, también Castellavazzo, situado más arriba, sufrió daños considerables.

Desde 1846 la tarea de las almas estaba confiada a *don* Girolamo Barpi. Él había establecido, en una casa de su propiedad, un pequeño núcleo religioso femenino compuesto por cuatro piadosas mujeres, quienes gestionaban una escuela gratuita para las niñas, enseñaban la doctrina cristiana los días de fiesta y visitaban a los enfermos a domicilio.

Sin embargo, a principios de 1865, la obra atravesaba un momento de dificultad. En ese período Monseñor Teloni se encontraba en esas regiones, quien escribió al Padre Luigi el 9 de mayo: « *Me parece, si no me equivoco, que la Virgen me ha conducido entre las montañas del Cadore para preparar allí una fundación de las hijas de la Providencia* ». A la carta adjuntaba un mensaje de *don* Barpi, en el cual este último ofrecía la propiedad de la casa e indicaba qué muebles y provisiones podría proporcionar a la filial deseada de las Hermanas de la Providencia.

El fundador se dirigió a Castellavazzo junto con *don* Fantoni y decidió aceptar la propuesta. Más bien, se acordaron inmediatamente algunas obras de renovación a fin de que el edificio fuera más apropiado para alojar a una comunidad religiosa.

Habiendo obtenido el 22 de junio la aprobación entusiasta del Obispo de Belluno y Feltre, Monseñor Giovanni Renier, y habiendo superado alguna nueva dificultad gracias a un viaje adicional del Padre a principios de agosto, el 25 de octubre de 1865 se firmó el contrato con el cual *don* Barpi vendía a la piadosa *Casa de las Derelitte* de Udine una casa con huerto situada en Castellavazzo. Simultáneamente, el Padre Scrosoppi le entregaba una declaración privada con la cual se comprometía a restituir la casa gratuitamente al párroco en funciones en el momento, si, por cualquier razón, la institución no hubiera sido efectivamente abierta o hubiera sido cerrada.

Todo parecía ya listo cuando la guerra de 1866 estalló. Con la unión del Véneto al Reino de Italia, se presentó el grave problema de establecer si la *Casa de las Derelitte* debía considerarse sujeta a las leyes sobre las congregaciones religiosas de 1855 y 1862.

Tanto *don* Barpi como el Padre buscaron todos los medios posibles para superar o sortear tales obstáculos. El Padre Luigi se encontraba precisamente en Castellavazzo para este propósito cuando recibió la noticia de que la iglesia de *Santa Maria Maddalena* había sido definitivamente confiscada por el Estado. Regresó por tanto a toda prisa a Udine, haciendo notar a *don* Barpi que, en esa situación, era imposible pensar en nuevas fundaciones. En efecto, en el septiembre siguiente, se estipuló un nuevo contrato con el cual la *Casa de las Derelitte* revendía a *don* Barpi lo que había anteriormente comprado.

De las cuatro mujeres devotas de Castellavazzo, dos entraron entre las Hermanas de la Provvidenza con la calificación de terciarias. Las relaciones entre el Padre Luigi y *don* Barpi, nombrado posteriormente monseñor, permanecieron siempre muy cordiales, tanto que este último encomendó poco después a una sobrina suya a las hermanas como pensionista, primero en Udine y luego en Cormons. La joven misma se convirtió posteriormente en hermana; sin embargo, dos años después de su profesión, dejó la vida religiosa para regresar a la vida civil, manteniendo sin embargo una muy tierna devoción filial hacia el Padre Luigi, como lo testimonian algunas cartas a él dirigidas [(7)].

[7] Anna Monticolo de Agordo (Belluno), nacida el 19-8-1858, hizo la profesión el 24-9-1880 con el nombre de Hermana Maria Faustina y salió de la congregación el 3-8-1882. Antes de su salida, el fundador la recomendaba como huérfana a

El fundador abre una casa en Primiero

Si monseñor Teloni amaba firmar « *pecador* », *don* Giuseppe Sartori, párroco de Primiero, a veces firmaba como « *pobre cura* », pero más a menudo añadía espiritualmente la sigla para nada misteriosa « *g.g.g.* ». Esta no era en absoluto enigmática porque él mismo proporcionó su explicación en una carta enviada al Padre Luigi el 10 de noviembre de 1865, anunciando su llegada a Udine, según escribió él mismo:

« *Cuando veáis a un cura grande, grueso y graso, decid bien: este es el decano de Primiero.* »

Primiero es una célebre estación turística del Trentino, situada a unos quince kilómetros de la aún más renombrada San Martino di Castrozza. Posicionado a la derecha del torrente Cismon, el pueblo surge en un risueño valle, cerrado al norte por las famosas Pale Dolomitiche de San Martino y al sur por los montes feltrini.

En el otoño de 1865, monseñor Teloni se había dirigido a esa localidad para predicar una misión (es decir, un período de predicación y oración intensiva). Fue él quien sugirió a *don* Sartori llamar a las Hermanas de la Providencia para dar nueva vida a un pequeño y sufriente hospital comunal, del cual el decano era entonces presidente. *Don* Sartori escribió inmediatamente, el 18 de octubre, a la dirección de las hermanas y su solicitud fue acogida. El 25 de octubre, la Superiora General Madre Teresa Fabris escribió al Obispo de Trento para pedirle su consentimiento y bendición. El Obispo concedió su visto bueno el 29 del mismo mes, invitando sin embargo al párroco de Primiero — de conformidad con el artículo 18 del concordato entre la Santa Sede y el gobierno austriaco — a presentar una copia de tres documentos: la autorización pontificia de las hermanas, la aprobación de las mismas por parte del Emperador de Austria, y el acuerdo entre la administración del hospital y la superiora de la congregación de la Providencia.

La primera autorización ya estaba disponible. Para obtener la segunda se iniciaron inmediatamente los trámites, valiéndose de la ayuda de un primo de *don* Sartori, que ocupaba el cargo de consejero ante la oficina del lugarteniente (la máxima autoridad civil) para el Tirol en Innsbruck. El 15 de noviembre, el decano de Primiero bajó a Udine donde, al día siguiente, se redactó un borrador de acuerdo, firmado por él, por el Padre Scrosoppi y por la superiora, y enseguida ratificado por el arzobispo monseñor Casasola.

Llegar a Primiero partiendo de Udine era en la época todo menos simple o cómodo: se requerían casi tres días de viaje. Era necesario tomar el tren hacia Treviso y pasar allí la noche. Al mañana siguiente se partía con la diligencia postal hacia Feltre y de allí con el « *veloce* » (es decir, un carruaje más rápido para el transporte de viajeros) hasta Fonzaso, donde era necesaria otra parada nocturna. En ese lugar se buscaba al « *pedone* », a saber, el guía de montaña que acompañaría a los viajeros a pie o a lomo de asno por los senderos de montaña.

Para el viaje de regreso, *don* Sartori tuvo como compañero a *don* Fantoni, encargado por el Padre de verificar que todo estuviera dispuesto de la mejor de las maneras para la llegada de las religiosas. El bueno y simple *don* Fantoni quedó tan impresionado por la jovial hospitalidad del decano, por el espectáculo maravilloso de la naturaleza alpina, y por el

una familia de parientes que la acogió cordialmente hasta que hubiera encontrado una honesta ocupación. De la ex-hermana se conservan tres cartas dirigidas al Padre Luigi. (A.L.S., fasc. 33, documentos 122-124).

canto de un ruiseñor que *don* Sartori criaba en una jaula, que regresó a Udine proporcionando las más amplias seguridades. A estas, sin embargo, la realidad de los hechos no correspondió, tanto que posteriormente el Padre Luigi quiso siempre verificar en persona las sucesivas fundaciones en el Trentino; él solía decir, en efecto, refiriéndose precisamente a Primiero, que « *el gato no se mete dos veces en el saco* » (es decir, que uno no debe dejarse engañar dos veces por el mismo error).

De todos modos, el 3 de febrero de 1866 cuatro hermanas, acompañadas por la Vicaria General Hermana Strazzolini, partieron hacia el nuevo destino, confortadas por los deseos de sus hermanas y por la solemne bendición del padre fundador, según había escrito *don* Sartori:

« *En Fonzaso os esperaré yo con una caravana de asnos* » (es decir, una referencia irónica al viaje bíblico de María y José hacia Egipto).

El estupor sentido por esas hermanas fue del todo natural, como escribe el Tinti:

« *la maravilla surgida en esas hermanas, jamás acostumbradas a semejantes viajes ni a las fuertes emociones de los alpinistas, al ver el sendero escarpado que debían remontar y al tener que montar a caballo por primera vez. Superada en parte la renuencia hacia esa manera de viajar, unas se sentaron en las ancas de los caballos, otras en los modestos asnos y luego, entre risas inocentes, se pusieron en camino por la subida pedregosa y casi impracticable, caracterizada por continuos desniveles y siempre situada en el borde de un profundo y oscuro barranco, guiadas sin embargo con seguridad por los expertos guías montañeses. En ciertos tramos más peligrosos tuvieron que desmontar y proceder a pie, trepando entre ramas secas y matorrales, hasta que, por la gracia de Dios, alcanzaron la frontera austriaca.*

Desde allí continuaron el viaje en pequeños carruajes y, cruzando esos pueblos, especialmente en Imer y Mezzano, el paso de las hermanas fue festejado con el sonido de campanas, el estallido de petardos (mortaretti) y otras manifestaciones de alegría, puesto que era la primera vez que esos sencillos y buenos montañeses veían a hermanas de caridad. Gracias a estos signos de júbilo y más aún gracias a arcos de triunfo e inscripciones celebrativas (epigrafi), fueron acogidas en Primiero, lo que sirvió para aliviar los no pocos contratiempos sufridos por las religiosas durante ese fatigoso viaje. »

Llegaron a Primiero la tarde del 6 de febrero. Al día siguiente, como narra la "*Voce Cattolica di Trent"o* del 27 de febrero:

« *fueron conducidas en procesión desde la iglesia parroquial hasta el hospital, donde, terminada la ceremonia de la bendición de la capilla provisional y habiendo escuchado durante la santa misa algunas palabras de consuelo improvisadas por el reverendo decano en la emoción de su corazón conmovido, permanecieron en ese lugar para ofrecer también a nuestros ojos el espectáculo admirable de ese sacrificio que solo puede ser comprendido por quien, en las llagas del pobre, vea las de Jesucristo.* »

El Tinti añade más detalles:

« *Sin embargo, el estado moral y económico de aquel hospital era realmente miserable: en aquel tiempo contaba solo con cuatro o cinco enfermos encomendados a los cuidados de un pobre hombre que, según lo informado, dejaba a los enfermos en un estado de abandono, tanto que morían sin la debida asistencia, con gran dolor de aquel digno*

decano. De ahí derivaba el escaso número de hospitalizados, a causa del comprensible asco surgido en los lugareños ante la idea de acudir a aquel lugar gestionado tan mal. Las hermanas encontraron además el hospicio privado de las cosas más indispensables, tanto para los enfermos como para ellas mismas.

En las primeras noches fueron alojadas en otra parte, ya que no estaban listos ni los "paglericci" (jergones de paja) ni los muebles; durante el día, mientras se empeñaban en organizar el hospital, buscaban adaptarse como mejor podían, contentándose con comer usando las propias rodillas como mesa.

Aquellas valientes hijas de la Providencia no se desanimaron en absoluto, puesto que el Padre Luigi las había entrenado bien en toda clase de privaciones y en la verdadera penitencia religiosa, tanto que estas almas devotas permanecían siempre alegres y contentas aun en medio de tanta pobreza. Con la ayuda de personas devotas y generosas del pueblo, prepararon en pocos días jergones, colchones, sábanas y mantas, limitándose sin embargo a lo estrictamente necesario. »

Sin embargo, el ambiente del hospital era muy inadecuado y casi deprimente; ni el consejo de los jefes de las comunas del distrito se mostraba generoso en proporcionar a las hermanas lo necesario. Por fortuna, la Vicaria General, interpretando fielmente el generoso espíritu del padre fundador, intervino personalmente, utilizando aquellos recursos económicos de los que el previsor Padre Luigi la había dotado para toda necesidad.

El Tinti prosigue en el relato:

« *A pesar de todo, las hermanas, felices de tener a Jesús presente en el sacramento de su casa, no la habrían cambiado por un palacio real, y crecían de día en día en la fuerza del espíritu, tanto para reorganizar el hospital de la manera debida como para lograr educar e instruir las mentes sencillas de tantas niñas.*

Y el Señor Dios escuchó benévolamente los deseos de aquellas queridas esposas suyas, tanto que dos meses después, habiéndose unido a ellas otras hermanas maestras acompañadas por el sacerdote Francesco Fantoni, el fiel amigo del Padre Luigi, pudieron abrir la escuela con la plena aprobación de las autoridades escolares y de la devota población. El hospital fue luego organizado y mejorado gracias a sus cuidados maternos, tanto que hoy — en 1896 — acoge como promedio a sesenta o más enfermos. De la misma manera, las hermanas establecieron en Primiero un oratorio festivo para niñas, que aún hoy es muy frecuentado y muy sólido. »

El fundador seguía desde lejos, con la oración y con la solicitud más paternal, a aquella pequeña familia suya trasplantada entre las montañas. Ni un mes después de la partida, pedía a *don* Sartori noticias sobre ellas. El decano respondía el 8 de marzo de 1866:

« *¿Queréis saber de mí cómo he acogido a las hermanas?... Os diré que lamento no ser un taumaturgo o un gran señor para no poder preparar inmediatamente todo lo que pueda hacer a las hermanas menos amarga la primera estancia en Primiero. Os diré finalmente que el hospital ha cambiado de aspecto y empieza a parecer un lugar sagrado; que los enfermos y las enfermas están convencidos de ello, y de la gente ni hablemos; solo a la administración los gastos que se han tenido que afrontar por primera vez no le habrán caído fácilmente, pero que sin embargo se han hecho, en cuanto lo permite nuestra*

situación de montaña. Por lo demás, su comportamiento es ejemplar, y ya esto por sí solo tiene un gran valor para el crecimiento espiritual común: no sabría desear más. »

La Madre Strazzolini permaneció en Primiero por un período considerable, hasta que vio a la comunidad bien organizada; luego dejó como superiora a la Hermana Gioseffa Luigia Visentini, entonces de treinta y cuatro años, que había sido una de las primeras hermanas enviadas al hospital de Portogruaro.

Poco después de su llegada a Primiero, las hermanas tuvieron la ocasión de demostrar el heroico espíritu de dedicación transmitido por el Padre Luigi, mostrándose dignas rivales de las hermanas más antiguas que se habían entregado durante los días sangrientos de 1848 y la epidemia de cólera de 1833. Se difundió, en efecto, una violenta epidemia de viruela y las hermanas se dedicaron incansablemente a la asistencia de los contagiados. La superiora Hermana Visentini dio el ejemplo a todas, pero ella misma fue alcanzada por la enfermedad, que la llevó al borde de la muerte.

Logró curar, pero desde aquel momento su carácter cambió profundamente. Había sido siempre de salud delicada, puesto que *don* Serravalle, en su carta al Padre desde Portogruaro en 1857, la había mencionado la primera entre las religiosas agotadas por el cansancio: el rostro pálido y flaco y la tos persistente indicaban un principio de tuberculosis, aunque ella hacía de todo por ocultarlo. Posteriormente se había recuperado.

Sin embargo, las secuelas de la viruela le dejaron una cierta dureza de modales y la tendencia a sospechar y a interpretar mal cada cosa. De esta actitud sufrió las consecuencias una pobre hermana conversa, Hermana Crocifissa, quien ese mismo año fue incluso apartada de la congregación; fue readmitida allí más tarde, cuando su inocencia apareció clara.

De ello tuvo que sufrir no poco también la futura Superiora General, Hermana Cecilia Piacentini, quien llegó a Primiero como maestra en el otoño de 1867. Su biografía relata detalladamente las dificultades vividas durante los tres años de permanencia en aquel lugar. El fundador mismo, basándose en las informaciones proporcionadas por Visentini, puso a dura prueba la virtud de aquella que más tarde sería considerada la cofundadora de la congregación. Sin embargo, el Padre Luigi cambió de idea, gracias también a la intervención de *don* Fantoni, y le escribió una carta con amor materno, prometiéndole que pronto la trasladaría a otra casa a fin de que encontrara alivio a sus largos sufrimientos morales y físicos. La trasladó, en efecto, a la nueva casa de Tesero el 20 de septiembre de 1870.

En ambos casos, el Padre Luigi proporcionó un ejemplo notable de la humildad y la sabiduría necesarias a un superior. Fiel a la disciplina, en un primer momento actuó con firmeza hacia aquellas hijas espirituales suyas; pero más tarde fue capaz de reconocer el error de evaluación y les devolvió la más plena y consoladora confianza.

Tal ejemplo es aún más admirable si se considera que mantuvo una alta estima por Visentini, quien, por muchas razones, la merecía. Ella alimentaba un gran amor por la congregación y por la casa madre. Sin embargo, se excedía en un celo no equilibrado y en una excesiva meticulosidad, tanto que el fundador tuvo que llamarle la atención varias veces. Las cartas enviadas por el Padre a ella — Visentini es la persona que ha conservado el mayor número de ellas — son verdaderas pequeñas obras maestras de bondad, firmeza

y sabios consejos espirituales sobre cómo gobernar con serenidad, a través de los cuales el Padre buscaba moderar y dulcificar a aquella superiora geográficamente lejana.

Esta última, entre sus varios méritos, tuvo también el de atraer a la congregación numerosas vocaciones, que introdujeron un importante grupo de hermanas de Trento dentro de la agrupación compuesta en gran parte por friulanas. Visentini permaneció como superiora en Primiero hasta la primavera de 1881; fue luego llamada a la casa de Udine, donde murió en 1886 a la edad de cincuenta y tres años, concluyendo su existencia en un clima de tranquilidad y paz.

Una nueva casa en Cormons

Dos semanas antes con respecto a la apertura de Primiero, las Hermanas de la Providencia habían inaugurado una nueva casa en Cormons. En este relato no hemos respetado rigurosamente el orden cronológico puesto que esta nueva institución no debió su origen a la iniciativa de Monseñor Teloni, sino probablemente a la obra del jesuita Padre Antonio Banchich, proveniente de la Esclavonia friulana (la región del Friuli oriental habitada por poblaciones de lengua eslovena), el cual estaba entonces negociando con el Padre Scrosoppi para abrir una residencia de la Compañía de Jesús en la casa de los Filippini en Udine.

Cormons es una pequeña ciudad del Friuli oriental, situada a veintidós kilómetros al este de Udine, a lo largo del camino que conduce a Gorizia; surge recostada en la vertiente meridional del monte Subìda, en cuya cumbre corre hoy la frontera entre Italia y Eslovenia (en la época de la redacción del biógrafo, Yugoslavia).

En esa ciudad, la noble de Cormons Orsola de Grotta [8] había fundado en 1714 una congregación religiosa denominada de las « *Hermanas de la Caridad de la Doctrina Cristiana* », edificando para ellas un convento apropiado. Al lado de este edificio, entre 1774 y 1778, se había construido una iglesia dedicada a Santa Catalina de Siena.

La iglesia y el convento habían sido confiscados cuando el Reino Itálico de Napoleón se había extendido a las Provincias Ilirias y, por consecuencia, habían sido vendidos en subasta. El convento se había convertido en propiedad de la familia Stua, mientras que la iglesia había sido adquirida por el noble de Cattanini, el cual pretendía donarla a la comuna. Esta última, sin embargo, ni entonces ni posteriormente quiso hacerse cargo de las condiciones puestas por el donante, tanto que en 1863 la iglesia había caído en un penoso estado de abandono; esto ocurría a pesar de que allí fuera venerada una estatuita prodigiosa

[8] Bibl.: Istituto delle sorelle della Dottrina Cristiana: fascicolo di lettere e documenti vari (A.C.A.U.); SIMONETTI G.I., Commemorazione di suor Orsola de Grotta (1691-1747), Cormons 1956, pp. 19; ROSSI GIUSEPPE, Orsola de Grotta e l'istituto della Dottrina Cristiana in Cormons - Memoria storica, ms., fascicoli 6, cc.n.n. (Arch. ex casa generalizia, suore d. Provvidenza, Cormons); ROSSI GIUSEPPE, Maria Santissima venerata in Cormons nella chiesa di santa Caterina - memoria storica, Padova 1822, pp. 106 - II edizione pp. 81 con Cenni sull'istituto delle consorelle della Dottrina Cristiana, pp. 83-207, con Appendice pp. 208-224, Cormons 1931; La solenne incoronazione di Maria ss. Rosa Mistica, in supplemento al n. 9 del periodico La voce di Maria ss. Rosa Mistica, 1931. (Arch. ex casa gen. suore d. Provv., Cormons).

de la Virgen, llamada « *Rosa Mística* », que se decía que había sudado en la mano derecha entre mediados de enero y los primeros días de febrero de 1837.

Cormons (GO). Iglesia de s. Catalina de Siena, actualmente santuario de la Rosa Mística

Parecía que el cielo mismo llamaba en ese lugar a las Hermanas de la Providencia: en el cuadro del altar mayor, al lado de la titular Santa Catalina, estaban en efecto representados San José y San Cayetano de Thiene, los dos patronos principales de su congregación, y en las imágenes y medallas de la Rosa Mística la Virgen era invocada como « *Mater providentiae* » (Madre de la Providencia).

Las negociaciones entre el párroco-decano de Cormons, *don* Antonio Marocco, y el Padre Luigi tuvieron un desarrollo rápido y positivo, tanto que el 21 de diciembre de 1864 el decano pudo pedir al Arzobispo de Gorizia, Monseñor Andrea Gollmayer, el consentimiento para llamar a las Hermanas de la Providencia. Sin embargo, solo el 10 de julio de 1865 se logró firmar el contrato, con el cual los esposos Antonio Stua y Anna Maghet vendían por seis mil florines la mayor parte del antiguo convento a la *Casa de las Derelitte*, representada por el Padre Luigi y por la Superiora Madre Teresa Fabris. Estos últimos se comprometían a establecer en esos locales « *una sección o casa filial con cuatro o cinco Hermanas de la Providencia maestras, que se ocupen de la instrucción y de la educación de las niñas pobres de Cormons y de los pueblos limítrofes* ».

A la compra había contribuido con una generosa ofrenda la baronesa Ernesta Locatelli, nacida condesa Strassoldo. Tres años después, precisamente el 20 de abril de 1868, ante el temor de que la *Casa de las Derelitte* fuera suprimida por el gobierno italiano y que sus bienes fueran objeto de confiscación o disputas legales, la casa misma — declarándose imposibilitada para pagar la deuda restante hacia la familia Stua — revendió el antiguo convento al Padre Luigi Scrosoppi.

Una vez firmado el contrato, se dio inicio de inmediato a las obras de renovación a fin de que los locales fueran apropiados para alojar a la nueva comunidad religiosa. Los acontecimientos, sin embargo, no procedieron en absoluto sin obstáculos.

Aunque una gran parte de la población de Cormons estaba feliz por la llegada de las hermanas, había también quienes se oponían, a causa de la aversión hacia las instituciones religiosas nutrida por el partido liberal de la época, el cual en Cormons ejercía una fuerte influencia. De dicha hostilidad la prensa laica de la zona se hizo portavoz, a la cual el Padre Luigi no podía resultar grato ya que era considerado como « *papista y reaccionario* » según el lenguaje polémico de aquel tiempo.

don Marocco habría además deseado que el instituto de las hermanas integrara en su seno la escuela municipal femenina. La comuna, sin embargo, no consintió. Esta divergencia de pareceres causó durante muchos años problemas y tensiones; al final las hermanas tuvieron que resignarse a ver su propia escuela considerada como una simple escuela « *privada y popular* ».

A estos motivos se añadían los cotilleos habituales, alimentados por rivalidades entre diferentes regiones, respecto a la fiabilidad de aquellas « *pobres hermanas de Udine* ». El 8 de agosto *don* Marocco pidió una declaración oficial al Arzobispo de Udine « *ut obstruatur os loquentium iniqua* » (es decir, a fin de que sea cerrada la boca de quienes pronuncian iniquidades) en aquellos años tan turbulentos. Monseñor Casasola emitió el documento el 16 de agosto con estas palabras:

« *Conociendo por experiencia personal y de otros el gran beneficio que deriva al pueblo fiel de su obra inteligente y amorosa en los diferentes ejercicios de caridad a los que se dedican por vocación, y especialmente en la educación de las niñas, le felicitamos a usted y a la estimable población de Cormons, que de tal manera ven asegurada para las nuevas generaciones la ventaja de una sólida educación cristiana y civil.* »

Por fortuna, el 27 de septiembre llegó la noticia de que Fernando y Marianna de Austria habían concedido un subsidio de quinientos florines en favor de las Hermanas de la Providencia de Cormons; dicha ayuda fue obtenida gracias al interés de Monseñor Gaspardis, confesor ante la Emperatriz. La suma tenía un valor superior a su monto económico, puesto que hacía más difícil calumniar a quienes habían sido honrados por el apoyo de los soberanos.

Entretanto la Superiora General se había dirigido al Arzobispo de Gorizia, el 15 de agosto de 1865, para la solicitud formal para abrir la casa, escribiendo con profunda humildad:

« *La educación ofrecida por nuestras hermanas no es de un alto nivel ni destinada a las clases elevadas de la sociedad, puesto que el fin principal es la educación e instrucción de las clases pobres y medias, y está por tanto orientada a formar buenas cristianas y útiles amas de casa.* »

Monseñor Gollmayer no concedió el consentimiento sino el 2 de diciembre, tanto para fundar la nueva comunidad religiosa como para abrir la escuela, recomendando que las religiosas debieran, en lo posible, adaptarse a los reglamentos locales bajo la dirección de la inspección escolar del distrito.

Pocos días después, el 19 de diciembre, una resolución imperial estableció que a las hermanas les fuera también « *cedida gratuitamente la iglesia y sus dependencias, con la facultad especial de registrar legalmente la propiedad a su nombre* ». Sin embargo, una vez más, la burocracia hizo sentir su peso. Las hermanas obtuvieron la posesión legal de la iglesia solo el 16 de mayo de 1867, comprometiéndose a mantenerla siempre abierta al culto divino, a cuidar su mantenimiento a sus propios expensas, y a atenerse a las prescripciones diocesanas para las funciones sagradas, evitando en particular perturbar las actividades de la iglesia parroquial. Como escribirá más tarde el historiador del santuario de la Rosa Mística:

« *Desde ese día comienza el renacimiento de esta iglesia y sobre todo la renovación del culto dedicado a la gran Madre de Dios, aquí venerada en su estatua prodigiosa bajo el título de Rosa Mística.* »

En enero de 1866, el fundador se dirigió a Cormons para supervisar personalmente los últimos preparativos. Era extremadamente meticuloso no solo para organizar todo lo necesario a fin de que la vida comunitaria siguiera rigurosamente las reglas, sino también para cuidar los mínimos detalles a fin de que la ceremonia de entrada — como cada otra celebración de la congregación — resultara perfecta. No cesaba de hacerles ensayar y ensayar de nuevo cada paso. Sin embargo, dio una vez más un ejemplo extraordinario de su deseo de permanecer en la sombra y de su humildad: partió de Cormons la víspera de la ceremonia, feliz de regresar a su trabajo silencioso y a su oración recogida.

El periódico de Venecia *La libertad católica* ha transmitido la crónica de este feliz acontecimiento, celebrado el 23 de enero de 1866:

« *A las 8 de la mañana las Hermanas de la Providencia se reunieron en la capilla pública del Conde Del Mestri, dedicada a los Desposorios de María (fiesta que caía precisamente ese día). Después de haber escuchado la santa misa, acompañadas en procesión por el clero, por las mujeres de la nobleza, y por las demás señoras de Cormons, así como por los alumnos de ambos sexos y por una gran multitud, fueron introducidas en la iglesia del convento y acompañadas al presbiterio.*

Poco después llegó a la iglesia el Arzobispo quien, tras haber bendecido al pueblo con agua bendita, se dirigió al altar mayor donde, después de haber adorado al Santísimo Sacramento, subió al trono preparado para la ocasión.

En ese momento, el reverendo párroco-decano presentó las hermanas al Arzobispo, suplicándole que tuviera a bien acogerlas como sus hijas e impartirles su bendición paternal. Hecho esto, la reverenda superiora de la casa madre de Udine se presentó a los pies de su reverendísima alteza [9] *para agradecerle la bondad demostrada hacia ellas y para rendirle homenaje besando el anillo sagrado; lo mismo hicieron todas las demás hermanas, a las cuales el Arzobispo dirigió de inmediato un discurso, recordándoles los votos solemnes y su misión como educadoras de la juventud femenina.*

Posteriormente el Arzobispo se vistió con los ornamentos sagrados para celebrar la santa misa, antes de la cual se cantó el himno "Veni Creator". Durante las partes principales

[9] El Arzobispo de Gorizia y el Obispo de Trento tenían el título de « alteza » porque eran considerados príncipes del Imperio austriaco.

del sacrificio eucarístico, las hermanas cantaron a voces solas himnos devotísimos compuestos por el célebre maestro de Cividale, don Giacomo Tomadini, quien dirigía las emotivas ceremonias. »

« *No se puede describir* — prosigue la crónica con un evidente tono polémico — *cuánto los habitantes de Cormons y de los pueblos vecinos se regocijaban por este beneficio y cómo todas las señoras de Cormons competían en proporcionar a las hermanas muebles y provisiones. Esta es la prueba de que las familias religiosas son deseadas y amadas, y de que su utilidad para la educación cristiana es reconocida. Que esto sirva para refutar a quienes desearían la destrucción de las comunidades religiosas para arrastrar más fácilmente al pueblo hacia una completa pérdida de los valores morales.* »

Al frente de la comunidad religiosa de Cormons el fundador colocó a la Hermana Giovanna Francesca Colloredo, como había ya hecho en Portogruaro y por las mismas razones, mientras que la dirección de la escuela fue encargada a la Hermana Eletta Cucito. Esta última logró ganar en poco tiempo la estima de todos, tanto del pueblo como de las autoridades.

En julio de 1866 los exámenes finales no se realizaron ya que el brote de algunos casos de cólera impuso el cierre anticipado de las escuelas. Sin embargo, a principios de 1867, el nuevo lugarteniente de Trieste quedó tan satisfecho de la visita al instituto que prometió su pleno apoyo; lo concedió efectivamente el 3 de octubre, cuando autorizó la adición de la cuarta clase elemental a las tres ya existentes y promovió la escuela de las hermanas al rango de « *escuela principal* » (un centro escolar de referencia), como se solía decir en la época. Los exámenes finales de julio de aquel año tuvieron un excelente resultado, en presencia de muchas personalidades locales, entre ellas el pretor Wincler, quien fue siempre un partidario enérgico y apasionado de la escuela contra la oposición del partido liberal. Las evaluaciones de las alumnas fueron incluso publicadas por escrito, gracias a la generosidad de los benefactores.

Por desgracia, sin embargo, precisamente en aquellos días la casa de Cormons fue golpeada por un grave luto. El 11 de julio de 1867, tras pocos días de enfermedad, moría la Hermana Eletta Cucito, dejando un muy dulce recuerdo. Para sustituirla llegó de Udine, como directora y profesora de alemán y francés, la Hermana Maria Gioseffa Fabris, nacida en Trieste, ella también religiosa devota y muy capaz.

Concluimos estas notas sobre los orígenes de la casa de Cormons recordando que la comunidad religiosa — tras un breve período confiado al sacerdote polaco residente en la ciudad, *don* Carlo Pniewski, y posteriormente al profesor jubilado *don* Paolo Fabris de Sevegliano — tuvo como confesor, desde el mismo comienzo de enero de 1867, al jesuita Padre Giuseppe Rossi [10], quien mantuvo el cargo durante más de doce años. El Padre

[10] Nacido en Módena en 1820, pasó gran parte de su vida en la educación de la juventud como profesor y ministro en internados, así como director espiritual del seminario. A partir de 1879 estuvo en Cormons como capellán en la Iglesia de Santa Caterina, director espiritual y confesor de la casa de las Hermanas de la Providencia la cual, desde 1866, se había convertido en la casa generalicia de la congregación; pasó sus últimos años en Padua como director de la casa de ejercicios, donde murió en 1883. Muy devoto de San José, colaboró en la publicación en Módena del periódico "*Il Divoto di san Giuseppe*". De su infatigable obra en favor de los ciudadanos de Cormons y de las Hermanas de la Providencia habla el Tinti, y a la muerte del Padre Rossi, el Padre Scrosoppi escribió a las hermanas exhortándolas a rezar « por esta alma inolvidable de nuestros corazones agradecidos ».

Scrosoppi estuvo feliz de confiar a manos tan expertas la dirección espiritual de sus hijas, y entre los dos nació una profunda amistad mutua que solo la muerte pudo interrumpir.

Reconocimiento legal de las Hermanas de la Providencia

El fundador, lejos de pedir con insistencia reconocimientos legales para sus obras, y en particular para la congregación de las hermanas, experimentaba más bien temor hacia ello. Él se basaba firmemente en la llamada aprobación de 1839, que había reconocido el carácter privado de la *Casa de las Derelitte* y la había eximido del control y de la tutela de la autoridad civil. Respecto a las hermanas, su pensamiento era aproximadamente este:

« *De hecho existen y concretamente prestan su obra benéfica. ¿Qué más se podría querer?* »

Naturalmente, dicha posición ya no era suficiente.

En un memorándum de finales de 1865 se reconoce que, sin un reconocimiento legal:

« *si estas maestras, llamadas Hermanas de la Providencia, fueran invitadas a asumir el encargo de otras escuelas en lugares diferentes, o a prestar en otra parte sus cuidados caritativos, no habrían podido acudir allí regularmente.* »

Las negociaciones para Primiero y para Cormons obligaron por tanto al Padre Luigi a buscar también la aprobación civil para su congregación.

Fue en esta circunstancia cuando ocurrió un hecho bastante significativo. Cuando el gobierno de Innsbruck recibió la solicitud de aprobación para el envío de las Hermanas de la Providencia al hospital de Primiero, se puso de inmediato en alerta, puesto que en el Trentino y en el Tirol ese nombre estaba asociado exclusivamente con las hermanas rosminianas, y la figura de Antonio Rosmini no era bien vista por la policía austriaca. Por dicha razón, el gobierno de Innsbruck solicitó información a las autoridades del Friuli, las cuales pidieron aclaraciones al Padre, recordando los intentos realizados veinte años antes para llevar a Udine a las hermanas de Rosmini, como ya hemos mencionado en su lugar.

Una vez aclaradas las sospechas, los trámites para el reconocimiento legal tuvieron que afrontar el habitual y fatigoso camino burocrático entre las diversas oficinas, hasta que el 19 de diciembre 1865 el emperador Francisco José aprobó « *la fundación de la familia religiosa de las llamadas Hermanas de la Providencia bajo el patrocinio de San Cayetano, ya concretamente iniciada y existente en Udine.* » El 3 de enero de 1866 el ministerio de Viena dio comunicación de ello al gobierno de Venecia, el cual el 11 del mismo mes informó de ello al Arzobispo de Udine. Al mismo tiempo, la noticia fue comunicada al gobierno de Innsbruck y el primo de *don* Sartori le escribió el 12 de enero que « *los papeles habían finalmente llegado a su destino.* » El simpático decano de Primiero, en una carta al Padre Luigi, comentaba con agudeza:

« *¡Pero sí que nos los hicieron suspirar!* »

Las primeras hermanas « maestras diplomadas »

La perspectiva de abrir escuelas femeninas en Primiero y en Cormons trajo una novedad adicional en el interior de la congregación. Según escribe el Tinti:

« *Al origen del instituto, el Padre Luigi se contentaba con que las hermanas maestras supieran poco más que leer y escribir; él sostenía en efecto que esto era más adecuado para una vida escondida y humilde, y probablemente esto era suficiente en aquella época de menores pretensiones. Pero el previsor Padre comprendió que los tiempos estaban cambiando, que la instrucción requería métodos diferentes y que para las maestras el diploma era ya necesario.* »

Su gran amor por San Francisco de Asís le hacía tal vez recordar aquel punto de la regla franciscana en que está escrito:

« *Y quienes no saben leer no se preocupen por aprender; sino que consideren que por encima de cualquier otra cosa deben desear poseer el espíritu del Señor.* »

Dicho criterio estaba perfectamente en línea con su índole y con su orientación espiritual. Sin embargo, él no ignoraba cuánto habían cambiado los tiempos y él mismo animaba a las hermanas analfabetas a aprender a leer y escribir. Cuando luego una ley del Estado austriaco impuso que, aun en los institutos privados, la enseñanza debía ser impartida por maestras diplomadas, él obedeció con prontitud.

Por fortuna, en 1863 había entrado en la congregación una maestra triestina ya habilitada, la ya citada Giuseppina Fabris, que tomó el nombre de Hermana Maria Gioseffa del Espíritu Santo. El fundador aprovechó esta valiosa oportunidad y abrió en la casa de Udine una escuela para la formación de profesores para permitir a algunas hermanas obtener la habilitación magisterial. Como escribe todavía el Tinti:

« *La buena maestra Hermana Maria Giuseppina de Trieste con los estudios literarios, el Padre Luigi con la geografía y la astronomía y el sacerdote Fantoni con la catequética y la metodología, prepararon a seis hermanas para realizar los exámenes ante las autoridades escolares el 21 de marzo de 1865; todas lograron obtener la habilitación magisterial imperial regia con gran honor y con notable ventaja para el instituto.* »

Entre las seis aprobadas estaba la Hermana Cecilia Piacentini, quien en la época era todavía novicia.

Posteriormente, la actividad de la escuela magisterial continuó en la casa de Cormons, inicialmente bajo la dirección de la Fabris — que murió a los solos cuarenta y seis años el 10 de octubre de 1872 — y posteriormente de la Hermana Costanza Murero; sin embargo, esto no ocurrió sin fuertes resistencias por parte de quienes hubieran querido excluir a las religiosas del ámbito escolar. El jesuita Padre Rossi nos ha transmitido páginas amargas respecto a aquellas tristes oposiciones. Pero dificultades aún más graves surgieron para el Padre Luigi y para sus obras a causa de los acontecimientos políticos de 1866.

Capítulo 6

DIOS Y CÉSAR (1866-1870)

Relaciones del Padre Luigi con las autoridades administrativas

La administración municipal de Udine constataba día tras día cuán socialmente útil era la obra de Scrosoppi. Por dicha razón, las relaciones entre la comuna y el Padre, en aquel período, estuvieron marcadas por un respeto mutuo.

El 11 de agosto de 1863, un dirigente municipal anunciaba a la meritoria dirección de la *Casa de las Derelitte* una próxima visita suya, expresando el deseo de conocer en persona aquel lugar de caridad. El 11 de febrero de 1864, el mismo dirigente — después de que se hubiera manifestado un brote de viruela entre cinco hospitalizadas en la *Casa del Provvedimento* — invitaba al director a exhortar a todas las huéspedes y alumnas a someterse a la nueva vacunación, hacia la cual existían todavía fuertes desconfianzas. El 23 de marzo siguiente, el municipio asignaba a la casa una ofrenda de cien florines con ocasión del cumpleaños del emperador Francisco José. El Padre Luigi agradecía la donación recibida en apoyo de aquella pobre casa.

Más de un año después ocurrió un hecho que merece ser mencionado.

Ante el temor de una nueva epidemia de cólera, el 20 de septiembre = de 1865, el municipio pidió al Padre poder utilizar como lazareto la casa de campo de las *Derelitte* situada fuera de la *puerta Ronchi*, ofreciendo a cambio un alquiler adecuado. Él accedió de inmediato.

Los locales fueron desalojados el 13 de enero de 1866 y el Padre Luigi dio aviso de la devolución, respondiendo a una nota municipal del 21 de diciembre; afirmaba, entre otras cosas, que la casa se consideraría satisfecha con cualquier compensación que los representantes de la comuna hubieran considerado oportuno ofrecer. Estos últimos, sin embargo, no pagaron un solo céntimo. Y él no dijo nada.

Dos años después, sin embargo, el 3 de agosto de 1867 — cuando ya mucha agua había pasado bajo los puentes — el municipio renovó la solicitud para crear, según se explicaba, un lugar de depósito temporal y de observación para quien llegara indispuesto por el ferrocarril, a causa de la temida propagación del cólera. Para el alquiler, la administración hacía referencia a las condiciones ya establecidas en el acta de septiembre de 1865.

El Padre Luigi respondió el 5 de agosto:

« *El abajo firmante acoge con agrado la solicitud y acepta también las condiciones establecidas en aquella acta respecto a la compensación. Sin embargo* — continuaba — *puesto que la suma debida a la Casa de las Derelitte por la ocupación de los locales en 1865 no ha sido aún pagada, el escritor ruega a esta honorable administración interesarse*

a fin de que dicha cuestión sea resuelta lo antes posible. Seguro de una respuesta favorable, agradezco de antemano. »

No le interesaba ciertamente aquel poco dinero; pero la ocasión era ideal para una reprensión cortés y un toque de buena ironía. Entre líneas, él pretendía decir:

« *Sois tan hostiles hacia los sacerdotes y me estáis creando problemas de todo tipo, y sin embargo para nosotros los sacerdotes hacer caridad es un deber grato; vosotros sin embargo deberíais sentir la obligación de mantener la palabra dada.* » No sabemos qué resultado tuvo este sutil recordatorio.

Quien continuó en cambio comportándose como una presencia molesta fue la Oficina de impuestos de la provincia de Udine. Las arcas del Estado austriaco tenían una necesidad desesperada de fondos para mantener unido al imperio contra los peligros que surgían por todas partes. Por dicha razón los impuestos aumentaban y la burocracia vigilaba cada céntimo para impedir incluso la menor evasión. Algunos episodios de este período son decididamente curiosos.

Se ensañaron como en el pasado, con una insistencia casi opresiva, a fin de que la « *gran hilandería* » de las *Derelitte* pagara los impuestos como una empresa industrial normal. El Padre se vio obligado a presentar súplicas y recursos, mientras el fisco austriaco enviaba requerimientos definitivos y amenazas de multas. En un documento del 15 de octubre de 1863 él demostraba que la hilandería estaba en realidad en pérdidas para la casa, y concluía:

« *Por caridad, entiéndase de una vez por todas que no se trata de una fábrica común, sino de una simple escuela para las niñas necesitadas.* » Finalmente, el 29 de enero de 1864, se emitió un decreto de exención. Y puesto que el Padre ya había tenido que pagar el impuesto, tuvo entonces que presentar una nueva solicitud para obtener su reembolso.

Otra molestia fastidiosa llegó de una ley austriaca del 13 de diciembre de 1862, sobre la base de la cual se sometían a un impuesto equivalente sobre los bienes muebles « *no solo las comunidades, las uniones y los institutos, sino también todas las demás corporaciones y sociedades, sean públicas o privadas, a cuyos miembros no corresponda una cuota del capital social.* »

El Padre Luigi tuvo entonces que afanarse, cobrando fuerza en la resolución soberana de 1839, para demostrar que la *Casa de las Derelitte* no era nada parecido y menos aún una sociedad, sino más bien una simple vivienda privada: « *así como cualquier otra casa privada que hace caridad a unos pobres* — concluía — *no es afectada por la ley del 13 de diciembre de 1862 del impuesto equivalente, así el humilde abajo firmante tiene toda la razón para considerar que no está sujeta a él tampoco la privada Casa de las Derelitte.* » La administración financiera austriaca, sin embargo, no quiso escuchar razones; por consecuencia, se derivaron otros recursos sin fin.

Pero he aquí algunas auténticas perlas.

La casa había adquirido, el 18 de octubre de 1863, un campo y medio en la periferia de Udine al noble Guglielmo Rinoldi; el contrato había sido firmado por Rinoldi y, por cuenta de la casa, por el Padre y por la Superiora Madre Teresa Fabris. La oficina de finanzas se dio cuenta de que el sello de legalización de las firmas era de 75 *soldi*, cifra correcta si las firmas hubieran sido dos; puesto que en cambio eran tres, se intimaba a pagar otros 25 *soldi*

por la tercera firma, además de una multa de 50 *soldi*. El Padre Luigi tuvo que demostrar que cada contrato referente a la casa debía ser firmado, para su validez, tanto por el director como por la superiora:

« *aunque sean dos personas* — observa — *y hayan puesto en el contrato sus firmas, se deben por ley considerar como una sola persona... Por tanto, considerados como una sola firma, el sello aplicado por el notario es regular.* »

Esta vez la intendencia de finanzas se dio por vencida.

Poco después, el Padre Luigi se vio obligado a suscribir dos obligaciones forzosas del tesoro austriaco y fue invitado a depositarlas en la oficina financiera a cambio de un « *recibo en papel sin sello.* » Sin embargo, la caja había exigido que su firma fuera autenticada por un notario, y el Padre había ejecutado la orden. Y he aquí que se le intimó a pagar 50 *soldi* por el sello faltante en la legalización, además de un *florin* de multa. « *Si el recibo* — protestaba el Padre Luigi el 2 de octubre de 1864 — *por ley está exento de sello, por consecuencia también la autenticación estará exenta de sello. Por tal razón el abajo firmante ha hecho realizar la autenticación en papel común y no con la intención de defraudar los derechos del fisco.* » También en este caso el reclamo fue acogido. Suscribir obligaciones forzadas y verse por añadidura extorsionado era verdaderamente el colmo.

Un colmo que será sin embargo superado cuando, tras la anexión a Italia, el Padre sea reprendido por haber suscrito aquellas mismas obligaciones. ¡Como si lo hubiera hecho con gusto!

En este último episodio él demuestra su conciencia escrupulosa también en el cumplimiento de los deberes cívicos, allí donde afirma no haber intentado jamás defraudar los derechos del fisco. Por el mismo motivo se defendió con extremo vigor cuando, el 14 de septiembre de 1864, la intendencia le reprendió por la falta de notificación de algunos terrenos inscritos a nombre de la casa, como si hubiera querido evadir el impuesto sobre los bienes inmuebles. El Padre pudo demostrar que parte de aquellos terrenos habían sido regularmente declarados; que para otro campo había habido un error de inscripción, corregido luego el 12 de mayo de 1863; y respecto a los restantes — una casa en Udine y medio campo fuera de la ciudad — precisaba que « *son propiedad exclusiva de las maestras.* » Estos últimos bienes, de hecho, no resultaban entre los inmuebles de la *Casa de las Derelitte* y, a través de investigaciones particulares, hemos averiguado que se trataba de una casa propiedad de la Madre Teresa Fabris y de dos parcelas pertenecientes a otras religiosas. De esta contestación emerge que desde al menos una década la congregación de las hermanas había constituido una sociedad de hecho con bienes propios, de la cual todavía en 1864 la De Giorgio, fallecida en 1855, la Gaspardis, fallecida en 1862, y la Colloredo, en aquella época aún viva, resultaban administradoras.

No encontramos ningún documento que indique que la intendencia del Reino de Italia haya luego atormentado al Padre como las finanzas austriacas lo habían hecho. Los problemas, en el nuevo orden de las cosas, tuvieron un origen, por así decirlo, más elevado, puesto que surgieron de la legislación italiana referente a los institutos religiosos.

La guerra de 1866

El 19 de junio de 1866, el Reino de Italia, aliado con Prusia, declaraba la guerra a Austria con el objetivo de reunir el Véneto a la patria madre. El 24 de junio, los dos ejércitos chocaron en la sangrienta batalla de Custoza. In aquel combate cayó, a los solos veintiséis años de edad, Giovanni Battista Scrosoppi, hijo de Giuseppe y primo del Padre Luigi, que se había alistado como voluntario entre las filas italianas. Según relata un descendiente de aquel caído, a cuya memoria fue conferida la medalla de plata, el Padre Luigi se dirigirá posteriormente varias veces a aquellos lugares para celebrar la santa misa en sufragio de su pariente.

La caridad impulsó una vez más al fundador a ofrecer la obra de sus religiosas para la asistencia a los heridos. El *podestà* de Udine solicitó seis de ellas para la casa de beneficencia, donde entre enfermos y heridos se contaban ciento sesenta personas, y el *podestà* respondía el 1 de julio:

« *Me reservo venir personalmente a rendiros las debidas gracias por los principios de auténtico altruismo de vuestra parte, que con buena razón gozáis de la estima de la entera ciudad.* »

¡Por desgracia, cuán cambiante es la estima de los hombres!

El 26 de julio, Augusto Berghinz, al mando de un destacamento de lanceros de Aosta, entraba triunfalmente en la plaza que lleva hoy todavía su nombe, situada frente al actual Templo-Osario dedicado a los caídos de la guerra 1915-1918.

La entrada de las tropas italianas en Udine estuvo acompañada por manifestaciones hostiles contra el clero y los institutos religiosos. Las crónicas de la época relatan un sacerdote el cual, sorprendido en la calle por la multitud enfurecida, fue cargado en una de aquellas carretas de jaula (es decir, de mimbres, las utilizadas para las aves de corral) utilizadas para transportar los animales al mercado o al matadero, y arrastrado por la ciudad en medio de la burla pública. Como ocurre en los meandros más viles y oscuros del alma humana, no eran pocos aquellos que buscaban en un patriotismo improvisado y en un anticlericalismo ruidoso un pretexto para cubrir sus propias culpas ocultas: y los viejos informadores y delatores de la policía austriaca gritaban más fuerte que todos:

« *¡Abajo los curas! ¡Viva Italia!* »

La necia rabia de los sectarios no perdonó ni siquiera los blancos velos femeninos y religiosos de quienes se desvivían por asistir a los sufrientes, tanto que las Hermanas de la Providencia tuvieron que retirarse asustadas. Sin embargo, el 28 de julio el nuevo *podestà* Beltrame escribía « *al reverendísimo don Carlo Scrosoppi* », rogándole hacer volver de inmediato a seis « *Hermanas de la Misericordia* » a la Casa de Beneficencia; el 7 de agosto el médico Sguarzi, que operaba en aquel hospital, solicitará que se dejen dos para continuar la asistencia a los enfermos en condiciones gravísimas.

Finalmente se firmó la paz en Viena el 3 de octubre y el 22 del mismo mes las poblaciones del Véneto y del Friuli expresaron mediante un plebiscito su voluntad de unirse al Reino de Italia. Desde los primeros días de agosto había llegado a Udine Quintino Sella, en calidad de gobernador con plenos poderes en nombre del Rey de Italia. El 15 de noviembre llegó a la ciudad, en medio de un despliegue de tricolores y del entusiasmo de la multitud, Vittorio Emanuele II; ante el palacio antes Belgrado, actual sede de la provincia, el

arzobispo Monseigneur Casasola leyó un discurso de homenaje en presencia de los colegios de sacerdotes (es decir, los cabildos) de Udine y Cividale y de los párrocos de la ciudad. El Rey agradeció mucho el homenaje y quiso al arzobispo a su derecha durante el banquete que siguió poco después: actuando con la noble, aunque vana, intención de aplacar los odios anticlericales y favorecer la pacificación de los espíritus. Sin embargo, durante la misma cena, hubo quien alimentó los contrastes con una inoportuna ostentación de celo patriótico [(1)].

La casa général y el noviciado trasladados a Cormons

Es necesario recordar a la memoria las leyes de supresión de las entidades religiosas dictadas por el Reino de Italia para comprender plenamente el estado de profunda ansiedad en que yacían las comunidades religiosas del Véneto en el momento en que sobrevino el ejército italiano. No había otra cosa que esperar sino el cierre de las casas y la confiscación de los bienes por parte del Estado, como efectivamente sucedió.

Por dicha razón, según relata el Tinti:

« *el Padre Luigi actuó con sabia prudencia y firme determinación y, en pleno acuerdo con las hermanas, decidió trasladar a Cormons la casa général, solicitando para tal fin, por medio de la Superiora General, el consentimiento del Obispo de Udine, de quien la separaba, y del de Gorizia, a cuya autoridad la sometía.* »

En fecha 30 de junio, en efecto, la Madre Teresa Fabris escribía a Monseñor Casasola:

« *Circunstancias gravísimas, que me causan un dolor indecible, exigen que comunique a Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima la decisión que, junto con las hermanas antiguas, he considerado deber tomar: la de alejarme de Udine, donde la congregación no posee una casa propia, para dirigirme a Cormons. Allí pretendo establecerme en el convento que es propiedad de nuestra congregación, dejando sin embargo en Udine, para las casas que se encuentran bajo nuestra dirección, el número de maestras y de personal necesario para la asistencia y la educación.* »

Además del parecer de los dos arzobispos, de documentos posteriores emerge que fue solicitado el visto bueno de la Congregación de Obispos y Regulares en Roma, la cual lo habría concedido solo temporalmente (*ad tempus*), hasta que la situación política se hubiera aclarado y estabilizado.

La Madre Fabris dejó por tanto con el corazón colmado de angustia su amada ciudad natal y la *Casa de las Derelitte*, lugar en que se había consagrado a Dios más de treinta años antes; se trasladó a Cormons junto con otras hermanas y cinco novicias. Para estas últimas fue celebrada la ceremonia de toma de hábito el 26 de febrero de 1867 por el venerable canónigo escolástico Monseñor Domenico Castellani, delegado por el arzobispo de Gorizia. Esa fue la única ceremonia de tal género celebrada en Cormons. A partir de 1868

[1] Fue monseñor Gianfrancesco Banchieri, canónigo primicerio del cabildo, quien junto con el decano de ese mismo cabildo y con el arzobispo habían recibido al Rey en la estación y fueron invitados al banquete real. Pero el decano monseñor Giovanni Paolo Foraboschi se había hecho dispensar (ver Parte I, Capítulo 4, párrafo Los estudios del joven Luigi). A la mesa Banchieri improvisó un soneto en que saludaba a Vittorio Emanuele como « redentor » del « suelo italiano » y hacía votos por Roma capital de Italia. (Cfr. Atti del Capitolo, vol. XI (1859-1891) f. 71, A.C.U.; Ricordi storici en Pagine Friulane, 11-1-1891, pág. 177).

y hasta la muerte del fundador, todas las demás tomas de hábito se realizaron de nuevo en Udine, donde, entretanto, el noviciado había sido devuelto. Simultáneamente, la *Casa de las Derelitte* permanecía confiada a los cuidados de la Madre Strazzolini, quien el 7 de marzo de 1867 fue elegida formalmente « *superiora* ».

En este pasaje debe entenderse que, con la elección del 7 de marzo, la Strazzolini asumió también el cargo de superiora general para las casas situadas en territorio italiano: a saber, la *Casa de las Derelitte*, la casa de Orzano, el hospital de Portogruaro, la *Opera di santa Zita*, el Instituto de las Sordomudas y el Asilo Infantil. Al contrario, la Madre Fabris mantuvo el cargo de superiora general para las casas en territorio austriaco, es decir, Cormons, Primiero y, a partir de 1869, Tesero.

Desdoblamiento aparente de la autoridad, hecho inevitable por las pésimas relaciones diplomáticas entre Italia y Austria, tuvo fin en octubre de 1873, cuando la Strazzolini volvió a ser la superiora general de todas las casas y la Madre Fabris pudo reingresar a Udine, donde el cargo de maestra de novicias le fue asignado.

El Padre Luigi no tuvo ni siquiera la posibilidad de saludar al pequeño grupo de pobres exiliadas en partida, puesto que en aquel momento se encontraba retenido en cama por las fiebres en la casa de los Filippini.

El Padre Scrosoppi arrestado

Mientras tanto, de aquella casa se habían alejado los Jesuitas, a quienes el Padre Luigi había hospedado durante unos nueve meses; a esa misma casa llegaba su hermano *don* Giovanni Battista, alejado de su cargo de arcipreste de Sacile. Para aquel edificio y para la iglesia anexada comenzaba aquel doloroso calvario que concluiría con la confiscación y con la supresión de la orden de los Filippini.

Pero el mismo Padre Luigi experimentó personalmente los efectos del anticlericalismo imperante.

Ya hemos hecho alusión a Barbara Mayerhoffer [(2)], hija de un oficial húngaro, que había sido acogida junto con su hermana entre las *derelitte* en 1852, a los solos cuatro años de edad, y que posteriormente se convirtió en hermana con el nombre de Hermana Tranquilla. De ella nos ha quedado una larga relación, en la cual comienza diciendo que desde los 17 o 18 años alimentaba el deseo de hacerse Hermana de la Providencia, pero no había hablado de ello con nadie sino con su confesor; no había hablado de ello porque su salud precaria aparecía como un obstáculo para la aceptación. Y he aquí que un día el Padre le dijo palabras similares a estas:

[2] Respecto a las hermanas Mayerhoffer, Maria y Barbara, se encuentra una cierta confusión o inversión entre las dos. En el registro del fundador y de la congregación, Maria (nacida en 1845) es identificada como Hermana Tranquilla y Barbara (nacida en 1848) como Hermana Perpetua. Si en cambio consultamos el Registro de difuntos de la parroquia udinesa del Carmine, Maria resultaría ser la Hermana Perpetua, fallecida a los 50 años el 16 de marzo de 1896 (nacida por tanto en 1845). Por consiguiente, la Hermana Tranquilla que aparece en este episodio sería identificable con Barbara, conocida como nacida en 1848. El desglose exacto no tiene sin embargo un valor determinante, aunque el relato parece adaptarse mejor a la joven nacida en 1848 antes que a la de 1845.

« *Sé lo que deseas, pero por ahora permanece alegre y no pienses en ello. Te aseguro que sanarás y que te convertirás en hermana tú también. Te enseñaré yo, en el momento oportuno, lo que deberás hacer para ser aceptada.* »

Hasta aquí la Hermana Tranquilla deseaba subrayar cómo el Padre Luigi tenía el don de leer en los corazones y de prever el futuro.

Pero ella prosigue ofreciéndonos el relato de la detención y del interrogatorio del Padre Luigi por parte de la policía, ocurrido un día no precisado hacia finales de 1866 o a principios de 1867. Lo relatamos fielmente:

« *Una vez hice un viaje de Udine a Portogruaro con él; alguien lo había acusado de haber comenzado a trasladar a las hermanas. No bien subimos al carruaje, apenas salidos de la gran puerta — que entonces se montaba aquí en el patio, porque teníamos aquí los animales y los carruajes — apenas salidos, he aquí dos guardias que nos detienen y preguntan al Padre adónde va. Él, del todo calmo y tranquilo, responde con franqueza: Voy a Portogruaro. Ellos insisten y dicen que no es verdad y que debe decir la verdad. Pero sí, hombres benditos, que voy precisamente allá.*

Bien, — dijeron *— procedamos.*

Nos condujeron al patio de un gran cuartel; allí le dijeron al Padre que bajara del carruaje y que subiera a los pisos superiores. Permaneció allí más de una hora con estos soldados.

Luego, cuando lo consideraron oportuno, vinieron a preguntarnos también a nosotras si nos molestaba bajar del carruaje. Nosotras, prontísimas, respondimos que no e hicimos por bajar. Entonces, viéndonos tan decididas e indiferentes, nos dejaron dentro e hicieron avanzar al caballo paso a paso. Nuestro buen Padre procedía a pie, en medio de los soldados; parecía precisamente Jesús bendito que iba al Calvario, rodeado por una multitud inmensa de pueblo que lo seguía gritando locamente: ¡A la prisión, a la prisión!

Yo no sé describir cuán agitada me sentía; lloraba a lágrima viva al ver al buen Padre y al oír aquellas voces. Me parecía ir al infierno.

Finalmente nos llevan al tribunal, y allí fuimos interrogadas por varias personas, siempre bajo vigilancia. Llega por fin el último funcionario encargado del examen. Este llama primero al reverendo Padre; luego, por temor a que el buen Padre me sugiriera qué responder, ordenó que entrara yo inmediatamente después de él. Yo tenía mucho miedo y no quería ir; le decía a aquel señor que llamara primero a la hermana, porque yo no sabía qué decirle. No conocía entonces su astucia. Pero el buen Padre, que comprendía todo, mi dijo: Ve querida, responde a todo lo que te pregunte.

Este señor me invitó a sentarme cerca de él y me trató con tal amabilidad que enseguida tomé aliento. Entonces comenzó a interrogarme y me dijo: Escucha, querida, ¿sabes decirme adónde va el padre Luigi? Yo le respondí que iba a Portogruaro.

¿A hacer qué?

A encontrar a las hermanas, como ha hecho siempre, para ver si necesitan alguna cosa.

¿Y la hermana?

La hermana tal vez se detendrá allí, y regresará otra.

Y tú, ¿vas para quedarte?

Espero que no, según me han dicho: voy porque no me encuentro muy bien y por eso los superiores me llevan a hacer un poco de movimiento y a tomar un poco de aire.

¿Y cuándo estaréis de regreso?

Tal vez el sábado.

Escucha querida, ¿has oído alguna vez decir a vuestro Padre que debe trasladar a las monjas? Yo le respondí que no, que no lo había oído jamás.

Dime, ¿quién es el que manda en lugar del padre Luigi hasta su regreso?

Es su hermano, el vicedirector, o la superiora.

¿Sabes qué hay en el carruaje?

En el coche tal vez estarán los vestidos de las hermanas, sábanas, camisas y lo que se necesita para los enfermos.

Dime, ¿quieres tanto al padre Luigi?

Si no le quiero a él, ¿a quién debería querer?

¿Las superioras y las monjas os quieren? ¿Os castigan alguna vez?

Nos quieren tanto que han sacrificado toda su vida para hacernos el bien, y nos aman como verdaderas madres; y si alguna vez se ven obligadas a darnos algún castigo, lo hacen de manera que se percibe su pesar interior, y uno no puede menos que amarlas también entonces.

¿Hace mucho tiempo que estás en el convento?

Fui allí de niña.

¿Querrías también hacerte monja?

Oh, en esto no pienso, porque si no tengo salud no puedo ni siquiera tomarlo en consideración.

Bien, ánimo, adiós querida. Continúa siendo buena, vendré a visitarte al convento. Mándame adentro a la madre. — Y con ella despachó el asunto en pocas palabras —.

Permanecimos allí desde las cinco de la mañana hasta las diez y media. Luego inspeccionó el carruaje para ver si había dicho la verdad; finalmente nos despidió.

Apenas subidas de nuevo al carruaje, el Padre comenzó a rezar en acción de gracias. Luego me preguntó qué había dicho durante tanto tiempo a aquel señor, y yo se lo relaté todo. Él se consolaba al oír que había sabido responder tan bien y que, por mérito mío, había escapado de la prisión. »

El Tinti, al relatar la narración, hace decir a la Hermana Tranquilla:

« *La acusación presentada ante la Jefatura de policía era que el Padre Luigi estaba trasladando los fondos de la congregación fuera del Estado. Pero, visto que el presunto*

tesoro se había transformado en un saco de vendas y gasas para los enfermos, aquel empleado nos despidió cortésmente. »

Y concluye afirmando que se supo posteriormente que quien había denunciado y calumniado vilmente al Padre Luigi había sido una persona ayudada por él, de quien él mantenía gratuitamente a una hija en su instituto. Por desgracia, en aquellos tiempos de agitaciones políticas, se prestaba fácil crédito y oídos atentos a los enemigos del clero y de las comunidades religiosas.

Mientras el Padre permanecía durante más de cinco horas bajo el interrogatorio de la policía, la noticia de su arresto llegó a la *Casa de las Derelitte*; se puede fácilmente imaginar el desaliento de las hermanas. Cuando al día siguiente regresó de Portogruaro, todas se estrecharon a su alrededor llorando. Él las reprendió bonachonamente y cerró el asunto con estas tranquilas palabras: — *¡Todo es voluntad de Dios!*

Debe reconocerse que, al menos en este caso, el empleado anónimo usó modales civiles. Una parte de la población, en cambio, no los usaba.

Por ejemplo, hubo un pobre obrero el cual insultaba al Padre Luigi cada vez que lo encontraba por la calle. El Padre soportó pacientemente durante largo tiempo. Pero un día se le acercó y supo ganárselo a tal punto que lo condujo a la *Casa de las Derelitte*, escuchó sus sufrimientos y lo recompensó por las ofensas recibidas dándole cinco florines. El pobrecito quedó transformado por ello. Desde entonces comenzó a frecuentar al Padre, quien lo instruyó y lo condujo de nuevo a los sacramentos.

En aquel mismo clima ocurría además que los muchachos — con la típica crueldad de los pequeños, aprendida de los grandes — se burlaban de él, gritándole detrás « *jorobado* », cuando la edad lo hubo encorvado un poco, o más comúnmente « *saco de carbón* ». Harán falta más de sesenta años antes de que este odio contra el sacerdote se atenúe.

Pero estas molestias comunes a todos los sacerdotes eran poca cosa en comparación con los gritos y las manifestaciones públicas contra el Papa, la Iglesia y el Arzobispo: escenas indignas que en aquellos años se sucedieron incesantemente, y cada ocasión era buena para provocarlas.

El 15 de marzo de 1867 el palacio arzobispal fue invadido y saqueado, y monseñor Casasola salvó a duras penas la vida. Esto ocurrió porque en la ceremonia por el cumpleaños de Vittorio Emanuele II se había recitado, según las instrucciones del Pontífice, una oración común en lugar de la específica para el Rey. En el mismo año, Giuseppe Garibaldi pronunció desde el balcón del palacio Mangilli, en la plaza que ahora lleva su nombre, un discurso durísimo contra el Papa, los curas y los frailes; siguió un cortejo que gritaba contra la Iglesia. Una tarde de 1869, en protesta contra la condena a muerte de Monti y Tognetti — los responsables del atentado con bomba en el cuartel pontificio Sirtori — se desató una manifestación aún más violenta de lo habitual; ante el palacio arzobispal se quemó la efigie de Pío IX en medio de gritos inimaginables.

Inútil añadir que el 20 de septiembre de 1870, y posteriormente cada año en esa fecha, se realizaron verdaderas celebraciones del anticlericalismo.

A veces aquellos cortejos vociferantes lograban pasar también a lo largo de la *calle Ronchi*, frente a la *Casa de las Derelitte*. Nicoletta Zanussi, viuda Antonia Comi, nacida en Udine en 1859, testificó en el proceso diocesano en 1932:

« *Recuerdo que una tarde, cuando tenía trece años, oímos a una multitud de hombres pasar frente al instituto y gritar: ¡Fuera las monjas, fuera los frailes! Y nosotras, asustadas, nos habíamos refugiado todas bajo el pórtico, donde el Padre Luigi nos confortaba diciéndonos: ¡Rezad, hijitas, rezad y permaneced con Dios!* »

Intentada supresión de la *Casa de las Derelitte*

El 21 de diciembre de 1866, la Oficina fiscal del Reino enviaba a la dirección de la *Casa de las Derelitte* una copia de un aviso, fechado el 14 de diciembre, con el cual los superiores y los administradores de las casas religiosas, de las congregaciones y de otros entes similares eran formalmente invitados a presentar dentro del 29 del mismo mes la declaración de las propiedades de su propio instituto, utilizando los formularios proporcionados por la misma oficina. Esto significaba que la *Casa de las Derelitte*, según la administración fiscal, entraba también en el ámbito de aplicación de la ley de supresión.

El Padre Luigi respondía el 24 de diciembre, explicando la naturaleza y los objetivos de la casa y declarando que:

« *un tal instituto está por tanto evidentemente excluido de las disposiciones de la ley mencionada anteriormente, aquella del 7 de julio de 1866* — que había extendido al Véneto la ley de supresión de 1862 — *mientras que si por esta se quisiera considerarlo afectado, habría que decir que todos los institutos de beneficencia estaban sujetos a la supresión, y que un destino similar debía afectar también al hospital civil y especialmente a la Casa de Beneficencia, con la cual el Instituto de las Derelitte es particularmente comparable, con la única diferencia de que en su ámbito de caridad aquella hospeda a ancianos pobres y necesitados, mientras que esta acoge a las niñas pertenecientes a las clases más pobres.* »

El Padre tenía toda la razón para subrayar que la ley afectaba a « *las instituciones de orden religioso, no a las de simple beneficencia como la casa mencionada.* » En el caso específico, la ley habría podido afectar a la congregación de las hermanas; sin embargo, la *Casa de las Derelitte* no había nacido de la congragación, sino que había sido la congregación la que había nacido de la casa.

No sabemos cuánto tuvo que afanarse para convencer a los celosos burócratas de esta lógica distinción. Disponemos solamente de una breve nota, en la cual se hace referencia a una:

« *ordenanza de la prefectura n.° 6279, del 14 de mayo de 1867, que comunica el decreto del Ministerio del Interior en fecha 24 de abril de 1867, n.° 38530, relativo a la supresión de la Casa de las Derelitte de Udine, dirigida al municipio local, a la Casa de las Derelitte y a la oficina de hipotecas de Udine.* »

Evidentemente el decreto del Ministerio había reconocido la validez de las objeciones presentadas por el Padre, puesto que de la medida de supresión no se hizo más mención.

Se recurrió entonces — por parte de las autoridades civiles — a otra ley del Reino de Italia, aquella del 3 de agosto de 1862 sobre la administración de las obras pías (los institutos de caridad), extendida a las provincias venecianas y a la de Mantua por la ley del 28 de julio de 1866. Desde ese momento comenzó una larga controversia para transformar la Casa en un ente reconocido por el Estado (una persona jurídica) sujeto a la vigilancia y a la autoridad de los poderes civiles, una condición que el Padre Luigi no estaba absolutamente dispuesto a aceptar.

La *Casa de las Derelitte* erigida en persona jurídica

La batalla burocrática referente a este asunto entre el Ministerio del Interior, el Prefecto, la Diputación Provincial y el Consejo Municipal de Udine por una parte, y el Padre Scrosoppi por la otra, se arrastró durante trece años. Disponemos de nada menos que ochenta y seis fichas, cada una de las cuales marca una etapa fatigosa de esta aventura; los documentos relativos se conservan en un expediente de doscientas páginas mecanografiadas [3]. Detrás de estos papeles se esconden innumerables encuentros personales, largas discusiones privadas, debates públicos en los consejos municipal y provincial, amplias intervenciones de la prensa local y, sobre todo, las profundas angustias del Padre Luigi. Viene de forma natural preguntarse si los ilustres administradores (es decir, los *patres conscripti*) de todo nivel no habrían hecho mejor en dedicar tiempo y energía mental a la represión de la delincuencia o al mejoramiento de la economía, antes que obstaculizar a un pobre sacerdote que deseaba solamente hacer el bien y, por añadidura, a sus propios expensas.

Repasemos brevemente las etapas principales de este difícil camino. El primer acto oficial sobre la cuestión fue una nota del Ministerio del Interior del 14 de enero de 1868, en la cual se declaraba caducada la concesión del 15 de abril de 1840 — que había eximido a la Casa del control gubernamental — y se proponían algunas modificaciones al reglamento entonces vigente.

El 16 de julio de 1870, el Consejo Municipal establecía qué instituciones ciudadanas de beneficencia debían ser consideradas como "*obras pías*" (entidades asistenciales públicas), incluyendo allí también la *Casa de las Derelitte*. Para esta última, sin embargo, se recomendaba la aplicación del artículo 25 de la ley, el cual establecía:

« *Los fundadores de los institutos que mantengan personalmente la administración de ellos pueden ser eximidos, en todo o en parte, de las obligaciones y de las formalidades previstas por la presente ley.* »

Una resolución similar fue emitida el 29 de diciembre de 1871 por la Diputación Provincial, la cual consideraba deber dispensar al fundador, *don* Luigi Scrosoppi, de las obligaciones administrativas previstas por la ley. Al contrario, la Diputación Provincial fue la única en ponerse del lado del Padre, puesto que el 15 de julio de 1872 revocó la decisión anterior, expresando el parecer de que la *Casa de las Derelitte* debía ser considerada, por el momento, como una institución puramente privada.

---

[3] A.L.S., fasc. 16-17.

Sin embargo, la Prefectura no se dio por vencida y el 4 de enero de 1873 envió al consejero Pasqualini a inspeccionar la casa. En dicha ocasión el Padre Luigi, en presencia del conde Trento, hizo asentar en el acta esta protesta:

« *No por falta de respeto hacia la autoridad civil, sino por el deber que tengo de defender los derechos de esta Casa de las Derelitte privada, fundada por mí junto con mi hermano el Padre Carlo Filaferro, no considero deber someter al instituto a la inspección de la autoridad de vigilancia respecto a la administración, como ocurre por ley en los institutos sujetos a ella.* »

Renovó la misma protesta el 16 de enero de 1874.

El 30 de junio de 1875, el Consejo Municipal de Udine confirmó la decisión de cinco años antes, a pesar de que algunos periódicos liberales y el conde Niccolò Mantica [(4)] — personas para nada sospechosas de simpatías hacia el clero — hubieran solicitado por unanimidad que el Padre fuera dejado en paz. No sirvió de nada. El 14 de septiembre del mismo año, el Consejo de Estado establecía que la casa entraba en la ley sobre las obras pías e imponía al Padre presentar dentro de dos meses un estatuto orgánico (es decir, un reglamento constitutivo).

En vano un amigo anónimo suyo buscó algún intercesor influyente a fin de que la decisión del Consejo de Estado fuera modificada. Escribía en su memorial:

« *El Padre Luigi Scrosoppi es demasiado conocido por los habitantes de Udine como para que no se sientan partícipes de las tribulaciones que se le causan, especialmente por el bien que realiza a través de la casa abierta por él y por su difunto hermano en beneficio de las pobres niñas. La tutela administrativa, además de ser un insulto para quien ha sacrificado su vida y sus propios bienes por los pobres, llevaría inevitablemente a la disolución del instituto, puesto que el Padre Scrosoppi considera no tener necesidad de vigilancia y porque, con su retiro, faltaría la confianza de los ciudadanos.* »

Parece en efecto que el Padre pensó seriamente, en el verano de 1875, en abandonar todo, antes que plegarse a disposiciones que consideraba injustas y perjudiciales para la casa. Quizá fue disuadido, y ciertamente el dolor de dejar a las huérfanas a un destino incierto lo retuvo.

Sin embargo, no se decidía a redactar aquel solicitado estatuto orgánico. El 10 de diciembre de 1875 escribía al Prefecto de Udine:

---

[4] Udinés (1835-1900), de vida íntegra y laboriosa, tuvo muchos cargos en los cuales aportó desinterés y búsqueda constante del bien público. Publicó muchos estudios histórico-estadísticos. Su entierro se realizó en forma civil. (Cfr. Giornale di Udine, 22-5-1900). El Tinti recuerda que el Mantica en el congreso internacional de beneficencia de Milán (29 de agosto-5 de septiembre de 1880) realizó un informe que luego entregó a la prensa. En él, tras haber alabado la administración del Instituto Tomadini y de la *Casa de las Derelitte* escribía: « Estamos vigilantes; y cuando una administración va mal sea económica o moralmente, cambiémosla sin miramientos, ya sea regida por curas o por seculares, pero cuando va bien, dejémosla continuar tranquila, los encargados sean seculares o curas, sin ponerle de continuo palos en las ruedas, como en repetidas ocasiones se ha intentado hacer precisamente con los institutos Tomadini y Derelitte, solo porque los encargados eran curas ». Y con ello probablemente se refería a la escaramuza entre las autoridades civiles y el p. Scrosoppi para obligarlo a someter la *Casa de las Derelitte* a la ley sobre las Obras pías. En el mismo informe el Mantica lealmente afirmaba de sí mismo: « Todo lo contrario a amigo del cura, no sabré sin embargo jamás condenar al ostracismo a un hombre benéfico y que da todo sí mismo al pobre, porque es cura ». (Il congreso internacional de beneficenza - Relazione di N. Mantica, Udine 1880, págs. 147-149).

« *Mis habituales achaques, vueltos más frecuentes y más fuertes a causa de la triste situación y de la rígida estación actual, no me han permitido aún preparar convenientemente el estatuto solicitado.* »

Fue requerido de nuevo por el Municipio de Udine el 17 de agosto de 1877 y el 18 de diciembre de 1878. Finalmente lo presentó el 22 de enero de 1879 a la Prefectura la cual, en nombre del Ministerio, le pidió algunas enmiendas el 9 de febrero de 1879 y el 7 de abril de 1880.

Enviando de nuevo el texto con las últimas correcciones, el 7 de mayo de 1880 escribió la siguiente carta a la Prefectura:

« *En respuesta a su nota del 7 de abril pasado, n.° 5544, el abajo firmante presenta de nuevo el estatuto orgánico para el Instituto de las Derelitte de Udine, a fin de que esa autoridad tenga a bien transmitirlo de nuevo al Gobierno para los trámites posteriores.*

Habiéndome conformado plenamente a los deseos del Ministerio del Interior, satisfaciendo cada petición, espero que todo obstáculo para la aprobación definitiva del estatuto sea finalmente removido.

Desde mi juventud me he dedicado enteramente al bien del instituto, fundado por mí y por mi hermano el Padre Carlo Filaferro de venerada memoria; la Divina Providencia lo ha bendecido siempre, puesto que, a pesar del pequeño patrimonio, el número de las alumnas internas ha aumentado siempre, así como el de las externas que lo frecuentan.

Encontrándome ahora en edad avanzada, cada retraso en la aprobación del estatuto es para mí una fuente de gran pesar y angustia.

A fin de acelerar la aprobación, declaro renunciar al crédito que reclamo hacia el instituto a título de beneficencia, siempre que el Gobierno del Rey apruebe el presente estatuto el cual, en su forma actual, responde mejor a los fines del instituto y al espíritu de las leyes vigentes sobre las obras pías. »

El estatuto fue aprobado el 17 de junio de 1880 por decreto real de Humberto I. Sobre la base de este, la administración permaneció en las manos del Padre — en calidad de fundador — hasta su muerte. Posteriormente, la autoridad civil nombró a un administrador; fue precisamente por este motivo por el que la antigua casa de las sordomudas fue renombrada "*Casa Administrativa*".

Generosidad del Padre Luigi

Aunque la transformación de la casa en persona jurídica le había resultado muy difícil de aceptar, el Padre Luigi no dejó de demostrar su desinterés y su generosidad.

Ya el 17 de noviembre de 1866, el abogado Antonio Zamparo y el conde Tommaso Gallici habían comprobado, a través de una cuidadosa revisión de los libros de contabilidad, un crédito del Padre hacia la casa de más de treinta y cinco mil liras por subsidios proporcionados desde 1852 hasta 1865 con el fin de equilibrar los presupuestos anualmente deficitarios. Para garantizarle al menos en parte dicha suma — en realidad para evitar la temida confiscación de los bienes — con la aprobación del arzobispo de Udine en calidad de presidente de la casa, la Superiora Madre Strazzolini había vendido el 16 de abril de 1868 al Padre Luigi la finca de los Misioneros, las casitas adquiridas a las *dimesse* y

aquellas del ex-Cremese utilizadas como *Casa del Provvedimento*; cuatro días después le cedía el convento de Cormons, con la carga de pagar la deuda restante hacia el vendedor Antonio Stua. Por la misma razón, el 18 de abril se había vendido la colonia agrícola de Orzano a *don* Antonio Feruglio, el cual asumía la tarea de reembolsar los bienes aportados en dote por trece hermanas y otros acreedores, entre los cuales estaban *don* Fantoni y Monseñor Francesco Cernazai.

El 11 de junio de 1875 — cuando la cuestión de la obra pía estaba en su apogeo — Fabio Cernazai, Alessandro Biancuzzi y Eugenio Ferrari habían comprobado un crédito adicional del Padre de unas sesenta mil liras, por similares subsidios complementarios a los presupuestos desde 1865 hasta 1874.

Una vez aprobado el estatuto, el Padre Luigi emitió en 1880 la declaración:

« *considerar como definitiva y absolutamente devueltos en beneficio del instituto los desembolsos realizados por mí y por mi difunto hermano para el mantenimiento de la casa por el período de muchos años, no siendo suficientes para ello las rentas del instituto. Estos subsidios nuestros* — añade — *se mantenían en evidencia para hacer valer sobre los mismos nuestras razones en caso de que se hubiera querido dar al instituto una dirección no conforme a nuestra voluntad.* »

Naturalmente no se había tenido en cuenta el tiempo y la dedicación total dedicada por el Padre a la obra. Y sin embargo, si la casa era considerada a semejanza de las instituciones públicas, se le habría debido reconocer un salario adecuado. Precisamente a tal benefactor de la ciudad y de la sociedad se le amargaba la vejez con la desgastadora presión de quienes no habían vertido una gota de sudor y no ofrecían ni un centavo, pero pretendían todo el control...

Sin embargo, si es tan fácil como cruel combinar leyes facciosas en perjuicio de los generosos, los santos conocen la poesía de la caridad, amplia y sumisa en el dar e ignorante de la posesión. Ignorante de la posesión, al menos aquí abajo.

Por qué el Padre opuso tan tenaz resistencia a la erección de la obra en persona jurídica

Fue durante esta diatriba cuando alguien dirigió al Padre críticas, a las cuales en el memorándum de respuesta se les dan las calificaciones ahora de « *injuriosa* » y ahora de « *infamante* »: el memorándum revela la mano de un abogado, pero la fuerza del tono debió venir del alma santamente indignada del Padre Luigi. La insinuación más maliciosa le atribuía haber mendigado reconocimientos y apoyos del gobierno austriaco, mientras se oponía tenazmente a la injerencia del gobierno italiano. La falsedad histórica de la acusación y el veneno que estaba sutilmente implícito en ella no podían menos que ofender el celoso sentido de la verdad y de la justicia del que estaba impregnado. El Padre Luigi había luchado denodadamente bajo Austria por la exención de los controles gubernamentales y para reivindicar la sagrada libertad de la caridad cristiana. Si había actuado así bajo un régimen al menos en apariencia respetuoso con los valores religiosos, ¿por qué no debía continuar con tal comportamiento bajo un régimen cuyas leyes y práctica estaban dominadas por una inspiración totalmente diferente?

Las causas de la resistencia del Padre se describen de forma más sutil en un informe anónimo y sin fecha a la diputación provincial, con estas palabras un tanto contorsionadas:

« *Para cualquiera que insistiera en investigar los orígenes, se vería forzado a reconocerlos en una especie de aversión convencional, que en ciertas esferas se busca infundir aun en los espíritus mejor intencionados — ¡esto, al menos, se admite del Padre! — contra el principio de la autoridad laica, que se ve con temor, debido a los viejos prejuicios, extender el prestigio e influencia de su actividad en aquellas instituciones que se habían creído una exclusiva y a la vez un instrumento de poder para una Causa cuyo reino no es de este mundo.* »

El Padre Scrosoppi habría podido responder que la caridad se hace precisamente en este mundo, y que la verdadera intención de los adversarios era eliminar al sacerdote y a la hermana — y por tanto la influencia religiosa — del lecho de los enfermos y del lado de los huérfanos. ¡Naturalmente « *en el nombre de la libertad* »!

Pero él, con su espíritu realista, amó subrayar especialmente las absurdas consecuencias prácticas que se habrían derivado de la injerencia gubernamental:

« *Dígase a mí* — escribía en 1868 —: *suponiendo que ahora la casa se encontrara bajo la autoridad de vigilancia, el director o el administrador de esta, ¿qué debería hacer hoy, cuando la casa está sin un centavo, sin polenta, privada por completo de lo que se necesita? La autoridad de vigilancia debería o bien proveerlo, o mandar que se cierre la casa, poniendo en la calle a todas estas pobres niñas albergadas en ella. Nadie suministraría nada a la casa sin tener una garantía de ser pagado. ¿Y quién hará esta garantía? Ciertamente ni el director ni el administrador podría hacerlo, bajo el peligro de tener que sucumbir al pago. Solo este año estoy expuesto a gastos por más de 3.000 liras.*»

El fundador tuvo que sufrir sobre todo porque se desconocía la dedicación de las hermanas, que ni siquiera podían ser llamadas hermanas, sino solo maestras. Se ha visto que para aquellas destinadas al asilo se quería incluso la deposición del hábito religioso. ¿Qué habría sido de la obra sin ellas?

« *Si las maestras dejaran la casa* — escribía — *¿qué sería de la casa? Si las maestras se encuentran en la casa, ¿no es tal vez porque es una casa privada? ¿Y regulada por su presente estatuto? Si se hicieran modificaciones, ¿continuarían ellas permaneciendo allí? A mi parecer ciertamente no. ¿Cómo entonces, maestras asalariadas, sin rentas patrimoniales? ¿Se puede por tanto solicitar un decreto real para la piadosa casa, mientras que, antes de que este pudiera ser otorgado, la casa habría podido quebrar?* »

El Padre no pedía, para sí y para las hermanas, sino el derecho de poder sacrificarse en las obras de bien; le tocó en cambio también discutir con quienes disputaban, pero sin sacrificarse y debidamente remunerados. Al final, sin embargo, pagó el tributo querido por César. Por fortuna, aun a través de no pocas humillaciones y contradicciones, las obras pudieron sobrevivir y las hermanas continuar su misión; no reconocidas por la ley humana, pero por alguien más arriba sí. Y era esto lo que contaba.

Las obras de caridad, aunque a duras penas, se salvaron porque su asunción habría implicado cargas financieras que el gobierno no quería asumir. La matanza, en cambio, fue fácil cuando se trató solo de tomar. Y el Padre Scrosoppi no sufrió solo por sus Filippini,

sino también por otras congregaciones. En septiembre de 1866 — escribe Tinti — ante la supresión de las monjas de Santa Clara [5] y la incautación de su convento, que ya había tenido lugar de una manera y bajo circunstancias muy deplorables, el Padre Luigi, que extendía su amor y sus cuidados también a las demás instituciones, sufrió por ello un gravísimo pesar, e inició todos los trámites, y empleó todos los medios posibles para obtener unos locales donde aquellas sagradas vírgenes del Señor pudieran refugiarse lo mejor posible, continuando viviendo en comunidad. Del convento del siglo XIII de los *Uccellis* pasaron, en efecto, al convento antes de los Siervos de María cerca de la basílica de *Le Grazie*, y el hermano del Padre Luigi se convirtió en su confesor y director espiritual.

Ni menor sufrimiento experimentó, él un terciario franciscano, por la supresión de los Capuchinos; y se regocijó algunos años más tarde, cuando vio su convento redimido y la familia reconstituida.

El Concilio Vaticano I y la ocupación de Roma

Mientras se celebraba en Roma el Concilio Vaticano, el periódico *L'Unità Cattolica* se hizo promotor de una colecta entre los sacerdotes, proponiendo como mínimo « *el ofrecimiento de una misa* ».

En los tres volúmenes "*Voti del Clero Italiano per la definizione dogmatica dell'infallibilità pontificia"*, bajo la fecha del 5 junio encontramos también los nombres de una cincuentena de sacerdotes de la ciudad de Udine, de los cuales el del Padre Scrosoppi por 5,04 liras y el de su hermano *don* Battista y de *don* Felice Linda, confesor de las *derelitte*, por 2 liras cada uno. Pequeño signo de cuánto el Padre suspiraba por aquella aureola alrededor de la tiara papal.

Poco después, el 20 de septiembre, las tropas italianas penetraban en Roma y tenía fin el Estado Pontificio. Hoy, para nosotros, es del todo inimaginable el desaliento y el desconcierto que experimentaron los buenos católicos de la época. El Padre Luigi estuvo inquebrantablemente con el « *prisionero del Vaticano* ».

El 8 de octubre el alcalde de Udine, conde Gropplero, escribía al Padre:

« *Tengo el placer de comunicar a Vuestra Señoría que en la caja municipal existe una orden de pago de la suma de 100 liras a título de subsidio a favor de ese instituto, que la junta municipal ha decidido disponer para festejar el gran acontecimiento nacional cumplido con el plebiscito romano, que unió aquellas provincias al resto de Italia.* »

Obviamente el Padre no acudió a cobrar aquella donación así motivada; escribió de su puño y letra en la nota municipal: « *No respondida* ». El 23 de marzo de 1867 — ocho días después de que hubiera sido invadido y saqueado el palacio arzobispal — se le había

[5] El monasterio de s. Chiara fundado en 1294 por Enrico Stanca llamado Uccelluto fue un instituto de educación. Suprimido por el decreto napoleónico de 1810, fue dejado como internado a las monjas. Habiendo cambiado de gobierno, fue de nuevo reconocido como comunidad religiosa hasta 1866, cuando, secularizado, fue utilizado para la educación femenina bajo el nombre de Instituto Uccellis; (Ver F. Di Toppo, Sull'istituzione della Commissaria Uccellis - Fondazione e storia del Collegio, Udine 1875, págs. 7-10).

entregado a la Casa una suma igual: y una difundida tradición, que debe referirse a aquella circunstancia, dice que la rechazó.

En 1867 el ofrecimiento se acompañaba a la humillación del Arzobispo; en 1870 a la del Papa. Un dinero de tal clase no le pareció ciertamente idóneo para comprar un poco de pan para las pobres huérfanas.

Capítulo 7

LA CONGREGACIÓN SE DIFUNDE EN EL TRENTINO (1868-1876)

El buen nombre de las hermanas de Primiero

Cerca de ochenta kilómetros separan Fiera di Primiero de Trento.

A mediados del siglo XIX se requerían tres horas de carruaje para recorrer los primeros veinte kilómetros, de Trento a Levico; y un día entero para trepar desde Levico a Primiero, procediendo en su mayor parte a lomo de mulo entre las Dolomitas.

El jovial decano de Primiero, *don* Sartori, recorría aquel camino varias veces al año para dirigirse ante la curia de Trento. A lo largo del camino, pernoctando en alguna rectoría o deteniéndose en otra para tomar aliento, alababa abiertamente a las Hermanas de la Providencia, que habían sido una verdadera bendición para su parroquia. Esto no dejaba de despertar, obviamente, la sana envidia de sus hermanos. Había tenido una excelente intuición aquel sacerdote montañés acostumbrado a la fatiga.

No había sin embargo necesidad de las alabanzas proclamadas a gran voz por el decano; la buena fama de las religiosas llegadas a Primiero desde Udine se esparció rápidamente a lo largo de los valles, especialmente en la Valsugana. Puesto que, si el mal sobre la tierra vuela con la rapidez de un buitre, por la gracia de Dios el bien también se difunde, tal vez con ritmos menos rápidos pero con la gracia de las palomas.

Fiera di Primiero (TN). Panorama y hospital de s. Giuseppe. Las hermanas comenzaron su servicio en 1866.

La Hermana Gioseffa Luigia Visentini ejercía tal vez una autoridad un poco demasiado rígida sobre la comunidad religiosa de Primiero; pero, en compensación, las hermanas ofrecían un servicio admirable y ejemplar, tanto en la asistencia a los enfermos del pequeño hospital, como en la escuela para las niñas, y en el oratorio festivo y en la congregación de

las « *hijas del Sagrado Corazón* », que estaba tan en el corazón del decano y que el Padre Luigi recomendaba en todas sus cartas a aquellas lejanas hijas espirituales.

No sorprende por tanto que las Hermanas de la Providencia fueran muy pronto invitadas a asumir la gestión de otras instituciones en Levico y en Roncegno de Valsugana, aunque dichas iniciativas no hayan tenido luego un resultado positivo.

Obras no realizadas en Levico y en Roncegno

Levico es una bella pequeña ciudad a 307 metros sobre el nivel del mar, situada casi al principio occidental de la larga y fértil Valsugana. Recostada en las pendientes meridionales de la Canzana y del monte Fronte, densa de pinos que se miran en el lago del mismo nombre, que el bastión de colinas de Tenna separa del lago de Caldonazzo, de cinco veces mayor. Precisamente en aquellos años — en 1860 — se comenzaba a explotar industrialmente las fuentes de aguas minerales y arsenicales que brotan cerca de Vetriolo, y que hicieron de Levico una estación buscada para la cura de la anemia y de las enfermedades cutáneas.

In Levico había entonces un pequeño hospital de quince o veinte camas, administrado por el común.

El 16 de julio de 1869 *don* Deoprani, pro-decano y dirigente de la congregación de caridad, escribía a *don* Sartori rogándole mediar a fin de que las Hermanas de la Providencia asumieran su gestión. Y *don* Sartori escribía a su vez al Padre Luigi con su habitual estilo expeditivo:

« *Haga usted por tanto de manera que el asunto llegue a buen puerto; habría también allí la posibilidad de hacer el bien, para no tener luego que rendir cuenta del bien que se podía hacer y no se ha hecho.* »

El decano de Primiero no dejaba de enviar muchos saludos a *don* Fantoni de parte del ruiseñor, el cual en aquellos días — decía — había permanecido en silencio a causa de la muda.

El fundador le respondía que las Hermanas de la Providencia no serían contrarias a aceptar la dirección y la asistencia del hospital de Levico, siempre que la situación política hubiera mejorado, y exponía en siete puntos las condiciones mínimas necesarias para abrir la nueva casa. Pero el asunto no tuvo continuidad, precisamente porque los acontecimientos políticos empeoraron.

« *Aquí se suspira* — concluía — *para no llorar, esperando de día en día, tras una tormenta, el buen sereno.* »

En lugar del buen tiempo llegó la ocupación de Roma, mientras sobre la *Casa de las Derelitte* y sobre la congregación de las hermanas se espesaba cada vez más amenazadora la sombra de leyes opresivas.

A mitad de la Valsugana, en la pequeña ciudad de Roncegno, había un hospital aún más pequeño que el de Levico. Había huéspedes, de hecho, de cuatro a ocho enfermos en la temporada de verano y de ocho a quince en la de invierno. El 28 de diciembre de 1870 *don* Alessio Pretis, párroco del lugar, en nombre del municipio rogaba al Padre Luigi enviar allí

a dos de sus religiosas. Pero el Padre respondía el 12 de enero de 1871 que le era imposible aceptar:

« *Puesto que* — decía — *está establecido por regla que estas hermanas no pueden establecerse en ningún lugar en número menor de cinco.* »

Obviamente Roncegno no tenía necesidad de tantas personas, puesto que las hermanas corrían el riesgo de ser más numerosas que los enfermos.

Por entonces, por tanto, las hermanas no fueron a Roncegno. Se establecerán allí algunos meses después de la muerte del fundador. Y fue esa la última obra aceptada por él: la última de aquellas doce que, como él había predicho, serían abiertas antes de su muerte. ¡Doce! El presagio se inspiraba en su viva devoción hacia los doce apóstoles del Señor.

Las hermanas enviadas a Gorizia

En el otoño de 1868 llegó al Padre Luigi otra invitación, de otra zona y para una obra diferente.

Había en Gorizia un floreciente instituto para sordos, dirigido entonces por *don* Andrea Pauletig, donde prestaban asistencia cuatro hermanas ursulinas, quienes en la ciudad gestionaban también un gran colegio. La superiora general de aquellas hermanas había decidido retirarlas a mediados de noviembre:

« *Porque* — decía — *no fueron concedidas todas aquellas condiciones requeridas por las reglas de su congregación.* »

Esta vez fue el jesuita Padre Antonio Banchich, amigo devoto del Padre Luigi, quien le escribió el 31 de octubre:

« *Aquí se necesitarían cuatro de sus hermanas, que conozcan la lengua italiana y algunas la eslovena, y sepan ya, o al menos estén en condiciones de aprender, el método para la educación de los sordos. Para el comienzo, en caso de que no se pudieran tener todas, se aceptarían incluso solo dos. Sé que usted tiene allí a dos hermanas bien instruidas en esta materia, y tiene también de lengua eslovena. Le envío con esta carta el estatuto y el reglamento del instituto, a fin de que evalúe el asunto. Espero que se sentirá impulsado a aceptar esta obra del Señor; las Hermanas de la Providencia proveerán al bien de los sordos y al crecimiento de su congregación.* »

La decisión debía ser tomada en plazos brevísimos, puesto que el viernes 6 de noviembre se reuniría la junta del instituto para tomar las decisiones necesarias.

No ha quedado la respuesta del Padre Luigi, pero fue evidentemente negativa. Quizá él esperaba todavía mantener en vida la casa para sordas que había abierto en Udine, aunque no encontraba apoyo alguno por parte de las autoridades civiles. No se explicaría, de otro modo, cómo no envió a Gorizia a la Hermana Saveria Pascolatti o a la Hermana Costanza Murero, a quienes había hecho instruir expresamente para aquel apostolado ante las Canosianas.

Las Hermanas de la Providencia comenzarán el servicio en aquel instituto medio siglo más tarde, el 13 de noviembre de 1920.

Las Hermanas de la Providencia en Tesero

Las cosas fueron bien, en cambio, para Tesero, de cuyo hospital las Hermanas de la Providencia asumieron la dirección a primeros de junio de 1869.

Tesero es una de las más antiguas villas del Val di Fiemme, en el Trentino septentrional, renombrada por sus viejas casas embellecidas por características ventanas geminadas (bifore) y por balcones de madera. El pueblo se recuesta sobre una meseta a la desembocadura del río Stava y del valle del mismo nombre, en la orilla derecha del río Avisio, que desciende luego entre profundos barrancos en el Val di Cembra, espumando contra las rocas de pórfido.

Tesero (TN). Al hospital Giovanelli las hermanas llegaron en 1869.

En Tesero había un hospital que servía a todo el valle: una institución bien organizada para aquellos tiempos, capaz de sesenta camas y en caso de necesidad incluso más, con su propio capellán y su propio médico.

Habían tenido su gestión durante unos veinte años las hermanas de San Vicente de Innsbruck (conocidas como las « *cappellone* »); y desde 1861 las hermanas de María Bambina.

A primeros de 1868 un sirviente del hospital, instigado por el médico de entonces, había acusado a la superiora de desorden y de abusos en la administración del instituto. Había seguido un juicio, al cierre del cual el calumniador había retractado las acusaciones y pedido perdón. El médico instigador había sido alejado y en su lugar había sido llamado el doctor Crescini, ya médico en Primiero, donde había podido conocer y admirar a las Hermanas de la Providencia.

Pero el asunto no terminó allí, porque las hermanas de María Bambina decidieron retirarse del hospital. No fueron de utilidad ni la mediación del Obispo de Trento ni el ofrecimiento realizado por la dirección del hospital de aceptar cualquier condición o propuesta. Declararon que se irían irrevocablemente el 1 de junio de 1869.

El decano de Cavalese, *don* Corrado Mersa, y el doctor Crescini recurrieron entonces a la intercesión de *don* Sartori para tener a las Hermanas de la Providencia. El doctor Crescini escribía:

« *Toda nuestra esperanza está puesta en usted, y vivimos confiados en que por obra suya nuestro hospital no se verá privado de un socorro tan humanitario y justo, a fin de que no triunfe un partido que desearía desterrar a toda orden religiosa. Estamos seguros de que se prestará con toda su autoridad para un fin tan santo.* »

El decano de Primiero envió las dos cartas al Padre Luigi el 1 de mayo, añadiendo una suya, en la que le decía con el habitual tono:

« *Proponga el asunto a la superiora, supere las dificultades que surgirán, esboce las condiciones y envíemelas, de manera que yo pueda hacerlas llegar; organice una visita al lugar, pero haga de modo que su deseo sea cumplido para el 1 de junio.* »

El fundador respondía el 4 de mayo, aceptando en línea de principio la propuesta. Poco después, para confortarlo en la decisión, llegaba al arzobispo de Udine una carta del Obispo de Trento fechada el 19 de mayo:

« *Muy satisfecho como estoy de la excelente obra que estas venerables religiosas prestan ya desde hace algunos años en el hospital de Primiero, no puedo menos de recomendarme encarecidamente a Vuestra Excelencia, a fin de que sea aceptada la oferta de este nuevo campo que se abre a su caridad.* »

Sin embargo el Padre Luigi quiso informarse sobre las razones que hacían del hospital de Tesero una sede difícil para religiosas, puesto que ya dos congregaciones lo habían abandonado. Escribió él mismo al jesuita Padre Ferdinando Moser, que había sido su huésped en Udine, preguntando por qué lo habían dejado las hermanas de Innsbruck; el Padre Moser le respondió el 21 de mayo que la causa habían sido las estrecheces económicas y algunas pesadas e inoportunas exigencias locales. *Don* Fantoni pidió similar información respecto a las hermanas de María Bambina a su amigo *don* Emanuele Bazzanella, profesor en el seminario de Trento y director del periódico *La Voce Cattolica*. *Don* Bazzanella respondió que en último análisis la verdadera causa por la cual las Hermanas de la Caridad decidieron abandonar el hospicio de Tesero residía en el hecho de que ellas habían abierto mejores centros en el Reino de Italia, donde las peticiones eran tantas que no podían satisfacerlas todas.

No dejaba sin embargo de añadir algunos consejos:

« *Con cuánto agrado vería ahora establecerse allá arriba a las Hermanas de la Providencia, por el gran bien que quiero a la congregación. Suponiendo que se llegue a una conclusión para enviar a Tesero a las buenas hermanas de Udine, sigan esta norma: ¡el menor número de sirvientes y sirvientas posible! Más bien hagan el sacrificio de añadir algunas hermanas más. En la dieta de los enfermos que la superiora sea generosa con la comida más bien que lo contrario. El régimen de ciudad es insufrible para aquellas*

naturalezas robustas de la montaña, que conservan aun en la enfermedad su estómago de hierro: de aquí derivaba gran parte de los descontentos con la pasada superiora. »

El camino por tanto no presentaba graves obstáculos. Pero el prudente fundador — escribe el Tinti — quiso cerciorarse con sus propios ojos tanto de las condiciones como del lugar donde eran requeridas sus amadas hijas espirituales. He aquí por tanto al Padre Luigi emprender solícito el largo y fatigoso viaje desde Udine a Cavalese.

Partió probablemente el 24 de mayo, puesto que la carta de presentación de la curia para poder celebrar la misa fuera de la diócesis es del 23.

No sabemos, en cambio, qué camino recorrió. El más cómodo — había escrito *don* Sartori — era el que llevaba por el ferrocarril desde Udine a Egna — una treintena de kilómetros al norte de Trento — y desde Egna a Tesero con la diligencia diaria de cuatro horas de viaje. Pero *don* Sartori lo esperaba con los brazos abiertos en Primiero, pasando por Conegliano y Feltre:

« *Desde Primiero a Tesero* — había añadido — *haré yo de guía, y luego lo embarcaré para el ferrocarril.* » Ciertamente, en la ida o en la vuelta, el fundador no omitió una visita a la pequeña comunidad de Primiero.

En Tesero encontró todo en perfecto orden, tanto respecto al hospital como para el alojamiento de las hermanas al cual estaba anexada una iglesia con el Santísimo Sacramento. Regresó a Udine satisfecho e hizo partir de inmediato a cinco hermanas bajo la guía de la Vicaria General Madre Strazzolini. La primera superiora de Tesero fue la Hermana Angela Rodaro, que había adquirido experiencia en el hospital de Portogruaro en la escuela de la Madre Cristina. Las cosas fueron de maravilla desde el principio, tanto que *don* Mersa podía escribir al Padre el 22 de julio:

« *En nuestros pueblos, y especialmente en Tesero, hasta ahora todo va muy bien, gracias a Dios, de quien proviene todo bien, cui omnis honor et gloria et gratiarum actio; gracias también a Vuestra Señoría Reverendísima miles y miles de veces.* »

Para prevenir problemas futuros, el Padre Luigi redactó un « *Reglamento disciplinario y Código de conducta de la Casa de Beneficencia en Tesero* », del cual nos queda su borrador autógrafo con correcciones y adiciones de su hermano Giovanni Battista. Lo envió el 6 julio a *don* Mersa, quien lo encontró muy oportuno y plenamente conforme a las necesidades del hospital de Tesero. Agradecía de nuevo al Padre por el feliz éxito de la empresa, inspirada y guiada por Dios con una evidencia palpable, y preveía un porvenir próspero para ella, porque las hermanas habían establecido la base verdadera para las mejores esperanzas.

Vale la pena explicar en qué consistía, para el celoso decano, aquella « *base verdadera* ».

Él observaba que dicha base, de excelente augurio, consistía en mantenerse rigurosamente reservadas y severamente apartadas de correspondencias y relaciones con personas extrañas, las cuales, llevando y trayendo chismes, habían terminado por poner en completo desorden al instituto. Las hermanas actuales, manteniéndose lejos de similares personas molestas y ocupándose exclusivamente de sus deberes, habían realmente dado en el blanco eliminando toda posibilidad de intriga. *Don* Mersa continuaba:

« *Créame, en el Val di Fiemme el único remedio soberano para triunfar sobre las malas lenguas es una reserva de hierro, o mejor, la reserva de los santos, la cual no confía nada a los extraños sin un preciso motivo de cargo, de caridad o de utilidad espiritual. Un silencio sistemático frente a los extraños impone respeto y confunde a quien desearía hablar mal.* »

Probablemente *don* Mersa no conocía aún el lema del Padre Luigi « *Trabajar, sufrir, callar* », en el espíritu del cual él había formado sólidamente a las Hermanas de la Providencia: y la Hermana Angela Rodaro era una figura lo más indicada posible para poner en práctica aquel prudente « *callar* ».

« ¡Oh, los Santos! »

El fundador permaneció en Tesero solo unos pocos días, mas bastaron para que dejara allí una profunda impresión. La gente se estrechaba a su alrededor como ante un santo y acudían no solo los habitantes de Tesero, sino los de todo el valle. De este clima queda testimonio en la historia de dos vocaciones, cuya semilla fue echada precisamente a finales de mayo de 1869.

Desde Castello di Fiemme llegó a Tesero la joven Maria Corradini, de veintidós años de edad; desde hacía años deseaba hacerse religiosa, pero estaba atormentada por temores y ansiedades a causa de ciertos obstáculos que parecían retenerla. El Padre la tranquilizó, asegurándole que todo se resolvería en poco tiempo y que con certeza entraría en su instituto. Más bien, según ella misma relató medio siglo más tarde: « *él intuyó también el motivo oculto por el que quería entrar al convento, del cual no había hablado con nadie* ». Entró de hecho en la congregación tres años después, el 3 de octubre de 1872, tomando el nombre de Hermana Vincenza de Jesús; falleció el 3 de marzo de 1929.

El otro caso concierne a Teresa Zeni de Tesero, quien se convirtió en Hermana de la Providencia en 1882 con el nombre de Hermana Eufemia y falleció en Cormons el 7 de noviembre de 1936. En esta circunstancia se repitió la profecía que el Padre Luigi había realizado en Portogruaro en 1838 a la futura Hermana Ottilia Liva.

He aquí cómo se habla de ello en una relación recogida para el proceso diocesano:

« *El Padre Luigi, dirigiéndose a la rectoría, encuentra en la calle a una niña de unos ocho años junto con su mamá, que le dice: Teresina, besa la mano al sacerdote. Teresina presenta prontamente su homenaje. El Padre Luigi, mientras según la costumbre le presenta el pulgar para besar* [1]*, le posa la mano izquierda sobre la cabeza y, apretándola dulcemente, le dice: Tú eres mía. Trece años más tarde la previsión se cumplió: llamada por Dios al estado religioso, la joven solicitó y obtuvo del Padre Luigi ser admitida entre sus hijas.* »

El primero de todos en sentir el encanto de la espiritualidad de Scrosoppi fue el decano mismo, *don* Mersa.

---

[1] Testigos en el proceso informativo depusieron que el Padre Luigi, a quienquiera que quisiese besarle la mano, le daba a besar el dedo pulgar, en la parte interna, porque decía que el pulgar y el índice están siempre en contacto con Jesús (Summarium, p. 156, par. 535; etc., en Positio...).

En la biografía de la Madre Cecilia Piacentini se lee esta amable página:

« *Un radiante día de mayo de 1871, la Madre Angela Rodaro y la Hermana Cecilia dejan el camino principal que lleva a Cavalese para internarse en un sendero estrecho en medio de los bosques perfumados de resina y los prados salpicados de flores.*

Deben dirigirse allí para tratar asuntos con el presidente del hospital, don Corrado Mersa, sacerdote enteramente dedicado a Dios y a sus pobres. La acogida es tan cordial como la despedida. El sacerdote recomienda a la superiora saludar de su parte al fundador cuando le escriba, pues decía: Yo le considero una de las almas más santas de este mundo.

La criada decide acompañarlas para desahogarse un poco con las Hermanas de la Providencia, esperando que puedan comprenderla.

Comienza a relatar cuán gravoso, y a veces imposible, es servir a los santos; cómo su amo es excesivamente generoso con la caridad, tanto que a menudo la carne desaparece de la marmita; el sábado ya no encuentra la ropa limpia porque ha sido donada a los pobres y se ve obligada a esconder las cosas. Además añade: Después de que entabló amistad con el Padre Luigi Scrosoppi, cuando vino aquí por el hospital y durmió en la rectoría, mi señor decano ya no quiere que le haga la cama ni tampoco que le limpie la habitación; quiere hacer todo por sí mismo, como un cartujo. Esta costumbre la aprendió de vuestro Padre... Un día, casi sin darse cuenta, me lo confesó. ¡Oh, los santos!

La mujer continuó sus quejas hasta que llegaron frente a la iglesia de la Addolorata. Las dos religiosas se apresuraron a expresar el deseo de entrar en la iglesia para venerar la estatua prodigiosa de la Virgen y así se despidieron [2]. »

En su carta del 22 de julio de 1869, *don* Merza — entusiasmado por la paz que las Hermanas de la Providencia habían llevado a Tesero y por la renovación espiritual promovida por su ejemplo — se había dirigido al Padre Luigi para que le enviara al jesuita Padre Banchich para dar un curso de predicación en Cavalese:

« *bajo la forma de ejercicios espirituales* — escribía — *tanto para el jubileo como para otra solemnidad que pretendo celebrar en dicha ocasión: el centenario de la Bienaventurada Virgen Addolorata, muy venerada en este valle. Desearía una tal predicación para los primeros días de noviembre. Ruego por tanto a Vuestra Señoría Reverendísima tener a bien dignarse servir de mediador para obtenerme esta gracia, sin omitir medio alguno útil para tal fin e insistiendo con ruegos y súplicas hasta que seamos escuchados.* »

Había sido sin duda el Padre Scrosoppi quien había propuesto el nombre de su queridísimo Padre Banchich; en las conversaciones que había mantenido con el decano habrán hablado de la situación religiosa local y el Padre habrá sugerido un curso de ejercicios predicado por su amigo como el medio más eficaz para suscitar una generosa reacción a la difusión de la indiferencia religiosa y de la hostilidad contra la Iglesia. Se ve una vez más con qué celo el Padre Luigi se preocupaba por la gloria de Dios y el bien de las almas, aun fuera de sus obras de caridad.

---

[2] M. MAKAROVICHI, La solerte giardiniera di Rosa Mistica - madre Cecilia Piacentini, Albano 1955, págs. 67-68.

Las hermanas encontraron por tanto en el Val di Fiemme aquella devoción a la *Addolorata* de la cual el fundador se hacía promotor desde hacía más de treinta años. Ese hecho de hacerse la cama uno mismo y de limpiar su propia habitación recuerda a la mente los propósitos del Padre Luigi de noviembre de 1856, cuando se había hecho cargo de esos humildes servicios no solo para sí mismo sino también para sus hermanos. Los había practicado durante once años en la casa al lado de Santa Maria Maddalena y había permanecido fiel a ese método riguroso en la casita donde se había refugiado, tras su alejamiento, junto con su hermano arcipreste.

Contratiempos para la escuela de Orzano

Mientras la divina Providencial abría al Padre Luigi en el Trentino amplios horizontes de esperanza, contratiempos sobre contratiempos le llovían encima en las obras de Orzano y de Cormons, sobre todo en el ámbito escolar.

Gobernar no es ciertamente fácil. Mas no es una perogrullada decir que la peor manera de hacer leyes es la teórica, sin tener en cuenta la realidad concreta, para luego aplicarlas con una precisión burocrática pegada a la letra de la ley, a costa de dañar la vida real. Cuando además la ley es dictada y aplicada con encono partidista, la situación se vuelve desastrosa.

El gobierno italiano y las autoridades locales habían utilizado tal método respecto a las instituciones de caridad promovidas y dirigidas por eclesiásticos o religiosos, exigiendo controles invasivos, a costa de secar las fuentes de la caridad privada y de poner en la calle a los pobres que se beneficiaban de ella.

El mismo sistema se adoptó en materia escolar también. Que hubiera necesidad de organizar la enseñanza, tanto para hacerla universal como para establecer programas uniformes y calificar al personal docente, se podía razonablemente conceder. Naturalmente, respetando la libertad de enseñanza que la Iglesia y el pensamiento católico han reivindicado siempre como una condición de la misma libertad personal; no hay en efecto peor dictadura que aquella que pretende encuadrar los cerebros. Pero el espíritu de facción hace fácilmente trascender de las instancias razonables a las exigencias absurdas.

En el Friuli, después de 1866, el control de las escuelas había caído en las manos de Gabriele Pecile, un pariente del Padre; él había llevado allí una animosidad anticlerical deplorada por muchos entre los mismos liberales e incluso por algunos sacerdotes renegados. En semejante clima intoxicado, incluso la pequeña escuela de las Hermanas de la Providencia de Orzano tuvo su desagradable problema.

El 27 de abril de 1869, el alcalde de Remanzacco escribía a Anna Molinis — Hermana Matilde — entonces directora de la escuela de Orzano (del pueblo de Orzano), comunicando que el consejo escolar había deliberado tolerar la existencia de las escuelas privadas solo hasta el final del mes de julio. La Hermana Matilde, ciertamente por indicación del Padre, respondió el 29 de abril que ya había terminado las lecciones gratuitas que ofrecía a las pobres niñas de Orzano y que había decidido no reanudarlas más en lo sucesivo.

¿Qué habrían pensado los administradores del municipio de Remanzacco? La solución, en teoría, era fácil: habría bastado que el común hubiera construido una escuela propia en

Orzano y la hubiera confiado a una maestra diplomada y retribuida. ¿Pero dónde encontrar los medios? ¿No era más sensato dejar que las hermanas mantuvieran gratuitamente, y en locales gratuitos, la escuela que gestionaban desde hacía quince años?

Las cosas llegaron a su punto crítico en el otoño, cuando habría debido comenzar el nuevo año escolar y la escuela de las hermanas no fue reabierta. ¡Es fácil imaginar el desorden levantado por los habitantes de Orzano!

El 2 de noviembre, el alcalde de Remanzacco, el señor A. Giupponi [3], se vio obligado a escribir esta elocuente carta al Padre Luigi:

« *Fue una providencia, una verdadera bendición del cielo para los habitantes de Orzano ver fundada en esta aldea una filial de aquella meritoria Casa de las Derelitte de Udine, de la cual usted, distinguidísimo señor, es el patrono, el director y el sucesor de aquel piadoso hombre que era el Padre Carlo Filaferro; desde ese momento, en esa filial, las niñas del pueblo podían recibir el pan benéfico de la instrucción moral y familiar.*

Usted no puede imaginar mi dolor y el común pesar al saber que esta instrucción, por tantos años tan provechosa, había terminado repentinamente el verano pasado. Y la pérdida de este beneficio se siente tanto más ahora, porque quién sabe cuándo se podrá obtener la escuela femenina, careciendo actualmente Orzano de locales y de una maestra.

Solo usted podría remediar tanto daño y devolvernos la calma, a mí y a los habitantes, sobre este tema.

Que su excelente corazón, con un nuevo rasgo de aquella caridad evangélica que lo distingue, tenga a bien anular la suspensión de la instrucción que tanto ha entristecido a esos buenos aldeanos, quienes con tanta satisfacción veían a sus hijas tan bien encaminadas hacia una educación doméstica.

Además del bien general, tenga a bien concederme también a mí el consuelo de ver que, a raíz de mi interés, usted se ha dignado permitir que las buenas hermanas del instituto se presten de nuevo a la enseñanza de aquellas pobres niñas, al menos hasta que mejores circunstancias permitan aliviarlas de tal fatiga. »

El Padre Scrosoppi bien habría podido replicar: ¿Y quién lo ha querido? Se limitó en cambio a responder el 6 de noviembre que había accedido a fin de que en Orzano las hermanas maestras de la *Casa de las Derelitte* garantizaran la instrucción para ese año también, como de costumbre, para las pobres niñas del pueblo.

Probablemente Giupponi había firmado la intimación del 27 de abril doblegándose a una orden superior, puesto que de esta carta trasluce su gran estima por la obra de las hermanas, con algunos apuntes sobre sus relaciones personales de amistad con el Padre, confiando en que este habría accedido precisamente a raíz de su interés. Quizá él era un descendiente de aquel Angelo Giupponi que había estado tan estrechamente ligado a la familia Scrosoppi y padrino en el bautismo de Giovanni Battista.

---

[3] Nacido en Udine en 1799 y fallecido en Remanzacco en 1873, perteneciente probablemente a la misma familia a la que perteneció el homónimo Giupponi, padrino de bautismo del hermano del Padre Scrosoppi, Giovanni Battista (ver Parte I, Capítulo 1, nota 8).

Tranquilas las escuelas en la *Casa de las Derelitte*

Por el contrario, ningún documento deja entrever problemas para las escuelas de la casa de Udine. Un poco, tal vez, porque allí enseñaban hermanas regularmente diplomadas; un poco porque los mismos adversarios — incluido su primo — no podían negar el respeto y la reverencia hacia el Padre Luigi. Hubo, de hecho, alguna personalidad que expresó su aplauso.

Muy cortés, por ejemplo, se mostró el caballero Federico Bellazzi, diputado al parlamento, el cual en el otoño de 1866 visitó la *Casa de las Derelitte* por cuenta de la inspección de las prisiones y de las casas de corrección en las provincias venecianas, quedando muy satisfecho de ella. Por una carta a él dirigida por el fundador el 29 de noviembre, sabemos que el Padre Luigi le había enviado, a petición suya, una breve reconstrucción histórica de los orígenes de la casa y del desarrollo de las obras anexas. Añadía a ella:

« *A la pregunta de si la casa podía asumir la dirección, la vigilancia y la asistencia de algunas pobres jóvenes en dificultad, así como de algunas detenidas para rehabilitación, el abajo firmante responde que de muy buena gana se prestaría a esta santa obra, siempre que se dispusieran locales separados.* »

Bellazzi le agradecía el 12 de diciembre, reservándose volver sobre el proyecto del instituto de corrección. De tal iniciativa se encuentra tal vez un indicio en algunas gestiones para abrir un centro de acogida en la *calle di Mezzo*, gestiones que sin embargo no llegaron a cumplimiento.

Sin embargo, en la *Casa de las Derelitte* fue acogida posteriormente de forma ocasional alguna joven confiada por la *pretura* (tribunal local de primera instancia con juez unipersonal) o por el tribunal de Udine.

Decididamente favorable al Padre Scrosoppi y a sus obras fue el diputado provincial Putelli [4], quien por mandato de la prefectura inspeccionó la casa el 25 de mayo de 1871. En el informe de la visita, Putelli recuerda ante todo a los dos fundadores « *que dieron* — dice — *todo su propio patrimonio a fin de dar vida a tal piadosa fundación.* »

Poco después añade:

« *La obra pía subsiste mediante la caridad pública y privada, con el trabajo, así como en virtud de los grandes sacrificios de quienquiera que la dirige, de las maestras y del personal auxiliar, que ofrecen cuanto poseen en beneficio de la casa. No se corresponden compensaciones o salarios a nadie. Cada prestación se realiza por puro espíritu de caridad...* »

Y concluye:

« *El abajo firmante ha creído de su deber expresar al director el Padre Luigi Scrosoppi su plena satisfacción por el curso regular, el crecimiento y la prosperidad de un instituto fundado por él, de tanto decoro y utilidad pública; merecen al mismo tiempo una palabra de alabanza la dirección y los protectores, que se esmeran por mantener viva, activa y próspera una fundación tan providencial.* »

---

[4] Abogado (1816-1885) de Palmanova (Udine), participó activamente en los acontecimientos políticos de 1848; ocupó cargos públicos. Tuvo el culto de la patria y promovió cada institución liberal y cada progreso del País. (Cfr. La Patria del Friuli, 18-5-1885).

La declaración de Putelli es tanto más notable cuanto que era emitida en el período más agudo de la lucha por transformar la casa en persona jurídica. El mismo Putelli tuvo posteriormente el modo de expresar concretamente su admiración hacia el Padre, influyendo en la diputación provincial a fin de que esta le fuera más benévola que cualquier otra autoridad.

Cerca de dos meses después de la visita de Putelli, la prefectura de Udine anunciaba, el 15 de julio de 1871, la visita de una comisión nombrada por el consejo escolar, con el fin de estudiar las condiciones presentes de los institutos educativos femeninos, tanto en lo que concierne a la parte administrativa como a la didáctica, o proponer las reformas juzgadas necesarias. La componían Lanfranco Morgante, el doctor Carlo Luigi Schiavi y el noble doctor Niccolò de Brandis. A esta visita debe tal vez referirse el episodio narrado por el Tinti:

« *El conde Federico Trento, patricio de Udine, que a la nobleza de la sangre unía un profundo sentimiento religioso y un verdadero amor a la patria, durante más de veinte años fue un protector válido de las instituciones de caridad y un amigo íntimo del Padre Luigi. El noble, a causa de su leal franqueza y de su noble ingenio, tenía fácil acceso ante las autoridades y se valía de ello para ser útil a las obras pías.*

Relataba él mismo que un día, presidiendo con un representante del gobierno los exámenes de las niñas huérfanas en el instituto de Scrosoppi, mientras las jóvenes daban pruebas de la instrucción recibida de las buenas hermanas, aquel señor alababa tanto a las alumnas como a las maestras. Pero no bien oyó el examen de religión, vuelto serio de rostro dijo:

Señor conde, — le dijo — *esto no me agrada; sepa que yo soy un librepensador.*

A lo que el espirituoso conde respondió: Yo soy un librepensador también. ¿Cómo? — replicó el señor maravillado — *¿Usted, un partidario de las monjas, es un librepensador?*

Sí, — afirmó el conde — *es más, le añado que las hermanas también son librepensadoras; y por ello, si usted se considera libre de no profesar la religión, déjeme a mí y a estas hermanas del mismo modo libres de creer y de enseñar la doctrina cristiana. Semejante conclusión no admitía réplica, y por ello maestras y escolares fueron dejadas en paz.* »

Mar gruesa en la escuela de Cormons

En Cormons existían dos escuelas femeninas: la pública del municipio y la gestionada por las hermanas en su propia casa. Semejante dualidad no podía sino generar tensiones, tanto más cuanto que, tras la muerte en 1867 de la Hermana Eletta Cucito, estimada por todos, se verificó algún desacuerdo entre las mismas hermanas diplomadas.

En parte por estos motivos y en parte por el clima político de la época, entre 1868 y 1872 unas intrincadas peripecias turbaron la casa de Cormons y arriesgaron hacerle perder a su celoso director espiritual, el jesuita Padre Giuseppe Rossi.

Él mismo relata los detalles de ello [5], aunque su relato parece influenciado por su apasionada participación en los acontecimientos. No hay que olvidar que en aquellos

[5] Crónica referente a la escuela popular de las Hermanas de la Providencia en Cormons desde 1866 hasta 1872, fasc. 24, ms. 9, cc. 14, A.L.S.

tiempos, entre católicos y liberales, reinaba en todas partes una antítesis agudísima, que el Padre Rossi vivía con particular intensidad.

Los problemas fueron principalmente dos.

Al principio del año escolar 1867-68, el renovado consejo municipal de Cormons deliberó por unanimidad encomendar a las Hermanas de la Providencia las escuelas femeninas municipales, repartidas en cuatro clases. El municipio habría garantizado una contribución de cuatrocientos florines al año y la leña para la calefacción de invierno.

Al final del año escolar, el Padre Luigi pidió que la retribución fuera llevada, para el año siguiente, a ochocientos florines. El Padre Rossi consideraba razonable la petición, « *pero tal vez* — escribe — *era mejor tantear el terreno antes de arriesgar el fracaso, como luego ocurrió.* » Además, por motivos desconocidos, la nota del fundador no fue presentada en julio, no bien fue redactada, sino hacia finales de octubre, muy cerca de la reapertura de las escuelas.

« *El municipio tuvo la impresión de ser tomado por el cuello* — observa el Padre Rossi —. *Los adversarios se aprovecharon de ello enseguida; se dijeron cosas enormes... Quítese la escuela a las hermanas, gritaron, y ábrase en otra parte, aunque tuviera que costar incluso mil florines, con tal de salvar el honor de la comuna.* »

Al final, con tal de no pagar los ochocientos florines pedidos por el Padre Luigi, el común prefirió gastar mucho más. Se contrató inmediatamente a dos maestras de Gorizia, carentes de diploma, por doscientos cincuenta florines cada una, y se gastó una fortuna para equipar el antiguo convento de los dominicos; el resultado fue que solo se pudieron disponer dos clases en lugar de las cuatro gestionadas anteriormente por las hermanas.

El Padre Rossi menciona a tres principales responsables del tumulto, entre ellos al inspector de distrito Pietro Pajakovic, el cual declaró hacia la Pascua de 1869 que, si hubiera dependido de él, habría hecho cerrar la escuela de las hermanas porque no respondía a las exigencias de los tiempos y porque en ella — ¡oíd, oíd! — se utilizaban libros italianos contrarios al gobierno. El mismo inspector, continúa el Padre Rossi, fue autor de manifiestas injusticias respecto a las candidatas de las hermanas que se presentaron en Gorizia para los exámenes de habilitación para la enseñanza.

Con la ley austriaca sobre la instrucción pública del 14 de mayo de 1869, la escuela interna de las hermanas fue declarada escuela popular privada, a pesar de que el consejo escolar de distrito, el 28 de diciembre de 1871, le hubiera concedido un cierto reconocimiento dictando algunas normas. « *Gracias a aquella decisión oficial* — continúa el Padre Rossi — *se sabía por tanto que esta escuela era reconocida; privada, ciertamente, pero reconocida.* »

Tres años después, a finales de 1871, el municipio de Cormons convocó el concurso para dos puestos de maestra y ayudante de maestra en la escuela municipal. El Padre Luigi se aprovechó de ello y, esperando hacer el bien de la pequeña ciudad, hizo participar a dos hermanas diplomadas. De esta manera se habría eliminado la dualidad entre la escuela municipal de dos clases y la de las hermanas, llegada ya a cinco; el Padre ofrecía de nuevo los locales del convento para la escuela única, aceptando que solo dos maestras fueran pagadas según la norma de la ley. Envió a Cormons a *don* Fantoni, quien regresó con su optimismo habitual, pero sus esperanzas se vieron frustradas.

Hacia mediados de enero de 1872, el consejo municipal procedió al nombramiento de dos maestras laicas, sin siquiera responder a una carta de la Superiora Madre Teresa Fabris que presentaba la candidatura de las dos religiosas.

« *No atacaron directamente a las hermanas* — escribe el Padre Rossi —; *es más, hablaron de ellas con alabanza. Cambiaron de táctica, sin embargo... sosteniendo que por el decoro del pueblo era mejor mantener ambas escuelas.* »

Quizá precisamente porque el ardiente jesuita había quedado amargado por estos sucesos, el superior de la Compañía de Jesús en Gorizia, el Padre Giovanni Battista Dionisi, comunicó el 20 de enero al fundador que el Padre Rossi dejaría Cormons para el 4 de febrero para convertirse en rector del seminario de Cremona. Pero el Padre Luigi utilizó toda su influencia ante los jesuitas para evitarlo. Por fortuna, tanto para la población de Cormons como para la congregación, el Padre Rossi fue dejado por sus superiores en la ciudad durante otros siete años.

Esa querida "*caricatura*" de Don Sartori

En Primiero no ocurrieron problemas de ninguna clase mientras vivió el buen decano *don* Sartori. Era necesario remediar, sin embargo, la facilidad con la que *don* Fantoni, cómplice del célebre ruiseñor, había aceptado aquel encargo para las Hermanas de la Providencia.

Hacia finales de agosto de 1868, respondiendo a *don* Sartori que apoyaba vivamente la admisión del hospital de Levico, el Padre Luigi le dirigía este firme reproche:

« *Si el Señor dispusiera que el proyecto tuviera lugar, antes de que las hermanas se trasladaran allí, desearía yo acudir primero al lugar para una inspección previa, para ver si todo estuviera bien preparado y dispuesto; y desearía bien antes ponerme de acuerdo con esa administración del hospital y con ese honorable municipio de Levico, de modo que las hermanas, una vez llegadas, no tuvieran que sufrir sinsabores o ser engañadas, como lo fueron — perdóneme, reverendísimo decano — aquellas de Primiero.*

¡Oh!, cuántas veces siento resonar en mis oídos de parte de estas madres: Pobre Padre Luigi, ¡oh!, con cuánta buena fe ha procedido con los habitantes de Primiero... Ah, me dicen ellas, ¿dónde está la capilla que había sido prometida y dónde está la segunda habitación para las hermanas? ¿Dónde están las 100 liras al año prometidas por Teloni para el viaje de visita de la reverenda superiora y para los traslados de las hermanas por realizarse? Ah, me dicen, ¿qué paga tienen las hermanas maestras de Primiero? Pobres hermanas, ¿qué corazón tienen los habitantes de Primiero para pretender que dos hermanas se sacrifiquen todo el año a dar escuela y darles por paga 55 florinos a cada una y alguna pequeña adición de tasas? ¿Y esto después de que se dicen satisfechísimos de su enseñanza y de las prestaciones más que maternas de las hermanas?

Las hermanas — continuaba — *no tienen como fin de sus prestaciones el interés económico ciertamente, pero piensen también los señores de Primiero que las Hermanas de la Providencia también para vivir deben comer, beber, vestir: por tanto conviene darles lo que basta para estas necesidades suyas. Estos y otros parecidos reproches a menudo siento resonar en mis oídos de parte de estas reverendas madres; a decir verdad, no una, sino miles y miles de razones tienen para reprochármelo así...* »

El fundador se quejaba sobre todo de tres cosas: de que no se hubiera dispuesto en el hospital la capilla prometida para el uso de las hermanas; de que *don* Sartori, como albacea testamentario, no hubiera dado pleno efecto a las voluntades del difunto *don* Bonetti, el cual había dejado al hospital un legado de más de tres mil florines con el fin preciso de mejorar las condiciones de las religiosas. Sobre este punto decía:

« *El local para las escuelas considero que ya se ha encontrado cerca del hospital para comodidad de las hermanas, pero si por casualidad no estuviera aún provisto y se quisiera que las hermanas acudieran a enseñar en el local de las escuelas municipales, tan distante del hospital, digo para su gobierno que las hermanas maestras serán retiradas a Udine, no pudiendo en conciencia exponer a tan grave peligro su salud ya precaria.* »

La amenaza, sin embargo, no se ejecutó. Quizá las peticiones del Padre fueron en buena parte satisfechas, porque las cosas procedieron sin tropiezos durante un quinquenio. Hacia finales de julio de 1873 el Padre Luigi envió a *don* Sartori un rápido aviso en el que comunicaba que las hermanas maestras serían retiradas. El decano envió a toda prisa a Udine, para investigar el asunto, al coadjutor de Mezzano de Primiero, *don* Ernesto Egger; este regresó el 9 de agosto con la impresión de que el retiro se debía a la retribución excesivamente escasa correspondida a las maestras.

don Sartori y el podestà de Primiero se pusieron de inmediato a la obra y el consejo municipal, el 15 de septiembre, deliberaba aumentar la paga a 150 florines por cada maestra. Comunicando dicha decisión, el podestà deseaba que las hermanas continuaran su valioso servicio y hacía notar que el común, pequeño y pobre, no podía asumir una carga mayor.

El salario era ciertamente modesto, pero más reducido aún era el número de hermanas diplomadas disponibles, pues alguna había abandonado hacía poco la congregación. Pero el Padre Luigi le había tomado gran afecto a Primiero y quiso que la escuela de las hermanas continuara allí a costa de cualquier sacrificio.

Por ello el 23 de septiembre partía de Cormons una carta de la Superiora General [6] que aceptaba la propuesta, considerando los muchos gastos que gravaban al común.

Quizá *don* Sartori no estuvo a tiempo de leer la adhesión de las hermanas, o quizá le llegó precisamente en los últimos instantes para confortarlo.

Se había encamado un mes antes y falleció el 25 de septiembre, tras haber gobernado la parroquia con extremo celo durante catorce años. Se apagaba así, a los solos cincuenta y dos años de edad, aquella querida figura de sacerdote a quien el acta de defunción define como « *piadoso, docto, hospitalario* ». El Padre Scrosoppi conservó un afectuoso recuerdo de aquel devoto amigo y de su obra, haciendo mención de él a menudo en las cartas a las hermanas de Primiero.

De una carta de *don* Ernesto Egger del 10 de septiembre aflora un detalle de interés:

---

[6] De esta carta resulta que la Madre Teresa Fabris permaneció en Cormons hasta septiembre de 1873, luego inmediatamente después estuvo en Udine.

« *He escrito para tener copia de las Cinco Llagas de la Santa Iglesia del abad Rosmini, y espero poder en breve satisfacer el deseo demostrado por usted de releer dicho opúsculo.* »

El Padre Luigi, que tenía la facultad de leer libros prohibidos, deseó por tanto releer una vez más aquella obra — puesta en el Índice en 1849 — del célebre abad de Rovereto, fallecido ya desde hacía dieciocho años, con el cual había tenido relaciones personales y epistolares en 1845-46.

Tres años después de la muerte de *don* Sartori hubo una pequeña polémica en Primiero también, pero esta vez referente al hospital, suscitada — como se lee en una carta — por personas contrarias a la Iglesia. Estos tomaron como pretexto el hecho de que el Padre hubiera enviado una hermana de más para el servicio en el hospital y que se estuviera trabajando para mejorar la habitación de las religiosas. Escribió a la Superiora Hermana Visentini el 19 de diciembre de 1876:

« *Cuando fueron solicitadas por esa dirección tres hermanas, no había que asistir sino de dieciocho a veintitrés enfermos y asilados, mientras que ahora ¿cuántos más hay? ¿No había por tanto razón para añadir una hermana? Respecto luego a la habitación de las hermanas en el hospital, se puede hacer reflexionar que la ampliación del hospital fue casi toda construida con ofrendas realizadas para las hermanas, como por ejemplo la ofrenda de la emperatriz Maria Anna y mi ofrenda de mil florines. Le he apuntado esto no para que usted alegue derechos, sino solo para que pueda, siempre con gran calma, hacer saber que las pobres hermanas no son por tanto ese peso y carga que por algunos se desearía hacer creer.* »

En esta coyuntura la generosidad, la humildad y la paciencia del Padre Luigi brillan con viva luz frente a las maniobras de facción. ¿Pero cuándo se inclina el espíritu de partido ante la virtud? « *Alejar de inmediato a esa hermana* — decía el Padre — *tras la tormenta estallada, significaría dar la razón a los fautores del tumulto.* » La hará partir por amor a la paz algunos meses más tarde, comprometiendo a las hermanas restantes a una dedicación aún mayor.

Las Hermanas de la Providencia en el hospital de Trento

En el hospital de Trento prestaban servicio las Hermanas de Maria Bambina; allí se verificó una situación análoga a la ocurrida en Tesero. En parte a causa de las alineaciones contrapuestas en el seno de la congregación de caridad, de la cual el hospital dependía, y en parte porque aquellas hermanas no querían someterse a ciertas prescripciones contrarias a sus reglas, en los primeros meses de 1876 declararon querer retirarse tan pronto como hubiera expirado su compromiso contractual, es decir, en junio. La congregación de caridad respondió que se marcharan igualmente, incluso antes si lo preferían. Las hermanas no se lo hicieron repetir: la partida fue fijada para antes del 1 de mayo.

Era necesario reemplazarlas. Alguien propuso el nombre de las Hermanas de la Providencia, de quienes se hablaba muy bien en Primiero y en Tesero.

El fundador encargó informar al respecto del real estado de la cuestión a *don* Giovanni Battista Depeder, el cual debía conocer bien las obras del Padre Luigi, puesto que en una carta suya del 21 de abril escribe:

« *Tengo ya toda la esperanza de que puedan venir sus meritorias hijas de la Providencia, destinadas, según parece, a cubrir los puestos dejados vacíos por otras.* »

El partido alemán apoyaba vivamente a las hermanas alemanas de Innsbruck, mientras que el grupo liberal era contrario a toda presencia religiosa. « *Las monjas de Udine* — añadía *don* Depeder — *de cuya venida se habla mucho ahora en la ciudad, serían muy bien aceptadas por todos, ahora que las otras se marchan, y especialmente por los párrocos, los cuales tienen a sus enfermos en el hospital y no los querrían privados de una palabra de consuelo por el hecho de no entender el alemán. Las alemanas serían mal vistas por más de una buena razón.* »

La congregación de caridad encomendó la tarea de contactar al Padre Scrosoppi a *don* Giuseppe Palla, capellán del hospital desde el año 1859, el cual, aunque de orientación alemana — como decía el Depeder — rindió en cambio las negociaciones fáciles y llanas.

« *Pero el Padre Luigi* — escribe el Tinti — *en la delicadeza de su alma, quiso primero asegurarse de no causar el menor disgusto a las Hermanas de San Vicente; una vez seguro de que ellas al contrario eran favorables a la sustitución, y que los dirigentes renunciaban a las pretensiones inoportunas, concluyó de inmediato las gestiones con solicitud, puesto que era urgente que sus hijas asumieran la gestión de aquel hospicio para el 1 de mayo.* »

El Padre anunció la apertura de la nueva comunidad religiosa a las superioras de las casas ya existentes; el 27 de abril escribió a la Hermana Angela Rodaro, superiora en Tesero, comunicándole que tendría que trasladarse a Trento. Imaginando cuánto quedaría ella desconcertada por ello, comenzó la carta con un exordio muy eficaz:

« *Ahora es el caso de que tengas que ejecutar lo que el Vicario de Jesucristo os decía hace algún tiempo, a quien vosotras, hermanas de la Providencia, enviasteis la ofrenda de San Pedro. Hijas — decía el Santo Padre — os bendigo y acordaos de seguir a vuestro Esposo a donde os llame...*

Debes saber que el 1 de mayo tendrán que estar en Trento las Hermanas de la Providencia; por tanto debemos organizarnos de la mejor manera, y allí y en otras partes conviene realizar cambios. Por ahora tendrás que ir a Trento, y a Tesero vendrá por el momento la Madre Teresa Serafina Gaspardis. He aquí los cambios por realizarse en pocos días. Te comunico todo a la prisa a fin de que puedas disponer las cosas con calma y dejar todo allí en buen orden.

Comunica tu traslado a esos señores, de modo que no nazcan disgustos. Ya conoces la virtud de la prudencia, y mira por tanto de usar una buena dosis de ella.

Paciencia, queridísima hermana e hija; si este cambio te fuera gravoso, piensa en lo que le dirías a una hermana si se encontrara en tu situación actual. Te diré que antes de decidir este cambio he rezado y he hecho rezar, y con la reverendísima superiora general hemos tomado la decisión tras muchísimas reflexiones. Créeme que nuestro único fin ha sido la gloria de Dios y tu bien. »

Así la Hermana Angela tuvo que abandonar su pequeño nido de Tesero, donde se había ganado la estima y el afecto de todos. Si la separación la hizo sufrir, debió asustarla el pensamiento del peso que se le encomendaba.

El hospital de Trento, situado en el suburbio de Santa Croce, contaba entonces con entre cien y ciento veinte enfermos, a los cuales era necesario añadir de setenta a ochenta huéspedes de la casa de beneficencia anexada y, como si no bastara, de sesenta a setenta internados en el manicomio vinculado.

En total cerca de doscientas cincuenta presencias, además de naturaleza tan diferente. Para servir a todos esos pobrecitos, ella tenía a su disposición solo otras siete hermanas que la Madre Strazzolini le traía desde Udine. ¡No había de qué estar alegre!

Además, era necesario reemplazar a hermanas expertísimas y contentar a los dirigentes de la congregación de caridad, pertenecientes a varias alineaciones y todos muy exigentes.

Por fortuna con las hermanas subió desde Udine también *don* Luigi Costantini [7], entonces joven sacerdote: un combatiente de la fe de voz potente, de porte valeroso y de alma llena de celo; era el sostén que servía al pequeño grupo de religiosas que se disponían a afrontar tantas dificultades.

Hospital de Santa Chiara de Trento

[7] Canónigo de la colegiata de Cividale del Friuli (1846-1918), fue un sacerdote celoso. Es recordado especialmente por la predicación de las misiones, para la cual tenía dotes adecuadas: inteligencia, memoria tenaz y fantasía ardiente. Fue secretario del Circolo San Donato, constituido sobre el ejemplo de la Associazione Cattolica Friulana instituida en Udine en 1871. Fundó el hospicio San Giuseppe para los hijos del pueblo; a él el Padre Scrosoppi dirigía la carta del 9 de junio de 1878, publicada anónima por el Tinti, sosteniéndolo en las dificultades que encontraba en esta obra de caridad. (Ver Summarium, págs. 469-470 en Positio...).

Las hermanas llegaron a Trento a las diez de la noche del 1 de mayo. « *La acogida recibida de esa dirección* — escribía el Padre a una superiora algunos días después — *ha sido muy satisfactoria y se espera que la Providencia haya abierto este nuevo campo para el bien de nuestra congregación.* »

Ya el 8 de mayo podía añadir:

« *No puedo decirle cuánto son bien vistas en Trento nuestras hermanas y cuánto bien realizan ya allí. Yo me sonrojo al ver cómo son respetadas, estimadas, amadas y el interés extremo que tienen todos por ellas, a comenzar por el obispo...* »

Don Depeder el 19 de mayo lo aseguraba:

« *Hasta aquí las cosas proceden muy bien. La congregación de caridad está contenta, y así los enfermos del hospital; es más, tal vez son tratados con demasiada dulzura, mientras que un poco de firmeza con ciertos sería más oportuna, según se dice... Entretanto han comenzado bien, y ya es mucho, porque en estos primeros momentos de contrastes, disputas y celos no es fácil no ser criticado. Yo pongo mi confianza sobre todo en la humildad de las hermanas, la cual será una gran mediadora para que Dios las ayude.* »

Una confianza bien depositada.

El Padre Luigi había aceptado el servicio en el hospital de Trento casi a ciegas, puesto que el contrato de enganche fue firmado solo el 4 de julio por la Madre Strazzolini y por el vicepresidente barón Taxis. Pero el 24 de marzo de 1881 el nuevo vicepresidente Bortolotti podía emitir una amplia declaración « *de que las mismas hermanas dieron la más escrupulosa ejecución al contrato del 4 de julio de 1876* »; y, mientras alababa « *su obra benéfica y caritativa en beneficio de los pobres sufrientes* », subrayaba particularmente « *su fiel actividad también en el interés material de los institutos mismos, al cual las reverendas hermanas contribuyeron al mismo tiempo con su sagacidad y una excelente gestión interna.* »

Apenas un año y medio después, las hermanas dieron prueba también en Trento del heroísmo caritativo al que el Padre las había educado. Cuatro fueron afectadas por la viruela al asistir a los enfermos y una — la Hermana Maria Elena Oman [8] — quedó víctima de ella. El 5 de octubre de 1877 el Padre Luigi comunicaba el fallecimiento a las diversas casas:

« *La congregación ha sufrido una gran pérdida, porque ella era ejemplar en todo y de modo especial en la santa humildad, la simplicidad, la obediencia y la laboriosidad. El buen Dios ha dispuesto así: basta, hágase Tu voluntad.* »

Los viajes del Padre en el Trentino

Además del viaje de 1868, emprendido para inspeccionar personalmente el hospital de Tesero, el fundador realizó otras varias visitas a las casas del Trentino.

---

[8] Oman Dorotea (Hermana Maria Elena de la Pasión) nacida en Uccovigh cerca de Malborghetto (Udine) el 24 de marzo de 1842, entró en la congregación el 3 de agosto de 1865, vistió el hábito el 26 de febrero de 1867, profesó el 19 de marzo de 1869.

Se dirigió allí ciertamente a finales del verano de 1876. En una carta a la superiora de Primiero del 11 de septiembre escribe:

« *El próximo miércoles — es decir, el 13 —, si al Señor le place, partiré hacia Trento, donde permaneceré durante ocho días; el lunes pasaré a Tesero para quedarme allí hasta el jueves por la mañana; y allí espero encontrarme el mismo jueves por la tarde, es decir, el 21 del mes. El deseo era grande de venir antes, y sin embargo no he podido secundarlo a causa de mis grandes ocupaciones.* »

En la primavera de 1879 habría deseado volver allí, mas no le fue posible.

« *Hemos tenido* — escribe a una superiora el 5 de junio — *un tiempo tan inusual de vientos, frío y lluvias, que nunca me ha permitido un proyecto concreto de viaje por aquellos rumbos, como habría sido mi deseo.* »

Lo hizo un par de meses después, porque el Padre Rossi le escribía en septiembre desde Cormons:

« *Me alegro tanto con Vuestra Paternidad de que haya regresado felizmente de su viaje apostólico. Cada día varias veces, en mi miseria, le he encomendado al Señor, a fin de que se dignara sostenerle en su viaje tan fatigoso.* »

El 4 agosto de 1880, escribe:

« *Mi viaje al Trentino tendrá lugar probablemente en octubre* »; y el 12 de octubre de aquel año dice a la superiora de Primiero: « *Haré lo posible por acudir este año a Trento y Tesero, y con cuánta gana vendría allí también, si el camino fuera transitable.* »

El 20 de junio de 1881, escribe a la misma:

« *Paso a su segunda pregunta y a la de sus amadas, y también mis hijas, a saber, si el Padre Luigi debe venir este año a verlas. Él tiene una grandísima voluntad de venir, y hará todo lo posible por hacerlo. He aquí cuánto puedo decirles y nada más. ¿El camino del Schener no está aún terminado? ¡Oh, dolorosa pregunta!* »

Finalmente, el 20 de diciembre de 1881, insiste en decir que habría ido de muy buena gana a visitar a aquellas religiosas, « *pero no puedo* — concluye — *porque la estación es peligrosa para un pobre viejo como yo soy, de 77 y más años.* »

También el Tinti refiere que el fundador « *emprendía viajes frecuentes hacia el Véneto, la Iliria y el Trentino, para visitar en persona los diversos hospitales, asilos y escuelas, y al mismo tiempo confortar con su deseada presencia a las hermanas sus queridas hijas. Pero sus viajes* — prosigue — *eran verdaderas peregrinaciones de penitencia, tanto por los medios inadecuados y los caballos demasiado lentos de los que se servía, como por los alojamientos poco confortables y el cansancio de las largas distancias recorridas, todas cosas que él no solo soportaba pacientemente, sino que deseaba generosamente sufrir. Durante el viaje, el Padre Luigi estaba en constante oración, la cual no interrumpía sino para entretener de tanto en tanto con discursos espirituales a las hermanas que llevaba consigo para los diversos encargos. Habiendo rezado inicialmente con ellas las oraciones de viaje, vosotras, buenas hermanas — decía —, cumplid ahora vuestros deberes de piedad, mientras yo rezo el divino oficio.* »

Si nos es de lamentar no poseer noticias de aquellos viajes en el Trentino — entonces, especialmente a causa de su edad, realmente muy agotador —, nos queda un testimonio en algunos relatos de hechos místicos que habrían ocurrido allí.

« *Un viejecito asilado en Primiero* — narra la Hermana Eufrasia — *relataba a menudo que en una ocasión habían visto a nuestro venerable Padre, durante una visita suya a aquella casa, arrodillado en el locutorio, inmerso en profunda oración, cuando pareció elevado del suelo y como iluminado por una claridad del todo especial; ellos lo veían desde la ventana y maravillados se decían unos a otros: El Padre Luigi está en éxtasis.* »

Otros testimonios aluden a un episodio análogo que habría ocurrido ante la efigie de la Virgen, llamada del campanario, en la iglesia del hospital de Trento.

Por lo demás, el clero y el pueblo en el Trentino lo consideraban un santo. « *Cuando venía al hospital de Tesero* — relataba la Hermana Placida Faés —, *todos en la calle se agolpaban para verle, tanta era la devoción y la veneración que inspiraba. Cuando celebraba la santa misa en la pequeña iglesia del hospital, esta se llenaba de gente, porque decían: Es un santo el que celebra. Y durante la misa también le pareció a alguno rodeado de luz.* »

Muerte de la Hermana Giovanna Colloredo

Se ha hablado de contratiempos, más o menos relevantes, en las diversas casas, mas no se ha hecho mención aún de Portogruaro. En realidad, no se tienen noticias de dificultades particulares para dicha sede.

La Madre Cristina Borghese continuaba gobernando a aquel puñado de hermanas con su antigua afabilidad y se imponía, con su realismo a veces punzante, a los dirigentes del hospital y a cuantos la encontraban. No era fácil entablar contestaciones con una superiora de semejante carácter; y si alguien tenía la intención, la Madre Cristina se la hacía pasar, desmontando cualquier trampa con su sabiduría y su virtud.

Durante la guerra de 1866 las hermanas de Portogruaro se dedicaron con abnegación a la asistencia de los heridos del ejército italiano en avance. Entre ellas se distinguió particularmente la Hermana Scolastica d'Orlando [9], tanto que en su funeral, el 14 junio de 1911, la banda de la ciudad le rindió honores como a una patriota.

En 1871 estalló en la ciudad una epidemia de viruela y varias hermanas se vieron afectadas por ella, habiéndose lanzado de cabeza a la asistencia de los contagiados. El 25 de julio, el canciller de la curia *don* Ernesto Degani — destinado a convertirse en el célebre historiador de la diócesis de Concordia — escribía al Padre Luigi que el arcipreste de la iglesia de *Sant'Andrea*, « *en caso de muerte de una hermana* », cedía todo derecho parroquial a *don* Giuseppe Scarpa, capellán del hospital. La única víctima entre las monjas fue la Madre Giovanna Colloredo, quien falleció el 4 de octubre de ese año, poniendo fin a treinta años de vida religiosa entre las Hermanas de la Providencia como mártir de la caridad.

---

[9] Margherita D'Orlando (Hermana Maria Elena de la Pasión o Hermana Maria Scolastica de San José), nacida en Rivignano (Udine) el 18 de junio de 1839, entró en la congregación el 3 de agosto de 1865, vistió el hábito el 26 de febrero de 1867, y profesó el 19 de marzo de 1869. Para más detalles sobre ella, véanse los Apuntes biográficos..., ms. vol. 11, págs. 202-217.

¡Capítulo 8

FLORECIMIENTO DE VOCACIONES Y RACHAS DE CRISIS

A la guía de almas generosas

El relato, a veces netamente histórico pero necesario, de las obras promovidas o asumidas por el fundador, ha dejado translucir suficientemente su personalidad y su interioridad, tal como los frutos testimonian del árbol del que provienen. En cada instante han emergido su búsqueda única de la gloria de Dios, una santa pasión en el hacer el bien, el impulso incesante de las religiosas al sacrificio y al ofrecimiento de sí, junto con la prudencia, la sensibilidad y una fortaleza a toda prueba al iniciar las obras o al proseguirlas.

Sin embargo, el espíritu de cualquier ministro de Dios se revela más claramente en la guía pastoral de las almas que le son encomendadas.

El Padre Luigi no fue párroco y se dedicó relativamente poco al ministerio de la predicación y del confesionario. Un claro designio de la Providencia le encomendó otra misión: la de discernir, sostener e incentivar a las almas llamadas a una completa dedicación a Dios.

¿Qué pensó, en teoría, de la vocación? ¿Cómo se comportó, concretamente, ante su manifestarse en esta o en aquella alma? ¿Cómo plasmó y templó a las religiosas para hacer de ellas monumentos vivos de la llamada recibida? No olvidemos que el problema de la vocación se le presentó con dos instancias particulares: como vocación a una vida activa en el servicio de caridad y como vocación femenina, con los aspectos ahora más simples y ahora más complejos que le son propios.

El pensamiento del Padre Scrosoppi sobre la vocación

Nos quedan cuatro esquemas de sus conferencias sobre la vocación. El primero, de solas cuatro líneas, contiene la lista de los puntos tratados:

« *Deber de corresponder a la vocación — excelencia de la vocación — ventajas por la correspondencia — castigos por el no corresponder.* »

Igualmente breve, pero muy significativo, es el segundo. El Padre indica en él primero los signos para comprender si se es verdaderamente llamado, y luego prospecta las dificultades que pueden surgir en lo íntimo del alma:

«

1. *¿Os viene del fondo del corazón este deseo?*
2. *¿Es constante?*
3. *¿Os parece más fácil vuestra salvación?*
4. *Al momento de la muerte ¿desearíais haber hecho esta elección?*

Dificultades. Tendré que sufrir. Tal vez me arrepentiré. Mas aun si tuviera que arrepentirme, quiero seguir la llamada; aun si tuviera que sufrir por toda la vida, quiero seguirla, puesto que no pertenezco a mí misma, sino a Dios. »

El último pasaje es decididamente típico de su espíritu, aun en la aparente radicalidad de la formulación.

El Padre no concebía la vocación como un estado de certeza y una fuente de perenne alegría spiritual. Al contrario, él hace entrever casi crudamente las dudas, los arrepentimientos, las tristezas, los desalientos y las desoladas noches interiores que pueden sobrevenir aun tras muchos años de servicio fiel al Señor. Parece que él diga:

« *La vocación no es una invitación a unas bodas, sino al sufrimiento; y a un sufrimiento que a veces parece golpear las raíces mismas de la llamada. ¿Qué hacer, por tanto? ¿Renunciar a la vocación con la ilusión de escapar al dolor? Absolutamente no. Conviene en cambio aferrarse a la elección ya realizada y repetir: "No pertenezco a mí misma, sino a Dios."*

Me he entregado a Dios y no retiro mi don, aunque actualmente me sienta vacilante y me parezca que Dios me ha abandonado. Mejor permanecer en la vocación temporalmente atormentada que salir de ella. El tormento que ahora me angustia es también de Dios, porque es una prueba suya; la paz que busco sería en cambio cosa mía. Mas yo no pertenezco a mí misma; soy de Dios. »

Él veía en este concepto una fuente psicológica de denuedo y de fuerza que al final, con la ayuda de la gracia, habría hecho superar el momentáneo desconcierto.

Sin duda, el fundador no se refería aquí a las vocaciones erróneas, sino solamente a aquellas sinceras, aunque atribuladas. Y la respuesta es verdaderamente toda suya. Se siente en ella dedicación querida, luchadora, casi obstinada; aquella donación de acero que fue la suya.

Es casi imposible que un maestro de espíritu no deje traslucir su personalidad en los consejos y en la guía que ofrece a los demás. Por ello los maestros de espíritu se convierten de algún modo en « *padres* »: precisamente porque forman almas semejantes a la propia. El Padre Luigi quería, en las Hermanas de la Providencia, hijas para las cuales el concepto « *No pertenezco a mí misma, sino a Dios* » representara la roca firme en medio de las olas de la tormenta.

Hay un tercer papelito suyo en el que probablemente trata de la adhesión a Cristo de cada bautizado. Dice en él, de hecho:

« *El bautismo nos ha hecho herederos de Dios; y para conseguir esta herencia no se necesita mucho. Dice san Agustín: Mira si es trabajo, donde basta querer. Un discípulo de Jesucristo preguntó a su divino Maestro: ¿Qué debo hacer de bueno para tener la vida eterna?; y su divino Maestro respondió: Si quieres.* » Aquí el Padre Luigi pone fuertemente el acento sobre la voluntad.

Mas cuanto añade puede referirse bien a la vocación religiosa y al desapego que ella requiere. « *He aquí* — dice — *la primera condición. Se necesita una voluntad verdadera, eficaz, resuelta, y no simples deseos. El infierno está lleno de buena voluntad. San Agustín compara la falta de voluntad de los cristianos con un dormilón que desearía levantarse, pero no se levanta. Quien quiere verdaderamente levantarse, brinca de la cama y hace a*

un lado las cobijas. » Y continúa previniendo contra ciertos engaños de Satanás. Hay quien querría, pero a condición de tocar enseguida con la mano las ventajas de su elección, de cosechar inmediatamente de ella satisfacción y placer, de vendimiar en julio sin esperar al otoño. No de ese modo, amonesta:

« *Esperad y luego gozaréis con plenísima satisfacción.* »

Estos esquemas no están fechados. Lleva en cambio una fecha bien precisa — el 8 de noviembre de 1868 — un papel con apuntes para una conferencia a sus religiosas. Veremos dentro de poco que aquella fecha tuvo su importancia.

Daremos algunos fragmentos de ella. No se encontrará nada insólito en ella, puesto que al Padre Luigi no le pasaba ni por la mente perderse en busca de conceptos extraños y mucho menos de expresiones rebuscadas. Pocas verdades, tomadas de la fe y selladas por la experiencia, claras y fuertes como clavos bien puntiagudos: he aquí lo que le bastaba.

En esta conferencia pivota sobre dos pensamientos: la vocación es siempre un combate; la vocación se efectúa en la vigía y plena unión con el Señor.

« *A quien el Señor quiere* — escribe — *que le sirva en un estado, a quien en otro; y cada uno debe combatir en el estado en que el Señor le llama a servirle. Vosotras estáis llamadas a servirle en el estado religioso... ¡Oh, estado noble! ¡Oh, estado el más sublime... Y vosotras en este estado debéis combatir contra el demonio, el mundo y la carne, nuestros tres principales enemigos... Como esposas de Jesús debéis servir al Señor no de la manera en que le servirían las personas del mundo... Sino que debéis servirle en el cumplir los deberes de esposas hacia vuestro divino Esposo... Todos los tres enemigos os hacen la guerra para que faltéis a estos sagrados deberes hacia vuestro divino Esposo. Y vosotras todos los tres tenéis que combatirlos... Acordaos de la santa perseverancia. Acordaos de que vosotras solas no podéis obtener la victoria. Medios para la santa perseverancia: el pensamiento de que lo que no es eterno no es nada — el pensamiento del premio. Medios para tener la fuerza de combatir: intercesión de la Madre de vuestro divino Esposo. Confianza en el Esposo. El pensamiento a Dios, el corazón a Dios, la mano para Dios...* »

Y insiste continuamente, el Padre Luigi, sobre aquel combatir y sobre aquella sagrada unión: detrás de estas palabras se advierte la presencia de una voluntad y de un fervor extraordinariamente tensos. Se buscaría en vano la menor concesión a un lánguido sentimentalismo. Una unión combativa, cuyo lazo nupcial debía estar hecho de « *trabajar, sufrir y callar* »: este fue el ideal que él propuso incesantemente a sus hermanas.

Prudencia al admitir a la congregación

Tinti escribe que el Padre era muy cauto al aceptar a las postulantes:

« *Tanto el Padre Luigi* — dice — *como las hermanas responsables, muy lejos de ser proclives a acoger a jóvenes postulantes solo para acrecentar el número, procedían muy lentamente en la aceptación de las candidatas, deseando que se consolidaran las bases del instituto religioso y que no se pudiera aplicar a este el dicho: has multiplicado la gente, pero no has acrecentado la alegría.* »

Tenemos una doble confirmación de ello.

Si recorremos la lista de las huérfanas acogidas desde 1837 hasta 1884 en la *Casa de las Derelitte* — que representaba obviamente un semillero de vocaciones — notamos que de seiscientas dieciséis asiladas solo cuarenta y ocho entraron al noviciado, o sea poco más del siete por ciento. Sin embargo, aquellas niñas, en gran parte huérfanas, debían ver en la casa a su propia familia y en Scrosoppi a un padre. Es un signo evidente del hecho de que él no permitió la menor presión psicológica sobre el alma de las jóvenes.

Si analizamos luego sus listas autógrafas, es fácil notar cómo él no tenía prisa alguna por aumentar el número de las religiosas, sino que operaba una severa selección entre las aspirantes.

Desde 1854 — cuando asumió la guía tras el padre Carlo — hasta todo 1866, las postulantes fueron ciento cinco, de las cuales solo ochenta y seis fueron admitidas al noviciado y de estas apenas la mitad llegó a la profesión religiosa.

Posteriormente, los acontecimientos políticos de 1866-70 influyeron negativamente en la afluencia de las vocaciones.

En los mi nueve años desde 1866 hasta 1875 las postulantes fueron cuarenta y nueve, menos de la mitad respecto a los trece años precedentes. Evidentemente llamaron a la puerta del convento solo aquellas jóvenes cuyo deseo de dedicación era tan fuerte como para vencer el clima hostil de la época. Con todo, en parte por este motivo, en parte porque la formación se hizo cada vez más rigurosa y profunda, lo que podríamos llamar « *el cociente de perseverancia* » fue mejorando. En efecto, desde 1854 hasta 1866 cuarenta y ocho fueron las admitidas a la toma de hábito y cuarenta y una aquellas a la profesión, mientras que desde 1867 hasta 1875, en un espacio de tiempo más corto, fueron respectivamente cuarenta y treinta y una.

Algunas simples observaciones nos permiten vislumbrar las causas de ciertas disminuciones.

En 1867 se tuvieron solamente dos aspirantes y ninguna en 1868. El Padre vivía entonces con el temor del cierre a causa de las leyes de supresión del Reino de Italia.

En 1872 no se registra admisión alguna al noviciado y no se celebraron ceremonias ni de toma de hábito ni de profesión; de profesiones no se habían realizado tampoco en 1871. Obviamente soplaba un viento de crisis.

Y no se celebró ni toma de hábito ni profesión en 1876, precisamente porque en 1875 había existido un nuevo violento intento de subordinar la *Casa de las Derelitte* al control civil, y el Padre — como hemos dicho — pensó incluso en retirarse con las hermanas a Orzano antes que ceder a tales presiones. El 19 de diciembre de aquel año escribía a una superiora:

« *Debo advertirle que aquí tenemos una lucha grandísima con nuestro municipio y con la prefectura, puesto que se querría a toda costa someter a la autoridad de vigilancia también a la Casa de las Derelitte, con las escuelas de párvulos y el Instituto Tomadini. Para las Derelitte la cuestión ya ha sido llevada al ministerio en Roma y quién sabe qué se decidirá. Entretanto la prudencia exige que por ahora no se cargue con otras aspirantes a la congregación de las hermanas, si no traen su dote o si al menos no tienen el diploma de maestras. Es verdad que tenemos muchas razones a nuestro favor, pero estamos desgraciadamente en tiempos en los que las razones no valen.* »

El pequeño rebaño crece

Si las dificultades externas y la extrema prudencia del Padre Luigi retardaron el desarrollo de la congregación hasta 1875, tras aquel período la divina Providencia quiso confortar los años maduros del fundador, puesto que las filas aumentaron sensiblemente. El Padre vio cumplirse de día en día el deseo y la bendición del Santo Padre Pío IX, a quien él tanto amaba:

« *¡Que crezca el pequeño rebaño!* »

Ya el 4 de agosto de 1875 escribía a la superiora de Primiero:

« *Venimos a nuestras novicias. Debe saber que anteayer se realizó la votación para las cuatro postulantes a la profesión, y que todas las cuatro han obtenido los votos favorables; así también las diez aspirantes a la toma de hábito han obtenido todas la aprobación. Vea por tanto qué consuelo ver crecer el número de las esposas de nuestro amado Jesús. La ceremonia tendrá lugar, si Dios quiere, el 8 de septiembre, día del nacimiento de nuestra Mamá.* »

La función fue anticipada al 5 de septiembre y fue presidida por el Vicario General Monseñor Someda.

« *Le escribía en mi última carta* — continúa el Padre — *que no podemos aceptar por ahora otras aspirantes, teniendo muchas de ellas, y nuestra casa es pobre; a duras penas puede mantener a las que están allí. Usted luego me respondía tener a dos reservadas, deseando que se les concediera la aceptación. He aquí ahora el momento favorable para acogerlas.* »

Tuvo aún más motivo para alegrarse hacia finales de 1877, porque aquel año, en tres funciones distintas, emitieron la profesión nada menos que once hermanas y ocho vistieron el hábito religioso.

Nuevas postulantes llegaban en gran número desde el Trentino. El Padre ciertamente se alegraba de ello, pero continuó poniendo el acento sobre la calidad más bien que sobre la cantidad.

« *Habla con la madre superiora* — escribía el 9 de junio de 1876 a la responsable de Primiero — *pero no propongas a las aspirantes si no estás segura de su voluntad de desear la práctica de las virtudes de la humildad, del sacrificio y de la pobreza.* »

Y más tarde, el 21 de abril de 1880, escribirá:

« *La superiora general me encarga decirle que desea tener los nombres de aquellas dos postulantes a las que usted aludía, puesto que si no tienen cualidades excelentes no se pueden recibir; se necesitan un espíritu sólido y maduro, una excelente salud y habilidad en los trabajos.* »

Las vocaciones a examen del Padre Luigi

Extremadamente prudente al aceptar a las postulantes, el Padre Luigi tuvo una intuición excepcional al distinguir si estaban movidas por una verdadera vocación.

Monseñor Domenico Feruglio, que lo frecuentó desde la infancia por los fuertes lazos entre sus familias, el 28 de marzo de 1932 rindió en Staranzano este interesante testimonio.

Interrogado sobre la capacidad de juicio del Padre Luigi como educador, el testigo respondió con sencillez: « *Excelente intuición*. »

Algunos testigos aseguran que el rector del seminario de Udine mismo, Monseñor Antivari [(1)], enviaba a los seminaristas de vocación incierta a pedir consejo al Padre.

Es lícito afirmar, por tanto, que estaba dotado de una feliz intuición natural de los corazones, ciertamente afinada por la larga experiencia. Pero, puesto que la Providencia lo eligió como fundador de una congregación religiosa, es justo pensar que le concedió la gracia de estado: un don que él hizo fructificar con su virtud. Las hermanas de su tiempo estaban firmemente convencidas de que poseía el don sobrenatural de leer en las almas, especialmente respecto a la vocación; en varios casos le atribuyeron incluso intuiciones proféticas.

Existen vocaciones aparentes e ilusorias, vocaciones superficialmente emotivas o incluso motivadas por la vanidad, cuando en la vida religiosa se busca una posición elevada o distinguida. El Padre, que quería formar un grupo humilde y dedicado a los trabajos pesados, no se dejaba ciertamente encandilar por tales actitudes. Un episodio significativo le ocurrió en su penúltimo año de vida y lo relata él mismo en una carta del 28 de junio de 1882 a la superiora de Primiero:

« *Hoy felizmente a las 10 de la mañana ha llegado la aspirante C.A. con su padre, en conformidad con su estimada carta del 24 del pasado. Una cosa nunca vista antes me ha tocado hoy observar. ¡Atenta, reverenda madre!*

El padre, al despedirse, ha hecho una profunda reverencia a su hija y le ha besado devotamente la mano: y la hija, sin resistencia alguna y como si estuviera acostumbrada a este homenaje y a la humillación del padre, le ha tendido la mano para que se la besara.

Reverenda madre, este acto que he visto mi da mucho que pensar. Parece que el padre considera a su hija una santa porque reza mucho y frecuenta a menudo la iglesia, y me parece que la joven hace consistir la santidad en el solo rezar. Veremos, y haga el Señor que no sea así. »

De los registros del fundador resulta que aquella joven permaneció en la congregación solo pocos meses.

Existen luego vocaciones no sostenidas por las cualidades físicas necesarias para las tareas requeridas. In los mismos registros se encuentra a menudo, al lado del nombre de la aspirante, la anotación de su propio puño: « *devuelta por razones de salud*. »

Por este motivo habría querido despedir también a la terciaria Hermana Filomena Angeli, entrada como aspirante en 1867. Ella misma relataba posteriormente en detalle la serie de pruebas a las que el Padre la había sometido. « *¿Has preparado el hato para partir?* » le decía cada vez que la encontraba. Y ella:

« *No lo he preparado y no lo prepararé jamás*. »

---

[1] Nacido en Morsano di Castions di Strada (Udine) en 1830, fue prefecto general, luego rector durante treinta y tres años en el seminario udinés, obispo auxiliar de Monseñor Berengo y titular de Eudoxias; a él recurría el clero como consejero y padre. (Cfr. P. DELL'OSTE, Ricordi preziosi della mia S. Messa d'oro, Udine 1931-32, págs. 114 s.).

« *Pero ves* — añadía el Padre — *no podemos mantenerte en conciencia. Eres demasiado pequeña y no sabes hacer nada. ¿Qué hemos de hacer de ti?* »

« *Póngame a prueba, Padre* — respondía la pobrecita — *hasta ahora no me han dado nada que hacer. Verá hasta dónde llegaré, pero no diga de echarme*. »

A tanta constancia el Padre Luigi cedió. Y aquella mujer, menuda pero de gran corazón, le fue fidelísima y utilísima, convirtiéndose en una de las personas más cercanas a él en su cargo de portera y ferviente partidaria de su santidad.

A veces en cambio era él quien alentaba a alguna aspirante dudosa a causa de su salud quebradiza. Así hizo con la Hermana Tranquilla Mayerhoffer, a quien prometió la curación en el primer año de noviciado, como ocurrió puntualmente. También la futura superiora general Madre Cecilia Piacentini amaba recordar en los últimos años de vida un análogo profético aliento del fundador [2]. Cuando estaba a prueba, relataba a su enfermera, era siempre enfermiza y vivía con el temor de ser alejada del instituto, pero no osaba manifestar su pena a nadie. Se topó un día con el Padre, que le dijo:

« *Ernestina, estate calma y tranquila: vivirás largo tiempo y trabajarás mucho por la congregación*. »

La previsión se cumplió con precisión.

Un lecho de espinas

Extremadamente cauto al dar acceso a las aspirantes, el Padre Scrosoppi quitaba enseguida de la mente de las candidatas la idea — en caso de que la hubieran tenido — de que la vida religiosa fuera un dulce arrobamiento místico, inculcando en su lugar la del sacrificio y de la cruz. Debían comprender a fondo que amar a Jesús y vivir con Él significaba sufrir y morir en Él y por Él.

El año de prueba y los dos de noviciado eran un duro crisol, necesario para eliminar toda impureza y hacer brillar el oro de una dedicación total y perenne. Por este motivo: jergón de paja, comida medida y pobre, trabajos humildes y pesados. Por ello una sucesión ininterrumpida de ejercicios de virtud, sobre todo de una humildad practicada hasta el fondo.

Tal era, sin duda, el método austero en uso en aquellos tiempos; pero era también el método necesario según el espíritu del Padre Luigi, el cual quedaría probablemente estupefacto ante las concesiones indulgentes introducidas en nuestros días.

La citada Madre Cecilia Piacentini tuvo ocasión de describir aquel método con una frase muy incisiva.

Ella había sido durante algún tiempo postulante en el cercano convento de las *Suore Dimesse*, donde había conocido a una cierta Teresa Ferro que había entrado en aquella orden en 1860, asumiendo el ojo nombre de Maria Agnese. Cuando la Piacentini entró el 6 de junio de 1863 entre las Hermanas de la Providencia, la Ferro expresó el deseo de

[2] [M. MAKAROVICH], o.c., p. 47. En la página 48 se narra la liberación de la Hermana Cecilia novicia de una opresiva melancolía por las oraciones del fundador.

seguirla y le pidió consejo. « *Venga* — le respondió la Piacentini —, *venga si está dispuesta a pasar del lecho de rosas al de espinas* [3]. » Por esta expresión la futura superiora general tuvo que sufrir no poco, porque se pensó que ella misma — habiendo apenas vestido el hábito el 17 de abril de 1864 — soportaba de mala gana la dura disciplina de la comunidad. Ella aspiraba en cambio a disuadir a la Ferro del cambio de congregación, porque había intuido en su amiga una inquietud espiritual poco laudable y el deseo impulsivo de cumplir quién sabe qué obras de bien. Había visto rectamente: aquella hermana logró pasar entre las Hermanas de la Providencia, pero no perseveró. No habría dado aquel paso, o lo habría realizado con mejor espíritu, si hubiera reflexionado a fondo sobre las palabras de la Piacentini.

A veces el Padre Luigi ponía duramente a prueba a las postulantes desde el primer encuentro. Basta citar dos episodios que recuerdan la vida de San Felipe Neri.

Ballenas que saltan

En 1860 se presentó al Padre Luigi una señora de unos cuarenta años, pidiendo ser aceptada por estar deseosa de servir al Señor entre las Hermanas de la Providencia. El Padre Luigi, tras haberle hecho observar que en el convento es necesario sufrir y someterse a muchas humillaciones y mortificaciones — un tema que amaba reiterar —, viendo sus buenas intenciones la aceptó y fijó el día de su ingreso.

Con la alegría en el corazón, el día establecido la mujer dejó el mundo y, con un vestido de seda negra sostenido por ballenas, se presentó al Padre Luigi. Él le dijo:

« *Hija mía, hoy mismo debes comenzar; por tanto, arrodillada en el suelo, besarás los pies a todas las madres y hermanas cuando entren en el refectorio.* »

La buena mujer acogió con ánimo sereno la orden del Padre y fue conducida a la puerta del refectorio, donde besó los pies a cada una. ¿Pero qué ocurrió? Cada vez que se doblaba, se oía un crepitar debido a las ballenas que se hacían pedazos. La joven continuó hasta el final, sin mostrar fastidio alguno.

Al día siguiente el padre fundador la llamó a sí y le dijo que, cuando las hermanas se hubieran sentado a la mesa, ella de rodillas tendría que pedir por caridad a cada una de ellas una cucharada de sopa. Fiel a la orden recibida, aunque vestida de seda, pidió humildemente la sopa como una pobrecita y la comió en paz estando de rodillas, en medio del refectorio.

Estos actos, cumplidos con generosidad, pusieron sólidos cimientos en aquella alma, que fue luego una religiosa de gran virtud y humildad.

Se trataba de Pasqua Trevisan, nacida en Pasiano di Pordenone en 1820, admitida como aspirante el 8 de junio de 1860; profesó en 1863 con el nombre de Hermana Caterina della Croce y desde 1866 hasta 1867 fue superiora del asilo de Udine. Aquel ingreso suyo acompañado por el ruido de las ballenas que se rompían le puso en el corazón un culto apasionado por las virtudes predilectas del Padre: la pobreza y la humildad. Dio una prueba

[3] Ivi, p. 54.

extrema de ello veintitrés años después, cuando enfermó gravemente. Fue entonces dispuesta en una cómoda habitacioncita toda para ella, pero suplicó al Padre que la hiciera trasladar al cuartucho más angosto de la casa. Y allí falleció serenamente el 3 de marzo de 1883.

Un sombrerito que vuela

Una acogida igualmente brusca, pero de un espíritu similar al de San Felipe Neri, reservó el Padre Luigi muchos años después a Vittoria Simoni.

Nacida en Bolonia en 1837, conoció a las Hermanas de la Providencia en Trento tan pronto como comenzaron el servicio en aquel hospital. Aunque había superado ya los cuarenta años, se sintió impulsada a entrar en la congregación. Probablemente fue alentada por Monseñor Luigi Tinti, que se había trasladado a Trento a finales de octubre de 1879 para un curso de ejercicios espirituales y que acompañó a la nueva aspirante durante gran parte del viaje hacia Udine, donde llegó el 8 de noviembre.

Un antiguo testimonio relata que en 1879 se presentó al Padre Luigi una mujer ya no muy joven, de pequeña estatura y constitución frágil; vestida con decoro y con un sombrerito en la cabeza, pidió de rodillas ser admitida entre las aspirantes del instituto. El Padre, para ponerla a prueba, dio un golpe seco al sombrero haciéndolo parar en un rincón de la estancia, luego le pidió que repitiera la pregunta. Sostenida por la gracia de la vocación, la mujer no perdió el ánimo a pesar de su timidez natural y repitió su oración con calma. El fundador respondió:

« *¿Qué quieres que haga de ti? Ves cómo eres pequeña y ya avanzada en años...* »

« *Es verdad, Padre,* — añadió la joven — *es verdad, pero haré cuanto pueda para ser útil al instituto.* »

Viéndola bien dispuesta y para nada ofendida por el brusco gesto, el Padre la aceptó y, al despedirla, dijo:

« *Ve, toma tu sombrero de cacerola y vuelve pasado mañana, te espero.* »

La joven entró en el convento el 10 de noviembre — el Padre retrasó su ingreso dos días precisamente para verificar si la vocación resistiría a aquella primera prueba — y tomó el ojo nombre de Hermana Maria Imelda, perseverando con fervor hasta la muerte. Debió comprender desde el inicio que en el convento se entraba por una puerta estrecha, no para pasear en un rosal sino para seguir el camino de la cruz. La Hermana Imelda lo comprendió y se convirtió en una religiosa ejemplar. Fue también superiora de la *Casa del Provvedimento* desde 1890 hasta casi su muerte, ocurrida en Cormons el 23 de julio de 1909.

Estos dos episodios, ocurridos a diecinueve años de distancia, demuestran cómo el fundador quería aclarar desde el primer momento el sentido de sacrificio de la vocación a cualquiera que pidiera hacerse religiosa.

Sombras sobre la llamada divina

No siempre la llamada divina, una vez acogida, continúa resonando limpia y serena. A veces, aun en las almas generosas, sufre oscurecimientos. Quizá por la intervención del tentador, o por la fragilidad humana que hace surgir, como grandes olas en el mar, dudas, desconciertos y melancolías; a veces se insinúa en el corazón una misteriosa amargura, similar a la que experimentan a veces los nuevos conversos. Basta una nada para caer en un estado peligroso de crisis.

Las religiosas reaccionaban de manera diferente a estas tormentas interiores.

Algunas, por temperamento o por profunda confianza en el fundador, corrían enseguida a él; él poseía el don extraordinario de devolver la paz a las almas turbadas.

Lo experimentó, por ejemplo, la Hermana Annunziata Felcher, entrada en la congregación en 1857 a los veintiocho años, con el deseo de una vida de oración y recogimiento. El Padre la asignó en cambio inmediatamente como ayudante de cocina en la casa de Udine. Se trataba de una tarea entonces muy fatigante, rendida más gravosa aún por la obligación de acudir a sacar agua a la fuente del barrio Ronchi.

Los *Cenni biografici* relatan que, sintiéndose oprimida por la fatiga, comenzó a desalentarse y a lamentarse entre sí:

« *Has dejado el mundo para ocuparte más seriamente de tu alma, para rezar con más devoción y recogimiento, para hacerte santa. Pero aquí, entre las ollas de la cocina, y quizá por toda la vida, no alcanzarás jamás tu propósito. Sal, sal...* »

Un día acudió decidida al Padre y le pidió volver a casa: que escribiera a sus padres para que acudieran a recogerla, o bien que le hiciera restituir sus ropas civiles porque se marcharía sola. El Padre Luigi la dejó desahogarse, luego le habló con dulzura alentándola a resistir y asegurándole su oración. La tentación se desvaneció y Orsolina — su nombre en el mundo — reanudó con serenidad sus ocupaciones, encontrando en ellas consuelo en lugar de tormento. Se fortalecía pensando que la fatiga, ofrecida por amor de Dios, es una oración perfecta y exenta de distracciones.

Vistió el hábito en 1860, profesó en 1862 y fue durante treinta años cocinera en Cormons, donde falleció el 3 de mayo de 1899. Tres meses antes de su muerte soñó que se encontraba en una estación ferroviaria muy concurrida; no sabiendo cómo salir, se vio asaltada por la angustia hasta que vio repentinamente al Padre Luigi. Corrió hacia él y, reanimada, le dijo:

« *¡Oh!, Padre, creía perderme.* »

A lo cual el Padre respondió:

« *No, no, hija mía, estate serena porque he venido a buscarte.* »

Solo un sueño, ciertamente; pero demuestra cómo la hermana, al inicio y al final de su vida, vio en el fundador la guía segura hacia la paz.

También la Hermana Tranquilla Mayerhoffer vivió una experiencia parecida:

« *Cuando era novicia* — testimonió en 1894 — *me encontré a menudo en grandes desolaciones, y él sabía siempre qué me afligía sin que yo dijera nada. Tuve también*

fuertes tentaciones sobre la vocación. No tenía paz; acudí tres o cuatro veces a pedirle que me dejara marchar. Él me calmaba por un tiempo, pero luego volvían las dudas. Siempre bueno y paciente, me alentó y rezó conmigo, hasta que Dios me libró concediéndome una paz profunda que me hacía felicísima. »

También la Hermana Vincenza Corradini, encontrada por el Padre en Tesero en 1869 y entrada en 1872, sufrió mucho.

« *Durante el noviciado estaba muy inquieta. En los momentos de pena acudía a él para ser confortada. Él solía ponerme una mano sobre la cabeza y decirme: Ve en paz, te conozco. Me sentía enseguida asegurada. Un día, tras la profesión, fui asaltada por una fuerte tentación contra la vocación y estaba a punto de ceder. Aquella misma tarde hablé de ello con el Padre y él me dijo: El Señor fue Aquel que te llamó, y el demonio, envidioso de tu suerte, quiere ahora tentarte. ¡Estate calma, por tanto, hija mía! Desde aquel momento experimenté una alegría indescriptible. Otra vez acudí a él para un consuelo y él me preguntó: ¿No has prometido acaso al Señor esta y esta otra cosa? Sí — respondí yo. Pues bien, estate tranquila.*

Quedé maravillada — concluye la Hermana Vincenza — *porque no había revelado a nadie mi pena y mi promesa.* »

Las dos Hermanas Osanna

Ya de estos episodios trasluce la convicción de las hermanas de que su venerado fundador poseía el don de leer en los corazones y de conocer secretos espirituales celosamente guardados.

Estaban tan convencidas de ello que no pocas — menos abiertas o más esquivas al revelar su propio trabajo interior — hacían todo lo posible por no encontrarlo cuando se hallaban en crisis, o evitaban cruzarse con él tan pronto como lo veían, ciertas de que leería en ellas como en un libro abierto.

Un caso singular rigió a la Hermana Osanna Tisot, entrada como aspirante en 1869. Ella misma lo relató durante el proceso diocesano.

Aún novicia, había sido puesta bajo la dependencia de la Hermana Giacinta De Monte, una religiosa ejemplar pero de un carácter a menudo rudo y brusco. Un día, por una falta no precisada, la Madre Giacinta dirigió un severo reproche a la novicia, la cual tenía a su vez un carácter bastante vivo. La Tisot, herida en su orgullo y aún poco sólida en la virtud, no aceptó de buen grado la reprimenda: le parecía no haberla merecido. Tras un largo llanto, se dijo: no me siento con ánimo de soportar de parte de esa hermana quién sabe cuántas otras reprimendas. Mañana, cuando abra las puertas de la iglesia — puesto que estaba asignada a esa tarea — y nadie me vea, me escaparé.

Y así lo hizo. A la mañana siguiente, habiéndose levantado a las cuatro para su turno de adoración, abrió la puerta grande que desde la escalera de la iglesita de San Gaetano da a la calle, dejó las llaves sobre los escalones y huyó, refugiándose en la cercana iglesia de los Capuchinos. Fue su fortuna, porque allí la crisis se desvaneció. Los frailes estaban recitando los salmos y entre ellos había — como recordaba la Hermana Osanna — hombres imponentes de larga barba blanca y jóvenes en sus primeras armas. Los jóvenes — pensó

— tendrán de todos modos que adaptarse a los viejos, soportarlos y vivir en paz, sin pensar en fugas absurdas. Es mejor que regrese al convento, donde nadie se ha percatado de mi ausencia, y busque ser más humilde. Por otra parte — añadió con sentido práctico montañés, siendo originaria de Primiero — sin dinero y sin conocimientos, ¿a dónde podría ir?

Regresó, pues, a la *Casa de las Derelitte* y corrió a encender las lámparas en los pasillos, incluida la de la habitación del Padre [4]. Él, tras haber respondido al saludo habitual « *Alabado sea Jesucristo* », le dijo:

« *Detente en el pasillo y no te muevas, porque debo hablarte.* »

La pobre mujer, con aquel gran peso sobre la conciencia, quedó muy turbada por ello. Poco después el Padre Luigi la hizo entrar en el despacho y le hizo recitar de rodillas las letanías ante una estatua de la Virgen, manteniéndole las manos apoyadas sobre la cabeza. Terminadas las oraciones, le dijo:

« *¡Mira recto! ¡No mires de través! El demonio se mantiene más que nunca cerca de ti, especialmente en los momentos de debilidad, para hacerte caer. ¡Ves qué pronto habrías destruido todo lo que has construido! Por un capricho momentáneo has arriesgado perder tu vocación. No tenías más que una pequeña humillación que soportar: si te hubieras vencido a ti misma en tan poco, otra vez te habría costado menos. Prepárate, porque el sacrificio es el pan cotidiano para el alma que ama al Señor; es la moneda necesaria para comprar la perfección. Afronta estas pequeñas pruebas con la oración y Dios misericordioso no te negará Su ayuda. Debe haber existido algún santo que te tomara por un pelo y te condujera de vuelta aquí. Vamos a la iglesia ante Jesús sacramentado: si Él te acoge todavía, te acogeré yo también.* »

Sesenta y dos años después la Hermana Osanna se preguntaba aún cómo el Padre Luigi había sabido de su fuga.

Reconfirmada en su vocación por aquella intervención, la Tisot obtuvo asumir, durante la toma de hábito del 25 de marzo de 1873, el nombre de una novicia fallecida en olor de santidad.

Se trataba de Teresa Dush [5], nacida en Porzus, sobre Attimis, en 1845.

Cuando tenía unos once años, un domingo su madre le ordenó ir a recoger hierba para las cabras. En vano la niña hizo notar que en los días de fiesta no se debía atender a semejantes trabajos. « *Comemos nosotros* — le respondió bruscamente su madre —, *las bestias*

---

[4] La cama del Padre Luigi estaba rodeada de cortinas.

[5] El hecho de la animación de la estatua de la Virgen de la que habría sido favorecida la Dush a la edad de diez años es recordado en un lienzo de un pintor local de enero de 1886, que se encuentra en el interior de la pequeña capilla construida en el lugar del acontecimiento. En el lienzo, bajo la joven representada de rodillas ante la Virgen está la inscripción: « Dush Teresa 8-9-1855 aparición ». Sobre la Dush véase Cenni biografici..., ms., vol. I, págs. 124-137. El hecho ocurrió en Porzus una década después de la aparición de la Virgen en La Salette en la diócesis de Grenoble (19-9-1846), reconocida auténtica por la autoridad diocesana en 1851. La aparición de la Salette tuvo amplia resonancia en Friul: en Cividale una iglesia tomó el nombre de Nuestra Señora de la Salette. No hay datos para afirmar hasta qué punto el Padre Luigi seguía aquel acontecimiento. Se recuerda porque, tres años después de su muerte, entrará en la congregación una joven, Melania Zuppichin (1854-1890) de Latisana, que asumió el nombre en memoria de aquella aparición (Melania Calvat fue una de las videntes); falleció asistiendo a los enfermos de viruela en el hospital de Portogruaro.

también tienen derecho a comer. » Se marchó, pues, angustiada ante una estatua de la Virgen y le confió su pena. La Virgen le habría entonces hablado:

« *Obedece y ve al prado, pero recoge solo un puñado de forraje, que bastará para todo el día.* »

Y como la pequeña temía que su madre se enfadara, la Virgen la hizo acercar y le imprimió una pequeña cruz en la muñeca de la mano izquierda:

« *Muestra este signo a tu madre y te creerá.* »

El episodio sacudió a aquellos montañeses, quienes posteriormente construyeron una capilla en el lugar del evento; la capilla se eleva hoy todavía a la entrada del pueblo.

Para sustraer a la pequeña de los peligros de una devoción indiscreta, el canónigo de Cividale Monseñor Tiossi la hizo acoger en 1856 en la *Casa de las Derelitte*, donde permaneció cuatro años. Salió de ella durante un período, pero en 1864 regresó allí para hacerse hermana. Una vez más la Virgen la habría alentado, puesto que no sabía ni leer ni escribir:

« *Ve ciertamente al convento y, cuando debas recitar las oraciones, sabrás hacerlo como las demás.* »

En efecto, mientras estaba en el coro, leía y recitaba muy bien el oficio de la Virgen; apenas salía, se volvía analfabeta como antes. Vistió el hábito el 14 de septiembre de 1868 y el Padre le dio el nombre de Osanna Maria, a fin de que estuviera protegida de toda vanidad espiritual y rindiera alabanza a Dios y a la Virgen, con la cual la joven continuó dialogando con fe segura y sencillez.

Poco después, sin embargo, enfermó. Un día la Tisot se encontró al lado de su cama junto con el fundador. Él tomó el pulso de la enferma para sentir su fiebre y la Tisot pudo ver la pequeña cruz — de tres centímetros de largo y similar a oro brillante — que la Virgen le habría dejado como señal. Poco después dijo al venerado fundador:

« *Padre, cuando vista el hábito, ¿me dará el nombre de Hermana Maria Osanna?* » « *Ciertamente, si te vuelves buena como ella lo ha sido.* »

La Dush falleció piadosamente el 17 agosto de 1870. En aquel momento todas las hermanas pudieron ver la cruz, que de dorada se había vuelto blanca con la muerte. En vida, por voluntad del Padre Luigi, ella había tenido el mayor cuidado de mantenerla oculta.

Las Indias de la Hermana Placida

Otro episodio ocurrió algunos años más tarde. Una hermana tenía desde hacía tiempo la idea de hacerse misionera, mas no había hecho mención de ello a nadie; dentro de sí iba pensando cómo podría realizar tal deseo. Un día se topó con el venerable Padre Luigi, quien sin vacilación le dijo:

« *¡Otra cosa que las Indias! ¡Otra cosa que las Indias! Tus Indias están aquí, entre nosotros.* »

Cómo quedó aquella hermana cualquiera puede imaginarlo, segura como estaba de no haber hablado con nadie.

El caso rigió a Irene Faés de Tavon, en el Trentino, la cual había asumido el nombre de Hermana Placida en la toma de hábito del 3 de mayo de 1878. En sus cincuenta y dos años de religión — falleció de hecho en Cormons el 16 de junio de 1930 —, ella misma relató varias veces la sorprendente intuición del fundador respecto a aquel anhelo secreto suyo, el cual desde entonces se desvaneció por completo.

Crisis de vocación y abandonos

Relatos análogos son muy numerosos en la tradición de las religiosas que vivieron en el tiempo del Padre Luigi. De todos trasluce la firme convicción de que su fundador poseía una intuición singular, no sin destellos de luz divina, al guiar a las religiosas. Pero sobre todo, decía la Hermana Eufemia Zeni:

« *Tenía un don especial para consolar los corazones afligidos. Las hermanas acudían siempre a él en sus turbaciones, angustias, disgustos, y se marchaban totalmente consoladas y aseguradas.* »

Es obvio, sin embargo, que ni la guía más santa e iluminada puede impedir por completo las crisis y los abandonos, especialmente cuando las circunstancias externas exasperan la situación de un alma y esta carece de la confianza y la docilidad entonces más que nunca necesarias.

La Hermana Gioacchina Gremese, alabando la fortaleza y la serenidad habituales del fundador, llegó a decir:

« *El buen Padre se mostró desolado solo cuando en los trastornos políticos, en las guerras de 1859-66, ocurrieron varios abandonos de las hermanas profesas y maestras que él mismo había hecho estudiar. ¡Oh, el dolor inmenso del buen Padre al ver a sus hijas, por él tiernamente amadas, dejar el instituto! Parecía que iba a volverse loco de dolor, el cual manifestaba con gemidos, lágrimas y fervientes y dolorosas oraciones al Señor.* »

El testimonio de la Hermana Gioacchina, nacida en Udine en 1866 y entrada en noviembre de 1881, no podía ciertamente ser exacto en la referencia temporal, puesto que hablaba de cosas ocurridas antes de su nacimiento. En realidad, por los registros del Padre no resulta que haya existido deserción alguna en aquellos años lejanos. Estas ocurrieron más tarde, precisamente entre las hermanas maestras, como diremos dentro de poco.

Con todo, la Gremese captó sin duda la raíz de las crisis al atribuirlas a los trastornos políticos de la época.

Es necesario volver a pensar en la ola de desprecio y hostilidad contra la Iglesia, el papado, el clero y las congregaciones religiosas, que acompañó y siguió a los acontecimientos de 1866 y 1870. Los creyentes eran puestos en la picota. Entre los pocos católicos que continuaban profesándose practicantes y fieles al Papa reinaban verdaderamente el desconcierto y el espanto. Una sotana no podía dejarse ver por las calles sin provocar manifestaciones más o menos abiertas, y a veces clamorosas, de escarnio y burla. El mismo Padre Luigi lo experimentó.

El enconado clima externo no dejó de tener repercusiones negativas en las almas de los fieles. Mientras parte de la aristocracia y de la burguesía abandonaba el sentir cristiano de

los padres y el propio pueblo bajo, sobre todo en las ciudades, cedía a los fermentos anticlericales y antirreligiosos, entre el clero de Udine — aun tan íntegro en su conjunto — se tuvieron algunos casos de abierto renegar e incluso un intento de cisma. Ni las fervientes oraciones ni la sabia y fuerte dirección del Padre Luigi lograron bloquear una cierta infiltración del aire contaminado del tiempo entre sus hijas espirituales. Gracias a Dios, no derrumbes de fe o de costumbres, sino una sutil inquietud, un peligroso abatimiento, una melancólica niebla de cansancio.

Las tres muertes de 1871

Con esta situación probablemente se vincula el episodio decididamente conmovedor de tres hermanas fallecidas en 1871, que quedó como una pesadilla en la memoria de sus hermanas de comunidad.

Eran las tres muy buenas y las tres incubaban desde hacía tiempo la muerte a causa de enfermedades incurables. El mal latente abrió ciertamente las puertas a una cierta amargura. Dejar la congregación, no, jamás: ni pensarlo. Pero pedir morir, es más, morir juntas, eso, sí, de inmediato.

Se estaba en 1868, el año en el cual — el 8 de noviembre — el Padre Luigi realizó la conferencia sobre la vocación y la perseverancia de la que hemos hablado. La hizo porque le pareció necesaria. Desde hacía un año y medio la superiora general se había trasladado a Cormons y sobre la casa de Udine gravaba el temor de la supresión. Es en tal cuadro donde debe colocarse la singular aventura, narrada por un antiguo testimonio:

« *Hacia el año 1868 tres hermanas: la Hermana Saveria Pascolatti, la Hermana Felicita Pigani y la Hermana Rosalia Simeoni hicieron juntas un pacto, a espaldas de los superiores: la primera que muriera volvería a buscar a las demás.*

Eran tres monjas muy fervientes. A la Hermana Saveria la llamaban "*colombina*" *por su sencillez e inocencia. La Hermana Rosalia era un serafín, recordada hoy todavía por las antiguas: era una alegría verla en oración y más aún oírla hablar de Dios y del Paraíso; parecía que lo viera abierto sobre su cabeza.* »

El relato continúa rico en detalles singulares. El hecho es que la Hermana Saveria falleció el 14 de abril de 1871 y la Hermana Felicita el 30 de mayo siguiente, ambas de tuberculosis; la Hermana Rosalia, afectada por la erisipela, las siguió el 10 de junio.

Como la comunidad había venido al conocimiento de aquel pacto, el Padre Luigi tuvo que afanarse bastante para devolver la tranquilidad. Al tiempo que deploraba aquel triste acuerdo, por estar hecho contra la virtud de la obediencia y del abandono en Dios, amonestaba así a las demás religiosas:

« *Cuando se tienen inspiraciones, se debe pedir consejo a quien dirige nuestra alma para no errar, y entonces estamos ciertos de que vienen de Dios y de que se hace Su voluntad; pero no hay que obrar por la propia cabeza, porque no estamos en disposición de discernir si es o no la voluntad de Dios.* »

Signo, por tanto, de que las tres hermanas habían creído seguir una inspiración celestial, detrás de la cual, sin embargo, no es difícil vislumbrar un doloroso deseo de evasión.

Pero aquellas tres hijas, al menos, habían dejado el claustro por el cielo. Poco después algunas religiosas lo dejarían para volverse al mundo. Y a estas se adaptan bien las palabras de la Hermana Gioacchina sobre el dolor del fundador al ver a algunas profesas maestras desertar de las filas della congregación.

Queremos recordarlas brevemente y con conmovido respeto, a ejemplo de la Santa Iglesia, la cual, si honró a los mártires, tuvo piedad materna para con las que habían cedido. Tanto más cuanto que sus abandonos no estuvieron privados de atenuantes, a comenzar por el hecho de que el diploma mismo de maestra — permitiéndoles sostenerse en la vida civil — volvía la tentación más fuerte. Tampoco hay caso que no encierre un germen de advertencia y de saludable enseñanza.

El drama de la Hermana Gertrude Corradini

Ella había entrado en la congregación en 1854 y había profesado en 1860. Cuando el Padre Luigi decidió hacer diplomar a algunas religiosas, la incluyó a ella también en el primer grupo que sostuvo los exámenes en Udine en la primavera de 1866.

Al año siguiente fue enviada a la casa de Cormons, donde se le encomendó una de las clases elementales. Pero, o por el exceso de confianza en sus propias capacidades que la impulsaba a querer enseñar en las clases superiores, o bajo la influencia de las controversias escolares que turbaron la vida de la casa, o porque la enfermedad que se revelaría más tarde se había manifestado ya, se convirtió en motivo de discordia en la pequeña comunidad, gobernada entonces por la excelente pero quizá un poco débil Madre Luigia Dario [6]. Fue por ello encomendada de nuevo a la casa de Udine en marzo de 1872 y el 18 del mismo mes regresó con sus familiares.

La pobre hermana no lograba darse paz; personalmente o por medio de otros envió numerosas peticiones al arzobispo Monseñor Casasola a fin de que la hiciera readmitir en el convento.

El Padre Luigi, aunque respetuoso de las decisiones tomadas por la superiora general y por sus consejeras, sostuvo las esperanzas de la Corradini, y compartía su sufrimiento. Había prometido de hecho que la recibiría de nuevo si lograba realizar un proyecto suyo: quizá aquel centro de acogida para jóvenes en dificultad que soñaba con erigir en Udine, en *via di Mezzo*.

Luego no se realizó nada de ello y no conocemos la historia posterior de la Corradini. Pero el obituario de la *Casa de las Derelitte* nos ofrece una conmovedora imagen de su atormentado ocaso: se lee allí que falleció en el hospital psiquiátrico de Ribis en 1919 y, por su testamento, expresó el vivo deseo de ser sepultada en la tumba de las Hermanas de la Providencia, a las cuales perteneció y a quienes amó con vivo afecto, especialmente a la superiora Hermana Lucia De Giorgio.

Así, al menos tras la muerte, pudo regresar entre sus queridas hermanas.

---

[6] Dario Marianna (Hermana Maria Luigia dei Cuori di Gesù), nacida en Villasantina (Udine) el 30 de septiembre de 1824, entró en la congregación el 6 de agosto de 1846, vistió el hábito el 7 de agosto de 1847, profesó el 6 de agosto de 1851, falleció en Cormons el 5 de marzo de 1890. Para apuntes sobre ella, véanse los Cenni biografici..., ms., vol. 11, págs. 185-190.

Almas inquietas

El hecho de que las condiciones ambientales ejercieran una influencia notable en el abandono de algunas religiosas parece demostrarse claramente por el hecho de que ocurrieron casi todos en el período 1872-1875, en el cual el propio Padre Scrosoppi, al no querer aceptar la transformación de la *Casa de las Derelitte* en entidad jurídica, pensó incluso en disolverla. Es muy probable que este estado de incertidumbre contribuyera a desencadenar algunas crisis interiores.

El 10 de julio se alejó de la congregación la Hermana Eustella Oliva, aún no profesa. Era de Cremona, y tal vez la diferencia de origen y de mentalidad la hizo sentirse incómoda entre las pobres hermanas de Udine. El mismo día, el Padre Luigi anota en su cuaderno de gastos:

« *por una maestra que regresa a Cremona L. 36,25*. »

En estrecho acuerdo con la Oliva, la Hermana Giuliana Ferro dejó la congregación el 14 de octubre de ese mismo año 1872. Ella había ingresado entre las *Derelitte* el 4 de enero de 1865 procedente de las *Dimesse*, orden en la que llevaba el nombre de Hermana Agnese. Es aquella a quien la Hermana Cecilia Piacentini había dicho:

« *Venga, si está dispuesta a pasar del lecho de rosas al de espinas*. »

La biógrafa de la Piacentini escribe que la Ferro realizó un noviciado que pareció ferviente. Pero la propia Ferro, en una carta a Monseñor Casasola, declara:

« *El primer año de noviciado lo pasé entre los sufrimientos más agudos del espíritu, sin poder sentirme nunca contenta por más que intentara estarlo: los dos años restantes fueron aún peores*. »

Por temor al juicio ajeno, no había osado exponer su malestar en el momento de la profesión, celebrada el 27 de octubre de 1868. Pero en 1872 se sintió segura:

« *Estoy decidida, resuelta* — escribía al arzobispo — *a no permanecer en un lugar, ciertamente santo, pero que no se adapta en absoluto a mi espíritu*. »

Ya había iniciado gestiones con otro convento:

« *Su espíritu* — añadía — *es más dulce y afable: siento que solo allí encontraré la calma y el sosiego deseados*. »

A finales de octubre se encontraba, efectivamente, en el instituto de Santa Dorotea en Cremona, donde probablemente la Oliva la había precedido. Pero tampoco allí halló la paz, ya que más tarde pasó a las *Damas Inglesas* de Rovereto. Finalmente, regresó de forma definitiva a la vida civil; tras un período dedicada a la enseñanza en Nápoles, se casó y emigró a América.

Ambas fueron, por tanto, víctimas de ese error de perspectiva contra el que el Padre Luigi no cesaba de advertir: buscar en los conventos un sosiego ilusorio en lugar de la unión con el sacrificio de Cristo.

Quizá el fundador sufrió más por otros dos abandonos debidos a la situación interna de la casa de Primiero. Allí la Hermana Cecilia Piacentini había llorado durante dos años, y solo una gracia especial de Dios le había otorgado la fuerza para superar las pruebas a las que

la sometía la bondadosa pero rígida superiora, la Hermana Visentini. Esa misma fuerza no la tuvieron la Hermana Margherita Bellini, que dejó la congregación el 13 de noviembre de 1875, ni la Hermana Veronica Tessitori, que regresó a la vida civil el 15 de octubre de 1877. Esta última tuvo que volver de nuevo a pedir ayuda al Padre Luigi, ya que él anota el 8 de febrero de 1878 la conmovedora suma de 7,70 liras entregada como « *caridad a Maria Tessitori, retirada en Palmanova* ».

Testimonio de Angela Martinis

Otro caso de abandono ocurrió hacia el final del tormentoso período 1871-1875. Consideramos oportuno relatarlo con esmero porque nos parece impregnado de una singular conmoción.

El 15 de mayo de 1865 habían sido acogidas en la *Casa de las Derelitte* dos pequeñas huérfanas de Udine, Angela e Italia Martinis. La primera bajo la protección inmediata del Padre Luigi, la segunda de Monseñor Someda.

Se llamaba protector, en este caso, a quien asumía la carga de la pensión.

Mientras Italia dejaba el instituto por motivos de salud en 1871, Angela ingresaba en la congregación como aspirante el 25 de octubre de aquel año, comenzando de inmediato a prepararse para obtener el título de maestra bajo la guía de la Hermana Costanza Murero. Vistió el hábito religioso el 7 de diciembre de 1873, pero no llegó a profesar, ya que salió el 22 de noviembre de 1875. Sus dos compañeras de toma de hábito tampoco profesaron hasta el 23 de enero de 1877: signo indudable de cierta crisis que entonces se cernía.

Posteriormente, la Martinis se dedicó en la vida civil a la profesión de la enseñanza y contrajo matrimonio. Vivió el tiempo suficiente para poder rendir testimonio sobre la santidad del Padre Scrosoppi: una declaración que no figura en el proceso diocesano, pero que es digna de ser reproducida íntegramente a partir de la carta que la Martinis escribió el 12 de abril de 1932 desde Sagrado a la Hermana Valburga Zuccolli.

« *Cumplo la palabra dada el pasado jueves de escribirle algún hecho relativo a la vida del amadísimo Padre Luigi Scrosoppi, modelo de bondad y de caridad hacia los pobres y necesitados. Excusará el retraso, motivado por tristes circunstancias.*

Estuve cerca de once años en aquel sagrado recinto y tuve ocasión de escuchar de los mismos labios de este venerables sacerdote muchas cosas que me quedaron grabadas en el alma.

¡Cuántos sacrificios hacía por sus pobres huérfanas! Se privaba de todo para acudir en su auxilio. Con afecto nos decía: Hijas mías predilectas, sed obedientes y piadosas; estudiad con diligencia, amad el trabajo y sed respetuosas con quienes os instruyen. Lo que a menudo nos recomendaba era la devoción al santo protector del instituto: Rogad, hijas, a San Cayetano para que os socorra en vuestras necesidades y tened presente cada día esta breve oración: Obtenednos de Dios, oh San Cayetano, con vuestra oportuna asistencia, la Providencia.

El instituto se mantenía de las limosnas que muchos benefactores enviaban para las pobres huérfanas. Un día, entre otros, dan las doce y todas nos apresuramos al refectorio

para el almuerzo; pero las mesas estaban vacías porque faltaba la comida. ¿Qué hace entonces nuestro buen Padre? Nos reúne y, con tales palabras, nos exhorta a tener paciencia y a confiar en la divina Providencia, que todas quedamos conmovidas. Rezamos junto con él. Se dirigió luego a su pequeño gabinete de oración y, al salir, nos entregó un trocito de chocolate diciendo: Tomad esto mientras tanto, y dentro de poco tendréis el almuerzo.

A los pocos minutos, vemos llegar un carro colmado de víveres. Enseguida se preparó la comida, que fue abundante y buena. Después de almorzar alegremente, agradecimos a San Cayetano y salimos al patio para el recreo.

Un día en que ayudaba a la Hermana Maria Lucia — en el mundo Caterina Merlo — a cocer el pan, no se podía encender el fuego debido a que la leña aún estaba verde. Entonces la buena hermana recurre al Padre y le expone el caso. Al regresar, me ordenó tomar la leña y llevarla a los pies del altar de la iglesita anexa al convento.

Una vez depositado el haz, ella pronunció estas palabras exactas, aconsejada, creo, por el venerable Padre: Señor, bendice esta leña, a fin de que podamos cocer el pan para el mediodía.

Dicho esto, me mandó recoger el haz y meterlo en el horno. Con gran asombro de nuestra parte, vimos que aquella leña ardía como si se tratara de velas. Este hecho me causó una profunda impresión y me dije a mí misma: Nuestro bendito Padre es un santo.

En la víspera de la Navidad, cada año nos colocábamos en fila alrededor del pasillo donde se encontraba el despacho de nuestro amadísimo director, y se cantaba una canción pastoral en lengua friulana que a él tanto le gustaba. No sé si la cantan todavía. Comenzaba así: Vés di savé ch'al è nassut il Salvator in forme d'un frut (Debéis saber que ha nacido el Salvador en forma de niño). Terminado el canto, nos daba las gracias y nos relataba hermosas historias sobre el nacimiento del Niño Jesús, que nació pobrecito en un establo para enseñarnos la pobreza.

Nos exhortaba a ser buenas y sensatas, y a amarnos mutuamente.

Cuando él rezaba, lo hacía con tal devoción que parecía un ángel, y no sé cómo podía permanecer tanto tiempo arrodillado, teniendo desde hacía muchos años una pierna enferma. Se notaba que sufría, pero nunca se quejaba. ¡Qué paciente era!

A menudo le oí decir: No, no moriré contento hasta que haya fundado doce institutos.

Este bendito sacerdote fue el ejemplo visible de todas las virtudes. Intentemos al menos imitarlo un poco.

Excelente madre, acepte este escrito mío y, si desea también la canción pastoral friulana, escríbame y se la transcribiré.

Recuérdeme ante la reverendísima madre superiora y rece usted un Avemaría por esta pobre vieja.

Angela Martinis viuda de Stacul. »

Así, envuelto en un halo de santidad rodeado de prodigios y profecías, la anciana maestra recordaba con emoción al Padre Luigi, más de cincuenta años después de haber dejado las

filas de sus hijas espirituales. Entre las líneas de su carta, además del dulce retorno de la memoria a aquellos tiempos lejanos, parece vislumbrarse un hondo pesar.

Las caricias de la Providencia

En el testimonio de la Martinis se recuerdan dos sucesos providenciales de los que ella misma fue testigo. Esto nos mueve a rememorar aquí algunos otros episodios semejantes, ocurridos en diversas épocas, también para cerrar con serenidad un capítulo un tanto marcado por sombras y tristezas.

No pretendemos atribuirles la condición de prodigios, si bien el Señor afirmó que quien tiene fe del tamaño de un grano de mostaza puede desplazar incluso las montañas. Y el Padre Luigi poseía una fe grande y firme como una roca. Por lo demás, en la vida de los santos — especialmente de aquellos entregados a la Carità — los hechos de este tipo son frecuentes. Dios nunca abandona a la confusión a quien confía en Él.

Un día, pues, la hermana ecónoma acudió al Padre para decirle que en el granero ya no quedaba trigo más que para unos pocos días y que, por tanto, era necesario proveer más. Él le respondió que tomara por el momento el que fuera suficiente, porque después ya se encargaría la divina Providencia. A continuación, el Padre se dirigió a rezar a la iglesita; desde allí pasó al granero con una pequeña estampa de San Cayetano, que colocó debajo del poco trigo restante. Faltaban aún dos meses para la nueva cosecha. Sin embargo, la hermana pudo seguir abasteciéndose de allí, a pesar de que la comunidad era muy numerosa, y el montón nunca disminuía. El fenómeno cesó cuando estuvo lista la nueva siega.

In otro caso semejante, el Padre unió a la fe en la Providencia una lección de pobreza. Una hermana estaba barriendo el suelo del granero, ya vacío de trigo. De pronto, vio salir de las rendijas unos cuantos granos. La religiosa no les prestó atención. Pero el Padre, que llegó allí por casualidad, le ordenó limpiar bien las hendiduras, porque de lo contrario se pecaría contra el espíritu de pobreza y contra la Providencia, de donde provenían también aquellos granos dispersos. La hermana, provista de un alambre, se puso a escarbar. Y de tanto escarbar, levantó la mirada asombrada hacia el Padre, porque aquello parecía una mina oculta. Él la animó a continuar y permaneció allí sonriendo, hasta que vio formado un hermoso montoncito.

Otra vez, la ecónoma corrió exasperada al Padre a quejarse de que el trigo del granero estaba tan infestado por el gorgojo del grano (un parásito) que ya no serviría para nada. El Padre la escuchó con calma y luego, sonriendo, le respondió:

« *Pero no, hija, no has mirado bien, no es posible que esté dañado.* »

« *Oh, sí, Padre. Lo he removido una y otra vez y ha salido una nube de mariposas. Lo han visto conmigo otras hermanas.* »

« *Hija mía* — replicó el Padre —, *es necesario tener fe en Dios. ¡Fe, fe! Regresa a comprobarlo y te convencerás de que el grano aún es bueno.* » Y le dio su bendición.

La hermana volvió al granero y, con gran asombro, encontró el trigo en perfecto estado. Este relato lo repetían a menudo la Madre Cecilia Piacentini y la Hermana Elena Zuccolli.

Hacia 1873, una novicia [7], encargada de la cocina, mientras se disponía a preparar la polenta, se dio cuenta de que la artesa estaba por completo vacía. ¡Y había tantas bocas que alimentar! Corrió de inmediato al Padre para que mandara con toda prisa a comprar harina. Pero el Padre Luigi no tenía ni un céntimo. ¿Qué hacer? Ordenó a la hermana poner el agua en la olla y encender el fuego. Él, entre tanto, se sumergió en la oración. Una y dos veces regresó la novicia a decirle que el agua ya hervía, pero de la harina ni rastro.

« *Confía, hija mía* — repetía el Padre —, *que la harina llegará con certeza.* »

La hermana bajaba por tercera vez cuando oyó sonar el timbre de la portería. Corrió a abrir y se encontró a un desconocido con un asnillo cargado con un saco de harina amarilla. Se lo entregó en los brazos y se marchó sin decir palabra.

Estos imprevistos envíos de harina o de otras cosas necesarias sucedieron en varias ocasiones. La Hermana Giacinta De Monte, responsable de la cocina, acudía al Padre, quien la mandaba a menudo al cercano convento de los capuchinos, el refugio habitual en los casos desesperados; pero al poco tiempo llegaban carros con harina, leña, patatas, alubias y todo lo que hacía falta.

A otra hermana encargada de la cocina le ocurrió una vez el siguiente percance. Una mañana, muy temprano, bajó a la cocina para preparar la sopa de pan para el desayuno de las huérfanas. Puso, pues, a hervir el pan y, cuando estaba a media cocción, se dispuso a aderezarlo. Todavía completamente adormilada, confundió la botella de queroseno con la del aceite, y vertió queroseno en abundancia. Se percató enseguida del desastre por el hedor que subía de la olla. Corrió de inmediato al Padre. Y él, tras recogerse en ferviente oración, bendijo aquella comida maloliente, diciéndole a la hermana que temblaba a su lado:

« *Ahora sírvela como de costumbre.* »

La hermana, con poca fe, respondió: « *¡Pero, Padre, sabe a queroseno!* »

« *Vamos* — replicó él —, *ponla en la mesa y verás que todas comerán con gusto.* »

Cuando las muchachas se sentaron a desayunar, el hedor aún se sentía en el aire; sin embargo, la sopa se había vuelto exquisita.

La Hermana Filomena Angeli, quien, además de hacer de portera, custodiaba el armario de los zapatos de las huérfanas y se encargaba de repararlos, relataba que se había encontrado en dificultades muchas veces. El Padre deseaba que todas las niñas, sin distinción y al menos para los días de fiesta, llevaran zapatos. Pero a menudo no los había en número suficiente. Ella no sabía cómo solucionar el problema. El Padre entonces la confortaba diciendo:

« *Confía en la Providencia y, mientras tanto, distribuye los zapatos que tienes.* »

---

[7] Fue la Hermana Maria Francesca Serafina (cf. parte II, cap. 7, nota 2). También la Hermana Maria Antonia della Sacra Famiglia, en el mundo Caterina Gadenz (nacida en Transacqua di Trento en 1854, ingresada en la congregación en 1876, vestida en 1877, profesa en 1880, fallecida en Cormons en 1889), fue testigo de la llegada de la harina para la polenta: después de que el Padre Luigi hubiera exhortado a la hermana a confiar en Dios porque no había dinero para comprarla, él fue a rezar ante Jesús sacramentado y « no había transcurrido un cuarto de hora cuando sonó la puerta. Al abrir, encontraron a un hombre rechoncho, robusto, con una carga de harina a la espalda. Sin decir palabra, deposita el saco y se marcha ». (A.L.S., fasc. 29, doc. 9, c.r. 99).

Y, para gran asombro suyo, siempre llegaban a sus manos todos los pares que se requerían.

No caían del cielo, por así decirlo, únicamente sacos de harina, trigo y leña o zapatos; también llegaba el dinero, y en la medida exacta requerida.

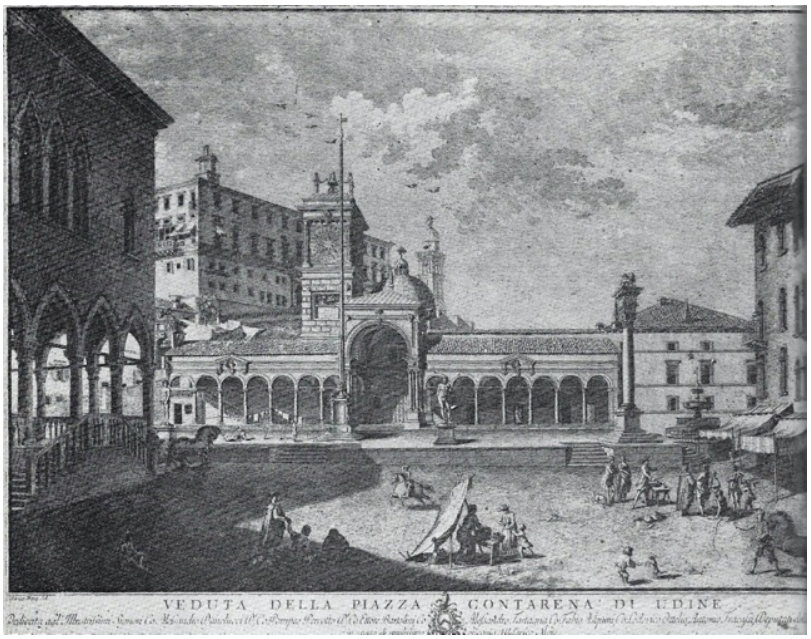
La misma Hermana Filomena relataba que le correspondía a ella pagar a los obreros que trabajaban para la casa. Acudía a pedir el jornal al Padre, pero este, muchísimas veces, se encontraba sin un céntimo. Entonces él se ponía de rodillas ante Jesús sacramentado, luego abría la caja de las limosnas y sacaba de ella justo lo necesario para liquidar la deuda. A veces hacía rezar con él a los mismos obreros. Y la caja, antes vacía, ofrecía al final el dinero preciso.

El Tinti relata un caso semejante, en el cual, sin embargo, la Providencia se sirvió de un intermediario.

« *El venerado fundador —* escribe *— debía abonar una gran suma de dinero por una compra que había realizado en beneficio de una institución benéfica. Llegó el día fijado para el pago sin que el Padre Luigi hubiera logrado reunir la cantidad necesaria, ni había esperanza de obtener un aplazamiento. El Padre va a postrarse ante el sagrario, su refugio de costumbre, y allí se entrega a ruegos y lágrimas, confiando a Jesús sacramentado la urgente necesidad. Luego se levanta con la seguridad de recibir la gracia, sube al carruaje para ganar tiempo y ordena a su fiel sirviente que lo lleve a la casa de un determinado señor.*

A mitad del trayecto, y precisamente en la plaza de la Libertad (es decir, la plaza Contarena) en el centro de Udine, aquel señor, que llegaba a toda prisa, hizo señas al cochero para que detuviera el caballo. Se acercó a la portezuela y pidió al Padre Luigi permiso para acompañarlo en el carruaje. Feliz encuentro, dijo el Padre Luigi, iba precisamente a su casa por un asunto urgente.

A lo que enseguida el señor respondió: Y yo, temiendo que usted hoy pudiera encontrarse en alguna dificultad económica, me dirigía ahora a su instituto para entregarle esta cantidad que encomiendo a sus manos caritativas. »



Udine. – Piazza Contarena. Grabado del siglo XIX

« *¡Era exactamente la suma que en aquel día necesitaba el buen Padre Luigi! De aventuras parecidas* — continúa el Tinti — *se leen muchas en las vidas del beato Cottolengo y de Don Bosco, las cuales demuestran claramente que quien es generoso con el prójimo por amor de Dios es luego recompensado abundantemente por el Señor. Y así fue para el Padre Luigi, que nunca sabía negar auxilio a los necesitados*. »

Uno de los imanes más potentes de la divina Providencia es el de olvidarse de las propias necesidades para socorrer las del prójimo. El Padre Luigi lo sabía; y a menudo se le escapaba de las manos una ayuda recién recibida para pasar a las de otros. Un día llegó a la *Casa de las Derelitte* una persona para devolverle un marengo (es decir, una moneda de oro) y la Hermana Strazzolini lo esperó a la entrada, porque le urgía para las necesidades de la casa. Pero cuando acudió al Padre, este, entre tanto, le había entregado la moneda a un pobre que se le había adelantado. « *Cálmate, madre mía* — le dijo —, *Dios proveerá.* » Y, en efecto, poco después llegó un subsidio inesperado para las huérfanas y las hermanas. Bendita caridad y bendito abandono en Dios: llaves de oro y plata que abren los cielos. El Padre Celestial colma de bendiciones a quien es generoso con el prójimo y confía en Él.

Capítulo 9:

DESTELLO DE LA ANTEVÍSPERA (1876-1880)

Cinco años de paz relativa

Cada día trae consigo sus propios esfuerzos y sus propias preocupaciones. Uno se da cuenta de ello por la tarde, si el amanecer había parecido espléndido.

La palabra « paz » aquí abajo no representa sino un suspiro y un deseo: solo para quien cree es una promesa celestial, cuyas alegrías se pregustan en el sosiego interior. Sin embargo, existe en el vocabulario. Y se define como « tiempo de paz » aquel en que la guerra y la tensión atraviesan un momento de estasis, y el respiro parece hacerse más ligero, como para un caminante que, habiendo alcanzado con esfuerzo una cumbre, ve abrirse ante sí un tramo en ligera pendiente.

De 1876 a 1880 el Padre Luigi conoció un período semejante de distensión. No le faltaron ciertamente afanes y preocupaciones, pero fueron como leves olas en la superficie de un río en la llanura.

El clima político-religioso se había atenuado un tanto. El largo y extenuante contraste con las autoridades civiles para la transformación de la *Casa de las Derelitte* en entidad jurídica ya se había concluido en 1875, en desventaja del Padre: a él no le quedó otra opción que aplazar continuamente la ejecución, antes de aceptar aquel amargo bocado. Se había aplacado además casi por completo la inquietud por la que durante un breve período se había visto sacudida también la congregación de las hermanas.

El Padre Luigi, además, gozó en estos años de un renovado vigor: a ello alude él mismo en una de sus cartas.

Era el conocido fenómeno, fisiológico y psicológico, de la llamada última juventud, que precede y anuncia el ocaso, precisamente como una llama brilla más intensamente antes de apagarse.

Los espíritus débiles, propensos a las ilusiones, extraen de ello un motivo para aferrarse a la vida terrenal. Las almas fuertes y creyentes vislumbran en cambio un don divino para prepararse al gran retorno.

Una tumba en el silencio

Si, habiendo superado los setenta años, el Padre Luigi no sentía todavía que la muerte llamara a la puerta, no obstante en la muerte pensaba. Y pensaba en ella con dulzura.

En realidad, no hay una línea en sus escritos, ni una mención en sus discursos, de aquella visión de la muerte teñida de angustia o de terror, que con todo no es rara en las prédicas

de los predicadores y en las amonestaciones de los ascetas. Era franciscano y no podía llamarla sino « hermana muerte ».

¿Cómo, por tanto, la imaginaba?

Él, que no había tenido consideración alguna para consigo durante toda su vida, él que amaba pedir por caridad para su propio uso los harapos de los pobres, una sola cosa quiso y cuidó: una tumba en el silencio para su propio cuerpo.

No en el cementerio monumental de Udine, sino en el lejano y amado pueblo de Orzano. Una decisión que le atrajo afectuosos reproches por parte de quienes le eran cercanos. ¿Por qué marcharse, una vez muerto, lejos de sus hijas espirituales, lejos de las huérfanas y de los beneficiados, lejos de los conciudadanos que con todo lo veneraban? Y él respondía:

« *Dejad que este bueno para nada descanse en paz lejos de toda confusión; dejad que sea olvidado.* »

Ni se contentó con elegir el lugar de la sepultura, sino que estudió con amor el entorno que prefería. Ordenó por tanto que al lado de la casa de Orzano se construyera una iglesita en todo idéntica a la Santa Casa venerada en Loreto y encomendó su cuidado a Don Luigi Costantini. La capilla ya estaba en construcción en 1877, cuando el 25 de febrero escribía a Costantini:

« *Le encomiendo la iglesita de Orzano.* »

Orzano (UD). Iglesita de la Madonna di Loreto mandada construir por el P. Luigi.

Que el Padre Luigi hubiera tomado en persona las medidas exactas de la Santa Casa durante una de sus peregrinaciones — como afirma un testigo — o que las hubiera extraído de una pequeña iglesia de la región de Verona construida como copia de la original — como dicen otros — es un detalle sin importancia alguna. Lo que cuenta es su deseo de una capilla del todo idéntica a la casa de Nazaret. Más tarde aquel deseo suyo no será respetado, bajo el pretexto de que las paredes desnudas y oscuras no favorecían la devoción.

El Padre, sin embargo, la habría amado así y de este modo se entretenía en describirla — antes de que estuviera terminada — durante sus breves visitas a Orzano. Esperar la resurrección final en un nido que recordara a Jesús, a la mamá María y al amadísimo San José: este fue el sueño de su alma, enamorada del misterio de la encarnación y de la humildad del Verbo hecho hombre.

Al construir aquella iglesia no le faltó algún contratiempo. Orzano pertenecía al territorio dependiente del cabildo de Cividale, que reivindicaba derechos casi episcopales, con pretensiones de autonomía respecto al gobierno del Arzobispo de Udine. El Padre Luigi, en cambio, tras haber pedido y obtenido el consentimiento del cabildo, en cuanto sacerdote responsable de la zona, había hecho proseguir las obras con la sola aprobación de la curia arzobispal. Siguió una protesta del cabildo, aplacada más tarde gracias a la manifiesta honestidad del Padre al respetar la suprema autoridad religiosa. Con todo, la pequeña iglesia no será consagrada sino trece años después de su muerte. Su amor por el ocultamiento y su obediencia disciplinada le merecerán, así, una tumba doblemente humilde: verdaderamente semejante a la casa de Nazaret donde, según los estudiosos de las Escrituras, la Sagrada Familia vivió casi ignorada por el entorno circundante.

El quincuagésimo aniversario de sacerdocio

« *El primero de abril de 1877* — escribe el Tinti — *representaba para el padre fundador un recuerdo dulcísimo: su jubileo sacerdotal. El humilde Padre Luigi había mantenido la alegre recurrencia oculta con esmero y, por lo que a él respectaba, aquel día de fiesta no habría sido distinguido de los demás por la entera comunidad religiosa. No obstante, su amado hermano Don Giovanni Battista ya había advertido a las Hermanas de la Providencia, para permitirles manifestar al padre fundador su propio afecto filial y, al mismo tiempo, regocijarse espiritualmente por la solemne y rara festividad.*

Las hermanas tuvieron que actuar con mucha prudencia al preparar cada cosa sin que el Padre Luigi se percatara, por el temor fundado de que, si él hubiera previsto alguna celebración en su honor, habría intentado impedirla con su autoridad. Solo en la víspera de la fiesta el buen Padre, al notar un movimiento inusual entre las personas del instituto y al encontrar de repente a algunas hermanas que se apresuraban a ocultar los objetos que sostenían en la mano, se dio cuenta de la grata conspiración para festejarlo y pasó al lado de ellas diciendo sonriente: ¡Ah, pilluelas, pilluelas!

En la iglesita del instituto, adornada para la fiesta como una esposa que aguarda al esposo, el venerado padre fundador celebró aquel día el santo sacrificio, asistido en el altar por Monseñor Antonio Feruglio y por el sacerdote Luigi Costantini, dos valiosos colaboradores del Padre Luigi en sus obras de caridad. Durante la santa misa jubilar, las limpias voces de las alumnas, acompañadas por el órgano, cantaban aquellas sublimes

composiciones latinas musicalizadas por el célebre Don Jacopo Tomadini, quien con sus notas celestiales toca las fibras más profundas de los corazones.

Las lágrimas de emoción, el tono vibrante de la voz y el porte de la persona eran signos evidentes del consuelo interior que el Señor otorgaba a su fiel ministro; él, durante cincuenta años, había celebrado cotidianamente sobre el altar con el mismo fervor de su primera misa.

Muchos sacerdotes acudieron en aquel día para celebrar en aquella devota iglesia; posteriormente, en la amplia sala del instituto, el Padre, rodeado de muchos amigos y conocidos, fue festejado por las hermanas y por las alumnas con cantos alegres y discursos apropiados.

A las hermanas de comunidad de Udine se unieron en aquel día algunas superioras de otras casas, portavoces de la alegría de todas las hermanas que, con un solo corazón y un solo alma, se sentían espiritualmente unidas a su amado padre fundador. Hubo entre ellas una noble emulación al presentarle, como un caro recuerdo de aquella fiesta, algún hábil trabajo manual acompañado de poesías e inscripciones, como sincero testimonio de su más devoto afecto.

Entre las diversas composiciones se distinguían: una oda afectuosísima de las niñas del instituto; una poesía en cuartetas de las mismas jóvenes; una oda de las Hermanas de la Providencia de Trento; una inscripción y un soneto de las hermanas de Primiero; un soneto de las hermanas de Tesero; una canción de las hermanas de Udine; un soneto de las hermanas de Cormons y una inscripción de la superiora general a sus dilectas hijas en Jesús.

No obstante estas y muchísimas otras manifestaciones de afecto y de estima que le fueron dirigidas en tal ocasión, la modestia del Padre sufría mucho por ello, puesto que él deseaba más bien humillaciones e indiferencia hacia su persona. Sin embargo, en su bondad, dejó libre curso a estos signos de alegría y de gratitud para no entristecer a sus caras huérfanas y a las amadas hermanas; aceptó sufrir con tal de permitirles regocijarse, ya que la caridad es afable. »

Hasta aquí el Tinti.

Él no recuerda, tal vez por humildad, un soneto que él mismo compuso para la ocasión y que fue recitado en nombre de algunos sacerdotes de la diócesis de Concordia; ni recuerda una oda, cantada por los niños del antiguo Asilo de la Inmaculada, escrita por Don Sebastiano Comuzzi [(1)], nacido en Lestizza en 1816. Él había sido testigo de la dedicación heroica de las hermanas en su pueblo natal durante el cólera de 1855 y estaba entonces asignado a la iglesia de San Pietro en Cividale. En esta última obra el Padre Luigi es comparado con el Papa Pío IX:

« *¡Oh, tú eres semejante al gran Pío, que es verdadera imagen del corazón de Dios!* »; al Padre se le desea: « *Eterno premio de sus prodigios, de un incansable divino amor*. » En

[1] Nacido en Lestizza (Udine) en 1816 y fallecido en 1880, fue maestro municipal y colaborador en diversas parroquias; prestó servicio también en Cividale del Friuli.

el soneto de la casa de Cormons se dice del Padre que: « *Cual ángel todavía de las más caras virtudes, precisamente como el primer día, resplandeces*. »

Son frases que dicen claramente de qué fama de santidad estaba rodeada la figura del Padre Scrosoppi.

Él debió de balancear aquellos elogios con profundos gestos de humildad, si la Madre Angelica Gervasoni, casi veinte años después, pudo afirmar:

« *Su humildad resaltó especialmente en 1877, año en que concurría su jubileo sacerdotal.* »

Consideramos no obstante que la celebración jubilar no se llevó a cabo precisamente el primero de abril, que en aquel año coincidía con el día de Pascua; no es fácil imaginar en tal solemnidad la concurrencia de muchos sacerdotes para celebrar la misa en la iglesita de San Gaetano. Quizá sea necesario pensar en algún día durante la semana sucesiva a la Pascua, como parece sugerir una carta del Padre del 7 de abril a las hermanas de una comunidad de la región de Trento, probablemente de Trento:

« *La venida de esa reverenda madre superiora local para visitarme ha sido para mí una gratísima sorpresa... Os agradezco vuestras cartas por las felicitaciones hechas con ocasión de mi jubileo. No sé qué deciros de otro modo, sino que pidáis al Señor que me perdone las muchas ofensas cometidas en estos cincuenta años en que celebro la santa misa.* »

Un hábito eclesiástico y un par de cubrezapatos

¿Qué dulces sentimientos llenaron el ánimo del Padre en su fiesta jubilar? Sin duda revivió, sobre las alas de los recuerdos, la emoción de la ceremonia en la Catedral de Udine y las alegrías inefables del primer santo sacrificio en la iglesia de Santa Maria Maddalena; sintió tiernamente cercanos a la mamá, al papá y al amadísimo Padre Carlo. Y sin embargo debió de experimentar un dolor indecible al no poder celebrar la misa donde había oficiado la primera vez, en aquella iglesia tan amada, víctima inocente de ofensas profanadoras.

De una cosa se alegró: de que su aniversario sacerdotal casi coincidiera con el jubileo episcopal del Papa Pío IX, que había sido consagrado Obispo de Spoleto el 3 de junio de 1827.

Precisamente el día de tal recurrencia, el Padre Luigi admitió a tres candidatas al noviciado. Al lado de sus nombres escribió de su propio puño:

« *En memoria del aniversario episcopal de Pío IX, llevarán el nombre de Pia di San Giuseppe, de Pia del Cuore di Gesù y de Pia de l'Immacolata.* »

Amaba mucho a Pío IX, el Padre Luigi, y le era devotamente cercano en sus sufrimientos y humillaciones.

Poco después llegó la fiesta de San Luigi. Quizá ocurrió aquel día cuanto relata la Hermana Pia Bortolotti, que en aquel tiempo era una simple novicia.

« *Al tener él necesidad de un hábito eclesiástico y ser muy amante de la pobreza, la madre superiora, que bien sabía cómo él no quería prendas nuevas, pensó en ir una tarde a*

rogarle que le permitiera tomar el viejo para repararlo, como hizo efectivamente. Al mismo tiempo, sin embargo, mandó cortar uno nuevo y lo hizo coser.

Ahora el problema era encontrar el modo de entregárselo. La fortuna quiso que precisamente en aquel período concurriera la fiesta de su nombre. En aquel día todas las hermanas y las muchachas se reunieron en la sala, donde se le expresaron las felicitaciones y se recitaron diversas poesías.

Una de estas poesías había sido titulada a propósito: La Divina Providencia. La muchacha que debía recitarla, al llegar al punto en que rogaba al buen Padre que aceptara los dones que le hacían sus hijas, se adelantó presentándole el hábito. Entonces él lo tomó sonriendo y, dirigiéndose a la madre, agradeció cortésmente diciendo: Los pobres nunca rechazan nada, y antes bien se muestran agradecidos; así yo le agradezco la caridad que me hace. »

Ya fuera el 21 de junio o algunos meses más tarde — el 29 de agosto de 1877 se llevó a cabo la toma de hábito de ocho hermanas —, es seguro que en los registros minuciosos del Padre Luigi no se encuentra sino una sola nota de gastos por vestiduras nuevas, y es la del 23 de septiembre de 1877, en la que el Padre señala trece liras « *pagadas por cuenta de la señora Elisabetta Feruglio al sastre por un hábito eclesiástico y un par de cubrezapatos* ».

Esta señora Feruglio pertenecía a una numerosa familia campesina de Paderno, en la periferia de Udine. Al frecuentar la *Casa de las Derelitte*, como penitente del Padre o como benefactora de sus obras, se dio cuenta de que al santo varón le hacía falta un hábito nuevo. ¡Pero incluso cubrezapatos! Es verdad que entonces eran usados comúnmente también por los sacerdotes. ¿Quién sabe luego si el Padre Luigi los habrá calzado? Ciertamente habría hecho bien, al menos para ocultar « *sus zapatillas, reparadas cien veces* », como decía la Hermana Filomena Angeli.

Algunas obras no realizadas

En los años relativamente tranquilos de 1876 a 1880, el fundador no dio vida a ninguna nueva institución ni abrió casa alguna de la congregación de las hermanas. Tuvo varios proyectos y se le propusieron diversas obras, pero por múltiples causas nunca llegaron a una realización efectiva.

En Udine estaba cerrando el *Istituto per le Sordomute* y no fue posible concretar el centro de acogida para muchachas en dificultad o en peligro que habría querido construir en *via di Mezzo*.

En agosto de 1876 visitó la *Casa de las Derelitte* el Padre Attilio Adolfo Venturini del Oratorio, un colega sacerdote suyo de la congregación filipina. El 29 de noviembre le escribía desde Chioggia, rogándole que concediera algunas Hermanas de la Providencia para relanzar un orfanato en aquella ciudad, fundado por el filipino Padre Giuseppe Renier y dirigido entonces por dos monjas ancianas. Probablemente se trata del mismo orfanato de Chioggia cuya gestión le fue ofrecida al Padre Luigi en el curso del año 1877. Estaba gestionado por las *Figlie del Purissimo Addolorato Cuore di Maria*, fundadas por el canónigo doctor Antonio Besolo, fallecido cuatro años antes. Es más, se había convertido en propietaria absoluta la Hermana Ernesta Amoroso, quien durante catorce años había

colaborado con Monseñor Besolo. Parece que el obispo de Chioggia, Monseñor Agostini, nombrado en aquel tiempo Patriarca de Venecia, deseaba vigorizar aquella congregación ya en declive.

La respuesta del Padre no se ha conservado, pero obviamente no aceptó. Quizá porque se le pedía ceder algunas de sus religiosas a la comunidad moribunda en lugar de abrir una nueva casa de las Hermanas de la Providencia.

Mucho más tiempo, pero con resultado igualmente negativo, se desarrollaron las gestiones para encomendar a la congregación de Udine una obra en Pellestrina, una isla de la laguna veneciana conectada con los famosos diques (es decir, los *murazzi*) a la propia Chioggia. El Padre alude a ello en una carta suya del 21 de mayo de 1877:

« *Ha venido a visitarme un sacerdote forastero, hace unas dos semanas, para interesarme en querer enviar algunas hermanas a su pequeña ciudad para la instalación de un hospital con casa de la tercera edad y pequeña escuela de párvulos para niñas. La posición sería magnífica y muy grande el bien que se podría hacer. Pero el asunto requiere mucha oración para conocer el querer del Señor y, una vez sabido que es Su voluntad que os pongáis a la obra, os conceda la gracia de triunfar bien en ello. Le encomiendo por tanto* — concluye, dirigiéndose a la superiora destinataria — *que también allí se hagan oraciones especiales por este importante asunto.* »

El sacerdote era Don Giuseppe Maria Marella, presidente de la congregación de caridad de Pellestrina, quien luchó cinco años para alcanzar su intento, sostenido con fervor por el alcalde Prospero Bianchini, por el arcipreste de Ognissanti Don Angelo Viannello y por todos los habitantes de Pellestrina, y apoyado por el Patriarca Monseñor Agostini, el cual escribió sobre ello al Padre el 10 de marzo de 1882 y le volvió a escribir, como Cardenal, el 20 agosto de 1883. El Padre Luigi había visitado Pellestrina hacia el 20 de julio de 1877 y se había adherido con entusiasmo a la iniciativa, atraído especialmente por el hecho de que a la futura fundación estaba anexa una iglesia en la que el 4 de agosto se celebraba con gran solemnidad el recuerdo de una aparición de la Virgen.

Mantuvo siempre tal adhesión, puesto que el 21 de agosto de 1883 — a pocos meses de su muerte — respondía al Cardenal Agostini que estaba siempre dispuesto a asumir la obra « *cuando se verificaran las condiciones que, por medio del muy reverendo Padre Luigi Costantini misionero apostólico, hacía conocer como necesarias... Cuando Vuestra Eminencia juzgue para la gloria de Dios que se realice el proyecto de Pellestrina, firme ciertamente el contrato con el caballero Fisola, porque la divina Providencia pensará en las restauraciones del local.* »

« *Pero como ocurre siempre con las cosas grandes y santas* — le había escrito el alcalde el 27 de agosto de 1877 — *también la obra comenzada por usted debía encontrar sus obstáculos, y la angustia y la trepidación poner a prueba la confianza iluminada que, después de la Providencia, nosotros desde el primer instante hemos depositado en su grande y generosísimo corazón.* » Obstáculos que derivaban en parte del hecho de que el ex convento de San Vito — donde debía levantarse la obra — estaba sujeto a sanciones eclesiásticas, por ser comprado al Estado a raíz de las leyes represivas de 1866, y en parte de las condiciones puestas por el propietario, el caballero Giovanni Busetto, llamado Fisola; obstáculos que, al parecer, no podían ser superados. De las gestiones emergen sin

embargo claramente la gran y abierta generosidad del Padre Luigi, su seguro abandono en la divina Providencia y la búsqueda de la gloria de Dios como único motivo de cada una de sus acciones.

En los años 1878-79 también Predazzo, en Val di Fiemme, deseó tener a las Hermanas de la Providencia. Una piadosa mujer, Giuliana Morandini, había dejado un capital a fin de que a las *Dame Inglesi* de Rovereto o a otro instituto religioso se les encomendaran las escuelas del pueblo y la escuela de párvulos. El 17 de septiembre de 1878 el párroco Don Giovanni Failoni había rogado a la superiora general Madre Serafina Strazzolini, de visita en Primiero, destinar a Predazzo, para asumir tales encargos, a dos hermanas regularmente diplomadas según los vigentes reglamentos escolares. El Padre Luigi, con la prudencia de costumbre, quiso primero informarse minuciosamente y pasó casi un año desde la solicitud de Don Failoni hasta su respuesta, fechada el 27 de agosto de 1879:

« *De buena gana estas hermanas habrían abierto allí una casa filial, gestionando escuelas privadas a beneficio de las muchachas del pueblo, pero nunca querrían aceptar el encargo de las escuelas estatales del pueblo y menos que nunca las escuelas de párvulos y las escuelas mixtas, con todas las exigencias para las maestras diplomadas. Diríjase ciertamente a alguna otra congregación, Su Señoría Reverendísima, para obtener su intento, cosa de la que estoy contentísimo y no dejaré de rogar al Señor a fin de que pueda lograrlo.* »

Ya se ha visto que en Cormons había existido una fuerte oposición contra las escuelas de las Hermanas de la Providencia. Esto no impidió sin embargo que se pensara en las mismas hermanas para la administración interna de la casa de la tercera edad y del hospital anexo. Desde 1875 se había constituido una comisión a tal objeto y el 23 de febrero de 1876 se difundió un manifiesto a los ciudadanos « *a fin de que con noble emulación contribuyan a suministrar los medios, para que finalmente surja un instituto que aporte decoro al pueblo* ».

Probablemente la recaudación de fondos no tuvo el resultado esperado. Pero el Padre Luigi debe de haber tomado el asunto en seria consideración, porque se conserva un memorial autógrafo suyo sobre las pensiones para los internados y los enfermos, sobre su tratamiento y sobre el sueldo para el médico, las hermanas y el personal auxiliar (es decir, las enfermeras sirvientas); y es de puño de su hermano, Don Giovanni Battista, un « *Reglamento orgánico para el Instituto de Pública Beneficencia de Cormons* ».

La iniciativa fue reanudada en 1883. El nuevo capellán de las hermanas, Don Giovanni Blasutich, escribió el 8 de junio de aquel año al Padre Luigi diciendo que el señor Pietro Tomadoni estaba dispuesto a ceder en condiciones ventajosas una gran casa suya para una instalación más digna del hospital y de la casa de la tercera edad. El municipio, del que era alcalde el barón Locatelli, había declarado no poder afrontar el gasto ingente de la compra. Pero Don Blasutich estaba convencido de que el Padre, con su intervención personal, lograría resolver la situación en ambos frentes: es decir, convencer a Tomadoni al precio más bajo posible y al barón a proceder a la compra, puesto que este último — decía — « *tiene mucha estima de su persona* ». Pero no se realizó nada tampoco entonces.

Las Hermanas de la Providencia asumirán la gestión de la casa de la tercera edad y del hospital de Cormons solo en 1895.

Celo del Padre Luigi por su diócesis

El Padre Luigi vivió siempre, por así decirlo, al margen de la vida diocesana. Esto sin embargo no le impidió sentirse un hijo devoto de la archidiócesis de Udine, a la que pertenecía por el bautismo y la ordenación, y en la que profundizó lo mejor de su apostolado. Se buscaría en vano en él la más mínima alusión de desacuerdo con la autoridad diocesana, como a veces ocurre a quien forma parte de una comunidad religiosa específica. Al contrario: él consideró siempre al Arzobispo de Udine como el presidente natural de sus obras de caridad y como el padre de la congregación de las hermanas por él fundada, tanto que nunca abrió casas fuera de la diócesis sin pedir antes el consentimiento.

No manifestó solamente una perfecta obediencia y reverencia hacia la dignidad episcopal, sino que demostró un filial y fidelísimo apego a las personas de los obispos que se sucedieron en su tiempo en la cátedra de Udine. Hay quien insiste en la distinción obvia entre la sede y quien la ocupa, instrumentalizándola para atacar de diversas maneras al titular, tal vez con el pretexto de honrar la sede misma, concebida de modo abstracto y vacío. El Padre Luigi nunca se perdió en semejantes sutilezas. Aunque por sus muchas ocupaciones y por temperamento no frecuentaba la corte episcopal, de la que entonces sobrevivía aún algún rastro, ni se movía sin necesidad en las oficinas de la curia, fue considerado íntimo de Monseñor Trevisanato, tenido por conservador y partidario de Austria, convirtiéndose con él en blanco de las críticas venenosas de los liberales, tanto religiosos como laicos. Demostró igual respeto y fidelidad hacia su amigo Monseñor Casasola, más joven que él por dos años de edad y por cuatro de ordenación, cuando este se trasladó de Portogruaro para regir la archidiócesis de Udine. Cuando las pasiones desatadas por la cuestión romana y la inquietud libertaria de la época — difundida también en una parte del clero — junto a la rigidez de pensamiento y de actitud de Monseñor Casasola le suscitaron en contra imponentes tensiones de partido y escandalosas rebeliones internas, el Padre Luigi estuvo inflexiblemente con el obispo y compartió sus humillaciones y sufrimientos.

Una conducta semejante era fácilmente previsible, puesto que estaba dictada por su fe y por su virtud. No obstante él no se limitó a esto: dio más de una prueba, también en el plano práctico, de su gran amor por la iglesia diocesana.

El « paraíso » para los viejos sacerdotes

« *In los últimos años de su vida* — escribe el Tinti — *mientras otros, debilitados por la edad avanzada y por los esfuerzos, deben resignarse a un descanso forzoso, el Padre Luigi parecía en cambio aumentar su actividad al mantener vigorosas sus instituciones caritativas y al colaborar en otras piadosas empresas. Entre muchas, estudiaba el modo de erigir en Cividale del Friuli una casa por él imaginada como el Paraíso, donde tantos sacerdotes, tras haber consumado su vida en las misiones, en el cuidado de las almas o en la educación de la juventud, pudieran encontrar refugio y gozar en el último período de su existencia de un merecido descanso en la paz y en las ventajas de la vida común.* »

Un proyecto de este tipo había sido varias veces deseado e intentado, pero sin éxito, en el ámbito de la diócesis de Udine. El Padre Luigi esperó resolver el problema con una visión más amplia, es decir, a beneficio también del clero proveniente de fuera de la diócesis.

Había en Cividale un gran edificio, antigua sede de un instituto religioso suprimido, que había sido confiscado por el Estado y posteriormente comprado en parte por el conde Federico Trento y en parte por el señor Sandrini. El Padre Luigi, ciertamente por consideración a su amigo el conde Trento — aunque ya los asuntos de familia eran gestionados por el hijo Antonio —, no quiso entrar directamente en las gestiones. A conducirlas fue Don Tommaso Turchetti, administrador de la diócesis, coadyuvado por Don Luigi Costantini.

Propuestas y contrapropuestas fueron avanzadas en repetidas ocasiones en los años 1876 y 1877, con la esperanza de encontrar un acuerdo sobre el precio. Sin embargo la distancia era demasiado amplia: el Padre estimaba justa la suma de diez mil liras, mientras que los Trento no habían bajado de las dieciséis mil. El 12 de abril de 1877 el conde Federico escribía al ingeniero Giovanni Guerra que no tenía prisa desprovista alguna por vender. Don Costantini, sin embargo, presionaba todavía el 11 de mayo al Padre Luigi, invitándolo a él o a su hermano Don Giovanni Battista a visitar el edificio, cuya amplitud llevaba a los peritos a decir que era un asunto muy exigente comprarlo por dieciocho mil liras; insistía además en una intervención personal suya que ciertamente habría desbloqueado la situación, sosteniendo que ya no podía subsistir el temor o la consideración de tratar la cuestión desde el principio directamente con el señor Trento.

La historia terminó ahí, tal vez también porque la iniciativa de una casa de la tercera edad para sacerdotes era prematura y no encontró adhesión alguna en el entorno diocesano. Con todo la denominación « Paraíso » que el Padre Luigi soñaba con darle revela claramente con qué espíritu la deseaba.

Puesto que aquella obra no prosperó, los dos venerables hermanos se dedicaron a sostener al menos la *Pia Unione* para los sacerdotes necesitados, ideada ya en 1816, replanteada en 1856 y finalmente realizada el 27 de junio de 1872 por iniciativa de la congregación de los sacerdotes de San Pedro Apóstol.

« *En la tarde de la Epifanía de 1879* — escribe el Tinti — *Don Giovanni Battista Scrosoppi, tras haber mandado llamar al secretario y cajero de la piadosa obra para los sacerdotes necesitados (que era entonces Don Ferdinando Blasich) y entregándole una cantidad considerable, le dirigió estas ejemplares palabras:*

« *Le he ocasionado molestias haciéndole venir hasta aquí para un asunto muy sencillo. La obra de los sacerdotes pobres está muy en el corazón mío y de mi hermano el Padre Luigi: nosotros, gracias a Dios, estamos provistos para las necesidades de la vejez o para una eventual enfermedad, pero nos conmueven el corazón tantos pobres sacerdotes; pues bien, de común acuerdo hemos establecido entregar en sus manos esta cantidad, para que sea la primera semilla del fondo social.*

Estamos doloridos por no poder dar más, como desearía nuestro corazón; pero usted sabe que aquí en casa tenemos ese ejército de huérfanas al que es necesario mantener y educar con medios limitadísimos y con las fuerzas que van a menos, porque pocos se acuerdan de nosotros, continuamente solicitados por peticiones apremiantes para acoger niñas. A nuestra oferta añadiremos la oración, a fin de que otros, si hay entre el clero algún acaudalado, imiten nuestro pobre ejemplo. »

En estas palabras trasluce una vez más el respeto del Padre Luigi hacia su hermano mayor, al que amaba considerar como el jefe de la familia.

El apoyo del Padre Luigi a la prensa católica diocesana

El Padre Luigi dio además una contribución tan potente como reservada al resurgimiento de los católicos friulanos tras el desconcierto de los años 1866-1870. Una contribución discreta, puesto que el historiador del movimiento católico en Friul, Tiziano Tessitori [2], no cita ni siquiera el nombre del Padre Luigi en su voluminoso libro, por lo demás significativo y documentado.

Con todo, todos los representantes de la Asociación Católica Friulana, nacida en Udine en mayo de 1871, pertenecían al círculo de los amigos devotos del fundador y de los sostenedores de sus obras. Entre ellos había un homónimo y pariente lejano suyo, Luigi Scrosoppi, mercero en *via Poscolle* [3].

Tan pronto como los católicos friulanos maduraron, pensaron en afrontar el grave problema de la prensa.

Inmediatamente después de la anexión del Friul a Italia en 1866, comenzaron a publicarse en Udine dos diarios, *La Voce del Popolo* e *Il Giornale di Udine*, a los que se añadieron luego *Il Friuli* y *La Patria del Friuli*, además de algunos periódicos: estos órganos de prensa diferían entre sí por la diversa inspiración política o de partido, pero concordaban — el uno como tenor, el otro como barítono — en combatir todo lo que concernía a la religión y a la Iglesia. A esta multitud de adversarios los católicos de Udine opusieron solo un semanario de pequeño formato, *La Madonna delle Grazie*, cuyo primer número apareció el sábado 5 de diciembre de 1868 [4]. Solamente el 1 de enero de 1878 se llegará a tener un diario católico bajo el título « *Il Cittadino Italiano* ».

En realidad no sabemos nada del nacimiento de aquel periódico. El 1 de enero de 1884 Don Giovanni Dal Negro, que era su director, escribía:

« *Pocos voluntarios nos suministraron los primeros medios, pero casi sin tener esperanza de buen éxito.* »

Entre aquellos pocos voluntarios debe de haber estado sin duda el Padre Luigi, puesto que en el registro de entradas y salidas de 1878 de la *Casa de las Derelitte* aparece una nota de

---

[2] T. Tessitori, Historia del movimiento católico en Friul, 1858-1917, Udine 1964, págs. 413.

[3] Entre ellos recordamos al abogado V. Casasola (véase parte III, capítulo 10, nota 13) uno de los primeros sostenedores de la santidad del Padre Scrosoppi (cf. Summarium, p. 15, par. 46 en Positio); al conde Federico Trento (véase parte II, capítulo 2, nota 12); al abogado Antonio Zamparo (1823-1891), de vasta cultura y presidente de la congregación de caridad, quien junto a Eugenio Ferrari (1841-1914), voluntario de la campaña de 1860, participante desde los inicios en el movimiento católico friulano, y Pasquale Fior (1827-1909), hilador y comerciante, fueron sostenedores de la *Casa de las Derelitte*; al ingeniero Lodovico Zoratti (1841-1917), técnico de la asistencia en la *Casa de las Derelitte*; al doctor Gabriele Mander (véase parte III, capítulo 12, nota 2); al homónimo pariente del Padre Scrosoppi nacido en 1858 y fallecido en 1935 (cf. T. Tessitori, o.c., índice analítico).

[4] El fundador del primer periódico católico fue, como ya se ha dicho en una nota anterior, Don L. Fabris. Objeto del periodicucho: hacer oír la voz de la verdad católica; ser ajenos a toda polémica. Expresó la necesidad de un periódico católico que abrazara una esfera de acción más grande y fuera capaz de hacer frente a los ataques adversarios. (Véase O. Comelli, Prensa católica en Friul, Udine 1957, págs. 7-10).

su propio puño en la que analiza esmeradamente el presupuesto del periódico, hasta calcular sus caracteres tipográficos y el gasto previsto mensual. Parece que los cálculos se refieren solo a la primera página, de la que consideramos que el Padre asumió inicialmente la carga financiera.

Las obras sociales de Don Dal Negro

Los acontecimientos político-religiosos desencadenaron, desde 1859 en adelante y sobre todo después de 1866, un alejamiento de la Iglesia y a menudo una abierta hostilidad, de la que hoy es imposible imaginar el alcance real. Se advirtió, pues, la necesidad, en el campo católico, de comenzar todo desde el principio. Para tal fin no quedaba sino promover obras para la educación cristiana de la juventud.

Lo intuyó claramente el arzobispo Monseñor Casasola, quien logró llamar a Udine al ya mencionado Don Dal Negro [5], en un tiempo fiel colaborador en Venecia del ilustre pedagogo y sacerdote Alberto Cucito [6] en los patronatos escolares para los hijos del pueblo.

Dal Negro abrió en 1875 un patronato semejante en los locales de un ex convento al lado de la iglesia de Santo Spirito: convento e iglesia que fueron recomprados al Estado gracias a la generosidad de Monseñor Someda y de Monseñor Cernazai. Tres años después, en aquellos mismos locales, Dal Negro daba vida a una imprenta, llamada también « *del Patronato* », que se convirtió en editora del periódico católico "*Il Cittadino Italiano"* y se distinguió por la calidad de su producción editorial. En el otoño de 1881, al Patronato para los hijos del pueblo, Dal Negro añadió un colegio internado para los jóvenes de la aristocracia o de la burguesía, al que dio el nombre prestigioso de « *Giovanni da Udine* ». Tales obras se derrumbaron ruinosamente en 1887, tres años después de la muerte del Padre Luigi. « *Todo fue destruido* — escribe con amargura Monseñor Pietro Dell'Oste, que había dedicado sus primeras energías sacerdotales a aquellas instituciones — *todo fue destruido y Don Dal Negro fue obligado a abandonar Santo Spirito* », donde subentraron las *Ancelle della Carità* que residen allí todavía.

La compleja historia de las iniciativas pedagógicas y sociales de Don Dal Negro constituye para el historiador Tessitori « *una página oscura de la historia de los católicos friulanos, oscura por la falta de noticias y triste porque en ella se entrevé una dolorosa lucha interna* ». Nosotros podemos aclarar en parte aquella página; la explicación sería completa si hubieran dado resultado positivo nuestras intensas búsquedas de los registros

[5] Nacido en Venecia en 1840, fallecido en Udine en 1900, camarero secreto de Su Santidad León XIII. Llegado a Udine puso en práctica las obras de que se habla en el texto. Después de 1888 continuó dirigiendo, casi en solitario, Il Cittadino Italiano y conservó también la tan alabada imprenta. Con la fundación del diario católico demostró que también la bandera de Cristo tenía derecho a aquella libertad cuyo grito había recorrido Italia. Fue apreciada su obra de educador y si no alcanzó el fin que le había sido fijado por los hombres, consiguió el que le había sido establecido por Dios, para quien solo había trabajado. (Cf. La muerte de Monseñor Giovanni Dal Negro - Los funerales, en Il Cittadino Italiano 30-31 de julio de 1900).

[6] Veneciano (1844-1912), colaboró en la obra de los patronatos para los hijos del pueblo y para difundir tal actividad publicó en Venecia en 1874 un folleto I Patronati per i filhos do povo; se entregó al periodismo y fue director de La Difesa; fue miembro del comité permanente de la Opera dei Congressi; contribuyó a fundar el Círculo veneciano de la sociedad de la Juventud Católica (1868); fue ponente en congresos nacionales de los católicos y pasó los últimos años como canónigo de San Marcos.

de la « *Pia Opera segreta l'Innominato* », constituida precisamente para sostener tales obras.

Es seguro que los tres mayores sostenedores de las obras de Dal Negro fueron Monseñor Giovan Battista Moro, párroco de Martignacco, Monseñor Pietro Bernardis, desde 1883 canónigo de Cividale, y el Padre Scrosoppi, que tuvo el papel principal en sostener sus costos. A ellos se asociaron, entre los principales benefactores, Monseñor Domenico Someda, Monseñor Antonio Feruglio y Monseñor Feliciano Agricola.

Es imposible precisar la entidad exacta de las ayudas económicas suministradas por el Padre Luigi, pero debieron de ascender a varios centenares de miles de liras: una suma decididamente imponente para aquellos tiempos.

La correspondencia de Don Dal Negro con él es un testimonio claro y conmovedor de cuánto Dal Negro se apoyaba en el Padre. « *Confío en el Santísimo Corazón de Jesús* — le escribía — *que usted nunca habrá de arrepentirse de la caridad que me ha profesado... Por amor de Dios realice el nuevo sacrificio a fin de que mañana yo no me vea perdido... Usted, reverendísimo Padre, tendrá el dulce consuelo de haber sostenido una obra que Dios quiere, porque el Papa su vicario y el arzobispo, ángel de esta diócesis, la bendijeron...* » Monseñor Moro y Monseñor Bernardis se habían al final cansado de firmar o garantizar letras de cambio. El Padre Luigi no se cansó nunca de ello.

Las hermanas de la *Casa de las Derelitte* intuían, con sensibilidad femenina, que todo aquel continuo intercambio de cartas apuntaba a pedir financiaciones o firmas a su venerado fundador, y no estaban para nada contentas con ello. Quién sabe cuántas veces la portera, la Hermana Filomena Angeli, habrá murmurado contra los mensajeros invasores:

« *¡El Padre no está! ¡El Padre está enfermo!* »

Pero el fundador continuó firmando. Solo después de la Navidad de 1883, cuando ya estaba confinado en cama, puso al menos once firmas en letras de cambio que vencían por un valor de 93.000 liras. Y no se contentó con agotar los recursos provenientes del patrimonio de familia, sino que prometió cincuenta mil liras extraídas de la herencia dejada por Monseñor Cernazai a las Hermanas de la Providencia; promesa reconfirmada tras su muerte por Monseñor Feruglio. Al hundimiento de 1887, Monseñor Elti, secretario de la « *pia opera segreta l'Innominato* », escribía:

« *El heredero del Padre Luigi Scrosoppi tuvo en el momento que hacerse cargo de asumir hacia los acreedores la deuda de 50.000 liras prometida por el Padre.* »

En tal cifra no están calculadas las cerca de 22.000 liras entregadas por el Padre a Monseñor Feruglio en marzo de 1884, ni otras 20.000 pagadas en 1885 por Feruglio para liberar al cabildo de la catedral, a Don Ferdinando Blasich y a otros de compromisos cambiarios contraídos, de los que el Padre había asumido la garantía. Todavía en 1896, el 4 de marzo, la Madre Elena Zuccolli hablaba en una carta suya « *de la catástrofe Dal Negro, tan ruinosa para nuestra congregación* ».

Se experimenta cierto estupor ante tanta generosidad del Padre Luigi. Él, habitualmente tan prudente y meticuloso en la gestión de sus bienes y de sus obras, nos aparece aquí extremadamente disponible hacia iniciativas no comenzadas ni dirigidas por él y tal vez no privadas de cierta superficialidad administrativa. Sin embargo él las consideraba necesarias para la gloria de Dios y para el bien de las almas. Y por otra parte, ¿cómo podía decir no a

quien lo imploraba con voz dolorida en el nombre del Sagrado Corazón de Jesús, del Papa y del arzobispo? Si luego aquellas obras fracasaron, una causa habrá sido la discordia interna entre los católicos friulanos, lamentada por Dell'Oste y por Tessitori; pero viene a la mente que el desastre no habría ocurrido si se hubiera imitado la impagable generosidad del Padre Scrosoppi, el cual no temió arrojar en la fragua ingentes intereses de su amada congregación con tal de beneficiar al esperado renacimiento espiritual de la Iglesia diocesana.

Un detalle todavía iluminador. Cuando en el otoño de 1881 fue abierto el colegio « *Giovanni da Udine* », la dirección didáctica y moral fue encomendada al jesuita Padre Ronchi. Se presentó así una ocasión favorable para introducir en Udine una comunidad de la Compañía de Jesús, como el Padre Luigi había intentado en 1865. En breve, sin embargo, surgieron disensiones entre el Padre Ronchi y Dal Negro, el cual atribuía a la presencia de un jesuita buena parte de las hostilidades que el colegio encontraba. El Padre Luigi, fuerte por su apoyo financiero, no cedió: al contrario, albergó la esperanza de que para sustituir a Ronchi fuera enviado su carísimo Padre Rossi, que había sido rector del santuario de la *Rosa Mistica* en Cormons y guía espiritual de aquella comunidad de las Hermanas de la Providencia. El Provincial de los jesuitas, el Padre Valentino Steccanella, le escribía desde Mantua el 6 de septiembre de 1882 no poder aceptar a causa de las dificultades interpuestas por Don Dal Negro, al tiempo que expresaba « *vivos agradecimientos a Vuestra Paternidad y, por medio de su bondad, a Monseñor arzobispo y a las demás personas que, gracias a su afecto, nos querrían allí* ». El Padre Luigi quedó muy afligido por ello; no obstante no dejó de sostener las instituciones que consideraba indispensables para la formación cristiana de la juventud.

Muerte de Pío IX

Entre tanto, el 9 de enero de 1878, tras pocos días de una enfermedad fulminante, se había apagado a solo cincuenta y ocho años Víctor Manuel II, rey de Italia. Ni un mes después, el 7 de febrero, fallecía a más de ochenta y cuatro años el Papa Pío IX. Desaparecían así de la escena del mundo los dos personajes que por cerca de treinta años habían representado los polos opuestos de la atormentada epopeya del Risorgimento italiano y del dramático enfrentamiento entre el nuevo Reino de Italia y la Santa Sede. Ni las cualidades de ambos — el realismo político unido al sentimiento católico en el soberano, la santa mansedumbre en el pontífice — habrían bastado, aunque hubieran podido actuar por su exclusiva iniciativa, a resolver la cuestión fundamental, enconada por las comprensibles pasiones y tensiones del tiempo. Hará falta más de medio siglo para que la cuestión sea resuelta oficialmente con los Pactos de Letrán de 1929: y no está dicho que las heridas en lo profundo de los ánimos estén, hoy, del todo curadas.

Los restos mortales de Pío IX fueron depositados provisionalmente en la basílica de San Pedro; tres años después fueron trasladados en el corazón de la noche a la basílica de San Lorenzo, que el propio pontífice había recientemente restaurado. En aquella circunstancia se verificaron deplorables episodios de fanatismo, llegando hasta el intento de arrojar el cuerpo del Papa al Tíber.

El Padre Scrosoppi compartió como un hijo amadísimo las alegrías y los dolores del gran pontífice, hacia el que profesó una afectuosa ternura y una profunda veneración.

Por una singular coincidencia, la biografía del Padre Scrosoppi escrita por el Tinti fue publicada en 1897, el año en que León XIII autorizó el inicio de la causa de beatificación de Pío IX. Sin embargo, el Padre Luigi tuvo desde la muerte de aquel Papa la certeza de que ya había ascendido a la gloria de los santos.

El 2 de junio de 1878, escribiendo sobre la Hermana Agnese Candetti, que estaba gravemente enferma en Portogruaro, dijo:

« *Oremos, Oremos que el Señor, por la intercesión de Pío IX, nos consuele devolviéndonosla curada, si este es el querer divino.* »

El 17 de noviembre del mismo año escribió a una superiora:

« *Aquí me hallo para responder a su carta apenas recibida. Pío IX nos quiere, y mucho, y no dude que la gracia por nosotros tanto deseada nos la obtendrá de nuestro buen Padre Dios; pero conviene continuar rogándole y aumentar la confianza en su intercesión* »; y concluía la misma carta con las palabras: « *Y luego sobre todo confío en Pío IX.* »

De la expresión « *Pío IX nos quiere, y mucho* » trasluce el testimonio de una experiencia ya vivida por el Padre Luigi respecto a la protección celestial del santo Papa. Parece vislumbrarse en ella no solo una genérica, aunque viva confianza, sino casi la alusión a una relación espiritual dulce y constante, percibida con fuerza, entre el humilde sacerdote que aún operaba en la tierra y el vicario de Cristo ya en la gloria del Cielo.

La expoliación voluntaria de 1879

Con buen derecho — escribe el Tinti — el venerable padre fundador podía transmitir a sus hermanas el verdadero espíritu de pobreza interior y exterior, puesto que él primero, siguiendo el ejemplo del divino Maestro, comenzó a obrar antes de enseñar.

« *Todo lo que estaba en él o le pertenecía llevaba la impronta de la pobreza evangélica. En verdad, su despacho, amueblado pobremente, estaba atestado de toda clase de objetos, tanto que parecía la tienda de un ropavejero; él conservaba en efecto cada pequeña cosa que pudiera servir al albañil, al herrero o al carpintero de la casa. En aquella estancia recibía también a personas importantes, sin avergonzarse de parecer casi un miserable. Del mismo modo era la estancia donde dormía: friísima, llena de libros, con un mísero jergón en un rincón que arreglaba él mismo, no permitiendo a nadie entrar en ella, sino en caso de enfermedad.*

Del mismo modo era pobre en el vestir, tanto que no servían de nada los esfuerzos de las hermanas para hacerle desechar un hábito consumido y raído; si se percataba de una sustitución realizada a escondidas, devolvía enseguida el hábito nuevo para recuperar el viejo y remendado, recordando siempre a sus hijas la pobreza que reinaba en la gruta de Belén y en la santa casa de Nazaret...

Del mismo modo quería que se le preparara una comida pobre y escasa. Sopa, pocas verduras aderezadas solo con aceite, pan medido y agua. En los últimos años, debilitado en su salud, por obediencia al médico se concedía el lujo de una pequeña porción de asado o de un vasito de vino de muy mala calidad. No se le vio nunca probar fruta, dulces o licores. Con tal moderación logró sin embargo prolongar la vida hasta los ochenta años.

Si a veces el buen Padre tenía necesidad de usar algo, se dirigía a la superiora de la casa y, como un suplicante, le pedía el permiso con una humildad tal que conmovía el corazón de sus amadas hijas, asegurándoles haber hecho voto de pobreza y querer permanecer fiel a él. Todo su patrimonio familiar, incluidas las partes heredadas de sus dos hermanos el Padre Carlo y Don Giovanni Battista, ya había sido todo donado a sus instituciones.

Y sin embargo, no satisfecho todavía, quiso renunciar a la propiedad de todas las cosas y, con las dos cartas siguientes que merecen ser reproducidas íntegramente, hizo donación de todos sus bienes muebles a la piadosa Casa de las Derelitte y, por medio de ella, al colegio de las maestras o ministras de la Providencia. »

Hasta aquí el Tinti.

Antes sin embargo de reproducir las dos cartas, es oportuno aclarar cuál fue la ocasión y cuál el espíritu que se las inspiró.

Estamos al principio de 1879. El hermano Don Giovanni Battista está todavía en vida, aunque agonizante. Se ha llegado sin embargo al último acto de la larga disputa sobre la necesidad de hacer reconocer o no a la *Casa de las Derelitte* como entidad jurídica. El Padre Luigi se había resignado a aceptar esta decisión, aunque le había sido vuelta menos gravosa por especiales condiciones favorables, en señal de respeto por su papel de fundador y benefactor. Había por tanto redactado el estatuto orgánico requerido, que sería aprobado con leves modificaciones un año después.

He aquí lo que escribió el 25 de enero de 1879 « *A la honorable superiora de la piadosa Casa de las Derelitte, y para ella a todo el colegio de las maestras y ministras, denominado colegio de la Providencia* »:

« *Para su tranquilidad, y para tranquilidad de todo este colegio, le comunico haber presentado en la fecha de hoy a la regia prefectura el estatuto orgánico de esta piadosa casa, así como el inventario de sus bienes muebles e inmuebles. Y puesto que ellas, que dirigen este colegio, poseen como propiedad absoluta no solo todos sus vestidos y cuanto se encuentra en sus habitaciones, sino también muchos otros muebles que dejan al uso común de la piadosa casa, he considerado mi deber declarar en el inventario mismo que todos los muebles no enumerados son de su propiedad absoluta.*

Si por tanto alguien quisiera considerar como propiedad de la piadosa casa algunos muebles no inventariados, usted, egregia señora, no tendrá otra cosa que hacer que presentar esta declaración mía en nombre de la verdad y de la justicia.

Declaro además en nombre de la verdad que todos los muebles que se encuentran en las dos estancias para mi uso pertenecen también ellos a la propiedad de este colegio de maestras o ministras. Esto para su tranquilidad. »

Es casi superfluo notar cómo el Padre Luigi llama « *egregia señora* » a la superiora Madre Strazzolini y nunca usa el término « *hermanas* », puesto que la congregación no estaba reconocida por el gobierno de Italia, ante cuyas autoridades la carta debía tener valor legal. El Padre Luigi temía todavía la presión de los impuestos. Pues bien, que el Estado tomara ciertamente cuanto había sido insertado en el inventario a nombre de la *Casa de las Derelitte*; pero permaneciera intacto lo que provenía de la generosa oferta de sus hijas y de la suya. El esmero extremo y la sensibilidad de su conciencia le hacían estampar sobre tales

bienes, como defensa contra posibles embargos, la fórmula: « *En nombre de la justicia y de la verdad* » esto no os pertenece.

Pero la preocupación por la tutela legal se une al deseo de una completa renuncia personal.

En otra carta del mismo 25 de enero, dirigida esta vez a la « *Reverendísima madre superiora de las Hermanas de la Providencia* », el Padre Luigi, tras haber resumido la comunicación oficial arriba reproducida, prosigue con estas palabras:

« *En aquella carta le decía también que pertenecen a ellas todos los muebles que se encuentran en las dos estancias para mi uso; y ahora le digo que pretendo que sean de su propiedad absoluta también los vestidos y los libros que se encuentran en esta piadosa casa y que en un tiempo fueron de mi propiedad, y de los cuales les hice de viva voz un don definitivo, dejando que la divina Providencia se ocupara de mí como se ocupa de vestir a los más pobres.*

He aquí, reverendísima madre, cómo debe considerar lo que en un tiempo me pertenecía: debe considerar todo como su propiedad absoluta, a fin de que usted disponga de cada cosa a su gusto y entregue el todo a quien considere, puesto que usted es su dueña absoluta.

Con esta declaración mía quiera por caridad quitar toda marca que se encuentra en las cosas que en un tiempo fueron mías, y de ponerlas entre los bienes comunes de su comunidad religiosa. Espero querrá hacerme esta gracia, y yo no dejaré, por todo el bien que me hará, de rogar al Señor a fin de que la ayude a caminar a pasos rapidísimos por el camino de la perfección. La dejo en los sagrados Corazones de Jesús, José y María. »

Parece que no es él quien renuncia voluntariamente a los bienes; ruega casi ser despojado de todo. Si se le hubiera dicho que aquel era un paso gigantesco suyo hacia la perfección, habría quedado maravillado de ello, tanto lo consideraba, para sí, sencillo y debido.

Y sin embargo de este modo imitaba a los grandes santos. Es más, al pedir eliminar toda marca personal de propiedad ponía un toque típico de su carácter, un acto final de su completa abnegación.

No hay de qué maravillarse, por tanto, si las hermanas que vivieron en su tiempo nos relatan algunos comportamientos suyos que, de otro modo, podrían parecer excesivos. Por ejemplo, el pedir repetidamente y de rodillas a la superiora de la casa un pañuelo o cualquier otra pequeña cosa de la que tuviera necesidad; el exigir lo que hubiera de más consumido o harapiento; el mendigar, cuando visitaba los hospitales dirigidos por sus hermanas, las prendas ya usadas por los enfermos más pobres. Se comprende perfectamente su preocupación a fin de que no se realizara no digo desperdicio, sino ni siquiera el más mínimo menoscabo de nada: una preocupación que de otro modo parecería avaricia. A la hermana encargada del guardarropa le recomendaba continuamente la economía:

« *Recuerda siempre, hija mía* — decía —, *que el guardarropa es una lima sorda (es decir, un desgaste constante que consume los recursos): se puede realizar mucho bien a beneficio del instituto observando exactamente la santa pobreza, o mucho daño, desperdiciando los bienes contra la preciosa virtud de la santa pobreza.* »

Pobre caro Padre, aquel amor suyo por la pobreza y la atención contra todo desperdicio lo impulsaban a veces a dar singulares ejemplos de humildad.

He aquí uno.

« *Un día* — relata un testimonio — *entra en el guardarropa donde se encontraba la madre vicaria junto a la madre Arcangela Bernardinis y a una muchacha de quince años, Rosa Gremese, hoy Madre Gioacchina (el hecho ocurrió por tanto hacia 1880).*

Apenas lo vio, la madre Arcangela dijo enseguida en voz baja: Ahora aquel buen hombre va a organizar ciertamente una de las suyas. En efecto él se pone de rodillas y, con las manos juntas y con extrema humildad, dice: Me acuso de faltar mucho a la santa pobreza, tratando con negligencia las cosas que me han sido dadas para mi uso; así esta mañana he roto el bacinica. »

Pues bien, él lo hizo con profunda seriedad. ¡Pero intentad imaginar la escena! La madre vicaria, la Hermana Serafina, que estaba distribuyendo la ropa, habrá fulminado a las demás con una mirada para que no prorrumpieran en risas. Luego no pudo evitar reprender públicamente a aquel santo varón:

« *Otra vez, Padre, le ruego, dígamelo en otra parte y no aquí. Ahora levántese y rece un De Profundis por las almas del Purgatorio.* »

Era la penitencia habitual para quien causaba algún pequeño daño material.

El Padre Luigi agradeció humildemente y se alejó.

« *De estos actos* — concluye el testimonio —, *el Padre realizaba cada día.* »

Muerte del hermano Don Giovanni Battista

Si no os convertís y no os hacéis como los niños — ha dicho Jesús —, *no entraréis en el reino de los cielos.* Una de las consecuencias de esta infancia espiritual es la que la doctrina cristiana llama desapego de las criaturas terrenales. Un desapego necesario durante toda la vida y completo cuando esta se encamina a su término. Según las palabras de Job, desnudos nacimos y desnudos nos debe encontrar la muerte, como Cristo en la cruz. Una desnudez que no es desprecio del mundo, sino libertad en el camino hacia el vuelo final.

El Padre Luigi empleó el heroísmo de la virtud para alcanzar tal condición; y la muerte física lo ayudó, arrebatándole uno a uno a los amigos más queridos.

El 1 de agosto falleció Giovanni Puppati [7], hilador de seda, su fidelísimo consejero y apoyo en los asuntos administrativos. El Padre, con delicada gratitud, acogió a su hija ya anciana primero entre las Hermanas de la Providencia en Trento, luego en la *Casa del Provvedimento* en Udine.

El 1 de marzo de 1879, poco más de un mes después de la renuncia voluntaria a los bienes, murió el querido doctor Giacomo Zambelli, que por casi medio siglo le había sido cercano en sus iniciativas de caridad.

Siete meses más tarde, el 10 de agosto a las 17:00, lo dejaba para el cielo su amado hermano Don Giovanni Battista. La presencia de unos cuarenta sacerdotes en su funeral —

[7] Udines, nacido en 1805, fallecido en 1876.

número excepcional para la época — demuestra la estima de que gozaba el ex arcipreste de Sacile, sobre el que se reflejaba la veneración universal hacia el Padre Luigi. Ya enfermo desde hacía un año, todo hacía presagiar el fin, que llegó lentamente. Su agonía terminó precisamente el mismo día en que, catorce años antes, había muerto su padre Domenico, al lado del cual fue sepultado.

Ya desde el 24 de julio el Padre Luigi escribía a una superiora:

« *Yo no puedo llevarle buenas noticias de mi hermano, que antes bien cada día empeora, y tal vez de un momento a otro podré telegrafiaros su desaparición. Nuestro buen Dios dispone así; resignémonos pues al gran sacrificio y roguémosle que dé al enfermo la fuerza de sufrir tanto mal, y a nosotros la fuerza de aceptar cristianamente tal separación. Muere como un santo, como como un santo ha vivido siempre, habiendo tenido siempre como objetivo la sola gloria del Señor. Precisamente ahora ha venido el médico y no nos ha dado ninguna esperanza de mejoría. Oremos, Oremos, y os dejo a todas en los sagrados Corazones.* »

En otra carta del 19 de agosto escribía:

« *Perdóneme si tras la muerte de mi amado hermano no le he escrito. Para consuelo suyo y de las hermanas de comunidad, diré que mi hermano murió como un santo, y me dejó escrito que, una vez llegado al Paraíso por misericordia divina, allí sostendrá vuestra causa y rogará al Señor que os conceda la santa perseverancia en el hacer el bien, para encontrarnos todos juntos ante el trono de Dios y de María Santísima. Ved la solicitud que él ha tenido siempre por todas vosotras. ¡Respóndase a tanta caridad suya!* »

Por desgracia no se ha conservado el escrito de Don Giovanni Battista al que alude el Padre. Pero de sus cartas trasluce el lazo profundamente cristiano que unía a aquellas dos almas sacerdotales; es difícil decir si conmueve más el elogio de santidad dirigido al hermano o la admirable serenidad del Padre Luigi ante tal pérdida. El corazón estaba ciertamente roto, pero al dolor de la separación la fe sustituía la esperanza de un encuentro en el Paraíso.

Entre tanto en Cormons el jesuita Padre Rossi terminaba su misión. El 31 de octubre anunciaba al fundador la marcha con una carta tocante:

« *Vengo con esta mía para pedir humildemente perdón de cuánto mal he hecho en estos trece años... Le conjuro, bendígame; y en sus santas oraciones ruegue siempre por mí, a fin de que pueda por toda la eternidad estar en compañía de Vostra Paternidad.* »

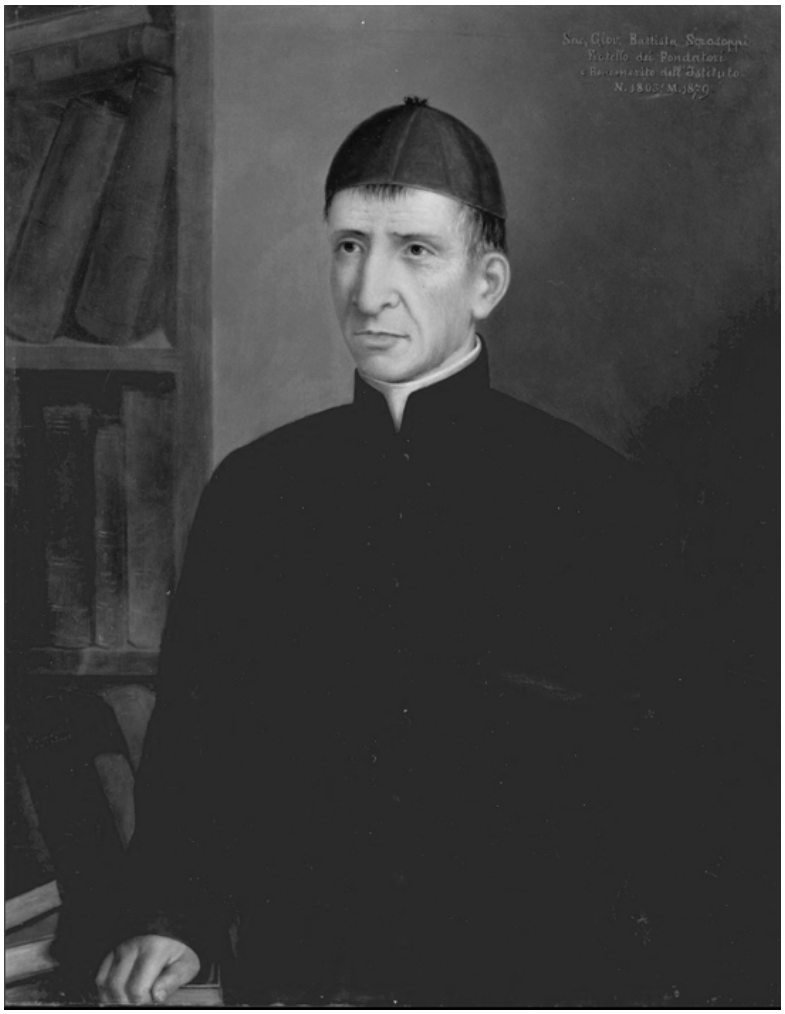
Se marchó a escondidas, la noche del 2 de noviembre, para evitar adiós tumultuosos por parte de los ciudadanos que lo amaban. El Padre Luigi esperó tener todavía cercano a aquel religioso, pero no se vieron más en esta tierra: el Padre Rossi murió en Padua el 6 de julio de 1883, nueve meses antes que él.

Don Giovanni Battista y el testamento de 1873

En aquel clima de laboriosa espera que marcó los años de la madurez, Don Giovanni Battista quiso sellar la total comunión de intenciones con su hermano Luigi a través de un

acto de extrema prudencia cristiana. El 14 de agosto de 1873, redactó de su propio puño un testamento ológrafo que representa no solo una disposición patrimonial, sino un auténtico manifiesto de la caridad scrosoppiana.

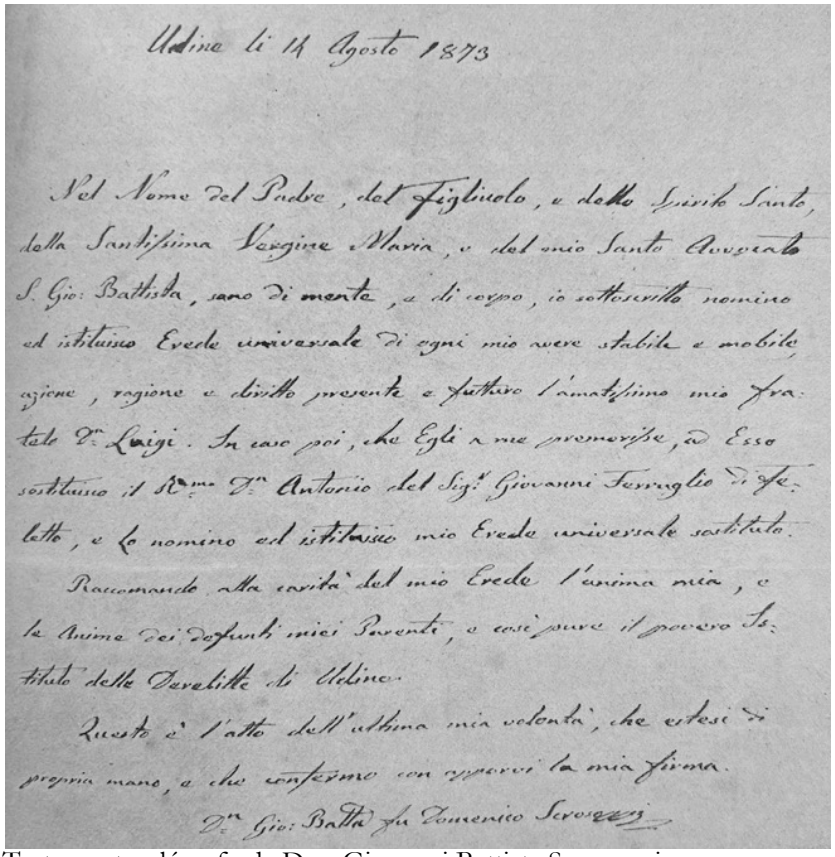
Declarándose « *sano de mente y de cuerpo* », Don Battista eligió nombrar a Luigi heredero universal de todos sus bienes, raíces y muebles. La intención profunda de este escrito no era el enriquecimiento de su pariente, sino la creación de un escudo legal en defensa de las huérfanas. En una época marcada por las leyes de supresión y por el peligro constante de confiscaciones estatales, dejar los propios bienes a una sola persona física — y no directamente al Instituto — era la única manera de garantizar que el patrimonio familiar continuara alimentando y vistiendo a las "*derelitte*" sin interferencias seculares.



Giovanni Battista Scrosoppi, hermano del P. Luigi,
en un retrato al óleo de autor desconocido.

« *Encomiendo a la caridad de mi Heredero mi alma... y asimismo el pobre Istituto delle Derelitte de Udine.* »

Es significativo observar cómo Don Battista, previendo con realismo la eventualidad de su propia muerte o la de su hermano, indicaba como heredero sustituto a Don Antonio Feruglio de Feletto, testimoniando su estima hacia aquel clero friulano que compartía el mismo ideal de pobreza y dedicación. Con este escrito, no hacía sino despojarse de toda "*acción, razón y derecho*", confirmando que en la casa Scrosoppi nada pertenecía a los individuos, sino que todo era un sagrado depósito para los pobres del Señor.



Udine li 14 Agosto 1873

Nel Nome del Padre, del Figliuolo, e dello Spirito Santo, della Santissima Vergine Maria, e del mio Santo Avvocato S. Gio: Battista, sano di mente, e di corpo, io sottoscritto nomino ed istituisco Erede universale di ogni mio avere stabile e mobile, azione, ragione e diritto presente e futuro l'amatissimo mio fratello D.r Luigi. In caso poi, che Egli a me premorisse, in Esso sostituisco il R.mo D.r Antonio del Sig.r Giovanni Feruglio di Feletto, e lo nomino ed istituisco mio Erede universale sostituto.

Raccomando alla carità del mio Erede l'anima mia, e le Anime dei defunti miei Parenti, e così pure il povero Istituto delle Derelitte di Udine.

Questo è l'atto dell'ultima mia volontà, che estesi di propria mano, e che confermo con apporvi la mia firma.

D.r Gio: Batta fu Domenico Scrosoppi

Testamento ológrafo de Don Giovanni Battista Scrosoppi

Udine a 14 de agosto de 1873

En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de la Santísima Virgen María y de mi Santo Abogado San Juan Bautista, sano de mente y de cuerpo, yo el abajo firmante nombro e instituyo Heredero universal de todos mis bienes estables y muebles, acción, razón y derecho presente y futuro a mi amadísimo hermano el P. Luigi. En caso luego de que Él me premuera, a Él sustituyo al Rev. Don Antonio del Sr. Giovanni Feruglio de Feletto, y lo nombro e instituyo mi Heredero universal sustituto. Encomiendo a la caridad de mi Heredero mi alma, y las Almas de mis Parientes difuntos, y asimismo el pobre Istituto delle Derelitte de Udine.

Este es el acto de mi última voluntad, que extendí de mi propia mano, y que confirmo al estampar en él mi firma.

Don Gio Batta hijo del difunto Domenico Scrosoppi

Nota APL: Este subcapítulo integra la obra original de Monseñor Biasutti porque el testamento de Giovanni Battista merece una atención particular que no puede agotarse con el solo hecho de reproducir la imagen del documento ológrafo.

Monseñor Antonio Feruglio vicedirector

Muerto el hermano Don Giovanni Battista, era necesario nombrar un nuevo vicedirector de la *Casa de las Derelitte*. El fundador eligió a Don Antonio Feruglio [8], que ya desde hacía tiempo colaboraba con él. Por ello el 28 de octubre de 1879 — valiéndose de la facultad de nombrar un sustituto que le reconocía el estatuto de la casa — escribió a la prefectura de Udine proponiéndolo para tal cargo. La propuesta fue aceptada. El Padre Luigi tenía así la certeza de dejar sus obras y la congregación en manos capaces.

[8] Nacido en Feletto (Udine) en 1841, fallecido en Staranzano (Gorizia) en 1911. Licenciado en derecho canónico y teología, habiendo obtenido el diploma en lenguas orientales, enseñó lenguas clásicas y luego teología en el seminario de Udine. Canónigo, vicario general del arzobispo Berengo, obispo de Vicenza desde 1893 hasta 1910 cuando, por motivos de salud, fue exonerado del episcopado. En la diócesis alentó toda actividad religiosa, instruyó con sus homilías y pastorales reveladoras de viva fe y cultura profunda. Muy apegado a la Iglesia y al Papa, fuerte y fiero defendió la verdad; no siempre bien escuchado, no tomó medidas fuertes, silenciosamente sufrió y rezó. Ligado por profunda amistad al Padre Scrosoppi, con él colaboró en sus instituciones y, tras la muerte de este, se convirtió en director de la *Casa de las Derelitte* y de la propia congregación religiosa. Aceptó estas tareas como una misión. Cuidó la formación de las hermanas y el desarrollo de la congregación, fue guía inteligente de la superiora general Hermana Cecilia Piacentini en la revisión de las constituciones; permaneció como director hasta 1891 cuando estas fueron aprobadas, pero fue « padre » y benefactor de las hermanas hasta su muerte. (Cf. L. VENTURINI, S.E. mons. Antonio Feruglio - secondo padre, en La Congregazione delle suore della Provvidenza nel suo primo centenario, págs. 29-31; Summarium, págs. 484-485, en Positio...).

La hermana muerte podía llegar cuando Dios lo hubiera querido. Lo habría encontrado pobre y humilde, privado de todo bien material y alegre de retirarse, considerándose un "*bueno para nada*". Pero no llegaría tan pronto: le quedaba todavía una intensa jornada de trabajo.

Capítulo 10

LA ÚLTIMA JORNADA (1880-1883)

Los santos siempre son jóvenes

A partir del año 1873, el número de hermanas creció de año en año con tal intensidad que fue motivo de gran alegría. Si antes, durante las ceremonias anuales de la toma de hábito y de la profesión, una sola mano bastaba, es más, era ampliamente suficiente para contar a las candidatas, ahora se requerían dos y ya no eran suficientes.

El Padre Luigi se regocijaba por ello y agradecía profundamente al Señor.

Este rápido crecimiento, sin embargo, le planteaba nuevos y numerosos problemas.

Uno de ellos se refería a la necesidad de una actualización. No ciertamente en la sustancia, que debía permanecer inmutable: servir a Dios a través de las huérfanas, los pobres y los enfermos con ardiente generosidad y respetuosa humildad. Sin embargo, hasta ese momento la congregación había vivido según un modelo modesto y casi familiar, por más que sólido. Podría decirse, metafóricamente, que vestía un hábito de pueblo y de día de trabajo, lo que significa un estilo sencillo y humilde, propio de la vida rural.

La variedad de las obras — casas de niños, internados, escuelas, hospitales —, junto con las demandas más especializadas de algunos sectores de apostolado como Trento, Portogruaro y Cormons, exigían un cambio. A esto se añadían la rápida evolución civil y social y las crecientes exigencias de las autoridades gubernamentales, tanto en el ámbito hospitalario como escolar, tanto en España como en Austria (o sea, en las regiones del imperio). La llegada de nuevas generaciones de hermanas, que ya no podían ser contenidas en el molde bondadoso y patriarcal, lo que significa un modelo de gestión sencillo y familiar, de las primeras "*caterinette"*, lo que significa las primeras hermanas de la congregación, impulsaba hacia una forma organizativa más refinada y funcional.

El fundador no se opuso a este proceso; al contrario, se convirtió en su promotor. El 12 de junio de 1880 escribía:

« *Nuestra reverendísima madre superiora, la Madre Strazzolini, junto con la Madre Angela Rodaro, se ha trasladado a Venecia y a Padua para instruirse en aquellos institutos de beneficencia pública y en aquellas casas religiosas, a fin de adoptar en nuestras sedes todo lo que resulte aplicable. Oh, cuántas cosas hermosas tendrá que contarles cuando venga a visitaros.* »

Dentro de la congregación, además, diversos factores exigían un cambio con una insistencia cada vez mayor.

En primer lugar, la procedencia geográfica de las religiosas. A la muerte del Padre, en 1884, las hermanas de origen de la región de Udine seguirían siendo numéricamente mayoritarias: casi la mitad entre las profesas y dos quintos entre las novicias ya admitidas a la toma de hábito. Sin embargo, según los registros escritos de puño mismo del Padre, entre las cerca de setenta que recibieron el hábito de 1877 a 1883, cuarenta y seis provenían

de la región de Trento, diecisiete de la región de Udine y tres misiones que emitieron los votos perpetuos, las de la región de Trento eran veintidós, frente a trece de la región de Udine y cuatro de otras zonas. En 1880, de las ocho superioras, seis eran de la zona de Udine, mientras que Sor Rosalia Simeoni, que era de Bolonia, guiaba la *Casa del Provvedimento* y Sor Cecilia Piacentini, que era de Trieste, la casa de Cormons.

En este escenario, inevitablemente, se hacía sentir la influencia de la política, o más bien cierto reflejo del sentimiento nacional.

A medida que las hermanas de ciudadanía austriaca — procedentes de la región de Trento y de la zona dálmata e istriana — se convertían en la mayoría numérica, pareció lógico y justo que les correspondiera un papel de mayor importancia en la guía de la congregación. Esto se veía corroborado por el hecho de que en Italia el anticlericalismo dominante dificultaba la vida de las comunidades religiosas existentes y hacía más complejo aún fundar otras nuevas, mientras que en las regiones bajo el dominio austriaco las perspectivas eran decididamente más alentadoras.

Se manifestaba asimismo una brecha cada vez más evidente entre las religiosas ancianas y las jóvenes, tanto en términos de cultura como de mentalidad y orientación.

A finales del verano de 1880 sobrevivían catorce profesas de la primera generación, formadas en el período inicial y pionero de la congregación, antes de la aprobación del Papa en 1862. A ellas seguía un grupo de unas treinta hermanas de la segunda generación, cuyo ciclo había concluido con el jubileo sacerdotal del Padre; su vocación había florecido entre espinas, lo que significa nacida en un período de graves dificultades, del inquieto período comprendido entre 1862 y 1875. Por último, había una cuarentena de religiosas llegadas en tiempos más serenos.

La vigilancia firme y paterna del Padre Luigi supo preservar el vínculo de la caridad a pesar de estos impulsos divergentes. Él hizo lo posible para que las inevitables diferencias — no del todo borradas por el común amor a Jesús y por el idéntico impulso de entrega — no desencadenaran contrastes. Sin embargo, su realismo habitual le hizo comprender la necesidad de pasar el mando a quienes, hasta ese momento, no habían estado en la cumbre.

El caso es que los santos nunca envejecen en el espíritu. Si no están dominados por el ansia de la novedad, puesto que no experimentan excitaciones superficiales, y si no actúan con imprudencia porque se guían por la virtud de la prudencia, tampoco sufren la anquilosis de un conservadurismo testarudo, lo que significa el endurecimiento de una visión tradicionalista obstinada. Ellos gozan, en efecto, de la libertad de los santos y, teniendo como único objetivo la gloria de Dios y el mejor servicio posible en la caridad, buscan constantemente el instrumento más adecuado para alcanzar tales fines.

La Madre Strazzolini renuncia al generalato

Las constituciones de 1862 establecían que el « *cargo de superiora general durará tres años, y no podrá ser confirmado consecutivamente sino por un segundo trienio*. » Sin embargo, como las constituciones aún no habían obtenido la aprobación definitiva de la Santa Sede y debido también a las tensiones de la época, esta norma no se observó.

En 1862 había sido elegida superiora general la Madre Teresa Fabris, quien en 1866 — como ya se ha dicho — había buscado refugio en Cormons. Las vicisitudes políticas

debieron obligar — como ya se ha dicho — en febrero de 1867 a una división estratégica de la guía de la congregación; la Strazzolini la reasumió para las casas en Italia, mientras que la Fabris la mantuvo para las que estaban bajo el dominio austriaco hasta 1873, cuando pudo regresar a Udine. En ese mismo año, la Strazzolini pudo ejercer el cargo de superiora general sobre toda la congregación [(1)].

La Madre Serafina Strazzolini — según lo recogido en los "*Cenni biografici*" — « *era la bondad y la dulzura personificadas*. » Parece, incluso, que la excesiva bondad le restaba sensiblemente firmeza en el mando. A ella le gustaba, a pesar de ser superiora general, pasar gran parte de su tiempo entre las huérfanas — con gran beneficio para estas últimas, puesto que poseía dotes pedagógicas poco comunes —, dejando a las hermanas un amplio margen de iniciativa, confiada en su recto espíritu.

El fundador sintió a menudo la necesidad de sostener a aquella buena madre en su difícil cometido. El 12 de junio de 1880 escribía a la superiora de Primiero:

« *Esta carta mía os llegará probablemente el mismo día en que tendréis la alegría de recibir la visita de la reverendísima madre, que partió ayer de Trento para Tesero y aquellas zonas. Ella es enviada por el Señor para conocer vuestras necesidades y para ayudaros como madre afectuosa tanto con consejos como con amonestaciones. Recibidla, pues, como a un ángel enviado por vuestro divino Esposo... Viene en Su nombre y esto debe bastaros para inclinar la cabeza ante cada una de sus órdenes y someteros a su juicio con el verdadero espíritu de humildad, de docilidad y de obediencia.*

Hermanas, dad esta consolación a vuestra carísima madre, ya que os puedo decir que ella os ama con verdadero amor materno; no queráis amargar este materno corazón, porque en tal caso amargaríais también el mío paterno. Todo sea hecho para la gloria del Señor y para vuestra santificación. »

Es no es difícil leer entre líneas el deseo del Padre de reforzar la autoridad de la Strazzolini.

El 16 de agosto de 1880 escribía a otra superiora:

« *Hoy ha partido para el Tirol la reverendísima superiora general, y rueguen al Señor para que le conceda las luces necesarias para desempeñar bien el oficio que ahora le corresponde ejercer. Aquí todas las hermanas están ocupadísimas* — continúa — *en preparar los muchos vestidos para las esposas de nuestro amado Jesús. Hay 14 para la toma de hábito y 12 para la profesión. ¿Qué piensa de ello? Quiera el Señor que todas correspondan a su santa vocación, y abra los puestos para colocarlas, dando así lugar a la aceptación de tantas otras que aspiran a ingresar en la congregación.* »

Si la Madre Serafina no había pensado en la renuncia antes de aquel viaje a la región de Trento, al regreso pidió ser exonerada del cargo de superiora general. No ciertamente por razones de edad, ya que entonces tenía solo cincuenta y siete años. Sabia y humilde como era, ella misma advirtió la necesidad de ceder el puesto a una persona más joven, sobre todo en vista de los nuevos acontecimientos que se vislumbraban en la vida de la congregación.

---

[1] No se ha conservado el capítulo de 1873.

La profesión religiosa se efectuó el 24 de septiembre de 1880. Entre las doce profesas se encontraba la Hermana Giuseppina Doliac, que tuvo que asistir a la ceremonia sentada en un sillón por estar exhausta y con fiebre; también estaba la Hermana Elena Zuccolli, de quien el Padre, concluida la ceremonia, llegó a decir:

« *A esta, un día, la veréis como superiora* »[2].

El rito de la toma de hábito fue, en cambio, pospuesto para el domingo 10 de octubre, día en que se celebraría el capítulo general para la elección de la nueva superiora.

Madre Cecilia Piacentini nueva superiora general

Martes 12 de octubre, el Padre Luigi escribía a la superiora de Primiero, quien obviamente no había podido trasladarse al capítulo general:

« *A las 9 de la mañana de hoy ha sido elegida superiora general la Madre Cecilia Piacentini. Considero que la elección ha sido hecha según lo que era la voluntad de su divino Esposo, por lo tanto no dudo que la comunidad está óptimamente provista... Carísima hija, adoremos las disposiciones del Señor y nos haremos grandes santos... La reverendísima Madre Serafina, que ha quedado como vicaria general y vicaria de la Casa de las Derelitte, las saluda con toda la profusión de afecto del corazón...* »

Madre Cecilia Piacentini, superiora general de las hermanas
de la Providencia desde 1880 hasta 1920, considerada cofundadora.

[2] Zuccolli Orsola (Hermana Maria Elena della Croce) nacida en Cembra (Trento) el 15-3-1857, ingresó en la congregación el 16-4-1877, vistió el hábito el 3-5-1878, profesó el 24-9-1880, falleció en Cormons el 21-1-1921. La profecía del fundador se cumplió: fue elegida superiora del colegio de la Providencia (antigua *Casa de las Derelitte*) en Udine en 1889, donde permaneció durante casi 31 años, siendo al mismo tiempo, desde 1910, vicaria general de la congregación; el 23-4-1920 fue elegida superiora general.

Sobre la mayoría de los votos obtenidos por Piacentini debió de pesar no poco la influencia del fundador, ya sea porque habrá ejercido el antiguo derecho previsto por el estatuto que atribuía al director la designación de algunas electoras, ya sea porque no habrá dejado de orientar a las demás hacia la elección más oportuna.

La biógrafa de la Madre Cecilia narra que la nueva superiora, apenas elegida, se habría dirigido inmediatamente a las hermanas capitulares con estas enérgicas palabras:

« *Si me habéis elegido general, dejadme hacer de general* »[3].

Se trata de palabras probablemente nunca pronunciadas, sino imaginadas más tarde por la tradición para caracterizar la enérgica guía — que duró luego cuarenta años — de Piacentini, de la cual se solía decir que « *hacía temblar el pañuelo en el bolsillo* », lo que significa que infundía un temor reverencial tal que hacía vibrar hasta las prendas personales.

Es muy verosímil, en cambio, que al menos una parte de las hermanas ancianas haya experimentado cierta incomodidad hacia la recién elegida, no tanto por su edad relativamente joven — Piacentini contaba entonces con cuarenta y cuatro años —, sino porque muchas razones hacían pensar que su gobierno traería un cambio radical en la vida de la congregación.

« *Tal actitud algo de hostil* — observa la biógrafa — *debió soportar la madre hasta que, con la sabiduría de su gobierno y una caridad sin límites, logró imponerse también a estas hijas que, al no conocerla, habían desconfiado de ella.* »

Estaba, sin embargo, el Padre Luigi para infundir el aceite de la caridad en los nuevos engranajes. Con este propósito aprovechaba cada ocasión para sostener el prestigio de la Madre Cecilia.

Dos meses después, el 12 de diciembre 1880, escribía a la Hermana Visentini, vicaria de Primiero:

« *La reverendísima madre superiora es de satisfacción general para todas sus amadas hijas, atenta con todas y llena de celo para procurar la santificación de todas.* »

Y el 18 de junio 1881 recomendaba a la nueva vicaria de Primiero, la Hermana Luigia Dario, que cuidara de la superiora, que estaba de visita en el Tirol, con estas delicadas palabras:

« *Cuando la pobrecita llegue allí, oblíguela a tener consigo misma esa caridad que ella usa con sus hijas. Ella, tan débil y vacilante de salud, querría seguir el régimen común para no dar mal ejemplo, pero le aseguro que no puede, y por lo tanto conviene obligarla a tomar a menudo algún pequeño refrigerio, a quedarse en la cama por la mañana más allá de la hora establecida, a ir a descansar por la noche más temprano y obligarla a acostarse después de la comida. Le escribo estas cosas porque sé que no querría distinciones de ningún género, aunque sufre mucho por ello en la salud. En una palabra, allí usted hágale de mamá, puesto que es tan buena y merece que se tenga con ella toda atención.* »

« *La reverendísima superiora general* — escribe el 13 de marzo 1882 — *se encuentra desde hace unos días entre nosotros en Udine, y es admirable por su gran actividad y por*

[3] [M. MAKAROVICH], o.c., p. 81.

su gran celo para la mayor gloria de Dios. Todas la admiran y la aman, y es verdaderamente un alma predilecta del Señor. »

Al igual que el 2 de junio 1883 escribe a la Hermana Matilde Osso en Rovigno de Istria:

« *Harás por mí una visita a la reverendísima madre superiora, y le dirás que la respeto muchísimo y que le deseo un feliz viaje en el regreso que hará a Cormons. Pobrecita, es tan buena; mira de serle de consolación y, como buena hija hacia una tierna madre, escúchala y aprecia cada deseo suyo sobre ti.* »

Conservamos una bella carta del fundador a Piacentini. Escrita el 18 de noviembre 1883, poco antes de que el Padre Luigi enfermara mortalmente, tiene casi el sabor de un testamento espiritual:

« *Próximos al día onomástico de su maternidad (Santa Cecilia), vengo a presentarle todos aquellos augurios de felicidad que jamás puede hacer un corazón a una persona hacia quien profesa la estima que exigen su grado y sus distinguidas cualidades. Dios la bendiga y le conceda todas las gracias necesarias para embellecer cada día más su alma, y hacerse cada vez más querida para su divino Esposo y para todo el santo Paraíso.*

Le conceda el buen Dios, por los méritos de su santa protectora, la gracia de santificarse colaborando en la santificación de tantas pequeñas almas que a ella confió, para que como madre amorosa pueda guiarlas bien por el camino de la perfección evangélica. El buen Dios me escuche, y tendré la consolación de verla modelo de una verdadera esposa de Jesús, adornada con las virtudes que más le son caras: de la humildad, caridad, obediencia y resignación perfecta en todo a la divina voluntad. Ruegue por mí al Señor, y pídale tanto como yo de corazón pido para su maternidad. Dejándola en los sagrados corazones de nuestros divinos Amores, la bendigo. »

No sabríamos decir si en estas tiernas líneas transluce más el humilde respeto del fundador hacia su hija, heredera de su misión, o la exhortación del santo hacia la santidad.

El noviciado en Cormons

En el capítulo general de 1880 había sido reconfirmada como maestra de novicias la venerable Madre Teresa Fabris, a quien — debido a su avanzada edad — prestaba ayuda la Hermana Luigia Dario, que ya había ocupado ese cargo desde 1862 hasta 1873. Sin embargo, uno de los primeros actos de gobierno de la nueva superiora general, la Madre Cecilia Piacentini, fue el traslado del noviciado desde la casa madre de la ciudad de Udine hasta la sede de la superiora (la casa general) de Cormons. Dicho paso se llevó a cabo, en cualquier caso, de manera gradual.

A principios de marzo de 1881, la Hermana Dario fue enviada a Primiero para sustituir allí a la superiora local, la Hermana Gioseffa Visentini. Simultáneamente, la Madre Fabris, que ya se encaminaba hacia el término de su vida, fue jubilada.

La Madre Fabris pasará a la otra vida el 17 de diciembre 1882, a los sesenta y nueve años de edad y después de unos cincuenta años de servicio en la *Casa de las Derelitte*, puesto que había ingresado allí como maestra desde muy joven, incluso antes de 1837.

« *Justo ahora* — escribía el Padre el día de su muerte — *nuestra muy querido hermana en Jesús, la muy reverenda Madre Teresa, serenamente ha expirado hacia su amado Esposo. Vivió como santa, y como santa murió. Nuestra congregación tiene ahora en el cielo una abogada más, ante el trono del Señor, para obtenernos socorro en nuestras grandes necesidades.* »

El Padre Luigi estaba tan convencido de la santidad de esta hermana, verdadero pilar de la comunidad religiosa, que nueve días después, el 26 de diciembre, escribía de este modo a la Hermana Filomena Suoch:

« *Confíe en nuestra divina Madre, en nuestro querido padre San José; con total abandono entréguese a la voluntad divina, y obtendrá la tranquilidad del espíritu y nada la turbará. Confíe también en la ayuda de su maestra, la hermana Madre Teresa, que ahora se encontrará formando corona a su amado esposo Jesús, y no dude que también de ella recibirá consuelo en sus necesidades.* »

Para guiar a las novicias en la casa de la ciudad de Udine se llamó entonces a la Hermana Agostina Pez, quien desde hacía muchos años prestaba servicio en el hospital de Portogruaro. Ella tenía, sin embargo, una salud bastante frágil y tal vez no se sentía adecuada para ese delicado cargo. De hecho, el Padre Luigi debió asumir en gran parte sus funciones.

Cuando la Hermana Pez regresó a Portogruaro, fue nombrada maestra de novicias aquella simpática Hermana Cherubina Voncini, de quien se ha hablado al narrar la historia del "*Asilo dell'Immacolata"*. La Voncini ocupó ese cargo durante un par de años, hasta después de la muerte del fundador; posteriormente fue como superiora a Primiero.

Con ella terminó el noviciado en la casa de la ciudad de Udine, donde por lo demás se había reducido ya a la mínima expresión.

Mientras tanto, la casa de Cormons crecía en importancia.

La Madre Piacentini había sido su superiora desde 1873. Una vez convertida en general, las nuevas funciones la habrían obligado sin duda a alejarse a menudo de la casa. Ella pensó entonces en confiar a otras la dirección local y eligió a una joven profesa, entonces de veintisiete años, la Hermana Giuseppina, hija de un conocido abogado de Gorizia, Carlo de Doliac Cipriani, noble figura de cristiano convencido y combativo, uno de los fundadores del movimiento católico en la ciudad isontina.

La biógrafa de la Piacentini escribe sobre la Hermana Giuseppina:

« *En un cuerpo frágil encerraba un alma bella y generosa. El amor por Jesús fue tan fuerte que le hizo vencer la oposición de su familia, rica y noble, que no quería dejarla partir bajo ningún concepto.* »

Su precaria salud puso más de una vez en duda su permanencia entre las hermanas; sin embargo, resistió con determinación, alentada por el Padre Luigi, quien intuía cuánta ventaja traería a la congregación. Entrada como aspirante el 30 de mayo 1877, el 24 de septiembre 1880 emitía la profesión, sentada en un sillón durante la ceremonia. Después

de un período de descanso en Orzano, sanó perfectamente: y la gracia fue atribuida a la Inmaculada de Lourdes.

Ella, por lo tanto, ya en 1881 fue nombrada superiora de la casa de Cormons y se le confió también la dirección de un grupo de novicias. Estas se hicieron cada vez más numerosas en Cormons, mientras disminuían en la ciudad de Udine. Nos lo confirma el propio fundador en una de sus cartas del 15 de junio 1883:

« *Aquí, dando gracias al Señor, estamos bien, a excepción de alguna pequeña dificultad; al igual que se encuentra bien nuestra reverendísima madre superiora general en Cormons con todas sus hijas, que son nada menos que treinta y cuatro, incluidas veintidós novicias. ¿Qué piensa de este número? Y aquí hay otras once. ¡El Señor sea bendito!* »

La casa de Cormons en 1883 se había convertido ya, y con diferencia, en la más importante de la congregación, tanto por el número de religiosas, como porque albergaba la sede de la superiora general y el noviciado. Para guiarla quedó durante unos diez años una extraordinaria pareja de religiosas, la Madre Cecilia y la Madre Giuseppina, hasta que esta última murió con fama de santidad el 17 de junio 1890.

Las hermanas en Pergine di Valsugana

Las hermanas de la Providencia, en los primeros cuatro años de su servicio en el hospital de Trento bajo la dirección de la muy competente madre Angela Rodaro, habían dado una prueba tan positiva de virtud y de competencia que, a principios de 1881, se les ofreció un nuevo campo de trabajo.

Hasta entonces los enfermos mentales eran ingresados en los hospitales comunes, si bien en departamentos específicos. Sin embargo, la naturaleza de la enfermedad, la necesidad de cuidados particulares y la exigencia de una vigilancia adecuada impulsaron la construcción de hospitales especializados, que en otro tiempo eran llamados manicomios y hoy hospitales psiquiátricos.

En la pequeña ciudad de Hall — a las orillas del Inn, a unos quince kilómetros al este de Innsbruck — había surgido un gran hospital psiquiátrico que debía servir para todo el Tirol superior y, el 6 de agosto de 1880, había sido confiado a la congregación alemana de las hermanas de la Misericordia, llamadas también de San Vicente. Otro hospital, para la región de Trento — llamado entonces « *Tirol inferior* » — había sido proyectado en Pergine Valsugana.

Ya el 14 de enero de 1881, la hermana Rodaro había escrito al fundador comunicando que el servicio en este último establecimiento se ofrecía a las hermanas de la Providencia. La invitación explícita fue dirigida el 24 de enero por el capitán provincial Bossi Fedrigotti; la superiora general Piacentini dio la aceptación de principio el 30 y la confirmó el 18 de febrero. Surgieron sin embargo algunas dificultades, puesto que solo en junio la invitación obtuvo la aprobación oficial superior. Quizá alguien objetó que las hermanas de la Providencia no tenían la preparación requerida por el nuevo encargo.

Pergine (TN). Hospital psiquiátrico. Las hermanas de la Providencia vivieron aquí una maravillosa página de su vida de dedicación por más de noventa años.

El 20 junio el padre Luigi, enviando las felicitaciones para el onomástico a la hermana Luigia Dario, convertida desde hacía pocos meses en superiora en Primiero, le escribía:

« *Usted, reverenda madre, desea saber algo del hospital de Pergine, y si este será confiado a las hermanas de San Vicente o a las de San Gaetano. El día 11 pasado, la junta provincial de Innsbruck se ha dirigido, preste mucha atención, a la venerable congregación de las hermanas de la Providencia en el hospital civil de Trento, ¿está contenta, reverenda madre?, para preguntar si estuviera dispuesta a asumir la cocina, el almacén, la gestión de la ropa y de la lavandería, el mantenimiento de los vestidos y en fin el servicio de asistencia en el departamento femenino del nuevo hospital psiquiátrico de Pergine, y bajo qué condiciones estuviera dispuesta a aceptar tales compromisos. Se han concedido tres semanas de tiempo, por lo que a más tardar dentro del 10 de julio se deberá dar una respuesta definitiva.*

El compromiso es muy serio, y he considerado oportuno escribir a la superiora general, que se encuentra ahora en Trento, a fin de que junto con la madre Angela se dirija al hospital de Hall para informarse bien con las hermanas de San Vicente que gestionan la estructura sobre cada oficio y sobre las condiciones en que se encuentran. Después de esta inspección en el lugar, y una vez informadas de todo, se responderá a la honorable junta provincial que ha querido dar la preferencia a nuestra pía congregación. »

La madre Cecilia efectuó la visita a Hall: observó y aceptó. « *El asunto de Pergine ha ido bien* — escribía el 21 de julio el padre Luigi a la Dario — *y la madre general, que el lunes estará ahí con ustedes en Primiero, le proporcionará una explicación detallada.* » Piacentini organizó en Hall también un período de aprendizaje para algunas hermanas. Fue enviada allí, en efecto, la hermana Giuditta Defrancesco con las dos hermanas legas Carolina Turra y Celestina Cinzol. Un aprendizaje brevísimo, de solas tres semanas, de acuerdo con las limitadas exigencias de aquellos tiempos.

Obtenida el 22 de septiembre 1881 la aprobación de la imperial y real Dieta de Viena, el 18 de noviembre la madre Cecilia pudo firmar el contrato de contratación. Firmaron como testigos dos sacerdotes de Cormons: don Angelo Marega, capellán del santuario de Rosa Mistica, y don Giovanni Blasutich. El padre Luigi no se había movido de Udine, en parte porque la edad avanzada no le permitía un viaje tan largo y fatigoso, en parte porque estaba absorbido por la compleja cuestión de la herencia Cernazai.

El 23 de noviembre el hospital de Trento entregó formalmente a la hermana Giuditta Defrancesco [4] y a la hermana Celestina la gran cantidad de ropa preparada para el hospital psiquiátrico. Se detuvieron en Pergine por parte de tres días y tuvieron que trabajar mucho para ordenar toda aquella ropa, si bien fueron ayudadas por el enfermero Huez, que buscaba de todos modos aliviar el trabajo de las hermanas.

Apenas concluida aquella tarea — continúa el jesuita padre Grazioli, biógrafo de la Defrancesco — la madre Giuditta tuvo una idea que ella misma definía jocosamente como sublime. Para vigilar tanta ropa hacía falta un guardia; bien, dijo, pongamos a san José. En la primera ocasión, regresando de Trento, la madre Giuditta llevó cuatro imágenes del santo custodio de Jesús y las colocó en las salas del guardarropa. Después de haber hecho esto, todas las hermanas se sintieron seguras y durmieron tranquilas.

Mientras hacía el viaje de ida y vuelta entre Trento y Pergine para preparar la nueva estructura, la hermana Giuditta escribió a la superiora general:

« *Sería necesario que estuviera la superiora local para adquirir aquellas competencias que le serán ciertamente útiles.* »

And la madre Cecilia, por toda respuesta, envió como superiora una imagen de la Virgen, venerada con el título de *Mater admirabilis*.

La imagen — cuenta Grazioli — representaba a la Virgen sentada con el huso entre las manos y un cesto de costura a los pies; tenía un aire reflexivo y un porte solemne. A las hermanas no les gustó mucho aquel rostro tan serio y, aun declarando que la primera superiora de la casa sería ciertamente la Virgen, deseaban una de carne y hueso que hablara y sonriera. Era una clara prueba de cuánto aquellas jóvenes hermanas apreciaban servir con santa alegría, como enseñaba constantemente el filipense padre Luigi.

La madre Cecilia respondió con una carta muy bella, de tono entre materno y amonestador, en la cual exhortaba a imitar a la mujer fuerte de las Escrituras y a contentarse por el momento con la superiora enviada, escuchando su voz. « *Esta es muy tenue* — decía — *y hay que prestar el oído del corazón.* »

La hermana Giuditta Defrancesco superiora en Pergine

[4] Defrancesco Teresa (sor Maria Giuditta de la Santa Familia) nacida en Panchià (Trento) el 20-10-1857, entró en la congregación el 8-1-1878, vistió el hábito el 19-3-1879 con el nombre de sor Eufemia, profesó el 8-5-1881, murió en Cormons el 24-12-1909. Después de la profesión fue enviada a la comunidad que prestaba servicio en el hospital de Trento y aquí la superiora le cambió el nombre. (L. Grazioli, Cenni biografici di madre Giuditta Defrancesco, Udine 1939, p. 202).

Sin embargo, era necesaria una superiora de carne y hueso. Finalmente, el 14 de marzo de 1882, llegó a Trento una carta dirigida a la « *Reverenda madre Giuditta.* » Escribe Grazioli que, al recibirla, ella tembló de la cabeza a los pies; esperó hasta la tarde para abrirla, puesto que dudaba que fuera realidad. En efecto, había sido nombrada primera superiora del nuevo hospital de Pergine. Contaba con poco más de veinticuatro años.

Al día siguiente, continúa Grazioli, partía de Trento con la pequeña comunidad, entonces de solas cuatro hermanas, acompañada de la madre Angela. Recorriendo el valle del Fersina, llegaron al nuevo destino y, apenas entraron en la nueva y vastísima casa, elevaron a Dios un canto de agradecimiento. La madre Giuditta, sin embargo, estaba pensativa y, sin quererlo, mostraba una actitud más seria y rigurosa que la que ella misma atribuía a la imagen de la *Mater admirabilis* enviada como primera superiora [5].

Entretanto, algunos problemas organizativos, como el nombramiento del director y la elección del personal, retrasaban la apertura efectiva del hospital, inicialmente prevista para febrero. El padre Luigi mostraba una cierta preocupación en una carta suya del 8 de mayo:

« *Esperaba que a estas horas ya se hubiera abierto el hospital psiquiátrico, pero quién sabe cuándo lo veremos; cuando usted sepa algo, comuníquemelo para mi información.* »

Poco después de la medianoche del 18 de agosto, llegó a Pergine la superiora general con doce hermanas. Acogidas festivamente por las hermanas de hábito — escribió Tinti — se dirigieron todas a la iglesia para ponerse enseguida bajo la protección del glorioso patriarca san José. El viaje en carruaje desde Trento fue bastante movido, porque aquel día se celebraba el cumpleaños del emperador Francisco José y los cocheros habían bebido algunas copas de más.

Luego, comenzaron a llegar los pobres enfermos mentales, algunos desde Hall, otros del hospital de Santa Chiara de Trento. Algunos de estos últimos « *no querían dejarse trasladar a otra parte, por el afecto que sentían hacia aquellas hermanas de la Providencia, y se tranquilizaron solo cuando se convencieron de que también en Pergine serían asistidos por las mismas religiosas.* »

Aquí Tinti lanza una crítica contra el anticlericalismo de la época, que no quería religiosas en los hospitales para que no influyeran, con sus consejos, en la llamada libertad de pensamiento de los ingresados. « *¡Tanto es verdad* — dice — *tanto es verdad que los masones, echando brutalmente a las hermanas de los hospitales, se degradan por debajo de los pobres locos!* »

Los primeros tiempos fueron difíciles, puesto que las hermanas eran todas jóvenes y sin experiencia. Fueron particularmente duros para la joven superiora. Pero el piadoso fundador supo alentar a las hermanas a una confianza tal en la protección de san José que, encontrándose ellas muy a menudo expuestas a los peligros, hallaron siempre la salvación en el pronto recurso al santo patrono.

Es más, en una ocasión la hermana Giuditta atribuyó al santo patriarca una intervención prodigiosa y el padre Luigi le respondía, el 18 de agosto de 1883, expresando su « *gran consuelo al ver que, aun con milagros, san José las ayuda.* » Probablemente se trata de

[5] Cfr. L. GRAZIOLI, o.c, pp. 68-69, 71-73.

aquel hecho singular narrado por los "*Cenni biografici"* respecto a la hermana Francesca Novello. Esta era cocinera en Pergine. Un día llegó una comisión de inspectores a los que había que preparar el almuerzo, además de para las hermanas. Sin embargo, en la olla flotaban solo unos pocos fragmentos de carne. « *¡San José bendito, ayúdame!* », exclamó la hermana Francesca. And he aquí que, removiendo de nuevo en los grandes calderos, emergieron gruesos trozos de carne. Hubo para todos y estaba exquisita.

La Novello fue una de aquellas hermanas humildísimas, pero dotadas de una fe inmensa, que dieron lustre a la congregación naciente: en su sencillez, ella esperaba las ayudas extraordinarias de la Provvidenza como un hecho del todo normal.

La hermana Giuditta había aprendido del Padre una devoción tan profunda por el santo patriarca, y supo transmitirla tan bien en la nueva casa, que esta fue llamada por excelencia « la casa de san José. » Para alentarla, le llegaban frecuentes las cartas de la madre Cecilia, la cual muy pronto sintió una admiración tal por la hermana Giuditta que escribió a otra hermana:

« *Cuántas veces en un día siento vergüenza en comparación con ella.* »

También el fundador le escribía a menudo. Puesto que ella llevaba el nombre religioso « de la Santa Familia », está ciertamente dirigida a ella esta carta suya del 14 de noviembre de 1882:

« *No crea, solo porque desde hace mucho tiempo no le escribo, que yo me haya olvidado de usted; al contrario, la tengo frecuentemente presente y la encomiendo al Señor. Por la reverenda madre superiora he sabido que ha realizado los ejercicios espirituales en la medida en que se lo ha permitido su situación actual, pero el Señor habrá ciertamente apreciado cuanto ha podido hacer y habrá sido muy generoso con usted, a fin de que fuera completa la corona di luces, de resoluciones y de victorias por las cuales tengo motivo para felicitarme. La reverendísima madre general me ha comunicado que allí reina el buen orden, que todas pueden dedicarse a las prácticas religiosas, que se observan bien las santas reglas, que hay paz y contento y que todas desempeñan bien sus tareas con verdadero espíritu de caridad.*

Quiera el Señor que no falte la santa perseverancia y que cada día se pueda crecer siempre más en estas virtudes. Confíe en la Sagrada Familia y así encontrará en todo una asistencia especial y las luces necesarias para guiarse bien. Grande humildad y caridad, grande dulzura en toda circunstancia, y todo irá bien. Tenga siempre presente a su divino Esposo e imítelo en estas bellas virtudes, puesto que la esposa debe ser semejante al Esposo y obtendrá la victoria sobre sus adversarios. Concluyo saludando a todas esas hermanas de hábito y dándoles la santa bendición. »

A finales di 1882, en Pergine había veintiuna hermanas, de las cuales solo tres — además de la madre Giuditta — eran hermanas de coro que ya habían emitido los votos: la hermana Petronilla Sicheri (vicaria local), la hermana Battistina Dossi y la hermana Salome Dai Prà. Esta última, que era la más anciana, tenía treinta y un años. Sin embargo, la virtud y la concordia compensaban ampliamente la temprana edad. Después del primer período, comprensiblemente complicado, todo procedió muy bien: había verdaderamente una guía segura al timón. ¡A la mayor gloria de Dios, profesaba feliz el padre Luigi!

Las hermanas en Rovigno - Istria

« *Escribo en el día de san José por un asunto que he confiado a las manos de san José; y le escribo a usted, padre carísimo, que de san José es tan devoto, y le dirijo la petición por amor de san José. Todas circunstancias que me hacen esperar en un resultado felicísimo.* » Así escribía el 19 de marzo de 1881 monseñor Giovanni Maria Teloni desde Rovigno al fundador.

El buen monseñor, que se había trasladado a Rovigno para predicar los ejercicios espirituales, ya había escrito al Padre el 5 de febrero, planteándole la posibilidad de enviar algunas hermanas de la Providencia para abrir un centro de acogida, un asilo infantil y un oratorio para las setecientas obreras de la local manufactura de tabacos. Y le insistía repetidamente sobre la figura de san José porque sabía que esa era la cuerda adecuada para tocar para obtener el consentimiento.

Los habitantes de Rovigno eran muy devotos al santo patriarca y por este motivo eran caros al padre Luigi, que era a su vez devotísimo de él. ¿Podía él acaso negar algo a quien lo solicitaba con aquel dulce nombre? Además, no quería ciertamente que su patrono predilecto le negase la ayuda en caso de que él mismo hubiera sido avaro de confianza. Respondió por tanto positivamente. Sin embargo, un poco porque el diablo se entrometió y un poco porque al Padre le gustaba proceder con extrema prudencia, pasó un año antes de que las negociaciones llegaran a la conclusión operativa.

El 23 de enero de 1882 el consejo provincial escolar concedía el permiso de abrir en Rovigno « *un asilo de infancia bajo la dirección de las hermanas de la Providencia de Cormons* »; y el 28 el obispo de Parenzo y Pola, monseñor Giovanni Glavina, acogía con alegría la próxima apertura del nuevo instituto.

En esta ocasión el Padre quiso trasladarse en persona a inspeccionar el nuevo campo de trabajo; quizá presintió cuántas excelentes hijas espirituales le donaría la generosa tierra de Istria.

Partió de Udine el miércoles 9 de febrero y paró aquella noche en Trieste, huésped de la familia Simonetti en una casa cerca de los jesuitas. Allí había llegado a encontrarlo don Andrea Ghira desde Rovigno. La mañana siguiente, a las siete, partieron en barco de vapor hacia la pequeña ciudad de Istria, situada sobre una roca poco más allá de la mitad de la costa de la península.

En Rovigno se quedó solo un par de días, puesto que el 13 ya había regresado a Udine. « *He estado en Rovigno* — escribía el 20 de febrero el padre Luigi a la hermana Luigia Dario en Primiero — *para encontrar la vivienda para las hermanas, llamadas allí por la divina Providencia, y he encontrado un local que se adapta muy bien; ahora sin embargo es necesario encontrar ocho mil florines (es decir, la moneda local de la época) para pagarla. ¡San Gaetano piense en ello! La misión de las hermanas se referirá a las escuelas infantiles y al oratorio, y harán falta cinco. El Señor las llama a una viña que, si bien cultivada, dará muchísimo fruto, y por lo que veo podrán partir para el día del Patrocinio de san José.* »

En torno a la misma fecha escribía al señor Niccolò Prodomo de Rovigno:

« *He recibido su tarjeta postal y he dicho: ¡oh, cuánto es potente san José!; y poco después, habiéndome llegado su carísima y estimada carta con las tres declaraciones obligatorias de venta de la casa en proyecto, he tenido que decir: ah, san José, veo*

verdaderamente que queréis en Rovigno a estas hermanas, y que allí habéis elegido al buen Prodomo y al reverendo don Ghira como ejecutores de vuestros deseos. »

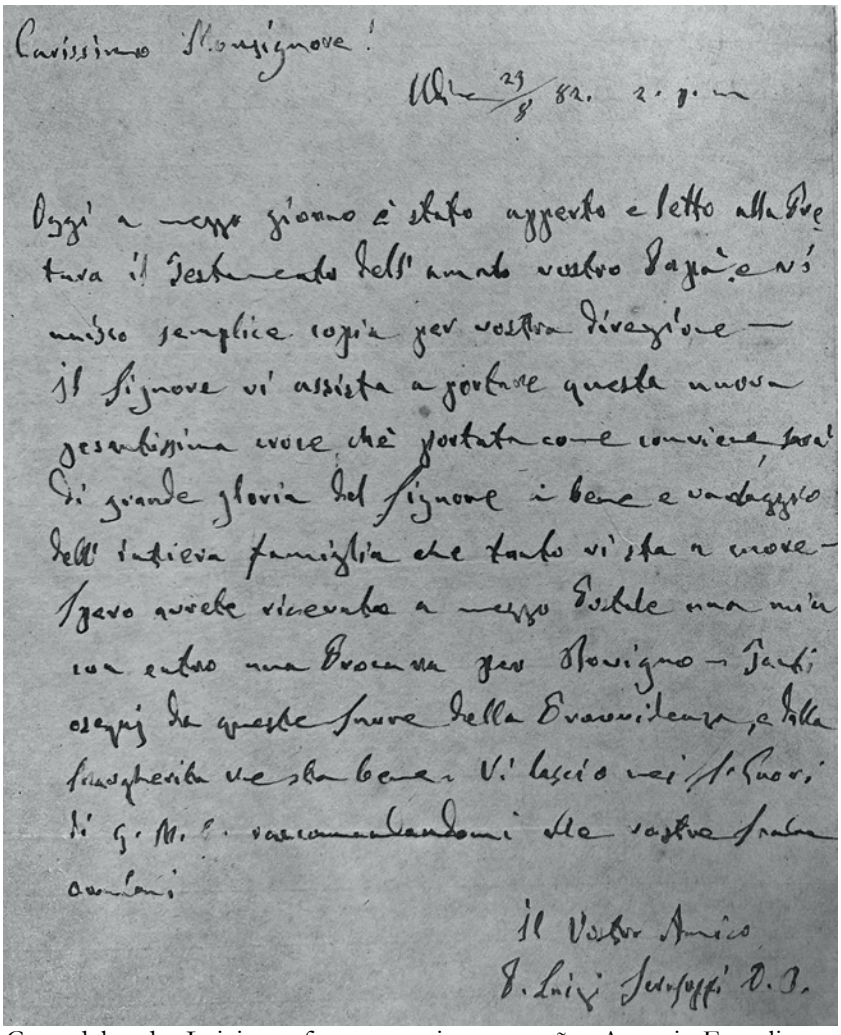
Por deber de crónica y de agradecimiento, los promotores de la obra de Rovigno fueron precisamente Prodomo, presidente del local Círculo de Lecturas Católicas, junto al vicepresidente Pietro Menis y, por la parte eclesiástica, don Ghira — en cuya casa el padre Luigi había residido — y el párroco monseñor Luigi Medelin.

Aunque se había quedado por poquísimo tiempo, el fundador dejó una impresión fuertísima de sí mismo entre los habitantes de Rovigno. En el proceso diocesano de cincuenta años después, la hermana Vittoria Biasutti testimonió:

« *Recuerdo que cuando fui a Rovigno, donde me quedé por doce años, hombres, mujeres, jóvenes y el mismo párroco, que era un cierto don Medelin, hombre verdaderamente santo, me decían que el Padre les había dado la impresión de ser un santo. El párroco decía a menudo: Agradezcan al Señor que tienen como fundador a un santo.* »

Enviado por el padre Luigi, monseñor Antonio Feruglio se trasladó a Rovigno el 20 de abril y permaneció allí una semana para preparar en los mínimos detalles la llegada de las hermanas. Estas, guiadas por la superiora general y por la madre Strazzolini, se embarcaron en Trieste el 27 de abril y arribaron a las dos y media de la tarde.

« *El demonio* — escribe Tinti — *envidioso del bien que habría producido esta institución, desencadenó una tormenta de mar tan furiosa que los mismos marineros declaraban no haber visto nunca una semejante. Es más fácil imaginar que describir los sufrimientos de las hermanas, no habituadas a los viajes por mar; sin embargo fueron bien recompensadas por la acogida festiva que recibieron a la llegada a Rovigno, donde habían venido a encontrarlas el clero, las representaciones civiles y una multitud de pueblo, a pesar del tiempo lluvioso.* »



Carta del padre Luigi a su fraterno amigo monseñor Antonio Feruglio.

Queridísimo Monseñor!

Udine li 23/8/1851. 2 p.m.

Hoy a mediodía ha sido abierto y leído en la Prefectura el Testamento de vuestro amado Papá, y os adjunto una simple copia para vuestra guía — el Señor os asista a llevar esta nueva pesadísima cruz que, llevada como conviene, será de gran gloria del Señor y bien y ventaja de la entera familia que tanto os está al corazón — Espero que habréis recibido por medio postal una carta mía con dentro un Poder para Rovigno — Muchos saludos de estas Hermanas de la Providencia, y de la Margherita que está bien. Os dejo en los Sagrados Corazones de Jesús, María, José, recomendándome a vuestras oraciones.

Vuestro Amigo
P. Luigi Scrosoppi
D.O.

El domingo 30, fiesta del Patrocinio de san José, el canónigo Onofrio impartió la bendición a los locales y don Ghira se apresuró el mismo día a informar a monseñor Feruglio:

« *Justo ahora se ha concluido felizmente la inauguración del asilo infantil. Tiempo magnífico, fiesta bellísima, participación extraordinaria por parte de la población. ¡Sea alabado Dios y bendito san José! ¡Gracias infinitas al padre Scrosoppi!* »

Daba una larga relación de ello también el periódico católico "*L'eco del Litorale"* en el número del 4 de mayo de 1882. No faltaron sin embargo los ataques llenos de rencor por parte de la llamada prensa liberal, ataques que ya se habían desencadenado el año precedente, tan pronto como se había sabido del proyecto, y que se renovaron en los años siguientes. Una prueba ampliamente prevista: el Maligno no falta nunca de obstaculizar toda obra buena, y el padre Luigi y las hermanas aceptaron el desafío, como de costumbre, con espíritu humilde y sereno.

El 3 de mayo la presidencia de las Lecturas Católicas dirigió un agradecimiento de veras solemne al fundador, el cual respondió humildemente tres días después. Él se auguraba que las hermanas « *puedan corresponder bien a las expectativas de cuantos han tomado parte en esta santa obra para cultivar con cuidado las plantitas de la nueva generación, y esta plena correspondencia bastará para recompensarme por cuanto se ha hecho por estos*

buenos habitantes de Rovigno, a quienes confío estas jóvenes religiosas de Jesús, rogándoles que quieran sostenerlas en sus necesidades. »

La correspondencia de las hermanas a las expectativas y la educación de la juventud retornan como pensamientos constantes en otra carta del Padre a la hermana Dario del 14 de mayo:

« *Ayer tarde llegó de Rovigno la reverenda madre vicaria* — la madre Strazzolini, que allí se había quedado para introducir a las religiosas en el ambiente — *después de casi dieciocho días de ausencia. Oh, cuántos hechos nos ha contado de aquellos buenos caballeros, señoras y de todos los habitantes. Noticias que dejan estupefacto, puesto que allí las hermanas son tenidas, casi da vergüenza decirlo, en veneración, y las consideran como un gran tesoro. Oh, qué responsabilidad tenemos ante Dios. El sábado habrán sido cuatrocientas y más las muchachas para iniciar el oratorio festivo; imagínese qué empeño. E roguemos al Señor a fin de que dé luces y fuerzas a aquellas nuestras hermanas de hábito, para cumplir bien esta tarea angélica de guiar a la juventud en el camino del santo Paraíso.* »

El asilo infantil, titulado de san José, fue efectivamente inaugurado — con sesenta niños — el 21 de junio, fiesta de san Luigi: ciertamente en homenaje al padre Luigi. En el otoño siguiente inició su actividad también una escuela popular para muchachas.

Al Padre le importaba particularmente el oratorio. El 26 de noviembre de 1882 escribía a la hermana Matilde Osso [6], que desde hacía un mes había llegado de Cormons a Rovigno para dirigir allí las escuelas y ayudar en el oratorio:

« *Tienes ahora la tarea de santificarte santificando a aquellas muchachas que tu divino Esposo te ha confiado, para que las santifiques primero con el ejemplo y después con la enseñanza. Sí, carísima hija, mira siempre a estas muchachas como si te hubieran sido entregadas por tu divino Esposo, y cuida de ellas como de la niña de sus ojos; será tu consuelo encontrarte entre ellas, y no te pesará en absoluto darles las lecciones necesarias.* »

Y el 18 de enero de 1883 le volvía a escribir:

« *El Señor te quiere allí, y allí quiere ser servido por ti con las tareas que te son asignadas y buscando la santificación de estas muchachas, siendo en una palabra una misionera suya. Qué honor te ha sido concedido por tu divino Esposo; ¡ah, apréciale!* »

Incluso en el lecho de muerte, a las hermanas llegadas de Rovigno para recibir la última bendición, les pedirá inmediatamente noticias del oratorio festivo.

Sin embargo, dos meses después de la llegada de las hermanas, ocurrió un grave imprevisto que fue conjurado prodigiosamente — según autorizadas testimonios — por las oraciones del Padre.

---

[6] Cuatro hermanas Osso, hijas de un hostelero trasladado de Vicenza a Udine, fueron acogidas en la Casa de las Desamparadas: Emma, Ida, Olga y Giovanna. La primera en 1865 tuvo que regresar al lado de su madre que murió de tuberculosis, la última murió en el instituto a los 12 años. Las otras dos se hicieron hermanas de la Providencia: Ida con el nombre de sor Maria Fortunata de Jesús (nacida en Vicenza en 1851, entrada en 1873, vestición en 1875, profesión en 1877, muerta en Cormons el 10 de agosto de 1886); Olga con el nombre de sor Maria Matilde del Sagrado Corazón (nacida en Udine en 1853, entrada en 1873, vestición en 1875, profesión en 1877, muerta en Cormons el 17 de junio de 1930).

Como superiora de la nueva comunidad había sido nombrada la hermana Fedele Scrosoppi. Esta, o por el cambio de clima o por las fatigas afrontadas en aquellos primi tiempos, a principios de julio enfermó y se consideró necesaria su sustitución. Don Andrea Ghira, sin embargo, escribía a monseñor Feruglio:

« *Siendo aquí ya conocida, amada y estimada, no se puede describir cuánto resultaría desagradable y dolorosa su partida, en caso de que se tuviera que llegar a este extremo.* »

Tan pronto como llegó a Udine tal noticia, el padre Luigi « *fue a postrarse ante el santísimo Sacramento, a rogar llorando. Cuando se levantó de la oración, la superiora general estaba organizando para que se fuera a buscar a una hermana en otra casa para enviarla a Rovigno. El Padre hizo suspender todo porque — dijo — el santísimo Sacramento y el Corazón de Jesús debían proveer* », e hizo telegrafiar a Rovigno que él había rogado y que la superiora tenía que curarse. En efecto, la superiora de Rovigno comenzó enseguida a mejorar, se curó y permaneció todavía diecisiete años como superiora en Rovigno.

La hermana Fedele permaneció allí precisamente hasta 1899. Su curación debió de ser muy rápida, puesto que don Ghira el 12 de agosto podía escribir a monseñor Feruglio « *desde la hornaza de Rovigno* » (es decir, indicando el clima excepcionalmente tórrido de aquel verano):

« *Las hermanas están bien y están de buen humor. Tienen ya a Jesús en sacramento en su capillita.* »

Lo tenían desde el 7 de agosto, fiesta de san Gaetano. El fundador había previsto acertadamente. Había provisto Él, el Consolador divino del tabernáculo, alejando de la casa enfermedades y ansiedades. Animada por su augusta presencia, la nueva comunidad se dedicó con todo el entusiasmo a las obras de apostolado.

Las hermanas de la Providencia en San Vito al Tagliamento

San Vito al Tagliamento es una risueña pequeña ciudad a dieciocho kilómetros de Portogruaro. Aquí las hermanas de la Providencia se habían ganado una excelente reputación bajo la sabia guía de la hermana Cristina Borghese, apodada « *caspettina* » (es decir, "*pequeña media*", por su incansable actividad). San Vito deseó también por tanto las hermanas para su hospital, en aquel tiempo muy pequeño, titulado de *Santa Maria dei Battuti*. Un documento del 9 de julio de 1863 relata ya entonces un acuerdo entre el fundador de las hermanas de la Providencia y el director del hospital, el doctor Filippo Cristofoli. Sin embargo, las negociaciones no llegaron a conclusión.

Fueron reanudadas a principios de 1878, por iniciativa de los señores Pietro y la señorita Paola Morassutti [7], cuyo padre Antonio había dejado en herencia veinte mil liras al hospital, a condición de que se introdujeran allí las hermanas. Tampoco esta vez las cosas procedieron fácilmente. Fueron necesarios cinco años antes de concluir felizmente el acuerdo.

---

[7] Nacidos en San Vito al Tagliamento: Pietro (1839-1891), Paolo (1844-1898). En el acta de defunción se dice que ambos fueron sepultados con la asistencia de todo el clero, y por el Sr. Pietro se añadió que el clero del vicariato foráneo participó también. (Arch. parr., vol. 11, pp. 143, 148).

La causa principal de un intervalo de tiempo tan largo debe buscarse, como de costumbre, en los obstáculos puestos por el clima anticlerical entonces dominante. San Vito era un baluarte del partido católico. Eran sus mayores exponentes el combativo y culto arcipreste de Bagnarola, don Antonio Cicuto [8], el archidiácono de San Vito y profesor emérito monseñor Giovan Battista Trevisan [9], el párroco de Savorgnano don Giuseppe Trevisan, ya profesor en el seminario de Portogruaro y carísimo amigo del padre Luigi, el patriota y poeta Domenico Barnaba y la familia Morassutti, conocida por su gran beneficencia y su alto sentir cristiano, que se honraba al hospedar de vez en cuando al padre Scrosoppi. Pero no faltaban opositores mordaces tampoco entre los anticlericales.

En una primera fase, las negociaciones fueron iniciadas entre el Padre y el municipio, que vigilaba sobre la institución del hospital. Más tarde, probablemente para evitar connotaciones políticas, a la alcaldía le sucedió la dirección del hospital. El 12 de mayo de 1882 se redactó un contrato preliminar, que sin embargo chocó con una objeción legalmente válida della prefectura de Udine. Esta, en una nota del 15 de julio, declaraba:

« *No resulta... que en Udine tenga existencia jurídica un instituto de las hermanas de la caridad o siervas de la Providencia del cual sea director el reverendo padre Luigi Scrosoppi.* »

La administración provincial proseguía sosteniendo que, si las hermanas faltaran a los compromisos asumidos, no se podría actuar legalmente contra un contratante que oficialmente no existía; hacía además notar cómo en el contrato la dirección del hospital confiaba « *toda la gestión en manos de hermanas inexistentes.* »

La prefectura concluía invitando a tratar con otras congregaciones.

El 5 de octubre se redactó un nuevo proyecto en el cual figuraba como contratante el padre Luigi en persona — de modo que hubiera un responsable directo — y se añadía en el artículo 34 que « *en caso de deceso del padre Scrosoppi, la administración del hospital volverá a quedar libre de continuar o no el presente contrato con sus herederos o con otra persona que se presentase para sustituirlo.* » ¡Pero véase cuán difícil es operar el bien!

Tampoco esta versión fue aceptada. Se redactó otra el 25 de noviembre, que finalmente obtuvo la aprobación de la provincia el 15 de enero de 1883. El padre Luigi escribía el 20 de enero:

« *El asunto de San Vito al Tagliamento está concluido y considérese que las hermanas se trasladarán allí para los primeros días de marzo.* »

Surgió todavía algún obstáculo, tanto que solo el 18 de junio el padre Luigi se trasladó a San Vito para la firma del contrato definitivo.

---

[8] Nacido en Arba (Realice) en 1818, graduado en filosofía, enseñó religión, teología moral y catequética en el seminario de Concordia, de donde fue alejado por el gobierno austriaco. En Trieste fue escritor de artículos educativos en el periódico « La Favilla » y fundador de un gimnasio italiano. Habiendo regresado al seminario por interés del obispo A. Casasola, enseñó letras clásicas y ocupó la prefectura de estudios. Después por 33 años fue arcipreste de Bagnarola (Realice) entregado a los cuidados pastorales y a los estudios, y allí murió en 1895. Hombre de genio y de admirable intuición, fue juzgado como uno de los más potentes ingenios de la Iglesia de Italia de su tiempo. (Cfr. R. BIASOTTI, Elogio funebre del dott. Don Antonio Cicuto, S. Vito al Tagliamento 1895, pp. 18).

[9] Nació en 1807. Hombre de no común cultura, fue profesor de teologia moral, por muchos años párroco de San Vito al Tagliamento, donde murió en 1885. Predicador apreciado y de doctrina segura, fue luminoso de piedad siempre concurrida a la caridad. (Cfr. P. A. CICUTA, Elogio funebre... arcidiacono di S. Vito, Udine 1885, pp. 18).

« *Finalmente iré el lunes a San Vito al Tagliamento para la firma del contrato... y es probable que inicien su santa misión el primero del próximo julio. Ruegue y haga rogar al Señor a fin de que las hermanas de hábito destinadas allí puedan corresponder bien a su tarea, y ruegue a fin de que la elección sea para la mayor gloria de nuestro divino Esposo.* »

De ella fue la primera superiora la hermana Eletta Valussi [10]. El 28 de julio el fundador podía afirmar en una carta suya:

« *El hospital de San Vito al Tagliamento procede bien.* »

Por la nueva comunidad se interesó mucho monseñor Tinti, vicario general de Concordia, quien obtuvo del obispo monseñor Domenico Rossi desde el primer día el oratorio privado con el Santísimo Sacramento.

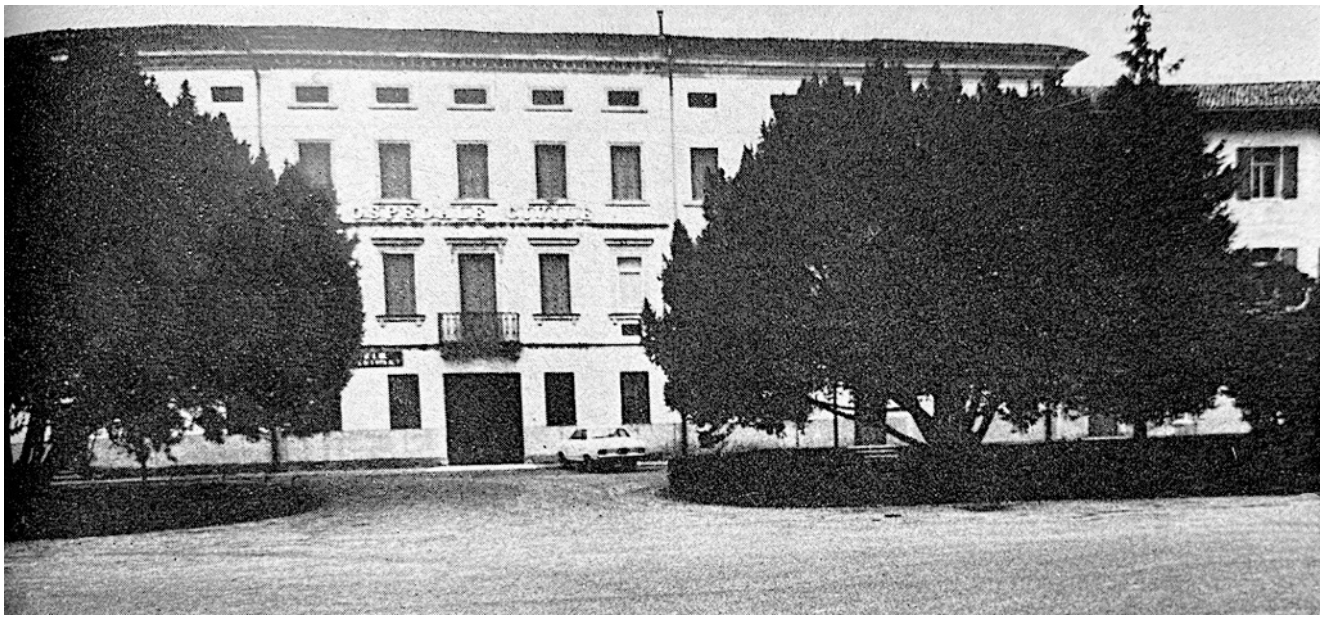
« *No sé cómo iniciar esta carta mía, teniendo muchísimas cosas que decir a Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima, cosas que requieren continuos agradecimientos. ¿Podía un padre afectuoso hacer más de cuanto ha hecho usted por las pobres hermanas de la Providencia llamadas por su divino Esposo a San Vito? Ciertamente no. Debería aquí recordar cómo usted ha logrado obtener cuanto las hermanas deseaban; los muchos viajes por usted realizados hasta San Vito para disponer que la apertura de esta casa ocurriera, como de hecho ha sucedido, con solemnidad religiosa, la bendición de la capilla, y el haber obtenido de su santidad León XIII la bendición apostólica sobre esta nueva casa, y por todo ello dirigirle mis más sentidos agradecimientos.*

Pero sintiéndome incapaz, me dirijo al buen Padre celestial y digo: Vos que conocéis cuánto ha hecho este vuestro amado ministro, y con qué honesto fin lo ha hecho, que fue solo vuestra gloria, sed generoso en darle la justa recompensa. ¡Buen Dios, escuchadme! Espero haber cumplido mi deber y que usted esté satisfecho de ello. Le ruego que considere a las hermanas de allí, así como a las de Portogruaro y de San Vito, como sus verdaderas hijas, no pudiendo yo confiarlas a mejor persona. »

¿Me equivoco, o entre las líneas de esta carta corre un tono singularmente dulce y sosegado, típico de quien siente próxima la partida, como de quien casi ha iniciado el coloquio eterno con Dios? La de San Vito fue la última casa efectivamente inaugurada durante la vida del padre Luigi.

---

10 Valussi Francesca (sor Maria Eletta de San José), nacida en Varmo (Udine) el 18-11-1844, entrada en la congregación el 1-1-1866, vistió el hábito el 14-9-1868, profesó el 13-11-1870, muerta en Udine el 25-7-1923. Para notas sobre ella véanse los Cenni biografici..., ms., vol. II, pp. 277-316.



San Vito al Tagliamento (PN). Antigua sede del hospital civil donde las hermanas comenzaron su servicio en 1883.

Negociaciones para Roncegno

En el curso de 1883, el párroco de Roncegno en Valsugana, don Alessio Pretis, reanudó los procedimientos ya intentados en 1870 para tener a las Hermanas de la Providencia en el pequeño hospital local. Esta vez la iniciativa tuvo éxito.

Desde el 7 de septiembre la hermana Angela Rodaro, superiora en Trento, le escribía que la superiora general le concedía tres de ellas y que ella misma, poco después, efectuaría una inspección del lugar. La llevó a cabo y, el 23 de diciembre, reconfirmaba la asignación de las hermanas — no ya tres sino cuatro — bajo determinadas condiciones.

Don Alessio las aceptaba con una carta del 21 de febrero 1884 y deseaba la venida de las religiosas para el período inmediatamente después de Pascua, que aquel año caía el 14 de abril. La muerte del fundador impidió aquel pronto envío. Las hermanas se trasladaron a Roncegno solamente hacia el final de 1884 y la primera superiora de la comunidad fue la hermana Saveria Pascolatti [11].

El padre Luigi esperó además poder enviar, para el mes de julio de 1883, a las hermanas también a Pirano para prestar servicio en aquella Casa de Asilo; lo esperó, porque Istria le era ya carísima. Desde hacía un año insistía en ese sentido don Giacomo Bonifacio, nativo de Pirano de nacimiento y entonces asignado a la iglesia de la Beata Vergine del Soccorso en Trieste. La Casa de Asilo había pasado desde hacía poco a las manos del celoso canónigo Bonifacio; esta circunstancia y el excelente resultado de las hermanas en Rovigno hacían desear su presencia también en Pirano. En aquella ciudad había muchos liberales « *como en Rovigno y parece que en mayor número* — escribía don Giacomo — *los cuales están muy lejos de apreciar los servicios de los ángeles de caridad, de todos modos apreciados por los turcos* ». El promotor se esforzó al máximo, pero prevaleció la facción contraria a

[11] Es la segunda de las hermanas Pascolatti (ver parte III; capítulo 2, nota 6): sor Maria Saveria del Santísimo Sacramento (1851-1929), entrada en la congregación cuando su hermana ya había muerto; la primera se llamó sor Maria Saveria de los Sagrados Corazones (nacida en 1847, entrada en 1864, vestida en 1866, profesa en 1868).

las congregaciones religiosas. Las Hermanas de la Providencia irán al asilo de Pirano solamente en 1900, para permanecer allí medio siglo. Partieron de allí como exiliadas, después de la Segunda Guerra Mundial.

El legado de Cernazai

Los últimos tres años de vida del padre Luigi estuvieron profundamente marcados por una larga y atormentada disputa judicial ligada a la herencia de monseñor Francesco Cernazai, canónigo honorario de la catedral metropolitana de Udine. En calidad de director administrativo de la Casa de las Desamparadas, el fundador se vio obligado en diversas ocasiones a recurrir a las vías legales a causa de legados contestados o no honrados. Quien quisiera examinar con extrema atención — como lo hemos hecho nosotros — su comportamiento en semejantes controversias, no solo no encontraría el mínimo defecto en él, sino que debería admirar su purísimo y a menudo heroico desinterés. Esto vale sobre todo para este asunto, que fue con mucho el más relevante; tan importante que, para narrarlo de modo detallado, haría falta un capítulo entero. ¿Pero con qué objeto? Aquí será suficiente proporcionar una rápida mención de él, de manera que se ponga en clara luz el comportamiento del padre Luigi, sin extraviarnos en el laberinto de los subterfugios legales y de las pasiones que se desencadenan siempre donde domina el interés material.

La familia Cernazai, a través del comercio y la agricultura, había acumulado una notable fortuna en el curso del siglo XVIII. Al principio del siglo XIX, tal riqueza había pasado a las manos de Giuseppe Cernazai, docto naturalista y coleccionista de arte y de libros, fundador en Udine de la Obra de la Propagación de la Fe. Otro consistente patrimonio le había sido llevado en dote por su esposa Orsola Cargnelli, sostenedora de la Casa de las Desamparadas desde su fundación en 1816, la cual había expresado la voluntad de destinar sus propios bienes al beneficio de tal institución.

Giuseppe Cernazai, en su testamento del 1 de junio de 1847, había dejado la mitad del patrimonio a su hijo monseñor Francesco y la otra mitad, en partes iguales, a él y a los otros seis hijos. Uno de estos, el doctor Pietro, muerto el 15 de octubre de 1858, había también nombrado heredero universal a monseñor Francesco, expresando el deseo de que su cuota sirviera para la fundación de un monasterio masculino de clausura en Santa Marizza di Varmo. Hubo en efecto un intento, no logrado, de hacer establecer allí a los monjes de Casamari, expulsados de su abadía. Otro hermano, Daniele, en señal de su propio patriotismo, había nombrado su heredero al conde Camillo Benso di Cavour.

Monseñor Francesco Cernazai se había convertido así en el gestor de gran parte del activo familiar. Él redactó un testamento de su propio puño el 24 febrero de 1862. En él, según la mentalidad de la época, dejaba como herederos a los hijos varones de sus hermanos. Sin embargo, en caso de que faltara la sucesión varonil, nombraba en un punto como « *legatarias* » y en otro como « *herederas a título universal* » a las Desamparadas o Hermanas de la Providencia, indicando al padre Luigi Scrosoppi como ejecutor testamentario.

Cuando el 29 de enero de 1881 monseñor Francesco Cernazai murió, no existía una sucesión varonil Cernazai. El hermano Fabio había tenido solo tres hijas, casadas en las

familias de Udine Braida, Marcotti y Mauroner; mientras que la hermana Lorenzina había dejado un hijo, el noble Antonio De Reali [12].

La herencia, por tanto, habría debido pasar sin contrastes a las Hermanas de la Providencia. Estas sin embargo, si bien reconocidas legalmente en 1865, tenían existencia jurídica solo en territorio austriaco, puesto que estaban implicadas en la supresión de las congregaciones religiosas decretada por la ley del 7 de julio de 1866 del Reino de Italia. Sin embargo la intención del difunto era clarísima, aunque el testamento presentara vicios de forma, según las análisis de los abogados, a causa de las diferentes expresiones « *legatarias* » e « *herederas a título universal* »; además, las Hermanas de la Providencia poseían la necesaria personalidad jurídica, aunque solo en un país extranjero.

No era difícil prever que la política, el anticlericalismo, las sutilezas legales y sobre todo las razones de interés levantarían una polvareda. El fundador lo intuyó inmediatamente.

« *El padre Luigi* — escribe don Tinti — *adolorido por la muerte de su amigo, pero todavía más por las disposiciones testamentarias, pálido de rostro y vertiendo lágrimas amargas, dijo en aquel mismo día a las hermanas: El canónigo Cernazai ha dejado todo lo suyo al instituto. ¡Oh, cuántos problemas, hijas mías, cuántos problemas se preparan! Si algún otro no hubiera poseído el espíritu de pobreza y la confianza en la Providencia que guiaban a Scrosoppi, se habría alegrado ante la idea de la rica herencia; al contrario, el previdente Padre se entristeció por ello, y con razón, como los hechos demostraron más tarde.* »

El testamento fue impugnado tanto por Fabio Cernazai como por el noble Antonio de Reali; con métodos duros por el primero, alentado en parte por algunos de sus yernos; por el segundo con corrección legal y con gran respeto hacia el Padre y benevolencia hacia las hermanas. Se puede bien imaginar con qué maldad los periódicos anticlericales buscaban sacar ventaja de la situación y cuántos chismes se difundían en los salones y en los lugares de reunión de la ciudad. Al Padre le resultó particularmente dolorosa la calumnia — tan fácil como injusta hacia un sacerdote acaudalado — que golpeó la memoria del difunto donante y amigo. Pocos días antes de caer enfermo mortalmente, enviando las felicitaciones para la Navidad 1883 a de Reali, escribía:

« *El angélico difunto su tío le obtenga del cielo todo el bien que vuestra excelencia desea.* »

Y casi en cada carta, durante aquellos tres años, recomendaba a las hermanas rogar por monseñor Cernazai « *porque solo en nosotros esperaba, cuando estaba en vida, que lo hubiéramos socorrido después de la muerte.* »

Sería aburrido e inútil seguir todo el recorrido judicial de la causa, desde el juzgado de primera instancia hasta la casación. Desde el principio, el padre Luigi prefirió buscar la vía de un acuerdo amistoso y una vez perdió la paciencia — aquella paciencia que, como dicen los proverbios, a veces les falta incluso a los santos — incluso contra su propio abogado,

[12] Veneciano (1834-1887), perteneciente a una ilustre familia. Por dotes morales e intelectuales, por su patriotismo también durante el dominio austriaco, en 1876 fue nombrado senador del reino. En Venecia tuvo respetables cargos administrativos (Cfr. I. SARTI, Il parlamento subalpino nazionale, Terni 1890, p. 799).

el abogado Vincenzo Casasola [13], a quien una excesiva prudencia volvía lento y desconfiado. « *Yo no quiero poner* — escribía al padre Scrosoppi el 14 de diciembre de 1882 — *el mínimo obstáculo al acuerdo, así como no pretendo asumirme responsabilidad de ningún género.* »

El padre Luigi en cambio se asumía la responsabilidad con gusto; nada le era más caro e urgente que una conciliación. Y llegó casi cerca de ella. El 8 de marzo de 1883 refería a Casasola:

« *Hoy a las 16:00 ha estado conmigo el señor Fabio Cernazai y hemos concordado el acuerdo por hacerse... Quizá regresará mañana con el borrador completo de la transacción estudiada por el doctor Billia.* »

Puesto que De Reali expresaba el 12 de mayo la duda de que Cernazai pudiera sustraerse al compromiso asumido, el padre Luigi le respondía inmediatamente « *que el señor Fabio demuestra estar muy deseoso de ver aplicado el acuerdo establecido el 19 de febrero pasado* » y rogaba por eso a De Reali no reanudar el litigio iniciado por él contra su tío para exigir la rendición de cuentas de la administración de los últimos dos años.

Las relaciones entre Cernazai y el padre Luigi habían vuelto por tanto a ser cordiales y frecuentes. Él fue feliz por ello porque la caridad vale más que cualquier suma de dinero y porque en la caridad cada problema encuentra fácil solución. Por desgracia, sin embargo, el señor Fabio enfermó casi enseguida y a finales de julio sus condiciones eran ya graves; murió el 5 de abril de 1885.

El acuerdo final fue firmado con sus herederos el 5 de abril de 1885, cuando el Padre había muerto ya desde hacía un año, y siguió exactamente la línea que él había sugerido desde el principio. En base a él, el patrimonio Cernazai fue dividido en tres cuotas iguales, una de las cuales correspondió a las Hermanas de la Providencia, valorada en 140 000 liras. Sin embargo el fundador ya había comprometido una gran parte de ella — como hemos dicho — para sostener las obras de don Giovanni Dal Negro.

« *El buen padre Luigi* — escribe don Tinti — *ya no estaba en vida en el momento de la firma del acuerdo, y por tanto por los tres largos años precedentes tuvo que sufrir inmensamente a causa de las oposiciones relativas a esta herencia. En él contrastaban dos sentimientos muy delicados: por una parte, el desinterés que lo empujaba a renunciar a cualquier derecho; por la otra, el amor por la justicia para no dañar los derechos de las hermanas. Sin embargo él soportaba disgustos y contrariedades con santa resignación, sin perder nunca la calma, porque en cada acontecimiento feliz o adverso de su vida tuvo siempre como único objetivo la justa, santa y bendita voluntad de Dios.* »

No podríamos desear un testimonio más informado y autorizado que este, porque monseñor Tinti estuvo espiritualmente cerca del padre Luigi y de sus obras y porque su

[13] Nacido en Buia (Udine) en 1845, muerto en Udine en 1928, sobrino del arzobispo de Udine A. Casasola, abogado, concejal, diputado provincial. Por más de medio siglo fue jefe del movimiento católico en Friuli y de él, bajo uno y otro aspecto, dependió toda obra e institución católica; por León XIII fue nombrado caballero de San Gregorio Magno, luego comendador. Estimado también por sus adversarios por la sinceridad de su fe abiertamente profesada y por su vasta cultura, afirmó siempre dignamente su italianidad. (Cfr. La Patria del Friuli, 9-4-1928 y Giornale del Friuli, 10-4-1928).

padre, que era abogado [14], tuvo un papel fundamental en proponer y sostener el acuerdo, en perfecto acuerdo e incluso bajo la inspiración del mismo Padre.

El fundador no solicitó ciertamente aquella herencia: quizá no supo nada de ella hasta la muerte de monseñor Cernazai. De lo contrario, prudente como era, no habría faltado en sugerirle las necesarias correcciones al testamento, especialmente después de los acontecimientos políticos de 1866. Si no había tramado por la herencia de su tía Rosa Lazzarini, tanto menos lo hizo por esta. Durante la disputa buscó afanosamente una sola cosa: la paz, a costa de cualquier renuncia. Hay además un singular episodio que demuestra su escrupuloso respeto por la justicia, incluso en su aspecto legal. Le pareció, en un cierto momento, que los abogados estudiaban expedientes legales para eludir al fisco, al cual habría ido en impuestos poco menos de un cuarto del patrimonio. Fue el doctor Billia, abogado de la contraparte, quien en una larga carta del 13 de agosto de 1883 tuvo que comprometerse a demostrar que el del Padre era un « *escrúpulo excesivo* » y que « *no hay sombra de fraude* ».

Esta larga historia tiene su enseñanza. Digámoslo claramente, aunque nos lleve un poco lejos del tema principal. La caridad es mejor hacerla mientras se está en vida. O bien, si no se tiene el coraje de un tan noble desapego y si la herencia es consistente, es mejor hacer redactar el testamento por un abogado experto; de lo contrario, sobre la presa se desencadenarán ciertamente aquellas ásperas e interminables contiendas alimentadas por el egoísmo y el interés.

Cuando el padre Luigi y mi señor Francesco Cernazai se encontraron en el Paraíso, su amigo le habrá dicho:

« *Discúlpame: creía ayudarte y en cambio te he dado solo molestias y disgustos.* »

And el Padre le habrá respondido:

« *¿Qué quieres hacerle, bendito? ¡Cosas de aquí abajo!* »

[14] Tinti Girolamo Bartolomeo (1806-1893) de Pordenone, de noble familia oriunda de Gandino en la región de Bérgamo, presidente del colegio de abogados, caballero de San Gregorio Magno.

Capítulo 11

NOVICIADO PARA EL CIELO

Ven, Señor Jesús

Cada uno envejece y muere a su manera, incluidos los santos y las almas piadosas. A veces puede suceder que sombras melancólicas de la vejez nublen el ocaso de la vida. Si faltan solo las fuerzas físicas, no hay de qué maravillarse. Pero a veces el inminente desmoronamiento del cuerpo parece trastornar, aunque sea sin culpa, la misma vida espiritual.

Sin embargo, si el ritmo físico permanece normal, el alma nutrida de humildad y de caridad no envejece; o, mejor dicho, la vejez se transforma en un don de Dios, que acrecienta la serenidad y espolea hacia la última carrera hacia el Amigo divino, ya llegado a las puertas.

Más aún, en los últimos días terrenales, el alma está impregnada por un sentido de ligereza, de libertad, de paz y de alegría. Las zarzas espinosas continuarán arañando al exterior, aunque los arañazos se perciban menos distintamente. Al interior, la gracia entona el canto de la máxima libertad y hace saborear el gusto de la total desaparición del propio yo.

« *Anhelo mi disolución para estar con Cristo.* »

« *¡Ven, Señor Jesús!* »

La fe misma se convierte casi en un lúcido entrever en la claridad de la mañana, que anuncia la visión plena y fulgurante cara a cara. Y la caridad supera a la esperanza en la alegría ya pregustada del encuentro deseado desde siempre. Una sola cosa se hunde y se desvanece a lo lejos, allí abajo: la tierra con sus atormentadas miserias.

Hablad por tanto de aurora, no de ocaso.

Así sucedió con el padre Luigi.

La vejez no le trajo más que algún fastidio físico. Una erupción cutánea molesta, sospechada por quienes estaban cerca de él pero ocultada por él con la habitual reserva y con paciencia. Las piernas estaban un poco vacilantes, tanto por el peso de los años como por los dolores de la artritis. Un día lo oyeron caer ruidosamente. Acudieron: ya se había levantado y se estaba secando la sangre que le salía de la nariz y de la boca.

« *No es nada* », dijo.

Evidentemente su cuerpo — es decir, hermano asno — estaba en sus últimas fatigas. Dentro de poco descansaría él también, pobrecito.

Un documento excepcional de humildad

Pero el alma del padre Luigi sintió la necesidad de realizar todavía algo. ¿Y qué, sino llevar a término lo que siempre había hecho? Si a aquel pobre hombre de Scrosoppi le quedaba todavía algún capricho o algún indicio de orgullo, si no había sido doblegado del todo, era necesario humillarlo definitivamente. El padre Luigi lo sometió. Sigue siendo verdad que el fin de una vida es coherente con cómo se ha vivido — es decir, *talis vita, finis ita* —, y que así como se vive, de la misma manera se muere.

19 de marzo de 1880: fiesta de su amantísimo san José.

El Padre comenzó aquel día su noviciado para el Cielo.

Y « *comenzar* », para los cristianos, es sinónimo de humillarse. Un comenzar perenne, particularmente claro para quien se declaraba discípulo del « *buen Pippo* » (san Felipe Neri): el « *recomenzar siempre* » (*semper incipere*) de san Carlos Borromeo, otro santo patrono que había adornado su propio escudo con la palabra *humilitas*.

Estamos por reportar íntegramente un documento de veras extraordinario de aquel noviciado. Se reconecta muy bien con los propósitos de unos treinta años antes, cuando el padre Luigi en 1852 se había fijado el tercero grado de la humildad, siguiendo el ejemplo de Jesús abofeteado y crucificado: y concluye dignamente la vida sacerdotal de aquel que la había comenzado en 1827 con la predicación sobre la humildad.

Acerquémonos con impaciente respeto a este episodio de la vida interior del padre Luigi, a fin de que un asombro superficial e indiscreto no nos impida captar su profunda belleza — es decir, la altísima poesía.

En verdad, no queda en absoluto impresionado quien conozca la vida de muchos santos, formados según una ascesis severamente deseosa de mortificación y de humillación. Quizá es un concepto difícil de comprender en nuestros días, pero no parece que hoy la espiritualidad sea más profunda.

Antes, sin embargo, debemos mencionar la cuestión crítica del autor. El documento, en efecto, es anónimo; y en la tradición de las Hermanas de la Providencia ha sido atribuido ora a una persona, ora a otra.

Quién redactó el documento

Tinti, que reporta amplios extractos de él, afirma que « *nuestro padre Luigi eligió para sí a una persona sabia, pero de rango y edad muy inferiores a él, confiándose a ella como a un director espiritual para el ámbito externo* »; añade haber aprendido cuanto está por contar precisamente de las palabras de este misterioso y extraordinario director. Tinti utiliza el masculino en las referencias, pero el documento indica claramente que se trataba de una hermana. Eligió esta forma por una especie de reserva, ante el temor de exponer al Padre a la burla o a los juicios malévolos de sus contemporáneos. Se trata de una cautela que hoy ya no tiene motivo de existir, tanto por respeto a la verdad histórica, como porque, al menos para quien sabe captar con rectitud los « *excesos* » de los santos, la figura del Padre sale por el contrario valorizada de ello.

¿Pero si fue una hermana, de quién se trataba? Respecto a la autora del documento tenemos algunas certezas: antes de 1880 prestó servicio en un hospital visitado a menudo por el Padre, identificable con toda probabilidad con el hospital de Portogruaro; vivió en Udine al menos desde 1880 hasta la muerte del fundador, desempeñando hacia él el insólito cargo de maestra de noviciado; más tarde regresó a operar en un hospital donde estaban ingresadas pacientes afectadas por enfermedades mentales; en 1894 estaba todavía en vida, puesto que proporcionó su propio testimonio escrito a Tinti mientras este estaba completando la biografía del Padre.

En el documento llaman la atención las palabras finales: « *paso a firmar de mi propia mano* », seguidas por una cruz trazada con firmeza. Este detalle sugiere que el texto fue dictado, bien porque la hermana era analfabeta, o bien porque hacia 1894, a causa de la enfermedad o de la vejez, no estaba en condiciones de estampar su propia firma. Ella demuestra, sin embargo, un alma de extrema sensibilidad y discreción, tanto como para hacernos reconocer en ella a una religiosa de alto perfil.

Nuestras precisas investigaciones no han llevado a una identificación definitiva. Todos los elementos recogidos parecerían coincidir solo con la figura de la hermana Agostina Pez [(1)], la cual antes de 1880 se encontraba en el hospital de Portogruaro con tareas administrativas; en noviembre de 1880 está en Udine [(2)]y entre 1881 y 1883 es encargada de guiar el noviciado, tarea que sin embargo puede realizar solo parcialmente debido a una salud precaria, tanto como para requerir la intervención temporal del padre Luigi; más tarde regresa al citado hospital que, hasta septiembre de 1894, albergaba también a pacientes psiquiátricos. Todos los detalles concuerdan, excepto un vago relato de la tradición según el cual la hermana Pez, precisamente por sus condiciones de salud, se habría quedado en Udine solo pocos meses para luego regresar enseguida a Portogruaro [(3)]. Desde 1891 hasta su muerte, ocurrida el 20 de octubre de 1893, la hermana Agostina vivió nuevamente en Udine formando parte del consejo de administración del colegio. En las listas de las actas su firma aparece hasta octubre de 1894, pero escrita por otra persona. Esto explicaría la cruz trazada al final del documento y la redacción del mismo por parte de terceros: en efecto, si la hermana Agostina fue la protagonista del caso, no siendo analfabeta [(4)], no se le puede atribuir un escrito que muestra la falta de las más elementales reglas ortográficas.

Existe sin embargo una relación sobre las virtudes del fundador que indica en la hermana Giacinta De Monte a la « *secretaria de sus mortificaciones y penitencias* » [(5)]. Sin embargo, según las informaciones disponibles, parece que la hermana Giacinta nunca se alejó de Udine, si no por algunos años pasados en la cercana Orzano, y nunca prestó servicio en los hospitales [(6)].

---

[1] Pez Laura (sor Maria Agostina del buen Pastor) nacida en Castions (Udine) el 25-10-1834, entró en la congregación el 15-10-1864, vistió el hábito el 26-2-1867, profesó el 19-3-1869.

[2] L. TINTI, o.c., p. 422. No se excluye que haya estado en Udine ya en marzo1

[3] Cfr. Cenni biografici..., vol. II, p. 192.

[4] ...« pertenecía a noble familia, riquísima, su mamá era condesa ». .. (Ibíd., p. 190).

[5] A.L.S., fasc. 29, doc. 9, c.r. 85. Para sor Giacinta De Monte v. parte II, cap. 4, nota 8.

[6] En la tradición de las hermanas este extraordinario maestro de noviciado fue identificado en monseñor Antonio Feruglio, y un explícito eco se encuentra en la declaración de algunos testigos en el proceso ordinario. La hermana

Quienquiera que haya sido la autora, aquí está ahora el documento en su completitud, adaptado en la forma para hacer más fácil su lectura.

Humildad abismal

Habiéndose despojado de todo bien material en 1879, el padre Scrosoppi sintió la necesidad de despojarse de sí mismo, hundiéndose en una humildad abismal. No olvidemos que estamos hablando de un santo sacerdote, casi septuagenario, circundado ya por la admiración universal y por el prestigio de las tantas obras promovidas y llevadas a buen fin. Un sacerdote que tenía hambre y sed de humillaciones.

« *Puedo decir entonces* — dice el documento — *que el año 1880, el 19 del mes de marzo, pasando una hermana por delante de la puerta de su estudio, él salió y preguntó: ¿Quién es esta? — Ella se detuvo y respondió: — ¿Manda usted?*

Entonces la hizo entrar, cerró la puerta, y le dijo: Reverenda madre, debe saber que soy superior, pero lleno de defectos; y desgraciadamente mil veces doy escándalo a toda la comunidad por mi soberbia y arrogancia. A estos siguen mil otros defectos y no tengo quién me haga la caridad de advertirme. Ruego por caridad (entonces se puso de rodillas con los brazos abiertos), hoy es el día de san José; por eso le ruego que me reciba como novicio por un año (dejo imaginar a quien lee el embarazo de aquella pobrecita) y de vigilarme siempre y de venir cada noche a escuchar mis acusaciones. »

Pero ella comenzó a poner todas las dificultades posibles y a excusarse de todos modos, para eximirse. Todo en vano: puesto que tanto hizo y dijo y rogó, hasta las lágrimas, que ella también con lágrimas tuvo que ceder y aceptar.

Él le agradeció y, viendo a esta afligida por tal mandato, comenzó a confortarla y animarla a la práctica de las virtudes, en especial modo de la santa humildad.

Vittoria Biasutti, entrada en la congregación el 12-11-1880, refiriéndose a la hermana Cherubina Voncini, que había profesado en 1863, declaró: el padre Luigi « rogó a monseñor Antonio Feruglio que le hiciera de director espiritual, ya que decía que no tenía a nadie que lo corrigiera. Y cada noche él se presentaba ante él, se acusaba humildemente de sus culpas y le sugería los títulos de desprecio con los cuales debía tratarlo. Monseñor Feruglio le hizo de director por un primer año y luego tras las insistencias del Padre que aseveraba no haber aprovechado nada, lo hizo por otro año más » (Summ., pp. 113-114, par. 366 en Positio...). La hermana Pia Aldegheri, entrada en la congregación el 1-8-1895, refiriéndose al mismo monseñor Feruglio, testimonió: « Monseñor obispo Antonio Feruglio, dictándonos conferencias en Cormons, nos recordaba que el Padre dependía siempre en sus penitencias tanto de su confesor monseñor Someda como de él mismo en los cinco años que lo eligió como su director espiritual » (Ibíd., p. 211, par. 807). Colombara aceptó esta tradición y en su biografía Un apóstol de caridad (Bérgamo, 1929, II ed., p. 107), reportando en forma algo diversa un fragmento de Tinti, añade de su cosecha: « Al día siguiente, escribe este improvisado y extraordinario director, que fue monseñor Antonio Feruglio, más tarde obispo de Vicenza, tuve que comenzar esta tarea mía de maestro de espíritu con un Padre (el padre Luigi tenía entonces setenta y ocho años) tan viejo y tan adelantado en el camino de la perfección, que yo podía muy bien ser su discípulo ». Ahora nos encontramos ante dos hechos: el documento que testifica de modo inobjetable que desde 1880 en adelante fue una hermana el instrumento de las mortificaciones y penitencias del padre Luigi; una tradición que converge en monseñor A. Feruglio, de la cual los dos testimonios más válidos han sido arriba reportados. El de la hermana Vittoria, recogido de la voz de la hermana Cherubina, tiene detalles que retornan en el texto de la hermana; la hermana Pia declaró en cambio genéricamente sobre la dependencia del padre Luigi « en sus penitencias » de monseñor Feruglio, tal como oyó del mismo. Estos testimonios que muestran en monseñor Feruglio la guía de las mortificaciones del Padre no están en contraste con el documento que afirma haber sido una hermana tal instrumento. El padre Luigi siempre deseoso de mortificaciones podría haberse servido en tiempos diversos tanto de monseñor Feruglio como de una hermana.

« *Ayudémonos recíprocamente* — dijo — *a convertirnos en grandes santos. Antes de venir a mí, preséntese a la querida Mamá y al Papá (así llamaba a la Virgen y a san José); pida su santa bendición y luego sea fiel a todas las inspiraciones. El Señor la bendiga. Mañana por la mañana venga a verme.* »

Al día siguiente, 20 de marzo de 1880, ella comenzó la penitencia.

Cada mañana se presentaba en la habitación del Padre. Él enseguida se levantaba, todo respetuoso, con el gorro en la mano, le daba los buenos días y le preguntaba cómo estaba. Y permanecía en esa actitud hasta que ella le decía que se sentara. Cada vez que se encontraba con ella, se detenía, se quitaba el gorro — estuviera quien estuviera presente — y le dirigía el saludo: Sea alabado Jesucristo.

No salía nunca de casa sin presentarse a tomar su bendición, yendo a buscarla dondequiera que estuviera. Si alguna vez había actuado de otro modo, se acusaba luego de ser soberbio y de poca valía: es decir cuando, por no molestarse demasiado, había salido sin permiso.

Cada noche le hacía la acusación; si había corregido con demasiada dureza a alguna hija suya, si había faltado al respeto hacia quienquiera que fuese, si no había mortificado sus ojos, si había faltado a la obediencia o a la moderación, si no había hablado con voz baja y respetuosa, si había usado poco cuidado en practicar la humildad, la obediencia, la pobreza. Cada pequeñez para él era un delito muy grande; y suplicaba que le fuera impuesta la penitencia.

Llegados a la Cuaresma de aquel año, el santo novicio se puso con más fervor que de costumbre a prepararse para el santo perdón. Comenzó a entregar de vez en cuando notas a aquella pobre hija suya, y estas le costaron muchas lágrimas, pero no suficientes para hacerlo parar. Ella no tuvo el cuidado de conservarlas: las leía dos o tres veces, luego las rompía, porque temía perderlas y por tanto que fueran encontradas por alguien. Pero me acuerdo muy bien de la fórmula de algunas.

Por ejemplo: « *Esta semana por siete veces al día entre, pasando, en la habitación de su novicio y mándele presentarle el escupitajo. Presentado este escupa sobre él.* » Al leer se le estremecía la sangre. Querido Jesús, suspiraba, ¡si esto queréis ayudadme! Se presentó en efecto y repitió las palabras de la nota. Entonces él se levantó de la silla, se puso de rodillas y le dijo: — Aquí está el escupitajo (y le presentó la cara): no hay escupitajo más adecuado. Viendo a esta vacilante: — Vamos, coraje, le dijo, para su Esposo todo es poco, hágame la caridad... Luego permanecía algunos minutos sin limpiarse.

Otra nota: « *Esta semana añadirá reproches, tachándome de soberbio y otras cositas que le inspirará su Esposo.* »

Otra más todavía: « *Esta semana más veces que pueda vendrá a ver a su novicio. Pero primero procúrese de una de las muchachas el pañuelo de bolsillo, el que crea que es el más sucio. Luego venga y diga con aire de mando: — Venga aquí, soberbio: ¿sabe lo que merece? Vea: así merece. Y frotará con el pañuelo vuelto el escupitajo (es decir, la cara) y luego le dará la penitencia.* »

Otra nota: « *Por cinco veces al día vendrá y le dirá: ¿Qué hace ahí, soberbio? Venga aquí, arrodíllese, que le haré ver lo que merece; y entonces le dará bofetadas o tirones de orejas. ¡He aquí lo que merece! Otro que superior, si le conocieran por lo que es.* »

Otra más todavía: « *Esta semana y todos los viernes del año procure ejercitarme en toda suerte de virtud y en particular en la penitencia. Esta semana vendrá siete veces a abofetearme y a golpearme las manos con su cinturón por los muchos pecados que he cometido.* »

Por la noche, después de que la comunidad se había ido al descanso y estaba bien seguro de indiscreciones, se hacía atar por esta hija suya a un gran sillón, bloqueado con cepos de hierro en las manos y en los pies, y en este estado permanecía durante media hora. Mientras tanto su hija iba todo ese tiempo ante el Santísimo, luego regresaba a ponerlo en libertad. Él también se dirigía entonces ante el Santísimo y permanecía allí en oración incluso hasta después de la medianoche. Otras veces se hacía atar con los brazos abiertos a clavos hincados en el marco y en la puerta que daba del estudio al dormitorio, y permanecía así hasta que esta hija suya, en adoración ante el Santísimo, se sentía inspirada de ir a ponerlo en libertad.

Aquí la hermana hace una pequeña digresión:

« *Y a menudo —* dice *— se hacía disciplinas y llevaba cilicios hasta el lecho de muerte, cuando el médico se los hizo quitar. Puedo decir también que, encontrándose esta hija suya en un hospital, tan pronto como llegaba le recomendaba prepararle una de aquellas camisas más pesadas que usaban aquellos pobrecitos o un pañuelo de bolsillo de ellos, y los usaba por todo el tiempo que se detenía allí.*

Estaba todo feliz y bendito al ver aquella camisa hecha de remiendos y tan remendada que ya no se reconocían las costuras: la tomaba, se la apretaba al seno y la besaba y volvía a besar: y lo mismo hacía con el pañuelo. Así hacía, aquí, en la casa, cada vez que se le proporcionaba un pañuelo usado. Debo decir también que, encontrándome yo en un hospital y debiendo atar a una paciente agitada (como una enferma mental en presa al delirio), me daba un poco de pena afrontarla sola, pero tomé coraje y le dije: Como buena muchacha, métete en la cama.

Ella me miró y dijo: ¿Me quieres tú atar? Voy enseguida. Fue y se acomodó de tal manera que no hice ningún trabajo. Después de haberle puesto en las manos y en los pies los cepos los ya usados para el Padre (que de toda evidencia la hermana había conservado como reliquias) y haberla asegurado al armazón de la cama, me dijo: ¿Ahora estás contenta? Respondí: Yo sí, estoy contenta. Y ella: Yo más que tú porque con estos fue atado un santo. Y yo: ¿Un santo? Ella sonriendo replicó: ¿No lo sabes tú? — Yo no. — Bien yo lo sé, concluyó; vete también, que yo me quedo muy contenta por el motivo que he dicho. Y de hecho se calmó. »

Luego la hermana regresa a aquel singular noviciado:

« *Por un año —* dice *— practicó las mortificaciones y los ejercicios de virtud de los que se ha hablado antes. Cumplido el año la hermana se presentó el día de san José con la intención de terminar, pero el Padre tan pronto como la vio se arrojó de rodillas y dijo: — Este año no he hecho ningún provecho y desgraciadamente he sido causa de escándalo para la comunidad con mi poca humildad, obediencia, caridad y mortificación; así le ruego que me continúe la caridad, pero duplique la severidad. Diríjame frecuentemente el reproche: — ¡Será siempre la hora de que conozca lo que es! Verdaderamente usted es un tonto, un estúpido; si le han hecho superior no entiendo ni yo la razón; no merecería*

quedarse ni en el último rincón de este santo lugar. ¿Ha entendido? Y entonces abajo alguna bofetada, repitiéndome: — ¿Ha entendido? Vaya a su lugar. O bien: — Vaya allá (indicando un rincón de la habitación) y por diez minutos piense en lo que es; y enmiéndese de una vez por todas, que será siempre la hora. Y esto me lo dirá unas tres veces por semana... »

Aquella pobre mujer se quedó allí sin palabras por un poco, viendo que le tocaba continuar llevando tal cruz; luego buscó evitarla planteando dificultades. Pero él:

« *El Señor quiere que continúe llevando esta cruz y un día le dará la recompensa por ella. Si usted me considera como su padre y ama el alma de su padre, debe ayudarlo a fin de que no se pierda.* »

Ella quería presentar todavía dificultades para eximirse. Él le dijo entonces:

« *Yo he usado caridad con usted. Le ordeno por obediencia: ahora usted use caridad con este pecador mal educado. Así debe continuar mientras al Señor le plazca.* »

Ella llorando tuvo que aceptar su cruz y proseguir.

Aquel recíproco intercambio de caridad se explica muy bien si las palabras del Padre son leídas de este modo: Yo he tenido la caridad de sustituirla ante las novicias; usted úseme la caridad de continuar en mi noviciado.

Esto confirmaría la identificación de la autora como la hermana Agostina Pez, que cesó en el cargo de maestra de las novicias en 1883, pero podría haberse quedado todavía en la casa de Udine, no habiendo ningún documento que determine la fecha de su regreso a Portogruaro.

El documento termina diciendo que la hermana tuvo, aunque llorando, « *que tomar su cruz e ir adelante hasta que plugo al Señor llamarlo a Sí para recibir el premio de sus trabajos.* »

La relación se cierra así:

« *De todo lo que he escrito estoy más que cierta. Que antes bien me he limitado a las cosas principales, y no creo haber exagerado. Tanta es la certeza que paso a firmar de mi propia mano.* »

Quienquiera que haya leído atentamente este documento excepcional, habrá quedado impresionado por aquel "*escupitajo viviente*" y por aquellos pañuelos frotados, hasta el punto de sonreír por ello. Y quizá habrá quedado tan distraído por ello que no se habrá hecho la pregunta que sintetiza el valor del testimonio. Se la plantearemos nosotros: ¿creyó esta hermana sí o no en la santidad heroica del padre Luigi?

¿Esta hermana, aun declarando repetidamente su sorpresa y su malestar ante esos extraordinarios ejercicios de humildad, no se muestra acaso consciente de haber tenido que ver con un santo, a quien ella llama explícitamente su « *santo novicio* »?

Ella no se detuvo en el desconcierto; comprendió el anhelo sublime de humillaciones y de abyección que ardía en el corazón del fundador. Hay solo una pudorosa y compungida tristeza: que le hubiera tocado a ella hacer la parte de los siervos de Caifás y de los soldados de Pilato al escupir sobre, flagelar y crucificar a aquel que era su venerado Padre espiritual.

El padre Luigi se tomó en serio dos paradojas de la vida cristiana, viviéndolas concretamente: una es que ascender significa descender; no se puede ser grande si no al precio de hacerse pequeño. Y si el edificio espiritual personal ha elevado sus cumbres muy alto, hay una cosa que hacer en los últimos días: cavar y hundirse bajo tierra para consolidar los cimientos. ¿Qué cimientos? Los de la humildad.

A su alrededor una floreciente familia religiosa había crecido; las obras se habían multiplicado y procedían bien; aun en medio de las contradicciones, una veneración universal lo circundaba. Basta un soplo de viento para hacer oscilar las copas de los álamos; basta el aura de la fama para causar peligrosos ondulaciones. ¿Quién crees que eres, viejo necio?

La otra paradoja es esta: el cristiano auténtico debe desear y buscar el ocaso en la humillación. Jesús comenzó su vida terrenal en la humildad de la gruta y la concluyó en la humildad atroz de la pasión. Bendita la vejez marcada por el silencio, por el abandono, tal vez por la burla: bendita espiritualmente, para quien sabe comprenderlo. Si la naturaleza no te ayuda con humillantes achaques, si no te ayudan los hombres — que a menudo lo hacen gustosamente — tirándote como un desecho, pide a una pobre hermana la caridad de maltratarte y de maltratarte todavía, duplicando la severidad.

El padre Luigi maestro de las novicias

Por más de un año, a partir de 1881, el fundador desempeñó el cargo de maestro sustituto para aquel pequeño grupo de novicias que se había quedado en la casa de Udine. Aquel período quedó impreso en la memoria de las hermanas que fueron iniciadas por él en los primeros pasos de la vida religiosa.

Se volvió célebre por ciertos singulares aspectos exteriores. Por ejemplo, el Padre olvidaba a menudo que la mayoría de sus oyentes era de Trentino y deslizaba gustosamente largas explicaciones en friulano, deseando dar al discurso un ritmo más simple y familiar. Es fácil imaginar cómo el rostro de aquellas jóvenes novicias se iluminaba con asombro y sonrisas. El Padre entonces retomaba el hilo del discurso en italiano y no se irritaba nunca por los sonrientes avisos de sus hijas; al contrario, era el primero en gozar de tales distracciones.

De la misma manera, cuando se dirigía a dictar alguna pequeña lección a las huérfanas — tal vez sobre su amada astronomía — aceptaba con santa alegría sus pequeñas travesuras. Le gustaban muchísimo los temperamentos alegres y extrovertidos, mientras que le dejaban preocupado y perplejo los caracteres sombríos y cerrados.

Aquel período quedó famoso sobre todo por la solidez esencial de su formación. Habría podido hablar no en friulano, sino en árabe, y habría aparecido igualmente, con nítido relieve, el modelo de hermana que él proponía con dulzura y firmeza, como en la adivinanza de Sansón.

Nos basta entre todas el testimonio de sor Maria Pia Bortolotti, que profesó el 8 de mayo de 1881. He aquí algunos fragmentos significativos:

« *Cuando la madre maestra estaba enferma, el padre Luigi hacía sus veces. Él venía a menudo al noviciado, ora para explicarnos las sagradas reglas, ora para dictarnos conferencias. Estaba además siempre dispuesto a escucharnos a cualquier hora del día y, cuando conocía las necesidades de alguna, realizaba cualquier sacrificio para consolarla.*

Castigaba con severidad todo retraso, aunque fuera legítimo. Una vez que se encontraba en el noviciado para la conferencia, una novicia llegó unos minutos después de la señal por estar ocupada en otra cosa. ¿Qué hizo el buen Padre? La reprendió duramente y le ordenó quedarse en medio del aula hasta que hubiera terminado la lección.

Entre las cosas que mayormente transmitía en las instrucciones, estaba el modo de comportarse en el coro. Por eso decía: Las novicias deben estar compuestas, con la persona derecha, las manos juntas y los ojos bajos para disponerse siempre mejor al recogimiento. Cuando estáis en el coro — decía — pensad ante quién os encontráis... »

Más tarde pasaba a recomendar la observancia exacta incluso de las reglas más minuciosas, citando frases de la Sagrada Escritura y de los santos.

Sor Pia nos proporciona una lista de las máximas que recorrían más frecuentemente sus labios. Entre estas, naturalmente, estaba su lema: « *Hacer, Padecer, Callar*. » Pero sobre todas emergía aquella advertencia « *tremenda* » — subrayaba la Bortolotti — aquel « *tremendo Redde rationem* » (es decir, rinde cuentas de tu administración).

Era un recordatorio de la parábola evangélica en la que el amo pide cuentas al administrador de su gestión.

El padre Luigi debía sacudir profundamente aquellas almas juveniles con avisos muy vibrantes al compromiso y a la responsabilidad ante Dios si, a medio siglo de distancia, resonaba con el mismo vigor aquel « *tremendo Redde rationem*. »

Sor Pia — y ciertamente las otras junto con ella — percibió muy bien el motivo inspirador de tanta firmeza, puesto que relata del Padre:

« *Añadía luego que las novicias se pueden comparar a tiernas plantitas. Como se forman desde jóvenes, así envejecerán. Y nos traía como ejemplo la vida de los santos, especialmente de san Juan Berchmans, que hacía siempre bien cada cosa.* »

Bisturí o arado como se quiera decir, el padre Luigi los usaba especialmente para cultivar la humildad. « *Si alguna* — continúa sor Pia — *por inadvertencia u otro, hubiera causado disgusto a una hermana de hábito, quería que se pidiera perdón enseguida o de todos modos antes de irse a la cama: Rodilla en tierra, hijas mías — decía — rodilla en tierra: humillarse siempre. Así no se yerra nunca.*

Cuando se cometía alguna falta, especialmente si era pública, quería que enseguida se pidiera la penitencia, sea para no dársela ganada al demonio, sea para dar gloria a Dios: fin — como él decía — que las hermanas deben siempre buscar en sus acciones. »

Y la hermana parece casi complacerse al contar episodios de humillación que la afectaron precisamente a ella:

« *Un día, pasando de la escalera al pasillo, encontré a cuatro profesas con la madre superiora, mientras el Padre estaba allí, cerca de la puerta. Yo no sabía a quién dirigir primero mi saludo. Lo hice al Padre. Entretanto las hermanas pasaron de largo. Pero él me miró con ojo severo. Luego llamó a aquellas madres y me hizo postrarme para besarles los pies. La superiora quería que besara también los del Padre, pero él me ordenó besar la tierra.* »

Aquí también está la explicación:

« *Quería que las novicias respetaran a las profesas como a otras tantas reinas, siendo ellas — decía — esposas del Cordero inmaculado, del Rey de reyes.* »

Otra vez fue con el Padre para pedirle que le hiciera reparar sus zapatos, pero olvidó decir:

« *Por caridad*. »

« *El Padre me dejó hablar; luego me dirigió una dura reprensión y sin añadir nada más me despidió. Al día siguiente me hizo llamar y me preguntó si había estado susceptible y cómo había acogido la reprensión, añadiendo: Mira, hija mía, una Hermana de la Providencia debe siempre pedir lo que le hace falta con espíritu de verdadera humildad, y pedirlo por caridad, quedando luego indiferente si le es o no concedido.* »

Más aún, el fundador le organizó una lección al estilo de san Felipe Neri:

« *Un día, mientras la puerta del estudio del Padre estaba entreabierta, pasaba por el pasillo y él me invitó a entrar. Sin decir una palabra — estaban presentes también dos sacerdotes — me ofreció una tacita de café negro. Aquellos dos sacerdotes estaban a ver cómo iba a terminar. Después de que hube tomado el café, el Padre comenzó a burlarse de mí, diciendo que era golosa y amante de las cosas dulces, y me mandó marchar toda avergonzada.* »

La narración de la Bortolotti prosigue sobre el hilo de recuerdos caros y edificantes, marcados por la alegría. Pero probablemente más de una habrá sentido la mordedura robusta del freno. El hecho es que el padre Luigi apuntaba, con su habitual tensión hacia lo esencial, a construir una hermana con rasgos bien precisos. Lo afirma todavía sor Pia:

« *Una novicia de las Hermanas de la Providencia — decía — debe buscar adquirir un verdadero espíritu de sacrificio, una continua renuncia a la propia voluntad, una profunda humildad y un desapego perfecto de cada cosa creada.* »

Su paterna severidad en la formación de las novicias de todo tiempo retorna en muchos pequeños episodios, conservados en la tradición de las hermanas.

Por ejemplo, a una de ellas que se había dejado escapar una grosería, el Padre le hizo colgar del cuello una gran lengua de tela roja y pretendió que se quedara de rodillas, así arreglada, durante todo el tiempo de la comida, precisamente en medio del refectorio.

Otra, que con sus veinte años corría demasiado por las escaleras, fue atada por un poco al pasamanos a fin de que se quedara allí, delante de todas, a hacer penitencia.

En 1858 entró entre las hermanas Stellina Gaspardis, que tomará el nombre de sor Teresa Serafina y desde 1872 hasta 1915 será superiora en varias casas y finalmente también asistente general. Pero para convertirse en la religiosa excelente que fue, el Padre le hizo probar toda suerte de disciplina. La hizo esperar tres años antes de admitirla a la vestición. ¿El motivo? Era muy dotada y era consciente de ello; sus bordados quedaron famosos. Era necesario entonces formarla con vigor a fin de que se impregnara de humildad. Y como era "*estrellita*" en el nombre y en el rostro, cada vez que se encontraba con ella, el Padre le decía bruscamente:

« *¡Abajo esos ojos!* »

Y ella fue bienaventurada por haberse dejado plasmar.

De tales anécdotas hay muchísimas.

Un eco de esta fuerte educación retorna en una cántica recitada para el quincuagésimo de vida religiosa de la hermana Giacinta De Monte, entrada novicia en 1846. En la boca de santa Marta se ponen estas palabras:

« *Sin embargo fue riguroso el tiempo de la prueba, ya que el Padre fervoroso pasaba todo límite*. »

La autora de esta cántica fue probablemente sor Pia Valle del Sacro Cuore (7), hábil en componer semejantes versitos. Entrada como aspirante en 1877, ella podía proporcionar un testimonio directo de aquellos noviciados exigentes que iban más allá de todo límite. Sin embargo ella misma recordaba que el fundador, en las relaciones personales con las jóvenes hermanas, era dulce y comprensivo « *más que un padre* ».

Una vez, teniendo ella necesidad de plumas para escribir, fue a pedirlas al Padre, que se las prometió pero luego se quedó olvidado de ello. Una semana después volvió a pedirlas y el padre Luigi, para castigarse a sí mismo por el olvido, la hizo arrodillarse ante él y la obligó, en virtud de santa obediencia, a repetirle tres veces:

« *¡Mentiroso! Nadie es como usted: bueno solo en palabras, pero en los hechos no*. »

Recordaba todavía cómo el Padre solía decirle a ella y a las religiosas:

« *Hija mía, tú eres mi dueña porque esposa de Jesús; y yo tu siervo, porque siervo de él*.»

El noviciado, para el Padre, debía ser fatigoso y doloroso; la educación fuerte que impartía allí debía convertirse en una inversión espiritual capaz de dar fruto para toda la vida.

Cuando luego las profesas comenzaban su actividad apostólica, el método cambiaba. Con fino y delicado intuito psicológico, el padre Luigi sentía que a las "*combatientes*" les eran necesarias dos cosas: seguirlas siempre, una a una, y confortarlas constantemente, conociendo a cuántas pruebas estaban expuestas. La firmeza o la severidad del adiestramiento cedía completamente el lugar a una difundida bondad. Es una prueba fascinante de ello su epistolario.

El epistolario del padre Luigi

« *La copiosa correspondencia epistolar — escribe Tinti — que el padre Luigi mantuvo en el largo período de su vida, desgraciadamente se perdió en gran parte.* »

Sin embargo, en el apéndice decimoctavo de su biografía, él nos reporta el texto completo o parcial de ciento diecisiete cartas, de las cuales ciento cinco están dirigidas a las hermanas. A estas últimas es necesario añadir tres, reproducidas por Tinti en el curso del relato, y otras siete que resultan todavía inéditas. Todas las cartas están concentradas en la década que va de 1873 a 1883. Pero, entre las ciento quince enviadas a las religiosas, cerca de setenta fueron escritas desde 1880 en adelante. Puesto que entre estas bien cinco o más están dirigidas a una sola hermana — y el padre Luigi no hacía ciertamente preferencias — se puede presumir razonablemente que las cartas ascenderían a varios centenares, si se nos hubieran conservado todas.

Para el fundador, el escribir a sus hijas espirituales era al mismo tiempo una necesidad del corazón, un deber de cargo como director atento — especialmente hacia las superiores de las varias casas — y sobre todo un exquisito medio de apostolado para confortar y reanimar las almas. Este apostolado se intensificó precisamente en el último trienio, especialmente hacia las hermanas más lejanas, ya que por entonces le habría resultado demasiado gravoso y casi imposible visitarlas en persona.

Que nadie espere, sin embargo, del padre Luigi cartas kilométricas. No era en absoluto prolijo y menos que nadie retórico. Se trataba por lo general de breves y escuetos escritos, como era típico de su estilo personal; pero eran siempre comunicaciones vivas y precisas, además siempre desbordantes de una profunda paternidad.

Y nadie espere de él aquellas cartas largamente meditadas y construidas con sabiduría, no raras en las vidas de los santos, que parecen transformarse a veces en pequeños tratados de teología espiritual. El Padre no tuvo la menor pretensión de hacer de doctor. Al contrario, se complacía en parecer simple y poco instruido, incluso más de lo que realmente lo era. Podríamos decir incluso que desempeñaba el papel de hombre de poco valor, si no supiéramos cuán auténtica era su humildad. Un maestro de espíritu, aunque no transforme intencionalmente su epistolario en un instrumento de formación, es a menudo llevado a reportar y repetir en las cartas sus predicaciones o las instrucciones espirituales.

El padre Luigi, en cambio, no. Le bastaban pocas líneas para despertar en el corazón de las lectoras las enseñanzas de otro tiempo. Por eso los avisos espirituales, esparcidos en su correspondencia, no son más que rápidas pinceladas o a veces manchas luminosas. Sin embargo, para las hermanas eran más que suficientes para sentir vibrar la fuerza de alma del santo fundador.

¿Cuándo escribía el padre Luigi?

Aparte de la correspondencia con las superiores, para responder a sus preguntas o para dar las directrices necesarias en las varias circunstancias, él solía escribirles para mantenerlas informadas, junto con las otras hermanas, sobre la marcha de la congregación y especialmente para pedir oraciones con el objetivo de conocer la voluntad de Dios en las dificultades o problemas que surgían de vez en cuando.

Pero había ocasiones en las que el escribir se convertía casi en un rito.

Por ejemplo, cuando moría una hermana de hábito o un benefactor. Su vivísima devoción hacia los difuntos no le permitía el menor retraso: se ponía al escritorio, a veces apenas regresado del lecho de muerte, daba noticia de ello y recomendaba las oraciones de sufragio. Algunas veces se limitaba a una sintética tarjeta postal, pero más a menudo se detenía en una conmovida memoria fúnebre, uniendo siempre a ella un pensamiento de advertencia y de consolación.

Le era además muy caro aprovechar la recurrencia festiva del onomástico para presentar felicitaciones enriquecidas por enseñanzas espirituales.

¿Qué decir entonces de la Navidad y de la Pascua? Por lo general escribía a sus hijas antes de recibir sus felicitaciones. Especialmente en Navidad, puesto que él sentía una alegría de estilo franciscano al contemplar al Verbo de Dios hecho niño en la gruta de Belén.

Este apostolado epistolar el padre Luigi lo continuó precisamente hasta el final. Remonta en efecto al 23 de diciembre de 1883 esta última carta suya, en la cual retornan juntos algunos de los motivos citados:

« *El haberle comunicado con la tarjeta postal de correspondencia el deceso de la buena hermana de hábito Maria Orsola (Se trataba de la hermana Orsola Drigo, que falleció el 18 de diciembre de 1883), sin añadir otras noticias, no sé por qué usted lo ha interpretado como si yo pudiera tener algo malo contra usted. No, porque he actuado de la misma manera, por la prisa, con las otras hermanas de hábito.*

No crea por tanto haberme ofendido con alguna falta involuntaria y que yo esté en cólera con usted. No, no: deseo solo ver cada vez más que usted siga a su divino esposo Jesús en el sendero de la santa humildad. Meditando en estos santos días todos los actos de humildad de su divino esposo, sí, enamórese de esta bella virtud, fundamento de la perfección cristiana, y su modo de tratar con todos, incluso con los subordinados, será siempre humilde, dulce y respetuoso. He aquí cuánto me importa para tenerla cada vez más como mi querida hija. Nuestro amado padre Fantoni desde hace algún tiempo casi ha perdido todas las fuerzas y desde hace días se encuentra en cama. Rueguen, rueguen por este gran benefactor suyo, que os consideraba a todas como sus amadas hijas y que, como padre afectuoso, no faltó nunca de ayudaros en cada necesidad. Os dejo a todas, con nuestras más cordiales felicitaciones para las Santas Fiestas y el nuevo año, en los Sacratísimos Corazones. »

« *Fue esta — anota Tinti — la última preciosísima carta escrita por el padre Luigi Scrosoppi.* » Última lección de su vida: la humildad.

Las tiras de bendición

Como coronación de este incansable apostolado del Padre, queremos recordar una simpática costumbre suya.

Cuando escribía a una superiora, él solía introducir a veces en la carta un billetito para cada hermana de hábito de aquella comunidad. No eran otra cosa que tiras de papel con pocas líneas, en las que él sabía encontrar para cada una, gracias a su feliz intuito psicológico, la palabrita adecuada, acompañada de su bendición.

Lo hacía porque sentía él mismo, en su afecto paternal, la necesidad de un coloquio directo, aunque brevísimo. Pero lo hacía sobre todo por su sabio método pedagógico, que daba la justa y realista importancia a la relación personal cara a cara. De este modo, cada hermana se sentía recordada y considerada individualmente; y el Padre, aun estando tan atento a la vida comunitaria, demostraba su delicado respeto por el valor de la sola persona.

No se contentaba, sin embargo, con aquellos billetitos enviados en un sobre común. Alentaba, antes bien pedía, que cada hermana le escribiera directamente, y él se apresuraba a responder. En esto actuaba incluso contra el sistema de la época, cuando se atribuía a las superiores el derecho de ser el único trámite de la correspondencia, que debía ser entregada abierta para que la superiora pudiera controlar las cartas en llegada y en salida.

« *Estoy esperando un par de líneas tuyas* — escribía el 9 de abril de 1879 a la hermana Filomena Suoch — *que no sean vistas por nadie, como también aquí por nadie serán vistas. Quiero ver tu corazón abierto...* »

Aquí, sin embargo, queremos solo subrayar un gesto profundamente humano y significativo de las hermanas.

Ya se tratara de billetitos o de cartas, ellas solían recortar de los escritos del Padre las últimas líneas, aquellas en las que les daba la bendición y las encomendaba a los Sacratísimos Corazones de Jesús, de María y de san José. Sí, también de san José, porque el corazón de él había pulsado al unísono con los del Señor y de la Virgen santa.

Recortaban por tanto aquellas líneas y las conservaban con una celosía casi religiosa. Al solo releerlas o tocarlas, encontraban consuelo y aliento en su misión, a menudo difícil, o en los sufrimientos de alma que las atormentaban.

A casi un siglo de distancia, nos han quedado todavía algunos de estos fragmentos que han asumido casi el valor de reliquias.

No creemos exagerar al decir que la sagrada conservación de aquellas tiras es la prueba más inmediata, más fuerte y más emocionante de la fe de las hermanas en la santidad de su fundador, así como del afecto que nutrían por él.

En comparación, palidecen incluso los testimonios más amplios y elocuentes.

Capítulo 12

ÚLTIMOS DESAPEGOS Y ÚLTIMOS ADIOSES (1881-1883)

La muerte de tres amigos carísimos

« *El padre Luigi — escribe Tinti — había perdido progresivamente a sus más queridos amigos y a sus más válidos benefactores. Esta es la inevitable suerte de aquellos pocos que, llegados a avanzada edad en esta tierra del exilio, volviendo el pensamiento a los tiempos pasados, ven caídos a derecha y a izquierda, como en un campo de batalla, parientes, amigos y conocidos; y así sucedió a nuestro venerado fundador.* »

Entre aquellos que lo dejaron en los últimos tres años, merecen un particular recuerdo el muy reverendo sacerdote Tommaso Turchetti de Tricesimo, el señor Giovanni Feruglio de Feletto y, finalmente, el suave don Francesco Fantoni.

Don Tommaso Turchetti murió el 28 de septiembre de 1881. Dos días después, el padre Luigi escribía a la hermana Luigia Dario, superiora en Primiero:

« *Con grandísimo disgusto le comunico la muerte del muy reverendo sacerdote Tommaso Turchetti, administrador de los bienes del arzobispado, mi grande y fiel amigo y muy interesado en vuestra congregación. Murió anteayer después de treinta días de una enfermedad degenerada en tifo. Ruegue y haga rogar por esta digna persona.* »

Don Tommaso, junto con su hermano don Francesco, profesor en el seminario, fue una de las más bellas figuras del clero de Udine del siglo XIX. Se ha escrito de él que, dotado de una mente agilísima y de una extraordinaria habilidad en los negocios, fue nombrado ecónomo del seminario en 1840, cuando era todavía seminarista. Mantuvo aquel cargo hasta 1853, cuando la policía austriaca exigió su alejamiento a causa del patriotismo demostrado en 1848. Cuando en 1856 monseñor Casasola se convirtió en obispo de Concordia, lo llevó consigo como administrador de la mesa episcopal; lo quiso luego con el mismo cargo en Udine, desde 1863 hasta su muerte. Fue un administrador diligente y preciso, un consejero y un canónigo estimado universalmente por el clero de Concordia y de Udine, así como un hábil defensor del patrimonio eclesiástico contra las leyes de expropiación, que después de 1866 lo habían reducido a harapos. A estas cualidades administrativas unió un altísimo espíritu sacerdotal, inquebrantable en los principios y profundamente fiel al papa. Vivió una vida rica en toda virtud, distinguiéndose sobre todo por un ardiente amor hacia Dios. En sus últimas horas, después de haber recibido los sacramentos con gran devoción de don Giuliano Casasola, secretario de su tío el arzobispo, quiso que se le leyera la Pasión de Cristo, para unir su propia muerte a la del Señor que tanto había amado. Tenía sesenta y tres años.

Por la misma carta del padre Luigi se comprende que él era deudor hacia él por algún consejo referente a los intereses de las Hermanas de la Providencia. Pero lo que hacía de él un gran amigo suyo era sin duda la profunda sintonía espiritual, hasta la común y ardiente devoción hacia Jesús crucificado.

El señor Giovanni Feruglio, de la familia Tinìn de Feletto Umberto, murió el 15 de agosto de 1882 en Staranzano, cerca de Monfalcone. De sus dos matrimonios había tenido tres hijos sacerdotes: monseñor Antonio, futuro obispo de Vicenza, don Stefano y monseñor Domenico.

Cuán estrechos hayan sido los lazos de Giovanni con el padre Scrosoppi emerge claramente del hecho de que todos los tres hijos se habían casi consagrado al servicio del padre Luigi; en efecto, monseñor Antonio era entonces director sustituto de la *Casa de las Derelitte* y don Stefano desempeñaba el cargo de confesor en la misma casa, hasta la muerte que lo golpeó el 11 de julio de 1885.

Cuán profundo fuera el sentimiento religioso de Giovanni nos es testimoniado por los registros de su parroquia natal de Feletto, donde la anotación del deceso concluye con estas palabras en latín:

« *Su memoria será bendita por su piedad, caridad y fe.* »

Pero el testimonio se hace todavía más intenso bajo la pluma del padre Luigi, que el 16 de agosto de 1882 daba el triste aviso de su muerte en estos términos:

« *Muy Reverenda Madre,*

el señor Giovanni Feruglio, padre de monseñor Antonio, ha muerto en Staranzano, cerca de Monfalcone, golpeado en pocos días por una infección respiratoria. Bien puedo decir que él estaba entre mis más queridos amigos laicos; vivió como santo y murió como santo, asistido por su hijo canónigo y por toda la familia que se encontraba allí. He aquí cómo el Señor nos advierte de permanecer siempre listos para la partida hacia la eternidad. Ruegue y haga rogar por este benefactor nuestro que ahora más que nunca, viendo nuestras necesidades, tendrá compasión de nosotros. »

El padre Luigi escribía el mismo día la siguiente carta a monseñor Antonio:

« *Carísimo Amigo,*

solo el Señor sabe cuánta sorpresa y cuánto dolor me ha causado vuestro telegrama; he ofrecido a Dios el sacrificio del más querido amigo que tuviera.

Confortémonos, querido hermano en el Señor, pensando que nuestra querida madre María Santísima lo ha querido consigo en el día glorioso de su Asunción, para hacerlo participar en aquella gloria que los ángeles y todos los santos le rinden allá arriba, como recompensa por la gran devoción que le tenía.

Estoy cerca de vosotros en el dolor si, junto con vuestros amados hermanos, lloráis por una pérdida tan grande, pero levantad la mirada al Cielo y tendréis el consuelo de verlo allá arriba mientras os da su santa bendición.

Salúdeme indistintamente a todos los familiares y expréseles mis condolencias. No he faltado de rogar y de hacer rogar por el amado difunto.

Para vuestra información, le comunico que vuestro padre, desde hacía algún tiempo, me había confiado su testamento sellado; cuando vengáis aquí, lo presentaré al juzgado de primera instancia real, pero le aviso que será necesario presentar al mismo tiempo también el certificado de defunción del testador. »

Como sucede entre verdaderos amigos, no había por tanto entre ellos solo una comunión de afectos y de ideales, sino también la más total confianza en las cuestiones prácticas de la vida.

« *Le quedaba todavía — escribe Tinti — el dignísimo sacerdote Francesco Fantoni, con el cual vivía en una fraternal amistad; por eso probó un dolor indecible cuando, enfermo él mismo, en diciembre de 1883 fue a visitar a su amigo moribundo.*

En la última visita que el padre Luigi hizo a Fantoni, este, viéndolo tan sufriente, le dijo: Vete, amigo mío, y métete en la cama, porque tú estás peor que yo. »

Nacido en 1802 de una rama de la familia del mismo nombre de Gemona trasladada a San Vito al Tagliamento, había llegado a Udine siendo todavía niño. Durante los años del seminario dio pruebas excelentes de ingenio, diligencia y buena conducta, tanto que, ordenado sacerdote en 1826, fue confirmado como profesor hasta 1853. Por un cierto período fue también responsable de los seminaristas — es decir, prefecto de los clérigos —, encargado de informar al obispo sobre los candidatos a órdenes; escrupuloso y al mismo tiempo sensible, dudó hasta el día de la ordenación, el 28 de julio de 1839, antes de escribir al obispo su parecer negativo sobre un seminarista. Monseñor Lodi alejó al desafortunado joven de la mejor manera posible, pero quitó también a Fantoni del cargo. Recordamos este episodio porque a él se atribuye erróneamente, por una relación anónima, el alejamiento de Fantoni del seminario. Nosotros sabemos, en cambio, que Fantoni permaneció allí como profesor por otros catorce años y que su alejamiento fue impuesto por el mariscal Radetzky, cuando purgó a los sacerdotes que se habían demostrado patriotas demasiado fervientes en 1848. Parece que Fantoni fue calumniado por alguien a quien él luego conoció y perdonó; « *casi como si su boca — escribe Blasich* [(1)] *— estuviera cerrada por una pesada piedra, no sucedió nunca que dejara traslucir el nombre del culpable.* » ¡Es lícito suponer que aquel calumniador haya luego aparecido, después de 1866, como un patriota purísimo; son cosas que suceden!

Fantoni fue perseguido por la policía austriaca junto con De Apollonia, Liccaro y Tommaso Turchetti. Fue nombrado entonces bibliotecario del arzobispado y poco después, en 1855, capellán de las hermanas Dimesse, cargos que mantuvo hasta la muerte. En 1869 había sucedido a Benedetti como inspector del Asilo infantil de Caridad y, desde 1854, había sido por veinticinco años vicedirector de la *Casa de las Derelitte*.

« *Aquella palabra fácil y aguda que le salía espontánea y alegre de las relaciones cotidianas — continúa Blasich — él la hacía convertirse en viva y elocuente en el de púlpito y desde la cátedra de la verdad; y aunque la naturaleza no le hubiera concedido aquella sonoridad de voz que desgraciadamente gusta tanto pero que no se debería preferir, al oírlo hablar de Jesucristo y de sus misterios, de María y de su grandeza, del hombre y de sus destinos, uno se veía obligado a repetir: he aquí el verdadero predicador católico. Por este motivo sus misiones populares, los ejercicios espirituales para los jóvenes seminaristas y para las religiosas, y el mes mariano eran su gimnasio preferido; por esto muchas parroquias de la nuestra y de otras diócesis lo deseaban y lo llamaban; dondequiera que pudiera, acudía de buena gana, sin negarse nunca por amor a la quietud*

[1] [M. MAKAROVICH], o.c., p. 81.

o por temor a la fatiga excesiva; cuando no estaba ocupado en otra parte, se asumía de buena gana el compromiso de la predicación dominical en la iglesia de los padres filipenses. Lo amaban tanto más porque el gran empeño le era grato, y era de índole sincera y abierta, agradable en la conversación, afable en los tratos, hábil en las dificultades y paciente en las contrariedades.

Conociendo perfectamente los nuevos tiempos que habían sobrevenido, estaba listo a participar, en cuanto le fuera posible, en aquellas obras requeridas por el cambio social; por eso lo vemos entre los primeros en ofrecer su nombre y su ofrenda a la Pía Obra de los Congresos Católicos, a la Liga O'Connell y al óbolo de San Pedro; cuando en la diócesis se fundaba, hace pocos años, la Pía Obra de los Sacerdotes, él, no mirando a las formalidades burocráticas de aquel estatuto primitivo sino solo a la caridad que es el fin del mismo, se constituyó socio fundador junto con los hermanos Scrosoppi, pagando la suma capital necesaria. »

Desde hacía varios años se había vuelto casi ciego, tanto que el 20 de marzo de 1878 se le había concedido la dispensa especial — es decir, el indulto — para celebrar la Misa votiva de la Virgen. Sin embargo conservó hasta las últimas horas de vida su habitual, pronta y aguda inteligencia.

Don Francesco Fantoni murió el 20 de diciembre de 1883 a las cinco de la mañana.

« *Rico de virtudes y de méritos — escribe todavía Blasich — después de pocos días de enfermedad, sostenido por todos los consuelos de la religión, pasaba al descanso eterno. Al primer anuncio de la triste noticia, aunque no inesperada, lloraban la desaparición de este sacerdote, verdadera perla del clero de la región de Udine, tantas almas piadosas, tantas religiosas que él asistía desde hacía años, los niños del Asilo infantil de la Inmaculada que dirigía desde 1869, las numerosas muchachas confiadas a los cuidados de las Hermanas de la Providencia, el clero ciudadano de quien fue amado maestro, y cualquiera que supiera apreciar la sabiduría, la verdadera ciencia y la sólida virtud.* »

La mañana del 31 de diciembre fueron celebrados los funerales en la iglesia del Carmine. Aunque Fantoni no hubiera desempeñado cargos de resonancia pública, toda Udine se movió para rendirle honor. En las exequias participaron el reverendísimo cabildo metropolitano, los profesores y los seminaristas del arzobispado, el colegio de párrocos urbanos, el Instituto de las Desamparadas, los niños del Asilo Infantil, el Orfanato Tomadini, el Patronato de Santo Espirito y muchos otros sacerdotes de la ciudad. El ataúd estaba cubierto por muchas coronas de flores frescas y llevado por cuatro seminaristas; un número inmenso de hachas de cera, enviadas por ciudadanos de toda clase, acompañó al funeral.

Hemos hablado largamente de don Fantoni porque lo merece y porque el padre Luigi nos diría: « *Más, más.* » Era una jornada fría y ventosa. Nada habría podido impedir al Padre seguir el féretro de su amigo, y sin embargo no estaba allí. Desde hacía tres días estaba ya obligado a la cama. Su amigo le hacía de precursor — es decir, de guía que abre el camino — hacia el Paraíso.

Un extraño malestar y una promesa heroica

El padre Luigi fue el más longevo entre los miembros de su familia. Su madre murió a los 74 años, su padre a los 75, su hermanastro el padre Carlo — que también parecía el más sano — a los 68 y don Giovanni Battista a los 76. Él, en cambio, alcanzó los setenta y nueve años y medio.

Durante su vida — como ya se ha dicho — no sufrió enfermedades particulares, ni fueron de gran entidad los achaques de la vejez. Estaba un poco encorvado y rígido en las articulaciones; su vista se había debilitado hasta el punto de que llevaba siempre gafas; sufría por aquella molesta erupción cutánea y por alguna rara y leve fiebre.

Al contrario, en el curso de 1881 pareció recobrar vigor. Él mismo, escribiendo a la superiora de Primiero el 25 de noviembre, reportaba que todos le hacían cumplidos porque aparecía rejuvenecido.

Sin embargo, en 1882 fue afectado por un singular malestar. Tenemos noticia de ello por una carta suya del 4 de agosto dirigida a una superiora:

« *Respondo* — escribe — *a la muy estimada y carísima vuestra del 31 pasado con dentro un parche muy eficaz para calmar las dificultades respiratorias a las que estoy sujeto casi cada semana, especialmente los sábados.* »

Claramente no existe una patología que esté necesariamente ligada al día sábado. ¿Cómo se puede por tanto interpretar esta singular referencia?

Es difícil no desentrañar en ello un fenómeno del todo personal, probablemente de naturaleza psicológica y espiritual.

En la devoción cristiana el sábado es la jornada dedicada a la Virgen; y no es necesario repetir cuán devoto era él de la Santísima Virgen, sobre todo bajo su título de la Dolorosa.

No creemos en absoluto que el padre Luigi haya pedido a la Virgen ser asociado con ella con sufrimientos particulares en el día sagrado para ella: si lo hubiera hecho, no habría buscado remedios para aquellas penas. Creemos más bien que detrás de aquel malestar se ocultaba una dolorosa prueba interior. Por lo demás, veremos que hasta el lecho de muerte estuvo atormentado por inexpresables angustias del espíritu.

No hay de qué maravillarse. ¿Acaso la vida terrenal misma del Salvador no concluyó tal vez con la tristeza mortal del Huerto de los Olivos y con el clamor desde lo alto de la cruz: « *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* »

Llegado al término de su propia existencia, el padre Scrosoppi no podía sino someter a un riguroso examen todo el curso de su vida: y tal vez aquel examen lo realizaba sobre todo los sábados, a los pies de la Madre celestial.

Caía entonces sobre él aquella « *tremenda Redde rationem* » — es decir, el rendir cuentas de la propia administración — con la que — como recordaba sor Maria Pia Bortolotti — precisamente en aquel período sacudía en lo profundo las almas de las novicias.

Caía sobre él. Y, en su profunda humildad, la conciencia de su propia fragilidad casi le quitaba el aliento. Se encuentra rastro de ello en sus cartas. El 20 de febrero de 1882 escribía a la superiora de Primiero:

« *Yo luego me arrojo a vuestros pies y pido perdón por cada disgusto que pueda haberos dado, y por no haber hecho todo lo que era mi deber para vuestra santificación, rogándoos que me encomendéis al Señor a fin de que pueda finalmente vivir como buen sacerdote.* »

A este sentido aplastante de su propia indignidad debía unirse una desoladora aridez en la oración, puesto que el 22 de diciembre de 1882 escribía a una superiora:

« *Que vuestras oraciones sean dirigidas al divino Esposo para pedirle que pueda amarlo finalmente como es mi sagrado deber, y que me obtenga el don de la santa oración.* »

Caía sobre él. Y mientras desfilaba en su memoria la larga fila de las hermanas que la divina Providencia había confiado a su guía, sentía apretarse su corazón por el temor de que ni siquiera una sola de ellas alcanzara la salvación eterna. Que este fuera el deseo y la preocupación constante de su alma nos es confirmado por la voz unánime de las hermanas de la época. Ellas, antes bien, recuerdan un voto heroico suyo, expresado probablemente durante sus conferencias: él se había ofrecido a Dios para un Purgatorio que durara hasta el fin del mundo, asumiendo sobre sí todas las faltas de sus hijas espirituales, con la condición de que ninguna de ellas se perdiera. Un voto de este tipo se encuentra en la vida de algunos santos, comenzando tal vez por aquel semejante de san Pablo:

« *Deseo incluso ser separado de Cristo por mis hermanos.* »

La muerte prevista

En el curso de 1883 el padre Luigi acusó algunos breves malestares.

En una carta del 26 de abril, el señor Niccolò Prodomo de Rovigno se congratula por su restablecimiento físico. Algún pequeño problema debió de manifestarse también hacia finales de agosto. Él mismo alude en una carta suya del 11 de diciembre a otro malestar. Parece luego que un desmayo lo afectó la mañana del 23 de diciembre; pero él no le dio importancia porque, el mismo día, tal vez por no alarmar a nadie, escribía que estaba bien. Sin embargo, estos eran todos signos de un fin cercano — es decir, de un ocaso —, que no retrasaron sin embargo su actividad habitual, sino antes bien la acrecentaron.

« *Como si tuviera* — escribe Tinti — *un presentimiento de su fin inminente, crecía en él de día en día la atención por la amada congregación de las hermanas. El padre Luigi, aunque octogenario, no evitaba repetidos viajes a Portogruaro, San Vito, Orzano y Cormons y en todas partes exhortaba a las hermanas a un total sacrificio de sí mismas, a la observancia precisa de las reglas, a amar cada vez más a su Esposo celestial, a mantenerse pobres siempre y en todo, pero ricas y generosas en el culto exterior de sus iglesias y capillas; a comprender y aliviar con afecto maternal a los pobres enfermos; y finalmente a hacerse santas, y grandes santas, para ascender luego a un alto grado de gloria en el bienaventurado Paraíso.* »

« *Las excelentes hermanas* — continúa Tinti — *conservaban celosamente en su corazón estas preciosas exhortaciones del padre fundador y al mismo tiempo temían por su vida, pareciendo también a ellas que aquellos recuerdos santos oídos de él muchísimas veces, y ahora recomendados de modo extraordinario, fueran como el acto de la última voluntad del Padre que estaba por dejar a sus amadísimas hijas.* »

El fundador no sentía tener las fuerzas para visitar una última vez las casas de la región de Trento o la abierta recientemente en Rovigno. Pero en aquellas de más fácil acceso quiso todavía transmitir sus santos enseñanzas de aquella manera excepcional.

Sabemos que estuvo en Cormons el 14 de junio y el 18 en San Vito, pero debió de regresar allí en el mes de noviembre. Y especialmente en Cormons dejó una profunda impresión.

Escribe Tinti:

« *En efecto, cuenta una digna hermana que, poco antes de su última enfermedad, habiendo ido a visitar a Cormons la casa General y el noviciado, habló a sus hijas con sentimientos tan tiernos que todas rompieron en un llanto continuo. Les dejó las recomendaciones más solemnes, dijo que se volverían a ver en el Paraíso y, muy conmovido al despedirse, les impartió su paterna bendición.* »

La superiora general vino ciertamente a Udine pocos días antes de la Navidad para presentar al venerado fundador las felicitaciones suyas y de toda la congregación. Es a aquella circunstancia a la que debe ligarse lo que testimonió la portera sor Filomena Angeli:

« *Unos tres meses antes de su muerte entró una mañana en el estudio del Padre la superiora junto conmigo. Él enseguida se levanta y con una inusual alegría viene a nuestro encuentro diciendo:*

Madre, madre, pronto nos dejaremos. La madre, a la que no gustaba en absoluto un semejante discurso, toda contrariada y adolorida respondió:

¡Ah, no querría verdaderamente que aquel san Felipe vuestro hiciera una de las suyas! Y el Padre: ¡Sí, sí, madre, ha estado aquí para advertirme que pronto moriré! »

Este « *ha estado aquí* » no debe ser entendido, creemos, como una manifestación visible de san Felipe Neri a su fidelísimo hijo. El hecho es que el padre Luigi guardaba en su habitación un pequeño busto con una reliquia del santo, al que la tradición atribuía ciertos signos premonitorios de una muerte inminente. Y el padre Luigi consideró haber percibido él también ruidos o señales misteriosas provenientes del mismo.

Cómo el Padre cayó enfermo

Precisamente en este punto emerge un pequeño malentendido que indujo a error al propio monseñor Tinti.

Sor Giacinta De Monte, en una declaración suya, le había manifestado que el padre Luigi « *dos días antes de la Navidad 1883, mientras se encontraba en la iglesia, fue afectado*

por una especie de desmayo, seguido por una fuerte fiebre que no lo dejó nunca en los tres meses y seis días que todavía vivió. »

En realidad, el testimonio de la hermana es poco preciso. Los tres meses y seis días decantan exactamente desde el 28 de diciembre de 1883 al 3 de abril de 1884, día en que el padre Scrosoppi murió. Aquel breve desmayo de la mañana del 23 de diciembre constituía un episodio por sí solo, mientras que en las notas de Tinti terminó por confundirse con el inicio de la enfermedad propiamente dicha. Puesto que sin embargo él tuvo entre las manos la carta ya citada de aquel mismo día, creyó resolver la cuestión situando el enfermar del Padre en el día siguiente, es decir la víspera de Navidad.

En verdad, el propio Tinti señala en otra parte que la aparición de aquella fiebre no lo obligó enseguida a la cama, puesto que él « *con heroico coraje* — escribe — *continuaba en su laborioso y penitente método de vida, con inmensa pena de las hermanas que desde hacía tiempo se daban cuenta de los sufrimientos físicos de su amado Padre.* »

Sin embargo, cuando apareció la biografía, las hermanas se dieron cuenta del error y proveyeron a repararlo.

Es ciertamente a esto a lo que se debe el minucioso relato de los últimos días del padre Luigi antes de que fuera obligado a la cama. Hemos querido subrayar este pequeño error porque de él resalta una vez más el gran cuidado de las hermanas de la época por la precisión y la objetividad de cada información referente al fundador.

He aquí por tanto el relato.

« *Era la víspera de Navidad de 1883. Había un gran trabajo en la cocina, tanto por la limpieza como por preparar algo especial, aun en la pobreza, que distinguiera de las otras una fiesta tan solemne. La madre Vincenza Corradini, encargada de la despensa, preveía que no lograría hacerlo todo. El buen Padre, habiéndose interesado durante la mañana por qué punto estaba el trabajo, oyó responderse con franqueza que no tendría tiempo de cortar y preparar el mazapán destinado a las muchachas, para distribuirse la misma tarde. ¿Qué hace el Padre? Aunque estaba muy ocupado, deja cada cosa, pide un cuchillo y solícito se pone a la obra, que no abandona hasta que la ha cumplido enteramente. Desde hacía un tiempo el buen Padre sentía un malestar general, que esperaba superar con su propia fuerza de voluntad; por eso su actividad diaria proseguía como siempre. Él estaba afectado por aquel mal que, dentro de poco, lo habría conducido a la tumba, pero como si nada fuera, habituado como estaba al sacrificio, quería vencer la enfermedad con el coraje y con el desprecio de sí mismo. Era la caridad la que lo empujaba, como en esta circunstancia, a ir en ayuda de una hermana sin mirar mínimamente a sí mismo.*

El día 26, después de la bendición, el Padre dictó una conferencia a las religiosas; fue la última. Habló de la felicidad de la vocación religiosa, de la necesidad de la observancia de los votos y de las reglas, de la caridad recíproca y de la mortificación, sostén de todo el edificio espiritual sin la cual toda buena voluntad se desploma fácilmente. Habló con tanto fervor que hizo llorar a todas las presentes. Era la última vez y tal vez el buen Padre lo preveía; buscó por eso hacer penetrar sus palabras en el corazón de sus hijas, a fin de que vivieran como él deseaba y como había mostrado con sus excelentes ejemplos.

El día 27 se trasladó por última vez a visitar a su amigo íntimo y colaborador moribundo, don Fantoni. Este, viendo su aspecto sufriente, le dijo:

Vete, amigo mío, vete y métete en la cama puesto que tú estás peor que yo. Al dejarse se intercambiaron el beso de paz. »

Aquí el relato prosigue con un toque de imaginación, atribuyendo a aquel beso un contagio mortal: « *indispuesto como estaba* — se lee — *absorbió todo el mal.* »

« *El día después, 28 de diciembre, distribuyó como siempre la comunión a la comunidad, pero lograba pronunciar las palabras del rito solo con extrema dificultad. La madre vicaria, la Strazzolini, se dio cuenta de ello y, habiéndose acercado enseguida a la madre Osanna, le ordenó que, terminada la misa, se trasladara inmediatamente ante el Padre porque estaba ciertamente mal. En efecto, después de la celebración, la madre Osanna fue enseguida con él y lo encontró apenas arrodillado para hacer su habitual agradecimiento de cerca de media hora, todo sumergido en Dios. Lo llamó y le rogó que la escuchara un momento. De ordinario, antes de que el agradecimiento estuviera concluido, se le podía llamar largo tiempo sin que él respondiera enseguida. Aquel día en cambio la siguió a su habitación como un corderito y le preguntó qué quería. ¡Ah, Padre* — dijo la hermana — *usted está muy mal y no dice nada! ¿Cómo te has dado cuenta? — preguntó el Padre. Y ella:*

"Esta mañana, cuando distribuía la comunión, hacía tanta dificultad para pronunciar las palabras. Le ruego, hágame ver la lengua".

Estaba en condiciones pésimas, hinchada y gruesa, y también sus labios comenzaban a engrosarse. La hermana le rogó ponerse enseguida en la cama; él consintió y mandó decir a la madre Giacinta, la jefa de cocina, que para aquel día en vez de café le llevara un caldo caliente. Ejecutado todo, la hermana fue con la madre vicaria a reportar lo sucedido y a decirle que era urgente una visita médica. [(2)]

Llegado el médico y hecha una visita meticulosa, declaró la gravedad de la situación y lo hizo despojarse de su corsé, de la cintura de cilicio y también de su escapulario largo y ancho de lana blanca. »

Era la mañana de un viernes, el día de la fiesta de los Santos Inocentes.

La autora del relato es la hermana Osanna Tisot, que fue la enfermera personal del Padre en los tres meses de enfermedad.

Ella había sido llamada de Portogruaro para asistir a una benefactora gravemente enferma. El fundador solía todavía, en aquel tiempo, hacer practicar por las hermanas la asistencia de los enfermos a domicilio.

Cuando aquella señora murió, la hermana Osanna se presentó ante el Padre y le preguntó si podía regresar a Portogruaro.

---

[2] El Dr. Gabriele Mander (1846-1907), natural de Udine y hermano de cuatro sacerdotes, fue médico por vocación: compromiso, capacidad profesional, total disponibilidad para los enfermos y caridad con los pobres. (Véase G. SIMEONI, Caterina Mander, un alma y una benefactora inolvidable, Udine 1974, p. 10).

« *No, no — le respondió él — tú debes ahora asistirme a mí. Si no hubieras estado aquí, habría tenido que mandar a buscarte.* »

Si la Tisot bordó un poco con su propia imaginación atribuyendo la culpa del mal al abrazo con don Fantoni moribundo, tal vez no se equivocó del todo. La enfermedad estaba ya presente y solo el espíritu de mortificación y de paciencia mantenía todavía en pie al padre fundador. Pero la vista de su amigo fraterno casi en agonía le causó sin duda un shock que le dio el golpe de gracia.

Y el padre Luigi no se levantará más de la cama.

Capítulo 13

« HASTA LA VISTA EN EL PARAÍSO »

La enfermedad del Padre

Nos encomendamos ahora casi por entero a Tinti para narrar el recorrido de sufrimiento — es decir, el calvario — de aquellos tres meses de dolor.

« *En los primeros días de la enfermedad insistía en tener del médico el permiso de levantarse, diciéndole: — Oh, vea doctor, que debo ocuparme de asuntos urgentes, es verdaderamente necesario que yo deje la cama, no debo quedarme aquí a poltronería por esta pequeña indisposición. Pero ante el rechazo del médico y con el agravamiento de la enfermedad, el venerado Padre se tranquilizó y se abandonó del todo a la divina Providencia, resignado a una enfermedad larga o breve, a la curación o a la muerte, ¡puesto que su único objetivo era hacer la santa y bendita voluntad de Dios!* »

« *Tan pronto como el arzobispo Casasola tuvo conocimiento de la enfermedad del venerado padre Luigi, hacia el cual nutría un afecto derivado de una altísima estima, hizo enseguida escribir al misionario apostólico don Luigi Costantini a fin de que se liberara de cualquier compromiso ya asumido y acudiera a asistir al Padre enfermo, puesto que consideraba que en tal circunstancia aquel lugar, y ningún otro, era el suyo. El sacerdote Costantini recibió la carta en Barcis, parroquia de montaña de la diócesis de Concordia donde se encontraba para una santa misión; sin perder tiempo, como un hijo muy amoroso, estuvo enseguida al cabezal del amado Padre, al que asistió día y noche por tres largos meses, sin quitarse nunca los vestidos para descansar, durmiendo solo pocas e interrumpidas horas sobre un colchón en la misma habitación del enfermo.*

Es verdad que Costantini poseía una templanza física y moral robustísima, pero es igualmente verdad que en este digno sacerdote el amor por el padre Luigi permaneció fuerte y constante hasta el sacrificio. El padre Luigi, a su llegada, se sintió reanimado y, habiendo llamado a sí al señor Cristoforo, padre del misionario, se hizo prometer por él que su hijo no lo abandonaría más, como de hecho sucedió. »

Don Costantini — añadimos nosotros — fue pedido con insistencia en aquel período por diversas partes, sobre todo para la predicación de la Cuaresma de 1884; por ejemplo desde Valdobbiadene, motivo por el cual el obispo de Padua mismo se interpuso personalmente ante el arzobispo de Udine. Pero monseñor Casasola reiteró la respuesta negativa que ya había sido dada para otras parroquias.

« *El padre Scrosoppi* — escribe monseñor Casasola el 22 de febrero de 1884 — *se prevalece de la obra de dos sacerdotes que le son muy cercanos; uno de ellos es Costantini. Se prevalecía de él cuando estaba en salud y tenía necesidad de él, tanto más tiene necesidad de él ahora que está casi moribundo... ¿Cómo podría yo alejar del flanco de un venerable anciano de ochenta años, y tan meritorio, a un sacerdote de su total confianza* »

« *También la reverendísima superiora general Maria Cecilia acudió de prisa desde Cormons al lecho del venerado fundador el cual, habiéndose dado cuenta de su profunda tristeza, le dijo: Coraje, madre mía, mire el estado en que me encuentro, observe mis manos, parezco un leproso.* »

Expresándole la superiora su propio dolor, él reanudó:

« *¿Qué quiere? Así ha placido a nuestro buen Padre que está en los cielos, y así debe placer también a nosotros. ¡Oh, sí, sí! Ha hecho bien, ha hecho bien en hacerme enfermar, y debemos estar contentos nosotros también, ¿no es verdad, madre mía? ¿Quién puede saber cuánto debo quedarme aquí inmóvil en la cama, con tantos asuntos de los que debería ocuparme? ¡Pero cúmplase la voluntad de Dios!*

En el intervalo la enfermedad progresaba; ella fue diagnosticada por el médico como pénfigo, es decir un conjunto de ampollas del tamaño de una avellana, llenas de suero, difundidas en varias partes del cuerpo, consecuencia frecuente de una fiebre infecciosa. El prudente médico quiso una consulta y fue por tanto ordenado el traslado inmediato del enfermo a una habitación más grande y libre de librerías, puesto que los médicos consideraron que esta enfermedad, muy rara en los adultos, había sido causada por el polvo desprendido de los muchos libros que guardaba en su habitación.

El sacerdote Costantini, como un piadoso enfermero, transportó entre sus brazos al amado enfermo a una habitación espaciosa, bien aireada y con exposición al sur. El padre Luigi, desde siempre habituado a duras mortificaciones incluso en sus habituales indisposiciones, no lograba darse paz ante la idea de haber dejado su humilde celda para ser instalado en una habitación más cómoda y saludable: no comprendía todavía la gravedad del mal y, antes bien, por el instinto natural de supervivencia, pensaba curarse en breve y regresar a sus pesadas ocupaciones. »

La madre Giacinta añade un detalle sobre este desplazamiento a la habitación de recepción, más aireada y soleada, que sin embargo no le trajo ningún alivio.

« *Se puede decir* — relata en una declaración suya — *que desde aquel día el mal comenzó a hacerse más serio, hasta que gradualmente se añadió una parálisis cerebral. Algún síntoma de esta parálisis se manifestó una noche, todavía al inicio de la enfermedad. Él estaba sentado en la cama, rodeado por monseñor Feruglio y por la madre Giacinta. En medio de su discurso se calló de repente y permaneció como ausente. Ambos lo llamaron preguntándole qué tenía. Y él respondió: — Nada, verdaderamente nada.* »

« *A pesar de los fuertes dolores, no salió nunca de su boca un lamento o un gemido; al contrario, serenamente buscaba tranquilizar a quienes lo asistían, diciendo: Oh, no se afanen por mí, ¿a qué fin sirve angustiarse? Lo que Dios quiere va siempre bien, sometámonos por tanto con amor a sus disposiciones divinas, y hablando así, sonreía siempre con dulzura.* »

« *Varias veces el digno sacerdote Costantini, previendo que la enfermedad sería larga, propuso al venerado Padre obtener la autorización necesaria de la Santa Sede para celebrar en su habitación el santo Sacrificio del altar, pero el humildísimo Padre se opuso, declarándose indigno de tal privilegio, aunque el escuchar diariamente la santa misa le habría dado un inmenso consuelo. Recibía a menudo, después de la medianoche, la santa*

comunión y, cuando era aconsejado recibirla todavía más frecuentemente, respondía: — Vosotros no conocéis la aridez de espíritu que experimento desde hace varias semanas y no sabéis por tanto en qué estado me encuentro ahora. Yo también, al lecho de los enfermos, los confortaba y buscaba convencerlos de recibir frecuentemente el divino Sacramento, pero, ¡oh Dios! Es necesario encontrarse en las pruebas, porque una cosa es hablar y otra es actuar. Dios el Señor purificaba cada vez más con aquellas penas del espíritu la bella alma del padre Luigi, que sin embargo permanecía siempre calmo, paciente y amoroso con quienquiera que se acercara a su lecho de dolor. »

« *El médico había ordenado que se buscara sostenerlo frecuentemente con reconstituyentes, como único medio para superar aquel tipo de enfermedad. Pero, teniendo náuseas por cualquier alimento y reducido a yacer inmóvil en la cama, debiendo por ello ser alimentado a la cuchara, aceptaba de mala gana algún refrigerio. Solicitado con afecto a tomar más de ello, tanto era el rechazo que experimentaba su estómago que con ojos suplicantes repetía: ¡Bastante así, no puedo más! Cuando luego se le preguntaba si quería ser levantado un poco de aquella posición incómoda, respondía: ¡Bien, bien, que hagan lo que crean, pero primero recitemos un Ave María para recomendarnos a esta Madre amorosa!* »

« *Graves y desgarradores eran los dolores cada vez que se le debía mover o alimentar, y era solo en la oración que él encontraba la fuerza para soportarlos. — Vea — dijo un día a un señor que miraba lleno de piedad al Padre sufriente — vea, mi buen amigo, cómo nos ayudamos en los fuertes dolores; ¡con la oración nos fortificamos recurriendo a María! Cuando luego la fuerza del mal lo oprimía mayormente, exclamaba: — Sí, sí, Dios mío, golpeadme, porque lo merezco verdaderamente. Bonum mihi Domine quia humiliasti me. Sí, oh Señor, merecería ser arrojado al fondo del infierno por mis pecados. Sí, Dios mío, vosotros sois el Santo, vosotros el Justo, y yo un miserable pecador. ¡Oh! María, madre querida, venid en nuestro socorro, vos que sois nuestra buena mamá, ¡ayudadnos!* »

« *Durante su larga permanencia en cama, fue visitado tanto por su muy estimado arzobispo Andrea Casasola, como por monseñor Sigismondo de los condes Brandolini-Rota, obispo de Ceneda, y por muchas otras ilustres personalidades eclesiásticas y laicas, para confortarlo y testimoniarle su estima y su afecto.* »

El meticuloso don Blasich nota las dos visitas en sus "*Note cronologiche ecclesiastiche*":

« *El día 23 (sábado) de febrero monseñor Casasola se traslada, regresando hacia el principio de la tarde de su paseo, a visitar al padre Luigi Scrosoppi del Oratorio, cofundador y director de las Hermanas de la Providencia y del orfanato de niñas allí anexo.* »

Y el 6 de marzo habla del obispo de Ceneda, que se trasladó al seminario y al Instituto de la Providencia, dictando en uno y otro lugar un breve discurso; « *visitó también al padre Luigi Scrosoppi, cofundador de las hermanas y ya cercano al fin, que se sintió reanimado por esta visita inesperada.* »

« *Con un pensamiento delicado, la madre superiora general — prosigue Tinti — hizo venir por turno a las vicarias de las casas del Veneto, de la Illiria, de la Istria y del Tirol, a fin de que con sus noticias confortaran el corazón del buen Padre y recibieran de él la*

última y preciosísima bendición. El autor de estas memorias presenció dos veces actos tan conmovedores, que dejan una huella imborrable en el alma de los presentes. ¡Qué palabras de ardiente afecto, qué preciosos consejos y sabios recuerdos el Padre resignado donaba en aquellos últimos días a las hijas de su corazón! Su lecho de dolor se había convertido en una cátedra desde la que se aprendía la verdadera ciencia de los santos. »

La hermana Fedele Scrosoppi, entonces superiora en Rovigno, acudió dos veces al lecho del Padre; la primera el 6 de enero y la segunda el 11 de marzo. En esta ocasión estaba acompañada por la hermana Matilde Osso.

« *Yo también* — relata la hermana Matilde — *tuve la fortuna de verlo durante su última enfermedad; vine expresamente desde Rovigno. La muy reverenda madre general me dijo que relatara al Padre todo el bien que se hacía en nuestra casa de Rovigno. Yo le relaté entonces cómo, en el pasado carnaval, nuestro oratorio festivo había sido muy frecuentado y cerca de trescientas entre muchachas y mujeres jóvenes habían pasado las fiestas con nosotros en vez de en los teatros. El buen Padre lloró de alegría y, dirigiéndose a la superiora general, dijo: "Le recomiendo aquella casa." Cada ocasión era para él preciosa, incluso en su lecho de muerte, para espolear al bien.* »

« *El sereno saludo* — concluye Tinti — *que el padre Luigi dirigía a sus visitantes era: ¡Hasta la vista en el Paraíso!* »

Los últimos sacramentos

El médico tratante aconsejó que fuera oportuno administrar al anciano enfermo los santos Sacramentos, no porque el fin fuera inminente, sino por el temor de que pudiera sobrevenir una parálisis progresiva capaz de debilitarle las facultades mentales. El padre Luigi tenía como confesor ordinario a monseñor Domenico Someda, vicario general del arzobispo, hombre estimado por piedad y cultura, que en su ministerio sacerdotal había colaborado con la obra celosa de los padres filipenses en la iglesia de Santa Maria Maddalena. De él el enfermo acogió con gran gratitud la invitación a recibir el santo Viático — es decir, la última comunión —, que le fue administrado solemnemente por el sacerdote Luigi Costantini.

Después de las oraciones rituales, al momento del « *Señor, no soy digno* — es decir, al Domine non sum dignus — *el padre Luigi, con el rostro radiante y voz clara, hizo una explícita profesión de fe* », renovó las promesas del santo bautismo y recitó los actos de fe, esperanza, caridad y dolor. Declaró con fuerza querer vivir y morir como hijo devotísimo de la santa Iglesia católica romana y pidió perdón por sus faltas a las hermanas y a todas las personas de la casa; bendijo luego a cada miembro de la congregación religiosa y habría continuado todavía por largo tiempo dando desahogo a sus afectuosos sentimientos si el sacerdote Costantini, apelando a la santa obediencia, no lo hubiera hecho callar. Cuando recibió la hostia consagrada, se sumergió en un profundo silencio, adorando con todo el ardor de su corazón al divino Jesús.

En la misma jornada se consideró oportuno administrarle también la Unción de los enfermos, a fin de que recibiera este sacramento de la salud mientras estaba todavía en el pleno poseer de sus facultades. Sin embargo el enfermo no percibía todavía el grave peligro

de vida en que se encontraba, y por eso era necesario prepararlo también para este último rito. La superiora general, demostrándose una verdadera mujer fuerte, se asumió este doloroso encargo y se dirigió con tacto al ánimo del bendito enfermo diciéndole:

« *Padre, le pediría por gracia un favor.* »

« *¿Y cuál?* », respondió el Padre.

« *Nosotras todas, sus hijas* — reanudó la madre — *deseamos que usted esta noche tenga el consuelo de recibir la Unción de los enfermos que, si place a Dios, puede devolverle también la salud del cuerpo.* »

« *¿Y no quiere, madre mía, que yo esté listo y contento? Oh sí, ya desde hace mucho tiempo he ofrecido a Dios el sacrificio de mi vida. Sí, sí, haga el Señor de mí lo que quiera, puesto que estoy plenamente resignado; sin embargo no creía que hubiera tanta urgencia. ¿El médico ha juzgado tal vez grave la enfermedad?* »

« *Sí, Padre, la enfermedad en sí es grave.* »

« *¿Y no podría esperar a mañana para prepararme un poco mejor para el último sacramento?* »

« *Sí, Padre, podría; pero nosotras sus hijas seríamos muy felices si le fuera administrado todavía esta noche.* »

« *Bien, madre, yo estoy aquí listo para cada cosa, dispongan pues. Ahora sin embargo le hago una confidencia. Ahora comprendo el motivo de la visita. Esta mañana he tenido una visión. Se me han aparecido las santas por las que nutro una especial devoción y cuyas imágenes, como usted sabe, guardaba siempre sobre el escritorio. Han venido a darme el aviso de la partida santa Ana, santa Marta y las tres santas María Magdalena, María Cleofé y María Salomé, aquellas queridas santas mías que en vida siempre he amado, honrado e invocado.* [(1)] *Y luego... los cuatro golpes dados por la reliquia de san Felipe son otra señal de la llamada. Le ruego, madre mía, ruegue por mí.* »

Dicho esto con la calma y las disposiciones de un santo, recibió aquella noche misma la Unción de los enfermos.

Cumplido este rito, todas las personas del instituto desearon verlo una vez más, escuchar sus santas palabras y recibir su última bendición. Los mismos artesanos de la casa, los albañiles, el hortelano y el zapatero, pedido y obtenido el permiso de la superiora, entraron en la habitación del anciano enfermo y, arrodillados, no lograron contener las lágrimas y los llantos al ver a aquel viejo moribundo al que amaban como a un padre tiernísimo, mucho más que como a un amo. Sin embargo, por temor a causar una fuerte emoción al enfermo, fueron con garbo invitados a salir. Se dio cuenta sin embargo el muy amoroso padre Luigi, que enseguida pidió llamar de nuevo a aquellos queridos obreros suyos. Reentrados y dispuestos alrededor de su cama, él les dirigió paternas y santas recomendaciones y luego

[1] Este hecho también fue atestiguado (o declarado) en el proceso informativo diocesano por la hermana Santina Gilmozzi (1854-1939), quien lo escuchó de la propia Madre Cecilia Piacentini. (Véase Summarium, pág. 94, párr. 303 en Positio...).

quiso abrazarlos uno a uno. Un peón, que lloraba a lágrima viva, no osaba acercarse considerándose indigno, pero el buen Padre lo alentó diciéndole:

« *Giacometto mío, ven, ven tú también a darme el último adiós* », y le tendió sus brazos temblorosos. ¡Esta es la verdadera fraternidad en Jesucristo que los sagrados ministros del Señor viven hacia los hijos del pueblo!

Desde aquella noche el padre fundador continuó todavía por diversos días conservando la plena lucidez mental, tanto que lograba, con sus recuerdos especiales, ser de ejemplo y de enseñanza para el sacerdote Costantini y para las afortunadas hermanas que podían asistirlo. En este último período, varias veces exclamó en presencia de ellas:

« *He visto en Dios... he visto en Dios.* »

Pero inmediatamente después, por humildad, interrumpía su discurso. En otra ocasión, hechas salir de la habitación las otras personas, reveló a su amado don Luigi verdades altísimas, respecto a las cuales el digno sacerdote Costantini considera deber mantener, por el momento, un prudente silencio.

¡Pero la fotografía no!

Varias veces el padre Luigi, cuando estaba todavía en salud, fue exhortado a dejarse fotografiar, puesto que la comunidad religiosa deseaba conservar su retrato, pero él, por humildad, rechazó siempre dar su propio consentimiento. [2] Durante su larga enfermedad se recurrió a cada astucia para lograr retratarlo, pero fue todo inútil; él permanecía en efecto vigilante y, dándose cuenta de ciertos preparativos dispuestos con el objeto, reprendía dulcemente a las hermanas, al punto de que estas debían resignarse a guardar el material. Solo después de su muerte fue finalmente posible fotografiar al padre fundador.

He aquí un relato muy vivo de aquella « *insidia fotográfica* », una narración que con toda probabilidad proviene directamente de las palabras de la hermana Osanna:

« *Un día en que el buen Padre parecía más debilitado que nunca, tanto como para no aparecer presente a sí mismo, las hermanas trabajaron toda la mañana para colocar cortinajes y hacer preparativos* — en aquel tiempo no existían las cámaras fotográficas avanzadas de hoy —, *con la esperanza de lograr el intento. El Padre miraba, observaba en silencio sin comprender, y cuando se dirigió a su enfermera para tener explicaciones, ella le respondió no saber nada.*

Cuando todo estuvo listo, monseñor Luigi Costantini y la madre Osanna dijeron al Padre querer levantarlo un poco, y ayudaron al anciano enfermo a sentarse sobre la cama, sosteniéndolo el uno a la derecha y la otra a la izquierda. A toda prisa posicionaron el aparato fotográfico. En aquel momento el buen Padre se dio cuenta de cuanto estaba sucediendo y, dirigiéndose a monseñor, le dijo:¡Eh! ¡Tú me quieres traicionar! » Luego,

---

[2] En la audiencia informativa, varios testigos declararon sobre la falta de una fotografía del padre Scrosoppi. Por su parte, el Cittadino Italiano, en su edición del 5 de mayo de 1884, publicó un retrato del padre Luigi en su portada, señalando que había sido tomado en su lecho de muerte por el talentoso profesor A. Milanopulo y que se parecía mucho al original. (Stampa, A.L.S.).

volviéndose hacia la hermana: « *¡Pilla! ¡Has tenido el coraje de decirme la mentira de que no sabías lo que estaban haciendo!*

No sirvieron ni ruegos ni suplicios: el buen Padre, que nunca había deseado otra cosa sino la mayor gloria de Dios, el bien de las almas y para sí mismo un total anonimato, mantuvo firme este deseo hasta el final. Por este motivo comenzó a mover continuamente la cabeza a la derecha y a la izquierda, de modo que tuvieron que abandonar la idea y el consuelo de tener un retrato suyo en vida, debiendo contentarse con tomarlo después de su santa muerte ».

Parece, en efecto, que existió una fotografía de su cadáver, pero se ha perdido.

Exhortaciones extremas

En aquel período, cuando las hermanas se mostraban afligidas por su inminente desaparición, temiendo casi que sin él pudiera extinguirse la congregación religiosa y especialmente el Instituto de las Desamparadas, el venerado Padre las confortaba diciéndoles:

« *No, no, hijas mías, no quiero verlas tristes y desconsoladas. No teman nada: esta es la casa de Dios, Él es el amo de ella, esta ha sido obra suya y, precisamente como la ha hecho nacer y crecer, de la misma manera la hará progresar. Dios no tiene necesidad de ninguna criatura, Él se sirve de cualquier instrumento para cumplir su obra.* »

Otras veces insistía en recomendarles:

« *Tengan confianza en Dios, sobre todo en medio de las más graves tribulaciones; no os debéis desalentar, hijas mías, sino que debéis confiar en Jesús y repetir: ¡Viva Jesús! ¡Viva María! Os suplico en cada circunstancia cumplir siempre la voluntad de Dios. Ámense, ámense, a fin de que vuestro corazón se inflame, arda y se consuma de amor hacia Jesús, que es todo amor. Vivan en la caridad, puesto que Dios es amor* (*Deus caritas est*) *... Os ruego decir siempre: morir sí, ¡pero ofender a Dios, no, no! La voluntad de Dios es vuestra santificación, a fin de que os convirtáis en verdaderas esposas de su Hijo divino y para que el Espíritu Santo os colme de cada gracia y bendición, de modo que podamos encontrarnos todos unidos entre los coros celestiales en el Paraíso.* »

En otra ocasión se expresaba con estas palabras:

« *La congregación de las hermanas deberá afrontar muchas tribulaciones, pero confiad en el Señor, hijas mías, porque esta congregación dará mucha gloria a Dios. Ella florecerá con vigor y se convertirá en el jardín que preparará las almas para el santo Paraíso. Caridad, caridad: he aquí el espíritu de vuestra congregación; ¡salvar las almas y salvarlas con la caridad!* »

Además, el humilde Padre mostraba su descontento cuando lo llamaban fundador.

« *Oh no* — respondía — *yo no he sido el fundador, solo he ayudado a la obra de mis hermanos, el padre Carlo y don Giovanni Battista; yo he hecho muy poco y reconozco no merecer este título.* » Por último, llegó a decir:

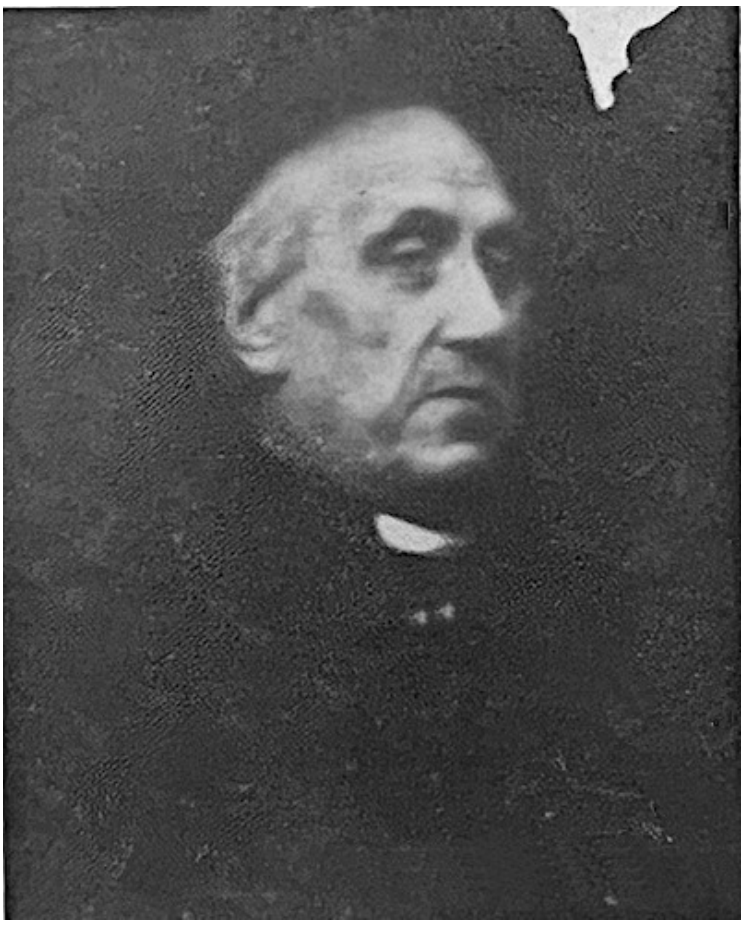
« *He comprendido en Dios que es necesario que yo muera por el mayor bien de la congregación; sí, sí, después de mi muerte, por algún tiempo el instituto será probado por las dificultades, pero más tarde renacerá a nueva vida. ¡Sí, sí, debo partir para el mayor bien de la comunidad!* »

Con estos destellos de luz intensa, semejante a una lámpara que está a punto de apagarse, el venerado Padre dejó traslucir desde el lecho de muerte toda la belleza de su alma la cual, impregnada por la caridad divina, no transmitía otra cosa sino caridad.

La santa muerte

« *En los últimos días, perdida la palabra, siendo exhortado a realizar mentalmente actos de amor hacia Dios y de arrepentimiento, y mientras se le recitaban el Miserere y el Te Deum, demostraba agradecerlos y acompañar con el corazón las devotas oraciones, hasta que, apagándose poco a poco, confortado, además de por los habituales auxilios espirituales, también por la bendición del Papa, expiró rindiendo el alma a Dios.* »

« *Estaban presentes en su santo tránsito el fiel sacerdote Costantini, la superiora general con otras tres hermanas, que hasta el amanecer velaron en oración recitando el oficio de los difuntos y otras oraciones de sufragio por aquella alma bendita. Después de la señal del despertar, fue dado a la comunidad el anuncio de la muerte, si bien previsto, pero no por esto menos doloroso y desgarrador por la pérdida de un tal Padre.* »



Don Luigi Costantini, ligado al padre Luigi por una profunda amistad, lo asistió en la última enfermedad hasta la muerte.

El padre Luigi expiró a las 10:40 de la noche (es decir, a las 22:40) del 3 de abril de 1884[3], que aquel año era el jueves de la semana de Pasión (la Semana Santa). Se habían celebrado ya las primeras vísperas de la festividad de los Siete Dolores de María Santísima.

No nutrimos ninguna simpatía por aquella búsqueda de perfección hagiográfica según la cual un santo debe morir de modo ideal en el día más adecuado a su espiritualidad. Resta el hecho de que el padre Luigi murió en la jornada litúrgica dedicada a los dolores de la Virgen. Repensemos entonces en aquel cuadro de la Virgen, con el corazón traspasado por la espada, que se imprimió en los ojos del pequeño Luigi desde que, niño, comenzó a frecuentar la iglesia de Santa Maria Maddalena; en aquel cuadro que él rescató, junto con el del Corazón de Jesús, de la incautación estatal de 1867. Recordamos cuánto recomendaba él a las hermanas la devoción a la Dolorosa, enumerando las cuatro gracias que ella concede a sus devotos: un arrepentimiento perfecto de las culpas; la pasión de Jesús impresa en la mente y en el corazón; la eficacia de la protección de María; un acto perfectísimo de amor antes de expirar. Los "*Cenni biografici della vita edificante delle nostre amate consorelle"*, que hemos citado varias veces, dicen de la hermana Cherubina Voncini:

« *Como todas nuestras madres ancianas, nutría una profunda devoción a la Dolorosa. Cada día recitaba la corona de los siete dolores y experimentó luego en la muerte efectos del todo especiales; entre otros, un acto perfectísimo de amor a Jesús que le quitó la vida y la llevó directamente al santo Paraíso.* »

Si esto se pudo decir de la hija espiritual, ¿no habrá sucedido también con el Padre que la había educado?

Cuando la mañana del 4 de abril, a las cinco y media, sonó la campanilla del despertar en el colegio de la Providencia, la voz « *¡El Padre ha muerto, el Padre ha muerto!* » se difundió en un abrir y cerrar de ojos. « *¡Cuántas lágrimas a la muerte del Padre en nuestro colegio! ¡Era un diluvio!..* »; así recordaba todavía la señora Margherita Bellò, viuda de Gremese, en 1934. Ella había sido acogida allí huérfana en 1874, a petición del párroco de San Quirino monseñor Carlo Filipponi, carísimo amigo del padre Scrosoppi, cuando tenía solo cinco años; y permaneció allí todavía un año después de la muerte del fundador.

Ecos de la muerte del Padre

El mismo 4 de abril la superiora general y las hermanas de la Providencia difundían en la ciudad una hoja con el anuncio de la muerte y el horario de las exequias:

« *La función fúnebre tendrá lugar en el oratorio de las Desamparadas a las 10:00 de la mañana y el traslado para la sepultura a las 14:00 del 3 de abril.* »

Entretanto monseñor Antonio Feruglio presentaba una solicitud oficial a la prefectura, acompañándola con el certificado médico del doctor Mander, para obtener el permiso de

[3] La hora de la muerte aparece en el anuncio fúnebre impreso de las Hermanas de la Providencia. Esto contradice lo que leemos en Tinti, quien suele ser una fuente bien informada y precisa. El error probablemente se explique: el autor confundió la hora de la muerte con la hora de entrega del telegrama que contenía la bendición pontificia, recibida en Udine a las 23:35, como consta en el formulario (A.L.S., archivo 1, doc. 28), pero entregada posteriormente, con la circunstancia agravante del 3 de abril aún presente, que debería haberse sustituido por el 4 de abril (L. TINTI, o.c. 236).

trasladar a Orzano el cadáver del padre Luigi, según su deseo de « *ser sepultado en la capilla anexa a su chalecito, tratándose precisamente de localidad aislada y de capilla no abierta al culto público* » (decreto del 3 de abril).

La prensa de la ciudad se hizo portavoz del dolor y de la veneración universal. El diario católico "*Il Cittadino Italiano*" daba el anuncio de la muerte con un resalto excepcional, en la primera columna de la primera página.

« *La ciudad — decía entre otras cosas — ha perdido un gran benefactor, el clero un ejemplo espléndido de virtudes sacerdotales, y la historia del Friuli registrará su名 nombre al lado de los de Filippo Renati, del padre Micesio, del canónigo Tomadini, del padre Carlo Filaferro. Por esto la memoria del padre Scrosoppi será siempre bendita. Si por una parte es de consuelo dirigirse hacia las tumbas veneradas y doblar sobre ellas la rodilla, es por otra parte doloroso que los despojos mortales de este santo hombre, en conformidad con sus deseos expresados, deban ser trasladados lejos de la ciudad: cúmplase su voluntad.* »

Este último pasaje expresa claramente el pesar de muchos ciudadanos por el hecho de que los restos de este santo hombre no permanecieran en Udine, donde habrían podido venerar su tumba. El mismo periódico, luego, en los números sucesivos del 8 y 9 de abril, dedicaba a la primera página más de seis columnas para una breve biografía del Padre escrita por don Ferdinando Blasich, texto que fue luego publicado como opúsculo.

Los dos diarios liberales, "*La Patria del Friuli*" y "*Il Giornale di Udine*", hablaron también ellos con una cierta amplitud tanto de la muerte como del funeral. El primero, el 4 de abril, bajo el título Un benefactor del pueblo, escribía:

« *Dedicó la entera vida a ventaja de la beneficencia; y sin contribuciones financieras ni del municipio de Udine, ni de la provincia ni del Estado, mantuvo y educó a las huérfanas del pueblo, que casi cada año llegaban al número de cuatrocientas... Lo que es bueno, quienquiera que lo haga y de cualquier impulso esté movido, merece siempre el aplauso y la gratitud, y es precisamente por esto que, a pesar de los cambios de las leyes y de los usos, el instituto del padre Scrosoppi ha sido respetado, y el pueblo de Udine se ha encariñado con él, como ya sucedió con el instituto de los pequeños huérfanos de monseñor Tomadini.* »

No era fácil, en aquellos tiempos, recibir elogios mayores en un periódico liberal, puesto que el padre Luigi había tenido un "*defecto*" para ellos imperdonable: había sido un sacerdote, un santo sacerdote.

Mucho más solemne fue el artículo del otro diario liberal, Il Giornale di Udine; y aunque su tono nos resuene hoy un poco insólito, consideramos un deber reportarlo casi íntegramente:

« *Ochenta años empleados en el ejercicio de la caridad hacia los hermanos infelices difunden sobre la tumba de un hombre el perfume de una tierna y sin embargo sublime grandeza, y la idea por la que en el pecho de aquel hombre ardió tan alto ardor de piadoso amor, es una idea viva, potente y que se debe tener, como cada elemento de civilización, en la más profunda veneración. El padre Luigi, sacerdote y hombre de tiempos más serenos que los nuestros, recogió como un espejo cóncavo, en un único foco* — el de la caridad —

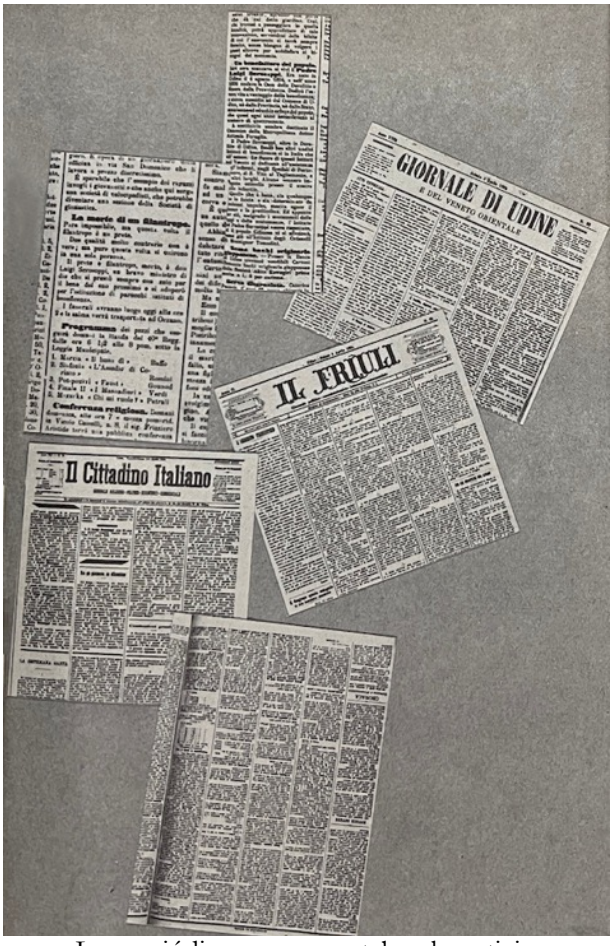
los rayos de las tantas relaciones que aparecen entre los dos mundos, lo infinito y lo finito; fue una síntesis y tuvo la energía prodigiosa que de la síntesis siempre deriva.

Hombre singular e insigne por la compactación de todas las fuerzas innatas y adquiridas en un núcleo homogéneo, desde el punto de vista de la sabiduría humana no habría sin embargo podido abrazar a los hombres con una mirada de amor; lo hizo en cambio desde el de Dios, amor universal y principio y fin de cada gran empresa. Son raros por desgracia los sacerdotes como el buen viejo apenas difunto; pero la especie no abunda tampoco de otros que le asemejen, puesto que, al menos frecuentemente, la caridad se ha convertido, en el templo y fuera, en una especulación hipócrita y facciosa... »

¡De acuerdo, había veneno en la cola! Pero precisamente por provenir de tal púlpito, es todavía más significativa la bella definición de Scrosoppi como « *síntesis de divino amor.* » Hemos evidenciado nosotros algunas frases para hacer resaltar el retrato espiritual del Padre, de veras incisivo, trazado por una plula laica y declaradamente anticlerical.

El periódico Il Friuli, que Blasich introduce entre los definidos como impíos, publicaba el 5 de abril el artículo La muerte de un filántropo:

« *Parece imposible, pero esta vez el filántropo es un sacerdote. Dos cualidades muy contrastantes, ¿no es verdad? Y sin embargo esta vez se han unido en una sola persona. El sacerdote y filántropo difunto es don Luigi Scrosoppi, un buen ministro de Dios, que se prestó siempre con celo para el bien del prójimo y se dedicó para la fundación de diversos institutos de beneficencia.* »



Los periódicos que reportaban la noticia
de la muerte del padre Luigi.

El 7 de abril daba luego una detallada noticia de los funerales comenzando así:

« *Los funerales del llorado don Luigi Scrosoppi han sido una verdadera demostración de afecto y de estima* », haciendo alusión a un número infinito de ciudadanos que tomaron parte en ellos.

No habló de ello en cambio el quinto diario de la ciudad, "*Il Popolo*", si no en un artículo polémico del 9 de abril por la falta de participación en los funerales de las autoridades gubernamentales — es decir, el prefecto y el jefe de policía. No habló de ello sosteniendo que era notorio para todos — sea de molde *lippis et tonsoribus* — que los sacerdotes, incluso bajo el manto de la caridad, trabajan sin cesar para debilitar al Estado unitario — es decir, el edificio nacional —, y que el Papa — es decir, el prisionero del Vaticano — recuerda con demasiada frecuencia a los fieles sus propias posiciones. En la misma estela se colocó el periódico local Florean dal Palazz y, de modo más vulgar, "*L'Esaminatore Friulano*" del apóstata Vogrigh, el cual concluía:

« *Si Scrosoppi ha merecido bien ante el partido clerical, nadie se opone a que su partido le rinda grandes honores fúnebres; pero pretender que el municipio haga de apoyo a los clericales es una pretensión algo original.* »

Quien no se unió a la exaltación general lo hizo por tanto por una clara elección de hostilidad política.

La gran masa de los habitantes de Udine, sin embargo, con el sentido práctico y agudo típico del pueblo, razonó aproximadamente así:

« *¿El padre Luigi fue un clerical? ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Permaneció fidelísimo al Papa? Era su deber. ¿Pero cuántos huérfanos han acogido y mantenido esos periodistas? Él sí.* »

Y a sus funerales acudieron en número infinito.

Los funerales del padre Scrosoppi

Cedemos de nuevo la palabra a monseñor Tinti:

« *La mañana del sábado 5 de abril, en la iglesia de san Gaetano adyacente al coro del instituto, después de la recitación del Oficio de los difuntos ejecutada por las Hermanas de la Providencia y por las muchachas acogidas en la Casa* — es decir, las educandas desamparadas —, *el propio vicario general monseñor Domenico Someda celebró la santa misa. Antes del último adiós al cadáver, con aquel calor comunicativo que tanto lo distinguía, pronunció breves pero espontáneas y conmovedoras palabras de elogio del Padre desaparecido; al dar el adiós al ataúd, expresó la esperanza común de que aquella alma bendita hubiera ya entrado en la fila de los santos.* »

« *Hacia las dos de la tarde siguió el traslado del cadáver a Orzano, cerca de Cividale, donde el Padre había ya establecido ser sepultado; el acompañamiento al funeral fue solemne y extraordinario.* »

« *Abrían el cortejo los huérfanos del Instituto Tomadini, el Patronato de San Giuseppe de Cividale con la bandera listada de luto, el Patronato de Santo Espirito de Udine con la fanfarria, que alternaba las tristes melodías con el canto del Miserere y con la recitación del santo rosario, los sacerdotes de la cofradía de San Pedro apóstol y muchos otros*

miembros del clero de la ciudad. A la guía de la procesión se encontraba el párroco del Carmine, en cuyo territorio parroquial se eleva la Casa de las Desamparadas. »

« *Detrás del ataúd, llevado a hombros por los seminaristas, seguían el alcalde conde de Gropplero, los representantes del arzobispo, del cabildo de la catedral, de los párrocos de la ciudad, del seminario, del colegio Giovanni da Udine y de los institutos Renati, Zitelle y, por última, una larga fila de Hermanas de la Providencia y de huérfanas con los cirios encendidos, las Rosanies y el Asilo infantil de la Inmaculada.* »

Tinti incurre aquí en un error. El alcalde de entonces, en efecto, era el conde Luigi de Puppi, que participó en la ceremonia a título personal. Al lado de él, el periódico "*Il Friuli"* recuerda « *al conde Antonio Trento, al noble Niccolò Mantica, varios empleados del monte de piedad, los representantes de la congregación de caridad — estos también no en vestidura oficial — y otros institutos de pública beneficencia de la ciudad y de la provincia.* »

El mismo diario define « *digno de las virtudes excelsas del difunto* » el elogio fúnebre mantenido por monseñor Someda.

« *El cortejo, sin boato ni ruido del mundo, procedía desde la calle del Seminario al plaza del Arzobispado y, habiendo tomado la calle Tomadini, se dirigía a la puerta Pracchiuso; llegado al punto en que el ferrocarril cruza la calle que conduce a Cividale, el cortejo se disolvía. La opinión pública y la prensa liberal, que también había anunciado la muerte del padre Luigi Scrosoppi con expresiones de respeto, lamentaban justamente algunas ausencias no justificadas.*

Y en efecto, entre los presentes al funeral se deploraba vivamente que el mismo municipio no se hubiera hecho promotor de honores solemnes para el padre Luigi, tanto benefactor de la patria de Friuli; se notaba además con dolor la ausencia de las autoridades civiles, mientras que en otras circunstancias se decretaron honores solemnes y se participó con gran boato en los funerales de personas célebres solo por un odio inconsiderado hacia el catolicismo. Ningún reconocimiento oficial, ni siquiera el carro fúnebre fue concedido al sacerdote que había consagrado todo su patrimonio y a sí mismo a la clase más necesitada del pueblo. La misma congregación de caridad, que había varias veces beneficiado de los auxilios del padre Luigi, no envió a sus propios representantes oficiales a los funerales. ¡Tristes signos de una época en la que el espíritu de facción o de secta domina por desgracia las muchas instituciones de la sociedad moderna! »

Una primera fuerte crítica contra esta deplorable ausencia « *oficial* » fue movida el 5 de abril por *"Il Cittadino Italiano"*. Pero mucho más duro fue un artículo de Niccolò Mantica aparecido en "*Il Giornale di Udine*" el 7 de abril con el título "*Ingratitud oficial*", que fue luego reproducido por el "*Cittadino"*. Se trataba de un artículo muy punzante. He aquí algunos pasajes de él:

« *Los representantes del gobierno, que, de buena o mala voluntad, se inclinan ante la plaza y ante sus representantes, ¿no supieron o no quisieron rendir homenaje a un hombre tan benefactor de la pública caridad de la ciudad? ¿O tuvieron miedo de hacerlo porque el difunto era un sacerdote? El gobierno nacional, que distribuye honores a todos los que los piden, y también a los más modestos que se los hacen pedir, no se acordó de que en Udine existía un Padre Scrosoppi.*

Pero el padre Scrosoppi operaba continuamente, proporcionaba cada día instrucción a 396 mentes y comida a 396 bocas; ¡no tenía tiempo de hacerse publicidad con chismes en las plazas, en los teatros o en los salones, o con controversias en los periódicos, y por tanto tal vez muchos de los modernos críticos severos no sabían ni de su existencia! Sin embargo el gobierno habría debido saber al menos, anteayer, que el padre Luigi Scrosoppi era director del Instituto de las Desamparadas; pero por desgracia nos ha demostrado no saber ni esto. ¿Es este el modo de educar a las masas? Por nuestra parte deploramos vivamente tanta negligencia como uno de los muchos tristes, tristísimos señales de los tiempos. »

Nadie osó replicar directamente a Mantica; antes bien, "*La Patria del Friuli*" se unió a su crítica. Pero *"Il Popolo"* y algunos periódicos, como ya se ha mencionado, hicieron de ello la ocasión para una controversia que envolvió un poco todo, olvidando sin embargo el argumento principal, es decir los méritos sociales del Padre. Hemos hablado de estas « *bajezas* » por deber de crónica histórica, para restituir el clima de la época y también — ¿por qué no? — como una advertencia. La historia, en efecto, frecuentemente se repite...

La sepultura en Orzano

Al disolverse el cortejo, el ataúd fue colocado sobre un carro agrícola y, con el acompañamiento de algunas Hermanas de la Providencia y huérfanas abandonadas, a las que se unieron algunas muchachas del oratorio festivo y la banda musical del "*Patronato de Santo Spirito"*, el reverendísimo monseñor Antonio Feruglio y el sacerdote Luigi Costantini se pusieron en viaje hacia Orzano. Más allá del puente sobre el torrente Torre vino a su encuentro el vicario cura de Remanzacco; rogando y llorando con tristeza, en el silencio de la naturaleza y bajo un cielo que se cubría de ligeras nubes, como si quisiera participar en el dolor común, llegaron a la aldea de Selvis.

« *Aquí se presentaron los dos capellanes de Orzano con los cofrades del Santísimo Sacramento en capa corta roja; aquí y allá se oían los tañidos lúgubres de las campanas y acudió mucha gente de las campiñas y de los contornos que, a centenares, se apresuraba a rendir el último tributo de amor al padre Luigi.*

El espectáculo se volvió conmovedor: mujeres y muchachas en fila con las velas y con el rosario en la mano; hombres y jóvenes que habían interrumpido su labor en los campos y cerrado sus casas para unirse al séquito. Sin exagerar se pueden calcular varias miles de personas. El ataúd fue quitado del carro y llevado a hombros por los más robustos y, de este modo, por cerca de dos kilómetros se desenrolló un nuevo e igualmente devoto entierro hasta la iglesia de la curaduría de Orzano.

Esta no estaba ciertamente en condiciones de contener a una multitud semejante; y mientras en el interior del edificio se cantaban las vísperas de los difuntos y las oraciones fúnebres, el pueblo fuera de la iglesia, asombrado y conmovido, participaba devotamente en el rito sagrado.

El entierro se puso luego de nuevo en camino hacia la iglesita de la Beata Virgen de Loreto, cercana a la casa de las hermanas. El ataúd fue depositado en tierra, pero aquella gente no lograba desprenderse de aquel precioso ataúd. Entonces el sacerdote Costantini,

de complexión vigorosa, subió sobre una tarima para ser visto y oído por toda aquella multitud y habló con la elocuencia del corazón respecto al espíritu de oración, de penitencia, de humildad y de caridad que había animado al padre Luigi Scrosoppi en el largo curso de su muy laboriosa vida, para concluir con las palabras del Evangelio: Os he dado en efecto ejemplo, para que como he hecho yo, hagáis también vosotros (Jn 13, 15). »

El sacerdote Costantini podía bien hablar de la penitencia del Padre, puesto que había tenido la suerte de quitarle el cilicio y de recoger muchos otros instrumentos con los que él castigaba severamente su propio cuerpo. El discurso de Costantini no era una oración fúnebre preparada, sino un rápido torrente de sentimientos y de pensamientos dictados por el corazón de quien había estado a su lado por tres meses consecutivos. El orador se conmovió desde sus primeras palabras; abundantes lágrimas surcaban su rostro afligido y transmitió un sentido tal de emoción a toda la multitud que se levantó un llanto y un lamento universales. Todos deseaban tocar y besar el ataúd que contenía los venerados restos del padre Luigi, hasta que este fue depositado en el lugar en el que él mismo se había preparado la tumba.

Él, tan devoto de la Santa Casa de Nazaret, quiso que sus restos mortales descansaran en una pequeña capilla modelada sobre la Santa Casa de Loreto. Queda ahora el deseo de que esta pequeña iglesia de las hermanas en Orzano pueda ser pronto abierta al culto, realizando el vivo deseo expresado en vida por el padre Luigi, el cual decía querer hacerla bendecir por tres obispos.

En aquel día, y no lejano, en el que se pueda celebrar en ella el santo sacrificio del altar, ¡cuánto exultarán las hermanas y las muchachas, y les sonreirá desde el Cielo el bendito padre fundador!

La iglesita de la Virgen de Loreto de Orzano fue bendecida y abierta al culto el lunes 18 de octubre de 1897, fiesta de san Lucas, poco más de un año después de la publicación de la biografía escrita por Tinti.

La bendición fue impartida por monseñor Antonio Feruglio, entonces obispo de Vicenza, en la presencia de monseñor Pietro Antivari, obispo titular de Eudoxíade y vicario general de Udine, y de monseñor Francesco Isola, obispo de Concordia. Al canto del Te Deum en la función de la tarde el arzobispo de Udine, monseñor Pietro Zamburlini, intervino también. En la crónica de la celebración reportada por "*Il Cittadino Italiano"* del 21 de octubre, el padre Luigi es definido « *el santo fundador de la Casa de las Desamparadas y de la congregación de las Hermanas de la Providencia* »; se dice que por aquel rito sagrado « *el alma del padre Luigi exultó ciertamente de alegría en el cielo* » y se subraya que los cuatro obispos quisieron honrar con su presencia la memoria bendita del padre Luigi.

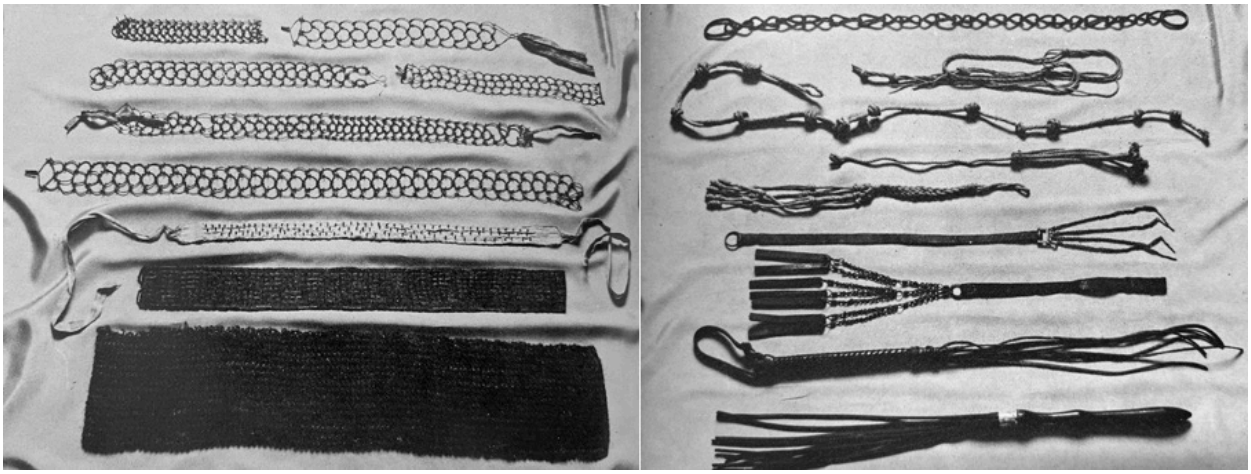
Para la ocasión se imprimió un soneto, del cual reportamos los tercetos finales:

« *Cuando sobre el altar (y ha llegado el día)*
se ofrece la hostia de paz, y su morada
perenne hará en esta humilde estancia,
sobre vuestras hermanas y las huérfanas entonces
benigno desciende y aleteando alrededor
enseña cómo en el Cielo a Jesús se adora. »

Sobre la tumba de Orzano fue además colocada una lápida con una inscripción latina destinada a transmitir a la posteridad el afectuoso recuerdo de las hermanas y de las huérfanas por su padre protector.

Santos recuerdos

« *Con un pensamiento delicado* — escribió Tinti — *las excelentes hermanas recogieron en una urna de vidrio diversos objetos pertenecientes a su venerado Padre, que muestran claramente una pobreza y una piedad iguales a su heroico espíritu de mortificación. La urna es conservada en el oratorio privado de las hermanas en Orzano y contiene, entre los otros, los siguientes objetos dignos de nota: el cordón de san Francisco, un corsé con tres anchas varillas, una cintura de áspero cilicio, tres disciplinas de cuerda, una disciplina de cuero, una disciplina de hierro con bolitas de plomo puntiagudas, una gruesa cadena de hierro para ceñirse los flancos, dos ganchos de hierro, sus habituales libros de devoción, sobre los que había escrito su frase predilecta: Operar - Padecer - Callar, y algunas imágenes sagradas que llevan los signos de los besos devotos que había impreso en ellas.* »



Instrumentos de Penitencia del Padre Luigi

Ante aquellos instrumentos de penitencia, uno no puede dejar de conmoverse y estremecerse, pensando que el padre fundador los utilizaba con alegría de espíritu, como si fueran instrumentos de placer, y que mientras le laceraban las carnes ¡le daban un consuelo inefable! El venerado Padre imitaba a san Pablo que exclamaba:

« *Cuando soy débil, es entonces cuando soy fuerte* » (2 Cor 12, 10).

¡He aquí el gran secreto que enriquece con las gracias más selectas a las almas santas: la mortificación de los sentidos y la de la propia voluntad!

La muerte del padre fundador fue sentida profundamente por toda la congregación religiosa, y lo lloraron con lágrimas sinceras las huérfanas inocentes que tanto amaban a su tierno padre Luigi.

En todas las casas de la congregación se celebraron solemnes entierros en oración por el difunto y en Portogruaro, donde desde 1837 tuvo lugar su primera fundación de las hermanas en el hospital de la ciudad, fue celebrada una merecida función al trigésimo día en la cercana iglesia de san Juan Evangelista, con la participación de mucha gente, del clero y de las autoridades administrativas y municipales guiadas por el digno alcalde Francesco

de los marqueses Fabris; fue además publicado el elogio fúnebre leído por quien tiene ahora la grata tarea de escribir estas memorias.

De la misma manera, en todas las casas de la congregación se celebra con solemnidad el aniversario de la muerte del siempre amado y recordado padre fundador, respecto al cual es convicción común que es más oportuno encomendarse a su intercesión, antes que pensar que él tiene necesidad de oraciones de sufragio.

LA PEDAGOGÍA DEL SACRIFICIO

Este subcapítulo quiere integrar la obra original de monseñor Biasutti con el objeto de ofrecer una clave de lectura moderna a prácticas ascéticas que el tiempo ha vuelto difíciles de descifrar. El intento es desvelar cómo el riguroso camino de la penitencia era la raíz invisible de la inquebrantable laboriosidad y de la resiliencia apostólica de san Luigi.

APL – Amigos del Padre Luigi

Si Biasutti, con su indiscutida honestidad intelectual, no ha pasado bajo silencio el uso que el padre Luigi hacía de ásperos instrumentos de mortificación, a nosotros, modernos estimadores de este Santo, nos corresponde la tarea de encuadrar estas prácticas no como una oscura herencia del pasado, sino como una necesidad surgida de una fuerza de ánimo fuera de lo común.

Ante el cilicio, las disciplinas y aquellas « *cuerdas a las manos y a los pies* » que el Padre anotaba en sus propósitos de 1856, la sensibilidad moderna puede experimentar un movimiento de desconcierto. Sin embargo, para el padre Luigi, poner la propia carne a prueba no era un fin, sino más bien una necesidad y, sobre todo, un riguroso entrenamiento del espíritu.

Lejos de ser una anomalía, la ascesis del padre Scrosoppi lo coloca en una fila de santos universales que han visto en el cuerpo al « *hermano asno* » por educar para servir mejor al espíritu. Él caminaba sobre las huellas de san Francisco de Asís y de san Ignacio de Loyola, de quienes aprendió el « *tercer grado de humildad* »: no solo aceptar el padecer, sino desearlo activamente para ser una « *verdadera copia* » de Jesús crucificado que ha sabiamente aceptado la cruz. Es la misma "*ciencia del dolor*" que encontramos de nuevo en figuras cercanas a nosotros como san Pío de Pietrelcina, santa Teresa de Calcuta o san Juan Pablo II, quienes han compartido físicamente el peso de la Cruz para arrancar almas al mal.

La reflexión que hoy emerge con fuerza es que la inmensa tarea de poner en pie y regir doce obras titánicas para los más pobres — a partir de la primera y más imponente: la Casa de las Desamparadas — exigía una templanza de acero. El padre Luigi no retrocedía nunca ante lo imposible. Sus penitencias eran el « *campo de adiestramiento* » que el permitía:

Afrontar la fatiga física y la humillación: quien sabía callar ante las mordeduras del cilicio, sabía también sonreír después de haber recibido una bofetada durante la « *colecta* » o después de una jornada pasada haciendo de peón para los albañiles de la casa.

Vencer el miedo a la muerte: la prontitud heroica mostrada en el Viernes Santo de 1848, cuando recogió a los heridos bajo el tiro de las artillerías, no nació de la nada, sino de un hombre ya habituado al sacrificio diario.

Abandonar toda justificación: allí donde otros sacerdotes, aunque doctos y piadosos, veían « *imposibilidades materiales* », Luigi respondía con la fuerza de quien había aprendido a superar cada obstáculo y a no buscar comodidades para sí mismo, con tal de dar el pan a sus « *queridas almitas* » y alcanzar sus objetivos de donación total.

« *Hacer, Padecer, Callar* »: el célebre trinomio scrosoppiano encuentra aquí su síntesis perfecta. El « *Hacer* » (la laboriosidad incansable) y el « *Callar* » (la humildad del ocultamiento) estaban sostenidos por la capacidad de « *Padecer* ». Los instrumentos de penitencia eran la "*armadura*" que lo volvía fuerte precisamente cuando las dificultades eran el preludio de una rendición.

Hoy, como hijas y amigos del padre Luigi, no deberíamos mirar aquellos instrumentos con vergüenza, sino como la "*gimnasia*" de un "*atleta de la Caridad*" que supo entrenar su propio corazón y su propio cuerpo para no detenerse nunca ante la necesidad del último, del pobre y del sufriente. Si san Luigi fue un gigante del la acción social, es porque fue antes que nada un ejemplo de silencio y de sacrificio.

Esta "*pedagogía del sacrificio*" encuentra su prototipo absoluto no solo en el misterio de la Cruz, sino en el camino humano de Jesús mismo. Antes de comenzar su misión pública, el Cristo eligió deliberadamente afrontar los cuarenta días de ayuno en el desierto — es decir, una experiencia que a nivel humano va bien más allá de los instrumentos de penitencia de los más grandes y conocidos santos. Aquella experiencia no fue un paréntesis pasivo, sino una elección estratégica de "*combate espiritual*": Jesús quiso someter su naturaleza humana a la prueba extrema del hambre y de la soledad para vencer en nosotros, y por nosotros (a través de su ejemplo), las tentaciones fundamentales a las que cada hombre está sujeto.

En el desierto, Jesús derrota al "*padre de todo egoísmo*", rechazando los halagos de la posesión (transformar las piedras en pan), del poder (el dominio sobre los reinos del mundo) y del éxito (la espectacularización de lo divino). Él demuestra que el "*dominio sobre el propio cuerpo y sobre las propias pulsiones*" es la condición indispensable para la verdadera libertad.

En este sentido, las penitencias del padre Luigi son su personal ritualización del "*desierto*". Él comprendía que el Egoísmo es la raíz de toda maldad humana y el principal obstáculo a la Caridad. San Luigi sabía que, para servir a los últimos sin reservas, debía primero vencer en sí mismo los halagos del bienestar y de las comodidades.

Mientras otras tradiciones — desde las orientales de los Yoguis hasta las laicas de los Estoicos — han buscado el dominio del cuerpo para alcanzar el equilibrio interior o la ataraxia — es decir, la imperturbabilidad —, en el padre Luigi este "*entrenamiento al sacrificio*" tiene una meta bien precisa: la identificación con el Cristo que eligió primero el desierto y luego la cruz.

No se trata de masoquismo, ni de un desafío fin en sí mismo contra la biología, sino de una trascendencia del Yo. Como el maratoniano afronta el dolor para alcanzar la meta, o el cirujano soporta horas de fatiga para salvar una vida, así Luigi Scrosoppi "*entrenaba*" su

humanidad. Si fue capaz de afrontar lo imposible y de no retroceder nunca ante la miseria de sus "*desamparadas*", es porque ya había vencido la batalla más difícil: la de contra su propio "*yo*" egoísta, en el silencio de una celda, entre el cilicio y la oración.

El nos enseña que no hay verdadero "*Hacer*" (acción social) que no esté nutrido por un profundo "*Padecer*" (capacidad de sacrificio) y protegido por un humilde "*Callar*" (victoria sobre la vanidad).

En él, la penitencia no es sombra, sino la fuente luminosa de una Caridad que todavía hoy, después de casi dos siglos, continúa calentando al mundo.

Las celebraciones para el trigésimo día

Debemos ahora regresar un paso atrás y decir algo respecto a las solemnes honras rendidas al Padre en el trigésimo día de su desaparición.

El 3 de mayo "*Il Cittadino Italiano"* salió en edición especial, con una forma gráfica nunca utilizada para nadie, si no para los arzobispos de la ciudad. Toda la primera página estaba ocupada por un retrato de Antonio Milanopulo, que reproducía la venerada imagen del padre Scrosoppi.

Desde el lunes 28 de abril, por voluntad de la autoridad diocesana, se habían reunido en las oficinas de la curia el vicario foráneo de Udine monseñor Della Stua, el canónigo honorario y vicario de la catedral monseñor Zucco, el doctor Vincenzo Casasola, el conde Federico Trento, el señor Pasquale Fior, el señor Eugenio Ferrari y el muy reverendo don Novelli, como párroco más anciano, para constituir un comité encargado del objeto.

He aquí la relación reportada por don Ferdinando Blasich en sus "*Note cronologiche ecclesiastiche"*:

« *Inicialmente se escribió al municipio comunicando que se había constituido el comité, haciéndose portavoz del deseo común de los ciudadanos, pero especificando que si el municipio de Udine hubiera asumido la iniciativa de la celebración fúnebre, el comité se disolvería. Puesto que el alcalde estaba ausente, el caballero de Girolami reunió a la junta para decidir, pero hasta el 29 no había llegado respuesta.*

El 1 de mayo el comité se reunió de nuevo y fue leída la respuesta del municipio, que rechazaba la propuesta ofreciendo sin embargo una donación de 300 lires. Entonces se decidió hacer imprimir el siguiente anuncio:

Lunes 3 del corriente mes, en ocasión del trigésimo día de la muerte del muy reverendo padre Luigi Scrosoppi del Oratorio, a las 10:00 de la mañana, en la venerable iglesia del seminario del arzobispado elegida para la ocasión, una solemne función fúnebre será celebrada. El comité, compuesto por laicos y religiosos, que se ha hecho promotor de este debido homenaje, confía que los ciudadanos de Udine acudirán numerosos para rogar por el alma del excelente sacerdote, que dedicó la entera su vida de 80 años al beneficio de la caridad de la ciudad. »

Udine, 10 de mayo de 1884.

El Comité

« *En el día del 5 de mayo, a las diez de la mañana, comenzó la función.* »

Blasich prosigue proporcionándonos una descripción minuciosa del catafalco, del cual nos ha transmitido incluso un dibujo a pluma, y reportando las inscripciones en latín colocadas en los cuatro lados. Citamos algunos fragmentos de la de vuelta hacia el altar mayor:

« *Desde sus tiernos años caminó sobre la línea recta, tuvo al corazón el decoro de la casa de Dios, concluyó una vida sin mancha* »; y de la colocada hacia la entrada de la iglesia, dedicada al padre Luigi:

« *Sustraído de nuestros ojos, nunca de nuestro corazón.* »

Tomaron parte en la ceremonia — continúa Blasich — el cabildo de la catedral, los párrocos de la ciudad, el arzobispo, el comité, todos los profesores del seminario y algunos del colegio « Giovanni da Udine », los representantes de los institutos Renati, Zitelle, Dimesse, Tomadini y Micesio, las Hermanas de la Providencia y la secretaría de la congregación de caridad. Después de las exequias, monseñor Elti (que ocupaba el cargo de inspector del asilo y era decano del cabildo), vestido de luto, leyó la oración fúnebre y concluyó expresando el deseo de que, en esta época caracterizada por una verdadera manía por los monumentos, se erija uno también para Scrosoppi; este monumento, sin embargo, habría debido consistir en la reapertura de la iglesia de los padres filipenses, a la que el Padre estaba profundamente ligado. Un deseo bellísimo que sin embargo, según el juicio humano, estaba destinado a quedarse sin efecto — observa Blasich —, puesto que de aquella iglesia no quedaban más que los muros, habiendo sido el coro interno ocupado para la construcción de un edificio utilizado como cuartel de los guardias de seguridad pública.

Un análogo auspicio fue expresado también por monseñor Tinti en el elogio fúnebre pronunciado en Portogruaro y posteriormente publicado.

« ¡Yo voy diciendo: Paz, paz, paz! »

Si el padre Luigi se agitó tanto sobre el lecho de muerte con tal de no dejarse fotografiar, ¿qué habría hecho o dicho jamás ante todo aquel ruido e incluso a los contrastes surgidos alrededor de su ataúd? Pero ya él se encontraba allá arriba. Allá arriba, donde uno de los matices de la paz más serena está constituido precisamente por la sonrisa desapegada hacia las contiendas de la tierra. « *Dios mío — dirán los santos — sabíamos que eran pequeñas; pero tan pequeñas.* »

Desde allá arriba él habría repetido, y repetiría todavía, el saludo habitual pronunciado en el lecho de muerte:

« *¡Hasta la vista en el Paraíso!* »

Porque es esto, al final, lo que verdaderamente importa.

APÉNDICE

1. EL TESTAMENTO DEL PADRE LUIGI SCROSOPPI

El padre Luigi murió en un estado de total pobreza evangélica.

El 25 de enero de 1879 él se había despojado de toda posesión en beneficio de la congregación de las Hermanas de la Providencia; a partir de aquel momento en adelante, se había considerado al igual que un simple acogido en la Casa de las Desamparadas, viviendo en todo como las huérfanas. Él llegó a pedir por caridad incluso la facultad de utilizar sus propios vestidos, escribiendo que dejaba que la divina Providencia se ocupara de él de la misma manera en que tiene cuidado de vestir a las personas más miserables.

Sin embargo, después de que su alma elegida hubiera alcanzado el cielo, quedaban sobre la tierra inmuebles legalmente registrados a su nombre, mantenidos en tal forma sobre todo para conjurar los temidos confiscaciones gubernamentales.

Él había planificado el destino de tales propiedades a través de un testamento redactado el 28 de octubre de 1879, apenas dos meses después de la desaparición de su hermano don Giovanni Battista, que lo había nombrado su propio heredero.

El hecho de que hayan transcurrido solo dos meses es una señal inequívoca de su pronta y vigilante prudencia.

Puesto que el padre Scrosoppi no poseía parientes cercanos de quienes ocuparse o en quienes confiar, se vio obligado a encontrar otras soluciones para asegurar que aquellos bienes fueran destinados a obras de beneficencia.

El documento testamentario se abre con la sigla S.L.G.C. — es decir, Sea alabado Jesucristo.

« *En el nombre de la Santísima Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo, y después de haber invocado la muy potente ayuda de María Santísima, del patriarca san José y de todos mis santos protectores, yo el abajo firmante con este acto redacto mi testamento ológrafo — es decir, escrito de mi propio puño. Con él nombro herederos universales de toda mi sustancia, inmobiliaria y mobiliaria, que dejaré al momento del deceso al muy reverendo monseñor canónigo padre Antonio Feruglio de Giovanni, actualmente profesor en este seminario del arzobispado, al reverendo padre Domenico Feruglio de Giovanni, su hermanastro, nacido de la señora Regina Cantoni, y al muy reverendo padre Luigi Costantini de Cristoforo, originario de Cividale.*

En caso de que alguno de mis herederos indicados muriera antes que yo, o si por cualquier otra razón no quisiera o no pudiera aceptar la cuota hereditaria correspondiente, establezco que esta sea asignada al muy reverendo padre Tommaso Turchetti del difunto Orazio, actual administrador de esta mesa del arzobispado, y al señor Lorenzo Costantini de Cristoforo de Cividale. »

Es evidente que tales herederos no recibían los bienes para uso personal, sino que actuaban exclusivamente como fiduciarios — es decir, personas encargadas de gestionar bienes por cuenta de otros —, puesto que todo lo que el Padre poseía estaba destinado a sus obras de caridad. Sin embargo, en aquel período la congregación de las Hermanas de la Providencia no gozaba del reconocimiento legal en Italia, y la Casa de las Desamparadas

arriesgaba precisamente en aquellos años terminar bajo la administración del Estado. Era por tanto necesario transferir las propiedades, de las que él resultaba oficialmente titular, a personas privadas de absoluta confiabilidad, que garantizaran el fin establecido de las mismas.

El 6 de febrero de 1884, a solo cuarenta días del inicio de la enfermedad que lo obligó a la cama, el Padre transfirió mediante acta notarial a los hermanos monseñor Antonio y don Stefano Feruglio, y a don Luigi Costantini, diversas propiedades inmobiliarias de su pertenencia, entre las cuales la Casa del Proveimiento, convertida más tarde en internado.

Sin embargo, entre los bienes de su propiedad había algunos de los que ya había dispuesto desde finales de 1875; se trataba de lo que le había llegado en cuanto miembro de la congregación filipense. En un cuaderno de su propio puño, él establecía lo siguiente:

« *En caso de que esta venerable congregación no fuera reconstituida, el entero patrimonio será utilizado por la venerable iglesia de los padres filipenses, dedicada a santa María Magdalena, en caso de que esta fuera reabierta al culto según las decisiones del arzobispo en funciones.*

Si luego no se realizaran ni la reconstitución de la congregación ni la reapertura de la iglesia, las propiedades aquí indicadas, situadas en el distrito de Portogruaro, constituirán un patrimonio eclesiástico perpetuo para el sustento de un seminarista pobre, bajo la gestión de la autoridad diocesana. Si el beneficiario dispusiera de otros medios para vivir sin tales rentas, él deberá respetar el deseo de su benefactor destinando los productos en favor de la pobre Casa de las Desamparadas, con tal de que esta última no esté sometida a la tutela pública; en tal eventualidad, los fondos irán directamente a las Hermanas de la Providencia.

Por lo que se refiere en cambio a los capitales y a todo lo que aquí se describe, si el restablecimiento del Oratorio o de la iglesia no ocurre, se convertirán en propietarias las maestras de la Casa de las Desamparadas, hoy Hermanas de la Providencia, las cuales, conociendo mis voluntades, serán rigurosas para ponerlas en ejecución. El entero grupo de las maestras será representado legalmente por un único individuo, que resultará como el propietario efectivo del todo. »

Sigue entonces la lista de las posesiones de esta cuota ligada a la orden filipense. El Padre había comprado terrenos en Cimbo Campi y en Giai de Portogruaro por una suma de seis mil liras austriacas; con toda probabilidad había invertido en ellos la donación dejada por el difunto Pletti para la formación de un alumno entre los filipenses.

El Padre menciona además un crédito garantizado por letra de cambio de cinco mil liras austriacas hacia el notario doctor Andrea Bassi. De esta suma, tres mil liras fueron restituidas antes de 1880 a don Francesco Fantoni, que las había prestado, mientras que la parte restante correspondiente a él debía confluir en el fondo para el seminarista pobre; también este importe fue reembolsado en 1906.

Posteriormente trata del altar mayor de la iglesia de los filipenses, comprado en subasta por él junto con sus colaboradores habituales: Cernazai, Someda, Turchetti, Puppati, Fior y Luigi Zamparo. Menciona también algunos objetos litúrgicos, entre los cuales los dos cuadros del Sagrado Corazón de Jesús y de María. Finalmente registra hasta finales de 1882

la renta de seiscientas liras anuales que recibía del Estado en calidad de ex religioso filipense.

¡Pobre padre Luigi! Hasta el momento de la muerte conservó la esperanza de que su amada congregación pudiera renacer. Si es un deber subrayar la meticulosa precisión con la que anota lo que corresponde al ámbito filipense, es igualmente emocionante su honestidad al incluir en ello incluso su propia pensión estatal, como si no quisiera destinar aquellos bienes a su pobre casa sino a una beca de estudios para un joven aspirante a sacerdote. En efecto, al menos hasta el período de la Primera Guerra Mundial, hubo seminaristas que se beneficiaron de ella.

El testamento del Padre siguió su camino legal y fiscal natural y, en el mismo año 1884, los herederos proveyeron al pago de 2467,20 liras como impuesto de sucesión.

2. FAMA DE SANTIDAD DEL PADRE LUIGI

Luciérnaga del buen Dios

Si también en el ámbito de la santidad somos inclinados a buscar gestos y hechos extraordinarios, esto es del todo conforme a nuestra naturaleza sensible y fácilmente impresionable. Sin embargo, no será la última alegría del paraíso ver brillar, en aquel lugar, con una luz muy intensa a almas que no tuvieron, sobre esta tierra, ninguna notoriedad. El padre Luigi habría deseado ser una de aquellas: solo una luciérnaga del buen Dios.

Al contrario, la divina Providencia lo ha en cierto modo sustraído al silencio en el que él ansió encerrarse. Aquella misma divina Providencia en la que él creyó de una manera tan profunda.

Las normas del derecho eclesiástico establecen que no se pueda hablar de santidad, en sentido riguroso y completo, salvo en el caso del martirio, si no es para quien haya ejercido todas las virtudes en grado heroico y por una determinada duración antes y hasta el momento del deceso. Tal heroicidad debe ser desentrañada no tanto en las manifestaciones externas, cuanto en la perfecta intensidad de la unión con Dios. A esto se debe añadir luego el sello divino de los milagros y la sanción oficial de la Iglesia, a fin de que alguien sea propuesto como beato o santo a la veneración litúrgica de los fieles.

¿Nuestro venerado padre Luigi merece ser llamado un « *santo* » en el sentido propio y canónico del término? Nosotros esperamos con confianza el juicio de la Iglesia. Y en esta espera confiada nos confortan dos constataciones.

La primera nos es ofrecida por el estudio atento de su vida. Él no fue solo lo que se suele definir un buen sacerdote, un excelente sacerdote, un santo sacerdote; sino mucho más. Otros que vivieron a su lado y de cerca merecen tales títulos; pero sobre estos mismos él emergió como un gigante. Ni se distinguió de ellos o los superó porque instituyó obras de caridad o porque fundó una congregación religiosa; la brecha está determinada por la

heroica y perenne magnanimidad de su dedicación a Dios. Se nos permita citar de nuevo el juicio que de ello dio el periódico anticlerical *Il Giornale di Udine*:

« *Fue una síntesis y tuvo la energía prodigiosa que de la síntesis siempre deriva. Hombre singular e ilustre por la compacta integridad de todas las fuerzas naturales y adquiridas* » que alcanzó su « *tierna y sin embargo sublime grandeza* » y ardió con « *una tan alta llama de piadoso amor, puesto que extrajo de la altura de la sabiduría de Dios, amor universal y principio y fin de cada gran acontecimiento.* »

Si se reflexiona sobre quién expresó tal elogio, sobre el período en el que fue pronunciado y sobre su contenido, ante el cadáver del Padre este resonó aproximadamente de esta manera: si alguna vez hubo un santo, este lo es.

La otra constatación proviene de la espontánea voz popular. No está desprovisto de valor el dicho: « *Vox populi, vox Dei* » — es decir, la voz del pueblo es la voz de Dios. Considerado desde siempre un santo, a su muerte toda Udine y todos los que lo conocieron no tuvieron sino una sola voz: ha muerto un santo.

No se trató de una aclamación de valor puramente emotivo y de significado genérico o impreciso; ella fue dictada por una clara convicción de que el padre Luigi fuera un « *santo digno de los altares.* »

Sea suficiente, entre todas, la declaración de la hermana Osanna Tisot, enfermera del fundador:

« *Su cadáver fue revestido de los ornamentos sacerdotales, con la vestidura litúrgica negra, como de uso; y colocado en una caja de zinc y de madera. Fue expuesto por dos días en la iglesita del instituto; y muchísimos vinieron a hacerle una visita, incluso personas de consideración. Por los dos días hubo esta aglomeración.*

Alguien lloraba, alguien tocaba pañuelos de bolsillo o medallas sobre él u otras cosas, como pequeños libros, etcétera. Habrían querido llevarse también fragmentos de la vestidura sacerdotal; pero las hermanas, encargadas de la vigilancia, no lo permitían. Le cortaban mechones de cabello para conservarlos como reliquia; hasta que se tuvo que levantar el ataúd e impedir el acceso. Todos decían que era un santo. »

Aquella precisión « *encargadas de la vigilancia* » es verdaderamente significativa. Por tanto se previó que los fieles buscarían apoderarse de cada cosa para obtener alguna reliquia del Padre. Por tal razón fueron colocadas hermanas como guardia. Pero no fue de ayuda. Fue necesario levantar el cadáver para protegerlo de aquella indiscreta devoción.

Ya hemos recordado cómo las hermanas contemporáneas del Padre relataban que a él, como por lo demás a muchos maestros espirituales, era habitual la máxima: santos sí, pero no de altar. Ella está dirigida contra un cierto misticismo erróneo, no raro entre las almas religiosas, que empuja a actitudes singulares o excepcionales, por no decir extravagantes, haciendo olvidar la verdadera sustancia de la santidad; ella es, en breve, una exhortación a la humildad, que de la santidad es el sólido fundamento. Es como si el Padre hubiera dicho: sobre los altares los otros te colocarán, si sucede, después de tu muerte; ahora tú piensa en barrer, en hacer la colada o la cocina, en asistir a los enfermos. Sin embargo, a la santidad él exhortaba continuamente a las hermanas y a cuantos se le acercaban. Simplemente, no

quería ostentaciones. Y no le gustaba que la santidad apareciera como algo misterioso e inalcanzable. Para él era un misterio de sencillez.

« *Querida hija — escribía a una superiora — adoremos las voluntades del Señor, y nos convertiremos en grandes santos.* »

Él, por su cuenta, no había hecho otra cosa durante toda su vida.

And nosotros estamos firmemente convencidos de que, por tal camino, él se convirtió verdaderamente en un gran santo: precisamente tanto más « *gran santo* » en cuanto simplemente y sinceramente santo, sin clamor y sin interrupción. Esta convicción, nacida de un estudio que ha durado diez años sobre cada gesto del Padre hasta en los mínimos detalles, es ciertamente profunda.

Pero una serie ininterrumpida de testimonios proclamó desde el principio la santidad del mismo con la fuerza de una pura inmediatez.

Citaremos solo algunos de ellos.

La veneración de los habitantes de Orzano

La hermana Osanna Tisot, con su franca y viva sencillez, relataba lo siguiente:

« *Decía querer ser sepultado en Orzano para poder descansar con mayor tranquilidad, lejos del bullicio, a fin de que nadie se acordara de él: motivos que nosotras definíamos* "*tonterías.*" »

Esta fue la única voluntad por la que él mantuvo un firme y constante apego, él que se había siempre mostrado indiferente y desapegado hacia cualquier bien material.

Quizá, al deseo de aislamiento se unía la voluntad de residir entre la buena gente de las campiñas, que preservaba todavía genuina la sencillez de la fe y de las costumbres cristianas. Sin duda él nutría un profundo afecto por los habitantes de Orzano y a muchos de ellos había confiado el deseo de quedarse, una vez difunto, en medio de ellos. Los amaba y era correspondido por ellos. Y cuando sus restos llegaron a Orzano, los acogieron como un don sagrado que protegerían con extremo cuidado.

El primero en testificar tales sentimientos fue el párroco de Remanzacco, bajo cuya jurisdicción caía entonces Orzano. Al transcribir en el "*Liber Defunctorum"* — es decir, el registro de los difuntos — el traslado del cadáver, él se preocupa de informarnos de que la sepultura había sido concluida cinco años antes, en 1879.

« *Fallecido por tanto — escribe en lengua latina — el día 3 del mes corriente a las 22:40, hoy, acompañado de un solemne rito fúnebre y con profunda devoción, era acogido por los sacerdotes de la parroquia y por los fieles de Orzano en medio de una muy vasta participación de pueblo. Siempre de inmenso ejemplo moral, llegado a la edad de ochenta años y colmado de méritos, especialmente después de cincuenta años dedicados a una fe sincera, a un ferviente compromiso y a una caridad sin límites hacia innumerables huérfanas, entregó su alma a Dios; alma que confiamos firmemente será contada entre los beatos y los santos.* »

El autor de esta significativa anotación es el sacerdote Pietro Braidotti, nacido en Rubignacco de Cividale en 1832, convertido en vicario cura de Remanzacco en 1877 y nombrado en 1903 canónigo residente de Cividale, donde se apagó el 6 de octubre de 1911. Él conocía al padre Luigi desde al menos treinta años y desde hacía cerca de siete años lo tenía casi como su propio feligrés.

Al padre Luigi fueron atribuidas curaciones milagrosas en Orzano desde los primeros días. Se narra que una madre obtuvo la curación de su único hijito después de un triduo de oraciones — es decir, tres días de devoción — celebrado para invocar su intercesión, entre la festividad de Pascua y el 15 de abril de 1884. Cerca de un mes más tarde, el 11 de mayo, murió un niño de solo dieciséis meses y el padre fue tan afectado por el dolor que intentó varias veces quitarse la vida. La madre Eletta Valussi se trasladó prontamente a la tumba del Padre y le rogó a fin de que obtuviera para aquel hombre la resignación cristiana. En aquella misma hora el hombre se calmó y al día siguiente encontró la fuerza de acompañar a su hijo a la sepultura, mostrándose tan sereno que maravilló a sus paisanos que habían testificado su desesperación.

No es aventurado sostener que los habitantes de Orzano consideraron posteriormente al padre Luigi como un protector particular de ellos en el Cielo, al punto de atribuirle el mérito de ser perdonados del granizo o de otras desventuras ligadas a la agricultura. Habrían incluso encendido velas sobre su tumba o habrían depositado exvotos — es decir, objetos ofrecidos por una gracia recibida — allí, si las hermanas no se lo hubieran prohibido.

La devoción de los habitantes de Orzano es plenamente comprensible tanto por las modalidades como por su fuerza. Allí influía en parte también el orgullo local: era un orgullo para ellos ser los custodios de aquellos sagrados restos. Sin embargo, la veneración permaneció intensa y constante también en Udine y en otras localidades.

Algunos testimonios contemporáneos sobre la santidad del padre Luigi

Lleva la fecha de la festividad de santa Ángela Merici — es decir, el 31 de mayo de 1884 —, la dedicatoria « *a la santa memoria del Padre Luigi Scrosoppi* », colocada al principio de la segunda edición de la obra « *La vita di San Filippo Neri* » de Alfonso Capecelatro, arzobispo de Capua, publicada aquel año en Milán. La dedicatoria está suscrita con la sigla Padre G. L., a quien nosotros identificamos como el sacerdote Giuseppe Lange. En tal escrito, en efecto, se hace referencia a Trento; y precisamente en Trento desempeñaba el cargo de confesor de las Hermanas de la Providencia el sacerdote Giuseppe Lange, nacido en Rovereto en 1827, el cual fue profesor de historia eclesiástica, de patrología y de derecho canónico en el seminario de Trento.

Un insigne amigo del padre Luigi durante la vida, así como sostenedor después del deceso de su santidad, fue don Valentino Colomba, sacerdote del hospital de Udine, el cual se apagó el 30 de agosto de 1884. Él había redactado su propio testamento en favor del Padre; sin embargo, habiendo este último fallecido antes que él y no habiendo Colomba provisto a modificar sus propias voluntades testamentarias, lo que quedaba de su patrimonio fue asignado a los herederos legítimos.

Incluso la prensa de orientación liberal lo tenía en altísima consideración. Cuando él cayó enfermo, el periódico llegó a publicar los boletines médicos diarios sobre el estado de su

salud. Además, como relata Blasich, al momento de su muerte escribió de él con el máximo elogio, si bien no dejando de aprovechar la ocasión para manifestar su propio desprecio hacia el resto del clero, sin embargo sin dañar en lo más mínimo la memoria del Padre Luigi.

El periódico "*Il Giornale di Udine*" del primero de septiembre de 1884 anunciaba de esta manera su desaparición:

« *Él ha fallecido. Don Valentino Colomba, sacerdote del hospital, ha muerto. Su existencia se asemeja al sonido de un único hilo — es decir, un instrumento de una sola cuerda —, pero de la cuerda de oro: la caridad. Él cierra desgraciadamente la fila de los Bricito, de los Filaferro, de los Bergamaschi, de los Tomadini, de los Scrosoppi, sacerdotes de un Dios misericordioso y humano; auténticos apóstoles, para quienes predicar el evangelio significaba secar lágrimas y dar alivio a los tormentos.* »

Una profunda veneración por el padre Scrosoppi fue nutrida por el señor Eugenio Ferrari, que fue uno de los principales representantes de la naciente Acción Católica en el territorio de Udine. Tal sentimiento emerge, casi por contraste, de algunas de sus observaciones dirigidas a monseñor Antonio Feruglio.

Las comparaciones son siempre desagradables; y ciertamente nadie habría podido suceder al Padre obteniendo la misma estima y el mismo afecto. Monseñor Feruglio era una figura extremadamente digna por dotes y por espíritu sacerdotal; poco tiempo después, el nuevo arzobispo monseñor Berengo lo nombrará su vicario general y, ocho años más tarde, él será elevado al cargo episcopal de Vicenza. Puesto que, tan pronto como el Padre hube expirado, el señor Eugenio Ferrari encuentra el modo de decirle:

« *he considerado tener todavía vivo en usted al padre Luigi Scrosoppi, cuya caridad demostrada hacia una hija del señor Giovanni Pupatti él celebra, a través de aquellos actos de cuidado que solo un auténtico padre podría ofrecer.* »

Monseñor Feruglio, posteriormente, llevó adelante la obra de caridad comenzada por el padre Scrosoppi en aquella circunstancia.

El señor Ferrari entró en conflicto con monseñor Feruglio también a causa de las pendientes financieras ligadas a las obras del Patronato de Santo Spirito. El 7 de abril de 1884 él le envió una carta con tonos bastante agrios en la que afirmaba entre otras cosas:

« *Para ser un digno sucesor del padre Luigi, busque adquirir aquella confianza en el Señor de la que él me habló en sus últimas horas diciéndome:* "*Guárdate de realizar ni la menor acción que pueda resultar desagradable al Señor, y por lo demás confía plenamente en Él.*" »

No hacemos dificultad en creer que monseñor Feruglio no alcanzara el nivel de total abandono en Dios propio del padre Luigi. Sin embargo, no nos resulta difícil imaginar que deseaba restablecer el orden en la administración, actuando no sin cierta severidad. Quizá había habido quien se había aprovechado de la extrema bondad del Padre.

Ya en una comunicación a don Giovanni Dal Negro del 29 de septiembre di 1883, él manifestaba su propia determinación con el objeto de ahorrar un nuevo amargo e inútil disgusto al excelente Padre, el cual ciertamente merece bien otra cosa que ser afligido.

También monseñor Someda, el cual en agosto de 1884, después del deceso del arzobispo monseñor Casasola, se había convertido en vicario capitular — es decir, administrador temporal de la diócesis —, tuvo la oportunidad de recordar a su amigo y penitente durante una disputa entre monseñor Antonio y don Costantini, causada principalmente por la incompatibilidad entre Costantini y don Stefano Feruglio. El asunto alcanzará la cumbre el 6 de agosto de 1885, cuando fueron pedidas oficialmente, en nombre de monseñor Berengo, las dimisiones de Costantini de su cargo de vicedirector de la Casa de las Desamparadas; renuncia que fue presentada dos días después. En el contexto de tal divergencia se sitúa probablemente una carta de monseñor Someda a Feruglio del 27 de diciembre de 1884, con la que le pide, en su calidad de vicario capitular, que se pase al nombramiento de un administrador o tesorero del instituto diferente de Feruglio mismo. Monseñor Someda comienza la misiva con estas palabras:

« *A raíz de la muerte del nunca bastante alabado padre Luigi Scrosoppi, cofundador de este instituto de beneficencia, esta autoridad diocesana, por decreto del 17 de abril del año corriente, os nombraba director del mismo.* »

Hemos citado estos detalles no tanto porque tengan un valor en sí mismos, sino porque demuestran cómo el recuerdo del Padre Luigi resurgió continuamente, rodeado de afecto y devoción, incluso en comunicaciones empresariales o documentos burocráticos.

El conde Federico Trento, el abogado Vincenzo Casasola y muchos otros hablaban de él constantemente como de un santo. Y don Costantini, a quien a finales del año 1885 volvemos a encontrar ligado por recíproca y total confianza a monseñor Feruglio, trataba de la santidad del fundador durante sus predicaciones dirigidas a las hermanas en Cormons.

Un peregrinaje de la madre Strazzolini

La hermana Serafina Strazzolini se había convertido en aspirante Hermana de la Providencia el 6 de mayo de 1850; posteriormente ella desempeñó por dos veces el cargo de superiora general y fue superiora de la casa de Udine desde 1855 hasta su desaparición, ocurrida el 18 de marzo de 1889. Ella vivió por tanto al lado del Padre por treinta y cuatro años consecutivos y, probablemente, nadie habría podido conocerlo de manera más profunda.

He aquí cómo los "*Cenni biografici della vita edificante delle nostre amate Consorelle"* reportan un peregrinaje suyo ante la tumba del padre Luigi, realizado a principios de junio de 1885:

« *En 1884, después del deceso del venerable padre Luigi, se pidieron otras — es decir, la alusión a la petición de hermanas para la reciente fundación de Pergine. Fueron quitadas de la cocina de Udine diversas hermanas, con profundo disgusto de la responsable madre Giacinta De Monte. Esta última se trasladó con calma a quejarse ante la madre vicaria — es decir, la sustituta de la superiora —, puesto que no estaba en condiciones de gestionar el trabajo con la única novicia que le había quedado.*

Pobre madre Giacinta, era de comprender, puesto que gestionaba una cocina extremadamente fatigante. Debía además desempeñar las tareas de persona encargada de la recepción; por tanto preparar y servir el café y otras bebidas a los visitantes y a los

sostenedores que llegaban numerosos al convento, y el buen Padre deseaba que fueran tratados con todo miramiento.

La pobre madre vicaria no sabía verdaderamente a quién enviarle. Las hermanas habían sido asignadas a otra parte, quitadas de las escuelas, de los guardarropas y de los diversos talleres. De manera provisional colocó a su lado a algunas huérfanas, pero de estas, como es obvio, no podía tener una total confianza.

Un día se trasladó a la cocina y dijo a la maman Giacinta: Hoy me traslado a Orzano para rogar al padre Luigi a fin de que nos envíe dos válidas y hábiles aspirantes para la cocina; ruegue usted también, madre Giacinta, al buen Padre; estoy cierta de que otorgará nuestra petición.

Veremos — es decir, Viodarin —*, respondió la siempre franca madre Giacinta.*

La madre Serafina solía encomendarse a él constantemente, en cada necesidad, y casi siempre con un resultado favorable. Dicho y hecho, impartió la orden a Beppo — es decir, Giuseppe Sebastianutti —*, zapatero del instituto y también cocher, de disponer inmediatamente la calesa* — es decir, brun — *y el caballo y partió.*

Llegada a Orzano, entró enseguida en la iglesita, se postró con los brazos abiertos sobre la tumba del Padre, le suplicó con lágrimas y ruegos fervientes que la socorriera; luego, sintiéndose asegurada, se levantó, saludó a las hermanas presentes e hizo su regreso a Udine.

Poco tiempo después se presentó en la entrada una joven estimada que pedía entrar entre las Hermanas de la Providencia. Era el día de san Juan Bautista. »

El relato prosigue explicando cómo la admisión de aquella joven — Maria Conti, convertida más tarde en la hermana Annunziata — debió ser pospuesta por un par de meses. « *In este espacio de tiempo* — los *"Cenni"* reportan todavía — *el padre Luigi envió a otra joven, Nobile Rosa, una válida criatura.* »

Aquel dirigirse al Padre en cada ocurrencia y aquel peregrinaje ante su sepultura demuestran claramente cuán profunda era la fe en la santidad del Padre por parte de aquella que podía ofrecer el más elevado y seguro testimonio de ello. La vemos allí, madre Serafina, tendida con los brazos abiertos; la vemos mientras se levanta de nuevo confortada.

El cochero que la acompañó en aquel peregrinaje, Giuseppe Sebastianutti, entregó algunos años después al padre Tinti la declaración siguiente:

« *Puedo afirmar con toda sinceridad que el padre Luigi Scrosoppi fue mi auténtico consolador y protector desde el primer día en que comencé a frecuentarlo. Él ejerció su caridad hacia mí especialmente cuando vine a perder a mi consorte y tuve que proveer solo al mantenimiento de siete hijos.*

El primogénito tenía solo quince años y el último pocos días. Yo estaba sumergido en el más sombrío dolor. El corazón muy sensible del padre Luigi no permaneció indiferente a mi desventura y, después de haberme llamado a sí, me dijo estas palabras: ¡Coraje, coraje! Me ocuparé yo mismo de dos de tus hijas y las acogeré en el instituto; a uno de los otros pequeños, en cambio, lo haré entrar en el Instituto Tomadini.

De este modo, con estos y otros actos de caridad suyos, alivió en parte mi condición de miseria. »

Efectivamente una hija suya, Teresa, fue acogida en 1878 y permaneció allí hasta 1884; otra, Anna, hospitalizada en el instituto en 1880, salió de él en 1891.

Iconografía del padre Luigi

El 22 de diciembre de 1885 la superiora general madre Cecilia Piacentini escribía al senador Antonio De Reali en Dosson di Treviso:

« *Recibirá, si no lo ha recibido todavía, el retrato de nuestro inolvidable padre Luigi Scrosoppi, que vuestra señoría ilustrísima se dignará aceptar como signo de mi profunda estima y de la bien debida gratitud. El retrato representa al venerado Padre en el acto de impartir la bendición; y no hay duda de que él desde el cielo bendiga a vuestra señoría ilustrísima y a la noble su familia.* »

Se trata sin duda alguna de una reproducción del cuadro al óleo todavía presente en el colegio de la Providencia en Udine, el cual lleva precisamente la fecha de 1885 y la firma del pintor, Antonio Milanopulo. En él el Padre está representado de pie, con la mano derecha levantada en el acto de bendecir, mientras que con la izquierda tiene entre sus dedos la corona del rosario. Sobre el fondo, a la derecha, resalta una librería y a la izquierda se vislumbra el escritorio del padre Luigi, con algunas imágenes devocionales y un sobre con la dirección del Padre mismo y el sello postal de Milan — es decir, no conocemos la identidad del remitente de aquella carta — fechada precisamente el 3 de abril de 1884.

en el mismo colegio se encuentra otro retrato suyo, cuyo original está conservado en la anterior casa general de Gorizia; en el reverso de este último está anotado:

« *realizado por el estudio fotográfico del conde caballero E. Graziadei.* »

Tal obra debe ser sucesiva a la aprobación pontificia de las reglas, concedida el 23 de septiembre de 1891, puesto que la mano izquierda, en vez de tener la corona, está apoyada sobre un rollo de pergamino — es decir, un cartucho — que reporta el lema espiritual del padre Luigi: *Operar, padecer, callar*, y allí al lado están representados un crucifijo y el volumen de las reglas. Esta representación del Padre es particularmente significativa para mostrar cuánto era ya considerado santo, puesto que, además de la mano bendecida, retrata al padre Luigi investido por un haz de luz que desciende de lo alto — sobre la parte izquierda — y le circunda la cabeza casi como una aureola difusa.

El marcado estilo celebrativo — es decir, hagiográfico — del segundo retrato no es por lo demás sino la consecuencia de un acontecimiento sucedido en 1890.

Una página del diario de la madre Giuditta Defrancesco

Ya hemos tratado anteriormente de esta religiosa, que desempeñó el cargo de primera superiora en el hospital de Pergine, en la región de Trento. Más tarde, desde 1890 hasta el momento del deceso, ocurrido en Cormons el 24 de diciembre de 1909, ella realizó las tareas de vicaria general de la congregación. Fue una hermana insigne y de elevada

espiritualidad, al punto de que el jesuita padre Leonida Grazioli publicó su biografía en 1939 con el título: "*Cenni biografici di madre Giuditta Defrancesco"*.

De tal volumen reportamos íntegramente algunos fragmentos:

« *Hacia el final de 1889, la muy reverenda madre general Cecilia Piacentini convocó en Cormons a la madre Giuditta y le propuso acompañarla a Roma, puesto que era necesario ocuparse de la importante práctica relativa a la confirmación de las santas reglas y a la aprobación de las constituciones — es decir, las normas fundamentales de la orden.*

Las devotas peregrinas, provistas de las cartas de testimonio de obispos y arzobispos y de otras recomendaciones, comenzaron el viaje el 11 de enero de 1890, encomendando el camino y el buen éxito de la misión a la Rosa Mística y a san José.

Ante la santa casa de Loreto, la madre general depositó las constituciones a los pies de la prodigiosa estatua de la Virgen María, con el objeto de invocar sobre ellas la bendición de la Madre de Dios.

Besó repetidamente aquellas sagradas paredes en nombre de cada una de sus propias hijas espirituales y dirigió fervientes oraciones en aquella pequeña habitación, hacia la que el venerado Padre había siempre nutrido una devoción activísima: una santa morada que recordaba a las conmovidas hermanas la casita de Udine, la de Cormons y la casita de Orzano, que custodia los restos mortales de su padre fundador.

Llegadas a Roma el 16 de enero, fueron admitidas a la audiencia también por el santo padre León XIII. Y mientras esperaban con paciencia el resultado de las evaluaciones y el cumplimiento de los numerosos procedimientos burocráticos, tuvieron entretanto el consuelo de visitar las espléndidas iglesias de Roma y de estar presentes, el 26 de enero, a la solemne ceremonia de beatificación del siervo de Dios Pompilio Pirrotti. »

He aquí cómo lo refiere la madre Giuditta:

« *Sea alabado Dios en sus ángeles y en sus santos. Hoy, domingo 26 de enero, hemos tenido la fortuna de poder asistir a la beatificación del religioso Pompilio María Pirrotti, perteneciente al orden de las Escuelas pías. Monseñor Mezekinki nos proporcionó el billete de entrada. A las 9:15 nos hemos encaminado hacia el Vaticano y hemos llegado al lugar extremadamente fatigadas y acaloradas, pero la sagrada función y la emoción experimentada fueron un alivio eficaz a nuestro malestar físico.*

Subió al púlpito — es decir, el estrado — un sacerdote que dio lectura del decreto papal — es decir, el breve — de beatificación y del resumen de la vida del beato. Tan pronto como hube terminado, comenzó el canto solemne del Te Deum acompañado por la música, y aquello fue un instante de auténtica bienaventuranza celestial. ¡Ciertamente, aunque tuviera que vivir cien años, no se borrará nunca de la memoria una impresión tan dulce, un recuerdo tan precioso! Como por arte de magia, fue bajada la cortina que ocultaba la imagen del beato y lo vimos allí, rodeado por las huestes celestiales, con un aspecto que lo hacía aparecer en el acto de entrar en la gloria eterna. No fue posible contener las lágrimas por la fuerte emoción. La muy reverenda madre luego lloró largo tiempo y habría deseado que todas sus hijas hubieran estado presentes, para extraer acicate para realizar el bien, para amar el espíritu de sacrificio y para ser constantes en la observancia de las santas reglas.

Nuestro pensamiento se dirigió inmediatamente a nuestro amado padre Luigi, expresando el deseo de que un día también las Hermanas de la Providencia puedan experimentar una tan grande alegría al verlo elevado a la gloria de los altares. »

No habían todavía transcurrido seis años desde la desaparición del fundador.

La esperanza de ver un día al padre Luigi reconocido como un auténtico santo de altar es expresada con la máxima naturalidad, como si se tratara de una expectativa compartida y pacífica, de un acontecimiento que debía necesariamente realizarse.

Un diálogo entre san Cayetano y san José

Las hermanas, por su parte, lo imaginaban ya resplandeciente en el Reino de los Cielos, en cordial y amistosa familiaridad con los grandes santos.

Ellas solían organizar, en las diferentes sedes de la congregación, pequeñas celebraciones con ocasión de aniversarios particulares. Se trataba de una costumbre en vigor desde tiempos remotos, que el mismo Padre había cuidado con amorosa dedicación. Tenemos conocimiento de breves actos académicos y de entretenimientos en los que él hacía participar a su propio progenitor, el señor Domenico, quien derivaba de ello un inmenso disfrute; y el señor Domenico se apagó en el año 1851.

In aquellos espectáculos se declamaban composiciones poéticas, se entonaba algún valioso himno — ¡y ciertamente no faltaba la ayuda del amigo don Jacopo Tomadini! —, se ponía en escena algún diálogo o alguna breve comedia. Probablemente ofrecieron su colaboración los profesores del seminario de Udine u otros literatos; sin embargo, muy pronto emergió también entre las religiosas quien fue capaz de componer obras de valor. La misma madre Giuditta Defrancesco fue una válida autora de pequeñas obras devocionales. Pero para las pequeñas representaciones académicas se distinguieron, en Udine, sor Pia Valle y, en Cormons, sor Virginia Zalateu.

Se debe verosímilmente a esta última un « Diálogo entre los santos José y Cayetano », transcrito en la crónica manuscrita de la sede de Cormons, el cual fue representado durante la festividad de la Maternidad de María Santísima de 1894; es decir, en el día en que, por antigua tradición que se mantiene todavía hoy, se renovaban los votos religiosos. Se reproduce aquí un breve fragmento:

« San Cayetano: ... Por lo tanto, en cuanto esté en mi mano, te aseguro que siempre te prestaré auxilio, pues yo también profeso un profundo afecto por estas benditas hermanas; y además el padre Luigi, su fundador, me las ha encomendado encarecidamente.

San José: ¡Oh! ese noble padre Luigi, lo conozco perfectamente; hay alguien que está redactando la crónica de su existencia; y él, lleno de solemnidad y de gloria desde su trono celestial, siente gozo cuando, volviendo la mirada hacia este mundo terrenal donde abunda el mal, divisa entre otros al pequeño pelotón de las Hermanas de la Providencia que se esmeran por realizar un poco de bien a honor de Dios. Él no hace otra cosa que recomendarme a estas sus queridísimas hijas, y a todas ellas, ninguna excluida, ya que desearía verlas a todas santas, colmadas de humildad como él mismo lo estuvo, animadas por espíritu de sacrificio y total abnegación de sí. »

Es oportuno recordar que la Zalateu comenzó su camino como aspirante en 1863 y, por consiguiente, trató al Padre por un período superior a los veinte años.

No se trata más que de modestos testimonios. Sin embargo, demuestran con límpida sencillez cómo ni la quietud rural de Orzano, ni la acción desgastante e implacable del tiempo, ni el estruendo de las turbulencias del mundo lograron jamás sofocar la esperanza de verlo elevado a los altares. Al menos dentro del estrecho círculo de quienes lo habían conocido profundamente y extraían savia de su carisma. Pero no solo en ese ámbito, ni exclusivamente en la devoción femenina de sus hijas espirituales.

La biografía de Monseñor Tinti

Desde 1894, Monseñor Doctor Luigi, noble Tinti, estaba comprometido en la redacción de la vida del padre Luigi.

Nacido en Pordenone el 6 agosto de 1834, Tinti residió durante varios años en Udine, donde además asistió al liceo de la ciudad. Su padre, de hecho, ejerció en Udine la profesión de abogado desde 1836 hasta 1858. Es probable que ya en aquel período el joven estudiante hubiera conocido al padre Carlo Filaferro y al padre Luigi, frecuentando la iglesia de Santa María Magdalena.

Posteriormente entró en el seminario de Portogruaro, donde fue ordenado sacerdote en 1856. Obtuvo la licenciatura en teología y se dedicó a la enseñanza en ese mismo seminario, ocupándose inicialmente de materias literarias y más tarde de teología dogmática y sagrada elocuencia *(es decir el arte de predicar)*. En breve tiempo se convirtió en una de las figuras más eminentes de la diócesis de Concordia, ocupando los cargos más prestigiosos hasta llegar a ser decano del cabildo y vicario general de dos obispos. Se apagó en Portogruaro el 26 de noviembre de 1908.

De él se ha escrito que fue un sacerdote de profunda fe, animado por un fervor incansable por el bien de los fieles, representando al auténtico ministro de Dios en toda la excelencia del término. Hombre de acción, dio un fuerte impulso al movimiento católico, promoviendo en cada ocasión manifestaciones de devoción a la Iglesia y de fidelidad al pontífice. Escritor refinado y de vasta cultura, así como orador excelente, utilizó sus obras y la palabra para difundir la gloria de Dios y el beneficio de las almas. Unía a la sabiduría y al ingenio una gran afabilidad, con un trato sencillo y cordial que lo hacía muy conocido y estimado en todo el territorio véneto.

Publicó cerca de veinte obras de vario género, nueve de las cuales de carácter biográfico; entre estas se cuentan la vida del padre Basilio Brolo de Gemona, fraile menor y misionario; la del beato Odorico de Pordenone; del obispo misionero monseñor Giuseppe Rizzolati de Clauzetto; del capuchino padre Marco d'Aviano; de la terciaria franciscana sor Elisabetta Vendramini y de la canosiana sor Maria Ghezzi.

Su primera publicación en este ámbito fueron precisamente las « *Memorias del Padre Luigi Scrosoppi D.O., fundador del Instituto de las Derelitte y de las Hermanas de la Providencial bajo el patrocinio de S. Cayetano en Udine* », editadas en Udine por la tipografía del Patronato en septiembre de 1896, aunque lleven la fecha de 1897.

Desde la prefación, él demuestra ser plenamente consciente de narrar la existencia de un santo:

« La Iglesia católica — afirma — se revela santa en cada lugar y en cada época. Entre las muchas ciudades italianas, la noble tierra del Friul y Udine pueden justamente jactarse de varios ciudadanos virtuosísimos que dieron origen a santas instituciones. Resuena todavía querido para la gente de Udine el nombre de aquellos sinceros benefactores del pueblo que fueron, entre muchos, Renati, Micesio, Venerio, Tomadini, Filaferro. En esta lista de ciudadanos beneméritos de la religión y de la patria, ocupa un puesto de honor también el padre Luigi Scrosoppi d.O., que dedicó la entera existencia y cada esfuerzo suyo a beneficio del prójimo, por él amado en Dios y por Dios. »

En la página ya XIII, escribe: *« En el curso de estas Memorias de la vida del padre Luigi Scrosoppi d.O., se atribuyen tanto al venerado padre fundador, como a algunas Hermanas de la Providencia, palabras y acciones que aparecen superiores a las capacidades puramente humanas, tanto que parecen prodigios, profecías y favores concedidos por Dios por su intercesión »*; por tal razón se declara *« respetuoso de los veneratísimos decretos del papa Urbano VIII y de otros sumos pontífices en esta materia »*, remitiéndose enteramente al juicio de la Santa Sede Apostólica.

El volumen cuenta con la aprobación de monseñor Pietro Zamburlini, recientemente nombrado arzobispo de Udine, quien aconseja su difusión.

Consideramos que el crítico más exigente, tras una atenta lectura de la biografía del padre Luigi, podría expresar los siguientes juicios.

Por lo que concierne a la veracidad y la precisión histórica, Tinti se demuestra un testigo siempre meticuloso y generalmente exacto. Su objetivo es el de describir al personaje en su interioridad y en sus acciones, privilegiando la primera respecto a las segundas. Por este motivo no se prodigó en investigaciones que habrían podido enriquecer la descripción de este o aquel single episodio, contentándose con lo que era necesario y suficiente para ofrecer un perfil esencial del padre Scrosoppi y de sus obras. Para alcanzar tal fin se vale de los documentos, escribe con un evidente conocimiento directo de los hechos y recurre a testimonios ajenos, sometiéndolos sin embargo a un atento reexamen. A veces incurre en alguna pequeña imprecisión, pero se trata de detalles de escasa importancia.

Si luego se valora el valor profundo de cuanto cuenta, emergen estos aspectos. Respecto a la santidad del protagonista, no se desliza jamás en el mínimo exceso o en entusiasmos celebrativos. Hace emerger su espíritu y describe sus virtudes, pero con prudente reserva y con una delicada moderación. Parece casi movido por el temor de agigantar ni siquiera mínimamente la figura de su biografiado, prefiriendo reproducirla exactamente tal como había sido.

Al hacer mención de fenómenos místicos fuera de lo común utiliza una escritura sobria, hasta atenuar su excepcionalidad, indudablemente también para no prestar flanco a las críticas de los escépticos de la época, a los cuales a veces hace explícita referencia.

Quizás por la misma razón, o sea el temor de interpretaciones malévolas o irrespetuosas, corrige aquí y allá algunas declaraciones de que se sirvió y de las cuales conservamos copia, así como el epistolario *(es decir la colección de cartas)*; por ejemplo, vuelve al masculino

lo que en la fuente original es femenino, o transforma, en las cartas, el "*tu*" en el "*lei*". Además, en la colección de cartas mantiene usualmente el anonimato sobre los destinatarios, probablemente por una forma de reserva hacia personas todavía vivas.

En conclusión, se tiene la clara impresión de que Tinti expresa, por una suerte de delicada cautela, menos de lo que realmente piensa respecto a la santidad. Sin embargo, ya por lo que expone resulta evidente que el padre Luigi, por más humilde y modesto que fuera, le aparecía de una grandeza espiritual heroica.

El hecho de que la biografía de Tinti haya sido publicada en Udine, la ciudad donde el padre Luigi había nacido y vivido, y a pocos años de su muerte, cuando un entero pueblo podía confirmar o desmentir cuanto estaba escrito; en una ciudad para nada inclinada, por carácter regional, a las exaltaciones y menos aún a la creación de mitos; en una ciudad donde no se habían apagado todavía los ruidos causados por algunos eventos, como los relativos a la herencia Cernazai; este solo elemento es suficiente, a nuestro aviso, para demostrar cómo Tinti estaba seguro de que su presentación en un cuadro de santidad era la correcta. No hay ni entre líneas ni más allá de ellas la mínima señal de una valoración arriesgada. Parece leerse allí solamente: he aquí quién fue el padre Luigi, como todos vosotros bien sabéis.

Una confirmación llegó de las reseñas de la obra.

Escribió de ella primero el abad profesor Lorenzo Schiavi en "*Il Cittadino Italiano"* del 2 de diciembre de 1896. Schiavi, nacido en Pordenone el 12 de enero de 1829, formó parte hasta 1865 del clero udinese y fue docente de religión en el ginnasio-liceo de la ciudad; más tarde, sobre todo a causa de su rigor intransigente, debió trasladarse a Capodistria. Es autor de numerosas publicaciones, especialmente de carácter defensivo de la fe. En su reseña une en un único elogio al padre Carlo Filaferro y al padre Luigi, recordando el ardor de la caridad y su heroico fervor, definiéndolos como los "*dos unidos campeones de caridad*". Para el padre Scrosoppi evidencia un aspecto particular:

« En la divina Providencia confiaba ininterrumpidamente; y procedía manifiestamente sostenido por ella. »

Respecto a Tinti, afirma que ha escrito con sobriedad y al mismo tiempo con vivacidad de expresión y con un estilo agradable, mostrando casi en cada página a hombres que operan por la causa de Dios. Concluye sosteniendo que de la lectura del volumen escudriñan incitaciones a la virtud y a obras movidas por un auténtico amor de Dios, además de la presencia de la Providencia que domina desde el principio hasta el final.

También el diario católico de Venecia "*La Difesa"* publicó el 31 de diciembre de 1896 una valiosa reseña de la biografía de Tinti, definida fruto de pacientes y escrupulosas investigaciones. De ella emergen claramente las grandes virtudes y los rasgos de la dulcísima personalidad del padre Scrosoppi, junto a todos los signos de la caridad de este santo sacerdote, un alma purísima que, olvidada de sí, tuvo como único fin terreno la gloria de Dios y el bien del prójimo.

« Y a fin de que el retrato del padre Scrosoppi — se lee allí — resultara lo más posible fiel al verdadero, monseñor Tinti ha respetado con extremo rigor la exactitud y la sinceridad del relato, el cual procede siempre con admirable limpidez y con un estilo

simple y elegante, animado por el profundo afecto y la respetuosa amistad que ligaba al autor con el venerado Padre de las hermanas de la Providencia. »

Aún más incisiva es la reseña aparecida en la revista "*Civiltà Cattolica" (anno 48° - 1897 - p. 609)*, en la cual se afirma entre otras cosas:

« El padre Luigi Scrosoppi es uno de aquellos hombres ilustres por virtud y grandes obras emprendidas a gloria de Dios y beneficio de las almas, que la historia de esta segunda mitad del siglo XIX recordará siempre con sumo elogio. »

El pensamiento corre inmediatamente a las grandes figuras de san Juan Bosco, de san Giuseppe Benedetto Cottolengo, de san Giuseppe Cafasso y de otros más.

« Pero de las grandes empresas — continúa el reseñador — *no llegan a cumplimiento sino los santos, y el padre Luigi fue un santo; austero y riguroso consigo mismo, estuvo lleno de dulzura con los demás, humilde hasta el más sincero desprecio de sí, colmado de fe y de un extraordinario espíritu de oración. Además de sus dotes naturales de excelente superior y administrador, recibió de Dios en medida no común el don de consejo e incluso del conocimiento profundo de los corazones. »*

El testimonio es así de explícito y ofrece una imagen tan viva del Padre — con matices que no aparecen ni siquiera en la biografía de Tinti — que nos hace considerar que sea obra de algún jesuita en estrecha confidencia con el padre Luigi. Recordamos de hecho que él tuvo contactos muy frecuentes con la Compañía de Jesús; intentó abrir una sede de ellos en Udine, hospedando a algunos por más de un año en la casa de la congregación del Oratorio; tuvo por muchos años al padre Giuseppe Rossi como guía espiritual de la casa de Cormons; y fue muy amigo de otros jesuitas, como el padre Moser y el padre Banchich.

No consideramos que se pueda desear un consenso más unánime y al mismo tiempo más autorizado al alabar la santidad de un humilde sacerdote de provincia, intencionadamente oculto y amante del recato; ni pensamos que aquellos testigos habrían podido afirmar con mayor limpidez la santidad del padre Scrosoppi, hablando explícitamente de heroísmo, de virtudes fuera de lo común e incluso de carismas místicos.

Gracias atribuidas a la intercesión del padre Luigi

Ya hemos mencionado anteriormente dos gracias atribuidas a la intercesión del padre Luigi, obtenidas en Orzano inmediatamente después de su sepultura; es digno de mención que una de ellas sea una gracia de naturaleza « espiritual », es decir, el don de la resignación cristiana concedido a un padre desesperado por la pérdida de su hijo pequeño.

Durante las vacaciones de verano de 1884, precisamente en los meses de agosto y septiembre, se difundió ampliamente en Orzano la noticia de la curación de una llaga tumoral *(es decir cancerosa)*, atribuida también esta a las oraciones rezadas ante su tumba. El episodio suscitó gran conmoción entre la población y entre las alumnas de la Casa de las *Derelitte* que residían en Orzano durante el período de vacaciones.

La fama de la santidad del padre Luigi se acrecentó paralelamente a la difusión de la congregación de las Hermanas de la Providencia en las diferentes regiones de Italia y, con ella, aumentó constantemente la devoción hacia él.

En el ámbito de los dos procedimientos canónicos, el informativo y el apostólico (es decir las fases del proceso de beatificación), no faltaron testimonios directos o indirectos relativos a favores y gracias relevantes. La señorita Luigia Pellizzari de Udine, nacida en 1865, quien frecuentó el oratorio festivo cuando el Padre aún vivía, declaró durante el proceso informativo:

« Supe que varias personas dirigían oraciones al padre Luigi obteniendo gracias por su intercesión. Yo misma he apelado al Padre, encontrándome oprimida por sufrimientos tales que me parecía padecer las penas del infierno; a raíz de esta petición mía, realizada con confianza en él hacia los años 1896-97, me sentí aliviada. »

Sor Maria Agnese Delugan, nacida en 1876 y admitida en la congregación el 30 de marzo de 1901 — quien ocupó en dos ocasiones el cargo de superiora general desde 1921 hasta 1933 y desde 1939 hasta 1947 — confirma repetidamente en el mismo proceso:

« Desde el tiempo de mi noviciado oía hablar de gracias y favores obtenidos por medio de su intercesión. »

Se dirigían a la ayuda del padre Luigi tanto las religiosas, convencidas de su santidad, como otras personas movidas por una profunda confianza en su protección. Invocado con fe, él obtuvo de Dios curaciones de las más diversas patologías y sostén en circunstancias de grave necesidad. Muchas de estas vivencias están documentadas por relatos escritos de puño y letra de los beneficiarios, por testimonios directos o por certificaciones médicas.

A la curación física siguió a menudo la conversión espiritual, y numerosas personas, gracias al padre Luigi, reencontraron el vínculo con Dios del que se habían alejado. Tales favores, aun siendo menos evidentes que las gracias materiales puesto que ocurren en lo profundo del alma, no son por ello menos importantes o extraordinarios.

Por desgracia, se comenzó a recoger sistemáticamente memoria de estas gracias y de estos favores con un cierto retraso; no obstante, se han catalogado algunas centenas de ellos.

En esta sede no publicaremos ninguno, puesto que aguardamos con devoto respeto el pronunciamiento oficial de la Iglesia. Hemos hecho mención de ellos únicamente para que aparezca evidente que no faltó tampoco esta confirmación a la fama de santidad del padre Luigi. Si durante su existencia se le atribuyeron prodigios extraordinarios, curaciones, dotes proféticas o la capacidad de leer en lo íntimo de los corazones, tras su desaparición se tuvo la certeza de que sus súplicas eran poderosas ante Dios: una convicción sólida e ininterrumpida, si bien mantenida con discreción y reserva.

3. LOS PROCESOS PARA LA BEATIFICACIÓN DEL PADRE LUIGI SCROSOPPI

Más de cuarenta años de espera

Surge espontánea la pregunta de por qué razón no se pensó inmediatamente en emprender la causa de beatificación del padre Luigi. ¿Por qué se esperó casi medio siglo? Y sin embargo, el deseo de la beatificación siempre había estado presente, desde los primeros años: la madre Cecilia Piacentini y la hermana Giuditta Defrancesco la habían augurado desde el 26 de enero de 1890. La biografía redactada por Tinti y publicada en 1897 habría podido constituir una óptima base para dicho procedimiento.

Los testigos que intervinieron en el proceso informativo (oves decir vero la primera fase de la investigación sobre la santidad) propusieron dos motivaciones — una de orden psicológico y otra de carácter práctico — para explicar tal retraso: por un lado, pudo haber influido la misma educación impartida por el fundador a sus religiosas, una enseñanza enteramente orientada a la humildad y al recato y alejada de toda forma de ostentación; por otro lado, como observan los mismos testigos, la congregación no tenía a disposición los recursos económicos necesarios para emplear en esta santa empresa.

A estas dos razones se añadieron otras. El padre Luigi, a nuestro parecer, fue sin duda un santo. Debemos, no obstante, admitir que ni su personalidad, ni las instituciones por él puestas en marcha, ni los favores espirituales atribuidos a su intercesión tuvieron una resonancia tal que hiciera de ese proceso, por así decirlo, un acto urgente e inevitable. Tales factores tienen su relevancia. Parece casi que la divina Providencia haya intentado conducir "*sottovoce*" (es decir de manera discreta y silenciosa) al padre Luigi hacia la gloria de los altares, precisamente como lo había guiado con discreción durante su existencia.

Se trataba de un estilo que a él le era muy querido. Además, como en todo acontecimiento humano, habría sido necesaria una personalidad emprendedora que poseyera el valor de decidir y la competencia para promover la tan deseada causa de beatificación. Sin embargo, monseñor Antonio Feruglio — quien a la muerte del padre Luigi se había convertido en director de la Casa de las *Derelitte* y de la congregación de las hermanas y que ambicionaba el honor de los altares para el Padre — en 1893 fue nombrado obispo de Vicenza y quedó totalmente absorbido por las responsabilidades de su ministerio episcopal.

La hipótesis de dar inicio a tal proceso fue tomada en consideración durante los primeros años del mandato episcopal de Antonio Anastasio Rossi, precisamente gracias a su interés. Esto ocurrió hacia los años 1912-1913.

Mientras tanto, la fama de santidad del Padre permanecía bien viva entre las Hermanas de la Providencial y se manifestaba sobre todo con ocasión de las pequeñas celebraciones organizadas en honor de las religiosas que habían sido sus contemporáneas.

En 1905, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la vestición religiosa de la hermana Angelica Gervasoni, una composición poética *(es decir un poema lírico)* evocaba la educación en cada virtud recibida del « *Padre y ángel* », el cual ahora, viendo los resultados, alababa desde el Cielo a aquella hija espiritual suya considerándola una digna esposa del Rey de reyes.

In 1913, para la misma recurrencia referente a la madre Cecilia Piacentini, se la exhortaba a contemplar en el cielo al « *electo grupo de abogados santos* » (es decir los protectores celestiales) de la congregación: es decir, san José, san Cayetano y, por encima de todos, al fundador, definido como « *Padre santo y pío* ».

Sobrevino, sin embargo, el primer conflicto mundial (1914-1918) y a este siguió el difícil período de la posguerra.

No obstante, precisamente en aquellos años atormentados resurgió con fuerza la devoción hacia la memoria del padre Scrosoppi. Se difundieron relatos de visiones suyas e incluso de apariciones físicas en defensa de sus casas de Orzano y de Udine; de día en día se hacía cada vez más frecuente el rumor de gracias obtenidas por medio de su protección.

El proceso informativo diocesano

Los restos mortales del Padre, sepultados en la capilla de la Madonna di Loreto en Orzano, fueron trasladados una primera vez en 1896, con ocasión de las últimas intervenciones necesarias para la bendición de la misma capilla y su apertura oficial al culto, ocurridas el 18 de octubre de 1897. Puesto que, según la posición original, la tumba se habría encontrado justo debajo del plano del altar (es decir la mensa), fue necesario trasladarla ligeramente hacia el exterior.

En tal circunstancia se cuenta que los albañiles encontraron el sepulcro invadido por las aguas. Los obreros, asaltados por la incertidumbre sobre qué hacer, se alejaron para la pausa de la tarde dirigiéndose al Padre con estas palabras:

« Si eres un santo, ocúpate tú de poner remedio. »

A su regreso, encontraron la tumba completamente seca. Se volvió necesario, sin embargo, preparar una nueva caja de madera, mientras que la interna de zinc había permanecido del todo íntegra.

Los restos del padre Luigi reposaron en aquel lugar durante más de treinta años. En el interior de la capilla se había colocado en 1896 una lápida en memoria, pero el punto exacto del sepulcro — cuya apertura se encontraba junto a la pared exterior del ábside (es decir la parte terminal de la iglesia) — permaneció privado de signos distintivos, hasta que creció sobre él un riguroso arbusto de cañas de Indias.

No se sabe si la infiltración de agua había sido notada ya durante la construcción de la tumba en los años 1879-80 o al momento de la sepultura en 1884. Es probable que no, ya que en caso contrario se habría elegido una ubicación diferente o se habría buscado un remedio. Más tarde, aquella fuente de agua continuó fluyendo abundante, manteniéndose límpida y transparente. Las religiosas se servían de ella para las necesidades de la casa y, durante los años del conflicto de 1944-45, todos los habitantes de Orzano la extrajeron puesto que el acueducto estaba fuera de servicio.

El 20 de diciembre de 1927, a las 11:00 horas, se procedió a la exhumación bajo la vigilancia del médico local (es decir el oficial sanitario) de Remanzacco, el doctor Ferruccio Del Fiorentino, y del empleado Luigi Turcutti. Estaban presentes don Emidio Rizzi, capellán de Orzano, y don Giuseppe Grosso, administrador del seminario de Udine

y desde hacía algún tiempo rector del colegio de la Providencia; este último había sido encargado por la curia de representar a la autoridad diocesana, que había concedido la autorización para la exhumación. Asistían además algunas hermanas, entre ellas la superiora general madre Agnese Delugan.

Las religiosas, guiadas por la secretaria general de la congregación sor Berchmana Stua, habían provisto a la limpieza de los huesos para retirar la capa de barro que había penetrado en ellos.

Los restos del Padre fueron colocados después en una pequeña caja de zinc, a su vez introducida en una de madera, y repuestos en la misma tumba, si bien en posición más elevada respecto al terreno. Algunos meses después, se construyó una suerte de pequeño monumento (es decir un capitel) sostenido por dos columnas adosadas al muro exterior del coro; en la pared se excavó un nicho donde se colocó la cajita.

Mientras tanto, el jesuita padre Pietro Colombara estaba redactando una nueva biografía del padre Luigi, publicada en su primera edición en el otoño de 1928 y en la segunda el año siguiente, con el título: *"Un Apóstol de la Caridad: P. Luigi Scrosoppi, sacerdote del Oratorio de Udine y el Instituto de las Hermanas de la Providencia fundado por él"*.

El mismo padre Colombara declaró haber utilizado como fuente principal la obra de Tinti, integrándola con las observaciones y las noticias aportadas por una docena de hermanas todavía vivas que habían conocido bien al fundador. En las biografías de las religiosas situadas en el apéndice, resumió lo conservado en los manuscritos privados redactados por testigos fiables.

En realidad, Colombara no efectuó investigaciones particulares para integrar el trabajo de Tinti, limitándose a conferirle una forma lingüística más actual; solo raramente se encuentran nuevas informaciones. Su mayor empeño se concentró en la descripción, en la cuarta parte de la obra, de los éxitos y los méritos del Instituto de la Providencia.

La prefación fue dictada el 20 de agosto de 1928 por el nuevo arzobispo de Udine, monseñor Giuseppe Nogara, el cual entre otras cosas escribe:

« La devoción instintiva de los fieles, que usualmente es una correcta valoradora de las virtudes y los méritos, prevé que tal vez no esté lejano el día en que la autoridad de la Iglesia pueda decretar el honor de los altares al padre Luigi Scrosoppi y a algunas de las religiosas sus hijas espirituales. »

El renovado fervor en torno a su figura fue sostenido de modo particular por el padre Giovanni Battista Tommasi de Bassano (1866–1954), desde 1911 superior general de los estigmatinos y desde 1922 consultor de la congregación de religiosos y visitador apostólico (es decir inspector encargado por el Papa) de numerosos institutos. En septiembre de 1927 se encontraba en Udine, en el colegio de la Providencia, para la revisión de las normas fundamentales de la congregación según las nuevas disposiciones del código de derecho canónico. Uniendo su propia voz a la de otros sacerdotes y religiosos, solicitó con fuerza el inicio del proceso canónico para la beatificación.

Es oportuno subrayar aquí que, además del valor personal y la experiencia del padre Tommasi, su incitación estaba fundada sobre bases muy sólidas y autorizadas. Desde 1900 los estigmatinos habían abierto el colegio arzobispal « *Bertoni* » en Udine precisamente en

el palacio que ya había pertenecido a la familia Cernazai, el cual había correspondido a las hermanas de la Providencia como la tercera parte asignada a ellas en la disputada herencia de monseñor Francesco Cernazai. Fueron además las mismas hermanas quienes donaron a los estigmatinos la biblioteca del padre Luigi y de sus dos hermanos para su nueva sede udinesa. El padre Tommasi, por lo tanto, no expresó un parecer genéricamente devoto, ni solicitó la causa sin conocer los méritos del fundador. Él manifestaba un sentimiento y una opinión enraizados en el tiempo y ampliamente compartidos.

Desde el 20 de abril de 1926 había sido elegida superiora del colegio de la Providencia de Udine — la anterior Casa de las *Derelitte* — y contemporáneamente una de las asistentes generales de la congregación, la madre Pia Aldegheri. Nacida Maria en Cavalese, en el Trentino, el 8 de mayo de 1876, había entrado como aspirante el 1 de agosto de 1895 y había pronunciado los votos el 24 de octubre de 1898, asumiendo el nombre tan querido para el fundador de sor Maria Pia de san José; nombre que honraba al santo padre el papa Pío IX y había sido llevado ya, desde 1879, por Rosa Schnitzer y por Giuseppina Pizzini. Mujer determinada y religiosa de gran calado espiritual, la madre Aldegheri se dedicó con todo el corazón a esta noble empresa.

« Reconozco ser la promotora de la causa de beatificación — declaró en el proceso preliminar — ya que fui exhortada inicialmente por varios sacerdotes, luego por el arzobispo monseñor Giuseppe Nogara y finalmente por el padre Tommasi. Justo este último, el padre Tommasi, me imponía tal tarea como un deber moral; y puesto que yo manifestaba preocupación por la falta de medios económicos, él mi exhortaba a confiarnos a la divina Providencia. »

La superiora general madre Agnese Delugan declaró en el mismo proceso haber acogido las invitaciones de monseñor Nogara, del padre Tommasi y de la madre Aldegheri, *« los cuales ejercieron sobre mí una gentil presión para el inicio de la causa. »*

Afirmó además haber nutrido siempre devoción hacia el Padre, *« de quien he recomendado constantemente la imitación, especialmente en lo que respecta a las virtudes de la humildad y el recato. »* Explicó no haberse decidido con anterioridad *« porque prefería honrar al padre fundador en la intimidad de la casa. »*

Sin embargo, había llegado ya el momento establecido por la Providencia para su glorificación, a fin de que sus obras buenas fueran conocidas más allá del círculo de sus hijas espirituales y recibiera gloria el Padre que está en los cielos. La superiora y el consejo general deliberaron oficialmente promover la causa el 18 de octubre de 1931.

El 29 de enero de 1932 monseñor Giuseppe Nogara nombraba encargado (es decir postulador) de la causa a monseñor Giuseppe Drigani, profesor de teología dogmática en el seminario de Udine y canónigo honorario de la catedral, hombre ilustre tanto por doctrina como por virtud; el 31 del mismo mes fue acompañado, en calidad de vice-encargado, por don Giovanni Pigani, sacerdote de profunda piedad y hábil músico.

El 12 de febrero de 1932 monseñor Nogara presidió la apertura oficial del proceso, que concluyó más de cuatro años después, el 30 de diciembre de 1936, tras haber efectuado en el ínterin también la verificación sobre la falta de un culto público no autorizado (es decir el proceso *« de non culto »*).

El 22 de febrero de 1937 el vice-cargado don Pigani entregó a la sagrada congregación de ritos los documentos oficiales del proceso. Tras el cierre del mismo, se encontraron otros escritos del padre Luigi y una consistente documentación relativa a su vida y sus obras. Todo el material fue transcrito en veintinueve fascículos que, convalidados por la curia udinés, fueron enviados a la citada sagrada congregación a finales de 1946.

La traslación del cadáver a Udine

Ya inmediatamente después de la conclusión del proceso informativo — a saber, la primera fase de la indagación sobre la santidad — había sido avanzada la hipótesis de trasladar al colegio de la Providencia en Udine los restos del fundador. Sin embargo, la idea nunca pasó de ser un vago deseo, sobre todo porque el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939 frustró cualquier plan.

El 19 de noviembre de 1950 la superiora general madre Lia Felicetti escribía desde Gorizia — donde en 1908 había sido instituido el noviciado denominado « Nazareno » y en 1925 había sido trasladada la sede de la casa general — al arzobispo de Udine monseñor Nogara, requiriendo la autorización para ejecutar solemnemente la tan deseada traslación. El arzobispo, habiendo recibido parecer favorable de la sagrada congregación de ritos a fin de que el ordinario — a saber, el obispo local — procediera según su propia autoridad, emanaba el decreto de autorización el 29 de octubre de 1951.

Ya desde el 7 de agosto di 1951 había sido enviada una memoria formal a la alcaldía de Remanzacco para evidenciar la oportunidad del traslado. Posteriormente, el 24 marzo de 1952, la presidencia del consejo de ministros emitía el decreto que permitía la sepultura privilegiada en la capilla de san Gaetano del Instituto de la Providencia.

El 16 de abril se fijaba por las calles de Udine un manifiesto firmado por « El Comité » que anunciaba el acontecimiento: los restos mortales del padre Luigi partirían de Orzano a las 8:00 del 24 de abril, para llegar a las 9:00 sobre la plaza Paolo Diacono, en la zona septentrional de Udine. De allí el cadáver sería conducido solemnemente en la iglesia del Santissimo Redentore — donde el padre Luigi había recibido el bautismo — y finalmente en la capilla de la calle Ronchi.

Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de una manera muy diferente de lo planificado.

El 23 de abril a las 10:00 se procedió a la remoción del muro y al recobro del ataúd. El acta fue suscrita por monseñor Giuseppe Grosso, por el sacerdote Vincenzo Mauro, por el padre capuchino Cesario de Rovigo, por el secretario municipal de Remanzacco Igino Di Piazza, por Luigi Turcutti y por las religiosas Lia Felicetti — a saber, la superiora general —, Agnese Delugan — a saber, la vicaria — y Niceta Simion — a saber, la superiora de la casa de Udine. Estaban presentes además el doctor Del Fiorentino, ya el médico encargado en la reconocimiento de 1927, el nuevo oficial de sanidad doctor Bianchi y otras hermanas, entre las cuales la hermana Rita Dorigotti y la hermana Giovanna Usilla.

El rito habría debido cumplirse en la reserva más absoluta; por tal razón habían sido atrancados las verjas y cualquier otro acceso. Sin embargo, toda precaución fue volcada por la devoción y por el resentimiento de los habitantes de Orzano.

Es necesario recordar que aquel pueblo atribuía al padre Luigi el mérito de haber sido preservados durante sesenta y ocho años — a saber, desde el lejano 1884 — del granizo y de las enfermedades contagiosas — a saber, las epidemias —; a él le vituperaban la salvación de seis paisanos regresados del cautiverio y se narraba de una luz extraordinaria que una noche había iluminado el cielo del pueblo, irradiándose precisamente de la tumba del Padre.

Desde hacía meses se murmuraba contra el proyecto del traslado y no se hacía economía de palabras agrias. Una de las afirmaciones más comunes era: « *El Padre estableció en su testamento querer quedarse entre nosotros, y un testamento no puede ser modificado ni siquiera por el Papa !* » En realidad, tal disposición no aparece en el testamento escrito del padre Scrosoppi, aunque fuera un deseo explícito suyo expresado de voz.

Domingo 20 de abril, el capellán anuncia desde el púlpito la inminente y dolorosa traslación; al mismo tiempo el manifiesto es fijado sobre la puerta de la iglesia. Fue como prender fuego a un montón de paja. La noche del 22, mujeres y niños corren con recipientes y botellas para recoger el agua de la tumba del Padre, puesto que la consideraban « agua santa. » La mañana del 23, mientras el acta es redactada, la campana suena a martillo — a saber, con toques rápidos de campanas para dar la alarma — para protestar contra lo que definen un "*robo.*"

En vano monseñor Grosso intenta devolver la calma entre la multitud:

« *¡Sed buenos! Si nos llevamos los restos mortales, el espíritu del Padre se quedará siempre aquí en Orzano.* »

« *Bien* — le responden — *el espíritu se lo puede llevar usted, ¡pero deje los huesos a nosotros!* »

La situación arriesga degenerar; la escolta de policía prometida por las autoridades no ha llegado todavía. El padre Cesario sube en automóvil para solicitar auxilios; alguien golpea el capó del coche con una pala.

Había ciertamente una componente de orgullo local — a saber, espíritu de campanario — , pero la motivación principal residía en el afecto y en la fe.

Cuando el pequeño ataúd es llevado a la capilla, la multitud destruye en un instante un arbusto de espino blanco en flor para cubrir con él los restos del Padre, mientras se levantan oraciones y llantos. Al exterior algunos jóvenes complotan para sustraer por la fuerza el cadáver, mientras los ancianos intentan negociar con la superiora general y los sacerdotes. La madre Niceta vela sobre el ataúd teniendo una mano firme sobre él por temor a que sea llevado.

Finalmente regresa el padre Cesario con un vehículo de la policía y doce entre agentes y carabinieri. La campana reanuda a sonar la alarma. Aprovechando un instante de distracción general, la hermana Niceta y la hermana Giovanna ocultan el ataúd bajo el asiento del vehículo. Nadie se da cuenta de ello y poco después el vehículo parte.

« *¡Pobre Padre!* — un relato escrito a mano reporta — *Huye secretamente, más incluso de lo que su profunda humildad habría requerido.* »

Los carabinieri se quedaron en el lugar hasta las 9:00 del día siguiente, jueves, para dar la impresión de que los restos estaban todavía allí.

Así el padre Luigi hace regreso en silencio en la pequeña iglesia de la casa de Udine, transportado en los brazos de un agente de policía. Este último, no encontrando nada preparado, deposita el ataúd directamente sobre el altar.

Una religiosa corre por el instituto gritando: « *¡Ha llegado el Padre! ¡Ha llegado el Padre!* »

Las hermanas, entre asombro e incredulidad, corren en la iglesia. Él está verdaderamente allí, en el pequeño ataúd de madera sobre el altar donde por medio siglo había celebrado la misa y vivido su propio sacrificio.

Posteriormente, los restos son llevados a la sala del profesado — a saber, la sala donde las hermanas emiten sus votos — y luego de nuevo a la capilla. La noche transcurre en vela de oración.

La mañana del jueves 24 de abril, a las 9:00, un largo cortejo se mueve desde la plaza Paolo Diacono hacia la iglesia del "*Santissimo Redentore"*, donde el vicario general monseñor Luigi Venturini celebra la misa de sufragio y dicta una homilía, mientras el arzobispo Nogara imparte la última bendición — a saber, la absolución fúnebre. Entonces el ataúd, transportado por los seminaristas — a saber, los clérigos — como había sucedido en el entierro de 1884, es colocado sobre una carroza blanca y conducido en forma privada al colegio de la Providencia.

Hacia la tarde, monseñor Grosso recita las oraciones previstas por el rito y el lóculo, obtenido en la pared izquierda de la capilla, es cerrado con una placa de mármol verde con venas blancas y negras. Más tarde se colocará encima una tabla con una inscripción y la imagen del Padre en acto de bendecir.

Los periódicos « *Il Messaggero Veneto* », « *Il Gazzettino* » y el semanario « *La Vita Católica* » reportaron ampliamente el traslado y los acontecimientos sucedidos; volvieron a escribir con profunda devoción sobre el padre Scrosoppi con ocasión del septuagésimo aniversario de la muerte, en 1954.

Para la circunstancia, la hermana Fidalma Longo compuso un himno que exhortaba a la alegría y a la imitación a las hijas espirituales del Padre, las hermanas de la Provvidenza, ya presentes en noventa casas entre Italia y América meridional. Los primeros signos de la glorificación oficial se perfilaban ya: « *La gloria se perfila para el piadoso fundador.* »

En el intervalo un proyecto sostenido desde 1838 por monseñor Luigi Pilosio, párroco del Redentore, se materializaba, a saber la denominación de una calle de la ciudad con el nombre del padre Luigi. Monseñor Pilosio, nacido en Udine en 1876, era un testigo del aprecio y de la fe que los ciudadanos de Udine nutrían hacia el fundador; él mismo había hecho colocar una tabla cerca de la pila bautismal de su iglesia. La propuesta fue representada a finales de 1850 y el 9 de enero de 1951 la comisión para la toponimia la aprobó, asignando el nombre del padre Luigi Scrosoppi al tramo de la calle Ronchi comprendido entre la calle Treppo y Largo Cappuccini, donde se elevan el colegio de la Providencia y el Asilo Infantil de Caridad. Presidente de tal comisión era el doctor Antonio

Scrosoppi, hijo de Luigi y un lejano pariente — a saber, un primo en tercer grado — del Padre.

El proceso apostólico

Después de la consignación a la sagrada congregación de las Actas de los procesos ordinarios desarrollados en Udine entre 1932 and 1936, el actividad para la introducción de la causa tuvo su inicio, que desde aquel momento debía ser discutida en Roma. El primer encargado — a saber, el postulador — fue el religioso filipino padre Carlo Naldi, a quien otros miembros del Oratorio sucedieron. El 24 de marzo de 1952 la causa fue confiada al Pasionista padre Mauro Liberati, representante general de su congregación y ya curador de varias causas, entre las cuales la de santa María Goretti. El 14 de marzo de 1952, terminado el examen de los escritos del padre Luigi, la sagrada congregación emitió el decreto a fin de que se procediera, según las normas canónicas, a los pasos sucesivos necesarios para la introducción de la causa.

El 18 de febrero de 1964 la misma congregación discutió sobre la oportunidad de iniciar oficialmente la causa y el 27 del mismo mes, con la aprobación del soberano pontífice Pablo VI, el decreto relativo fue publicado.

El 3 de noviembre de 1964, a las 11:00, en la capilla privada del palacio del arzobispado de Udine, en la presencia del arzobispo monseñor Giuseppe Zaffonato, la primera sesión del proceso apostólico — a saber, la indagación conducida directamente por la autoridad papal — se celebró. En tal ocasión los miembros del tribunal eclesiástico prestaron juramento y las otras formalidades previstas por el rito fueron cumplidas; monseñor Riccardo Travani, arcipreste de la catedral — noble metropolitana —, fue nombrado vice postulador.

Durante el desarrollo del proceso, la sagrada congregación concedió la autorización a fin de que se instruyera también el procedimiento específico referente a los dos milagros que se creían obtenidos por la intercesión del padre Scrosoppi. Tras la apertura de la causa, el padre Mauro renunció a su cargo por motivos de edad y salud, siendo sustituido por su compañero fraile, el padre Federico Menegazzo, quien había sido director general de causas de su congregación desde 1953.

El 8 de abril de 1965 una nueva reconocimiento del cadáver fue ejecutada, también con el objeto de garantizar una mejor conservación de los huesos a través de justos tratamientos químicos. Tal operación fue cumplida por el comendador doctor Osvaldo Zacchi de Roma, experto médico del proceso, en la presencia de algunos sacerdotes — entre los cuales monseñor Giuseppe Grosso, el capuchino padre Cesario de Rovigo y monseñor Corrado Roiatti, rector del colegio de la Providencia — y de numerosas hermanas de la congregación. En esta circunstancia se aseguró que la estatura del padre Luigi debía ser de unos 1,70 metros. El esqueleto resultó completo, excepción hecha para algunos pequeños huesos de los dedos — a saber, las falanges —, puesto que durante la exhumación de 1927 una sustracción de fragmentos óseos se había verificado; los dientes preservaban solo dos elementos, mientras que el cráneo y la mandíbula inferior — a saber, la mandíbula — aparecieron excepcionalmente bien conservados, especialmente si se considera que el

cadáver había permanecido sumergido durante treinta y ocho años en el agua y en el barro — a saber, el limo.

Exposición de los restos del padre Luigi al final del procedimiento de exhumación de 1927 por el cuidado del doctor Osvaldo Zacchi de Roma, experto médico encargado.

El proceso apostólico se concluyó el 3 de septiembre de 1966. Después de haber examinado algunos escritos del padre Luigi encontrados recientemente, la sagrada congregación reconoció la validez de los procedimientos el 15 del julio de 1868.

Después de un largo período de espera, el 4 de octubre de 1977 el congreso especial se reunió para discutir el ejercicio de las virtudes en un grado heroico — a saber, la heroicidad de las virtudes — de la parte del padre Scrosoppi; a esto siguió la asamblea plenaria de los cardenales el 17 de enero de 1978. El decreto solemne sobre las virtudes heroicas fue emitido por Pablo VI el 12 de junio de 1978.

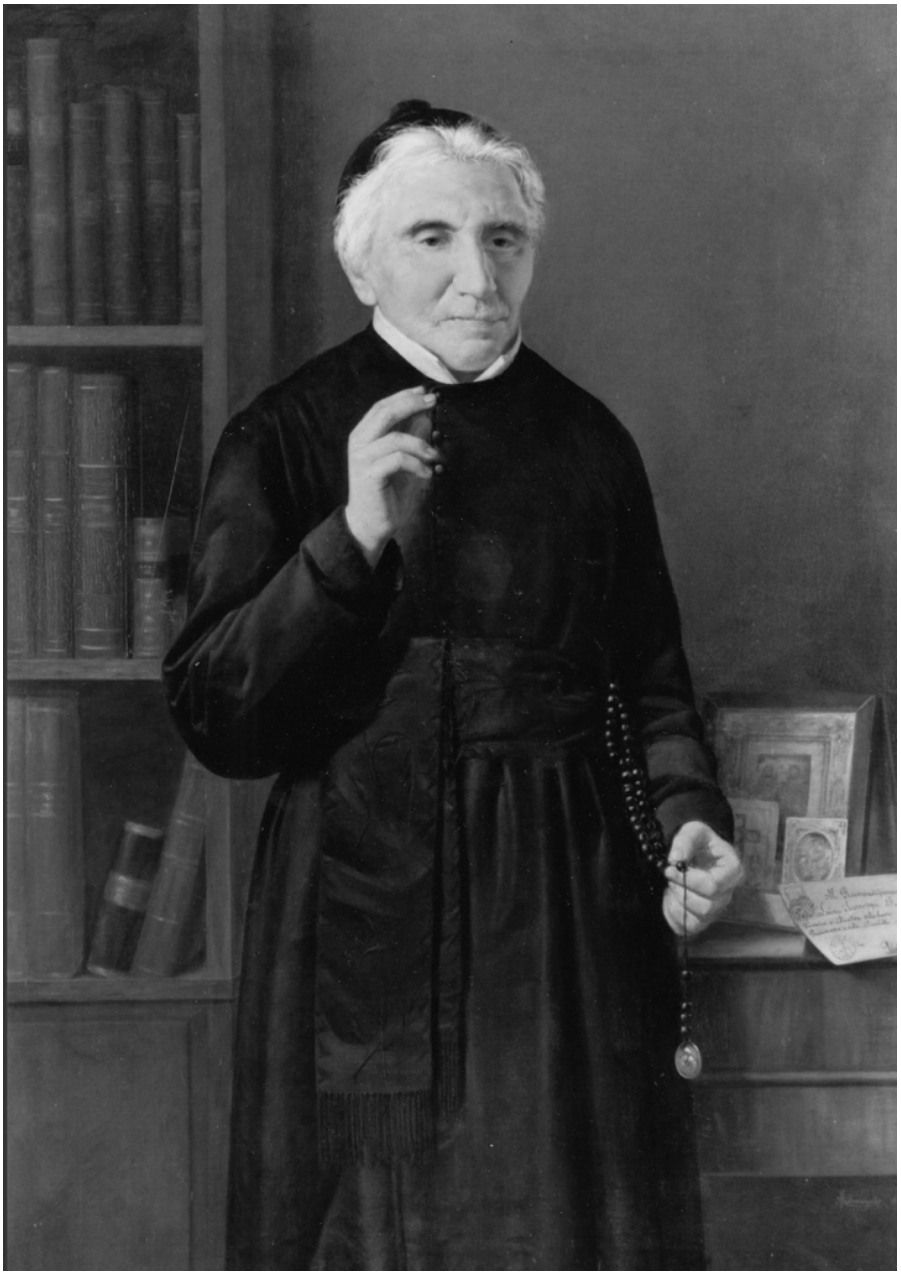
Ahora, para sus hijas espirituales, las hermanas de la Providencia, y para todos los que desean que Dios sea honrado a través de su siervo fiel, no queda sino sostener con fervientes oraciones la prosecución de la causa, de modo que el pronunciamiento de la Iglesia confirme pronto la convicción que reside en nuestra alma. Y tal vez a las religiosas una tarea todavía más alta pertenece: reanimar en sus propias almas el espíritu heroico de su santo fundador, puesto que esto representa, sin duda alguna, la mejor manera de implorar del Cielo su glorificación.

4. CONCLUSIÓN

Hemos redactado estas páginas con todo el cuidado y la atención que nos han sido posibles. Puesto que sentíamos la profunda responsabilidad que teníamos hacia Dios y la Iglesia, hemos acompañado nuestra labor con constantes oraciones, de manera que nos sea permitido describir la figura del padre Luigi Scrosoppi con la máxima imparcialidad — a saber, la objetividad.

Sin duda, en el futuro se podrá escribir de él con una mayor elegancia de lenguaje — a saber, la elocuencia — y profundidad de análisis. Sin embargo, osamos estimar que no se podrá expresar palabras más precisas que las que colocamos aquí, al término de nuestra fatiga, como una síntesis de lo que el padre Luigi fue y transmitió:

« *¡Mi Dios, mi Todo! ¡Humildemente!* »



Retrato del padre Luigi ejecutado en 1885 por el pintor de Udine A. Milanopulo.
Es el retrato único y el más fiel existente de nuestro amado santo.

FUENTES INÉDITAS

Archivi consultati

A) Archivio della Curia Arcivescovile di Udine:

- Lodi mons. Emmanuele vescovo di Udine, Protocollo segreto (voll. 2) e Protocollo ordinario (ad annum);
- Sacre Ordinazioni;
- Filippini (Fondo Istituti religiosi);
- G. VALe, L'Oratorio e la Congregazione dell'Oratorio di S. Filippo Neri 1 Udine, ms. 550, n. 3 fascic.;
- F. BIASICH, Preziose memorie Diocesane, ms. 764, pp. 1-112, 1-116.

B) Biblioteca Arcivescovile di Udine:

- [Salomoni p. Gaetano, probabile autore], ms. 125, Fondo Bartolini.

C) Archivio del Capitolo di Udine:

- Atti del Capitolo Metropolitano:
  vol. VI: 1801-1811;
  vol VII: 1812-1820;
  vol. IX: 1828-1838;
  vol. X: 1839-1858 vol. XI: 1859-1891.

D) Biblioteca del Seminario Arcivescovile di Udine:

- ZAMBELLI GIACOMO, A. Mons. Zaccaria Bricito..., ms.

E) Biblioteca Comunale di Udine:

- BANCHIERI G., Cronaca Umoristica 1857, ms. 1542.

F) Archivi Parrocchiali di Udine:

a) Archivio della parrocchia del Duomo;
b) Archivio della parrocchia della Madonna delle Grazie;
c) Archivio della parrocchia del Ss. Redentore;
d) Archivio della parrocchia di S. Quirino.

- P.F.B. [prete Ferdinando Blasich], Note cronologiche ecclesiastiche, ms., PP. 890, (anni 1806-1891).

G) Archivio vecchio dell'Ospedale Maggiore di Udine (ora presso la Biblioteca del Seminario Arcivescovile).

H) Archivi in Provincia di Udine:

a) Archivio della parrocchia di Malborghetto;
b) Archivio della parrocchia di Feletto (Paderno);
c) Archivio della parrocchia di Remanzacco.

I) Archivi privati:

a) Archivio « Luigi Scrosoppi », presso Istituto della Provvidenza di Udine:

- ANONIMO, Memorie spettanti alla Congregazione [dell'Oratorio] - 17 ottobre 1738-15 maggio 1810, ms., 6 fascicoletti non numerati;
- BLASICH F.,Cenni biografici del M.R.D.G. Batta Scrosoppi, ms., pp. 31;
- [FABRIZIO G.], Cenni biografici della vita edificante delle nostre amate Consorelle, ms., 2 voll., pp. 390 e 442;
- MARTINIS G.B., Ristretto della vita di S. Filippo Neri n.ro S.to Padre, con alcune notizie della n.ra Congregazione (9 giugno 1629-19 agosto 1715), ms.,
- fascicolo non numerato;
- Principio e progresso dell'Oratorio e Congregazione di San Filippo Neri nella città di Udine... (9 novembre 1609-6 dicembre 1744), ms., pp. 758;
- 41 grossi fascicoli mss. (e altro materiale da schedare) di documentazione
- sulla vita, scritti e opere del p. Luigi Scrosoppi, e sulla famiglia.

b) Archivio dell'Istituto della Provvidenza di Udine:

- Documenti riguardanti l'origine e l'amministrazione della Casa de las Derelitte dalle origini alla morte del p. L. Scrosoppi.

c) Archivio dell'Asilo Immacolata di Udine (ora Scuola Materna Immacolata):

- Cronaca dell'Asilo infantile dell'Immacolata dalla fondazione al 1955, Pp. 209;
- Documenti vari.

d) Archivio della ex Casa generalizia delle suore della Provvidenza in Cormons:

- Documenti riguardanti la fondazione dell'Opera e il santuario di Rosa Mistica.

L) COPOLUTTI G., Riflessi della «Questione romana » nel clero udinese durante il pontificato di Pio IX, Roma 1963), pp. XI, 243 (tesi di laurea, Bibl. d. Semin. Arciv. di Udine).

M) BIASUTTI G., Pastorali - Schede, voll. I-II (Arch. d. Curia Arciv. di Udine).

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

[ALDECHERI A.], Breve storia della Provincia Veneta della Compagnia di Gesù dalle sue origini fino ai giorni nostri (1814-1914), Venezia 1914, pp. 460.

ANONIMO, Ricordo delle teste giubilari di Sua Ecc.za Rev.ma monsignor Andrea Casasola, arcivescovo di Udine, Udine 1881, pp. 55.

AUTORI VARI, Il 1848 in Friuli, Udine 1848, pp. 77.

AUTORI VARI, La congregazione delle suore della Provvidenza di Udine nel suo I centenario, 1845-1945, Udine 1947, pp. 128.

ANTONINI P., Il Friuli orientale-studi, Milano 1865, pp. 704.

BANDINI P., Elogio funebre di monsignore Emmanuele Lodi vescovo di Udine, Udine 1845, pp. 48.

BARNABA D., Da 17 marzo a 14 ottobre 1848, Udine 1890, pp. 241.

BASSI G.B., Elogio di Girolamo Venerio, Udine 1844, pp. 32.

BELGRADO A., Elogio funebre dell'Eminentissimo e Reverendissimo Pier Antonio Zorzi, Udine 1804, pp. XXIV.

BELLINA L. Donato I., Il Tomadini e la sua opera, Udine 1957, pp. 147.

BIASUTTI G., Alcuni friulani soldati di Napoleone, Udine 1968, pp. 55.

IDEM, Mille anni di cancellieri e coadiutori nella Curia di Aquileia ed Udine, Udine 1967, pp. 62.

IDEM, L'Udinese Mons. Carlo Belgrado ed i moti del Risorgimento, Udine 1962, Sacerdoti distinti dell'arcidiocesi di Udine defunti dal 1863 al 1884, Udine 1958, pp. 63.

IDEM, Giovanni Battista Castellani redattore del « Giornale politico del Friuli», in III Congresso Nazionale di storia del giornalismo, Udine 1971, pP. 190.

IDEM, I primordi della devozione al Sacro Cuore di Gesù nell'arcidiocesi di Udine, Udine 1957, pp. 39.

IDEM, Onoranze del Friuli all'Immacolata nella proclamazione del dogma (1854), Udine 1954, pp. 23.

BLASICH F., Serie cronologica dei Vicari generali di Aquileia é di Udine..., Udine 1883, pp. 23.

CESSI B., Studi sul Risorgimento nel Veneto, Padova 1965, Pp. XLVIII-434.

COMELLI O., Stampa cattolica in Friuli - note storiche, Udine 1957, pp. 42,

CORVATT P. (P. Michelini), El Quarantevott - sonetti friulani, Udine 1903, PP. 95.

DELL'OSTE P., Ricordi preziosi della mia S. Messa d'oro, Udine 1931-32, pp. 222.

Dr TOPPO F., Sull'istituzione della Commissaria Uccellis - Fondazione e storia del Collegio, Udine 1875, pp. 18.

ECICLOPEDIA BIOGRAFICA, 1 grandi del Cattolicesimo, vol. II, Roma 1958.

FEDRIGO B., La morte di Sua Eccellenza Illustrissima e Reverendissima Monsignor Andrea Casasola arcivescovo di Udine, Parole..., Udine 1884, pp. 35.

GIUSSANI C., Mondo vecchio e mondo nuovo, memorie di mezzo secolo, Udine 1888, vol. I, Pp. 330; 1889, vol. II, fasc. I, pp. 103.

IDEM, Degli istituti di beneficenza e previdenza nella provincia del Friuli – cenni storico-economico-statistici, Udine 1870, pp. 210.

GRAZIOLI L., Cenni biografici di madre Giuditta Defrancesco, Udine 1939, pp. 202.

LICCARO V., Funebre elogio del padre Carlo Filaferro, Udine 1854, pp. 26, I-V.

IDEM, Elogio funebre di A. Venerio udinese, Udine 1857, Pp. 28.

[MAKAROVICH M.T.], La solerte giardiniera di Rosa Mistica, madre Cecilia Piacentini cofondatrice delle suore della Provvidenza, Albano 1955, pp. 450.

MANTESE G., Monsignor Giovanni Giuseppe Cappellari vescovo di Vicenza, nel primo centenario della morte, Vicenza 1960, PP. 104.

MANTICA N., Il Congresso internazionale di beneficenza, Udine 1880, pp. 174.

MARCHETTI, I., Il Friuli - uomini e tempi, Udine 1959, pp. 793.

D.L., Sui nuovi istituti di beneficenza eretti in Udine e in Tricesimo - Lettera, Udine 1840, pp. 24.

[MARCUZZI G.-ELLERO G.-PASCHINI P.-VALE G.], Il seminario di Udine, Udine 1906, II ed., PP. 490, IXXX

MENIS P., Andrea Casasola arcivescovo di Udine, Udine 1958, Pp. 24.

MUSSINANO L., Elogio funebre di Sua Ecc.za Ill.ma e Rev.ma mons. Andrea Casasola arcivescovo di Udine, Udine 1884, pp. 37.

NOGARO R., Francesco Florio nell'ambiente friulano del Settecento, Udine 1966, pp. 225.

PELLEGRINO U., Sebastiano De Appollonia e Antonio Rosmini - Ricerche sul rosminianesimo del Friuli, Milano 1973, vol. 1 pp. 295, vol. II, pp. 490.

PIERI G., Napoleone e il dominio napoleonico nel Friuli, Udine 1942, pp. 491.

PILOSIO L., Il Friuli durante la restaurazione, parte prima, Udine 1943, pp. 264.

ROSSIG., Maria santissima venerata in Cormons nella chiesa di santa Caterina - Memoria storica, Padova 1882, pp. 106; II ed. Cormons 1931, pp. 22.

ROTTA L., Cenni su alcuni oggetti di Belle Arti ed utili istituzioni esistenti nella R. Città di Udine, Udine 1847, Pp. 36.

SIMONETTI G.P., Commemorazione di suor Orsola de Grotta (1691-1747), Cormons 1956, pp. 19.

TANQUEREY A., Compendio di teologia ascetica e mistica, Roma 1948, PP. 979.

TESSITORI T., Storia del movimento cattolico in Friuli (1858-1917), Udine 1964, pp. 413.

TOLLER M., Casa del Soccorso o delle Convertite - vicende e persone (aa. 1680-1944), Udine 1969, pp. 21.

IDEM, Pietro Cernazai, dall'epistolario, Udine 1974, pp. 75.

IDEM, Uomini e cose di Ampezzo, Udine 1961, pp. 239.

TOMMASEO N., Della carità educatrice nelle scuole infantili di Venezia e d'altre città Venezia 1841, PP. 30.

TRABUCCO C., Francesco Faà di Bruno, pioniere dell'assistenza sociale, Roma 1957, pp. 122.

ZAMBELLI G., Udine nel 1846 - Lettera, Udine 1847, Pp. 45.

ZANUTTO L., Il filosofo di Rovereto ed i suoi amici in Friuli, Udine 1911, Pp. 24.

BIBLIOGRAFÍA ESPECIAL

BIASUTTI G., Tutto di Dio - disegno spirituale dell'anima del padre Luigi Scrosoppi d'O., Udine 1968, pp. 107.

IDEM, Come padre Luigi Scrosoppi immaginò e volle la suora della Provvidenza, Cormons 1969, pp. 22.

IDEM, La spiritualità delle suore della Provvidenza nel pensiero di p. L. Scrosoppi, Udine 1969, pp. 152.

B(lasich) F., II P. Luigi Scrosoppi D.O. - Memorie ed Appunti, Udine [1884], pp. 23.

COLOMBARA P., Un apostolo di carità: - P. Luigi Scrosoppi - sacerdote dell'Oratorio di Udine - e l'Istituto delle suore della Provvidenza da lui fondato, Bergamo I ediz. 1928, pp. 254; II 1929, pp. 265.

IDEM, Positiones et articuli postulatioris causae super virtutibus et miraculis in specie probandi in processu apostolico, Udine 1964, pp. 106.

SACRA RITUUM CONGREGATIO, Positio super causae introductione, Roma 1957.

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Positio super virtutibus, Roma 1975.

IDEM, Relatio et vota congressus peculiaris supra virtutibus, Roma 1977, PP. 59.

TINTI L., Parole in elogio del padre Luigi Scrosoppi d.O., Udine 1884, pp. 23.

IDEM, Memorie del padre Luigi Scrosoppi d.O., Udine 1897, Pp. 454.

IDEM, Vota trium consultorum, Roma 1972, pp. 33.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Cittadino Italiano (II) - di Udine ---------- n. 18-19-5-1881
31-12-1883
1-1-1884
4-9-4-1884
5-9-5-1884
2-12-1896
Civiltà Cattolica (La) ----------27-4-1878
Anno 48° 1897
Difesa (La) - di Venezia ---------- 31-12-1896
28-11-1908
Esaminatore Friulano (L') ---------- 3-4-1884
Eco del Litorale (L') ---------- 4-5-1882
Favilla (La) - di Trieste ----------31-1-1841
Florean dal Palazz ----------17-4-1884
Friuli (II) ---------- 5-4-1884
7-4-1884
21-10-1884
Giornale di Trieste ---------- 4-3-1948
Giornale di Udine (II) ----------29-5-1875
3-3-1879
5-4-1884
7-4-1884
23-4-1884
1-9-1884
Giornale politico del Friuli---------- dal 27-3 al 17-4 del 1848
Libertà Cattolica (La) - di Venezia ----------30-1-1866
Pagine Friulane----------11-1-1891
5-5-1898
Patria del Friuli (La) ---------- 4-4-1884
8-4-1884
Popolo (II) - di Udine ---------- 9-4-1884
Spettatore Friulano (Lo) ----------20-5-1848
25-5-1848
Voce Cattolica (La) - di Trento ----------27-2-1866